PAUL TREUTLER

ANDANZAS DE UN ALEMAN EN CHILE

1851-1863

Rostro de Chile

EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.

SANTIAGO DE CHILE

Paul Treutler

ANDANZAS DE UN ALEMAN EN CHILE

1851 - 1863

Traducción de
CARLOS KELLER R.

EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.
Santiago de Chile

ÍNDICE

Prólogo del Traductor 11
Tabla de equivalencias 16
Prólogo del Autor 17

Primera Parte

ANDANZAS POR ATACAMA

I De Hamburgo a Valparaíso por el Cabo de Hornos . . 23
II Valparaíso 33
III Viaje de Valparaíso a Caldera 57
IV Descripción de Caldera y viaje por ferrocarril a Copiapó . 65
V Noticias históricas de Copiapó 70
VI Descripción de Copiapó 72
VII Mi oficina de minas en Copiapó 88
VIII Algo sobre las leyes mineras chilenas 97
IX Descubrimiento de las minas de plata de Tres Puntas, y mi viaje a ese distrito 102
X Las condiciones geognósticas y la gran riqueza minera de la República de Chile 128
XI Mis minas de plata de Tres Puntas 134
XII Descripción de un terremoto en Copiapó 138
XIII El caballo chileno de montura 142
XIV Ejecución de delincuentes políticos en Copiapó 144
XV 1852. Viaje a Valparaíso. Gran entusiasmo por minas de plata 146
XVI Celebración de la Independencia de Chile en Copiapó. Un accidente ferroviario 148
XVII 1853. Un buen negocio de cambio de monedas 151

XVIII	Las antiguas minas auríferas de Chanchoquín y Jesús María	153
XIX	Las sirenas del puerto de Caldera	157
XX	Un día de lluvia en Copiapó	160
XXI	Peligrosa situación en una mina de plata durante un fuerte temblor	162
XXII	Demostración contra los jesuítas	165
XXIII	Mi vida en las minas de plata del desierto de Atacama	170
XXIV	1854. Viaje a las minas de plata de *Chañarcillo*	173
XXV	Intentan asesinarme en Tres Puntas	173
XXVI	La minería de plata despierta gran entusiasmo en Valparaíso	180
XXVII	Descubrimiento de ricos minerales argentíferos en Valparaíso	184
XXVIII	1855. Naufragio del vapor *Quito*	185
XXIX	Valparaíso en 1855	194
XXX	Días aciagos en Valparaíso	196
XXXI	1855. Decadencia de la minería de plata en el desierto de Atacama. Desmoralización en Copiapó	200
XXXII	La prisión por deudas en Copiapó	204
XXXIII	1856. Accidentes en Valparaíso	212
XXXIV	Pérdida de mis minas de plata de Tres Puntas	216
XXXV	Mi tumba en el desierto de Atacama	219
XXXVI	1857. Las ricas minas de oro y cobre de Cachiyuyo	228
XXXVII	Salteo en la quebrada de Llampos	232
XXXVIII	1858. Mis minas de cobre de Cachiyuyo	235
XXXIX	El derrotero de los candelabros	238
XL	Incendio en el pasaje Waddington	244
XLI	1859. Revoluciones en Copiapó y Valparaíso	246

Segunda Parte

Andanzas por la Araucanía y la región de los lagos

	Introducción	257
I	Noticias históricas sobre los araucanos y su territorio	259
II	Algunas noticias sobre la riqueza aurífera de la Araucanía	267
III	1859. De Valparaíso a Corral y Valdivia	270

IV Viaje por el río, de Corral a Valdivia 281
V La ciudad de Valdivia y sus pobladores. La agricultura de la provincia 283
VI Primera expedición al territorio de los araucanos independientes, por San José, Mehuín y Queule, hasta Toltén 296
VII Segunda expedición a la Araucanía, por San José y Trailafquén hasta las ruinas de Villarrica 346
VIII 1860. Tercera expedición a la Araucanía, por San José y Niguén hasta Pitrufquén 378
IX Cuarta expedición a la Araucanía, por Pelehue hasta Voipire 412
X Viaje a las zonas de colonización alemana en las provincias de Valdivia y Llanquihue, pasando por Arique, Quinchilca, Corral, Futa, La Unión, Río Bueno, Trumao y Osorno, y algunas noticias sobre Puerto Montt . 429

Tercera Parte

ANDANZAS POR EL CENTRO DE CHILE

I Viaje de Valparaíso a Santiago 467
II Noticia histórica de Santiago 471
III Santiago 473
IV Viaje desde Santiago, por Santa Rosa de los Andes, a San Felipe y Quillota, y estada en esta ciudad 490
V El asesinato de Hermann Wagner en Santiago 498
VI Celebración de la Navidad en Santiago 500
VII Viaje de Valparaíso a las islas de Juan Fernández . . . 502
VIII La isla de Más a Tierra 504
IX Viaje de Santiago a las minas de plata de "San Pedro Nolasco" 511
X 1861. El terremoto de Mendoza 516
XI Viaje a las minas de plata de "Las Arañas" y "La Leonera" 518
XII La Semana Santa en Santiago 525
XIII Los baños de San Bernardo 528
XIV Análisis de las aguas minerales de Chillán, Apoquindo y Colina 533

XV La antigua y rica mina aurífera de Peldehue 534
XVI Peligroso viaje desde Valparaíso a las termas de Cauquenes 536
XVII Una procesión en Santiago 542
XVIII Viaje de Santiago al puerto de Constitución, pasando por San Fernando y Talca 544
XIX Viaje de Constitución a Palhuén y al yacimiento aurífero que allí hay 550
XX Viaje de Valparaíso a Santiago . . . . . ciudad 555
XXI 1863. Preparativos para mi cuarta expedición a la Araucanía 558
XXII Audiencia con el Presidente Pérez 559
XXIII Valparaíso en 1863 560
XXIV El ferrocarril de Valparaíso a Santiago 561
XXV La prisión por deudas en Santiago 564
XXVI Mi despedida de Chile 569

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Vista panorámica de Valparaíso 96-97
Mapa de la provincia de Atacama 96-97
Vista panorámica de Copiapó 96-97
Chingana en Tres Puntas 96-97
Vista panorámica de Valdivia 256-257
Mapa de la parte austral de la Araucanía 256-257
Grupo de indios huilliches 256-257
Vista panorámica de Puerto Montt 256-257

Paul Treutler estuvo en Chile desde 1851 hasta 1863, recorrió el país casi de punta a punta, publicó un libro en castellano sobre algunas de sus exploraciones de nuestro territorio y, sin embargo, es, prácticamente, un desconocido en este país.

Podría predecirse que después de la aparición de la presente obra, Treutler será estimado como uno de los más valiosos y amenos testigos de toda una época de la vida chilena. En muchos aspectos el relato de estas "Andanzas de un Alemán en Chile" evoca los "Recuerdos del Pasado" de ese otro insigne andariego y aventurero impagable que fue don Vicente Pérez Rosales y difícilmente podría hacerse un mejor elogio del libro de Treutler.

Del propio autor no es mucho lo que se sabe. Las grandes enciclopedias alemanas lo ignoran completamente y hay que recurrir a los datos autobiográficos que él mismo consignó en el prólogo del libro que publicó en Santiago hará pronto un siglo.

Así sabemos que nuestro alemán nació el 5 de diciembre de 1822 en Waldenburg, "en uno de los castillos que poseía mi familia —dice— en la parte más fértil y pintoresca de la Silesia", donde su padre era dueño de haciendas y minas. El joven Treutler se decidió por la ingeniería de minas y así —sigue diciendo— "entré en la carrera práctica al servicio del Rey (es decir, en minas del Estado) y trabajé durante tres años en diferentes yacimientos. En 1840 estuve en la Universidad de Berlín, donde hice cursos de mineralogía, química, geología, etc., bajo la dirección de los célebres profesores Weiss, Mitscherlich, Schubart y otras distinguidas celebridades". Al término de sus estudios, viajó durante cuatro años por Francia, Ingla-

terra, Bélgica, Austria y Alemania. Luego, en 1846, "tomé la dirección de una hacienda y de varias minas y establecimientos de fundición de mi padre, los que seguí administrando por unos seis años".

¿Qué lo decidió a venir a Chile?

El motivo aparece clara y constantemente en el curso de estas páginas y caracteriza a su autor. Desde la primera hasta la última línea, y de pies a cabeza, Treutler se muestra como el más apasionado de los mineros, es decir, como un hombre irremediablemente iluso, que ha nacido y vive únicamente con la esperanza de encontrar minas riquísimas y tesoros escondidos. De Alemania trajo la tozudez de su raza y cierto espíritu romántico que le hicieron dejar muy atrás a los más testarudos cateadores de Copiapó.

En la Exposición Universal de 1851, en Londres, bajo el flamante Palacio de Cristal, vio unas muestras de los famosos rosicleres de Chañarcillo, y sin pensarlo más, sin siquiera volver a su patria, Treutler se embarcó para Chile.

* * *

*En 1861, cuando llevaba diez años en nuestro país, Paul Treutler publicó en Santiago un libro, al cual ya se ha aludido, con el título de "La Provincia de Valdivia y los Araucanos" *. La obra completa debía abarcar dos volúmenes de trescientas páginas, según el prospecto en que se la daba a conocer a los suscriptores, pero sólo apareció el primero, en edición de dos mil ejemplares, redactado en buen castellano gracias a don Miguel de la Barra.*

Este mismo señor patrocinó una ruidosa querella que entabló Treutler contra don Abdón Cifuentes a raíz de un artículo de éste en que no sólo criticaba a la obra por desprovista de valor científico, sino al autor, acusándolo de beneficiario de una estafa. Uno de los agentes de Treutler, un tal Luis Moser, había colocado y cobrado más de cien suscripcio-

---

* El libro tiene XIX y 244 páginas de texto e incluye una lámina tomada del Album de Gay y un mapa de la parte austral de la Araucanía.

*nes a "La Provincia de Valdivia y los Araucanos", las cuales no fueron servidas, sin culpa de Treutler, a lo que parece *. Luego, el señor Cifuentes se opuso en el Congreso Nacional a que se concediera al autor del libro una subvención de seis mil pesos que solicitaba para expedicionar por cuarta vez a la Araucanía. Treutler no obtuvo la ayuda que pedía, pero, de todos modos, llevó a cabo su expedición, según relata en esta obra.*

Por otro lado, la querella de nuestro autor contra don Abdón Cifuentes no prosperó, por falta de base legal. Pero el señor Cifuentes había cometido un error al criticar a Treutler por no ser un Gay. A pesar de todos sus estudios en la Universidad de Berlín, el andariego alemán no era un científico sino un aventurero, si se toma la palabra en su buen sentido. Ese aventurero, puesto a contar sus andanzas, se revela como un escritor muy estimable. Es cierto que no necesitó inventar nada porque las solas peripecias verdaderas de su vida le daban material para componer diez novelas entretenidísimas y casi increíbles. Al traductor le pareció, precisamente, que no pocos de los episodios narrados por Treutler eran tan inverosímiles que no podían ser reales, sino debidos a la imaginación del autor. Se puso, pues, a investigar su autenticidad, aprovechando las referencias que en la misma obra se dan, especialmente testimonios que debían figurar en la prensa contemporánea. Hasta con cierta sorpresa en algunos casos, comprobó que Treutler era siempre absolutamente verídico. En los casos en que el autor ha cometido errores, el traductor ha tratado de rectificarlos, aunque, por lo general, se trata de cosas de poca monta.

El lector de hoy tiene que apreciar como una suerte el que Treutler no haya sido, ante todo, un hombre de ciencia. Precisamente por eso tiene ahora su libro tanto valor y colorido.

---

* Antecedentes del proceso en cuestión figuran en un folleto titulado "Acusación de un artículo publicado en los números 8 y 9 de *El Bien Público* bajo el seudónimo de "Olivares" contra don Pablo Treutler", (Santiago, 1863) y en la "Colección de Discursos" de don Abdón Cifuentes, págs. 19-74. (Santiago, 1882).

Lo que hace un siglo pudiera haberse dicho, científicamente, sobre Chile, habría perdido hoy casi todo su interés, superado por los progresos de la ciencia. En cambio, la descripción de la realidad cuotidiana que Treutler tenía ante los ojos y que supo ver, tiene para nosotros un valor inestimable.

Los años que el andariego alemán vivió en Chile corresponden principalmente a los del gobierno de don Manuel Montt. Los historiadores se han ocupado de los hechos de ese período, uno de los más creadores y progresistas de la vida chilena, desde el punto de vista político y administrativo, principalmente. Treutler, para quien todo era sorpresa y descubrimiento, cuenta ese mismo período "por dentro", teniendo en primer plano la actividad y la intimidad de la vida cuotidiana.

Por lo demás, nuestro alemán aventurero tuvo también la suerte de moverse en dos escenarios realmente novelescos. Recién llegado a Chile, se estableció en el distrito minero de Tres Puntas, cuando la fiebre de la plata estaba en su grado más alto. Años después se trasladó a Valdivia, de la que hizo su base para expedicionar al territorio de los araucanos no sometidos. Era hombre curioso e infatigable. En cuanto le hablaban de un hipotético yacimiento minero o de algún tesoro enterrado por los españoles del siglo XVI o de la época de la Independencia, montaba a caballo o en mula y partía con la imaginación encandilada, sin cuidarse de las asechanzas de los hombres, de los peligros del camino o de las rudezas del clima. En el trayecto observaba, deleitándose con el espectáculo de la naturaleza, anotando las costumbres bárbaras o curiosas, haciendo el inventario de las riquezas de la comarca. Bajo su pluma aparece un Chile casi absolutamente inédito. Quizá ningún chileno de esa época habría podido ver tan bien tantas cosas como este alemán que durante un tiempo increíble conservó esa deliciosa ingenuidad que se suele atribuir a los de su raza. Sin quererlo, pintando el país que veía, Treutler se retrataba también a sí mismo, y el carácter que revela ese retrato inconsciente e indirecto hace más verosímil

el relato de lo que veía, a la vez que le comunica una simpática frescura.

Con todo ello, el relato de las andanzas de este extranjero a lo largo de Chile durante quince años constituye un documento de primer orden y del más apasionante interés, un riquísimo y vivido testimonio sobre toda una época de la vida nacional.

CARLOS KELLER R.

TABLA DE EQUIVALENCIAS

Se han conservado en el texto las medidas, pesos y valores que se indican en el texto original, pero conviene indicar sus equivalencias en el sistema métrico y el de las monedas de la época.

Longitudes

Legua alemana (a ella se refiere el autor normalmente, siempre que no indique otra cosa)	7.363 m.
Legua española (36 cuadras en Chile)	4.500 m.
Milla náutica	1.852 m.
Milla inglesa	1.609 m.
Cuadra	125 m.
Vara	0,84 m.
Pie	0,28 m.
Pulgada	2.54 cms.

Pesos

Quintal español	46 kgs.
Arroba (¼ de quintal)	11,5 kgs.
Libra española	460 grs.
Onza	28,4 grs.
Cajón (en la minería)	2.944 kgs.
Marco (en la minería)	230 grs.

Medidas de volumen

Fanega	97 litros

Monedas

Peso, peso fuerte, duro	1 dólar oro, 48 peniques oro
Real (⅛ de peso)	6 peniques oro
Marco alemán	¼ de peso
Libra esterlina	4 pesos

Temperaturas

Grado Réaumur	Más ¼ da grados Celcius o centígrados

Lo que publico en mi obra "Quince años en la América del Sur", corresponde a cuanto ví, escuché, padecí y sentí allá durante mi permanencia y trato de reproducir con la ayuda de mi débil pluma. Todo está descrito con la más estricta veracidad, y todo lo he relatado conforme a mi convicción más profunda.

Lo que me condujo allá fue mi insaciable sed de conocimientos y mi inclinación a viajes y aventuras, estimuladas sobre todo por la admiración que me infundieron los riquísimos minerales de oro, plata y cobre que tuve oportunidad de admirar con motivo de la Exposición Internacional celebrada en Londres, en 1851, los que me excitaron especialmente porque era el hijo mayor del dueño de importantes minas situadas en la Silesia prusiana y había seguido la carrera minera, a la que dedicaba todo mi cariño. ¡Qué pobres me parecían, en comparación con aquéllos, los minerales de mi patria y todos los demás que había tratado prácticamente hasta entonces, y con qué expectativas me atraía la costa occidental de la América del Sur! Pues no hay ningún país del mundo comparable a la República de Chile, que contenga en su seno, en una superficie relativamente pequeña, iguales cantidades de minerales de oro, plata, cobre y carbón, de las que sólo se han explotado y beneficiado pequeñísimas porciones hasta ahora. La mayor parte de esta colosal riqueza se encuentra todavía intocada en las quebradas poco conocidas, inexploradas e inaccesibles de la Cordillera de la Costa, de la de los Andes y en el desierto de

Atacama, como también en el territorio de los indígenas araucanos independientes.

Después de un viaje de 116 días, iniciado en octubre de 1851 en Hamburgo, toqué, por fin, el país tan anhelado, y me acerqué al cumplimiento de mis esperanzas y deseos.

Lo que gané y lo que perdí se encontrará relatado verídicamente en el primer libro, que se ocupa preferentemente de la minería de oro, plata y cobre de la provincia de Atacama, siendo el relato de interés general, por cuanto las riquísimas vetas de plata y cobre descubiertas entonces eran el tema de todas las conversaciones y constituían la meta de todos los anhelos. Pero, al mismo tiempo, no dejé de relatar las condiciones generales, agregando aventuras, acontecimientos interesantes y descripciones del territorio y sus pobladores, sus costumbres y sus hábitos.

El libro segundo se ocupa de las "colonias alemanas" y el territorio todavía no explorado de los indios araucanos salvajes e independientes, que crucé para bien de la ciencia y con peligro para mi salud y vida por cuatro rutas diferentes. Acompaño a estas interesantes expediciones un mapa levantado por mí, que facilitará los comentarios.

*El tercero y último tomo, está dedicado a relatar mis experiencias en Santiago, mis viajes a la cordillera andina, a la isla de Robinson y diversas provincias de la República de Chile, como también al Perú, a los Estados del Ecuador y Nueva Granada y, finalmente, mi regreso a Alemania, necesario por la muerte del querido padre *.*

La obra está ilustrada con cartas y mapas, como también con fotografías, en gran parte confeccionadas por mí mismo.

Aún cuando ahora habrá cambiado mucho allende el mar desde mi regreso, y la civilización y las comunicaciones mundiales habrán hecho sentir una mayor influencia, las condiciones no habrán variado en su esencia, de acuerdo con el tipo de la raza romana. En atención al incremento que ha ex-

* Por ser de menor interés para el lector chileno y considerando la excesiva extensión de la obra, esta edición no tiene los capítulos referentes a los demás países del Pacífico. (N. del E.).

perimentado la emigración desde Europa, que se está transformando en una verdadera migración de los pueblos, entrego mis apuntes al público, como el fruto de una prolongada actividad, a fin de que sean de provecho para aquellos de mis compatriotas que estén dispuestos a cambiar su patria por otra allende el océano.

Breslau, 1º *de marzo de* 1882.

Primera Parte

ANDANZAS POR LA PROVINCIA DE ATACAMA

Capítulo I

DE HAMBURGO A VALPARAÍSO POR EL CABO DE HORNOS

El 4 de octubre de 1851 me embarqué en el pequeño velero de tres palos *Phoenix*, de sólo 500 toneladas, para iniciar el viaje a la América del Sur alrededor del Cabo de Hornos, hasta el puerto de Valparaíso. El *Phoenix* no era un buque de emigrantes, sino que estaba cargado con mercaderías, pero tenía suficientes camarotes para albergar cómodamente a algunos pasajeros. El capitán era un marino de edad, sencillo y experimentado, que ya había navegado varias veces alrededor del mundo y había realizado frecuentemente el viaje a Valparaíso. La tripulación consistía en dos pilotos, primero y segundo, doce marineros, un carpintero, un cocinero y un ayudante de cocina.

Se habían congregado sólo cinco pasajeros para emprender el largo viaje: dos señoras y tres caballeros. Las dos primeras eran novias que seguían a Valparaíso a sus prometidos, emigrados algunos años antes y que habían adquirido entre tanto una fortuna en su nueva patria. Como no eran ni jóvenes ni hermosas, constituían una manifiesta demostración de la lealtad alemana, que en este caso se destacaba tanto más cuanto en la República de Chile hay bellísimas muchachas, que dan preferencia al extranjero, y sobre todo al alemán, quien, mediante tal relación, podrá lograr fácilmente una magnífica situación, en circunstancias que estas novias no tenían para ofrecer, según parece, nada más que un corazón alemán.

En cuanto a los caballeros, dos de ellos eran jóvenes co-

merciantes hamburgueses, que se dirigían a la costa occidental, para entrar allá en una casa comercial. Uno había trabajado ya durante largo tiempo en Río de Janeiro y el otro había estado ocupado como *junior* en Buenos Aires, y ambos dominaban bien el castellano. Yo había seguido la carrera minera, había conocido en aquel año, en la exposición industrial de Londres, los riquísimos minerales de oro y plata provenientes de la República de Chile, que despertaron en mí el anhelo de viajar a aquel país y dedicarme en él a la minería, entregándome al mismo tiempo a la esperanza vana de que sería capaz de adquirir una gran fortuna en corto plazo, con la que pensaba regresar a Europa. Era sano, vigoroso, me encontraba en el tercer decenio de mi vida, y si, por una parte, la despedida de Europa, de la patria, de mis seres queridos, por un tiempo indeterminado, quizás para siempre, me entristecía, estaba, por otra, lleno de anhelos de conocer el Nuevo Mundo, al cual mi excitada fantasía trasladaba los más bellos paisajes y los mayores tesoros. Era muy poco lo que llevaba conmigo desde Europa, pero quizás era muchísimo: mis conocimientos de la minería y el firme propósito de no dejarme intimidar por ninguna penuria o trabajo, por ningún esfuerzo, privaciones o peligros, hasta alcanzar la meta que me había fijado; además, disponía de los instrumentos y productos químicos que necesitaba para el desempeño de mi profesión, como también de la ropa y las armas indispensables para poder penetrar, medianamente preparado, en el desierto de Atacama y las quebradas andinas.

* * *

Cuando me despedí en aquella ocasión de mi hermano, quien me había acompañado a bordo, enviando por intermedio de él mis últimos saludos a la patria, no sospechaba, por cierto, que en vez de pocos años iba a permanecer quince en la América del Sur y con qué dificultades, privaciones y peligros iba a tener que luchar en mi empresa. Aún ahora, vuelto a Europa, a mi patria, al seno de mi familia y dedicado a escri-

bir estas memorias, pienso con espanto en situaciones que me colocaron frente a una horrorosa muerte, a la que escapé siempre en forma milagrosa. Pues los quince años que pasé en aquellas regiones, fueron una lucha casi ininterrumpida, en parte con los elementos, como terremotos, temporales en el mar, naufragios, incendios; en parte, con los hombres, en revoluciones, con bandidos, tribus indígenas salvajes, o negros y chinos; y en parte, con animales salvajes, como tigres, leones, serpientes y peligrosos insectos, y, finalmente, con el clima, con mortíferas fiebres y la disentería.

* * *

A las ocho de la mañana, nuestro *Phoenix* fue sacado del puerto por un vaporcito y, después de corto viaje, llegamos a Cuxhaven, donde una violenta tempestad nos obligó a largar el ancla, a fin de esperar mejor tiempo para salir al Mar del Norte.

Las olas agitadas nos obligaron a permanecer allí durante dos días y noches, pero en seguida salimos, conducidos por un buen práctico. Apenas transcurridas algunas horas, se volvió a presentar un violento viento del oeste, que nos obligó a bordear constantemente, para avanzar un poco y, cuando cayó la noche, se levantó un temporal tan violento, que el capitán se vio obligado a arriar todas las velas, y así fuimos arrastrados de nuevo en la dirección contraria a nuestra ruta, pues nos vimos entregados al viento y a las olas.

Como jamás me había mareado en viajes marítimos anteriores, resolví pasar esta tempestuosa noche en cubierta, en vez de recogerme en el camarote, donde los demás pasajeros se habían mareado terriblemente por el vaivén incesante y violento del buque, haciendo copiosos sacrificios a Neptuno. Protegido por ropa impermeable y abrigadora contra los rigores de la intemperie, elegí el lugar más seguro que pude al pie del gran mástil.

Mientras más se acercaba la noche, tanto más violenta se volvía la tempestad y aumentaba el tamaño de las olas, y co-

mo el buque era agitado fuertemente de un lado a otro, y yo no deseaba abandonar la cubierta, el capitán ordenó que se me amarrara al mástil con un fuerte cable, a fin de que no me arrastrara una de las olas que rompían con espantoso ruído sobre el buque. Incluso los marineros podían cumplir sólo con peligro de muerte las órdenes que se les impartían.

El temporal mantuvo su fuerza hasta el amanecer, y si la obscura noche había sido tétrica y terrorífica, abrigándose por todos el temor de que el pequeño buque sería incapaz de luchar con las olas, que alcanzaban el tamaño de una casa, fue tanto más interesante observar el agitado mar a la luz del día. Entumecido de frío, me dirigí pronto al camarote, para fortalecerme y calentarme, pero apenas llegado al lugar en que mis compañeros de viaje yacían casi sin conocimiento y se quejaban, fui espantado por un repentino ruído en la cubierta, en tal forma que temí que hubiese ocurrido una desgracia. Subí rápidamente y pude observar que la tripulación entera se esforzaba en cambiar el rumbo del buque, pues cerca de nosotros se elevaban en la neblina los barrancos rocosos de la isla Heligoland, en cuyas rocas habríamos naufragado inevitablemente si nos hubiéramos acercado a ellas de noche. Aún ahora logramos sólo con muchas dificultades zafarnos de ellas.

* * *

Durante todo el día tuvimos que luchar con el viento y las olas, y sólo prestando la mayor atención, fue posible mantener el rumbo en medio de las montañas de agua que amenazaban destrozar y hundir para siempre nuestro pequeño buque. Esta situación se mantuvo durante cinco días y cinco noches, un lapso en que pudimos dormir poco y consumir sólo los alimentos más indispensables.

Durante todo este tiempo, nuestro buque fue un juguete de los elementos desencadenados, y el capitán no logró jamás determinar dónde nos encontrábamos. Finalmente, se enteró, para su mayor consternación, que en la vecindad inmediata de

nuestro buque en medio de la niebla se elevaban paredes de roca a pico sobre el mar: nos encontrábamos en la costa de Noruega.

Si nuestra situación ya había sido crítica en mar abierto, se tornó ahora más peligrosa, pues corríamos peligro de ser arrojados sobre las paredes rocosas y aniquilados. Ya nos considerábamos todos perdidos, pues las fuerzas unidas de toda la tripulación no fueron suficientes para mantener el buque alejado de la costa, cuando repentinamente, y para nuestra suerte, el viento cambió de rumbo, permitiéndonos agregar más velas. Volando como un rayo hacia el occidente, nos alejamos de esas peligrosas rocas.

Después de haber vagado durante varios días y noches por el Mar del Norte, el temporal amainó por fin, el cielo se aclaró, pronto brilló amablemente el sol y, cuando se disiparon las neblinas, se elevaban frente a nosotros los pintorescos barrancos rocosos de la costa de Escocia.

Por primera vez desde nuestra salida de Cuxhaven, mis compañeros de viaje volvieron a presentarse en la cubierta, para reconfortarse con los rayos del sol otoñal y disfrutar del magnífico panorama. Pero, ¡qué cambios habían ocurrido en ellos! Estos ocho días y noches de terribles excitaciones y miedo mortal, de mareos y sus dolores y consecuencias, los habían afectado en tal forma que se movían tambaleantes, como ánimas.

Después de haber hecho el capitán sus cálculos y resultado de ellos que nos encontrábamos muy desviados hacia el norte, tuvo primero el propósito de alcanzar el Océano Atlántico doblando la costa septentrional de Escocia; pero, como se levantó un violento viento del norte, tomamos luego rumbo hacia el sur, y nuestro *Phoenix* avanzó muy rápidamente, con todas sus velas a lo largo de las costas de Escocia y de Inglaterra, hacia el Canal de la Mancha, al que llegamos felizmente en la noche del 17 de octubre, después de haber vagado durante diez días y noches por el Mar del Norte.

Cuando subí a cubierta en la madrugada, ya habíamos largado el ancla. Las últimas neblinas cedían en esos momentos a la fuerza de los brillantes rayos solares, y ante mí se encon-

traban, a la derecha, el litoral de Inglaterra, con Dover, y a la izquierda, las playas de Francia, con Calais. Era una magnífica mañana de otoño, y pronto hubo mucha vida y un bullicioso movimiento en nuestro buque, como también en los que nos rodeaban; pues ¿podía haber alguno que no tuviera que reparar algo, después de una tempestad tan violenta y persistente? En todas partes actuaban los carpinteros, se reparaban o secaban las velas, y casi todos los pasajeros se encontraban en cubierta, para reponerse un poco. Además, se habían acercado numerosísimas pequeñas embarcaciones desde las costas inglesa y francesa, cargadas de pescado, frutas, hortalizas, carne, aves, etc., que ofrecían sus mercaderías en inglés y francés; también nos visitaron luego pasajeros de los buques vecinos, y nosotros retribuímos esas visitas, lo que dio oportunidad para que nos relatáramos mútuamente nuestras experiencias de la última semana y los peligros en que nos habíamos encontrado.

Tuvimos que permanecer aquí también al día siguiente hasta la tarde, por calma absoluta. Pero cuando se levantó en seguida un viento favorable, se izaron las velas, y junto con nosotros se dirigieron unos cuarenta buques, como en orden de batalla, hacia el Océano Atlántico. Esto ofreció un magnífico golpe de vista, intensificado cuando la luna salió entre las nubes en la noche, iluminando con su mágica luz las velas blancas de esta flota.

El 18 alcanzamos con toda felicidad el Océano Atlántico. Sólo la mitad de los buques que nos habían acompañado en un principio eran visibles, pero también se hundieron poco a poco tras el horizonte.

Como sabía que durante tres meses completos no vería otra cosa que el cielo y el agua, comencé a sacar mis libros, tanto para aprender la lengua castellana, que me era tan necesaria, —uno de mis compañeros de viaje tuvo la amabilidad de ser mi profesor—, como para estudiar los libros sobre la República de Chile que había adquirido.

De esta manera, nuestro *Phoenix* voló a lo largo de las costas de Francia, España y Portugal, pasamos frente a la isla Ma-

deira, alcanzamos con toda felicidad, el 17 de noviembre, el ecuador, y todos sentimos el violento cambio de temperatura del helado frío boreal a los calores tropicales. Se efectuó, por supuesto el bautismo ineludible de los marineros que todavía no habían pasado "la línea", mientras que nosotros, los pasajeros nos pudimos librar mediante el obsequio de una suma de dinero. Reinó gran júbilo cuando a los tres desgraciados sometidos al rito les untó las caras con alquitrán un marinero disfrazado de Neptuno, que los afeitó en seguida con un gran cuchillo de madera y los hizo recibir infinitos baldes de agua de mar.

Tuvieron que padecer muchas otras gracias, sobre todo en la tarde, cuando los ánimos se mostraron más excitados. También las pobres novias tuvieron que sufrir mucho en ese día. Entre otras cosas, el capitán había colocado un hilo a través del catalejos, que estaba destinado a observar el ecuador. Cuando las jóvenes vieron el hilo, anotaron de inmediato en sus "diarios" que habían observado "la línea" con toda claridad.

En algunos días alcanzamos la altura de Pernambuco, a 8º de Lat. S. Si los calores habían sido muy grandes en el ecuador, ahora se volvieron insoportables, pues se presentó una calma de varios días, durante los cuales el buque permaneció sin moverse de su lugar. No podíamos tolerar el encierro en los camarotes y dormíamos en cubierta, casi desnudos. Para refrescarnos un poco, usamos como tina de baño un gran barril, que hicimos llenar frecuentemente con agua de mar.

En el primer día se elevó repentinamente cerca de nosotros una bandada de peces voladores, centenas de los cuales chocaron contra las velas y cayeron en la cubierta, donde nos apoderamos de ellos. Mandamos prepararlos, y pudimos comprobar su buen sabor.

Al segundo día, nuestro buque fue rodeado por cuatro tiburones. Como los marineros tienen la superstición de que cuando estos voraces animales no abandonan un buque, sino que lo siguen, tiene que morir pronto alguien, se trató de cazarlos de inmediato, tanto con arpones como con anzuelos. Después de haber fracasado muchas tentativas, uno mordió el

anzuelo; pero su fuerza era tan grande, que fue necesario que ayudaran todos los marineros a izarlo a bordo, donde se le dio muerte.

Al tercer día se cazaron con el arpón tres bonitos; que son delfines o toninas, que también se subieron a bordo. Se prepararon con ellos bisteques, y aún cuando no eran de mi gusto, agradaron mucho a todos los demás. En la tarde se amontonaron grandes masas de nubes negras en el cielo y se desencadenó una terrible tempestad eléctrica, que duró hasta tarde en la noche. Los rayos se seguían con pequeñas interrupciones y el trueno podía ser escuchado durante horas, sin interrupción alguna. La situación para nosotros era muy peligrosa, pues podíamos esperar que en cualquier momento un rayo, atraído por la gran cantidad de fierro del buque, lo destrozara o incendiara. Pero, felizmente, escapamos también a ese peligro.

A medianoche cayó sobre nosotros uno de esos aguaceros tropicales, que tienen fama por su violencia. Pero pronto aclaró de nuevo el cielo; se levantó un viento favorable que nos permitió izar todas las velas y, volando hacia el sur, alcanzamos la altura de Río de Janeiro, a 23º de Lat. S.

Después de algunos días de viaje, llegamos a la altura de Buenos Aires, situado a 34º 35'30", y, continuando el viaje, a la desembocadura del Río Negro, a 41º 02' de Lat. S., navegando ahora a lo largo de la costa patagónica, que se extiende desde el Río Negro hasta el Estrecho de Magallanes.

Cuando alcanzamos el paralelo 51º, se escuchó por primera vez el grito: "¡Tierra, tierra!", y desde cubierta vimos que se elevaban frente a nosotros las Islas Malvinas. Este archipiélago, que comprende dos islas grandes y unas 200 menores, está situado entre 51 y 53º de Lat. S. y entre 57 y 62º de Long. W., a unas 300 millas marinas al este del Estrecho de Magallanes. Tiene una superficie de cerca de 355 millas cuadradas alemanas y una población de unas 400 almas. Pudimos observar claramente la costa muy disectada y que forma infinitas bahías.

La temperatura había vuelto a cambiar de nuevo, y estuvimos en la necesidad de sacar ropa de invierno. Nos abando-

naron poco a poco las aves y peces del trópico, y en su lugar se presentaron palomas antárticas, albatroses, golondrinas de mar, petreles y gaviotas de diferentes especies y colores, y animales pertenecientes a regiones más frías.

Después de haber pasado frente a estas islas, navegamos a lo largo de la costa de Tierra del Fuego, archipiélago que se extiende entre el Estrecho de Magallanes y el Cabo de Hornos, desde 52º 20'10" hasta 55º 58'40" y alcanzamos pronto la altura de este lugar, difamado en todo el mundo y peligroso, donde han naufragado ya tantos buques. Esperamos poder doblarlo rápidamente, pero se levantó un viento del N. O. tan fuerte que tuvimos que bordear durante todo un día. En la noche el viento se transformó en un temporal que obligó al capitán a arriar todas las velas. Siguió desencadenado durante ocho días y ocho terribles noches, sin interrupción, y nos arrastró como simple juguete a merced de las olas hasta los 60º de Lat. S., desde donde retrocedimos al norte. Reinaba gran frío, nevaba y caían granizadas casi diariamente, y experimentamos sensibles pérdidas. En una ocasión, se quebró un mástil y perdióse con sus velas; en otra ocasión, una ola arrastró consigo la cocina, que se encontraba sobre la cubierta; además, quedó destruida y fue arrasada gran parte de la borda, a uno de los costados, de modo que era peligroso mantenerse en cubierta, sobre la cual se quebraban, además, constantemente, enormes olas, con gran ímpetu y ruido, sepultando por momentos nuestra débil embarcación en el agitado mar. Pero, por fin, precisamente el 1º de enero de 1852, junto con otros seis buques que encontramos, pudimos doblar el Cabo de Hornos, pasando tan cerca, que nos fue posible reconocer con precisión el promontorio de tan mala fama.

Después de esta feliz circunnavegación, el *Phoenix* pudo disfrutar del viento del sur, dirigiéndose, rodeado por varios otros buques, con una velocidad de 10 millas por hora, hacia el norte. El 8 de enero alcanzamos la altura de Ancud (bajo 41º 52' de Lat. S.), capital de la isla de Chiloé, que tiene una longitud de 25 leguas alemanas y que pertenece a la República de Chile. Siguiendo con rumbo al norte, llegamos, el 10

de enero, a la altura de Valdivia, a 39º 49'02", donde se encuentra la conocida colonia alemana, y el 13, la latitud de Talcahuano, a 36º 42', donde la temperatura volvió a aumentar tanto, que nos vestimos de nuevo con ropa de verano.

Un espectáculo interesante nos ofrecieron ese día, en que reinaba calma chicha, una gran cantidad de ballenas que nadaban muy cerca de nuestro buque en las aguas verdes del mar y echaban al aire sus elevadas columnas de agua. Un ballenero norteamericano estaba dedicado a cazarlas. Después de mucho trabajo, logró capturar uno de estos colosales pobladores del mar y, durante la noche, los marineros se ocuparon en asegurar el botín a bordo, a la brevedad posible.

A la mañana siguiente continuamos nuestro viaje con rumbo al noreste, favorecidos por un fuerte viento del sur y alcanzamos en un día la altura de Constitución, a 35º 21'. Desde aquí nos acercamos cada vez más a la costa chilena y en la noche siguiente, el piloto gritó de improviso: —¡Tierra!

Abandonamos de inmediato las camas y, llegados a cubierta, observamos frente a nosotros una luz débil, que comenzó a brillar con más intensidad a medida que nos acercábamos: era el faro de Valparaíso. Después de corto viaje, se escuchó la voz del capitán, hubo ruido de cadenas y anclamos en el puerto.

Tuvimos que esperar dos horas hasta que aclarara. ¡Con que lentitud las sentíamos pasar! Inútilmente esforzamos nuestra vista para reconocer algo entre la densa neblina que rodeaba toda la costa y el puerto. Por fin, después de una prueba tan prolongada para la paciencia, se presentó el momento anhelado. Poco a poco se elevó la niebla; se percibieron primero contornos y formas imprecisas, luego, a medida que el nuevo día espantaba a la noche, los cuerpos adquirieron formas más precisas, y cuando se levantó una leve brisa, se extendía Valparaíso, el "valle del paraíso", ante nuestra mirada encantada.

Capítulo II

VALPARAÍSO

Valparaíso, el principal puerto comercial de la República de Chile, está situado a 33º 01'53" de Lat. S. y 71º 41'15" de Long. W.

Las primeras informaciones sobre este lugar y puerto datan del año 1536, cuando lo tocó un buque español equipado por el gobernador del Perú, don Francisco Pizarro, y provisto de armas y municiones, bajo el mando de Juan Saavedra, destinado a su compañero de armas Diego de Almagro, quien había avanzado por tierra hasta este lugar, con un ejército importante, y había sometido las tribus indígenas.

Cuando Juan Saavedra, después de prolongado viaje a lo largo de las desoladas y estériles costas del Perú, de Bolivia y de la parte septentrional de la actual República de Chile, alcanzó ese puerto, cuyos faldeos encontró poblados de palmeras, quillayes, canelos, maitenes y avellanos, y con arroyos de excelente agua cristalina que se precipitaban a través de las rocas, halló que toda la costa tenía gran semejanza con el lugar de que era oriundo, llamado Valparaíso, cerca de Cuenca, en España, y le dio ese nombre.

Existían en aquella bahía, que llevaba el nombre de Quintil, sólo pocas chozas, habitadas por aborígenes de la raza de los changos, que vivían casi únicamente de la pesca y la caza de focas; construían sus balsas de cueros de lobos marinos cosidos e inflados, que amarraban en cierto número los unos al lado de los otros. En las pequeñas bahías de la parte boreal de Chile siguen viviendo los descendientes de estos changos, que no han cambiado en cuanto a aspecto, costumbres de vida y ocupación, y cuyo nombre proviene de los lugares llamados *Chanco*, de los que hay varios en esta costa.

Después de haber sido vencido por los indígenas el conquistador Diego de Almagro y regresado al Perú, don Francisco Pizarro despachó al país a su general Pedro de Valdivia, quien avanzó en 1540 con toda felicidad hasta aquí.

En agosto de 1544 llegó a este mismo lugar su amigo Juan Bautista Pastene, genovés, en el buque *San Pedro,* de su propiedad, con refuerzos y armas, se reunió con él para ampliar las conquistas, y el 3 de septiembre de 1544 fundó Pedro de Valdivia la ciudad de Valparaíso, nombrando a Juan Bautista Pastene su primer gobernador.

En el año 1573 llegó también a este lugar el navegante Juan Fernández, quien descubrió el archipiélago homónimo.

La ciudad fue saqueada por el navegante británico Francis Drake en 1578; cerca de un siglo más tarde se autorizó una fortificación. Pero se libró pronto de su muralla, y floreció en seguida en tal forma como ciudad comercial, que dos siglos más tarde, cuando yo la visité, contaba 50.000 habitantes, de los cuales unos 10.000 eran extranjeros.

* * *

Es fácil comprender qué impresión tenía que recibir yo, al ver cómo se expandía poco a poco frente a mí un nuevo país, un nuevo continente, que brotaba como un encantamiento de las densas neblinas: el más insignificante de los objetos atraía mi vista con el mayor interés, después de no haber contemplado otra cosa que cielo y agua durante tanto tiempo.

El sol estaba saliendo en todo su esplendor en el cielo azul marino, sobre las cumbres cubiertas de nieve de los majestuosos Andes e iluminaba con sus primeros rayos al puerto, el que se extendía al pie de barrancos rocosos, en la orilla del Océano Pacífico. Aún cuando la Cordillera de la Costa, pelada, con altitud de más de 1.000 pies y cubierta de tierra colorada, en que sólo crecían aisladas palmeras, no ofrecía una vista agradable, su imagen fue relegada a segundo término por el primer plano, que era pintoresco y comprendía la ciudad, extendida en anfiteatro hasta alturas considerables. En las laderas de las colinas más cercanas y sobre ellas se elevaban magníficos chalets y jardines, a los que se llegaba por románticos senderos, que subían a través de largas y angostas quebradas.

De la misma manera, el puerto, donde se encontraban al

ancla centenares de buques más grandes o más pequeños, pertenecientes a los más diferentes países, y cuyas aguas eran cruzadas por innumerables botes, ofrecía un espectáculo muy interesante. Se movían en él grandes vapores, apurando con sus estridentes pitazos a los pasajeros retrasados; algunos veleros levaban anclas, y los alegres cantos de los marineros se escuchaban desde nuestro sitio. La banda de un buque de guerra británico tocaba *God save the Queen;* y la de un buque de guerra francés, alguna marcha de asalto, y volaban alrededor de nuestro buque grandes cantidades de gaviotas y alcatraces, peleándose con gran gritería los despojos de cocina tirados por la borda.

Cerca de las 8 horas llegó a bordo el capitán del puerto, con los funcionarios de la aduana, y después de haber examinado los documentos y las mercaderías y de habernos deseado una feliz estada en el país, con una copa de Jerez, nos abandonaron de nuevo, para visitar otros buques llegados en esa madrugada, después de lo cual pudimos dirigirnos a tierra. Pero apenas se habían alejado los funcionarios, cuando atracaron a nuestro buque, con la mayor presteza, numerosos chilenos de ambos sexos, que lo habían rodeado hasta entonces con sus botes. Se apresuraron tanto en llegar a bordo, que una joven vendedora de naranjas se precipitó con su canasta al agua, para regocijo de todos; pero, como nadaba, volvió a aparecer pronto, y se afirmó con tanta fuerza en uno de los pequeños botes en que se encontraban los burladores, que la embarcación se volcó y sus tripulantes tuvieron que acompañarla en las olas, después de lo cual todos fueron extraídos del agua, con gran holgorio colectivo.

Nuestro buque se encontró pronto repleto de estos intempestivos huéspedes, que ostentaban un cutis más obscuro o café claro y estaban vestidos todos según la moda europea, pero con la excepción de que llevaban un poncho, es decir, un paño cuadrado, con un corte al centro, por el que se pasa la cabeza.

Con gran gritería ofrecían al recién llegado sus mercaderías y sus servicios. Aquí una muchacha vendía piñas y plátanos; allá, otra, frutillas, duraznos o higos; aquí me asaltaron si-

multáneamente cuatro agentes de hoteles, peleándose entre ellos, mientras me rodeaban fleteros que querían llevarme a tierra con mi equipaje; en fin, la cubierta, hasta entonces tan tranquila y pacífica, mostraba gran agitación y bullicio.

Tan pronto logré apoderarme de mis baúles, me apresuré a despedirme del buque, del capitán y la tripulación que me habían traído felizmente de la patria a orillas del Océano Pacífico. En pocos minutos alcancé el desembarcadero, llamado Plaza de la Intendencia, donde se encuentra el palacio de gobierno.

Apenas había llegado, se escuchó desde el fuerte de San Antonio, situado muy encima del lugar en que me encontraba, en la falda del cerro, el tronar de los cañones, contestado de inmediato por los buques de guerra chilenos surtos en la bahía. En el palacio de gobierno fue izada una gran bandera e imitaron este ejemplo no sólo todos los edificios, sino también todos los buques. Llegó una compañía de infantería, cuya banda tocó la hermosa Canción Nacional.

Cuando terminó, el destacamento se dirigió al compás de la marcha de Radetzky y entre los aplausos del numeroso público, al cuartel. Me alojé en el *Hotel de Chile*, situado en la cercanía, que pertenecía a un alemán, del apellido muy común de Meier. Aquí fuí informado que aquel día se celebraba una victoria que las tropas del gobierno habían logrado poco tiempo antes de mi llegada sobre una revolución, durante la cual se había luchado también encarnizadamente en las calles de Valparaíso, donde hubo numerosas víctimas *.

Después de haberme preocupado de mi aspecto exterior, muy descuidado durante un viaje marítimo de más de tres meses de duración en un pequeño velero, me dirigí al Cónsul General de Prusia, señor J. G. Fehrmann, para quien tenía cartas de recomendación. Me acogió en la forma más amable y, después de informarle que poseía conocimientos mineros, me

* Alude a la celebración de la victoria obtenida por el general Manuel Bulnes sobre el general José María de la Cruz, en Loncomilla, el 8 de diciembre de 1851, que afianzó la elección de Manuel Montt como Presidente de la República. Como se desprende del texto, el triunfo sólo fue celebrado en Valparaíso a mediados del mes siguiente. (N. del T.).

recomendó viajar a la provincia boreal del país, a Atacama, donde se estaban trabajando riquísimas minas de plata y se descubrían nuevas a cada rato. Acordé seguir este consejo cuanto antes.

Pero como el próximo vapor sólo salía el 29 de enero al norte, tenía casi dos semanas de tiempo para conocer Valparaíso y sus alrededores, a fin de familiarizarme con las condiciones, costumbres y modalidades de esta plaza y perfeccionar mis conocimientos del castellano.

Cuando regresé al hotel a las 5, sonaba la campanilla que invitaba a la comida, y mi sorpresa fue grande, al encontrar en el gran comedor a más de 60 alemanes, que ocupaban una gran mesa, mientras que en otra habían tomado asiento algunos ingleses, franceses y muchos chilenos. Yo fui sentado a la mesa alemana, y como los guisos eran excelentes y se ofrecían en gran número, no es preciso que insista en describir el apetito con que me deleité con carne fresca, pan, hortalizas, excelentes duraznos, frutillas y muchas otras frutas, después de haber carecido durante 116 días de todos estos alimentos.

En nuestra mesa reinaba mucha animación, y sobre todo a los postres se consumían grandes cantidades de champaña, vino del Rhin y de Tokay: una prueba concluyente de que la joven Alemania vivía en este país en la abundancia. Pronto llegué a conocer numerosos compatriotas, ocupados en su mayor parte en casas comerciales de la plaza.

Como a muchos de estos jóvenes, conocí también al Dr. Piderit, tan amable como excelente médico, oriundo de Detmold, y a un gran pianista de Cassel, Wilhelm Deichert.

Terminado el almuerzo, fui invitado a un pequeño paseo, en el que participaron unos veinte hijos de Alemania, quienes salieron en doce birlochos poco cómodos, de dos ruedas. En cada caballo con montura se encontraba un postillón, provisto de espuelas que pesaban algunas libras y eran de gran diámetro. Así corrimos a gran velocidad sobre el pésimo pavimento, por las calles adornadas con miles de banderas, al barrio del Almendral, situado en la parte oriental. Visitamos allá un jardín público, denominado Polanco, donde se tocaba

música y bailaba, y en cuyos salones reinaba gran animación.

Los jardines de este establecimiento estaban perfumados con el aroma de hermosísimas flores, y bandadas de picaflores policromos y de las más bellas mariposas volaban de arbusto en arbusto, de flor en flor. Desde aquí corrimos al galope a la plaza principal de este barrio, llamada de La Victoria, donde hubo, como parte de la celebración, magníficos fuegos artificiales, y después de haberlos presenciado, nos dirigimos al teatro, situado en esa plaza. Una compañía italiana representaba "Hernani".

Antes que se iniciara la ópera, apareció en el proscenio la *prima donna*, con una gran bandera chilena en los brazos, y después de haber recitado un prólogo alusivo, todos los cantantes y el auditorio entonaron la Canción Nacional, acompañados brillantemente por la orquesta. La representación de "Hernani" fue muy buena. Cuando había terminado, permanecí con mis nuevos conocidos durante algún tiempo en la plaza en que se encuentra el teatro, donde se habían levantado numerosísimas ramadas, destinadas a la venta de helados, frutas y bebidas. La plaza estaba repleta de gente, que se dedicó hasta el amanecer a cantar, bailar, jugar y beber. Tuve oportunidad de conocer aquí los graciosos bailes nacionales, sobre todo la zamacueca.

Al día siguiente desperté temprano, pues mi hotel se encontraba en el punto céntrico del movimiento de la ciudad, que comenzaba ya en el alba en forma bulliciosa, como pude observar desde mi ventana.

Ocupé en el primer piso una pieza bien amoblada, por la que pagaba sólo dos pesos al día (ocho marcos), incluyendo un excelente desayuno, consistente en sopa, bisteque, huevos, jamón y té o café, y el excelente almuerzo. Las banderas que flameaban el día anterior en todos los edificios, habían desaparecido, y las festividades, paradas, música, baile y cañonazos habían cedido su lugar a una movida actividad comercial. Una cantidad increíble de vendedores y vendedoras de pescado, hortalizas, harina, frutas, helados, carbón vegetal, etc., ofrecían por medio de gritos característicos, las mercaderías que

transportaban en asnos y mulas o llevaban sobre las cabezas. Aquí se encontraba un grupo de peones desayunando alrededor de una muchacha, que vendía arroz y azafrán; allá estaban acampados a la sombra policías uniformados que se refrescaban comiendo sandías, y a la entrada de una casa estaba de pie una mujer voluminosa, fumando un cigarrito y elogiando sus piñas y plátanos. Un gran número de comerciantes se movían apresuradamente por las calles, cuyo aseo estaba a cargo de detenidos, que llevaban esposas; se paseaban religiosos de diferentes órdenes; marineros visitaban bulliciosamente la ciudad; dos organilleros parecían empeñados en un certamen con sus instrumentos, tratando cada uno de hacer más ruido que el otro, y una cadena ininterrumpida de coches subía y bajaba por las calles.

Eran, sin duda, admirables las figuras hercúleas de los peones que cargaban y descargaban las mercaderías y cuya musculatura colosal se podía apreciar, pues llevaban sólo un breve taparrabos. Observé a menudo cómo transportaban bultos que pesaban varios quintales, con tanta facilidad y rapidez como si se tratara de libras.

A las 5 me volvió a reunir la campanilla de la comida con muchos de los nuevos conocidos. Después de haber hojeado los diarios locales, de los que se publicaban en aquel tiempo dos en lengua castellana, *El Mercurio* y *El Comercio,* que habrían honrado a cualquiera residencia europea, salí a recorrer la ciudad acompañado por algunos compatriotas.

Valparaíso se extiende a lo largo de la costa, en un semicírculo que tiene una longitud de casi una legua, y la playa se encuentra dividida por siete quebradas principales. Las quebradas y colinas han sido edificadas; sobre todo en estas últimas se encuentran magníficos chalets y jardines, pertenecientes la mayoría a comerciantes alemanes y británicos. Se disfruta desde ellos de un encantador golpe de vista sobre el mar, y hacia el interior se divisa el cerro de La Campana, con altitud de 1.839 metros. Además, se encuentran en las colinas la cárcel, el cuartel, el fuerte, la iglesia protestante y los cementerios católicos y protestante.

Más o menos al centro, la Cordillera de la Costa avanza tanto, que forma una punta, llamada Cabo de Hornos, que divide la ciudad en dos partes, denominadas El Puerto y El Almendral (con El Barón).

El Puerto es la sede del Gobierno, de los consulados y el punto céntrico de todo el comercio, como consecuencia de lo cual se encuentran también en este barrio los representantes del comercio extranjero y, en relación con éste, los hoteles de primer rango, la Bolsa, la Aduana, la oficina de Impuestos, el Telégrafo y el Correo, e igualmente albergues para marineros y las casas de prostitución.

El Almendral, en cambio, es mucho más extendido, debido a que las serranías retroceden mucho en esa parte. Allí se encuentra la plaza principal, llamada de La Victoria, con la iglesia de San Agustín, el palacio del obispo, el teatro, el cuartel principal de la policía, el gran hospital y diversos monasterios e iglesias. En el Barón, cerca de la orilla del mar, queda la estación del ferrocarril a Santiago, y, más arriba, sobre barrancos abruptos y rocosos, se encuentra el fuerte del Barón, el monasterio de los jesuitas y el gran edificio de la Casa de Penitencia, en la que se recluyen anualmente los penitentes durante 8 a 14 días. Además, se encuentran en esta parte la iglesia de Jesús Crucificado, y al pie de las serranías, a orillas de un arroyo, el paseo y muchas chinganas. El Almendral se encuentra poblado, sobre todo, por el elemento nacional, mientras que los extranjeros se han domiciliado en El Puerto.

El estilo de los edificios de Valparaíso correspondía, en general, al europeo; en El Puerto eran, en su mayoría, de varios pisos; en El Almendral y El Barón, en cambio, de uno solo. Los innumerables ranchos de la población más pobre ofrecían un aspecto muy pintoresco; en parte, se encontraban suspendidos en los barrancos, como nidos de pájaros.

Las calles principales se encontraban todas pavimentadas y dotadas de veredas, y toda la ciudad, es decir, los barrios de El Puerto, El Almendral y El Barón, disponían de alumbrado a gas, hasta muy arriba en las serranías, donde se encuentran los chalets. Debido al reparto de las viviendas en terrazas, la

ciudad ofrecía de noche un magnífico golpe de vista, cuando se reflejaban miles de lámparas a gas en el Océano Pacífico.

Después de haber recorrido Valparaíso desde un extremo al otro, llegando a conocer su situación y sus edificios, emplée mi tiempo en conocer las condiciones generales de la ciudad.

En lo referente al clima, el termómetro sube en verano raras veces a más de 27º R.; el calor es moderado siempre por la brisa del mar; y de la misma manera, el termómetro baja en invierno raras veces a menos de 9º R. Desde septiembre hasta diciembre dura la primavera; desde diciembre hasta marzo, el verano; desde marzo hasta junio, el otoño; y desde junio hasta septiembre, el invierno. En el verano, el cielo se encuentra casi siempre sin nubosidad; por lo general, el sol brilla en un cielo azul hermosísimo, con viento del sur; pero si el viento cambia un poco hacia el este, molesta mucho, pues sopla grandes masas de polvo desde las serranías a Valparaíso, cubriendo y obscureciendo la ciudad. En el invierno, en cambio, sopla, por lo general, viento del norte; llueve a menudo varios días seguidos, y a veces con mucha intensidad, formándose torrentes que bajan de los cerros y acarrean tanta arena que se interrumpe el paso en algunas calles.

Para el puerto, sólo protegido contra los vientos del sur, son muy peligrosos los del norte, sobre todo cuando se transforman en temporales. Ocurre a menudo que los buques al ancla en la bahía se hunden o son arrojados contra la costa, sobre todo cerca de la roca saliente, que recibió por ello el nombre de Cabo de Hornos; las olas son entonces tan elevadas, que no permiten mantener comunicación entre los buques y la tierra. A veces, las olas arremeten con tanta violencia contra los edificios de la playa, que les ocasionan grandes perjuicios, y una vez ocurrió que una sola inundó totalmente en el puerto las calles del Cabo y Cochrane, llenando de agua cuarenta locales comerciales y bodegas de las más importantes casas mayoristas extranjeras y ocasionó cuantiosas pérdidas. Muy raras son las tempestades eléctricas y granizos, pero la ciudad ha tenido que sufrir mucho por los terremotos, como toda la costa occidental de la América del Sur. Los del 25 de

febrero de 1835 y del 22 de noviembre de 1842 destruyeron gran parte de Valparaíso.

Observaciones precisas han demostrado que después de cada fuerte terremoto la costa ha sido solevantada, y de modo tan notable que en 220 años ha subido 19 pies. Por esta razón, se encuentran grandes cantidades de conchas de especies que todavía viven en el mar hasta una altura de 500 pies en la Cordillera de la Costa, que se eleva hasta 1.000 pies.

El clima no sólo es agradable, sino muy saludable; no se conocían en aquel tiempo en Valparaíso la fiebre amarilla y las tercianas, ni las viruelas u otras epidemias; sólo en la época de las frutas reina comunmente la disentería, a lo que puede contribuir mucho la mala calidad del agua.

Una prueba segura de la bondad del clima, en toda la República, es la circunstancia de que, según informaciones estadísticas seguras, viven en todo el país, que cuenta con 1.400.000 habitantes, 588 personas que tienen una edad de más de 100 años, dos de ellas con más de 130 años.

Una plaga terrible, que hacía muchas víctimas, era la sífilis, muy propagada. Parecía incomprensible que una administración que había promulgado tantas leyes sabias y creado tantas instituciones beneficiosas, no procurara poner atajo a la prostitución por comisiones sanitarias y supervigilancia policial, como ocurre en otros puertos del mundo. Sólo se debía a que en esta República se encuentran las excelentes termas de Cauquenes, Apoquindo y Chillán, dotadas de aguas sulfuradas y yoduradas y aptas para neutralizar el morbo, el que muchos recuperaran la salud y los daños no adquirieran proporciones mayores. Y debe considerarse que se disponía de excelentes médicos ingleses, franceses y alemanes, entre quienes el ya nombrado Dr. Piderit, de Detmold, era sin duda el mejor; su práctica le producía anualmente 18.000 a 20.000 pesos (un peso son 4 marcos).

Así como el médico alemán era el más reputado, ocurría también con la botica alemana, al extremo de que boticarios de otras naciones, para poder competir, tenían que contratar

los servicios de un farmacéutico alemán, a fin de poder colocar en su letrero la misma indicación de "Botica Alemana".

Valparaíso disponía también de un excelente hospital, dotado por el Estado con la suma anual de 30.000 pesos (San Juan de Dios), con 300 camas, y que trataba 3.000 personas gratuitamente cada año.

En cuanto a las razas humanas que vivían en Valparaíso, se les podía dividir en tres categorías: los aborígenes, los mestizos de indígenas y españoles, incluyendo los criollos descendientes de españoles, sin mezcla, y los extranjeros. Aborígenes apenas existían; eran de color cobrizo, muy robustos, de estatura media, cabello grueso, negro y abundante, ojos pequeños, algo punzantes, frente baja, nariz un tanto achatada y con grandes ventanas, poca o ninguna barba, pómulos salientes, dientes chicos, muy bellos y bien conservados, y orejas, manos y pies pequeños. De los mestizos o criollos hay dos géneros: aquéllos en que corre más sangre indígena que europea y que son de color más bien café que blanco y aquéllos que, debido a varios cruzamientos, son blancos en menor o mayor grado.

Estos últimos representan la gran mayoría. Los varones son casi todos grandes, de buena figura, tienen cabello negro, algo crespo, con barba cerrada y bien crecida, usan bigote casi todos —tanto los de las clases superiores como los de las inferiores— tienen nariz algo curva, ojos grandes y negros, cejas bien pobladas, dientes hermosamente blancos y bien conservados, pequeñas orejas, manos y pies, buena tenida y un andar elegante. Las mujeres y muchachas tienen, por lo general, un hermoso cutis blanco, cabello negro muy bello y algo tupido, ojos negros muy expresivos, nariz curva, cejas negras muy finas, dibujadas en semicírculo y fuertemente destacadas, pestañas muy largas y sedosas, magníficos dientes, bellos bustos, orejas, pies y manos pequeños y movimientos llenos de gracia. Hay también entre ellas muchas que tienen el cabello rubio y los ojos azules.

La lengua nacional es el castellano, pero como viven en Valparaíso numerosos extranjeros, se hablaba mucho el alemán,

el inglés y el francés. Existía un buen colegio inglés, en el que se educaban no sólo los niños de los extranjeros, sino también los hijos de muchos chilenos, aprendiendo aquellas tres lenguas.

La religión nacional es la católica y romana, y mientras en Santiago, la capital, reina mucha ignorancia y fanatismo, se manifestaba claramente en Valparaíso la influencia de tantos elementos extranjeros y de la civilización moderna, y ya se disponía de una iglesia protestante y de un cementerio de esta confesión. En todo sentido, los habitantes de Valparaíso eran ilustrados y de tendencias liberales *.

Los chilenos se destacan generalmente por su buen carácter; son muy hospitalarios, de buena voluntad, sinceros, patrióticos y valientes, pero, al mismo tiempo, apasionados, algo vengativos, derrochadores y de poca prudencia. Son muy inteligentes, comprenden con facilidad y tienen mucha capacidad imitativa, una gran afición por la música, la poesía y el baile.

No sabía cómo admirar suficientemente el grado de civilización e inteligencia logrado en tan cortos años por esta ciudad, al extremo de que no sólo podía competir en muchos sentidos con las ciudades de primera categoría de Europa, sino que las aventajaba en algunas cosas.

La moralidad de los vecinos dejaba, por cierto, bastante que desear, y la información estadística de uno de los últimos años, de acuerdo con la cual en esta República habían nacido 20.000 niños ilegítimos sobre un total de 60.000, era característica a este respecto y permitía apreciar profundamente las condiciones sociales.

Una prueba innegable del bienestar general consistía, sin duda, en que no se veían mendigos en Valparaíso y se conocía la palabra "pobreza" sólo de oidas, lo que sin duda significa mucho en una población de 50.000 almas. Este bello resultado se había logrado, sin embargo, por la gran piedad y generosidad de la población, buenas leyes y una policía bien organizada. Se reunían anualmente, sólo para ayudar al hos-

* No debe olvidarse que el autor era protestante. (N. del T.).

pital, entre 15.000 y 20.000 pesos por medio de colectas, y si alguien perdía su fortuna sin culpa, por incendio, terremoto o malos negocios, se realizaban de inmediato colectas en su beneficio, ayudándosele por medio de conciertos, bailes y funciones teatrales, etc. Creo que será difícil encontrar otro lugar en que se practique más la beneficencia que en Valparaíso.

Las leyes del país, aunque muy severas en algunas materias, eran sabias, en general, moderadas y adaptadas a las condiciones del país.

Los delitos de robo y hurto eran muy raros, pero, por desgracia, eran frecuentes los asesinatos por celos, venganzas o riñas cometidos casi siempre en estado de ebriedad. Los criminales eran fusilados públicamente. Una prueba de que no se temían los robos y hurtos, es que las puertas de las casas se encontraban casi siempre abiertas. Pero se trataba, al mismo tiempo, de una medida de precaución contra los frecuentes temblores y terremotos, pues permitía salir rápidamente al aire libre.

El hecho de ser tan poco frecuentes los robos y hurtos, provenía en especial de que todo aquel que deseaba ocuparse, no sólo encontraba trabajo, sino que se le pagaba también un elevado jornal, que era corrientemente, hasta de tres pesos por día para los simples peones, lo que era bastante para vivir con holgura durante toda una semana. Una medida muy sabia consistía en arrestar a los vagos y ociosos y obligarlos a realizar trabajos públicos. Era también acertada la de castigar públicamente los ladrones con 50 azotes que les aplicaba el verdugo en el mismo lugar donde habían cometido el delito. Con este motivo corría la sangre casi a torrentes.

Por lo general, las clases inferiores no tenían afición a apoderarse de la propiedad ajena: eran honestas. Las casas comerciales de Santiago enviaban a Valparaíso sumas importantes con los cocheros del servicio público entre ambas ciudades, que entregaban siempre puntualmente los dineros recibidos. Cuando la gente pobre encontraba objetos perdidos en la vía pública, aunque fueran de algún valor, los entregaba casi siempre a la policía y el que había hecho el hallazgo recibía

un pequeño regalo, pero a menudo, nada. Sólo en el camino a Santiago se conocían frecuentes salteos. Los bandidos se escondían en las quebradas por las que pasa el camino, pero, por lo general, eran sorprendidos pronto por los piquetes de soldados que se despachaban contra ellos y se les fusilaba en el acto.

Muy severas eran las leyes referentes a delitos políticos. Los inculpados a este respecto eran condenados, según la importancia de los casos, a fusilamiento, al exilio o deportación, o a prisión de varios años. Igualmente severas eran las leyes sobre deudas. Las letras de cambio, pagarés o simples facturas, por sumas considerables o pequeñas, tenían que ser pagadas dentro de dos días, una vez presentadas, pues en caso contrario el acreedor tenía el derecho de ejecutar de inmediato al deudor, y si éste no podía ofrecer una garantía suficiente, se le condenaba a arresto por deudas, quedando detenido hasta que pagara. Por dura que fuese esta ley, de la que se hacía a menudo mal uso por venganza, produjo la consecuencia favorable de establecer una gran confianza general, y se pudo obtener en Valparaíso más crédito que en casi todas las plazas del mundo.

De gran importancia para esta ciudad era también la policía, excelentemente organizada, la que consistía en un batallón de a pie y un escuadrón a caballo. Estaba preparada militarmente, uniformada y poseía sus oficiales, su comandante, su banda de músicos y sus banderas. En la parte central de la ciudad, en la plaza de La Victoria, se encontraba el cuartel, con la cárcel anexa, y en él tenía también su domicilio el jefe de la policía. El batallón de infantería estaba distribuido en tal forma en la ciudad, que en cada cuadra, es decir, cada 150 pasos, se encontraba durante el día y la noche un policía. En las calles más alejadas y en el arrabal estaban estacionados los policías a caballo, usados sobre todo para perseguir a los delincuentes. Por medio de un pito, que llevaban el jefe de la policía, los oficiales y toda la dotación, los primeros impartían a estos últimos órdenes por medio de determinados silbidos, los que eran repetidos por cada vigilante a su vecino, de modo que una orden del comandante era retransmitida en pocos mi-

nutos como un telegrama a toda la tropa de Valparaíso. De la misma manera, los vigilantes hacían sus señales a los oficiales. Con motivo de incendios, tumultos u otras perturbaciones del orden, se dirigían al lugar del siniestro y mantenían el orden. En el verano, la policía usaba uniformes de lino blanco; en el invierno, de paño gris; cada cual llevaba su número en la gorra; el armamento consistía en una espada.

El ejército regular constaba de un batallón de infantería y dos compañías de artillería. Ambas armas vestían en el verano uniformes de lino blanco; en el invierno llevaban uniformes similares a los del ejército francés, con algunas diferencias en los botones y otros detalles. La infantería usaba carabinas de percusión y sables; la artillería sólo tenía pequeños cañones de campaña, tirados en las llanuras por mulas y cargados a éstas en la montaña. El chileno es conocido como el soldado más valiente de la América del Sur.

La escuadra de guerra surta en la bahía comprendía: la fragata *Chile*, con 46 cañones, el bergantín *Meteoro*, con 16, la corbeta *Constitución*, con 18, el bergantín *Janequeo*, con 16, como también el transporte *Infatigable* y el pequeño vapor *Maule*.

La tripulación era de 400 hombres. Por supuesto, estos buques no eran apropiados para ofrecer una gran resistencia, ni mucho menos para resguardar y defender la costa de la República, que tiene una longitud de muchas centenas de leguas; se les empleaba sobre todo para movilizar rápidamente tropas de un puerto a otro y para despachar órdenes.

La principal fuerza de defensa del país era la Guardia Nacional, en la que todo chileno no impedido por defectos físicos tenía que prestar servicio. Estaba dividida, a igual que el ejército regular, en infantería, caballería y artillería, y se presentaba bien uniformada y armada, como también excelentemente ejercitada.

En lo referente al comercio y las comunicaciones, Valparaíso es sin lugar a dudas el puerto más importante de la costa occidental de la América del Sur. Debe su rápido florecimiento, sobre todo, al descubrimiento de los lavaderos de oro de

California, en 1849, que fueron abastecidos de todos los productos necesarios desde aquí, pagándose precios tan elevados por ellos, que no sólo los comerciantes y armadores, sino también los agricultores chilenos lograron reunir en corto tiempo importantes fortunas. Prescindiendo de este período, Valparaíso debe su riqueza, ante todo, a las vetas de oro, plata y cobre que fueron descubiertas y explotadas en las provincias de Atacama y Coquimbo, con excelentes resultados; finalmente, se formó también gracias al cultivo del trigo en las provincias australes.

Así como la exportación de la República de Chile, que había sido en 1845 de 7 millones de pesos, subió en 1851 a 12 millones y se duplicó en el último decenio, aumentaron también, en la misma proporción, las necesidades del país, el que tenía pocas fábricas, pero cuya producción minera y agrícola experimentó un rápido incremento; así las importaciones aumentaron de 9 millones de pesos en 1845 a 16 millones en 1851.

De gran importancia y valor para el comercio de Valparaíso, de Chile y de toda la costa occidental de la América del Sur, eran las comunicaciones regulares por medio de vapores de correo con Europa. Se mantenían por la *Pacific Steamboat Navigation Company*, subvencionada en forma pródiga para este efecto por las repúblicas de Chile, Bolivia, Perú, Ecuador y Nueva Granada. Así, de acuerdo con el contrato, salía los días 2 y 17 de cada mes un magnífico y gran vapor desde Southampton en Inglaterra por Santo Tomás, donde se hacía escala para hacer carbón, al puerto de Aspinwall, donde esperaba su llegada un tren de pasajeros, que transportaba a los mismos, el correo y las mercaderías en cuatro horas por el istmo de Panamá a la ciudad de este nombre. En este ferrocarril había una sola clase, costando el boleto 25 pesos. Al día siguiente salía de Panamá otro vapor, perteneciente a la misma compañía, hacia el sur, a fin de conducir los pasajeros, correo y carga a los diversos puertos de la costa occidental de la América del Sur.

Este vapor tocaba primero el puerto de Buenaventura, en Nueva Granada, luego el puerto principal del Ecuador, Gua-

yaquil, en seguida los puertos peruanos de Paita, Callao, Pisco, Islay, Arica e Iquique, luego el boliviano de Cobija y finalmente los chilenos de Caldera, Huasco y Coquimbo, hasta llegar a Valparaíso, término de la navegación.

El viaje de Southampton hasta Valparaíso se hacía en 40 días. El pasaje costaba 600 pesos en primera y 400 en segunda clase.

En Valparaíso, el vapor permanecía dos días para descargar las mercaderías y cargar otras, como también para abastecerse de alimentos, agua y carbón, después de lo cual regresaba a Panamá, tocando los mismos puertos ya nombrados en orden inverso.

En Panamá, un tren volvía a conducir pasajeros, correo y mercaderías a Aspinwall, desde donde un vapor regresaba a Southampton, haciendo escala en Santo Tomás.

La distancia de Valparaíso al Callao era de	1.467	m.marinas
Del Callao a Panamá	1.594	"
De Aspinwall a Southampton	4.572	"

Llamaba la atención que el pasaje de Panamá a Valparaíso era mucho más caro que el de regreso, lo que seguramente se explica por ser los alimentos en Panamá mucho más caros que en Chile. Así, un pasaje de primera clase costaba de Valparaíso al Callao 70 y a Panamá 190 pesos, mientras que desde Panamá al Callao se pagaban 150 y a Valparaíso 260 pesos.

Se construían también buques en Chile, en Valparaíso y los puertos australes de Constitución y Chiloé, donde cada año se producía un gran número de embarcaciones pequeñas, con desplazamiento máximo de 300 a 600 toneladas y se reparaban buques mucho mayores.

Cuando llegué a Chile, circulaban monedas de oro, que consistían en onzas (con valor de 70 marcos), como también en medias, cuartas y octavas onzas y pesos (a 4 marcos), además de medios y cuartos pesos; no se conocían monedas de cobre. Más tarde se reformó el sistema y se acuñaron monedas de oro de 10,5 y 2 pesos y de plata de 100, 50, 20 y 10 centavos

Los pesos y medidas fueron adaptados al sistema decimal.

Después de haber conocido las condiciones de Valparaíso, ocupé los días que debía esperar hasta que saliera el vapor al norte, para interiorizarme en las costumbres de la ciudad y hacer pequeñas excursiones a los alrededores.

En primer lugar, llegué a conocer una prueba de la generosidad de los chilenos. Cuando invité a almorzar en un restaurant al capitán del *Phoenix* junto con algunos compatriotas, conocí en él a un chileno, a quien ofrecí una copa de vino. Cuando éste se había alejado y quise pagar la cuenta, que era bastante elevada, supe que mi nuevo conocido la había cancelado. De la misma manera, era costumbre que cuando se juntaban algunos amigos en una cafetería o restaurante, siempre pagara sólo uno, y uno tenía que apurarse mucho para poder hacerlo.

Debido al calor insoportable, me dirigí un día a un establecimiento de baños de mar, situado en la cercanía del hotel, en la calle del Cabo, a fin de refrescarme. El establecimiento consistía en dos embarcaciones desmanteladas, unidas por fuertes cadenas de fierro y ancladas en el puerto, sobre las que se había levantado una barraca bastante grande, unida con la orilla por un puente. Al centro de este edificio había un amplio espacio, con mesas y bancos. Aquí se reunían las damas de Valparaíso para refrescarse con helados y frutas, que les eran ofrecidas por galantes caballeros. A ambos lados de este recinto se encontraban los camarotes en que se tomaba el baño. Se entraba en ellos en un cajón perforado, sumergido en el mar hasta que el agua alcanzara el pecho, de modo que el bañista estaba seguro de no ahogarse y disfrutaba de protección contra tiburones y otros animales *.

El establecimiento, que era el punto de reunión de la buena sociedad, estaba repleto, sobre todo de mujeres, por lo cual tuve que esperar casi una hora antes que se gritara mi número y pudiera entrar en mi camarote. Cuando me encontré en éste, observé de inmediato que sólo una delgada pared de madera, rajada en varias partes, lo separaba del compartimiento vecino,

* Son rarísimos los tiburones en la costa de Valparaíso (N. del T.).

donde reinaba mucha animación y bullicio, producidos por algunas jóvenes que se bañaban y hacían chistes, con solo una toalla alrededor de las caderas.

Como no podía quedar inobservado por mucho tiempo, debido a los intersticios en la pared, y en la suposición de que la cuidadora se había equivocado, dándome un camarote para mujeres, lo que me podría haber ocasionado molestias en caso de ser descubierto, salí, con vergüenza alemana, para buscar otro camarote. La cuidadora, muy sorprendida, me preguntó ingenuamente si no estaba conforme con mis vecinas, y cuando le expresé mis dudas, no pudo contener la risa que le provocaba la delicadeza de mis sentimientos, y me declaró que todos los demás compartimientos se encontraban en igual estado y estaban igualmente ocupados por mujeres, aconsejándome que no tuviera vergüenza y me bañara.

Sin hacer ruido, me colé en mi camarote y usé cada prenda de vestir para tapar las aberturas, y cuando había empleado para ello hasta el último calcetín, creí que no se me observaría y bajé al agua refrescante del cajón. Pero, bajar, escuchar una gran gritería y volver a salir, resultó una sola acción instantánea, pues llegado abajo, como faltaba una tabla completa, me encontré cara a cara con mis vecinas, que eran bellísimas muchachas.

Como no habían observado mi entrada en el camarote, mi repentina presencia las había espantado, como es natural; pero estaban acostumbradas —según supe después— a que los caballeros se bañaran al lado de ellas. En su opinión, habían hecho cuanto exigía la decencia, es decir, colocado una toalla alrededor de las caderas y se habían hecho acompañar por una señora de edad que las protegiera.

Mi susto fue casi mayor que el de ellas, y cuando se enteraron de él y de mi repentina fuga, comenzaron a reírse en tal forma que yo mismo no pude resistir a participar en la alegría general.

Después de haberme colocado igualmente una toalla alrededor de las caderas, me propuse ser valiente y regresé al agua, donde conversé ahora amablemente con mis vecinas, deleitándome con las olas.

Terminado el baño, me apresuré a llegar al hotel, donde se volvió a comer bien y a beber mucho, y a continuación me dirigí con mis nuevos conocidos al barrio del Barón, a fin de hacer un paseo a lo largo de la playa y refrescarme con las brisas marinas. El camino pasaba entre elevadas rocas cortadas a pico y el mar espumoso; se paseaban en esta parte numerosas damas y caballeros, entreteniéndose con los ejercicio que hacían intrépidos nadadores, y me admiré de cómo las damas podían elegir para su paseo este lugar donde se bañaban cerca de cien hombres, que se desvestían y vestían sin pudor a orillas del camino. Pero luego debía aumentar mi extrañeza, pues un poco más allá, por el mismo sendero, me encontré con un gran número de mujeres y muchachas, que se bañaban, algunas vestidas sólo con una camisa, otras, con nada más que una toalla alrededor de las caderas, o que, sentadas a orillas del camino se vestían y desvestían sin ninguna vergüenza. Muchachas hasta de diez años corrían al mismo tiempo en estado natural por todas partes y rodeaban a los transeúntes, pidiéndoles cigarrillos de papel, a fin de espantar con su humo a los mosquitos. También en esta parte se paseaban muchas damas y caballeros; no se consideraba esto como indecente, y reinaba el mayor orden.

* * *

De noche fui al teatro, donde se representó muy bien *La Linda*, de Chamounie ,y cuando me dirigía al hotel, poco después de las 12 horas, se escuchó de súbito en la Plaza del Orden un ruido sorprendente en noche tan tranquila. Entonces observé una procesión que, a la luz de faroles, conducía un catafalco al cementerio. Si el aspecto de un entierro es tétrico a medianoche, la impresión que recibí fue aún más desagradable cuando vi que los portadores, en vez de avanzar con pasos tranquilos y solemnes, iban al trote. Al mismo tiempo, vi que se encontraban en estado de ebriedad y se podía temer que se cayeran en cualquier momento con el cadáver. Y, efectivamente, apenas habían pasado frente a mí, su gritería me

señaló que habían dejado caer el catafalco, de modo que el muerto estaba sobre el pavimento. Fui informado que los cadáveres tienen que ser enterrados dentro de 24 horas, lo que sólo se hace entre las 12 de la noche y las 3 de la madrugada, comiéndose bien y tomándose más en la casa del difunto.

* * *

Al día siguiente concurrí a misa en la iglesia de San Agustín, situada en la plaza de La Victoria, donde solía reunirse la buena sociedad de Valparaíso y había, por consiguiente, oportunidad para admirar el bello sexo. Todas las mujeres y muchachas usaban manto, un paño negro que les cubría la cabeza y se juntaba debajo del mentón. En los ricos era de seda pesada y llevaba encajes; en los pobres, de lana de merino. Damas nobles concurrían acompañadas por mozos y sirvientes, que conducían bellísimos tapices, los que extendían en la iglesia, para que se hincaran las damas. Pero también las mujeres más pobres poseían tapices, sobre los que se sentaban, generalmente con las piernas cruzadas. Entre las mujeres y muchachas muy bellas había algunas que "pololeaban", no obstante el carácter sagrado del recinto, y daban al manto, frecuentemente y como por casualidad, un movimiento tal, que era posible contemplar su bello busto, pues, debido al calor, sólo llevaban una camisa de cambrai muy fina debajo del manto. Las damas solían salir siempre en este traje, tanto cuando se dirigían a la iglesia, como cuando visitaban los baños o salían de compras. La única diferencia consistía en que presentaban la cara descubierta en la iglesia, mientras que en la calle la ocultaban hasta los ojos con el manto.

Es fácil comprender las ventajas que este traje ofrecía al bello sexo y cómo el manto permitía visitar todos los lugares sin ser reconocida y, sobre todo, se prestaba para aventuras y citas a las que tan propicio es el temperamento de la raza andaluza.

* * *

En la tarde me dirigí a caballo con varios conocidos a un lugar de recreo situado en una quebrada vecina, llamado Las Zorras, donde crecía una exuberante vegetación y se encontraban varios jardines particulares y casas de campo. En el camino nos encontramos con grupos de marineros y muchachas, algunos de los cuales corrían a caballo, subiendo o bajando el cerro. Como la quinta y los jardines se encontraban repletos, nos quedamos a la sombra de una magnífica palmera mirando la abigarrada multitud y comiendo frutillas. Era en especial interesante observar cómo las muchachas manejaban sus caballos como verdaderas amazonas, mientras que sus torpes pretendientes, los marineros, que no sabían montar, eran arrojados al suelo de vez en cuando por los tercos animales arrendados, o se sujetaban en las posiciones más ridículas de los cuellos o monturas de sus caballos, que se les escapaban cuando intentaban seguir a sus Dulcineas.

* * *

En la noche me fue a buscar uno de mis nuevos conocidos, para introducirme en una de las primeras familias de Valparaíso, lo que había aceptado con alguna reticencia, pues no dominaba todavía muy bien el castellano. A la entrada, me sorprendió, en primer lugar, el gran lujo de los recibos y los trajes elegantísimos de las damas, vestidas y peinadas de acuerdo con el *dernier cri* de la moda parisiense. Pero sobre todo produjo en mí una impresión muy agradable la amable acogida que me dispensaron, dirigiéndose hacia mí, la dueña de casa y las hijas, para saludarme. ¡Qué diferencia entre la acogida que se le hace a uno en Chile y en Europa! Aquí, sinceridad y amabilidad, allá, por lo general, un saludo frío y tieso.

Con igual gentileza me saludó el dueño de casa, que llegó un poco más tarde. Pertenecía a una familia conocida, de la antigua nobleza española; a pesar de haberse distinguido en la paz y en la guerra, se le dirigía la palabra llamándosele "señor don", como a cualquier vecino, pues en esta República no se reconoce la nobleza. Merecía también elogios la familia

por el esfuerzo que hacía para entenderse conmigo en castellano. Mientras que otras naciones tienen desprecio por los extranjeros que no dominan bien su lengua y se rien cuando un extranjero usa términos equivocados, colocándolo así en una situación muy penosa, tal actitud sería considerada aquí como una gran descortesía y una falta de educación, y reprobada por todos. Entre los numerosos giros lisonjeros con que el chileno confunde al extranjero, como también a sus propios connacionales, mencionaré la frase "está a su disposición". Se la pronunciaba cada vez que alguien elogiaba algo o se lo encontraba bonito. El dueño contestaba entonces generalmente: "está a su disposición", y obligaba al forastero a aceptar el objeto como regalo.

* * *

Las hijas de la casa eran muchachas bellísimas y muy bien educadas; más tarde tocaron magistralmente una pieza a cuatro manos en el piano, y una cantó la célebre aria de *Roberto El Diablo,* acompañada por su hermana. Después de haberse congregado varios otros caballeros y damas, no sólo se bailó la zamacueca nacional, sino que se ejecutaron también con mucha gracia los bailes europeos, como la cuadrilla, la polka y la mazurca.

* * *

Cuando nos habíamos despedido de esta amable familia, escuchamos repentinamente una espantosa gritería en una de las calles que conducen desde la plaza de La Matriz a los cerros, conocida como centro de la prostitución. Nos acercamos, y encontramos un gran número de prostitutas y marineros trabados en lucha con unos soldados. Dos víctimas yacían ya en el suelo, bañados en su sangre; uno tenía la barriga abierta en tal forma de una cuchillada, que los intestinos colgaban hacia afuera, y al otro le habían clavado un cuchillo en un costado. Nos alejamos rápidamente, separándonos de esta escena repugnante, y regresamos al hotel.

Al día siguiente, tuve oportunidad de conocer a algunos de los primeros comerciantes de la plaza, cuando salí de compras. Fue para mí muy satisfactorio poder observar también a este respecto que los chilenos estimaban altamente a los alemanes por sus sólidos conocimientos, su espíritu de trabajo, su perseverancia y, sobre todo, su honradez, prefiriéndolos a todas las demás nacionalidades. Me pude enterar que todos los puestos de responsabilidad, como los de contadores y cajeros, estaban ocupados por alemanes no sólo en casi todos los negocios chilenos, sino también en los ingleses, franceses y españoles.

Los sueldos y salarios eran muy elevados, y relativamente bajos los precios por las viviendas y alimentos. De este modo, cada cual, de acuerdo con su situación, como comerciante, médico, profesor, abogado o profesional, podía hacer apreciables economías, a pesar de llevar una buena vida. No se puede, pues, aplicar a Valparaíso la opinión, muy divulgada en Europa, según la cual se pagarían efectivamente buenos sueldos y salarios, pero que el costo de la vida sería igualmente muy elevado. Había pocos alemanes que no estuvieran en situación de hacer ahorros de importancia en corto tiempo, y muchos otros habían regresado a Europa con fortunas importantes, formadas en un lapso de, a lo sumo, diez años. Los comerciantes recién llegados de Europa ganan, por lo general, cien pesos al mes —y pagan en un buen hotel por el alojamiento y la comida cuarenta a cincuenta pesos. Temprano, a las nueve de la mañana, después de haber hecho un paseo a caballo y tomado un baño, inician sus actividades, trabajan hasta las 12, se toman una hora para el almuerzo y siguen trabajando hasta las 4 de la tarde. Sólo cuando llega el vapor con el correo europeo, lo que ocurre dos veces al mes, los días 2 y 17, están obligados a trabajar toda la noche, en caso necesario, pues el vapor se detiene nada más que dos días en Valparaíso y regresa en seguida a Panamá. Cuando un *junior* de esta índole ha trabajado uno o dos años en una casa comercial, asciende con un sueldo mucho mayor, por lo general, al puesto de contador o de cajero del negocio, para llegar a ocupar después de algunos años la situación de apoderado o socio. El jefe de la casa se

retira entonces a Europa, para encargarse de las compras de mercaderías y despacharlas a su socio en Valparaíso. Este le remitía el importe en oro, plata o cobre en barras. De este modo, resultaba que un junior llegaba a ser en diez o doce años el jefe de una casa comercial en Valparaíso y podía regresar después de algunos años igualmente a Europa, todavía joven y rico, a fin de elegir alguna compañera de su vida y disfrutar de los placeres de una situación independiente.

Los médicos recibían por una visita, generalmente, un peso, honorario que subía hasta tres o cinco para los que disfrutaban de la mejor reputación. La mayoría de ellos habían celebrado contratos con las familias que atendían, recibiendo un honorario determinado por todo el año.

Las lecciones de música y canto eran pagadas igualmente con dos o cinco pesos por hora. El excelente pianista W. Deichert, de Cassel, recibía un cuarto de onza por media hora, asegurando que había ganado a veces en un día hasta 100 pesos.

Profesionales europeos, como carpinteros, herreros, albañiles y ebanistas, ganaban diariamente entre 6 y 8 pesos; los peones, fleteros y otros jornaleros, 2 a 3 pesos, y a menudo más.

Además de dos librerías de libros en castellano, con buenas existencias, había también una alemana, de los señores Niemeyer e Inghirami, de Hamburgo, en la que se encontraban una gran selección de buenas obras alemanas y las publicaciones y periódicos más recientes.

Capítulo III

VIAJE DE VALPARAÍSO A CALDERA

Después de haberme formado una idea general de Valparaíso y su población, sus costumbres y las condiciones del país, esperaba con verdaderas ansias el 29 de enero, en que se debía dirigir el próximo vapor al puerto de Copiapó, llamado Caldera.

Durante mi permanencia en Valparaíso había recibido tantas y tan interesantes noticias acerca de la fabulosa riqueza de los distritos mineros de la provincia de Atacama, que me desesperaba por alcanzar a la mayor brevedad posible ese nuevo Eldorado.

Por fin se acercó el día anhelado de mi salida, y después de haberme provisto de todos los instrumentos y reactivos necesarios al desempeño de mi profesión y despedirme de todos mis conocidos, me embarqué en la mañana en el grande y elegante vapor *Santiago,* de la *Pacific Steam Navigation Co.* A pesar de que el vapor debía salir a las 12, se encontraban ya casi todos los pasajeros a bordo. Reinaban en la cubierta gran animación y mucho bullicio; llegaban y regresaban más de 50 lanchas y botes, con pasajeros y mercaderías, y se encontraban en la cubierta o rodeaban el buque en sus pequeños botes numerosos vendedores de frutas, helados, flores, dulces, cigarros, etc. A medida que se acercaba la hora de la salida, se llenaban cada vez más la cubierta y los salones, pues aparte de los vendedores habían llegado también al buque, muchas personas para acompañar a sus familiares o conocidos que se dirigían a Europa o Estados Unidos, a las repúblicas de la costa occidental o al norte de Chile.

A pesar del agitado movimiento que reinaba, era fácil distinguir a los pasajeros que sólo hacían un corto viaje de aquéllos que se dirigían a Europa, pues mientras que los primeros estaban alegres y contentos, los últimos revelaban gran seriedad e incluso dolor en sus fisonomías. ¡Muchos se despedían para siempre de este país, de sus parientes, amigos y seres queridos! Por aquí se escuchaban los vivas de un grupo de jóvenes comerciantes que despedían a uno de sus amigos, que había obtenido una buena ocupación en un puerto y vaciaban algunas botellas de champaña en su honor. Más allá se encontraba una familia que hacía un viaje de placer a Lima y, cerca de ella estaba un grupo de oficiales trasladados al norte con su compañía. En el salón se encontraba el obispo de La Serena, que regresaba a su diócesis y se veía acompañado por un grupo de religiosos de todas las órdenes, en trajes que represen-

taban todos los colores. En la cubierta se hallaban numerosos comerciantes que se despedían de sus relaciones comerciales, y algunos hebreos de Alemania, que empleaban el tiempo en tratar de recuperar el valor de sus pasajes, ofreciendo a los pasajeros sus joyas falsas. En la segunda clase se había congregado un gran número de prostitutas, que afluían al nuevo Eldorado de Copiapó, donde esperaban hacer un rico botín. En un determinado lugar del buque, por fin, los esbirros de la justicia descubrieron a un joven de buena familia que había olvidado, por ciertas razones, participar su salida a personas a quienes debía dinero en Valparaíso y que fue devuelto a tierra en medio de las risas de todos, casi muerto de miedo y vergüenza.

Todas estas escenas producían una impresión risueña; muy distintos eran los sentimientos de quienes se dirigían a Europa.

Se veían aquí dos damas jóvenes, que se abrazaban estrechamente con grandes sollozos y derramando lágrimas: eran hermanas que, posiblemente, no volverían a verse. Más allá se encontraba una joven novia, con la corona de mirtos en la cabeza, que seguía al esposo con quien acababa de contraer matrimonio, abandonando quizás para siempre su patria, sus padres y todos sus seres queridos. Cerca estaba un afectuoso padre y marido, que se despedía de su mujer y de sus hijos. Aquí, ancianos padres bendecían por última vez a su hijo, con la intuición de que no los encontraría en vida cuando regresara. Allá, por fin, el hermano se despedía del hermano, el novio de la novia, el amigo del amigo.

En medio de estas escenas tan variadas, impresionantes e interesantes, y de la agitación y del bullicio que reinaban, se escuchó repentinamente el primer disparo de alerta, la señal para que toda persona que no viajaba en el buque, lo abandonara de inmediato. Todos se abrazaron por última vez, por todas partes se repartían besos, se sollozaba, se lloraba, se apretaban las manos y, para mi propio desengaño, vi a más de una belleza que regresaba a tierra con los ojos enrojecidos por el mucho llorar y a la que me hubiera interesado conocer en el viaje.

Después de un cuarto de hora se disparó el segundo cañona-

zo, se izó la escalera del buque, los marineros comenzaron a levar las anclas, con las canciones de costumbre, y la máquina comenzó a mover lentamente las grandes ruedas, que chirriaban. Nos rodeaban más de treinta botes, cuyos tripulantes agitaban pañuelos y sombreros y gritaban exclamaciones de despedidas, que contestamos desde el buque. Nos arrojaron desde todas partes naranjas, ramos de flores, bombones, que eran recibidos con gran júbilo.

Finalmente, se disparó el tercer y último cañonazo, se escuchó un estridente silbido desde la máquina, las banderas fueron arriadas e izadas tres veces, como señal de despedida, que contestaron todos los buques que se hallaban en los contornos, y con un ¡hurra! general, favorecidos por el viento del sur, zarpamos velozmente del puerto hacia el mar encrespado.

Era un magnífico día de verano; las aguas de la bahía estaban más bien tranquilas, pero, mar afuera, el oleaje aumentó de hora en hora y el buque comenzó pronto a balancearse con tanta violencia que la cubierta, en la que se encontraban unas doscientas personas cuando salimos, quedó pronto casi desierta, debido a que todos se apresuraron a llegar a sus camarotes, a fin de brindar a Neptuno los primeros sacrificios del mareo. Como yo nunca me mareé, permanecí en cubierta y observé la costa, cerca de la cual navegábamos. Pero cuando vi, durante varias horas, sólo dunas y rocas peladas, y se me dijo que hasta Copiapó la costa ofrecía siempre el mismo aspecto monótono, me dirigí al salón, donde se acababa de llamar para el almuerzo. A pesar de haber cubiertos para más de 60 personas, aparecieron sólo el capitán, los oficiales y una docena de pasajeros, pues todos los demás fueron retenidos por el mareo. La comida era excelente, y se ofrecía una selección tan grande de guisos como sólo la tienen los mejores hoteles europeos: ¡qué diferencia con los almuerzos del *Phoenix* que me había llevado a Valparaíso!

Terminado el almuerzo, un caballero de edad se sentó a la cabecera y ordenó a un mozo que le trajera una pequeña bolsa, bastante pesada, cuyo contenido, consistente en 10.000 pesos, en onzas y medias, cuartas y octavas onzas, vació sobre la

mesa. Apenas se escuchó el mágico ruido del oro, se acercó al caballero de edad la mayor parte de los pasajeros. Como por encantamiento, se habían abierto las puertas de la mayoría de los camarotes y aparecieron las novedosas caras de los mareados. A pesar de su debilidad y dolores de cabeza, no pudieron resistir la llamada del oro y se sentaron a la mesa, en la que se inició el famoso *monte*. Sólo se jugaba con monedas de oro y el mínimo de las posturas era de un cuarto de onza (16 marcos).

Hasta el anochecer, la banca había jugado con mucha suerte y duplicado casi su capital. Muchos pasajeros habían experimentado fuertes pérdidas. Aquí, un obeso hijo de Albión murmuraba su "god-dam"; allá, un francés, vestido en forma muy llamativa y que se hacía llamar doctor, pero que sólo era peluquero, se quejaba de haber perdido quinientos pesos, aunque sólo fueron cincuenta. Acá se encontraba un castellano viejo, jugando miles, sin perder ni ganar y sin la menor expresión en su rostro, como si quisiera confirmar a Schiller: "¡Quiero que el español sea siempre orgulloso!" Acullá, un abogado chileno ganaba mil pesos y ordenaba traer de inmediato dos docenas de botellas de champaña, que ponía a disposición de la concurrencia. Un mercachifle italiano colocó repetidas veces el mínimo, pero volvió a retirar el dinero antes que se doblaran las cartas, por temor de perderlo. Y dos comerciantes ambulantes, hebreos de Alemania, arriesgaron ducados cercenados, que hicieron pasar por su doble valor, es decir, por monedas de cinco pesos. Cuando se trajo un nuevo juego de naipes, un norteamericano que se encontraba sentado al lado del banquero, sin jugar hasta entonces, apostó repentinamente cinco mil pesos... y ganó. Volvió a colocar la misma suma, volvió a ganar, y quebró la banca. Más tarde supe que este norteamericano era uno de los más peligrosos y temidos tahures de la costa, y había hecho vender al tenedor de la banca un juego de naipes marcado por él, del que conocía cada carta, de modo que tenía que ganar.

Después que el banquero había abandonado su lugar, el yanqui lo ocupó de inmediato, colocando en la mesa unos

1.000 pesos en monedas norteamericanas de oro de 50 dólares. Hasta ahora había resistido a la tentación del oro, pero cuando vi estas monedas pesadas, grandes y octogonales, no pude contener el deseo de poseer una de ellas como curiosidad. Después de haber jugado pequeñas sumas, logré pronto mi propósito, guardé la moneda de oro en mi portamonedas, a fin de que no se me volviera a escapar el gran águila que se encontraba acuñada en una de sus caras, y me dirigí a la cubierta, a fin de saborear un buen puro habano a la magnífica luz de la luna.

Mientras me hallaba tendido tranquilamente en una silla y me dejaba mecer por las olas, bajo el hermosísimo firmamento meridional, donde brillaban la Cruz del Sur y muchas otras constelaciones extrañas, que contemplaba con silencioso recogimiento, se me acercó calladamente un monje, envuelto en su capucha, se sentó a mi lado y comenzó una conversación. Como yo dominaba muy imperfectamente el castellano, no comprendí al principio lo que me decía, y, suponiendo que había venido a hablar conmigo sobre astronomía, le pregunté por los nombres de las principales estrellas. Luego advertí que no entendía nada de astronomía, pero logró darme a entender que deseaba que le diera algunas onzas, con las que quería jugar por cuenta mía, pues tenía siempre mucha suerte y ganaba cada vez que pronunciaba cierta fórmula. Muy sorprendido, le agradecí su ofrecimiento y le expliqué que, si tuviera interés en jugar, lo haría yo mismo, aunque no conociera ninguna fórmula mágica.

Luego me retiré a mi camarote para dormir. Había en él, de acuerdo con la costumbre, dos literas superpuestas, y mi susto no fue pequeño cuando encontré en la inferior a un compañero de viaje que se encontraba mareado en la acepción integral de la palabra, y en quien la naturaleza había abierto todos los caminos. Debido a ello, reinaba una atmósfera que me obligó a cerrar de nuevo la puerta apenas la había abierto. Regresé rápidamente a la cubierta, a buscar un sitio para reposar, lo encontré luego y me quedé dormido envuelto en mi poncho y mecido por las olas.

Muy de madrugada, fui echado de mi lecho por los marineros que lavaban la cubierta. Me dirigí al salón y quedé sorprendido al ver que continuaba el juego del día anterior. Muchos jugadores exhaustos estaban sentados tristemente alrededor de la mesa, con caras pálidas y trasnochadas, maldiciendo su mala suerte.

También en este día el panorama que se observaba desde la cubierta era muy monótono, pues la costa se presentaba pelada, estéril y plana, interrumpida de vez en cuando sólo por rocas grises. El mar se presentaba tranquilo; pocos albatroses, palomas marinas y gaviotas seguían al buque, y solamente las toninas, que se acercaban a veces por centenares en una hilera, nos entretenían con sus alegres saltos.

A mediodía llegamos al puerto de Coquimbo.

Como nuestro vapor se detuvo aquí dos horas, para embarcar pasajeros y mercaderías, aproveché el tiempo para hacerme llevar por un bote a la playa, que queda a distancia de un tiro de fusil.

El puerto de Coquimbo se encuentra a 29º 55'10" de Lat. S. y 71º 25'10" de Long. O. La población comprendía sólo unas 40 casas pequeñas y ranchos, y ofrecía un aspecto triste al pie de una serranía roqueña de unos 500 pies de altura, que avanza bastante al mar, pero es pelada y sin más vegetación, que algunos quiscos columnares de gran tamaño. En cambio, quedé sorprendido agradablemente por la ciudad de La Serena, situada al otro lado de la gran bahía. Ofrecía un golpe de vista extremadamente risueño, con sus hermosas casas blanqueadas, sus iglesias y capillas, rodeadas de jardines con los más magníficos árboles frutales y flores, y sus alamedas, que se extienden a lo largo de la bahía. Numerosas chimeneas y fundiciones de cobre demostraban que la industria europea había penetrado hasta acá.

La Serena fue fundada en 1543 por Pedro de Valdivia, pero fue destruída en 1548 por los indígenas y reedificada poco después. En medio de la ciudad se levanta la catedral; además, la ciudad tenía otras cuatro iglesias y cinco monasterios; la población era de 10.000 almas.

El clima es aquí muy seco, y la ciudad debe su existencia solamente al riacho a cuya vera está situada. Hasta donde alcanza el riego, el terreno árido ha sido transformado en exuberantes campos cultivados. Es frecuente la disentería, lo que debe atribuirse a la mala calidad del agua.

Después de haber pasado una hora en tierra haciendo compras de magníficas frutillas, duraznos, lúcumas y otras frutas, regresé a bordo, y pronto prosiguió el viaje.

La costa no ofreció ningún interés tampoco hacia el norte, y como en el salón se jugaba durante todo el día, aproveché el tiempo para ejercitarme en la lengua castellana, ayudado amablemente por una familia.

Todos permanecieron hasta avanzadas horas de la noche en la cubierta, a fin de disfrutar del hermosísimo espectáculo de la fosforescencia del mar, y como éste se hallaba agitado, los golpes de las olas contra el buque ocasionaban a menudo una luz tan intensa, que se podía creer que el buque se había incendiado. Nos divertimos, subiendo agua del mar en baldes, la que expedía a bordo una luminosidad tan fuerte que, si se la tomaba con la mano, brillaba como si contuviera luciérnagas.

En una de las últimas sesiones de la Academia Francesa, el profesor P. Duchemin hizo una comunicación sobre la causa de esta fosforescencia del mar, explicando que no se debía a un estado eléctrico especial, sino a infusorios del género *Noctiluca miliaris*, que tienen la forma de esferas diminutas. Sus observaciones demostraron, además, que el movimiento del agua activa la luminosidad y que el agua agitada en una botella, comienza a relucir de inmediato. Si se la calienta hasta 39º, la luminosidad aumenta, pero termina a los 41º, pues se mueren los infusorios. De la misma manera, ella aumenta cuando la temperatura baja, o cuando se le agregan soluciones ácidas diluídas o alcohol, pero desaparece de inmediato al agregar agua dulce. También la electricidad ocasiona una intensificación.

* * *

Hoy preparé mi lecho otra vez en la cubierta y me quedé luego dormido, cubierto con mi poncho. Había descansado así durante dos horas, cuando me espantó un terrible estrépito en tal forma que me caí al suelo. Creí en el primer momento que el buque había chocado con algo, pero cuando salté para salvarme, fui saludado con fuertes risas, que me demostraron que no existía ningún peligro. Me había acostado en la obscuridad al lado del cañón, sin saberlo, y se había disparado un cañonazo de señal, pues habíamos llegado a Huasco.

Este puerto se encuentra a 28º 27'25" de Lat. S. y 71º 19' de Long. O. Es pequeño y consistía en pocas casas y ranchos. Huasco es el puerto del pueblo de Freirina, que queda a legua y media al interior y cuenta unos dos mil habitantes, y de Vallenar, situado a cinco leguas al sureste, con tres mil almas. Como en Coquimbo, existía una exuberante vegetación dentro del alcance de los canales derivados del río; en especial las uvas que aquí se dan son excelentes y tienen, hechas pasas, una reputación mundial. Los alrededores son pelados y están cubiertos por arena candente. Después de desembarcar y embarcar pasajeros, correo y mercaderías, continuamos nuestro viaje hacia el norte.

Cerca de las cinco de la mañana volvió a despertarme un disparo de señal y, luego, el ruido de las cadenas de las anclas me indicó que había llegado a la meta de nuestro viaje. Habíamos anclado en el puerto de Copiapó: Caldera.

Capítulo IV

DESCRIPCIÓN DE CALDERA Y VIAJE POR FERROCARRIL A COPIAPÓ

El puerto de Caldera está situado a 27º 05'20" de Lat. S. y 70º 56' de Long. O., y fue fundado en virtud de una ley del 21 de diciembre de 1850.

Si no hubiera poseído informaciones tan fidedignas sobre

la gran riqueza mineral de esta provincia, que ahora debía llegar a ser el centro de mis actividades y mi nueva patria, y si no hubiera estado animado del deseo ardiente y de la seguridad de lograr en corto tiempo una importante fortuna, el paisaje que se me ofreció aquí me habría desanimado; tanto más cuanto mi fantasía me había hecho concebir falsas apariencias de las regiones en que me radicaría y visitaría a orillas del Océano Pacífico. En torno de la gran bahía sólo podían verse desoladas arenas, que se extendían a lo largo de muchas leguas hasta el horizonte, donde se elevaban serranías roqueñas y grises. En ninguna parte se observaba el menor indicio de vegetación y sólo en la playa, un edificio mayor, algunas casas pequeñas y miserables chozas, testimoniaban que vivían seres humanos en este desierto.

Se notaba la diferencia del clima por el hecho de que todos los pobladores de este puerto tenían el cutis de color mucho más obscuro que los de Valparaíso.

Desembarcamos, por fin, y nos dirigimos por un arenal que tenía el espesor de un pie y quemaba, a un pequeño restaurante, situado a unos cien pies de distancia. Recibimos así una segunda prueba del cambio climático, pues nos encontramos bañados en sudor. Tampoco ésto podía reconfortarme.

Como poseía muchos baúles, fui uno de los últimos en llegar al llamado "hotel". Me informaron que no había ninguna pieza disponible, ni siquiera un rincón donde pudiera protegerme contra los candentes rayos solares, por lo cual me vi en la necesidad de instalarme con mis baúles en medio del arenal. Esta suerte la compartí, por lo demás, con familias completas. Nos procuramos sombra amontonando los baúles en dos filas y tendiendo unas telas entre ellos.

Contraté en seguida un cuidador para mi equipaje y me dirigí al comedor, donde se tocaba la campanilla cada media hora, podría decirse, para el reparto de la comida. Pues quienes ya habían almorzado tenían que abandonar de inmediato sus asientos, para cederlos a los que acababan de llegar en ayunas. Cuando había logrado finalmente un silla, pedí agua para apagar la espantosa sed que tenía. Me trajeron agua casi

completamente salina, que no se podía beber. El pescado frito que se sirvió en seguida no era fresco, la carne se encontraba cruda, y el café, preparado con agua salina, no era potable, de modo que de todo el almuerzo, que costaba dos pesos, no comí nada, y tuve que entregar luego mi asiento a otro, dotado quizás de un estómago más resistente. Apenas había terminado este reparto de comidas, se levantó rápidamente la mesa, se instaló en ella la banca y se inició de nuevo el juego hasta la salida del tren.

Copiapó, la meta de mi viaje, se encontraba a doce y media leguas alemanas de allí, con rumbo al noreste, en el interior del territorio, y ya había sido unido a Caldera por un ferrocarril cuya explotación se había iniciado algunas semanas antes, como el primero de la América del Sur. Desgraciadamente, todavía no existía una estación donde uno pudiera protegerse del sol, y como el próximo tren no debía salir hasta la tarde, estuvimos condenados a asarnos durante siete horas a pleno sol.

No acostumbrado a ese calor realmente tropical, regresé a la playa, donde, al menos, me reconfortaba una brisa fresca, y como descubrí más allá algunas rocas, me dirigí a ellas en busca de sombra. Había allí una pequeña gruta y entré a ella a bañarme, pues las olas del océano penetraban hasta el interior. El agua era poco profunda y el fondo estaba formado por hermosa arena. Pero apenas me había refrescado algunos minutos en el agua verde, cuando escuché cerca de mí ruidos y voces. Me hallaba en traje de Adán y apenas tuve tiempo de esconderme detrás de una roca saliente, antes de que entraran una señora de edad y dos muchachas, que se sentaron cerca de mí y comenzaron a desvestirse, para refrescarse también en el mar. Reconocí de inmediato a mis amables compañeras de viaje, que me habían dado clases de castellano a bordo.

Como había ocultado mis ropas en una grieta situada sobre las cabezas de las damas, para que no me las arrebatara una ola, me era imposible alcanzarlas, y así llegué a ser un prisionero involuntario, pero también el observador de las damas. *In naturalibus* e incapaz de expresarme suficientemente en castellano, ¿cómo podía salir de esa situación?

Medio desmayadas debido a los quemantes rayos del sol, no preparadas para tomar un baño de mar y creyéndose no observadas, las jóvenes se desvistieron poco a poco, hasta quitarse toda la ropa, y entraron al agua clara cual náyades, para entregarse en ella a una desenfrenada alegría y realizar juegos infantiles. Pero Neptuno, ya sea por celos o en su calidad de protector de la inocencia, me descubrió pronto, colocándome en la mayor confusión. Ya sea por el cambio de la temperatura o por el frío de la gruta, en fin, tuve el deseo de estornudar y cuanto más trataba de dominarlo, tanto más se hacía sentir; estaba desesperado y transpiraba con el esfuerzo que hacía para reprimir aquel deseo, hasta que ya no fui capaz de dominarme. La naturaleza impuso sus derechos: estornudé, y lo hice con tal violencia que la gruta retumbó.

Las jóvenes ya habían salido del agua apresuradamente, espantadas por el fuerte e inesperado ruido, pero su susto aumentó cuando me vieron y reconocieron, aunque estaba desnudo, doblado como un gusano detrás de la roca. Tomaron a toda prisa sus vestidos y desaparecieron detrás de los peñascos.

Las damas pertenecían a una de las primeras familias de Copiapó, la que me acogió más tarde muy amablemente y en cuyo hogar pasé horas muy agradables. Con alguna vergüenza se recordó a menudo esta escena cómica.

Terminé mi baño interrumpido y regresé al albergue, donde se sirvió una comida tan mala como el almuerzo. Luego se escuchó el pito estridente de la locomotora, que nos invitaba para salir a Copiapó. Todos atravesaron gimiendo el arenal y se precipitaron a los coches. Estos tenían una longitud de 40 pies y estaban construidos de manera que el pasillo se encontraba al centro, con las puertas en sus dos extremos y los asientos a ambos lados, de modo que era posible moverse durante el viaje dentro del coche y cambiar de asiento, como también llegar a otro coche. El ferrocarril había sido privilegiado por decreto del 9 de noviembre de 1848, y construido por el señor William Wheelwright, quien se hizo muy meritorio en Chile y en toda la costa occidental de la América del Sur. Como el terreno no ofrecía obstáculos, se construyó toda la línea al cos-

to sumamente bajo de dos millones de pesos. Su longitud es de cincuenta y media millas inglesas (doce leguas alemanas), y sube hasta una altitud de 1.213 pies.

Como últimamente la minería había experimentado un gran auge en la provincia, y se producían grandes cantidades de minerales nobles, y no existían fundiciones en ese tiempo, todos los minerales eran transportados por ferrocarril a Caldera para embarcarlos, especialmente a Gran Bretaña.

Si esos fletes producían entradas importantes, éstas se duplicaban por el transporte de toda clase de productos alimenticios, material para las minas, etc., que llegaban desde Valparaíso, debido a que Copiapó se encuentra en medio de un desierto, por lo cual dispone de una agricultura y ganadería muy limitadas. En corto tiempo, este ferrocarril se transformó en uno de los que dejaban las mejores utilidades.

* * *

Apenas se había puesto en movimiento el tren, cuando observé que muchos pasajeros se dirigían al último coche, y luego descubrí, no poco admirado, que también aquí se había instalado la banca y se jugaba con gran entusiasmo.

Durante las primeras millas del viaje, en las que se sube una pendiente bastante fuerte, se observan capas de conchas con espesor de varios pies, una prueba del solevantamiento del terreno, que antes estaba cubierto por el mar en esta región. En los alrededores sólo se observaba un mar de arena, donde no crecía un solo arbusto. En el horizonte se veían colinas grises, y sólo en la estación de Punta de Piedra, situada a 9 1/3 millas inglesas de Caldera, se podía comprobar que en el invierno habían florecido algunas plantas, a pesar de la arena candente, pero que habían sido quemadas por el sol y estaban secas. Desde allí, el suelo era arcilloso y se encontraba cubierto en gran parte por eflorescencias salinas blancas, y sólo más adelante se observaban indicios de una vegetación más densa.

Poco antes de llegar a Copiapó se veían a ambos lados campos cultivados, magníficos jardines y huertos frutales, con vistosas

casas al centro. Habíamos recorrido las 50 1|2 millas inglesas en tres horas.

En la estación nos esperaban centenares de personas de diferentes colores y elegantes coches de dos caballos, muy superiores a los de Valparaíso, como también muchos carretones, tirados por mulas, para el transporte de nuestro equipaje. Debido a mis numerosos baúles, tuve que esperar mucho tiempo, y pude observar, con bastante extrañeza, que entre los coches que fueron colocados en un galpón, se encontraba también aquel en que había funcionado la banca y en el cual se seguía jugando, sin que nadie se preocupara de la llegada. ¡Era, sin duda, una prueba contundente del vicio del juego!

Copiapó está situado a 27º 07' de Lat. S. y 70º 21' de Long. O., a 1.213 pies sobre el nivel del mar, a 160 leguas alemanas de la capital, Santiago de Chile, y contaba con cerca de 10.000 habitantes.

Capítulo V

NOTICIAS HISTÓRICAS DE COPIAPÓ

Las primeras noticias sobre Copiapó datan de 1535. En efecto, después de haber ejecutado don Francisco Pizarro al inca Atahualpa del Perú, en Cajamarca, haciéndose así el jefe de este rico país, su compañero don Diego de Almagro recorrió el Desierto de Atacama con un ejército de 570 españoles y 15.000 peruanos, colocados bajo el mando del cacique peruano Paulli, hermano del inca Manco, a fin de someter los territorios situados hacia el sur. En este terrible desierto, que se extiende desde los Andes hasta el mar y por más de cien millas inglesas de norte a sur, perdió por los padecimientos a cerca de 10.000 peruanos y 150 españoles y habría perecido con el resto de su ejército, si no se hubiera adelantado con algunos de sus secuaces más robustos y alcanzado, para su suerte, el valle de Copiapó.

Encontró aquí una tribu indígena que cultivaba los campos cerca de un riacho y lo recibió cordialmente, suministrándole inmediatamente víveres al ejército exhausto, de modo que también las tropas pudieron llegar hasta aquí. Paulli supo infundir tal respeto a estos indios, en su calidad de hermano del inca del Perú, que le ofrecieron un regalo de 500.000 ducados en oro fino, que entregó de inmediato a su jefe Diego de Almagro. Tampoco éste se quedó con el oro, sino que, sorprendido en grado máximo por encontrar aquí esa riqueza, y contento con lograr el dominio del territorio, lo repartió entre sus soldados desanimados, a fin de estimularlos para que pudieran resistir nuevas penurias y padecimientos. Se encontró en las viviendas indígenas con que las mujeres y muchachas estaban cubiertas con cadenas macizas de oro, y llevaban anchas abrazaderas, confeccionadas del noble metal, en la cabeza, los brazos y las piernas, e incluso gran parte de los objetos de menaje estaban hechos de oro.

Desde aquí, Almagro se dirigió con su ejército hacia el sur, pero por muy hospitalaria que hubiera sido la acogida en esta parte, por valiosos que fueran los obsequios recibidos y por muy efectivo que resultara el hecho de no haber perecido miserablemente los españoles sin la ayuda de esta tribu, su sed de oro volvió a manifestarse en tal forma, que comenzaron a robar y cometieron excesos de toda índole. Como con este motivo perdieron la vida algunos españoles, Almagro ordenó quemar vivos a varios de los indígenas más nobles en Coquimbo, en acto público, por venganza y con el propósito de dominar rápidamente el país.

Desde allí marchó a la bahía de Quintil, a la que Juan de Saavedra le llevó soldados, armas y municiones desde el Perú y a la que el mismo marino dio el nombre de Valparaíso. Paralelamente a Saavedra, Almagro avanzó hacia el sur hasta el río Maule, pero, tras haber experimentado grandes pérdidas en sus efectivos en la lucha con los promaucaes, se vio obligado a huir de nuevo al Perú, donde lo mandó ejecutar poco después un hermano de Francisco Pizarro, por una conspiración.

En 1540, inducido a ello por las informaciones sobre la gran riqueza aurífera, Pizarro despachó un nuevo e importante ejército, bajo el mando de Pedro de Valdivia, en contra de las tribus indígenas chilenas. Este jefe militar no sólo logró someter a los pobladores de Copiapó, sino también a los indios que vivían más al sur. Desde ese tiempo, estos territorios se encontraban bajo dominio español, hasta el año de 1818, en que Chile declaró formar una República independiente. La ciudad de Copiapó fue fundada en 1772 por José de Manso.

Capítulo VI
DESCRIPCIÓN DE COPIAPÓ

Desde la estación me dirigí al *Hotel del Comercio*, que me había sido recomendado, perteneciente a un italiano de apellido Menelli, donde tuve la suerte de encontrar alojamiento. Este hotel era un edificio antiguo, ruinoso, construido solamente de adobes, consistente en un gran comedor y unas ocho piezas para alojados. Pero ni aquél ni éstas tenían ventanas; recibían su luz sólo por las puertas, de modo que para poder ver algo en el día, era necesario prender alguna vela o lámpara o dejar abierta la puerta, lo que era a menudo muy desagradable, por los muchos mosquitos. Apenas se propagó la noticia de la llegada de un alemán, aparecieron de inmediato los connacionales míos que vivían en la ciudad, para saludarme. Eran los señores Georg Huneus, dueño de minas, Félix Engelhard, Louis Schnakenberg y Adolph Schwarzenberg, los tres ingenieros de minas de Cassel, Wilhelm y Hermann Schmidt, comerciantes de Hamburgo, David Levingston, prestamista de Posen, Horace Lutschannig, químico de Trieste, y los mineros, hermanos Erdmann, de Waldenburg, en Silesia, que eran conocidos míos de la juventud y vivían cerca de aquí. Estuvimos reunidos hasta altas horas de la noche.

Apenas dormido, desperté de una manera muy desagradable por el ruido que hacían los ratones, que corrían por encima de mi cama y de mí con la mayor confianza, y de la misma manera sentí una terrible picazón en todo el cuerpo, descubriendo que mi cama estaba llena de bichos. Después de haber hecho volver los ratones a sus cuevas, las que tapé como pude, y de cubrir la cama con una gruesa capa de polvos insecticidas, me quedé profundamente dormido. Pero de nuevo fui despertado en forma aún más desagradable. En efecto, hubo un terrible ruido en el patio, escuché gritos, pestes, llantos, ruido de armas y, finalmente el violento golpe de la culata de una carabina contra mi puerta y la orden de abrir inmediatamente, "en nombre de la ley". Cuando hube obedecido la orden, penetraron unos policías uniformados y me declararon detenido.

Como no dominaba suficientemente el idioma para entender lo que ocurría, sólo pude apelar al dueño del establecimiento, quien hablaba francés. Este me explicó que, esa noche, habían robado en el hotel a dos hebreos llegados de Alemania, alhajas por valor de veinte mil pesos, por lo cual él mismo y todos los pasajeros y mozos habían sido detenidos y debían ser llevados a la cárcel. Los hebreos lloriqueaban y se lamentaban de una manera lastimera; el dueño del hotel blasfemaba; un monje, mi compañero de viaje, se santiguaba; y la impresión que yo mismo recibí de esta acogida en mi nueva patria tampoco era muy favorable. Si hubiera sido supersticioso, habría podido interpretar lo ocurrido —con razón— como un agüero funesto. Pero, afortunadamente, antes de que fuéramos trasladados a la cárcel, apareció el jefe de la policía, y después de examinar todo cuidadosamente, resultó que el robo había sido cometido por un norteamericano. Cuando le iban a colocar las esposas, hizo secretamente a los hebreos el ofrecimiento de restituirles en forma integral todas las mercaderías, siempre que le consiguieran la libertad y cien pesos de viático; en caso contrario, negaría todo, y si se le condenaba a pesar de ello, permanecería tranquilamente dos años en la cárcel, indemnizándose en seguida con los 20.000 pesos

que valían las joyas y de los que podría disfrutar al recuperar la libertad.

Los hijos de Israel aceptaron gustosamente el ofrecimiento del ladrón; se las arreglaron con los funcionarios de la justicia, recibieron sus mercaderías, que estaban escondidas debajo del altar de una iglesia vecina y acompañaron al intrépido ladrón a bordo de un vapor, libre y con el viático convenido.

En un principio había tenido tanta lástima de los pobres hebreos, que me olvidé de mi propia desagradable situación. Pero mis simpatías desaparecieron cuando me informaron que estos dos hombres habían ganado en quince días cerca de 10.000 pesos con la venta de relojes dorados, que habían comprado a diez pesos al por mayor cada uno y vendían en estos distritos mineros como si fueran de oro, a cien pesos cada uno, estafando así a todo el mundo.

Por desagradables que fueron estas primeras aventuras ocurridas a mi llegada, mi malestar aumentó con las influencias desfavorables que el contenido salino del agua tenía sobre mi organismo, sobre todo su sulfato de álcali, las que experimentaba casi siempre todo recién llegado y como consecuencia de las cuales no pude abandonar la pieza durante algunos días.

Cuando estuve sano, me fueron a buscar un día varios compatriotas, para dar un paseo por los alrededores de Copiapó a orientarme sobre su situación. Mi hotel se encontraba cerca del río, que formaba en esta parte un pantano de 300 pies de ancho y 1.500 de largo, cubierto de juncos altos de 12 a 18 pies. Después de cruzar por un dique formado con escombros, nos hallamos al pie de un cordón situado al sur de la ciudad y cuyos faldeos, sin la menor vegetación, y que estaban cubiertos hasta muy arriba con arenas y escombros de falda, elevándose sus puntas rocosas hasta más de mil pies, en formas pintorescas.

A una temperatura de 30º R. *, alcanzamos por diversos rodeos, una de las cumbres de esta serranía, donde una hermosa vista nos indemnizó de las penurias que tuvimos que sufrir.

* 37,5º C. (N. del T.).

Aunque sólo se veían de norte a sur infinitas cumbres rocosas y piramidales, altas de algunos centenares de pies y cubiertas, en parte, con arena, la espantosa aridez y el silencio sepulcral impresionaban profundamente. No se veía un solo árbol, ningún arbusto, ni siquiera una plantita, por insignificante que fuera, y ningún animal, excepto un guanaco, que cuando nos vio huyó, espantado, saltando tímidamente y a grandes botes de una roca a otra, y un cóndor, que describía sus círculos muy por encima de las cumbres rocosas, en el magnífico azul del cielo. Su aguda vista descubría una presa, se dejaba caer con la mayor velocidad sobre su víctima desde esas alturas, le clavaba sus garras en el flanco, para volver a elevarse con ella hacia su nido en la alta montaña. Mirando hacia el Oriente, el panorama cambiaba. Al fondo del horizonte se elevaban en forma de terrazas superpuestas las cordilleras de los majestuosos Andes, desde cuyos faldeos el riacho de Copiapó serpenteaba por las llanuras cubiertas de candentes arenas y a través de las serranías roqueñas. Hasta donde se extendía su vivificante fertilidad, transformaba el fondo del valle, de un desierto estéril, en exuberantes campos de cultivo, huertos frutales, bosquecillos y jardines, que ostentaban higueras, naranjos, damascos, duraznos y olivos alternados con mirtos y palmeras. En esta forma, el río alcanza finalmente la antigua aldea indígena de Pueblo Indio, y llega al barrio oriental de Copiapó, San Fernando, hasta desembocar en el pantano situado cerca de la capital, que en ese momento, teníamos a cerca de mil pies casi verticalmente debajo de nosotros. Después de volver a reunir sus aguas en un lecho angosto, cruza todavía el barrio occidental, La Chimba, consistente en una calle de una milla inglesa de largo y cuyas casas, situadas entre jardines, impresionaban muy favorablemente. Por fin, formaba un gran pantano, desde el cual ya no tenía suficiente fuerza para cruzar el extenso desierto de arenas hasta el mar.

Como un hilito veíamos también desde nuestro mirador la línea férrea que salía de la estación, situada debajo de nosotros, se extendía primero a través de campos y huertos y seguía por un mar de arena, hasta terminar en Caldera, cuya bahía se reconocía claramente desde nuestro observatorio. En la esta-

ción se podía observar una gran cantidad de montículos de minerales de plata, oro y cobre, que eran los depósitos de los dueños de minas y compradores de minerales, cuyas sucursales se hallaban en el recinto de la estación. Siempre reinaba en ese sector gran animación, pues llegaban al recinto, por una parte, largas tropas de mulas, cargadas con minerales que bajaban por las empinadas faldas de los cerros, y, por otra, llegaban también grandes filas de carretones con metales, en tanto que muchos obreros se afanaban en la carga de carros del ferrocarril, a fin de despacharlos a Caldera. Una hermosa alameda formada por álamos italianos se extendía frente a la estación, desde un cordón de las montañas al otro, a través del valle. Era un paseo público donde tocaba los domingos la banda militar y los habitantes buscaban refresco a la sombra de los árboles.

Desde esta alameda se extendía la parte principal de la ciudad hacia el oriente, en cuatro calles rectas y paralelas. Al centro existía una gran plaza, en cuyo costado Este se levantaba la iglesia principal y, frente a ella, el palacio de gobierno, el cuartel y la cárcel. En medio de la plaza había una estatua de bronce que representaba a un minero con su barreta y combo en la mano, erigida en honor de un minero llamado Juan Godoy, quien descubrió en 1832 el riquísimo distrito minero de Chañarcillo, y que, con todo, había muerto en la miseria, como ciertos personajes célebres de Europa.

Después de haber conocido desde la altura el panorama de Copiapó y de sus alrededores inmediatos y recibido las informaciones necesarias de parte de mis acompañantes, regresamos a la ciudad. Observé que se encontraban infinitos hoyos en estos faldeos, raras veces de mayor profundidad, y dijeron que se trataba de minas de oro de los tiempos indígenas, abandonadas desde hacía siglos. En uno de los desmontes encontré un trozo de cuarzo, en el que se podía reconocer el oro a simple vista. Llegados al pie de la montaña, visitamos el cementerio de Copiapó, al que adornaban varios hermosos monumentos, y desde allí regresamos a la ciudad por el dique construido a través del pantano.

Todas las calles estaban formadas por hileras ininterrumpidas de edificios, dentro de los cuales se hallaban los jardines que servían a los pobladores como refugio cuando ocurría uno de los frecuentes temblores y hacia donde huían siempre al primer anuncio. Por precaución contra este aciago fenómeno había sólo pocas casas de dos pisos o de ladrillos; casi todas eran de adobes, y la mayor parte de las murallas eran nada más que tabiques, consistentes en un marco de madera, unido por tiras de cortezas de palmeras y cubierto por una capa de barro mojado, y los techos eran confeccionados por juncos unidos y cubiertos por una capa idéntica. La mayor parte de las casas no tenían ventanas, sino sólo puertas que estaban siempre abiertas, a fin de que entrara luz al interior. Todas las casas se encontraban blanqueadas y, de acuerdo con una disposición policial, este arreglo se renovaba anualmente antes de la gran fiesta popular de la independencia, que se celebra el 18 de septiembre, en recuerdo de la declaración de la independencia de España en 1818 *. El cielo siempre sereno y los rayos solares muy brillantes, molestaban mucho la vista, y este efecto se intensificaba por el hecho de encontrarse una parte de las calles sin pavimento, de modo que el viento levantaba a menudo espesas nubes de polvo, con muchas partículas saturadas de sales y calizas.

Como cada gota de agua representaba aquí un gran valor, se ocupaba un gran número de funcionarios para supervigilarla y repartirla a los diversos predios, y en cada uno de éstos existía un canal provisto de un candado; el robo de agua se sancionaba severamente. El agua potable era suministrada a domicilio en barriles transportados por asnos.

Una demostración del alto grado de civilización que había alcanzado esta ciudad lo constituían su alumbrado a gas y el hecho de que sus calles principales estaban pavimentadas y provistas de veredas.

El clima es muy caluroso, pues Copiapó se encuentra rodeado de serranías elevadas y sin ninguna vegetación y, excepto pocos días al año, el sol sale y se pone en un cielo que ostenta

* Como es fácil advertirlo, el autor ha querido referirse a 1810. (N. del T.)

el más hermoso azul; llueve, por lo general, sólo una vez al año, y eso sólo durante pocas horas. Como, de acuerdo con esto, uno está sometido el día entero a los quemantes rayos del sol, se cierran los postigos, y se ve poca gente en la calle. Al mediodía, todos duermen la siesta, y sólo al atardecer vuelve a haber movimiento en las calles y se abren todos los negocios. Sin embargo, por caluroso que sea el día el termómetro llega a acusar unos 30º R. * Cuando el viento del Este sopla a través de la cordillera andina cubierta de nieve, las noches suelen ser muy heladas.

Realmente espantosos eran en esta ciudad y sus alrededores los frecuentes y destructores terremotos. Desde la conquista del país por los españoles en 1538 **, hasta el año de 1852, se contaron 18 terremotos, sin considerar los temblores, de los cuales se contaron no menos de 169 en los años 1848-52.

Los principales y más terribles terremotos que ocurrieron en toda la República, fueron los siguientes:

1575, que destruyó la ciudad de Concepción; 1633 y 1647, que destruyeron Santiago; 1657, que destruyó Concepción por segunda vez; 1688, 1722 y 1730, este último un maremoto que inundó todo el litoral de Chile; 1751, que destruyó Concepción por tercera vez; 1783, 1819, 1822, 1824, 1829, 1835, este último arruinó por cuarta vez Concepción; 1837 y 1844, éste destruyó Copiapó, Santiago y Valparaíso, y provocó un solevantamiento de 4 pies en la costa, en una longitud de 15 leguas; 1849, 1850, 1851.

De esta lista de los terremotos más importantes en la República se desprende que, antiguamente, los más numerosos y destructores correspondían a las provincias australes, y que en tiempos más recientes fue afectada siempre mucho más la parte boreal del país, ocurriendo los sismos de preferencia donde faltan volcanes y los vapores no pueden escapar del interior de la tierra.

De una lista de temblores que tenemos a la vista, se desprende, además, que ellos no ocurren en determinadas tempo-

* 37º,5 C. (N. del T.).
** Error: 1540 (N. del T.).

radas, pues la mayor frecuencia corresponde tanto a febrero, como a marzo, abril, mayo, julio o al mes de noviembre. Pero, tan poco como la época tienen influencia las condiciones atmosféricas. Los terremotos han ocurrido con cielo despejado, con cielo cubierto y con lluvia, con temporal y con calma absoluta, con grandes calores y con temperatura fría, con la luna creciente y menguante, de día y de noche y a cualquiera hora. Un indicio que se anticipa siempre a los temblores son grandes variaciones barométricas.

En cuanto al estado sanitario, era, por lo general, satisfactorio. La fiebre amarilla y las tercianas, que reinan casi siempre en las repúblicas situadas más al norte en esta costa y causan tantas víctimas, se propagan curiosamente desde el norte sólo hasta el puerto de Cobija, que sigue a Copiapó y pertenece a la República de Bolivia; no llega jamás el contagio hasta Copiapó, a pesar de no ser muy grande la distancia. De la misma manera, no se conocían aquí la viruela y otras epidemias, pero era frecuente la disentería, sobre todo en la temporada de las sandías, cuando éstas son consumidas en grandes cantidades. Si se consume al mismo tiempo aguardiente, ocurre a menudo una muerte instantánea. De la misma manera, es muy peligroso para el extranjero beber mucha agua, debido a que ocasiona igualmente la disentería o, al menos, violentas diarreas, debido a que contiene sulfato de álcali.

Me llamó la atención el gran número de ciegos que se encontraban aquí. No necesitaban mendigar, sino que estaban sentados tranquilamente frente a sus casas, donde los transeúntes siempre les hacían alguna dádiva. La causa de la frecuente ceguera no consistía sólo en que los ojos sufren mucho, como ya se dijo, por el fuerte calor en los desiertos arenosos y por la tierra calcárea que el viento levanta en los caminos, sino en que la mayoría de los ciegos son mineros que perdieron la vista por imprudencia, al efectuar explosiones dentro de las minas.

Existían un excelente y amplio hospital, donde los enfermos eran tratados gratuitamente, un lazareto, dos buenas boticas y dos médicos británicos, otro francés y varios chilenos; más tarde llegaron también varios alemanes.

En la faja de tierras fértiles situada a lo largo del riacho sobre el que se encuentra Copiapó, los cultivos se limitan a forrajes, sobre todo alfalfa, que deja grandes utilidades, pues por un pequeño fardo se pagan 2 reales (1 marco). Estos potreros eran arrendados por horas para las tropillas de mulas, obteniéndose por un *morgen* * una entrada de 300 pesos al año. Además, se cultivaban grandes cantidades de sandías, zapallos, maíz, pepinos, cebollas y ají. También había muchos árboles frutales, sobre todo higueras de tamaño colosal y gran diámetro, que daban frutas dos veces al año, de modo que un árbol produce a menudo grandes cantidades; los higos secos constituían uno de los alimentos principales, vendiéndose el quintal a 6–8 pesos. Había también tomates, nueces, limones, naranjas y membrillos.

La población de Copiapó, que ascendía, como ya se dijo, a unas 10.000 almas, era de tez mucho más obscura que los pobladores de Valparaíso; corría poca sangre española en sus venas y representaba la antigua raza chilena. Los extranjeros comprendían muchos argentinos, en cuyas manos se encontraba el comercio de alimentos, materiales para minas y artículos de lujo. En cambio, encontré muy pocos europeos.

Como Copiapó era la capital de la provincia, se encontraban aquí el intendente y el juzgado, que tenían a su disposición un batallón de infantería.

Tal como ocurría en Valparaíso, la Guardia Nacional y la policía estaban muy bien organizadas, uniformadas y ejercitadas.

Como las incontables minas de oro, plata y cobre, consumían grandes cantidades de materiales y alimentos, el comercio era muy activo y de importancia; y como la provincia tenía pocos cultivos y no se podía dedicar a la crianza de caballares y otros animales, ni existían fábricas, se transportaba todo lo necesario desde Valparaíso por mar a Caldera y desde ahí por ferrocarril a Copiapó. De esta manera, llegaban constantemente buques cargados con frutos del país a Caldera y cargaban como retorno los ricos minerales de oro, plata y co-

* Medida alemana equivalente a un cuarto de hectárea (N. del T.).

bre. Desde la República Argentina, en cambio, se arreaban grandes rebaños de caballares, mulares y vacunos a través de la cordillera andina.

Por tales razones, la vida era muy cara en Copiapó. Por ejemplo, una vivienda de cuatro piezas costaba cerca de 250 marcos ($ 62.50) al mes; un viaje a Tres Puntas, que se alcanzaba en un día, 350 marcos ($ 87.50), etc. De acuerdo con estas condiciones, eran también elevados los sueldos y jornales, pagándose, verbigracia, por un mozo 1 onza al mes (70 marcos), con estada libre.

A pesar de haberse iniciado la explotación de tan ingentes riquezas mineras en la provincia y de descubrirse constantemente nuevas minas, formándose fortunas colosales, la vida en Copiapó era poco animada. Mucho contribuían a ello, por supuesto, la situación de la ciudad y los grandes calores, como también la circunstancia de que, si bien vivían y atendían sus negocios en la ciudad muchos representantes de las clases ilustradas de Valparaíso, Santiago y de la República Argentina, ninguno exigía a su familia que compartiera la vida en este desierto, en que ella era, además, muy cara.

Existían en Copiapó pocos locales de recreo y distracción; había sólo una cafetería, situada en el barrio de La Chimba y perteneciente al viejo Grandi, antiguo miembro de la ópera italiana, que era conocida con el nombre de *Tívoli*, como también un teatro, que era bastante bueno para Copiapó. Durante algunos meses del año se representaban comedias, sainetes y tragedias españoles, con excelente reparto, y también actuó durante algún tiempo una ópera italiana, llegada desde Valparaíso, que también era buena. La Guardia Nacional poseía una banda de músicos, compuesta por veinte italianos, que habían sido contratados por algunos años y recibían mensualmente un sueldo de cien pesos, con viaje libre de ida y vuelta; no tocaban solamente con motivo de las paradas, sino también en las procesiones y en la Alameda.

Como era de esperar en una población que ganaba el dinero con mucha facilidad y en abundancia y que no disfrutaba de una ilustración especial, el entretenimiento principal era en

Copiapó el juego. Los jugadores podían dividirse en tres categorías: 1ª, los dueños de minas grandes, a cuyas reuniones tenían acceso los banqueros, el intendente, los jueces y abogados; 2ª, los dueños de minas más pobres, comerciantes, sacerdotes, funcionarios, oficiales, etc., que jugaban en los hoteles; y 3ª, los jugadores de las clases inferiores, que abrían banca en los locales donde se expendía vino chileno, sidra y aguardiente. Pero como el vicio del juego afectaba también a la clase que ganaba mucho dinero con poco trabajo, se observaba frecuentemente un poncho extendido en la calle pública y cubierto de oro, alrededor del cual estaban parados o sentados peones, vendedores ambulantes, soldados, arrieros y prostitutas, quienes jugaban también sus prendas de vestir cuando habían perdido el dinero.

Naturalmente en Copiapó tampoco faltaban los tahures, que existían en cada una de las tres categorías y habían llegado incluso desde la República vecina, para llevarse sumas colosales, dejando a numerosos dueños de minas arruinados.

Muchas casas estaban destinadas únicamente a la prostitución, cuyas utilidades eran, como es lógico, muy grandes en una ciudad donde vivían tantos hombres sin sus familias y había muchos solteros, que disfrutaban de rentas muy elevadas. Además de oro, recibían a menudo los más hermosos y ricos trozos de minerales de oro y plata, y si uno se interesaba por muestras apropiadas para colecciones y museos, era lo más acertado comprarlas entre las prostitutas. Pero también "barras" de minas de plata que todavía no tenían un valor apreciable, les eran obsequiadas frecuentemente, las que podían llegar a ser más tarde muy valiosas y representar una gran fortuna.

Casi con cada vapor, una parte de estas prostitutas abandonaban Copiapó con sus tesoros, pero en cada vapor llegaban también otras que no sólo provenían de Chile, sino de la Argentina, Lima y el Callao, hasta donde había penetrado la fama de este Eldorado.

Curiosamente, en esta ciudad donde los calores eran, por lo general, muy grandes, no existía un establecimiento de baño,

y quien deseaba refrescarse en el agua, tenía que dirigirse al río, que corría a través del gran pantano. Como había llegado en la temporada más calurosa y tenía que acostumbrarme primero a esta temperatura tropical, era siempre para mí un gran placer refrescarme en el agua, y todos los días de madrugada, me iba al río. En realidad no merecía el nombre de tal, pues era sólo un riacho o arroyo, con diez pies de ancho y sólo dos de profundidad; pero había algunas partes en donde era más profundo, y éstas eran, naturalmente, frecuentadas por la población femenina de Copiapó. Los juncos, que alcanzaban de quince a veinte pies de altura, ofrecían una sombra muy agradable, pero los mosquitos eran harto molestos.

Si en Valparaíso, donde vivían tantas familias extranjeras, la costumbre de los baños al aire libre estaba tan extendida que me había extrañado, sólo podía esperar que en Copiapó, ciudad provinciana, la gente se bañara públicamente en estado natural. Así ocurría, en efecto, y las mujeres usaban, a lo sumo, una toalla en torno a las caderas, lo que, gracias a la escasa profundidad del agua, permitía admirar sus formas y el color de su cutis. Las muchachas hasta la edad de catorce años se bañaban desnudas.

En el primer tiempo, mi timidez germana me hacía apurar el paso cuando caminaba por los lugares donde se bañaban las mujeres y muchachas y por los que pasaba sólo un sendero muy estrecho, cerca de la orilla, a través de los juncos; pero luego me enteré que no tenía nada de particular observar a las jóvenes en sus juegos y saltos en el agua, y siempre había caballeros y señoras de todas las clases reunidos en la playa. En cambio, no ocurría jamás que ambos sexos se bañaran conjuntamente, y jamás tuve oportunidad de observar algún acto de inmoralidad o de oir palabras indecentes; sólo existía la costumbre libre de bañarse casi en estado natural, y las muchachas se encontraban siempre acompañadas de sus padres y las jóvenes esposas por sus maridos o por señoras de edad, para su protección.

Pude comprobar que había mujeres y muchachas de cutis café claro o rojizo; pero lo que me interesó más fue que ha-

bía mestizos que tenían el cuerpo blanco, pero con grandes manchas ovales de color café obscuro, y que a veces se observaba un pecho blanco y el otro café obscuro.

Me entretenía también en mis paseos arrojando monedas en el río, que eran extraídas por muchachas de raza auténticamente indígena, que poseían una gran habilidad para sumergirse y nadar debajo del agua. A menudo, había diez muchachas o muchachos en la orilla, y tan pronto tiraba las monedas en el río, saltaban todos de cabeza al agua, peleándose por ellas.

* * *

En el hotel Menelli, en que vivía, comían cerca de treinta personas en una gran mesa. Eran, en parte, mis compañeros de viaje, en parte copiapinos, que frecuentaban el hotel a la llegada de los vapores, por curiosidad, a fin de conocer a los recién llegados. La comida era bastante buena, aunque preparada de acuerdo con la costumbre nacional. Consistía en consomé; carne de vacuno cocida con choclos, frejoles blancos y ají; pollo con papas y ensalada de tomates; en seguida había una mazamorra de maíz con azúcar; y el postre consistía en brevas o higos frescos, duraznos, naranjas, olivas o sandías, y café. El vino era pésimo y caro, el agua, terriblemente mala, y en cuanto a la cerveza, sólo se podía conseguir un mal *Porter* inglés, que costaba un peso cincuenta la botella. Detrás de nuestros asientos se encontraban cuatro muchachos, provistos de abanicos de plumas de avestruces, cuya misión consistía en mover el aire y espantar los millones de moscas que cubrían los guisos, pero, a pesar de todas las precauciones, uno no podía evitar que alguna se le introdujera en la boca.

Si bien Copiapó, contemplado desde los cerros, ofrecía el aspecto de un oasis en medio del desierto y dejaba una impresión muy agradable por sus numerosos jardines y árboles frutales, me había formado una idea muy diferente de este Eldorado. Me era difícil creer que en esta ciudad de 10.000 habitantes y cuyas casas eran casi todas de adobes, hubiera tantos

millonarios y poseedores de fortunas de centenares de miles de pesos, y que estuviese totalmente ahuyentada de ella la miseria. Pero pronto debía tener oportunidad de convencerme efectivamente de la riqueza que en ella había.

Entre los chilenos que habían tomado asiento en la mesa del comedor, había dos que me llamaron la atención desde un principio. Reconocí pronto por el color café obscuro de su tez y por sus movimientos y ademanes que, aun cuando estaban vestidos según la moda europea, habían pertenecido a las clases inferiores de la sociedad, y adquirido más tarde la fortuna de que disfrutaban. Así era, en efecto: ambos eran millonarios. Uno tenía una figura pequeña y enjuta; prefería comer con los dedos, en vez de usar el tenedor, llevaba un chaleco de terciopelo colorado y dos cuellos tan almidonados, que apenas podía mover la cabeza, y había apretujado sus anchos pies en zapatos de charol, que le ocasionaban grandes dolores. Poseía un reloj de repetición de oro, que valía 500 pesos y estaba suspendido de una cadena de oro que podría haberse usado para amarrar un perro, un alfiler con un magnífico solitario, y llevaba en los dedos varios anillos con brillantes de gran valor. Pronto tomó el diario, sacó un vidrio de aumento engastado en oro, y comenzó a leer: pero advertí que había colocado el diario al revés. Luego tomó el reloj y lo hizo repetir; usó un escarbadientes de oro y extrajo un poco de rapé de una cajita de oro. En una palabra, ofrecía al observador sorpresa tras sorpresa y constituía, de cierta manera, una curiosidad digna de verse. Su vecino, que era de gran talla y obeso, llevaba un precioso chaleco de terciopelo y un magnífico reloj de oro, con una cadena de oro maciza y pesada; me mostró cada uno de los numerosos anillos de sus manos, indicándome su precio, lo que me permitió reconocer que, aún cuando eran legítimos y valiosos, había pagado por ellos más del doble de lo que realmente valían.

Levantada la mesa, la mayor parte de los asistentes se dirigió a un pequeño jardín perteneciente al hotel, donde se instaló la banca, como de costumbre. Pero uno de los comensales me invitó a acompañarlo en coche a su casa, lo que acep-

té. El menaje que encontré allí merece, sin duda, ser anotado. Todas las piezas estaban cubiertas con las más ricas alfombras, y se encontraban repletas de muebles confeccionados con madera de palisandro; los sofás y las sillas, tapizados de pesadas sedas, estaban colocados desordenadamente, y había también un piano de cola que había costado 1.500 pesos y un escritorio, con valor de 600. Las ventanas estaban encortinadas con ricas telas adamascadas, y en las paredes se veían *trumeaux* que habían costado mil pesos la pieza y cuadros al óleo comprados como legítimos Rafael y Rubens, a elevados precios; relojes de sobremesa, inmensos floreros, vajilla de plata en grandes cantidades, canastos llenos de botellas de champaña, naipes, dados: todo esto pendía, estaba arrimado o amontonado desordenadamente, sin la menor simetría, y algunos ratones corrían en medio de aquellos objetos. El dormitorio ostentaba una magnífica cama imperial con corona de oro, rodeada por los más finos cortinajes, y el servicio del lavatorio y la bacinica eran de plata maciza. Pero el mueble preferido del dueño de casa era una hermosa caja de fondos, de hierro, en la que había depositado una suma seguramente superior a 100.000 pesos, en oro, que me mostró con gran satisfacción.

Lo que me interesó sobremanera en estos tesoros era una excelente colección de minerales, y mi nuevo conocido llenó verdaderamente mis bolsillos con muestras de minerales de oro y plata que me obsequió.

Después de haberme mostrado una infinidad de otras cosas que había adquirido a precios exorbitantes y dejádome exhausto de tanto mirar y admirar, regresamos al hotel, donde me retribuyó mi visita. Apenas había visto mis objetos, quiso de inmediato comprarlos todos, ofreciéndome por ellos los precios más altos. Pero como no deseaba separarme de mis bienes, sólo le vendí algunas cosas que no me eran necesarias, entre ellas una escopeta, por la cual me ofreció cien pesos, pero que le entregué en cuarenta pesos, pues me había costado sólo veinte; también adquirió un acordeón por veinticinco, una cajita de música por cincuenta pesos y una daga por una onza. Pero lo que más le interesaba, fue una pequeña colección de

cien piezas diferentes, de monedas de a peso, de la cual no me quise desprender. A pesar de asegurarle repetidas veces que su valor no subía de setenta y cinco pesos, me insistió en que se la vendiera por trescientos, lo que tuve que aceptar finalmente, de modo que por algunos objetos que me habían costado quizás ciento cincuenta pesos, recibí quinientos. Ese capital lo ocupé en establecerme, pues no había traído recursos para ello desde Europa.

En los días siguientes visité a mis compatriotas, a fin de orientarme debidamente y darme a conocer, lo que podía ser beneficioso a mis propósitos de instalarme.

El señor Wilhelm Schmitt, de Hamburgo, que era contador del primer banquero, llamado don Agustín Edwards, y ganaba 10.000 pesos al año en su cargo, por sueldo y participación, me informó sobre los brillantes negocios que aquél hacía. Prestaba dinero a elevados intereses, incluso sumas de consideración, a menudo al 5% mensual, con garantía de las "barras" de las minas, lo que le permitía hacer un magnífico negocio si los pagarés no eran cumplidos en forma puntualísima, pues las "barras" representaban frecuentemente un valor doble o cuádruple de la deuda. De esta manera, el señor Edwards había ganado ya en pocos años más de un millón de dólares y llegado a ser dueño de valiosas barras. Su fortuna aumentaba ahora en proporciones colosales. En especial, ganaba enormes sumas por la compra de minerales de oro, plata y cobre robados, por los que pagaba generalmente, la cuarta parte de su valor. Habría ganado de esa manera mucho más si no le hiciera competencia otra casa banquera, la de Ossa y Escobar, que también lograba utilidades de algunos centenares de miles de pesos al año.

Lo que en gran escala hacían esos caballeros, lo realizaba mi compatriota David Lewingston en grado mucho menor, pero, relativamente, con el mismo éxito brillante. Este hebreo de Posen se había dedicado antiguamente —como él mismo lo declaró— al comercio de esclavos. Perseguido una vez por un buque de guerra británico, se salvó abandonando su cargamento y dirigiéndose en un bote a la costa. Llegó a Copiapó

sin otros bienes que el talento comercial innato de su raza. Después de haber ganado un pequeño capital por medio del comercio ambulante, estableció una casa de prendas que, por supuesto, rindió también sus frutos de oro, de modo que ya poseía una fortuna de 50.000 pesos que, probablemente, iba a duplicarse en breve plazo. Su casa se encontraba repleta de cajones con objetos de plata maciza, como espuelas, platos, fuentes, jarros, vasos, lavatorios, incensarios, bacinicas, etc., como también con relojes, cadenas, anillos y alhajas de toda índole. Con tales prendas ganaba 10 a 25% de interés mensual.

El señor Georg Huneus vivía con su familia en la capital Santiago de Chile, y venía sólo transitoriamente, para controlar las minas en que tenía participación. Poseía una "barra" en la mina de plata *La Salvadora,* de Tres Puntas, por la que ya le habían ofrecido 100.000 pesos, pero que no vendía.

Los ingenieros de minas Engelhard, Schwarzenberg y Schnakenberg habían llegado sólo poco antes que yo a Copiapó desde Europa, y no tenían todavía una actividad determinada. El señor Lutschannig era químico en la casa del banquero Ossa, donde ganaba un sueldo de algunos miles de pesos. El señor Schmitt era jefe de una planta de amalgamación, y los hermanos Erdmann poseían ricas minas de cobre cerca de Copiapó, desde las cuales venían frecuentemente a la ciudad.

Capítulo VII

MI OFICINA DE MINAS EN COPIAPÓ.—EL CATEO Y EL ENSAYE DE MINERALES DE ORO, PLATA Y COBRE

Después de haber logrado un conocimiento suficiente de las condiciones y de los negocios de la región, tomé en arrendamiento una casa, con la esperanza de lograr pronto buenos resultados; me establecí como ingeniero de minas y mineralogista e instalé un laboratorio provisto de un pequeño horno de fundición. Todos los negocios giraban en torno a las minas

y casi todos los habitantes de Copiapó participaban directa o indirectamente en la minería.

Una parte apreciable de la población, los llamados *cateadores*, eran buscadores de minas, quienes –de acuerdo con sus recursos– realizaban expediciones al desierto de Atacama o a la cordillera andina, donde se encontraban las vetas más poderosas y los más ricos depósitos. Los de mayor capacidad financiera y aquéllos que eran financiados por capitalistas, se preparaban para salir por uno o varios meses, a fin de catear minerales; llevaban cierto número de peones, cargaban numerosas mulas y asnos con víveres, agua, leña y herramientas, y se aventuraban frecuentemente a penetrar hasta cien leguas en el desierto espantoso y sin agua y en las quebradas rocosas de la Cordillera de los Andes. Es efectivo que estas expediciones tenían, a veces, magníficos éxitos, pero a menudo los intrépidos empresarios regresaban sin haber hecho un descubrimiento de alguna importancia. Habían padecido espantosos sufrimientos, sed y hambre; en el día, el más insoportable calor de las arenas candentes; de noche, el frío glacial que provocan los temporales que cruzan la cordillera cubierta de nieves. Quemados por el sol, cubiertos de tierra, debilitados, a veces verdaderos esqueletos: así regresaban.

Otros, por su parte, extraviados y con las provisiones de agua agotadas, tuvieron que pagar con la vida la audacia de haber penetrado a esas soledades. Frecuentemente, sus huesos y los de sus animales eran hallados sólo mucho tiempo después que habían desaparecido, despojados ya de carne por los cóndores y jotes. Ocurría también, a veces, que se encontraban ricas muestras de minerales de oro o plata cerca de sus despojos mortales: una prueba de que habían descubierto grandes riquezas, pero no habían logrado regresar a Copiapó.

Por supuesto, a tales acontecimientos seguían, a su vez, grandes expediciones a los mismos parajes, pues se esperaba descubrir el lugar de los hallazgos.

El cateador más pobre salía sólo por una semana. Una vez cargada su mula o asno con una botija de agua y un saco de harina tostada, higos y tabaco, montaba el animal y se diri-

gía a las montañas. También lo hacían quienes ni siquiera eran dueños de un animal de carga. Realizaban sus expediciones a pie, llevando sobre la espalda lo necesario para la vida.

De esta manera, los faldeos de las serranías, incluso de las cercanas a Copiapó, se presentaban durante todo el año frecuentadas por cateadores, que examinaban toda veta de calcita o baritina. A menudo encontraban oro, plata o cobre casi en estado puro en la superficie de la tierra, a veces impregnando la roca, o bien incluidos en ella en tal forma, que se los reconocía a simple vista; pero frecuentemente ni la roca impregnada, ni el aspecto, el color y el peso específico de la veta revelaban indicios del metal, y, no obstante, el análisis demostraba que contenía una elevada ley de plata.

Todas estas muestras dudosas tenían que ser analizadas cualitativa y cuantitativamente por un químico que debía determinar si contenían metales y qué ley de ellos. Este análisis se denominaba *ensaye,* y era tal actividad la que deseaba desempeñar sobre todo.

Mi establecimiento fue acogido con júbilo al ser abierto, y tuve tantos pedidos que me vi obligado a ocupar varios obreros para realizar las operaciones más sencillas. Sólo así me era posible cumplir rápidamente los encargos y satisfacer la curiosidad de aquéllos que me entregaban las muestras y deseaban saber a la mayor brevedad posible si las vetas descubiertas contenían minerales explotables o eran estériles. A menudo me abandonaban esos clientes con las caras largas, desvanecidas sus esperanzas de haber sido favorecidos por la suerte al encontrar la veta cuyas muestras me presentaban. Pero ocurría también que otros, que no tenían una opinión muy favorable acerca de su hallazgo, se vieran agradablemente sorprendidos, mostrándose a veces muy reconocidos, pues no se limitaban a pagar la tarifa sino que me obsequiaban el cargamento de una mula, con los minerales de su nueva veta. La tarifa para el *ensaye* de minerales auríferos era, por lo general, de diez pesos hasta una onza; por los *ensaye* de plata o cobre se pagaba un cuarto de onza. El precio se cancelaba siem-

pre anticipadamente. A menudo, yo percibía cincuenta pesos al día en efectivo y más tarde, hasta cien pesos.

Después de haber pasado el día frente al horno, aspirando los perniciosos vapores del ácido, y con una temperatura de 30º R. a la intemperie, ocurría a veces que me hacían levantar de noche, a fin de hacer rápidamente un *ensaye*, por cuyo servicio cobraba, naturalmente, un honorario mucho mayor.

Me visitaban también muchos interesados en que se analizaran sus muestras, pero que no estaban en situación de sufragar el gasto. En esos casos se convenía, por lo general, que se me concediera una participación de una cuarta parte en la mina, siempre que el resultado del ensaye fuera favorable, lo que me permitía participar en vetas ricas. Además del análisis de muestras de vetas nuevas, los mineros me enviaban otras de vetas que se estaban trabajando a gran profundidad, y también tenía que determinar el contenido de partidas mayores o menores de minerales que se vendían.

Los diversos minerales no sólo eran comprados por los banqueros de Copiapó, sino por agencias establecidas por las casas comerciales de Valparaíso, que se dedicaban igualmente a este lucrativo negocio. Se convenía éste siempre de la siguiente manera: los compradores de minerales mantenían un establecimiento en la estación de Copiapó, provista de una romana, y los mineros llevaban allá sus minerales en carretones o mulas, para hacerlos pesar. En seguida, tanto el comprador como el vendedor elegían a un químico, con el encargo de determinar la ley de los minerales, cuyo peso era a veces de pocos quintales, pero que podía ser también de centenares o miles de quintales. Una vez hecho esto, cada uno de los químicos entregaba a los interesados un certificado del resultado, con su firma y sello. Los sobres eran abiertos simultáneamente por cada parte y si los dos resultados coincidían, se pagaba el precio correspondiente; si había una diferencia sin importancia, se la promediaba; pero si era grande, se designaba un tercer químico, cuyo *ensaye* era aceptado como válido. Estas determinaciones de las leyes representaban a veces una tarea difícil, sobre todo cuando se trataba de partidas conside-

rables, pues tenían que ser establecidas con la mayor precisión, debido a que pequeñas diferencias podían representar grandes sumas y se encontraba comprometida la reputación del químico, que estaba expuesto a perderla de inmediato en caso de negligencia.

Sin duda, la situación más difícil se presentaba cuando los compradores de minerales los habían adquirido en distintas minas de leyes muy diferenciadas, y los habían reunido en una cancha hasta juntar el cargamento de un buque. A pesar de que yo disponía de un nuevo procedimiento, que permitía determinar las leyes con una precisión mucho mayor, él, curiosamente, no fue admitido, imponiéndoseme siempre la condición de proceder a analizar los minerales de acuerdo con el procedimiento usual, que era el siguiente:

Los minerales cupríferos se analizaban siempre por la vía húmeda y los de plata y oro, tanto por la húmeda como por la seca. En cuanto a los de cobre, se molía la mena hasta reducirla a polvo, el que se repartía sobre la mesa y dividía en 16 porciones, de cada una de las cuales se tomaba un poco, hasta reunir 5 gramos. Esta muestra se colocaba en una escudilla de porcelana y se le agregaba ácido muriático y nítrico en igual cantidad, como también algunas gotas de ácido sulfúrico. Se calentaba la mezcla sobre una llama de alcohol, revolviendo constantemente el contenido con una barrita de vidrio hasta que los ácidos se evaporaran. Una vez logrado esto, se llenaba con agua la cuarta parte de la escudilla y se la exponía a un fuego más intenso, revolviendo el contenido, hasta que se evaporara el agua. Esto se hacía una segunda vez; en seguida se echaba por tercera vez agua a la escudilla y se filtraba el líquido en otra escudilla de porcelana. En el líquido así obtenido se colocaban barritas nuevas y lisas de fierro, que provocaban una precipitación inmediata del cobre, parte del cual se adhería en forma nativa a las barritas y caía el resto al fondo. Este líquido era calentado hasta que adquiriese un aspecto cristalino; se eliminaba con un pincel de cerdas finas el cobre de las barritas, que eran retiradas. El co-

bre obtenido era filtrado, secado en el papel filtrante al cual quedaba adherido, y luego pesado, determinándose así la ley.

El cálculo era sencillo, pues como cinco gramos habían suministrado el cobre obtenido, resultaba fácil determinar cuánto contenía un quintal del mismo mineral.

Para ensayar la plata se molía, igualmente, la muestra hasta formar un polvo que se repartía en dieciséis porciones, de cada una de las cuales se tomaba la misma cantidad hasta juntar cinco gramos. Estos se mezclaban en un crisol con una cantidad de litargirio o carbón vegetal y bórax pulverizados, que hacían el papel de fundentes y cuya proporción variaba de acuerdo con el contenido de plomo del mineral. Luego se calentaba el crisol en una pequeña fragua hasta que, a elevada temperatura, la mezcla se ponía enteramente líquida. Ese líquido se vertía en un pequeño molde de hierro en forma de embudo y allí se le dejaba solidificarse y enfriarse bien. Se extraía entonces la masa, se separaba la escoria del grano de plomo que se había formado y se le daba a éste forma cuadrangular a golpes de martillo. El trozo de plomo así logrado se colocaba en un pequeño recipiente con ceniza de huesos, el cual, a su vez, se depositaba en la mufla de un horno calentado al máximo. Era preciso observar bien el momento en que el plomo se volatilizaba y quedaba la plata como residuo en las cenizas de hueso, para retirar el recipiente del calor. El grano de plata que se formaba se pesaba y se podía calcular la ley del mineral.

Respecto del oro se empleaba el mismo procedimiento que con la plata, pero con la diferencia de calentarse levemente en un matraz el grano de plata, con ácido nítrico, para que se evaporase la plata y quedara en el recipiente el oro contenido en la mena.

Fue para mí muy interesante recibir en mi nuevo campo de acción muestras de minerales de toda índole, de casi todos los distritos mineros de la provincia de Atacama. Llegué a conocer sus leyes a expensas de otros y amplié mis conocimientos en la especialidad, con la ventaja adicional de que los efectivos de mi caja aumentaban día a día y la colección geo-

lógica y mineralógica que inicié se ampliaba considerablemente.

Casi todos los días se hablaba de nuevas minas de plata descubiertas y de las ingentes riquezas de las que se explotaban en los distritos de Chañarcillo y Tres Puntas. Habría sido para mí muy grato visitarlas, pero estaba tan recargado de trabajo, que no me era posible disponer de un solo día libre. Apenas lograba separarme de mi trabajo el tiempo necesario para robustecerme por medio de un baño en el riacho.

La riqueza de las últimas minas nombradas podía apreciarse por las grandes cantidades de minerales robados, la *cangalla,* que transportaban en masa a Copiapó, donde la vendían a precios irrisorios. Era un negocio perfectamente organizado: los mineros hurtaban los minerales más ricos y los gastaban en las chinganas con prostitutas y mercaderes, y estos últimos, tan pronto reunían el cargamento de una mula, los vendían a los cangalleros, que los llevaban a Copiapó, donde los banqueros se los compraban a precios baratísimos. Había una reglamentación especial, que encomendaba a la policía impedir que llegaran a la ciudad minerales hurtados, y por lo cual toda persona que transportara minerales debía presentar una guía de libre tránsito extendida por el mayordomo de la mina de que procedían. El que no podía exhibir la guía estaba expuesto a la confiscación del cargamento, pero a pesar de todas esas medidas, el tráfico de minerales clandestinos era enorme. Los *cangalleros* entregaban de noche no sólo cargamentos de algunas mulas, sino carretadas completas de minerales de plata a los banqueros, quienes los mandaban pesar y extendían a los interesados un recibo por la cantidad entregada, con el cual, averiguada al día siguiente la ley, podían recibir el pago. El cargamento era estimado superficialmente por el químico del banquero, sin examinar su verdadero precio y, cuando aparecía el *cangallero,* se le indicaba la mitad del valor como resultado del análisis, y tenía que conformarse con ese precio.

Cuando yo me establecí en la plaza, sin embargo, los *cangalleros* comenzaron a llevarme muestras para su análisis, an-

tes de entregar los minerales a los banqueros, pues se enteraron de la forma en que eran engañados por éstos.

La utilidad que obtenían los banqueros en este negocio la pude comprobar en el siguiente caso: una vez fui despertado de noche por un individuo que me presentó algunas muestras riquísimas de plata, rogándome que las analizara rápidamente. Llevaba consigo cuatro grandes baúles, y pude observar que contenían únicamente minerales casi puros de plata. Cuando le expresé que el análisis en este caso no era realmente necesario y que podría vender la cantidad total como plata, con un pequeño descuento, me ofreció en seguida todo el cargamento por quinientos pesos. Como avalué los minerales, a lo menos, en mil pesos, sospeché de inmediato que habían sido hurtados y le dije que no me dedicaba a la compra de minerales. Me aseguró en seguida, bajo fe de su palabra, que había descubierto una veta nueva y muy rica de plata y que me podría traer muchas carretadas de minerales de ella, pero le era imprescindible regresar a la mina esa misma noche y necesitaba el dinero, lo que me indujo a comprarle los minerales en trescientos pesos, con lo que se conformó.

Al rayar el alba, examiné con más detenimiento el contenido de los baúles, pesé los minerales, y pude establecer que no sólo había adquirido menas para mi colección, por valor de trescientos pesos, sino también minerales casi puros de plata, en trozos pequeños, que valían setecientos pesos. Envié estos últimos, de inmediato, a un banquero, quien me pagó, en efecto, ese precio.

No volví a ver nunca más al visitante nocturno, de modo que estaré en lo justo si supongo que alguna vez adquirí minerales hurtados. ¡Qué magníficos negocios habría podido hacer si me hubiera dedicado a comprar regularmente tales minerales, como lo hacían los banqueros, pues me eran ofrecidos casi diariamente! Pero mi sentido alemán de la honradez se oponía a ello, e incluso esta vez, cuando lo hice inconscientemente, estaba contento de haber sacado de mi casa el *corpus delicti* y transformádolo en dinero.

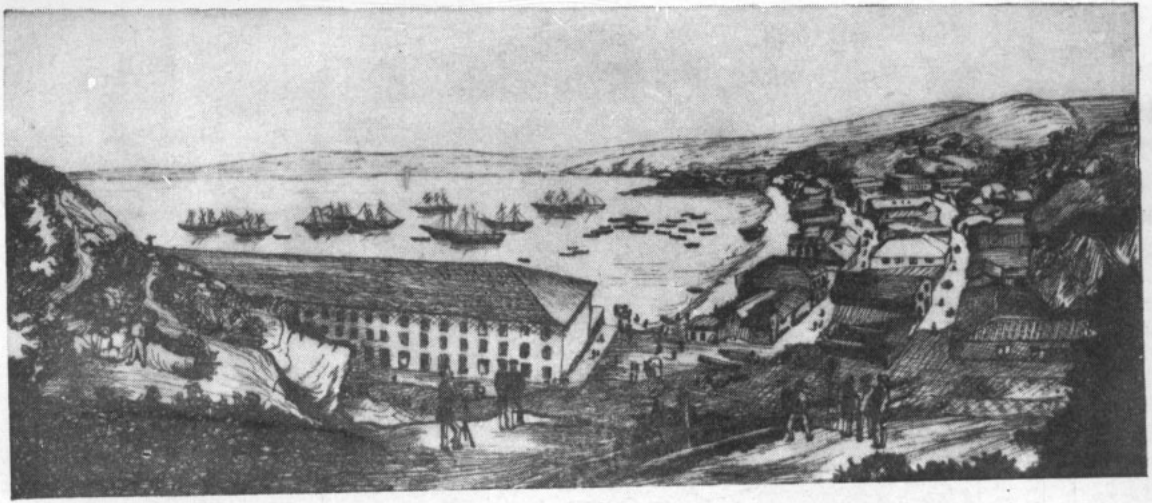
Habría podido hacer, sin embargo, negocios aún más bri-

llantes y sólidos y adquirido en corto tiempo una gran fortuna, sin mucho trabajo, si hubiera llegado un poco antes a Copiapó. En efecto, todos los minerales de plata que se obtenían en los distritos mineros en la superficie o a pequeña profundidad, consistían, parcialmente, en plata maciza y, parcialmente, en sulfuros (metal cálido), que se beneficiaban por medio de la amalgamación. A una profundidad un poco mayor, en cambio, predominaban los minerales argentíferos combinados con arsénico y antimonio. Como no se conocían estos últimos minerales, se creía que no tenían valor alguno y, por rica que fuera una veta de esta índole en una mina, ella era abandonada del todo, o se la seguía trabajando, pero se echaban esos minerales como ganga inútil al desmonte.

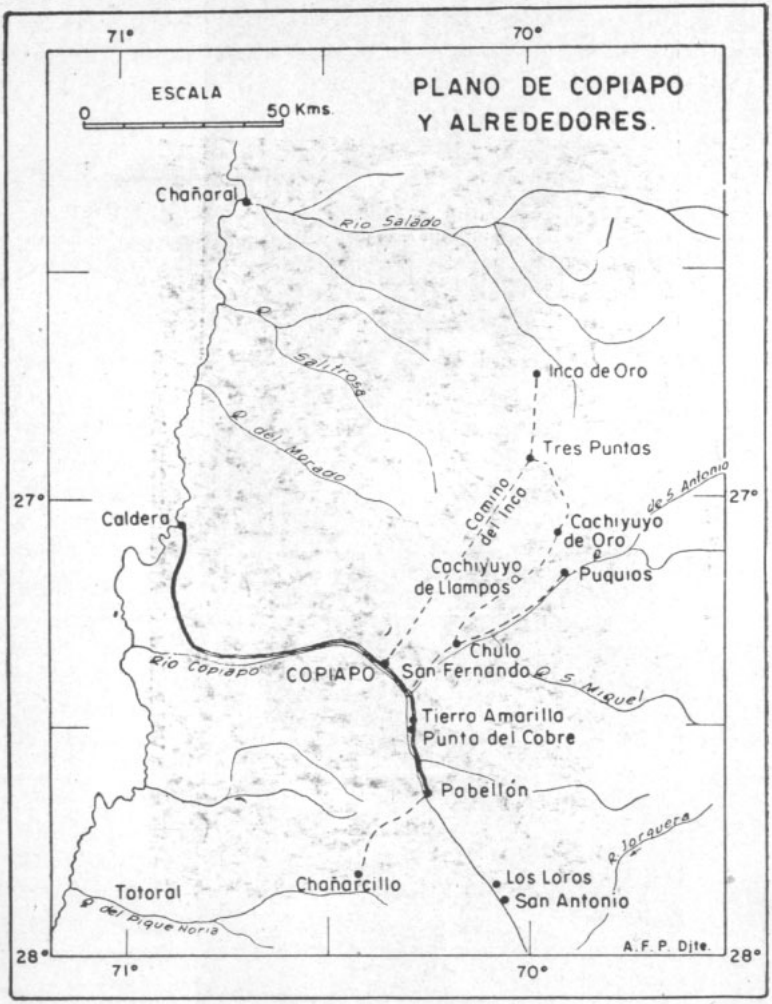
Poco tiempo antes que llegara yo a Copiapó, un británico había reconocido la importancia de esos minerales, y, en consecuencia, no sólo se había dedicado a explotar todas esas minas abandonadas, sino que había comprado también los desmontes, haciendo grandes utilidades. De la misma manera se procedió con los relaves de los minerales sometidos a la amalgamación, que contenían igualmente arsénico y antimonio argentíferos, los cuales habían sido empleados hasta entonces para construir un camino a través del pantano y emparejar calles. Como estos últimos minerales (los constituidos por combinaciones de arsénico y antimonio), pueden ser beneficiados por medio de la fundición, se les llamó "metales fríos", es decir, sólo beneficiables por medio del fuego, en oposición a los "metales cálidos", y como aquí todavía no existían fundiciones, se despachó todo el metal frío, junto con los relaves, a Europa.

En total, se exportaron entre 1841 y 1849 los siguientes valores en minerales:

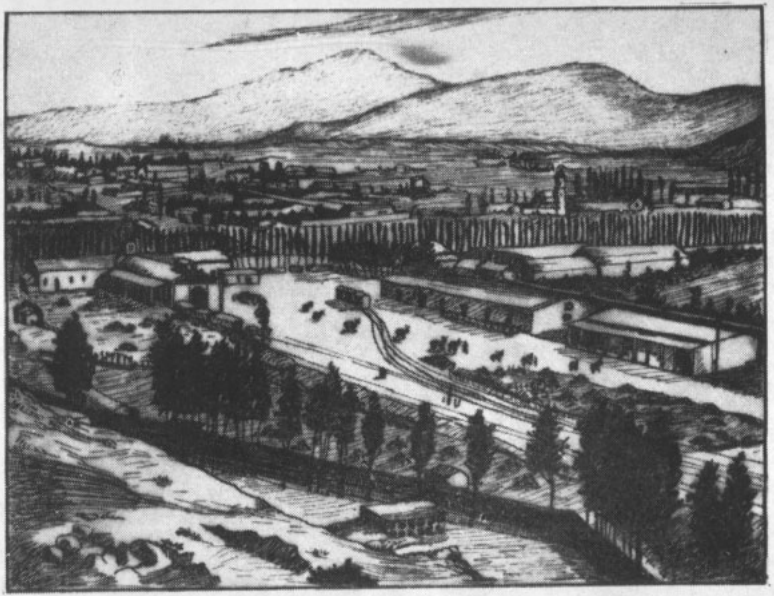
Oro	$ 5.212.445
Plata	16.539.590
Cobre	22.289.751



VALPARAISO ALREDEDOR DE 1860



EL TEATRO DE LAS ANDANZAS
DE TREUTLER EN COPIAPO



COPIAPO, HACE UN SIGLO

CHINGANA EN TRES PUNTAS

Capítulo VIII

ALGO SOBRE LAS LEYES MINERAS DE LA REPUBLICA DE CHILE

Las minas de oro, plata y cobre de la provincia de Atacama suministran desde hace años una producción de muchos millones de pesos, y aún se encuentra en el desierto y en la Cordillera de los Andes una enorme riqueza minera. La explotación de ella se emprendería, indudablemente, si en estas regiones se construyeran ferrocarriles que hicieran posible el transporte de agua y víveres a las minas y de los minerales a la costa o a Copiapó. Por todo ello me parece oportuno dar a conocer al lector algunas de las principales leyes mineras vigentes en la República de Chile.

En general, la legislación minera chilena es similar a la antigua de Sajonia; sólo ha sufrido algunas modificaciones, motivadas por condiciones diferentes.

Debe observarse, en primer lugar, que aun cuando el primer artículo de la ley prohibe a todos los extranjeros el desempeño de la minería en Chile, esta disposición ha sido derogada posteriormente, y en la actualidad disfruta el forastero de los mismos derechos que el chileno.

Por lo demás, la ley establece lo siguiente: Si alguien descubre una veta, o manto que se consideren aptos para ser explotados, ya sea de inmediato o más tarde, una vez realizado el análisis de las muestras, debe dirigir en papel sellado de 2 reales (un marco) una solicitud al Intendente de la provincia. Una muestra de los minerales deberá acompañar a dicha solicitud, la cual será autorizada por un Notario; éste cobrará un derecho de, más o menos, $ 1.50 y anotará año, mes, día, hora, minuto y segundo de la presentación, la que entregará al Intendente en la próxima audiencia, para que la apruebe.

Como había tanta gente que se ocupaba en descubrir minas, el número de solicitudes era tan grande que se había establecido un turno de dos notarios, los cuales tenían que mantener abiertas sus oficinas durante todo el día y la noche. La renta de cada uno de ellos era de 15 a 20.000 pesos anuales y provenía de los derechos que cobraban por las solicitudes de ma-

nifestaciones de minas nuevas, las referentes a la rehabilitación de minas antiguas, la venta o entrega en hipoteca de barras de minas, etc.

Una solicitud de pedimento de una nueva mina se redactaba de la siguiente manera:

"N. N., nacido en X, de profesión minero, domiciliado en tal parte de esta provincia, me presento con todo respeto ante US. y le digo: que descubrí en el distrito minero de Z., en el cerro Y. una veta o manto de plata (oro o cobre), cuya muestra acompaño, cuyo rumbo es de Sur a Norte (Este a Oeste) y que se encuentra (siguen las características de la zona), y como dispongo del capital y de las herramientas, etc., necesarios para trabajarla, ruego a US. concederme esta veta (manto), conforme a lo establecido en la ley. —N. N.".

Después de haber certificado el notario el año, mes, día, hora, minuto y segundo de la presentación, el Intendente anota debajo la siguiente providencia: "Concedo a Ud. la veta (manto), sin perjuicio de los derechos de terceros. Comuníquese por la prensa y anótese. El Intendente de la provincia de Atacama".

En seguida se publica el pedimento y se anota en el archivo, lo que permite establecer pronto si un tercero tiene derechos en esta veta o manto, pues ocurre muy a menudo que diferentes personas han descubierto una misma veta y obtenido su concesión del Intendente, con la misma cláusula. Esto ocurre sobre todo cuando se ha descubierto una veta rica, lo que provoca la afluencia de numerosas personas, que solicitan el terreno en un gran radio en los alrededores. Todo consiste entonces en ganar la delantera y presentarse el primero ante el notario con su pedimento, lo que explica porqué se indica hasta el minuto y segundo en la solicitud. El primer solicitante obtiene la propiedad, y todos los que se presentaren después no tendrán el menor derecho.

De acuerdo con la ley, es preciso que se inicie el reconocimiento de la veta o manto dentro de 90 días, por medio de un socavón o pique de 30 pies (pozo de ordenanza). El minero debe presentarse de nuevo ante el Intendente y solicitar la mensura, a fin de obtener luego el título de propiedad defini-

tivo; si dentro de los 90 días no se hace el "pozo" con la profundidad prescrita, se perderá el derecho a la veta o manto sin más trámite, y cualquier otro interesado podrá hacer el pedimento.

Solicitada la mensura, la realiza un ingeniero en presencia del Intendente y de los propietarios de minas vecinas, que deseen resguardar sus deslindes. Los derechos por este trámite fluctúan entre cien y doscientos pesos. Una vez terminada esa gestión, se podrá trabajar tranquilamente la mina, sin pagar otros derechos al Estado, y sin que éste se preocupe de la explotación. Pero la mina podrá ser reclamada por terceros y el dueño perderá todos los derechos a ella en el caso de dejarla sin trabajo durante noventa días, y sin el personal reglamentario, que consiste en 1 mayordomo, 2 barreteros, 1 apir, 1 cocinero y 1 mozo que deberá preocuparse al mismo tiempo del agua y de la leña.

Si la veta descubierta se encuentra en cerro virgen, es decir, en uno en el cual no se haya explotado aún ninguna mina, se tendrá derecho a la mensura de una estaca de 1.800 pies de longitud y 300 de ancho, o sea, de 540.000 pies cuadrados. Pero si ya existieran minas en el cerro o en su vecindad, la estaca será de 600 pies de longitud y 300 de ancho, o sea, de 180.000 pies cuadrados. Si la soliciutd ha sido presentada por dos o más personas, cada una recibirá 180.000 pies cuadrados, pero todas en conjunto no tendrán derecho a más de 540.000 pies cuadrados sobre la corrida de la misma veta. Si se solicita un manto, se concederá la misma superficie en cuadrado, lo que se hará también en el caso de vetas muy poco inclinadas.

Cuando una mina no se trabaja durante noventa días, cualquiera persona puede pedir al Intendente que declare el despueble y le otorgue a él el dominio. Una solicitud de esta índole se llama "denuncio", y por medio de él se piden antiguas minas abandonadas. El Intendente cita al último dueño, y si se comprueba que éste no trabajó la mina durante noventa días, se traspasa el dominio de inmediato al nuevo solici-

tante. En caso de ignorarse el último dueño de una mina abandonada, el denuncio es publicado en los diarios, y se lo pregona durante tres domingos seguidos, después de la misa principal, en la puerta de la iglesia, con acompañamiento de un tambor. Si nadie reclama, el denunciante obtiene el dominio de la mina y debe pagar por ello doce pesos de derechos.

Reconocida una mina como rica, se solicita, por supuesto, todo el terreno aledaño, y los nuevos vecinos se apresuran a lograr profundidad a la brevedad posible en sus minas. La ley les permite explotar desde ellas la veta del vecino rico y extraerle sus minerales, hasta que los trabajos de la mina principal los alcancen; entonces deben retirarse de inmediato a sus deslindes. Pero tan pronto pasaron los vecinos más allá de los deslindes de la mina principal, tuvieron la obligación de comunicarlo al administrador de ésta, quien debió designar un representante en la nueva mina vecina, a fin de añotar todos los minerales extraídos, pues la mitad de ellos corresponde a la mina principal por la concesión. Los gastos de explotación corren únicamente a expensas de la mina secundaria.

La mina principal jamás permite la entrada a extraños, a fin de no revelar el rumbo de la veta rica, y sus empleados y mineros guardan el mayor secreto. Por su lado, las minas vecinas tampoco dan a conocer en qué parte y a qué profundidad realizan una entrada en la mina principal, y así ocurre a menudo que ésta se tenga que defender hacia los cuatro puntos cardinales, construyendo chiflones que le permitan rechazar a los intrusos. Pero quien pasara secretamente el deslinde de la mina rica y extrajera minerales de ella, sería castigado como ladrón.

Cada mina se divide en 24 barras, y ocurre frecuentemente que existen más de treinta dueños en una mina rica, por lo cual las barras se subdividen, y no sólo en cuartos u octavos, sino en 1/16, 1/32 y 1/64, valiendo a veces una barra 100.000 pesos. Cada dueño tiene derecho a administrar la mina durante seis meses, y los demás codueños no pueden inmiscuirse en la administración durante ese tiempo, salvo en caso de

estafa o cuando la mina deja grandes pérdidas por mala administración, pero en estos casos necesitan demandar judicialmente al administrador. Cada semestre se procede a elegir un nuevo administrador, pero si los socios están conformes con el que hay, puede conservar éste su cargo durante años. El administrador debe rendir cuenta a los socios todos los meses, y según la mina produzca excedentes o exija inversiones, se reparte el excedente o se cobra la cuota de las nuevas inversiones. Muchas minas confeccionan tal balance sólo cada seis meses.

Cuando una mina exige inversiones y los socios no pagan puntualmente sus cuotas adicionales, se les concede un plazo de 90 días para hacerlo; si no realizan en él el pago atrasado y no integran las nuevas cuotas devengadas entre tanto, pierden de inmediato sus derechos en la mina, aún cuando hubieran invertido grandes sumas en ella. Las barras renunciadas son repartidas por iguales partes entre los demás socios, con la obligación de integrar las sumas debidas.

Si el dueño de una mina pierde su fortuna y se ve obligado a declararse en quiebra, se le podrá quitar cuanto posee y reducirlo a prisión por deudas, pero no perderá el dominio de sus minas; la masa del concurso está obligada a trabajar las minas, hasta que produzcan lo necesario para pagar a todos los acreedores, cumplido lo cual debe devolverlas al dueño; si los acreedores no tienen interés en pagarse en esa forma, deberán dejar al deudor en posesión libre de sus minas. Ocurren a este respecto casos interesantes. A veces, la masa ordena trabajar minas que no producen utilidades, de modo que habría sido mucho más favorable para los acreedores dejar al dueño en quiebra en posesión de ellas, pues podrán perder el doble o cuádruple de sus haberes. Otras minas, en cambio, que son explotadas por el concurso, producen grandes utilidades, que jamás habría logrado el acreedor, por faltarle el capital necesario para emprender la construcción de obras costosas; de este modo, una vez pagados los acreedores, la mina es devuelta a su dueño en mucho mejor estado, lo que le permitirá ganar una gran fortuna.

Capítulo IX

DESCUBRIMIENTO DE LAS MINAS DE PLATA DE TRES PUNTAS, Y MI VIAJE A ESE DISTRITO

Ya en conocimiento de los minerales que había en la región y de sus combinaciones, mi anhelo fue visitar los distritos mineros, a fin de poder conocer directamente las ricas minas y estudiar cómo se presentan los minerales. Mi ayudante estaba en condiciones de realizar los ensayes durante mi ausencia, y así pude aceptar el ofrecimiento que me hiciera el Intendente, de acompañarlo al próspero distrito minero de Tres Puntas, a fin de mensurar una mina, por lo cual se me pagaban 200 pesos y el viaje.

Pero antes de relatar éste mi primer viaje al nombrado distrito de minas de plata, quisiera dar cuenta de cómo fueron descubiertas esas ricas minas, que han suministrado plata por valor de tantos millones y que siguen produciéndola.

Como ya se dijo, vivían en Copiapó muchas personas que sólo se ocupaban del cateo de vetas metalíferas. Ahora bien, había informaciones acerca de la existencia de ricas vetas de oro, plata y cobre, en estado puro, o, al menos, con muy altas leyes, en el desierto de Atacama. Esas riquezas habían sido descubiertas por criminales fugitivos o por arrieros de mulas, los cuales no habrían logrado redescubrirlas, a pesar de buscarlas durante años con las mayores penurias y esfuerzos.

Pues bien, había quedado demostrado frecuentemente que tales *derroteros* *, que parecían constituir verdaderas leyendas o exageraciones, habían resultado exactos, muchos años después de la muerte del descubridor. Así, el objetivo de los cateadores no consistía solamente en encontrar vetas nuevas, sino en reconocer también aquellos derroteros, que, por lo general, se encontraban redactados y descritos con bastantes detalles. Ocurría que centenares de cateadores buscaran tales vetas ricas durante muchos años, sin encontrarlas, hasta que alguien daba con ellas. Comúnmente, la búsqueda inútil provenía de

* Nombre que se da a las noticias sobre minas que se trata de redescubrir (N. del T.).

la ignorancia del primer descubridor en cuanto al rumbo y a las distancias, o de que el punto buscado había sido cubierto por la arena del desierto hasta una altura de muchos pies, y sólo muchos años más tarde el viento volvía a poner a la vista los tesoros.

De la misma manera, ocurría que criminales fugitivos que aparecían con trozos de plata maciza, no recordaran con exactitud el lugar del hallazgo, o, finalmente, que los arrieros extraviados y cercanos a la muerte por hambre o sed, no se interesaran por los tesoros encontrados o no recordaran con precisión dónde los vieran.

Un derrotero de esta índole existía desde hacía muchos años respecto de una potente veta de plata maciza que habría descubierto un arriero en el desierto de Atacama y de la cual había traido muestras a Copiapó. Debido a que al descubridor hizo una ofrenda demasiado grande a Baco, con el dinero recibido por esas muestras, fue víctima de un ataque cerebral, murió pronto y sólo pudo describir en forma imprecisa el lugar del hallazgo. De inmediato se organizaron incontables expediciones, pero todas fracasaron.

En el año 1848 ocurrió, sin embargo, que un pobre arriero de asnos, Osorio, que abastecía de agua a algunas minas situadas en el desierto, se vio obligado a pasar la noche a la intemperie, por agotamiento de sus bestias. Soplaba con gran ímpetu un viento heladísimo desde la Cordillera cubierta de nieve, y Osorio acampado al pie de una gran roca que le ofrecía algún abrigo, encendió una pequeña fogata, para calentarse y preparar su comida. Después de haber preparado y consumido su yerba y su harina tostada y de fumarse su cigarrillo, se quedó dormido, rodeado por sus fieles asnos, envuelto en su poncho y acostado sobre la arena del desierto. A la mañana siguiente, cuando se aprestaba a montar en su asno para continuar viaje, observó que la roca se encontraba fundida hasta donde había alcanzado el fuego, y estaba convertida en plata pura. De inmediato llenó sus barrilitos con el precioso metal y se dirigió a una cantina situada en la costa, donde vendió los minerales y pasó varios días en una feroz remolienda. Por mucho que se empeñara el dueño de la cantina en descubrir

el secreto del origen de las menas, no le fue posible saberlo. Pero cuando un buen día llegaron algunos cateadores pobres, que fueron atendidos magnánimamente por Osorio, éste, algo embriagado, prometió a sus huéspedes que al día siguiente iría a buscar más minerales, y cometió la imprudencia de describir el lugar donde había encontrado la plata.

Al otro día, Osorio dormía aún profundamente, cuando los cateadores ya se había alejado al galope hacia el lugar que les había descrito. Después de cabalgar mucho tiempo de un lado a otro, siguiendo las huellas de los asnos, no sólo encontraron la roca junto a la cual había dormido Osorio, sino que, media hora más allá, una veta de plata maciza. El descubridor de la plata encontrada por Osorio fue Mateo Pérez, quien dio a la mina el nombre de *Al Fin Hallada*, mientras que su compañero Vicente Garín denominó a la suya *Buena Esperanza*.

Ambos llenaron sus bolsillos con muestras y galoparon las quince leguas que los separaban de Copiapó, adonde llegaron bañados en sudor y cubiertos de tierra. Presentaron en seguida sus pedimentos ante el Intendente, para asegurarse la propiedad de las minas, lo que, por supuesto, lograron. De este modo, esos dos individuos pobres se hicieron dueños de sendas minas fabulosamente ricas, cada una de las cuales rindió durante años una utilidad neta de más de un millón de pesos, en tanto el poco habilidoso Osorio fue indemnizado sólo con un regalo.

En su expedición a buscar la roca de Osorio los mineros, enriquecidos de tal manera, habían llevado consigo a un muchacho que les cuidara las mulas, y le habían prometido algo por este servicio, en caso de que tuvieran éxito. Como el descubrimiento resultó tan importante, quisieron indemnizar al niño con una pequeña suma de dinero, pero su familia inició un pleito, que terminó después de algunos años a favor del muchacho, quien recibió varias barras y la utilidad correspondiente desde el momento del descubrimiento, lo que ya representaba una suma de más de 100.000 pesos.

Apenas el Intendente había firmado los títulos referentes a los dos descubrimientos y entregádolos a los dos mineros, la noticia se propagó con la velocidad de un rayo por toda la ciu-

dad. Todo el mundo se apresuró a concurrir ante el notario de minería para inspeccionar las muestras de los minerales y ver los pedimentos, y de ahí partieron al desierto, centenares de jinetes a caballo, en mulas y en asnos a fin de descubrir vetas similares en la vecindad de aquellas otras dos. El nuevo distrito minero recibió el nombre de *Tres Puntas*, por elevarse en aquella parte un pequeño cordón de unos ochocientos pies de altura sobre el desierto, coronado por tres cumbres, visibles desde gran distancia. Con igual premura se tomaron en arrendamiento, a precios exorbitantes, todos los carretones y carretas, los que siguieron a los jinetes, cargados con alimentos y bebidas. Pocas horas más tarde, era imposible conseguir en Copiapó, por mucho que se ofreciera, una carreta, carretón, caballo, mula o asno, mientras las setenta millas de camino a Tres Puntas, estaban cubiertas por una fila casi ininterrumpida de vehículos y jinetes. También se dirigían centenares de personas a pie hacia allá, a pesar de que sólo podían alcanzar su destino en dos días y con terribles padecimientos. El anhelo de hacerse ricos los hacía soportar, sin embargo, todos los esfuerzos con más facilidad.

Los que llegaron primero a Tres Puntas, reconocieron rápidamente el terreno y regresaron en seguida a toda carrera a Copiapó, a fin de hacer el pedimento de minas situadas cerca de las ya descubiertas, que les prometían el mayor éxito. Ocurrió así que, cuando el tropel principal de los jinetes apenas había recorrido la mitad del camino a Tres Puntas, se cruzó con centenares de otros que trataban de aventajarse en una loca carrera de regreso a Copiapó. Frecuentemente, los caballos y mulas caían extenuados debajo de los jinetes, o bien, cubiertos de sangre, se desplomaban ante las mismas puertas de la Intendencia. Se trataba, a veces, de ganar sólo por un minuto, pues una misma veta era reclamada a menudo por cincuenta o más personas, y no era válido sino el pedimento que primero se presentaba, y los demás de nada servían.

Una vez iniciado el desfile, llegó durante dos días y dos noches una hilera casi ininterrumpida de jinetes y carruajes a la casa del notario, con nuevos pedimentos, de modo que el terreno de Tres Puntas quedó pronto cubierto con ellos en

un radio de una legua. Muchas personas se accidentaron en esa carrera de setenta millas, que algunos hicieron a caballo en siete horas. Una cantidad de caballos y mulas quedaron tendidos en el camino, desangrándose horriblemente por las heridas causadas por las enormes rodajas de las espuelas, que les eran clavadas hasta una profundidad de una pulgada. Desde las cumbres de la cordillera, el agudo ojo de los cóndores advertía el botín. Las grandes aves se dejaban, entonces, caer al valle y, acompañados por infinitos jotes, se arrojaban sobre las pobres bestias, que ya no tenían fuerzas para defenderse. Sus ávidos enemigos las privaban, en primer lugar, de la vista y luego las despedazaban y devoraban.

En los días siguientes cesó, poco a poco, la desalada carrera de un comienzo, debido a que todo el terreno vecino al descubrimiento había sido solicitado. En cambio, comenzaron a avanzar con lentitud hacia Tres Puntas, por la arena del desierto, largas caravanas de carretas pesadamente cargadas. Llevaban cargamentos de víveres y bebidas y grupos completos de prostitutas que, armadas de arpas y guitarras, marchaban a la conquista del rico botín que les ofrecía ese nuevo Eldorado.

El camino estaba bordeado de infinitos cadáveres y esqueletos de animales, sobre los cuales se posaban cóndores y jotes que, hastiados de tanto botín, no podían elevarse y eran cazados a lazo.

El golpe de vista que ofrecía la planicie entre las dos ricas minas descubridoras *Al Fin hallada* y *Buena Esperanza,* era extremadamente interesante. El llano, antes solitario y sin vida, sólo cubierto por arena candente y piedras, estaba ocupado ahora por centenares de carretas y carpas, entre las que se movían abigarradamente millares de individuos, caballos, mulas y asnos. Alrededor de las minas descubridoras se había formado un gran círculo de carretas, cargadas de víveres y bebidas, o de cantores, prostitutas y organillos. Todo el paraje estaba repleto de gente. Se bailaba la zamacueca, con música de los instrumentos de viento, y, al mismo tiempo, se escuchaban los organillos, las arpas, las guitarras, los cantos, los gritos estridentes de los borrachos y el pregón de toda clase de mercaderías.

Tampoco faltaban los banqueros de Copiapó. Habían traído grandes valijas de cuero llenas de oro, que facilitaban a los dueños de las ricas minas descubridoras contra entrega de barras a precios irrisorios y pago de intereses exorbitantes. Los mineros, llevados repentinamente de la mayor pobreza a una enorme fortuna, compraban cargamentos completos de víveres y, sobre todo, champaña, cerveza y licores, para agasajar con ellos a los presentes.

En cuanto cayó la noche, se encendió una fogata frente a cada carpa, y se comenzó a tocar música, jugar, a bailar, a beber y a encender fuegos artificiales. En una parte se encontraban extendidos en el suelo numerosos ponchos, con miles de pesos en oro encima de ellos y rodeados de jugadores. Más allá se encontraba uno de los favorecidos por la suerte en aquel día; lo acompañaban prostitutas con guitarras y sus amigos; centenares de botellas vacías daban cuenta del consumo habido, y se abrían por docenas otras más, mientras había a discreción pavos, jamones, dulces y frutas.

El aspecto del llano en la noche era interesante, pero el que presentaba a los primeros rayos del sol resultaba cómico. Centenares de hombres, mujeres y muchachas aparecían a la intemperie, tendidos sobre la arena, cubiertos sólo de sus ponchos, aislados o en grupos para protegerse mutuamente contra el frío. Los jugadores seguían sentados alrededor de los montones de oro, con caras pálidas y trasnochadas. En la borrachera de la noche, algunos hombres habían compartido sus frazadas con mujeres que les habían parecido magníficas, pero, a la luz del día, veían que se trataba de viejas y atezadas vendedoras de licor. Entumecidos por la helada y en estado nada pulcro, centenares de individuos que habían hecho sacrificios a Baco se lamentaban arrastrándose hasta las fogatas, nuevamente encendidas, para fortalecerse con un mate.

Pero apenas el sol con sus cálidos rayos asomaba de nuevo en el cielo siempre azul, sobre las cumbres andinas, el cuadro se volvía a animar y se iniciaban el mismo trajín y bullicio del día anterior.

Las cosas siguieron así por varios días, pero pronto llegaron desde Copiapó todos los objetos necesarios, los que se vendían

a precios enormes. Los que al principio sólo tenían carpas, habían construido chozas de cañas o casas de madera, y dejado las carpas para aquéllos que carecían de vivienda. En las casas, chozas y carpas ya se disponía de mesas; se habían establecido infinitas cocinerías y cantinas, chinganas y garitos, y así se formó poco a poco la placilla de Tres Puntas, que contaba a mi llegada algunos millares de almas.

La fiesta inicial había durado una semana, durante la cual nadie pensó en trabajar, y todos vivieron nada más que en el bello presente y abrigando las mejores esperanzas. Cada cual estimaba haber participado, directa o indirectamente, en el descubrimiento, o creía que se haría rico.

Los dueños de las minas descubridoras eran millonarios, pero también eran muy ricos muchos otros, que habían solicitado minas en los alrededores. Los banqueros, que habían hecho grandes avances en efectivo a los nuevos dueños de minas, que no poseían a menudo una sola onza de capital, habían logrado participaciones en las minas más ricas, a precios ínfimos. Muchos habían ganado barras o grandes sumas a los entusiasmados arribistas; algunas prostitutas habían recibido magníficos regalos, y eran innumerables los que durante algunos días habían vivido en Jauja con las comidas y el champaña que se les suministrara sin limitaciones: en una palabra, todos estaban alegres, contentos, satisfechos y llenos de esperanzas en el futuro, agradecidos a la madre tierra que tan pródigamente había derramado sus tesoros en un lugar donde parecía haber sólo arena y piedras.

La riqueza creada por el descubrimiento de este distrito estaba a la vista con la explotación de un centenar de minas argentíferas. Las dos minas descubridoras produjeron en cada uno de los seis años siguientes una utilidad neta de más de un millón de pesos cada una, mientras que otras, como *La Salvadora*, lograron producir otro tanto más tarde, y cada barra de las 24 de estas minas se vendió en 100.000 pesos.

Una consecuencia natural de este descubrimiento consistió en que todos los cateadores volvieron a penetrar con redoblados ímpetus en el desierto, las quebradas y la cordillera andina.

Abrigaban la esperanza de lograr resultados tan favorables como el de Tres Puntas, sobre la base de otros derroteros, pues aquel descubrimiento había sido hecho muchos años antes, y sólo fue redescubierto en 1848. Efectivamente, poco después se descubrieron en diversas partes nuevos distritos argentíferos.

Una segunda consecuencia fue que muchos mineros prefirieron buscar minas, en vez de trabajar en ellas. Los operarios de las minas auríferas las abandonaron y se dirigieron a Tres Puntas, donde ganaban más y podían vivir mejor. Esto provocó la decadencia de la minería aurífera de Copiapó, que antaño había sido muy importante, y se siguieron trabajando muy pocas de las infinitas minas de oro que había antes.

* * *

Aun cuando debido al calor se viajaba casi siempre de noche, inicié mi viaje de madrugada, a fin de poder adquirir un buen conocimiento de la región, que tenía para mí gran interés, pues se trataba de mi primer viaje por el desierto.

Cerca de las cinco de la mañana subí en compañía de uno de mis amigos, el ingeniero de minas Félix Engelhard, de Cassel, a un birlocho, tirado por cuatro caballos colocados en una fila. El postillón montó uno de ellos, y luego avanzamos a todo galope por las calles de Copiapó hacia el Noreste.

Una vez fuera de la ciudad, cruzamos, siempre avanzando río arriba, el barrio de San Fernando y el Pueblo de Indios, donde se presentaban miserables ranchos a ambos lados del camino, pero rodeados por ubérrimos huertos frutales, jardines, alfalfares y campos cultivados.

Después de haber recorrido al galope una legua y media en línea recta, envueltos a veces por la tierra en tal forma que no podíamos ver nada alrededor de nosotros, alcanzamos un lugar en que un amplio valle desemboca en el de Copiapó. A la derecha, a una distancia de más o menos media legua, se encontraba la aldea de Tierra Amarilla, rodeada de magníficas sementeras y alfalfares, a través de los cuales serpentea el río Copiapó; a la izquierda, en cambio, el amplio valle ofre-

cía un aspecto desolador: hasta donde alcanzara la vista, sólo se veía un mar de arena y pedregales, sin indicio alguno de vegetación. Teníamos que cruzar ahora ese paraje estéril. El postillón se detuvo y se presentó otro, con cuatro caballos de repuesto. Una vez cambiados éstos, el primero se adelantó con los cuatro caballos ahora libres, mientras que seguíamos al galope a lo largo del ancho valle. Nos despedimos del riacho, de los campos verdes y jardines, que sólo volveríamos a contemplar a nuestro regreso. Comenzaba el desierto propiamente tal.

Después de unas dos leguas de viaje encontramos una casucha de madera junto al camino, alrededor de la cual se había detenido un gran número de carretas y reposaban en la arena infinitas mulas. Tratábase de Chulo, la primera posta, donde existía una noria o puquio, y todos los que recorrían este camino se detenían allí, para dar de beber a los fatigados animales. Chulo quedaba a una altitud de 2.450 m.

También nosotros nos detuvimos media hora. A poco de llegar, escuchamos un lejano campanilleo y observamos que una nueva tropilla de mulas, cargada de minerales, acababa de bajar por una abrupta quebrada de la montaña, y se dirigía a paso rápido al puquio anhelado. A la cabeza marchaba un bello animal blanco, sin carga, cuya cabeza estaba adornada fantásticamente con cintas y lazos rojos y que llevaba en el cuello una hermosa campana de plata; esta bestia que encabezaba la tropa era llamada "madrina"; le seguían sesenta mulas, que se movían siempre con mucha precaución, en fila india, cargadas cada una con cerca de tres quintales de minerales en capachos de cuero. Al final seguían seis arrieros, figuras hercúleas, tostadas por el sol, excelentes jinetes, bien armados, que estaban a cargo de un capataz.

Llegados a la posta, los arrieros desmontaron y se dieron prisa para librar a las mulas de sus cargas. De inmediato, los animales, que venían bañados en sudor, se dedicaron a revolcarse en la arena. Se les dio una ración de cebada y, una vez enfriadas, algo de agua. Los arrieros sacaron sus alforjas de cuero, pusieron harina tostada en un recipiente de madera,

le agregaron algo de agua y consumieron con gran avidez esa mezcla refrescante que constituía casi su único alimento.

Las carretas que se detenían eran tiradas por tres caballos o mulas, y transportaban a Copiapó pesados sacos de minerales de plata. Los carreteros y cuidadores se encontraban armados, como los arrieros.

Conocimos la carestía de la vida en el desierto cuando tuvimos que pagar un cuarto de peso por el agua que recibió cada caballo.

Prosiguiendo el viaje, salimos del valle a un amplio llano, que ofrecía un impresionante panorama. A nuestra espalda quedaban infinidad de cumbres y colinas cubiertas de arena y cantos rodados que parecían los montículos de millares de enormes toperas. A nuestra derecha se alzaba la cordillera de los Andes, con sus cúpulas, picos y barrancos obscuros que ascendían al cielo. Enfrente y a la izquierda se extendía, hasta donde alcanzaba la mirada, un mar de arena, ancho de muchísimas leguas, hasta la orilla del Océano Pacífico. Las ruedas de nuestro coche se hundían a menudo en la arena hasta un pie de profundidad, de modo que los caballos sólo podían avanzar al paso. Nos rodeaban nubes de polvo y los rayos solares quemaban tan intensamente que casi lamentábamos no haber hecho el viaje de noche. El camino estaba borrado por las arenas movedizas y sólo los incontables esqueletos de caballos, mulas y asnos dejados de pie sobre la arena, indicaban el rumbo que teníamos que seguir. En diversas partes del llano, las trombas elevaban masas de arena suelta, a veces hasta a más de mil pies de altura, formando un embudo, y apenas había desaparecido una de estas columnas, se alzaba otra cerca de ellas; solían verse varias simultáneamente. Si una tromba cogía a un hombre lo alzaba en el aire y en seguida lo precipitaba al suelo. Todo el llano parecía moverse como un mar que baja y sube. Uno veía acercarse los objetos más inverosímiles, como un buque, por ejemplo, y sólo cuando lo alcanzaba, reconocía que se trataba de espejismos del desierto. En la inmensa planicie no crecía nada, no encontraba el viajero ningún insecto o ser viviente; sólo de vez en cuando se veía un cóndor o un jote que despedazaban a un pobre

animal que había caído, exhausto. El viento, en vez de refrescar, era tan caliente que producía un efecto más asfixiante que reparador; el aire era tan seco y tan saturado de electricidad, que saltaban chispas al producirse alguna fricción.

Dos leguas más allá llegamos a una estrecha quebrada rocosa, por cuyos dos costados bajaban innumerables vetas cupríferas, cuyos bellísimos colores azules y verdes se destacaban sobre la roca madre obscura. Después de haber viajado cerca de un cuarto de legua por esta quebrada rocosa, alcanzamos otra casa de madera, situada a 3.322 pies sobre el nivel del mar, que era la posta de Cachiyuyo de Llampos. También aquí tomamos un descanso, a fin de que se repusieran los cansados animales. Quisimos reponernos con alguna comida y bebida, pero desgraciadamente sólo nos pudieron ofrecer anís "del mono" y charqui, de modo que tuvimos que lamentar no habernos abastecido en Copiapó de todo lo necesario.

Mientras nos desayunábamos frugalmente llegó de improviso, a toda carrera, un jinete bañado en sudor, cuyo caballo alcanzó precisamente a la posta y cayó redondo al suelo. Procuró, desesperadamente conseguir otro caballo. Por uno que valía menos de diez pesos, pagó ciento. Lo ensilló de inmediato y, sin perder un instante, continuó a toda carrera el viaje a Copiapó.

Habíamos recorrido un corto trecho por la arena, a escasa velocidad, cuando nos encontramos con un segundo jinete, y luego con varios más, que nos cruzaban a toda carrera y cuyas fisonomías apenas podían distinguirse bajo la tierra que las cubría. Después de avanzar una legua, llegamos a la cuesta de Puquios, a 5.358 pies de altitud, a cuyo pie se encuentra la tercera posta, Puquios. También aquí descansaban muchas carretas y mulas, cargadas con minerales de plata o de cobre, y supimos que se acababa de descubrir otra veta riquísima en Tres Puntas y que los jinetes que habíamos encontrado estaban empeñados en una carrera por ese hallazgo.

La vertiente que había en ese lugar era la más copiosa. No suministraba el agua solamente a los viajeros en tránsito y a los incontables animales, sino también al mineral de Tres Puntas, situado a una distancia de seis leguas, y a las minas

que se encontraban en un radio hasta de una legua de aquél, a todos los cuales el agua se transportaba en barrilitos, a lomo de asnos. Cada barrilito contenía aproximadamente doce cuarterolas y valía un peso.

Hasta una distancia de veinte pasos de esta vertiente se veía también algo de vegetación, y al lado de dos restaurantes crecían incluso algunos álamos. Había una gran cantidad de asnos que descansaban en el suelo o se movían por los alrededores; se les alimentaba sólo con cebada y eran empleados para el transporte del agua, que era de importancia, y en el de los minerales de cobre procedentes de las ricas minas situadas en las cercanías.

Desde allí se extendía una profunda quebrada hacia Oriente, donde se encontraban yacimientos de lignito, cuyas hermosas muestras me fueron exhibidas; a pesar de aflorar en capas bastante potentes, no se les explotaba. En uno de los restaurantes había, afortunadamente, café, pan, huevos e incluso un pollo para el almuerzo. Este último costó, por cierto, cinco pesos, y cada huevo, dos reales.

Confortados, volvimos a subir a nuestro coche, a fin de recorrer las últimas seis leguas.

Si el camino había sido bastante malo hasta entonces, se volvió en seguida pésimo, pues la arena era profunda, y el terreno ascendía tanto, que creímos varias veces que no alcanzaríamos Tres Puntas en el día. También el calor y el polvo eran más insoportables que antes. Por fin, después de varias horas, alcanzamos una altura, desde donde se nos ofreció, para indemnizarnos de nuestros padecimientos, un magnífico panorama.

Mirando hacia atrás, podíamos reconocer gran parte del camino que habíamos recorrido. A la derecha, los Andes presentaban un aspecto, en realidad sorprendente, debido a que en los promontorios antepuestos a ellos afloraban las substancias metálicas. Se podía ver un cono totalmente rojo, que consistía en óxido de fierro casi macizo; a su lado se encontraba otro totalmente blanco, cruzado por amplias vetas de la más hermosa malaquita verde y otras azules, también de cobre; un poco más a la derecha se elevaba un cerro de color

amarillo azufre, y junto a él, otro, negro, con una red de blancas vetas de cuarzo.

De esta manera se veían brillar más de treinta cerros de diversos colores, muy intensos, iluminados por el sol de la tarde. Directamente frente a nosotros, a una distancia de cerca de media legua, se elevaba en medio del desierto un cordón aislado de unos 800 pies de altitud, cuyas tres puntas se podían observar desde lejos y cuyos faldeos estaban horadados por innumerables piques cubiertos de desmontes.

Al pie de este cordón estaba situado Tres Puntas, en forma de terrazas superpuestas, y desde allí se extendían las innumerables minas hasta el cerro por el que habíamos llegado, en un radio de media legua. Después de haber contemplado con gran placer este pintoresco paisaje hasta la caída del sol, apuramos el paso y llegamos a alojarnos en el único hotel existente.

Tres Puntas se encuentra situado a 26º 40' de Lat. S., a 6.066 pies sobre el nivel del mar. El hotel se encontraba en una plaza no pavimentada cubierta por harapos, donde descansaban porcinos y asnos entremezclados; el aire apestaba con el olor de numerosas cabezas de vacunos y perros muertos botados en las calles. Nuestro albergue era solamente una casa de tablas, a la que tenía libre acceso el viento helado de la tarde, a través de grandes rendijas en las paredes. Después de habernos lavado —dos reales nos cobraron por el agua— y de haber comido al precio de 10 pesos por un bisteque a lo pobre y café, buscamos, cansados, un rincón en el suelo, para envolvernos en nuestras frazadas y prepararnos para los trabajos del día siguiente por medio del sueño.

Pero apenas nos habíamos dormido, las piezas del hotel comenzaron a llenarse con empleados de las minas, acompañados por muchachas con arpas y guitarras; se dieron a jugar, cantar y bailar, y a beber champaña en verdaderos raudales. Por desagradable que fuera para nosotros, no podíamos rechazar las insistentes invitaciones, y nos vimos obligados a participar en la remolienda, que duró hasta cerca de la madrugada. Pero tampoco pudimos conciliar el sueño cuando se hubo restablecido la tranquilidad en la casa. Toda la po-

blación y su vecindad se encontraban minadas por los piques y chiflones, donde trabajaban más de mil mineros de día y de noche. El permanente estruendo de las explosiones y el incesante temblar de la tierra nos espantaban a cada momento.

Salimos del hotel muy de madrugada, cuando reinaba todavía bastante frío, y recorrimos la población, a fin de conocerla. Consistía en unas 80 chozas, construídas con tablas y cortezas de palmera. Si la plaza era desaseada, las calles lo eran mucho más. El pie se hundía en la arena hasta el tobillo, y por todas partes habían botado grandes cantidades de harapos, cuyos montones eran mayores que los que habíamos observado el día anterior. Al examinarlos desde cerca, advertí que se trataba sólo de ropa sucia, pues como una camisa nueva de algodón costaba seis reales y había que pagar un peso para lavarla, debido al elevado precio del agua, era costumbre general tirar a la calle toda la ropa sucia y mudarla por nueva. Nadie se preocupaba del aseo de las calles. Como también la madera era muy cara, se empleaban los cráneos de los vacunos, con sus cuernos, para cercar los sitios, colocándolos unos encima de otros. Los carniceros suministraban diariamente más cráneos, los cercos crecían y el resultado no sólo era repugnante de ver, sino que las exhalaciones apestaban también la atmósfera muy desagradablemente.

Como en Copiapó, todas las viviendas estaban blanqueadas.

Existía también una capilla, pero como en esta población reinaba poca moral, los habitantes no concurrían ni a misa ni a confesarse y tampoco se casaban o bautizaban a sus hijos. Así, el sacerdote que se había establecido en un principio, se vio obligado a abandonar el lugar para no morirse de hambre.

Por lo que respecta a mujeres, vivían en la placilla más de cien muchachas de vida alegre, que había afluido no sólo desde el resto del país a este Eldorado, sino también desde las repúblicas vecinas. En cambio, había muy pocas mujeres casadas, pues los comerciantes, tenderos y dueños de chinganas y cantinas no podía exigir a sus esposas que los acompañaran al desierto, a vivir entre este desecho del género humano.

La parte principal de los edificios eran locales de venta de toda clase, donde se ofrecía vestuario, alimentos, herramien-

tas mineras, etc. Otras casas eran chinganas y garitos, y muchas estaban ocupadas por prostitutas. Los mineros vivían todos en sus minas, y sólo acudían a la placilla el día sábado, cuando inundaban verdaderamente el lugar, donde permanecían hasta el domingo en la tarde, derrochando el dinero que ganaban con tanto esfuerzo.

También estaba estacionado aquí un juez, que tenía a su disposición a un oficial con diez soldados, para mantener el orden público; pero el servidor de la justicia tenía nada o poco que hacer: estaba dedicado principalmente al juego y al *tinto*.

En este tiempo se trabajaban en este distrito minero 62 minas de plata, que ocupaban unos dos mil obreros.

Se necesitaba un capital exorbitante para mantener a esos obreros. El patrón debía pagarles sus salarios —que eran de 103 pesos mensuales para el mayordomo, 51 para los barreteros y apires y 30 para los simples peones— y, además, proporcionarles vivienda, pensión y agua libres, todo lo cual era muy difícil y costoso conseguir, pues —como ya se dijo— tenía que acarrearse todo desde lejos por medio de carretones y mulas.

Las viviendas no eran, por cierto, edificios de lujo; ni contenían un menaje costoso. Sus murallas eran de piedras acumuladas (pircas), sobre las cuales se afirmaba un andamiaje de varas, cubierto de juncos; algunas tablas servían para confeccionar puertas, tabiques interiores, bancos y mesas.

Según la importancia y el personal de las minas, había en ellas uno o más de estos edificios, donde vivían los empleados y se guardaban los materiales y víveres. Alrededor de la construcción principal se encontraban, de acuerdo con el número de operarios, otras casas menores, construidas de la misma manera, donde los mineros vivían de a dos, cuatro o doce; había otra choza similar para la herrería y una para la cocina.

Así, la vivienda podía resultar económica, pero la alimentación de los obreros era cara, a pesar de ser de lo más sencilla. Cada minero recibía en la mañana una libra de pan blanco y 16 higos secos; para el almuerzo, una fuente grande de frejoles, guisados con grasa y condimentados con mucho ají; y,

para la comida, una mazamorra de harina tostada; además, todos los domingos, 10 onzas de charqui.

Si se quería comer en Tres Puntas algo mejor que los porotos corrientes, ello era muy caro.

La libra de carne fresca costaba, por ejemplo, seis reales; una papa o una cebolla, un real; una sandía, un peso; una botella de cerveza, un peso y cuatro reales, etc.

Los administradores y mayordomos de minas más importantes recibían una asignación especial en dinero para alimentos.

A fin de reducir los gastos excesivos, en gran parte de las minas sus patrones habían instalado pulperías en las que vendían a los obreros todos los artículos y productos que necesitaban o deseaban. Los precios eran muy elevados y a fin de mes se le descontaba a cada obrero, de sus salarios, el valor de sus compras. Ocurría frecuentemente que los obreros no sólo habían gastado en la pulpería el total de su salario mensual, sino que quedaban en deuda. Para los dueños de las minas era ésta la situación más favorable, pues ganaban el 50% en la venta de las mercaderías, no necesitaban pagar el salario en efectivo y podían contar con la seguridad de que el obrero le trabajaría al mes siguiente, pues todo obrero que tuviera un saldo en contra, estaba legalmente obligado a seguir trabajando en la mina y no podía ser contratado por otra. Pero, por desgracia para los patrones, sucedía frecuentemente que los mineros que habían pedido muchas mercaderías y debían fuertes sumas huían a otros distritos mineros y quedaban fuera del alcance de la justicia.

Estaba prohibido vender en la mina, vino, cerveza, aguardiente y licores. En cambio, cada minero, antes de entrar y a la salida de las labores acostumbraba beberse un mate. Esta bebida se preparaba colocando la yerba en un recipiente que, por lo general, era una pequeña calabaza, que se llenaba con azúcar y agua hirviente. La infusión se sorbía, lo más caliente posible, por medio de un tubito.

Una libra de yerba mate o de azúcar costaba cuatro reales. Los operarios consumían azúcar en grandes cantidades, y ocurría frecuentemente que un obrero gastaba todo su salario en la compra de yerba y azúcar. Debe agregarse que la República

de Chile es, entre todos los países del mundo, el que consume más azúcar por habitante.

Los mineros bebían poco café, pero gastaban mucho en sandías y cigarrillos. La venta de estos dos artículos producía a los dueños de minas una gran utilidad, pues compraban las sandías en Copiapó a un real por unidad y despachaban cargamentos de carretones completos a las minas, donde las vendían a peso. También consumían los mineros grandes cantidades de harina tostada.

Como se hacían tantos reconocimientos en este distrito minero, de los que no se sabía si iban a dar buenos resultados, se procuraba hacer los menores gastos que fuese posible, hasta haber determinado si una veta o manto era explotable. Pero como la ley prescribía que en cada mina hubiera, como mínimo, un mayordomo, dos barreteros, un apir, un cocinero y un encargado de abastecerla de leña y agua, lo que representaba un gasto mensual de unos 500 pesos, se procuraba economizar haciendo que el mayordomo fuese, al mismo tiempo, barretero; el otro barretero, herrero; y el apir, cocinero. Esto permitía reducir los gastos de una manera muy apreciable.

De las minas argentíferas que se explotaban en el distrito de Tres Puntas, seguían caracterizándose por su fabulosa riquezas las dos descubridoras: *Buena Esperanza* y *Al Fin Hallada*, pues cada una daba más de un millón de pesos de utilidad neta al año. Desde hacía algunas semanas se había comenzado a explotar vetas potentes de plata casi pura en una mina próxima a *La Salvadora*, de modo que parecía que las utilidades de ésta iban a resultar aún más grandes. Como uno de los dueños de esta rica mina me había entregado una orden para el administrador y rogado que la visitara y examinara, me dirigí pronto a ella.

La mina *La Salvadora* se encontraba a sólo unos cien pasos de nuestro hotel. Su edificio era un gran galpón de tablas, separado en cuatro partes por medio de tabiques. Una era habitada por el administrador, otra por los empleados, la tercera contenía la bodega de los alimentos y la cuarta, la de los minerales extraídos. En la cercanía de esta construcción había otra muy similar, donde vivían todos los obreros; al lado se

encontraban la cocina y la herrería. Frente a estos edificios se extendía la cancha, un recinto amplio y plano, rodeado por una pirca. Al centro de la cancha se abría la entrada a la mina, donde se encontraba estacionado un empleado, cuya misión consistía en examinar a todos los obreros que salían del yacimiento para ver si no sacaban ocultos trozos de plata. Alrededor de la salida se acumulaban los minerales extraídos, y varios obreros, sentados en un círculo, estaban ocupados en el pallaqueo, es decir, en separar la plata, que se encontraba aquí en forma metálica, de la roca estéril, lo que hacían con la ayuda de martillos, formando pequeños trozos con la plata.

A un lado estaban sentados dos empleados, fumando cigarrillos y observando cada movimiento de los obreros, a fin de evitar el hurto de minerales ricos. Los minerales a la vista en la cancha valían a lo menos 13.000 pesos y consistían en bloques de plata casi pura y peso de 3 a 4 quintales, o en trozos desmenuzados por los obreros. Tratábase principalmente de sulfuros de plata, rosicler, plata antimoniada sulfurada negra, plata gris, combinaciones con arsénico y antimonio y polibasita, que se presentaban aquí en calizas y baritina.

Si esta riqueza ya me impresionó sobremanera, acostumbrado como estaba al beneficio de los minerales pobres que se conocen en Europa, mi admiración fue en aumento cuando el administrador me condujo al depósito de plata, donde se encontraban minerales argentíferos por valor, quizá, de 30.000 pesos. Había allí muchas muestras dignas de figurar en un museo y lamenté que estuvieran destinadas a ser fundidas.

Era costumbre que se entregara al visitante de una mina una muestra rica, por lo cual el administrador me ofreció una y me permitió también que eligiera en el depósito una pequeña colección de los diversos minerales, ofrecimiento que me fue, naturalmente, muy grato.

El traje de los mineros consistía, sin salvedad, en una camisa de algodón, sobre la cual llevaban el poncho; pantalones blancos y muy amplios, que les alcanzaban hasta la pantorrilla; un cinturón de cuero alrededor del cuerpo, del que colgaba, cuando salían, un cuchillo largo de pie y medio; un pañuelo rojo amarrado en la cabeza y un pequeño sombrero de

paja encima de él. El calzado eran las llamadas ojotas, que fabricaban ellos mismos, colocando para este fin el pie encima de un trozo de cuero fresco de buey, de dos pies cuadrados de superficie, que recortaban y luego amarraban encima del pie.

Para conocer el interior de la mina, entré por un chiflón, acompañado del administrador. La galería estaba construida en zig-zag y tenía una hondura de unos 350 pies. La veta más rica de baritina tenía una potencia de cuatro pies y medio, con rumbo de Norte a Sur e inclinación de 15°; consistía a menudo, en toda su potencia, en plata casi pura. Vi bloques de ella en el suelo, que pesaban hasta seis quintales y eran despedazados con hachas para poder extraerlos. El alumbrado se hacía con velas de sebo; cada minero disponía de una, afirmada en la punta de su bastón. Todos trabajaban casi desnudos. No me pude cansar de admirar la fuerza y los músculos de los barreteros, que daban frecuentemente veinticinco a treinta golpes seguidos con un combo que pesaba veinticinco libras. Me llamaron igualmente la atención los apires, que, cargando un capacho de cuero con un quintal y medio de minerales, subían a menudo cantando, por un camino de 900 pies de largo y muy empinado; viaje que hacían cerca de doce veces en 24 horas.

Como en los barreteros los músculos de los brazos, eran hercúleos los de las pantorrillas en los apires.

No había horas determinadas de trabajo, pues alternaban sus labores los barreteros y los apires. Una vez que los primeros habían terminado su trabajo, que consistía en perforar y volar el mineral, se retiraban y entregaban el campo a los apires, encargados de transportar a la superficie los minerales y rocas desprendidas. Despejado un chiflón, los barreteros continuaban su labor. De esta manera se trabajaba en forma ininterrumpida, día y noche, semana tras semana.

Las construcciones interiores de las minas resultaban muy sencillas y adaptadas a las condiciones, que eran muy favorables pues, siendo el cerro completamente seco, los chiflones no necesitaban refuerzos de madera y el aire era limpio. Los chiflones tenían seis pies de alto y cinco de ancho.

Hasta aquel tiempo se hacía toda la extracción con la ayu-

da de apires, que salían a la superficie con sus capachos al hombro; pero ya se había construido un pique vertical hasta los planes, y se estaba instalando un malacate movido por caballos para la extracción de los minerales.

A pesar de las medidas de precaución descritas, que estaban destinadas a impedir el hurto de minerales ricos, los minerales sustraídos clandestinamente eran muy cuantiosos, en ésta como en todas las minas. Era ello una consecuencia natural de que una parte apreciable de los obreros pertenecían a la hez de la humanidad y sabían engañar a los cuidadores, por mucha vigilancia que pusieran; frecuentemente también ello era posible gracias a concomitancias entre los obreros y los mayordomos.

Así había ocurrido aquí, poco antes, el caso de que los obreros, de acuerdo con los mayordomos, habían prolongado clandestinamente un chiflón hasta el exterior, a través del cual extraían de noche los minerales más ricos, en grandes cantidades. Al descubrirse este robo, no era posible castigar a todos los empleados y obreros, pues, en primer término, no existía, en el lugar poder suficiente para ejecutar el castigo de todos, pero, además, en tal evento la mina habría quedado sin personal. Por tales razones, la administración se limitó a echar a los mayordomos e impuso una inspección y supervigilancia más severas.

Como los obreros ya no podían cometer hurtos en la cantidad que antes les había bastado para pagar sus necesidades, un gran número de ellos tramaron una conspiración destinada a saquear en una noche la mina y su depósito de minerales. Noticiado, el administrador se había dirigido a la autoridad en Copiapó, solicitando un piquete de soldados de confianza para la protección de la mina.

Cuando regresé a mi hotel —era día sábado en la tarde, el último del mes de mayo de 1852 y día de pago— encontré el local y la placilla entera invadidos por los mineros. Todas las chinganas, cantinas, garitos y demás casas públicas, estaban repletas de mineros, como también las tiendas, y en el poblado, normalmente tan tranquilo, reinaba una loca animación.

Por curiosidad, visité con mi amigo la mayor de las chinga-

nas, para conocer los bailes nacionales. Dos soldados se encontraban en la puerta de acceso, fusil en mano, para mantener el orden, pero sólo conseguían que los centenares de obreros, provistos de sus cuchillos, se burlaran de ellos. El local era una gran carpa, donde bebían, cantaban y jugaban unos cuatrocientos mineros con prostitutas; sobre una tarima, que era una especie de escenario, una pareja bailaba la zamacueca, con acompañamiento de la música más frenética y la gritería del gentío, esmerándose las muchachas en destacar sus atractivos, como es natural. Nosotros nos sentíamos como entre bandidos y asesinos, por lo cual nos mantuvimos cerca de la entrada, a fin de poder retirarnos en cualquier momento. Es preciso imaginar las figuras hercúleas de los mineros con sus penetrantes ojos negros, sus cabelleras más negras aún, un fantástico pañuelo colorado, el poncho rojo sobre el hombro, el cuchillo largo y afilado en el cinturón, los rostros tostados por el sol y excitados por el juego, el baile y el alcohol, para comprender los sentimientos que nos animaban.

Apenas se nos reconoció como forasteros, se nos brindaron grandes *potrillos* de vino, cerveza, aguardiente y ponche y nos invitaron a sentarnos al lado del proscenio donde se bailaba, invitación que aceptamos.

Nos habría agradado permanecer más tiempo allí, pero un incidente grave nos obligó a abandonar el local. En efecto, un criminal embriagado creyó reconocer en mi amigo a un juez de Copiapó que lo había mantenido mucho tiempo en el cepo; se precipitó sobre él, y sin duda lo habría perforado con su cuchillo, si no se hubiera adelantado otro en protección de mi amigo, acuchillándolo a él mismo, de modo que se precipitó al suelo. Gravemente herido, fue sacado al aire libre, para que no perturbara el baile y las diversiones; el valiente defensor, por su parte, fue aclamado entusiastamente, y nosotros aprovechamos el bullicio para retirarnos después de hacerle un regalo.

Llegados a nuestro hotel, reconocimos de inmediato que habíamos huido del fuego para caer en las brasas, pues el edificio estaba repleto de empleados, entre quienes se había iniciado una pelea con motivo del juego. Mientras en el local

que acabábamos de abandonar había salido a relucir sólo un cuchillo, se les veía aquí en manos de todos los miembros de los dos partidos opuestos, que se lanzaban amenazas de muerte. Tomamos rápidamente nuestros ponchos y huimos a *La Salvadora,* donde el administrador nos acogió muy amablemente. Pero tampoco aquí se podía pensar en dormir, pues se esperaba, de un minuto a otro, el asalto de los complotados y las tropas auxiliares de Copiapó todavía no habían llegado. No era para nosotros, por cierto, una situación muy agradable, pero no había remedio: tuvimos que mantenernos en pie, a fin de defendernos si ocurría el ataque, o de huir si los bandidos se mostraban superiores, pues no se podía contar con la cooperación de los obreros de la mina.

De este modo pasamos la noche con el administrador y unos doce empleados, bien armados, envueltos en nuestros ponchos alrededor de una fogata, temiendo el ataque en cualquier momento. El bullicio de la placilla se escuchaba sordamente, y a veces se acercaba una horda, con espantosa gritería, amenazando asesinar a todos los que se encontraban en nuestro edificio. Creíamos entonces que el ataque se iba a realizar y ocupábamos nuestros puestos de combate para disparar la primera salva, pero siempre volvieron a retirarse. De esta manera pasó la noche, y en la madrugada se restableció la calma. Escapamos con una trasnochada, mientras que en caso de un ataque nuestras vidas habrían corrido el mayor peligro, pues, tan pronto hubiéramos disparado y hubieran caído muertos o heridos sobre el terreno, no se nos habría perdonado la vida.

La mañana del domingo ofreció escenas muy interesantes. Innumerables mineros y prostitutas *dormían su mona* en la plaza y en las calles, sobre la arena, mientras que algunos empleados estaban todavía sentados alrededor de la mesa de juego, cubierta de oro, y otros dormían en el suelo, revueltos, entre botellas de champaña.

Muy característica era la costumbre de los mineros, de acuerdo con la cual nadie debía poseer un céntimo en la mañana del lunes siguiente al día de pago, al iniciar de nuevo el trabajo. El que no lo había gastado todo el domingo, era tratado con menosprecio. Es fácil comprender lo que, de acuerdo con

esta costumbre, ocurría en el pequeño pueblo, al cual se dirigían los sábados cerca de mil mineros, de los que ninguno poseía menos de dos onzas, y muchos, cuatro o seis, las que *tenían* que ser gastadas. Los jornales se pagaban casi únicamente en monedas de oro; las de plata eran muy raras, y no las había de cobre. Primero, los mineros compraban ropa nueva: pantalones, ponchos, sombreros. Se ponían estas prendas inmediatamente en la tienda y tiraban a la calle las viejas. Las cosas arrojadas fuera de los negocios se acumulaban, a menudo, en tal forma que cubrían totalmente la plaza y las calles. Una vez que se habían vestido ellos mismos, los mineros compraban también ropa para sus Dulcineas, quienes echaban en seguida, igualmente, las prendas sucias a la calle.

Me admiraba frecuentemente el orgullo que manifestaban los mineros ante los mercaderes y el derroche con que hacían sus compras. Un minero no preguntaba jamás por el precio de un objeto, sino que elegía cuanto deseaba poseer y averiguaba en seguida el precio total del lote, pagando siempre más de lo que se le pedía. Si había elegido, por ejemplo, mercaderías por valor de diez pesos y el comerciante, conocedor del orgullo del minero, le había pedido quince por ellas, éste le arrojaba una onza (17 pesos y 4 reales), y se alejaba, sin llevar el vuelto: no se trataba de casos aislados, sino que de una costumbre general.

En la plaza y las calles se veían diversos grupos que se deleitaban jugando a la raya. Este juego consiste en que se traza una raya en la arena y se tiran, desde un determinado lugar, monedas hacia ella; quien ha arrojado la moneda más cercana a la raya, se lleva todas las demás. Yo había jugado este juego en mi juventud con fréioles; aquí se hacía con cuartas y medias onzas y onzas completas.

Cuando caía la noche, todos se dirigían a los locales públicos. Si en la mañana los grandes negocios los habían hecho los tenderos, eran ahora las prostitutas las destinadas a lograr un rico botín, arrebatando a los mineros, ya ebrios, la última moneda de oro que les quedara. Muchos que habían adquirido ropa nueva en la mañana y no podían pagar ahora los consumos, eran despojados y arrojados a la calle casi desnudos por

los dueños de los locales de diversión. Los así tratados se veían en la necesidad de recoger en la calle las prendas más indispensables para cubrir sus vergüenzas; se acostaban luego en la arena, *dormían la mona,* y regresaban el lunes a la mina, donde continuaban realizando su labor pesada y peligrosa durante un mes, después del breve goce que habían tenido en la placilla. Aquellos que habían ganado en el juego y no sabían cómo gastar su dinero, pedían ponche para las muchachas y los amigos, pagando una onza por *potrillo,* a pesar de tratarse de una mezcla de agua, vino y licores, que no le costaba más de un peso y cuatro reales al cantinero.

Por interesante que fuera este día para mí, la noche que caía y el espantoso griterío de los centenares de embriagados, volvían a llenarme de preocupaciones por la suerte de la mina *La Salvadora,* como también por mi situación personal y la de mi amigo. Era imposible permanecer en el hotel, y tuvimos que resolvernos, mal que nos pesara, a pernoctar de nuevo en la mina. Repentinamente, se escuchó un terrible bullicio y poco después vimos cómo dos figuras hercúleas, seguidas por miles de mineros que gritaban estridentemente, se dirigían desde una de las chinganas a la plaza. Tratábase de un duelo a muerte, un duelo minero. Después que el gentío había formado un amplio círculo, y los duelistas se habían desprendido de sus ponchos, sombreros y camisas, se sentaron en el centro, el uno al lado del otro. Se les amarró juntos, a fin de que no huyera ninguno por cobardía, lo que habría constituido una gravísima ofensa para el honor minero, y luego, a una señal dada, se precipitaron los dos luchadores como tigres uno contra el otro. La lid no permaneció mucho tiempo indecisa. Uno hundió hasta la empuñadura su cuchillo en el pecho del otro, pero éste ya le había abierto la barriga lo suficiente para que salieran los intestinos. El primero expiró de inmediato en la plaza misma, y el otro lo hizo media hora después, en medio de terribles padecimientos. Gritando locamente y lanzando bravos, el gentío regresó de nuevo a sus locales, donde volvieron a animarse el baile, el juego, el canto y la borrachera.

Espantados por este duelo cruel, y sintiéndonos muy poco seguros al aire libre, donde los borrachos, cuchillo en mano,

discutían y peleaban por todas partes, nos apresuramos a volver a *La Salvadora*, donde acababa de llegar un nuevo piquete de soldados al mando de un capitán y dos tenientes, para nuestra gran satisfacción y, sobre todo, para alegría del administrador. Después de haberse refrescado medianamente, los jefes y soldados tenían el propósito de descansar, pues estaban muy fatigados de la larga marcha, pero, en esos instantes, el bullicio en la plaza aumentó de tal manera que el capitán se vio en la necesidad de ordenar la intervención de la tropa. Los principales autores del tumulto fueron encarcelados, y parecieron restablecidos el orden y tranquilidad.

Pero cerca de la media noche se escuchó de nuevo un espantoso bullicio. Centenares de mineros se precipitaron a la cárcel, desarmaron a la guardia y pusieron en libertad a los detenidos. El capitán dio orden de disparar, pero los soldados, conscientes de su debilidad frente a la muchedumbre que se arrojaba sobre ellos con sus largos cuchillos, rindieron las armas. El capitán y los oficiales fueron llevados a la cárcel y en seguida se inició el avance contra *La Salvadora*.

Nuestra situación llegó a ser crítica en extremo, pues los soldados, en vez de proteger la mina, se unieron a los mineros para apoderarse de la cancha y robar junto con ellos.

No era posible seguir defendiendo la mina en tales circunstancias, y sólo cabía pensar en la salvación de nuestras vidas y las de los empleados, de modo que dejamos todo abandonado y entregado al saqueo. Este duró hasta la madrugada. Cada cual se apoderó de la mayor cantidad de minerales que pudo y los enterró en la arena, cerca de la mina, a fin de venderlos en su oportunidad. Pero los cabecillas del robo y los soldados cargaron unas mulas con su botín y víveres para huir a través de la cercana frontera.

A la salida del sol se ofreció un golpe de vista desolador. Reinaba casi absoluta tranquilidad, pues los mineros habían regresado a sus minas; sólo algunos ebrios y prostitutas estaban tendidos, inconscientes o heridos, en la plaza y las calles; peor todavía era el aspecto que ofrecían los locales. Los oficiales fueron puestos de inmediato en libertad y emplearon

en el servicio de seguridad a los pocos soldados que afirmaban no haber participado en el robo.

En las circunstancias reinantes, no podía pensar en visitar otras minas y, como en tres noches apenas había dormido y necesitaba reposo, me dirigí a caballo con mi amigo Engelhard a la mina *Buena Esperanza,* que quedaba a sólo media hora de la placilla y, bajo la administración de un amigo británico, se mantenía tranquila. Por ricas que fueran la *Al Fin Hallada* y *La Salvadora,* las aventajaba la mina *Buena Esperanza,* que había suministrado más de un millón de pesos de utilidad neta al año, desde su descubrimiento.

Aún cuando me habría interesado visitar la mina, no se me permitió. Como todo el terreno vecino había sido solicitado hasta una distancia apreciable y se estaban explotando chiflones por medio de los cuales se esperaba alcanzar la veta rica de *Buena Esperanza,* se guardaba el más absoluto secreto acerca de las construcciones de la mina, por temor a molestias de parte de las minas vecinas, lo que permitía la ley, de acuerdo con lo ya explicado.

Al día siguiente realicé con mi amigo Engelhard la medición de la mina vecina, *Buena Ventura,* que me había encomendado el Intendente. En seguida mi amigo regresó a Copiapó con los planos, y yo volví a *La Salvadora,* donde esperaba encontrar condiciones más tranquilas.

No me equivocaba, pues ya había llegado una compañía de línea desde Copiapó, como también un nuevo juez. De inmediato se efectuaron allanamientos, a fin de detener a los ladrones y recuperar los minerales robados. Pero esas diligencias tuvieron un éxito muy escaso, pues los ladrones trabajaban tranquilamente en las minas, o habían huido a través de la frontera; en todo caso, las menas estaban enterradas, en previsión de un allanamiento.

A fin de evitar la repetición de tales hechos, se promulgó un reglamento, de acuerdo con el cual: 1º. Todos los locales debían ser clausurados diariamente a las 9 horas, incluso los sábados y domingos; 2º. Sería arrestado todo individuo no domiciliado en el lugar y que se encontrara en la calle después de las 9 de la noche; y 3º. Se procedería a arrestar igualmente

a todos los obreros que frecuentaran la placilla en los días de semana, sin permiso de su administrador, como también los desocupados y promotores de tumultos y peleas que perturbaran la tranquilidad pública.

A los condenados se les empleaba en trabajos públicos por un tiempo proporcional a la gravedad de su falta, y a los detenidos se les ponía en el cepo. Este consistía en dos vigas pesadas, largas de unos quince pies, puestas una encima de la otra. A una distancia de tres pies las unas de las otras, había en ellas aberturas circulares, de cinco pulgadas de diámetro, centradas sobre la juntura de las dos vigas, de modo que en cada una de éstas había una escotadura semicircular que calzaba con la otra exactamente. Al llegar un nuevo detenido, se levantaba la viga de arriba, debiendo tenderse el infeliz en el suelo y colocar una pierna en la abertura, de modo que el pie quedara a un lado de la viga y el cuerpo al otro. En seguida, se bajaba la viga superior, que era unida por un candado con la inferior, dejando aprisionado al culpable, pues la abertura sólo permitía mover el tobillo, pero no sacar el pie. De esta manera se encontraban en el cepo a menudo, cinco condenados durante seis, doce o veinticuatro horas, aguantando el calor del día o el frío de la noche, de espaldas o tendidos sobre la barriga, y quien había sido condenado a varios días de cepo, podía pedir que se le cambiara de posición cada doce horas.

Los ladrones eran tendidos sobre la barriga y recibían después de cada comida, como postre, cierta cantidad de azotes.

Capítulo X

LAS CONDICIONES GEOGNÓSTICAS Y LA GRAN RIQUEZA MINERA DE LA REPUBLICA DE CHILE

La República de Chile se caracteriza por grandes riquezas de minerales de oro y plata en sus dos provincias septentrionales de Atacama y Coquimbo, y es, al mismo tiempo, el país más rico en cobre. Esta riqueza minera ha rendido hasta ahora

enormes sumas y, por todo ello, creo que es interesante y útil, dar a conocer algunos datos sobre esas materias, en relación con mis opiniones personales.

Se encuentran todavía incalculables riquezas inaprovechadas en las montañas, el desierto y en las quebradas y valles andinos, como también en las todavía impenetrables selvas del sur, cuya explotación estará reservada a una generación posterior.

La República de Chile, se extiende desde el paralelo de 24º de Lat. S. hasta el Cabo de Hornos, situado a 55º 58'40", es decir, sobre 30 paralelos o 450 leguas alemanas de Norte a Sur y tiene una anchura media de sólo 14 leguas.

En toda su extensión, su parte oriental está ocupada por la Cordillera de los Andes y la occidental, cerca del Océano Pacífico, por la Cordillera de la Costa.

Pero, además, se eleva en la parte septentrional un cordón que ocupa desde allá hasta 40º de Lat. S. una posición intermedia entre aquellas dos cordilleras y que divide hasta esa latitud el país en dos valles longitudinales: es la Cordillera Central. Desde los 40º de Lat. S. hacia el Sur, en cambio, sólo existe una planicie, que termina en la Cordillera de la Costa *.

La extremidad septentrional del país consiste, en gran parte, en un desierto, y sólo donde existen riachos, que corren de la cordillera andina al océano, suministrando al suelo la fecundidad necesaria, se presentan pequeñas zonas —verdaderos oasis— donde la vegetación puede ser considerada como exuberante; todo el resto del territorio es estéril y ofrece un aspecto pelado y desolador.

La mitad austral del país, en cambio, ostenta una abundante vegetación, que aumenta de grado en grado, para transformarse desde los 38º de Lat. S. en adelante, en una selva virgen e impenetrable.

---

* Esta idea de Treutler, de que existe una cordillera intermedia entre la de la Costa y la de los Andes, no corresponde a la realidad. Sólo se podría explicar por su conocimiento de la provincia de Atacama, donde hay algunos cordones aislados en la parte central del territorio, que permitirían llegar a aquella interpretación. En ningún caso puede generalizarse la misma, sin embargo, en la forma como lo hace el autor. No menciona, en cambio, los cordones transversales, que representan en la parte septentrional elementos mucho más característicos del relieve. (N. del T.).

La Cordillera de los Andes presenta una serie de gigantescas cumbres, entre las cuales mencionaré el Copiapó, el Ramada y el Tupungato, cada uno con más de 6.000 m., y el Aconcagua, con 6.834 m. A través de la cordillera conducen muchos pasos a la República Argentina, cuatro de los cuales alcanzan la formidable altitud de 4.000 m. El paso principal, que une especialmente a las dos repúblicas, es el de Uspallata, con 3.927 m.

Después de la América Central, Chile es la región donde abunda más el volcanismo, y existen en la cordillera andina cerca de veinte volcanes activos, que se extienden sobre 16 paralelos. De ellos, se encontraban en erupción el Villarrica y el Antuco, los que tuve frecuente oportunidad de observar desde las cercanías.

En lo que se refiere a las condiciones geognósticas de la Cordillera de los Andes, ellas consisten principalmente en formaciones estratificadas y metamórficas, que han sido solevantadas por rocas eruptivas, y casi todo el cordón de esa montaña y sus cumbres están constituidas por pórfido estratificado. Las riquísimas vetas y mantos de plata y cobre se encuentran sobre todo en la Cordillera Central. La de la Costa, en cambio, cuya altitud es, por lo general, de 800 a 1.200 pies, consiste en lo esencial en granito, una roca que pasa al Sur a gneis y micacitas, y en parte también a diorita, sienita y grünstein. Por lo general, está cubierta de una capa de arcilla roja y cruzada por vetas cuarcíferas de diferentes potencias, presentándose en ella sobre todo el oro.

Este último metal se encuentra propagado en tal forma en todas las provincias de la República, sus valles, quebradas y llanuras, que un famoso historiador dio al país, en parte por el oro, en parte por su configuración geográfica, el nombre de vara aurífera. El oro se presenta en las provincias septentrionales —sobre todo en la Cordillera Central— en forma metálica en vetas de cuarzo, y en la provincia de Talca, en piritas y calcopiritas. El mineral es obtenido en minas, se le muele en trapiches y extrae con mercurio.

Por lo general, la minería del oro se encontraba, sin embargo, muy decaída, sobre todo desde que se descubrieron las ri-

cas vetas argentíferas, que ejercieron una intensa atracción sobre los empresarios y mineros.

En la región austral, el oro era obtenido especialmente en la Cordillera de la Costa, en el gneis y las micacitas. Pero su mayor frecuencia estaba ligada al aluvión de las llanuras que se extienden entre la cordillera principal y la de la Costa. Tenía su origen en el granito y cuarzo que se encuentran en ella en descomposición, como lo atestiguaban claramente las partículas de granito, cuarzo y feldespato que lo acompañan, y se le recogía, a veces, en forma de trozos pequeños y macizos, en ocasiones con peso de algunas libras, pero, por lo general, se presenta en la de granos aplanados, pajitas y polvo.

El oro que se encontraba en estos distritos como placeres o lavaderos, era recuperado de la manera más sencilla. Para reconocer si el terreno era aurífero, se echaba algo de arena o tierra en un cuerno de vacuno, lavándola con agua. Si el resultado era favorable, se aplicaban dos métodos para obtener el oro: si éste provenía de alguna falda de las serranías, se cavaban canales de un pie de ancho e igual profundidad, conduciendo agua a ellos durante el período de las lluvias, a la que se echaba en seguida la tierra aurífera. Como el oro, debido a su peso específico, se precipitaba de inmediato en el suelo, se cortaba el agua todos los días, lavándose en seguida la arena que se encontraba en el fondo de los canales en una *challa*, que es un plato de madera, amplio y bajo, con diámetro de dos pies, más o menos. Al centro del mismo se encuentra una cavidad, en la que se junta el oro, debido a la rotación que se transmite al plato. En la llanura, en cambio, la tierra aurífera extraída sólo era lavada en tales *challas*.

El oro se presenta puro, sin mezcla alguna, y se le vende en tal estado. Contiene entre 20 y 23 quilates; se pagan, por lo general, 15 pesos por la onza de oro de lavaderos.

En lo referente a la plata, la República de Chile es igualmente uno de los países más ricos en ese metal, que se encuentra, sobre todo, en la provincia de Atacama, en los distritos mineros de Agua Amarga, Chuschampis, Rosilla, Sacramento, San Antonio, etc.; las minas más ricas se encuentran, sin embargo, en los distritos de Chañarcillo y Tres Puntas.

La mayor riqueza de plata está propagada entre los paralelos de 27 a 33º de L. S., encontrándose sobre todo en la Cordillera Central, a una altitud de unos 1.000 m. y más. Se le encuentra en esa parte en todas las combinaciones imaginables. Preséntase en la superficie a menudo en estado puro, y a pequeña profundidad en combinación con el cloro y el azufre, que ceden a mayor hondura su lugar al arsénico y al antimonio.

En cuanto al cobre, como ya se expresó, es la República de Chile el país más rico hasta ahora conocido en el mundo. También este metal se encuentra sobre todo en las provincias septentrionales de Atacama y Coquimbo, a lo largo de la costa, pero existen también importantes distritos en el interior.

En las tres cordilleras * y en las llanuras y valles se presenta tanto en vetas como en mantos. En la superficie es frecuente hallarlo en trozos macizos, grandes o pequeños, o en forma suelta en la arena; en las vetas y mantos aparece como calcopirita, pirita y en combinaciones con el hierro. A cierta profundidad, su ley es a menudo de 50 a 80%. Existen todas las combinaciones imaginables con oro, plata, hierro y azufre, y en uno a dos días se podían recoger unas cien hermosísimas muestras, a cuyo fin era suficiente solicitar el permiso de los compradores de minerales para hacer una selección en las canchas de minerales situadas en la estación de Copiapó.

La provincia de Atacama está cruzada por numerosísimos yacimientos cupríferos, y hay cerros completos que parecen consistir en ellos y son fáciles de reconocer por los variados e intensos colores que ostentan.

En el primer tiempo después de mi llegada a Copiapó todavía no había fundiciones, por lo cual sólo se compraban y despachaban minerales con leyes mínimas de 25%. Más tarde se instalaron fundiciones en Copiapó y Caldera, como también en la región austral de la República, las que compraban y fundían minerales hasta con leyes del 12%, lo que tuvo como consecuencia, naturalmente, un auge gigantesco de la minería cu-

* Recuérdese la nota de la página 129 sobre la tercera cordillera de que habla el autor. (N. del T.).

prífera, con la extracción de enormes cantidades de minerales de cobre.

Por el quintal de minerales con ley de 12% se pagaba 1 peso 4 reales; por el de 25%, 3 pesos a 3 pesos 2 reales; y por minerales con leyes superiores a 25%, 5 reales más por cada 1% que aumentaba la ley.

Hablando de la minería de esta República en forma general, su historia puede dividirse en tres períodos: el del oro, el de la plata y el del cobre, pues desde 1536, año en que el jefe militar español Diego de Almagro, después de atravesar el Desierto de Atacama, alcanzó el valle de Copiapó, y luego, bajo Pedro de Valdivia, que sometió todas las tribus indígenas que se encontraban hasta 1817 bajo dominio español, poblando el territorio actual de la República de Chile, se extrajeron tan inmensas sumas de oro en este país, que se justifica llamar "período áureo" a este lapso.

A partir de 1817, en cambio, la minería aurífera entró en decadencia, sobre todo desde 1832, cuando fueron descubiertas las ricas minas argentíferas de Chañarcillo, en la provincia de Atacama, y las de Arqueros, en la de Coquimbo; y quedó casi totalmente paralizada cuando se descubrieron en 1848 las vetas argentíferas de Tres Puntas, hacia donde se dirigieron entonces todos los mineros. Desde 1832 hasta 1856 se ganaron tantos millones de pesos de plata en este país, que este período merece ser llamado la "era argentífera" de Chile.

Así como antes, cuando la minería aurífera se tornó menos pródiga, todos se habían dedicado a la explotación de la plata, se repitió una situación semejante al disminuir el rendimiento de las minas de este metal, y descubrirse en la provincia de Atacama una gran riqueza de cobre. Fue abandonada una gran parte de las minas de plata, y todos se dedicaron a explotar las de cobre, de modo que se inició una fuerte decadencia de la minería argentífera. Así, desde 1855 hasta la fecha, se hacen grandes utilidades con el cobre, de modo que bien puede darse a esta época en Chile el nombre de "período cuprífero".

Capítulo XI

MIS MINAS DE PLATA DE TRES PUNTAS

Empleé luego mi tiempo, exclusivamente, en estudiar el rico terreno y conocer las pertenencias, para cuyo fin levanté un plano de este distrito minero, en el cual anoté todas las minas, como también el probable rumbo de las vetas argentíferas más importantes.

Los trabajos de la descubridora *Al Fin Hallada* y de *La Salvadora* habían progresado lo bastante, para poder determinar aproximadamente cuál era la veta más rica, entre las varias que se entrecruzaban, y como, una vez terminado el levantamiento, encontré terrenos libres en el deslinde inmediato, solicité de inmediato esas estacas, a las que dí los nombres de *Germania, Prusia* y *San Pablo.*

Después de corto tiempo supe que un minero pobre también había pedido cuatro pertenencias que deslindaban con las ricas, pero carecía de suficiente capital para trabajarlas. Celebré con él un contrato de habilitación, es decir, me comprometí por un año a explotar por mi cuenta sus cuatro minas, denominadas *Consuelo, Sorpresa, Dolores* y *San Luis,* por cuyo trabajo recibiría la mitad de las barras de cada una, es decir, doce, de modo que gracias a mis propias pertenencias y a las comprendidas en este contrato, era dueño de siete minas.

Estaban situadas de manera que rodeaban como una faja a las minas más ricas, y podía esperar con seguridad que una de ellas cortara las poderosas vetas de *La Salvadora,* como también que descubriera nuevos y ricos yacimientos en el amplio terreno.

Era para mí de gran importancia presentar los pedimentos a la brevedad posible al Intendente en Copiapó, como también dar forma solemne a los contratos, por lo cual arrendé de inmediato caballos y me apresuré a regresar a Copiapó por el mismo camino por el que había venido. Después de una esforzada cabalgata de ocho horas, negro de polvo, casi irreconocible, llegué con mi nuevo socio, a las 12 del día, a Copiapó,

donde entregué mis pedimentos al notario público, quien tenía la obligación de presentarlos al Intendente.

A la mañana siguiente, una vez firmado el contrato ante notario con mi socio y aprobados los pedimentos por el Intendente, se propagó por la ciudad con la velocidad del rayo la noticia de que yo habría visitado los laboreos de la mina *La Salvadora* y que habría solicitado, como consecuencia de ello, las pertenencias vecinas que, se creía, iban a resultar tan ricas como aquélla. Todo el mundo concurrió ante el notario, a fin de conocer la verdad, y cuando los hechos fueron confirmados, los banqueros y muchos ricos dueños de minas trataron de inducirme a venderles barras de mis minas, pero no tuvieron éxito.

Poseía, pues, veinticuatro barras en cada una de las minas *Germania, Prusia* y *San Pablo* y doce en las denominadas *Consuelo, Dolores, Sorpresa* y *San Luis,* debido a la habilitación, lo que hacía un total de ciento veinte barras.

Como, de acuerdo con la ley, tenía que realizar en cada una de estas siete minas, dentro de noventa días, laboreos hasta una profundidad de treinta pies, era necesario iniciar la explotación cuanto antes. Esos trabajos requerían capitales de consideración y vendí de inmediato varias barras al precio de 10.000 pesos, obteniendo una suma que, según mis cálculos, era suficiente para equipar las siete pertenencias con los edificios, herramientas y materiales necesarios y para cubrir los costos de la explotación durante los tres primeros meses.

Quien no fuera minero profesional y no se apasionara por la minería como yo, habría probablemente vendido de inmediato las ciento veinte barras, pues se me ofreció un precio medio de mil pesos por barra, y como los gastos de las pertenencias y del contrato de habilitación habían sido de sólo cincuenta pesos, habría obtenido una utilidad de 120.000 pesos. Yo, en cambio, contraté de inmediato los empleados y mineros necesarios, adquirí todo el material, herramientas, útiles, alimentos necesarios para instalarme, mandé cargar todo eso y regresé a caballo a Tres Puntas, acompañado por mis empleados, para hacerme cargo de mis estacas e iniciar el trabajo. En quince días que pasé allá, los trabajos progresaron en tal for-

ma que mis siete minas eran explotadas en forma regular. Como estaban situadas unas al lado de las otras, ello me aportó muchas ventajas, pues en vez de ocupar siete mayordomos para siete minas, la función pudo ser cumplida por dos y, de la misma manera, una herrería fue suficiente para todas. De este modo, mis gastos se redujeron en forma sensible.

En quince días se volvió a hacer un rico hallazgo en *La Salvadora*: una veta totalmente rellena con plata maciza, por lo cual se ofreció a los dueños 100.000 pesos por cada barra, pero nadie quiso vender.

Una consecuencia natural de ello fue que cuando regresé a Copiapó para adquirir más víveres y reponerme medianamente del esforzado trabajo, me solicitaron con más insistencia mis barras. Si antes me habían ofrecido mil pesos por cada una, me querían pagar ahora dos mil pesos en promedio, y por las de la mina *Consuelo*, cinco mil, de modo que habría podido vender las doce barras de esta sola mina en la suma de 60.000 pesos.

Pero, como poseía el capital necesario para explotar mis minas durante tres meses, como su precio subía constantemente y tenía la convicción de que una de mis minas cortaría pronto la veta rica, no me dejé seducir y me limité a colocar algunas pocas barras al precio de 10.000 pesos.

Entonces no había en Copiapó y en los distritos mineros ningún entendido que no abrigara la más absoluta seguridad de que yo tenía que cruzar con alguna de mis minas la riquísima veta de *La Salvadora*. Tan pronto como ello ocurriera, mi mina tendría que producir la misma utilidad neta de un millón de pesos que rendían las pertenencias *La Salvadora*, *Al Fin Hallada* y *Buena Esperanza*. Por esa razón, ya era considerado como un millonario, y los banqueros y mineros ricos se esmeraban por invitarme a su círculo y hacerme toda clase de atenciones, con la esperanza de ganarme quizás algunas barras en el juego.

Como Copiapó, debido a su situación en el desierto, ofrecía poco o nada en goces de orden superior, vivían aquí sólo pocas familias distinguidas. Había casi únicamente varones, cuyas familias estaban domiciliadas en Valparaíso o Santiago, las dos

principales ciudades del país. En su mayoría, los mineros enriquecidos en forma tan extraordinaria habían pertenecido antiguamente a las clases bajas, por lo cual sus reuniones se limitaban a comer bien, beber mejor y jugar gruesas sumas.

Me encontré así una tarde en compañía de unos veinte mineros ricos, en casa del hombre más acaudalado de Copiapó, Blas Ossa, quien, a pesar de contar sólo 30 años de edad, poseía ya en aquel tiempo ocho millones de pesos. Después de comida, el dueño de casa —que era soltero— puso banca, y pronto todos jugaban en contra de una caja de 10.000 pesos. Como yo participaba con sumas muy moderadas, en comparación con los demás, el dueño de casa me llamó, durante una pausa, a una pieza vecina, abrió su gran caja de fondos de fierro, me mostró monedas de oro por valor de un cuarto de millón de pesos, que guardaba en ella, y me rogó tomara la cantidad que quisiera si no llevaba conmigo suficiente dinero, a fin de poder participar mejor en el juego. Le agradecí, le dije que disponía del dinero que me había propuesto arriesgar, y regresamos donde los demás.

Estaba presente también el primer banquero de Copiapó, igualmente soltero, que ya había ganado varios millones. Cuando el anfitrión notó que éste no jugaba, le preguntó por la causa. A su explicación de que el capital de la banca le parecía demasiado pequeño, el dueño de casa replicó que estaba llano a jugar toda su fortuna. Todos estaban de acuerdo y ya no se siguió jugando con monedas de oro, sino que se llevó a cada cual una cuenta corriente, en la cual anotaban sus ganancias y pérdidas. No se admitían posturas menores de quinientos pesos, y muchas eran de dos mil a cinco mil pesos, y cuando ya era tarde y se quiso dar por terminada la sesión, el banquero jugó ocho mil onzas, es decir, 138.000 pesos a dos cartas, y perdió en ambas. En seguida, todos nos retiramos.

Yo había jugado en un principio con mala suerte, pero después ésta se compuso, y cuando conté mis efectivos al llegar a casa, vi que había ganado más de mil pesos, y eso sin haber participado en el gran juego, en el que las cuotas sólo eran anotadas en la cuenta corriente.

En una ocasión anterior, con el sistema de la cuenta corrien-

te, el mismo Blas Ossa le había ganado al Intendente, en una sola noche, todas sus minas, su hacienda, sus casas e incluso sus coches y caballos. Aquel funcionario, que llegó a depender así únicamente de su sueldo, se dirigió a Valparaíso, tomó en préstamo una suma de dinero y volvió a aparecer en Copiapó, reclamando un desquite. Blas Ossa se lo concedió de inmediato y con nada más que dos mil pesos el Intendente no sólo recuperó en una noche cuanto había perdido, sino veinte mil pesos más.

Frecuentemente se jugaban también las barras de las minas, y a menudo una fortuna completa pasaba de una mano a otra; así, mientras algunos empobrecían rápidamente, otros lograban un gran patrimonio.

Capítulo XII

DESCRIPCIÓN DE UN TERREMOTO EN COPIAPÓ

Cuando una tarde estaba en la tertulia —es decir, en la reunión para jugar— de un rico dueño de minas, fui testigo de un curioso incidente. De improviso, todos los huéspedes se levantaron, pálidos, se estremecieron como si los hubiera espantado un fantasma, y se precipitaron todos a la puerta, dejando su oro abandonado y gritando:

—¡Temblor, temblor, Ave María Purísima!

Sorprendido en grado sumo por este incidente, y considerando supersticiosos y tímidos a los comensales, me levanté, para tomar mi sombrero y salir también de la casa.

Pero apenas me había levantado, escuché un ruido sordo, violento, que me pareció primero un trueno, pero pronto pude comprobar claramente que provenía del interior de la tierra, pues poco después ésta se estremeció y tembló. Sonaban los vidrios, se movían las lámparas de la sala, crujían las paredes y el cielo, y el suelo comenzó a moverse bajo mis pies en

una especie de movimiento ondulado que me hizo comprender que estaba ocurriendo un terremoto.

Corrí hacia la puerta, pero antes que la pudiera alcanzar, se produjeron dos remezones verticales tan violentos que todas las botellas, copas, platos y monedas de oro cayeron de las mesas, se dieron vuelta los muebles, volaron alrededor de mí los cuadros y espejos, y yo mismo me precipité al suelo. Con el mayor esfuerzo, tambaleante como un ebrio, alcancé por fin la puerta y pude salir a la calle, donde pude observar, en ese momento, que el suelo oscilaba más aún.

Centenares de personas de ambos sexos y de todas las edades, cubiertas la mayoría sólo con la camisa de dormir, estaban de rodillas en las calles y gritaban, golpeándose el pecho.

—¡Jesús, María Purísima, misericordia, misericordia!

Se habían juntado innumerables grupos; los niños, colgando del cuello de sus padres, rezaban de viva voz un Padrenuestro, mientras todas las campanas, puestas en movimiento por el balanceo de la tierra, repicaban de una manera siniestra. Se escuchaban gritos de temor y auxilio de niños, ancianos y enfermos desde las casas; por todas partes aparecían fugitivos, y se sacaba de las casas a personas que habían perdido el conocimiento. Los caballos relinchaban y golpeaban furiosamente el suelo con los cascos, reconociendo instintivamente el peligro y procurando librarse; los perros aullaban de manera espantosa, los gallos cacareaban, y con terribles graznidos volaban en torno a nosotros lechuzas y otras aves nocturnas; simultáneamente, se escuchaban ruidos sordos, similares al trueno, que surgían de la profundidad de la tierra, y un remezón seguía al otro, precipitando al suelo, a veces, hasta a los que se encontraban arrodillados. Al mismo tiempo reinaba en las regiones superiores absoluta tranquilidad, pues no había la menor brisa, la luna brillaba con luz plateada en un cielo sereno e iluminaba la terrible escena, pero la atmósfera era tan pesada que la respiración se hacía difícil.

Poco a poco pareció tranquilizarse el terrible elemento, los remezones se volvieron más débiles, hasta que finalmente ce-

saron por completo, y sólo se podía percibir una débil vibración del suelo. Mientras algunos dirigían cálidas oraciones de agradecimiento al cielo, otros regresaban apresuradamente a sus casas, a fin de sacar a ancianos, enfermos o niños que se habían quedado en ellas, para premunirse de la ropa más indispensable o sacar objetos de menaje. Pero apenas habían llegado a las casas, se escuchó un nuevo y terrible trueno en el interior de la tierra, al que siguió de inmediato otro remezón, de modo que todos cayeron al suelo.

De nuevo gritaban todos de angustia, los edificios tambalearon y algunos cayeron, levantando una nube de polvo, tan densa que obscureció la luz de la luna y no era posible reconocer los objetos, con lo que se produjo un desconcierto total.

En medio de esta obscuridad, se escuchó repentinamente, con entonación violentísima, esta exclamación:

—¡Sálvese quien pueda, sale fuego de la tierra, que arrasará con todo!

Y, efectivamente, el cielo tomó un intenso color de sangre y toda la ciudad pareció encontrarse en llamas. Un espantoso grito de angustia brotó de casi todos los labios. Todos se levantaron como electrizados y bajo la brillante luminosidad corrieron hacia los cerros. Repentinamente, se escuchó un violento estallido en el aire, y todo quedó envuelto de nuevo por la obscura noche. Un gran aerolito había estallado sobre la ciudad.

Los estremecimientos y oscilaciones cesaron poco a poco, las nubes de polvo se disiparon y la luna iluminó de nuevo la ciudad con su luz opaca; paulatinamente se restableció la tranquilidad y se repusieron los que habían quedado sin conocimiento o paralizados por la impresión recibida.

Un fuerte remezón y el estallido del aerolito señalaron el fin del terremoto. Los vapores del interior de la tierra, sometidos a intensa presión, parecían haber encontrado un escape, ocasionando el violento estremecimiento. Una notable luminosidad y los rayos que se veían en la elevada cordillera andina, permitían suponer que se había formado en ella un nuevo volcán o que los gases comprimidos en el interior habían destro-

zado la potente costra de lavas de algún antiguo volcán, que ahora arrojaba al cielo sus masas de fuego *.

A pesar de que parecía haberse restablecido la tranquilidad en el seno de la tierra, quedando reducido a sus límites el elemento desencadenado, nadie tenía certeza absoluta de que todo permanecería en calma, y no se repetiría, quizás en escala mayor, el terrible fenómeno. Por eso, nadie se atrevió a pasar el resto de la noche en su casa. Se levantaron en todas partes campamentos al aire libre y, una hora más tarde, una gran parte de la población de Copiapó se encontraba durmiendo profundamente en la plaza y las calles, envuelta en frazadas y ponchos.

Por mucho interés que tuviera en alcanzar hasta mi habitación, a fin de enterarme de los perjuicios ocasionados por el terremoto, no pude realizar ese propósito. Todas las calles estaban demasiado repletas con camas y muebles, de modo que sólo se podía pasar con muchas dificultades. Preferí, pues, permanecer donde estaba y pernoctar ahí mismo, donde, en caso necesario, también podía prestar auxilio.

Apenas apareció el nuevo día y se elevó el sol, cuando comenzó una gran actividad. El peligro había pasado, y todos regresaron poco a poco a sus viviendas. ¡Pero qué aspecto ofrecían éstas! Entré primero en la sala donde nos había sorprendido el terremoto, a fin de salvar mi sobretodo, si era posible. El golpe de vista era, sencillamente, terrible: las murallas se habían agrietado en varias partes, y el empapelado colgaba en jirones; una gran araña de cristal que alumbraba toda la sala, yacía en el suelo, rota en mil pedazos, junto con dulces, frutas, destrozadas lámparas de aceite que habían derramado su contenido sobre prendas de vestir, botellas, platos y fuentes quebrados, restos de la comida de la noche anterior, té, azúcar, ron, naipes, cigarrillos y oro: todo formaba un gran hacinamiento.

* De acuerdo con la teoría actual, los terremotos y temblores no están relacionados con el volcanismo, ni con gases bajo presión en el interior de la tierra, sino con movimientos tectónicos que ocurren cuando los bloques de la corteza terrestre ceden a las presiones y se deslizan a lo largo de fallas (N. del T.).

Un magnífico espejo destruido completaba el cuadro del aniquilamiento.

Me apresuré a llegar a casa. Si bien mi habitación todavía estaba en pie y sus murallas habían sufrido poco, encontré todos los objetos revueltos y arrojados al suelo, muchos de ellos rotos. La peor situación se me presentó en el laboratorio químico, donde los diversos ácidos se habían derramado sobre todos los objetos.

Después de haber arreglado medianamente la casa, recorrí la ciudad, a fin de observar las destrucciones que el terremoto había ocasionado. Me llamó la atención que sólo habían sido destruidas relativamente pocas casas, todas antiguas. Tampoco era apreciable el número de los heridos, lo que se explicaba porque los habitantes habían abandonado instintivamente las viviendas antes del primer remezón y huido a los jardines, y por la circunstancia de que, al ser casi todas las casas de barro, sólo podían ser destruidas por un terremoto grande, y el reciente había sido pequeño.

En la tarde, la vida había adquirido otra vez su ritmo normal. Cada cual atendía a sus negocios, como si no hubiera ocurrido nada. Esta tranquilidad constituía un inmenso contraste con respecto a la noche anterior, en que reinaba desesperación general. Sin duda, contribuía mucho a esta despreocupación la circunstancia de que los habitantes de Copiapó estaban acostumbrados desde la juventud al terrible flagelo de los terremotos.

Capítulo XIII

EL CABALLO CHILENO DE MONTURA

Mis siete minas de plata se encontraban ahora en explotación regular bajo mi dirección personal, y me había domiciliado permanentemente en ellas. Sólo cada quincena me dirigía a caballo a Copiapó, para retirar la correspondencia recibida

desde Europa y despachar la mía hacia allá, como también para hacer las compras necesarias; por lo general, regresaba al día subsiguiente a Tres Puntas.

Estos viajes los hacía siempre a caballo, y la resistencia y excelencia del caballo chileno de montura se desprende del hecho de que frecuentemente recorría la distancia de quince leguas alemanas en siete u ocho horas, sin cambiar el caballo. La brevedad del viaje se explica también por condiciones especiales. En primer lugar, todo el camino recorre una planicie arenosa suavemente inclinada, sin cruzar montañas, valles u otro obstáculo. Luego, se hacía el viaje normalmente de noche, en que no se sufre tanto por el calor y la sed. En tercer lugar, los caballos están acostumbrados a moverse al galope desde el momento en que se les monta hasta la primera posta con agua; en seguida, se descansa un poco, el caballo recibe cebada y agua, después de lo cual se vuelve a recorrer al galope el camino hasta la próxima posta, y así se continúa hasta Tres Puntas.

También contribuye a facilitar el viaje la forma práctica y cómoda de la montura. Esta consiste en una armazón sencilla de madera, en la que se afirman los estribos, y se coloca en el caballo sobre una base de tres o cuatro pellones. Encima de la montura se ponen otros seis pellones, afirmados por medio de una cincha. Sólo entonces se monta el caballo, de modo que uno se encuentra cubierto por pellones hasta la cintura y disfruta de un asiento muy blando. Los estribos son huecos, de madera, sin duda más prácticos que los nuestros modernos, pues permiten que descanse todo el pie, como también que se le pueda sacar con gran facilidad en caso de una caída. El freno es similar al europeo, pero en vez de riendas anchas y lisas, las que se usan en Chile son redondas, confeccionadas de cuero trenzado, lo que permite manejarlas con mayor seguridad; terminan en una sola pieza, que se usa como huasca. Encima de la montura se colocan alforjas, que caen a ambos lados del caballo y se destinan a contener las provisiones, y, adelante, en fundas, se llevan los revólveres y un cuchillo largo.

Parecerá, quizá, increíble al europeo, que sea posible dormir mientras se galopa, pero es así; no sólo lo pueden hacer

los chilenos, sino que yo mismo he dormido también frecuentemente galopando en mi caballo.

Desde Copiapó a Tres Puntas había un segundo camino, de sólo doce leguas alemanas de largo, llamado "del Inca", por haber sido trazado en línea recta a través del desierto por los incas. Pero en él no se encontraba agua en ninguna parte, ni había vivienda o posta alguna, y tampoco se trabajaban minas, de modo que para aventurarse por ese desierto había que llevar el agua necesaria.

Capítulo XIV

EJECUCIÓN DE DELINCUENTES POLÍTICOS EN COPIAPÓ

Cuando llegué un día, de madrugada, a Copiapó, observé una gran agitación entre los habitantes, que se dirigían a la plaza principal.

Esta se hallaba tan repleta de gente que no pude pasar adelante, y allí mismo descubrí la causa de todo ese movimiento. Se acababan de abrir las puertas de la cárcel, situada frente a la plaza, y salía un batallón de soldados que se desplegó en círculo, haciendo retroceder al gentío. Entonces apareció un desfile semejante a una procesión, con jueces y notarios a la cabeza, a los que seguían siete jóvenes, cada uno acompañado por un sacerdote con un crucifijo en la mano y rezando; al final formaba otra compañía de soldados.

Los jóvenes habían sido condenados a muerte por actos políticos sediciosos y eran conducidos al lugar del suplicio, para ser ejecutados. Pude ver también al otro lado de la plaza un banquillo al pie de una muralla, donde el piquete de ejecución esperaba a las víctimas.

Acompañado por el doblar de las campanas y los golpes sordos de los tambores, el desfile avanzó lentamente al lugar don-

de los desgraciados se sentaron uno al lado del otro. Se dio lectura a la sentencia de muerte, los sacerdotes se acercaron por última vez a los condenados y les impartieron su bendición.

La multitud había presenciado estos actos con absoluta calma, y también las víctimas se presentaban muy tranquilas y resignadas. Pero, cuando se les acercó el encargado de vendarles los ojos, se pudo escuchar un murmullo, primero leve, más fuerte cada vez, que terminó convertido en un vigoroso clamor de la muchedumbre, que pedía "misericordia" y "perdón", de modo que tuvo que intervenir la fuerza militar.

También los infelices perdieron la calma, y los sacerdotes hicieron todo lo posible para aplazar la ejecución por un breve lapso, pues se rumoreaba que el Presidente de la República había indultado a los infelices. Esta noticia debería serles comunicada, sin embargo, sólo en el sitio de la ejecución, y el pueblo y las víctimas, estaban seguros de que así ocurriría, pero la orden no había llegado al juzgado.

Después de un cuarto de hora, penetró la caballería en la plaza y la despejó, las campanas comenzaron a doblar de nuevo, el verdugo vendó los ojos a las víctimas, se tocaron los tambores y se escuchó la orden de fuego, a la que siguió una descarga que hizo vibrar las ventanas. Una densa nube de pólvora encubrió la escena; cuando se disipó, se veía a algunas de las víctimas tendidas en un charco de sangre; otras estaban sentadas en el banquillo, desangrándose, y dos habían quedado ilesas. Se hizo de inmediato una segunda descarga, y ninguno de los infelices quedó con vida.

En ese instante se acercó un oficial, abriéndose paso entre el gentío y gritando a todo pulmón:

—¡Perdón, perdón del Presidente!

Hizo entrega del indulto, pero ya era demasiado tarde.

Fue conmovedora la escena que se ofreció cuando la fuerza armada se retiró al cuartel y los parientes de las víctimas —padres ancianos, hermanos, hermanas y esposas— se precipitaron llenos de desesperación sobre los cadáveres, todavía calientes,

recogiendo en sus pañuelos, como recuerdo, sangre de los ejecutados y jurando venganza.

Y, efectivamente, Copiapó cumplió ese juramento, pues algunos años más tarde, en 1859, estalló la revolución *.

Capítulo XV

1852. VIAJE A VALPARAÍSO. GRAN ENTUSIASMO POR LAS MINAS DE PLATA

Cuando llegué a saber que era más conveniente y barato adquirir los alimentos y materiales para las minas en Valparaíso que en Copiapó, acordé embarcarme hacia Valparaíso, para lo cual viajé por ferrocarril al puerto de Caldera, donde tomé pasaje en el vapor *Santiago*.

Se hallaba éste repleto de viajeros, que provenían de Europa, América del Norte, de la costa occidental de la del Sur y, en parte también, de Copiapó.

En la primera noche, el buque tocó en el puerto de Huasco, al día siguiente, en el de Coquimbo, y, al tercer día, a las nueve de la mañana, llegamos a Valparaíso.

El telégrafo colocado cerca de ese puerto en la Cordillera de la Costa había anunciado la llegada del vapor, y una gran

* La ejecución a que alude Treutler se realizó en la plaza de Copiapó el 22 de mayo de 1852. Con motivo de la revolución organizada por el general Cruz en contra del Presidente Manuel Montt, cuyos centros se encontraban en Concepción y La Serena, Bernardino Barahona se apoderó el 26 de diciembre de 1851 de Copiapó, después de batir al Intendente. La revolución fue dominada el 8 de enero de 1852 por la División Pacificadora del Norte, al mando de Victoriano Garrido. Se condenaron a muerte 32 participantes, que pidieron indulto. Fue concedido a todos, menos a seis, cuya ejecución se realizó en la forma que relata el autor. El séptimo ejecutado fue un soldado de los que se habían sublevado en Tres Puntas el 28 de abril de 1852, según relata Treutler en el Cap. IX. La ejecución se realizó de acuerdo con la ley y sin haber sido indultados los participantes. (N. del T.).

multitud estaba reunida en el muelle, de modo que cuando desembarcamos, apenas pudimos abrirnos paso entre ella.

Mi presencia en la ciudad causó sensación, pues reinaba una agitación febril debido a las noticias llegadas sobre nuevas y riquísimas minas argentíferas descubiertas.

Apenas cinco meses antes me había dirigido a Copiapó con sólo 200 pesos en el bolsillo, y ahora regresaba millonario, según la opinión de los demás.

Me colmaron con preguntas y ofertas, no sólo mis conocidos sino también los jefes de todas las casas comerciales, al extremo de que, empujado de un grupo a otro, necesité una hora completa para llegar hasta el cercano Hotel de Chile, a donde me siguieron más de treinta personas.

Durante los días siguientes fui, como se dice, "el hombre del día" en Valparaíso. Todos se hacían competencia para visitarme, para invitarme a almorzar o a comer, con el fin, principalmente, de inducirme a venderles algunas barras. Sobre todo, una casa comercial muy poderosa se interesó por adquirir participación en mis minas, y le vendí algunas barras al precio de 15.000 pesos, y como yo mismo no sabía con cuál de mis minas cruzaría la veta rica, le concedí una pequeña participación en cada una de ellas. De la misma manera, vendí también a otras casas comerciales algunas barras por valor de 15.000 pesos.

Tuve de nuevo una magnífica oportunidad para vender todas mis minas a un precio muy superior al de antes, a pesar de haber colocado ya barras por valor de 50.000 pesos. La causa era que en aquella plaza había la convicción general de que mis minas producirían en breve lapso millones de pesos de ganancia, por lo cual hubo numerosos interesados en participar en ellas, aunque fuera con la fracción de una barra. Pero, en la segura esperanza de que alcanzaría luego una de las vetas más ricas en mis minas, decidí no desprenderme de más barras. Cuando se supo mi determinación, comenzaron a ofrecerme precios mucho más altos, pero la mantuve, y pedí, al mismo tiempo, que no se me siguiera molestando con ofertas.

Pasé algún tiempo en Valparaíso, llevando una vida de gran mundo. Para retribuir las muchas invitaciones de que

había sido objeto, di numerosos almuerzos y comidas, en los que se comía en forma pantagruélica, se bebía bravamente y se jugaban fuertes sumas, todo de acuerdo con la costumbre nacional.

Me visitaron personajes encumbrados y muchos que abrigaban, quizás, la esperanza de ganarme algunas barras en el juego; además, trataron de relacionarse conmigo los más conocidos tahures, no sólo de Chile, sino también del Perú, pero sin alcanzar su objetivo. También fui invitado por numerosas familias, en cuyos hogares pasé muchas tardes agradables.

Cuando regresé a Copiapó en el vapor, después de algunos días, resultó que ni la mitad de los pasajeros lograron colocación en los camarotes, pues todo el mundo quería viajar allá, o enviaba agentes para adquirir participaciones en las minas. A pesar de encontrarse repleto el buque, nadie aceptó quedarse en Valparaíso, y así muchísimos se vieron obligados a viajar en la cubierta, al aire libre.

Capítulo XVI

CELEBRACIÓN DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE EN COPIAPÓ. UN ACCIDENTE FERROVIARIO

El 16 de septiembre regresé de Tres Puntas a Copiapó, acompañado por una parte apreciable de los empleados y mineros, pues el 18 se iniciaba la conmemoración del día de la independencia de la República, que se celebraba con fiestas populares que duraban una semana. Ya el día 17 reinaba gran animación: las tiendas y edificios públicos estaban repletos de mineros, que recorrían las calles en grupos, cantando, y en la noche se escuchaba música y cantos en casi todas las casas, y se bebía, bailaba y jugaba hasta la madrugada.

Poco antes del alba del 18 de Septiembre se reunió en la

plaza principal casi toda la población de la ciudad, como también incontables forasteros, todos luciendo sus mejores galas. Al centro de la plaza se había levantado una tribuna adornada con retratos y bustos de los generales chilenos de la Guerra de la Independencia, con una inscripción de todas las batallas ganadas a los españoles y valiosas guirnaldas florales. Sobre esa tribuna se encontraba la banda militar y alrededor se habían agrupado cincuenta muchachas, vestidas de blanco y con bandas con los colores nacionales: azul, blanco y rojo. En torno a este conjunto, un batallón de infantería formaba un círculo, dentro del cual se habían apostado algunos cañones.

En el momento en que el sol apareció en el firmamento azul detrás de la cordillera nevada y dieron sus primeros rayos en la plaza, se escuchó el tronar de los cañones, repicaron las campanas de todas las iglesias y capillas, se izó la gran bandera nacional en el palacio de gobierno, y lo mismo se hizo de inmediato en todos los edificios, hasta en las chozas más humildes. Entonces las muchachas entonaron la canción nacional, acompañadas por la banda militar, y luego las salvas de los cañones volvieron a estremecer el aire y a hacer vibrar las ventanas. A las 11 se efectuó una gran parada de las tropas de línea de la guarnición, como también de la Guardia Nacional y de la policía; luego hubo una misa solemne, a la cual concurrieron, por supuesto, el Intendente y todos los funcionarios.

Durante la tarde tocaban alternativamente dos bandas en la Alameda, y en la noche se verificaron grandes fuegos artificiales, hubo una función de gala en el teatro y luego un magnífico baile. Durante toda la noche se escuchó música y baile en cada casa y se movió un inmenso gentío por la Alameda, donde se habían levantado innumerables ramadas, con pistas de baile, chinganas, cantinas, garitos, fruterías y puestos de flores.

A la policía se le había ordenado intervenir, ese día, sólo en caso de crímenes. La embriaguez estaba permitida, y si se hubiera querido arrestar a todos los borrachos, no habría ha-

bido dónde mantenerlos detenidos. La semana casi entera se pasó en toda clase de festejos, con motivo de los cuales se cantaba y bailaba mucho, con abundantes sacrificios a Baco, y se jugaban gruesas sumas.

Por desgracia, ocurrió al final un terrible accidente, que pudo costarme también a mí la vida.

En efecto, me había dirigido por ferrocarril al puerto de Caldera, a fin de recibir a algunos amigos que habían llegado en el vapor desde Valparaíso a visitarme. Cuando el tren había recorrido casi la mitad del trayecto y se dirigía a la mayor velocidad por el llano que desciende lentamente al puerto, se escuchó de súbito un ruido parecido a un trueno, al que siguió un terrible choque. Todos los pasajeros fueron precipitados unos contra otros o contra las paredes, de modo que algunos murieron de inmediato y muchos quedaron heridos grave o levemente. Al primer choque siguieron luego tantos como carros tenía el tren detrás de nosotros. Primero se escuchó una espantosa gritería, a la que siguieron los llamados de auxilio de los heridos y las lamentaciones de los moribundos. Lo ocurrido era que un carro cargado con pesados adoquines había sido expulsado por el viento de la estación de Copiapó, sobre el plano inclinado, sin que nadie lo observara, y había quedado detenido en una parte donde el terreno se eleva. El maquinista no pudo observarlo debido a una curva, y así nuestro tren había chocado con ese carro.

La locomotora y los primeros coches de pasajeros que le seguían habían sido destrozados totalmente y saltado de la línea; el resto del tren se encontraba detenido. Las personas que iban en los primeros coches quedaron terriblemente mutiladas; en el mío quedó destrozada la pared delantera, que había herido a casi todos los que se encontraban sentados; yo mismo fui arrojado contra el asiento y me salvé con fuertes contusiones.

Capítulo XVII

1853. UN BUEN NEGOCIO DE CAMBIO DE MONEDAS

El año 1852 había sido despedido en casi todas las casas, como también en la plaza principal de Copiapó, con música, bailes, juego y borracheras, y el nuevo año, recibido de la misma manera.

Las festividades duraron hasta la madrugada, y cuando el sol apareció detrás de los Andes, el observador pudo contemplar algunos grupos que eran la consecuencia natural de las fiestas. Muchos hombres todavía estaban sentados con rostros pálidos y trasnochados, excitados por la pasión, en torno a las mesas de juego, cubiertas de oro, en tanto Baco había sembrado el terreno de muchos vencidos por su poder. El primer día del nuevo año se inició con un fuerte temblor, después del cual se hizo sentir un calor casi intolerable.

Me habría agradado dirigirme por algunos días al puerto de Caldera, pará tonificarme con algunos baños marinos y poder soportar mejor las fatigas de los días venideros, pero, por desgracia, mis negocios me llamaron urgentemente a mis minas de Tres Puntas, y tuve que partir hacia allá a la mañana siguiente.

Al hacer los pagos a los mineros en Tres Puntas, había lamentado frecuentemente que casi no circularan monedas de plata y muy pocas cuartas y medias onzas, de modo que estaba obligado a pagar al personal —como todos los administradores de minas— siempre con onzas redondas. Esto implicaba, por supuesto, una pérdida apreciable, pues pagábamos a los mineros siempre más de lo que les correspondía, contabilizando el excedente como un anticipo del próximo mes.

A fin de remediar esta situación, había remitido seiscientas onzas en oro a Valparaíso, donde las había cambiado por monedas de plata, pagando una prima de dos reales por onza, de modo que había recibido 10.200 pesos en esas monedas.

Para conducir esta suma en forma segura a Tres Puntas, me vi en la necesidad de hacer la cabalgata por el desierto en

pleno día, en vez de aprovechar la noche. Tuve que someterme al intenso calor, pues sólo así podía evitar un asalto a mano armada, de los que habían ocurrido varios en los últimos días. Me incorporé por tal motivo a un grupo de varios administradores de minas, que también viajaban a Tres Puntas. En número de catorce, todos bien armados, alcanzamos en la tarde, felizmente, la meta de nuestro viaje. Llegamos exhaustos, tostados por el sol, ennegrecidos por la tierra y casi irreconocibles, pero sin haber tenido que usar nuestras armas. Los asaltantes, que se encontraban al acecho en las quebradas de Cachiyuyo, reconocieron nuestra superioridad y, cuando nos acercamos, huyeron rápidamente y se ocultaron en la serranía roqueña.

Apenas se supo que había traído tanto circulante en plata, los administradores de minas se apresuraron a pedirme les cambiara mis monedas de plata por onzas de oro y pronto había cambiado en esta forma todas las que tenía, con lo que obtuve una utilidad de tres pesos por onza, de modo que las seiscientas onzas me dejaron un beneficio neto de 1.800 pesos. Era de admirarse que un negocio tan seguro y sencillo y que dejaba tanta ganancia, no hubiera sido hecho antes por otros. Esto se debía, sobre todo, a que los empleados que vivían allí administraban sus caudales con igual ligereza que los mineros, de modo que nunca poseían algún efectivo, sino que vivían de anticipos que les hacían los empleadores, los cuales no se preocupan de negocios tan pequeños. Por su lado, los comerciantes de la plaza obtenían por sus mercaderías utilidades tan fantásticas, que no tenían interés por buscarse otras fuentes de recursos.

Por otra parte, este negocio tan lucrativo sólo pudo hacerse una sola vez, pues cuando traje en otra ocasión cinco mil pesos en monedas de plata a Tres Puntas, otros habían hecho la misma especulación, y la prima por onza había bajado a un peso y cuatro reales *.

* El autor no señala la causa de la anomalía que describe con gran acierto. Chile tenía en aquel tiempo un régimen monetario bimetalista, es decir, se acuñaban monedas de oro y de plata, que tenían pleno poder liberatorio. El valor de la plata, expresado en oro, que resultaba en

Capítulo XVIII

LAS ANTIGUAS MINAS AURÍFERAS DE CHANCHOQUÍN Y JESUS MARÍA

Pasé el mes de mayo en Copiapó, y empleé ese tiempo en someter a un prolijo reconocimiento las antiguas minas auríferas que suministraron grandes cantidades de oro a los indígenas y están situadas en las inmediaciones de la ciudad, que les debe su origen. Cerca de la estación, al Norte de la ciudad, se extiende un cordón elevado, abrupto, sin vegetación y cubierto de arena y cantos rodados, con longitud de algunas leguas, en cuyos faldeos, desde la cumbre hasta el pie, se encuentran incontables pozos. Los antiguos indígenas habían extraído oro de ellos. Examiné muchos, cuya profundidad era, por lo general, de diez a veinte pies y encontré en ellos vetas de cuarzo aurífero.

Los aborígenes, que no conocían el fierro, pero sí el cobre, habían trabajado esas vetas con herramientas de este metal. Es natural que con cinceles y combos de cobre macizo no pudieron trabajar vetas duras, y así se explica que sólo las seguían hasta donde estaban descompuestas por la influencia de la atmósfera, y las abandonaran luego, lo que explica que todas estas minas tuvieran tan pequeña profundidad.

Como, por la misma razón, sólo extraían la veta noble y lo menos posible de la roca estéril, estos chiflones, que en realidad sólo constituían hoyos, eran tan angostos y bajos, que la única manera de penetrar en ellos consistía en arrastrarse sobre la barriga y para salir había que retroceder en la misma forma.

Muchos mineros ancianos afirmaban que las minas se habían estrechado tanto debido al tiempo transcurrido y a los frecuentes temblores y terremotos; pero yo disponía de prue-

---

ese sistema, no estaba de acuerdo con el del mercado, en el que se podía obtener por las monedas de plata un precio superior al que correspondía a las monedas de ese metal. Como consecuencia, se exportaban esas monedas, y el país carecía de circulante menudo. Es esa la causa por la cual se pagaba una prima, al cambiar onzas de oro por monedas de plata. (N. del T.).

bas inequívocas de que los indígenas habían construido los chiflones tan angostos y bajos por falta de instrumentos apropiados. Esto lo demostraba también la circunstancia de no existir desmontes en esas minas, pues los indígenas se limitaban a acarrear el mineral aurífero al río, donde lo trituraban hasta formar un polvo que, en seguida, lavaban.

Me interesaba sobre todo una de esas minas, que informaciones antiguas describían como muy rica, por lo cual acordé reconocerla.

Acompañado por algunos mineros, fui un día a visitarla, a pesar de que mis acompañantes habían procurado describir la empresa como muy temeraria y peligrosa.

A la entrada no había un desmonte, sino que la bocamina estaba señalada únicamente por una abertura redonda en el suelo, por medio de la cual se podía entrar solamente arrastrándose sobre el vientre. Examiné primero la roca que se encontraba cerca de la superficie, para determinar si se podía desprender con facilidad y derrumbarse detrás de mí, lo que habría podido costarme la vida o el entierro en vida, pero resultó que era bastante sólida. Tratábase de una potente veta de cuarzo, y si bien ella misma no contenía oro, corría a su lado una guía aurífera, que había sido explotada.

Afirmé una vela en mi cabeza, llevé un martillo y algo de ron y chocolate, y después de haberme prometido mis acompañantes que si el chiflón se derrumbaba me desenterrarían de inmediato con las herramientas que habíamos llevado para el efecto, me metí a gatas en el agujero.

Apenas había avanzado diez pies, cuando la veta se amplió, y escuché un ruido raro. No me moví y escuché con la mayor atención, pero todo permaneció tranquilo. Seguí arrastrándome con cuidado. Repentinamente, saltó algo delante de mí y, en medio de una nube de polvo, corrió hacia el interior. En un recinto tan estrecho, en que no podía sino arrastrarme por el suelo y sólo podía mirar hacia adelante, sin poder usar las manos para defenderme, todo encuentro, aunque fuera con un ratón, tenía que resultar desagradable. Pero a pesar de todo, no quería desistir de mi propósito. Esperé, por consiguiente que el polvo se hubiese disipado, y cuando mi vela volvió

a iluminar mejor, seguí avanzando, hasta entrar unos cuarenta pies más. En el sitio a que llegué debió haberse hecho un hallazgo de oro especialmente rico, pues la veta se presentaba cada vez más ancha y alta, de modo que pronto pude sentarme y, más adelante, incluso pararme en ella.

Reconociendo cuidadosa y lentamente el piso, las paredes y el cielo, seguí avanzando, hasta que un animal saltó sobre mí con la velocidad del rayo. Mi vela se apagó, y sólo alcancé a observar que el animal huía hacia la salida. Estaba encendiendo de nuevo la vela cuando un segundo animal se precipitó hacia mí y escapó en la misma forma.

Acostumbrado y preparado, como minero, a encontrar en la visita de minas viejas no sólo aire viciado, sino a que me incomodaran también buhos, murciélagos, zorros, ratones y lauchas, el episodio no me asustó y, sin saber de qué animales se había tratado, proseguí mi camino. Más al interior, observé una especie de nicho, construido en la pared a la derecha. Cuando lo examiné con algún detenimiento, retrocedí violenta e instintivamente, golpeándome la cabeza y dejando caer la vela, pues en la excavación se encontraba tendido... un ser humano.

Estaba preparado para encontrar aquí todas las especies de animales nombradas, como también para que me cogiera un temblor o el derrumbe de la mina, pero me asustó encontrarme con un hombre.

Mientras procuraba encender la luz, reflexioné que no se podía tratar de un hombre vivo, pues, de ser así, no se hubieran mantenido los animales en el chiflón. Pero tampoco podía tratarse de un cadáver, pues no se notaba el menor olor; y cuando finalmente mi vela alumbró el sitio, reconocí que se trataba de un esqueleto, mejor dicho, de una momia que, envuelta en harapos sobre un lecho de juncos, me sonreía.

Reconocí el lugar con más prolijidad, pero no pude descubrir absolutamente nada que me pudiera proporcionar algún antecedente acerca de la persona cuyos restos yacían allí. No podía haberse accidentado, pues el esqueleto se encontraba tranquilamente en el nicho, como en una cama; no podía haber fallecido de hambre, pues el pozo estaba abierto. El sitio

no constituía tampoco un cementerio indígena, pues faltaba toda ofrenda y yo siempre había encontrado algunas en las sepulturas de indios que había excavado en otras partes. Incluso la sospecha de que el cadáver hubiera llegado por un crimen a ese lugar, podía acogerse difícilmente, pues ¿para qué se habría conducido un cadáver con tantas dificultades hasta allí, en vez de enterrarlo, simplemente, en la profunda arena de la superficie?

Lentamente y con precauciones seguí avanzando por el chiflón. El piso de éste era plano, pero de allí en adelante estaba cubierto de piedras y, repentinamente, me encontré ante su término. Inicié una detenida exploración, sobre todo para determinar si esta veta continuaba, y era posible explotarla, pero reconocí pronto que era metalífera sólo hasta ese punto y la habían abandonado por no contener oro más allá. Cuando inspeccioné con cuidado los trozos de rocas que yacían en el suelo, encontré varios con alto contenido aurífero, como también dos cinceles y un martillo de cobre macizo, que pesaban diez libras, pero bastante gastados. Observé que no había más objetos de interés, junté varias muestras auríferas y me arrastré de nuevo por el chiflón hacia afuera, llevando las herramientas. Mis acompañantes estaban ya muy preocupados por mí, pero no habían tenido el valor de seguirme. Supe por ellos que los animales huídos eran zorros y los habían asustado mucho, pues habían saltado de improviso de la cueva y corrido velozmente en medio de ellos.

En la falda septentrional de este cordón se encuentra el antiguo mineral de *Chanchoquín*, donde había igualmente un gran número de minas de oro y plata trabajadas antaño con excelentes resultados, y cuyos desmontes, compuestos por material estéril, demostraban la gran profundidad de los laboreos. Sin embargo, desde el descubrimiento de las riquísimas minas argentíferas de *Chañarcillo* y *Tres Puntas* habían sido abandonadas y se las trabajaba sólo temporalmente. Visité una de ellas, y aún cuando encontré algunas vetas de buena ley, no me decidí a trabajarlas, debido a que todo el distrito tiene la mala reputación de ser "brechero", es decir, de encontrarse en él el metal sólo en nidos. Así, si se encuentra mineral rico,

éste luego se pierde, siendo necesario trabajar entonces durante largo tiempo en roca estéril, hasta volver a dar con mineral explotable.

Hacia el sur de Copiapó se extiende otro cordón, que ya había visitado cuando llegué a la ciudad. Está orientado como el otro, tiene la misma altura y se halla también desprovisto de vegetación; la quebrada del Rosario lo separa en dos partes y en ambas se encontraban innumerables minas de oro trabajadas en la antigüedad por los indígenas. Los españoles las explotaron más tarde, pero todas quedaron abandonadas cuando se descubrieron las minas de plata. Al final de la quebrada se encuentra un gran túnel, resto de aquellas antiguas explotaciones, que parece confirmar el decir de que en esta parte había una veta aurífera muy rica.

Capítulo XIX

LAS SIRENAS DEL PUERTO DE CALDERA

Durante mi permanencia en Copiapó había oído decir frecuentemente que los pescadores de Caldera solían escuchar el canto de las llamadas sirenas o vírgenes marinas; algunos habrían afirmado incluso haberlas visto. Las sirenas tendrían figura femenina desde la cabeza hasta la mitad del cuerpo, pero éste terminaría en aletas natatorias, por lo cual cada una de estas criaturas sería medio mujer, medio pez. Como se había propagado de nuevo el rumor de haberse vuelto a escuchar sirenas en Caldera, se dirigieron varias familias allá, de inmediato, por ferrocarril, para convencerse personalmente de la existencia de esos seres fabulosos. También yo partí, en compañía de una familia amiga, tanto para investigar el origen de esa superstición, como para pasar una noche agradable en el mar, acompañado de señoras y muchachas amables y bellas y refrescándome con las brisas marinas.

El pueblo de Caldera ya no era comparable al villorrio que

había encontrado a mi llegada en 1852, cuando lo componían solamente un edificio público, algunas chozas de pescadores y un miserable albergue. Ahora ya había una plaza principal, varias calles con buenas casas, una iglesia y numerosos negocios, como también cuatro hoteles y una población de cerca de 4.000 almas; pero nos resultó difícil encontrar alojamiento, por el gran número de personas llegadas desde Copiapó. De la misma manera, todos los botes habían sido arrendados a precios muy elevados, y sólo pude obtener una embarcación después de mucho hablar y contra pago en oro.

Como los hoteles y los pescadores obtenían buenas utilidades gracias a la aglomeración, tuve que suponer de antemano que la noticia de las sirenas sólo constituía una especulación vulgar, destinada a atraer el público al puerto, a fin de poder explotarlo. El canto de las sirenas sólo se podía escuchar al atardecer, al salir la luna llena, por lo cual aproveché el tiempo, al igual que muchos caballeros y damas, para bañarme en el mar, mientras en todos los hoteles se ponía banca y se iniciaba el juego.

Cerca de las diez de la noche avisaron los pescadores, que era oportuno embarcarse, y todos se dirigieron a las embarcaciones mayores o menores; en tierra, donde había reinado un movimiento agitado y bullicioso, se impuso entonces un silencio absoluto.

Era una bellísima noche de verano; no se movía una brisa, el mar estaba en calma completa y sólo se escuchaba quebrarse levemente las débiles olas en la playa. Entre tanto, se había elevado la luna llena con toda su belleza sobre los orgullosos Andes y su mágico fulgor iluminaba nuestros botes y chalupas, que se deslizaban sin el menor ruido, como fantasmas, sobre el espejo de la bahía, escuchándose apenas el golpe de los remos.

Nos habríamos movido una media hora de una parte a otra, lentamente, cuando desde uno de los botes, el ocupado por el Intendente de la provincia y su familia y el capitán del puerto de Caldera, se dio la señal de detenerse y escuchar. No fue pequeña mi sorpresa cuando escuché, primero débil, pero luego con intensidad creciente, una música melódica, que pa-

recía provenir realmente de espíritus. A veces se escuchaba sólo una voz, o pocas, pero luego se formaba un coro compuesto por muchas, unidas en los más armoniosos acordes.

La música parecía provenir de numerosas arpas eólicas, accionadas simultáneamente por el viento, pero luego cambiaba a un lejano sonido de órgano. Escuchamos la música cerca de media hora, y los presentes discutieron, por supuesto, acerca de la causa de los curiosos sonidos. La mayoría opinaba que eran originados por el avance y retroceso del mar en cavernas de diversas dimensiones, situadas en la playa debajo del nivel del agua. Algunos, en cambio, creían realmente en las sirenas, y esforzaban la vista para observar una. Es obvio que esto se aprovechaba para hacer chistes, y a menudo una voz anunciaba que una virgen marina se estaba presentando sobre el agua, lo que inducía a muchos botes a aproximarse al lugar señalado, donde se les recibía, naturalmente, con grandes risas. Por lo general, en vez de las sirenas se veía a un lobo marino que miraba con curiosidad a los visitantes nocturnos.

La hermosa noche invitaba a permanecer en el agua, lo que hicieron los diversos grupos, quedándose en sus botes, mecidos por las olas. Muchas jóvenes damas habían traído sus guitarras y tocaron pronto hermosas barcarolas. De esta manera, las horas transcurrieron de la manera más agradable.

Al día siguiente, en la mañana, regresamos por ferrocarril a Copiapó, donde se contó a muchos, como chiste, que no sólo habíamos escuchado a las sirenas, sino que las habíamos visto, y es posible que tales patrañas expliquen el origen de las sirenas.

Mi opinión respecto de la música es que proviene de seres vivos, aunque no de sirenas, sino de peces u otros animales marinos, y estoy, en este sentido, de acuerdo con el juicio del vizconde Onffroy de Thoron, autor de un libro sobre la República del Ecuador, cuya opinión está reproducida bajo el título de "Peces Cantantes" en la revista *Globus*, tomo X, pág. 312. Textualmente, se expresa de esta manera: "Cuando examiné la bahía de Pailón, situada en la parte septentrional de la provincia de Esmeralda, navegué una vez, al atardecer, a lo largo de la playa. Repentinamente, oí sonidos extraños e in-

sistentes. Pregunté al bogador de mi bote si no escuchaba nada, y éste me contestó que se creía que se trataba de peces cantantes, llamados sirenas o músicos. Poco después escuché un gran número de voces, que formaban un conjunto armonioso y parecían los sonidos de un órgano a la distancia. Ordené que se detuviera el bote, a fin de escuchar sin ser molestado por otros ruidos. Mi bogador movió la cabeza y expresó:

—Señor, por mi parte, yo no creo que haya peces que sean capaces de cantar así. Son las ánimas de los antiguos.

"La bahía de Pailón es de agua salada, y el río sólo tiene agua salina cuando sube la marea, pues normalmente ella es dulce. Los peces cantan durante varias horas, sin interrupción y sin alcanzar a la superficie del agua, y debido a la vibración permanente del sonido en el aire se generan melodías misteriosas. El pez cantor mide unas diez pulgadas de largo, tiene color blanco, con manchas azulinas en la espalda. Así, al menos, es el aspecto del que se pesca con el anzuelo mientras dura el canto. Este comienza más o menos cuando se pone el sol y dura toda la noche".

Capítulo XX

UN DÍA DE LLUVIA EN COPIAPÓ

Repentinamente, a mediados de julio, se juntaron pesadas y negras masas de nubes en el cielo, y pronto comenzó a llover en forma torrencial. Esto llama tanto más la atención en esta zona, cuanto que sobre Copiapó brilla casi siempre el más bello cielo azul y llueve una sola vez al año.

Un día de lluvia tiene aquí efectos realmente mágicos. En seguida se desarrolla un exuberante verdor, incluso en los suelos más arenosos, garantizando una rica cosecha de alfalfa, maíz, sandías, zapallos, cebollas y frutas muy variadas. El de lluvia era, por tanto, un día de fiesta y alegría para los veci-

nos de Copiapó. Nadie trabajaba, se cerraban los negocios y todos se entregaban al jolgorio.

Menos favorable fue la lluvia, por cierto, para las casas, que son casi todas construcciones de adobes, con techos formados por una capa de juncos y otra de barro, de modo que había goteras en todos los edificios, a las que se añadía el agua que penetraba desde las calles, donde corrían verdaderos arroyos.

Por suerte, la lluvia no duró mucho, pues en caso contrario hubiera ocasionado grandes perjuicios. Toda la ciudad ofrecía después un aspecto lamentable, casi cómico, pues, conforme a las disposiciones policiales, todas las casas se encuentran blanqueadas, y el barro de los techos había comenzado a correr sobre las murallás, ensuciándolas.

Al cesar la lluvia, se inició un movimiento muy activo y bullicioso: había música en casi todas las casas y se cantaba, bebía y jugaba. En la plaza de armas se encendieron fuegos artificiales y las festividades duraron toda la noche.

Al día siguiente, me dirigí a caballo a Tres Puntas, en compañía de algunos amigos. Llegamos con toda felicidad, pero no quedamos poco sorprendidos cuando vimos que en la placilla había nieve hasta una altura de tres pies. La nieve demoró varios días en derretirse y, como la estada era poco grata y muy fría, sólo permanecimos el tiempo indispensable para visitar las minas más interesantes y regresamos a los dos días a Copiapó. Nos encontramos con que todo el valle y las laderas de los cerros, normalmente arenosos y cubiertos de cantos rodados, estaban tapizados de verde, como consecuencia de la lluvia. Desgraciadamente, eso duró sólo breve tiempo, pues los quemantes rayos solares destruyeron luego los tiernos tallos de las plantas y la región volvió a ofrecer su antiguo aspecto, gris y desolado.

* * *

Una de las noches siguientes, cuando había recibido visitas de Valparaíso, volvió a repetirse un fuerte temblor. La mayoría, con sólo la camisa de dormir, salió corriendo a los jardi-

nes y calles. Apenas habíamos abandonado también nosotros nuestras camas, se escuchó un trueno subterráneo violentísimo, al que siguió un estremecimiento horizontal muy fuerte, de modo que cayó uno de mis amigos, después de lo cual siguieron las oscilaciones del suelo, que apenas nos permitían mantenernos en pie. Se produjo un segundo remezón y todo quedó en calma. Temerosamente, la población de Copiapó regresó a sus casas, pero mis huéspedes se habían asustado de tal manera que se vistieron rápidamente, y fue imposible inducirles a que se recogieran de nuevo.

Cuando estábamos tomando el desayuno, al día siguiente, escuchamos repentinamente un disparo, y luego cuatro más, que provenían de la casa vecina, donde vivía un inglés amigo mío. Entramos llenos de curiosidad y encontramos en la galería, bañada en sangre, a una joven de apenas diecisiete años de edad. Era una muchacha que había tenido relaciones con el inglés y acababa de suicidarse con un revólver, por celos. Primero se había disparado una bala a través del pecho, pero como no resultara mortal, se descerrajó también las cuatro restantes. Sin duda, ello revelaba una gran valentía de parte de una joven.

Capítulo XXI

PELIGROSA SITUACIÓN EN UNA MINA DE PLATA DURANTE UN FUERTE TEMBLOR

En los primeros días de septiembre me fui de nuevo a caballo a Tres Puntas y, cuando acababa de llegar muy cansado a la mina *La Cobriza,* ocurrió una desgracia. A tres mineros, por un descuido, se les inflamó un depósito de pólvora y sufrieron quemaduras tan grandes que había que temer por sus vidas o, al menos, por su vista. Mediante lavados permanentes con aceite, se logró finalmente conservarles una y otra, pero los desgraciados tenían un aspecto realmente horrible. Como

estaban hospitalizados en mi pieza, encomendé su cuidado al administrador y a los obreros, que habían suspendido los trabajos cuando ocurrió el accidente a fin de poder asistir a los heridos. Por mi parte, tomé una vela de minas y bajé al pique para inspeccionar.

Cerca de medianoche, después de una prolongada visita a los diferentes laboreos, decidí volver y comencé a subir desde las honduras de la mina. Cuando estaba a mitad de camino y me aprestaba a atravesar la boca de un pique vertical, equilibrándome sobre una viga provista de incisiones, retumbó repentinamente el interior de la tierra de una manera que infundió terror y espanto. En seguida un breve movimiento en sentido vertical me hizo caer al suelo y me anunció con excesiva insistencia que estaba ocurriendo un nuevo temblor. Al caer, la vela se me escapó de las manos y se apagó, de modo que me encontraba en la más absoluta obscuridad, solo y a pocos pasos del profundo pique.

Conocedor de lo peligroso de mi situación, pues un segundo remezón podía hacerme deslizar sobre el suelo rocoso inclinado y precipitarme en el pique, me sujeté con verdadera desesperación a la punta de una roca saliente.

No tuve que esperar mucho para que se sintiera otro remezón. De nuevo retumbó la tierra y se produjo un movimiento oscilatorio, que me meció durante un minuto como si estuviera en una cuna. En seguida, sin embargo, las oscilaciones se hicieron cada vez más débiles, para terminar finalmente por completo, de modo que abrigué la esperanza de que el temblor había pasado.

Pero me había equivocado por completo. Los remezones precedentes sólo habían sido el preámbulo de una situación que se tornó desesperada, pues, repentinamente, se escuchó desde las profundidades de la tierra un estruendo formidable. Era un ruido similar a un trueno y, a la vez, un crujido, una crepitación como si se trizaran y quebraran rocas que luego fueran arrojadas a una profundidad inconmensurable, donde se destrozaban. Con todo ello casi quedé aturdido, y siguió de inmediato un violento remezón horizontal, que me arrojó de mi punto de apoyo e hizo que comenzara a deslizarme.

En medio de un espanto difícil de concebir, hice todo lo posible para mantenerme, pero fue inútil. Siguió otro remezón violentísimo y seguí rodando sin remedio hacia el pique.

Ya se encontraba la mitad de mi cuerpo sobre él y lancé un grito de desesperación. Entonces la Divina Providencia tuvo la gracia de hacerme encontrar la viga tendida sobre el pique, y asiéndome desesperadamente a ella con los dos brazos, me encontré pendiente sobre la espantosa profundidad. Reuní toda mi energía para alzarme hasta la viga, pero fue en vano: no poseía suficiente fuerza para ello. ¡Qué terribles momentos! Advertí claramente cómo se desvanecían mis energías y era capaz de mantenerme sólo algunos segundos más, antes de precipitarme a las profundidades.

Encomendé mi alma a Dios y sólo le imploré que me concediera una muerte rápida, pues más de una vez había tenido oportunidad de ver a mineros caídos al fondo de los piques. Como éstos no se encuentran enmaderados, habían ido dando bote de una roca saliente a la que seguía, hasta llegar abajo totalmente mutilados, con las costillas, los brazos y las piernas quebradas. Solían sacarlos vivos a la superficie, donde morían en medio de terribles padecimientos.

Una vez más, una última vez, en mi mortal terror, con energía realmente sobrehumana, procuré izarme, y la suerte me acompañó, pues tuvo éxito mi maniobra. Dándome un vigoroso impulso, del que dependía mi vida o muerte, alcancé con el pie una roca saliente. Temeroso de que también se desvaneciera esta última esperanza y la roca no fuera capaz de sostenerme, sólo me aventuré a apoyar primero la punta del pie y sólo poco a poco toda la planta, pero, afortunadamente, la roca tenía suficiente resistencia.

Así como acababa de implorar al Creador que me concediera una muerte rápida —pues todo fue obra de pocos minutos—, le rogué ahora que me salvara. Pero ese instante tardaba, pues mi situación volvió a empeorar. Nuevamente se escuchó un trueno y un terrible estruendo desde el interior de la tierra, otra vez se produjo un violento remezón, de modo que tuve que concentrar toda mi energía a fin de no perder mi punto de apoyo. Mas, para colmo de mi espanto, el primer

temblor había removido una cantidad de rocas con peso de varios quintales que se encontraban en los costados de un chiflón muy inclinado y el segundo remezón las precipitó con formidable estruendo y terrible velocidad hacia donde yo me encontraba.

Pero las rocas cayeron a mi lado y sólo una me hirió. Así tuve la suerte de que también ese peligro pasara. Los elementos, tan profundamente irritados, volvieron a calmarse; los estruendos y truenos, como también las oscilaciones, se volvieron cada vez más débiles, hasta cesar del todo. Era también el momento de que así ocurriera, pues la pérdida de sangre debida a la herida, hizo disminuir sensiblemente mis fuerzas, de modo que si no se me salvaba luego de mi espantosa situación, estaba perdido.

Como ni mi administrador ni los mineros, que sabían que me encontraba solo en la mina, hacían empeño alguno para buscarme, tuve la terrible sospecha de que la mina se encontraba derrumbada, lo que implicaba para mí la disyuntiva de soltar la viga, para destrozarme en el fondo del abismo, o esperar a morirme lentamente de hambre.

Después de algunos minutos, que no olvidaré jamás, escuché, por fin, voces humanas que se acercaban poco a poco. Vi en seguida una luz pálida, y pronto mi administrador y los mineros se encontraban a mi lado. Ellos me transportaron fuera de la mina, pues fui incapaz de salir por mis propias fuerzas, debido al espanto y la angustia que habían paralizado mi organismo.

Capítulo XXII

DEMOSTRACIÓN CONTRA LOS JESUITAS

El 23 de diciembre ya habían llegado a Copiapó la mayoría de los mineros del Desierto de Atacama, y de las quebradas de la cordillera andina, para celebrar la Navidad, y en todas las

calles reinaba gran animación, sobre todo en las tiendas, almacenes de abarrotes, restaurantes y locales de diversión.

Al mismo tiempo había concurrido también un gran número de extranjeros, entre ellos varios alemanes, llegados en vapor desde Valparaíso, unos para adquirir participaciones en las minas de plata, otros para trabajar en ellas. Entre los recién llegados se encontraban también algunos padres jesuitas de Santiago.

A la mañana siguiente se propagó con asombrosa rapidez el rumor de que los jesuitas habrían venido para excitar al pueblo contra los extranjeros, sobre todo contra los protestantes y judíos, para expulsarlos de la provincia y del país.

Como ya se habían reunido grandes masas humanas en la plaza principal, gritando y vociferando, uno de los más reputados dueños de minas envió por mí y otros compatriotas para que nos juntáramos en su casa, a fin de protegernos.

Al mediodía se colocó en las puertas de las iglesias y en todas las esquinas de la ciudad, un edicto del Arzobispo de Santiago, del que se repartieron también miles de ejemplares en las calles, de modo que pronto pudimos disponer de un ejemplar, que conservo hasta ahora como recuerdo.

Era del siguiente tenor:

"A todos universalmente ordenamos, bajo pena a nuestro arbitrio, a más de las que dispone el derecho, que hagan ante Nos o ante nuestros covisitadores, la denuncia de los que por hecho o palabra sean sospechosos de herejía, excomulgados o que de alguna manera perviertan las costumbres, exhortando y rogando en el Señor a todo aquél que tuviese que comunicarnos cualquier asunto, se desnude de toda pasión y mire en lo que hace únicamente a la gloria del Señor".

Poco después supimos que ya se había procedido a formar una lista con los nombres de todos los extranjeros de Copiapó, la que se habría entregado a los jesuitas, a fin de que excitaran al populacho a expulsarnos o asesinarnos.

El plan de los jesuitas, de dar a conocer el edicto en el preciso momento en que los mineros, los bandidos y la chusma se habían reunido en gran número, era, sin duda, inteligen-

te, pues podían usar como instrumentos a muchos de ellos, que se encontraban embriagados.

Poco después de mediodía apareció el diario *El Copiapino*, que reproducía en sus columnas el edicto, pero con el siguiente agregado:

"Hiriendo el presente edicto de muerte el buen sentido, la civilización y la gloria del Señor, cuya majestad invoca hipócritamente, y siendo, por otra parte, antisocial, inhumano y bárbaro, se invita universalmente a las personas de sano corazón concurran el domingo, 25 del corriente, a las 6 de la tarde a la estación del ferrocarril de esta ciudad, en cuyo punto será dicho edicto quemado públicamente, como testimonio solemne de reprobación y de que Copiapó no consiente ni consentirá jamás que en su seno se abran las hogueras del Santo Oficio".

Si bien este artículo era favorable para nosotros, ¿qué podía lograr contra una horda ebria y fanatizada por los jesuitas?

Cuando llegó a nuestro huésped la noticia de que la plaza principal y las calles se encontraban repletas de un gran gentío, cuya gritería pudimos escuchar finalmente, nuestra situación comenzó a volverse algo crítica, y temíamos, sobre todo, que el dueño de casa, conocido como amigo de los extranjeros, pudiera sufrir por habernos dado acogida.

Repentinamente, oimos varios disparos y miles de voces, y uno de los mozos de la casa, que había sido despachado para averiguar noticias, se precipitó en la habitación. Todos creíamos que nos anunciaría el asalto de la casa, pero tuvimos la agradable sorpresa de saber por él que los vecinos de la ciudad, después de leer *El Copiapino*, se encontraban irritados en tal forma contra el arzobispo y los jesuitas, que no querían esperar al día siguiente para quemar el edicto, sino que lo harían de inmediato frente a la iglesia principal. El pueblo ya se había dedicado a arrancar ese documento de los lugares donde había sido fijado, para escupirlo y pisarlo.

En efecto, poco después se presentó ante nosotros una delegación formada por los primeros ciudadanos de Copiapó, que invitó a los extranjeros presentes a dirigirse con toda confianza a la plaza principal. Accedimos de inmediato a la invita-

ción y nuestra llegada fue recibida con grandes aclamaciones.

De todas partes afluía gente a la plaza, trayendo ejemplares del edicto, para quemarlo. Se erigió una especie de tribuna, frente a la cual se acumuló un gran número de ejemplares de aquel documento, y en el preciso instante en que un orador se dirigía a la tribuna, llegó a la plaza un destacamento de soldados, con la orden de despejarla. Pero la masa excitada no cedió un paso, y la fuerza armada habría tenido que recurrir a las armas para abrirse camino en medio de ella.

Cuando el Intendente supo que no era posible hacer cumplir la orden sin derramar sangre, concurrió personalmente, para declarar que él también era contrario al edicto, pero no podía tolerar que los vecinos de Copiapó realizaran, en la plaza, el acto que se proponían, por lo cual les insinuaba que se dispersaran, o bien, si insistían en llevar a cabo sus propósitos, lo hiciesen fuera de la ciudad, a fin de que no se le pudiese hacer responsable.

El discurso del Intendente fue recibido con grandes aplausos, y entonces se dirigió un desfile compuesto de varios millares de personas a la estación, donde se amontonaron los edictos y se improvisó otra tribuna.

Luego, los documentos fueron incendiados, y mientras por todas partes sonaban fuertemente las campanas, de las que se había apoderado el pueblo, reinaba en el recinto mismo el más absoluto silencio, hasta que todos los edictos se hubieron quemado y transformado en ceniza.

Entonces hizo uso de la palabra un ciudadano de Copiapó. Agradeció a todos por haber aceptado la invitación, e hizo ver que los extranjeros no habían llegado como enemigos, sino como amigos. Expresó en seguida, con poderosa voz, de modo que lo pudieran escuchar todos los presentes, hasta una gran distancia, que "quemaban libre y espontáneamente el salvaje edicto, en nombre de Copiapó, sobre los rieles que habían traído la ilustración, la luz y el progreso de todo orden a la ciudad, y para exteriorizar al arzobispo y a los jesuitas nuestro repudio y a los extranjeros nuestro respeto. ¡Que se enteren los primeros del espíritu que reina en Copiapó en 1853!" El discurso fue aclamado frenéticamente.

En seguida subió un segundo ciudadano a la tribuna y expresó textualmente que "dos épocas gloriosas ha tenido Chile: la de nuestra emancipación política, verificada el año 10, en que *por la razón o la fuerza* se elevó al rango de una nación libre e independiente, y el 25 de diciembre de 1853, en que el pueblo en masa protestó contra los principios de espionaje elevados a máximas religiosas. En este día ha proclamado altamente su emancipación de toda influencia jesuítica, de todo principio retrógrado, y ha presentado al gobierno el apoyo moral y físico para marchar resueltamente por el camino de la reforma y del progreso" *.

Habló luego un tercer orador. Después de pedir a la asistencia que practicara la amistad y el amor en el trato con sus congéneres y de expresar el deseo de que cada extranjero encontrara en Chile una segunda patria, vivó a los extranjeros, lo que el gentío acogió con grandes aclamaciones.

En seguida se disgregó la masa, a fin de entregarse a las diversiones de la fiesta de Pascua, y a las pocas horas se escuchaba de todas las casas músicas y cantos, y los extranjeros, ahora muy celebrados, bailaban con las hijas y bebían con los hijos de la ciudad.

En la tarde hubo fuegos artificiales en la plaza principal y, a pedido de la población se representó en el teatro la obra *Fanatismo y Superstición, o Carlos II, el Hechizado.* El numeroso público aplaudió frenéticamente todas las alusiones en que se atacaba con energía a los jesuitas.

Las festividades duraron varios días, y el drama en cuestión fue representado cuatro veces, con las localidades agotadas. Los jesuitas regresaron rápidamente a Valparaíso o Santiago y la reputación del arzobispo sufrió mucho, debido al torpe documento que había firmado.

En cambio, debo destacar, en honor del cura párroco de Copiapó, quien era un excelente pastor de las almas, que es-

---

* Citado según el texto publicado por *El Copiapino* el 27 de diciembre de 1853. (N. del T.).

taba muy indignado por el edicto y nos expresó su opinión en forma franca y abierta. Me visitó ese mismo día, para invitarme a su casa con algunos otros extranjeros, lo que aceptamos con especial agrado *.

Capítulo XXIII

MI VIDA EN LAS MINAS DE PLATA DEL DESIERTO DE ATACAMA

Había transcurrido ya un año y medio desde que iniciara la explotación de mis siete minas argentíferas. Gracias a un esfuerzo ininterrumpido y empeñoso alcanzaban ya apreciable profundidad, pero sin dar el menor resultado positivo. Mas la formación geológica prometía un alcance rico en cualquier instante.

Como no era posible, sin embargo, precisar en las ricas minas vecinas cuál era la veta tan inmensamente productiva, entre las numerosas que cruzaban el terreno, no podía tampoco saber en cuál de mis minas, que rodeaban a las primeras como un cinturón, se encontraba esa veta.

---

* El episodio que relata el autor en este capítulo tiene gran interés y trascendencia, por varios motivos. En primer lugar, revela que ya a fines de 1853 se estaba preparando la llamada "lucha religiosa" que estallara abiertamente en la segunda Administración Montt, cuando fue extrañado del país el autor del edicto que cita Treutler, el Excmo. Arzobispo don Rafael Valentín Valdivieso.

Lógicamente, el sentido del edicto no consistía en desencadenar una persecución de los extranjeros, sino que estaba destinado únicamente a velar por la pureza de la fe.

Pero podía, sin duda, ser aprovechado indebidamente para los fines a que se refiere Treutler.

Luego es interesante que intervinieran en el conflicto habido en Copiapó los jesuitas. Habían sido expulsados éstos en 1767 por el régimen español y estaban haciendo en aquel tiempo las primeras gestiones para regresar al país, lo que motivó violentas discusiones parlamentarias. Sólo a principios del año siguiente se establecieron, de hecho, sin autori-

Por eso trabajaba hasta ahora mis minas con escasa intensidad, fijándoles un presupuesto mensual de sólo 300 pesos a cada una, de modo que *invertía mensualmente* 2.100 en las siete minas y había gastado 37.800 pesos en los dieciocho meses, un capital que había reunido por medio de la venta de barras.

Hasta entonces dirigía personalmente la explotación de mis minas, y me iba a caballo a Copiapó, todos los fines de mes, para retirar de mi banquero el dinero necesario para pagar a los trabajadores y comprar materiales y alimentos; regresaba siempre a Tres Puntas el día primero de cada mes, para los pagos.

Las informaciones que he dado sobre el pueblo y la clase de gente que en él vivía, habrán permitido al lector formarse una idea sobre la vida que tenía que llevar allá. Sólo mi entusiasmo y cariño por la minería pudieron inducirme a soportar durante tanto tiempo una vida tan llena de privaciones.

En el terrible desierto donde me hallaba no existe ningún árbol ni arbusto, ninguna plantita ni ser viviente, y me rodeaba la hez de la humanidad. El clima no era mejor, pues el sol quema de día y, de noche, el viento que baja de los Andes cubiertos de nieve, me helaba aun dentro de mi choza. Los vientos solían ser tan fuertes que dificultaban la respiración y ocasionaban intensos dolores de cabeza, y los bruscos cambios de temperatura entre el día y la noche me provocaban

---

zación especial, en Santiago. Una parte de la opinión pública los consideraba en aquel tiempo como una encarnación del espíritu de intolerancia y fanatismo, como lo revelan los documentos citados en el texto. En realidad, tales cargos eran totalmente infundados, como lo han comprobado los hechos posteriores, pues constituyen hoy día una de las órdenes mejor reputadas en el país, con grandes méritos por la propagación de la fe, la enseñanza y la caridad, lo que la opinión pública reconoce en nuestros días en forma unánime.

Finalmente, los hechos que cita Treutler —y que no se encuentran reflejados en las obras escritas por nuestros historiadores de la época— tienen también gran interés para comprobar cómo en 1853 ya se estaba gestionando en Copiapó la formación de un nuevo partido político, el radical, que formalmente sólo se constituyó años más tarde —en 1862—, pero cuyos fundamentos ideológicos ya se reflejan fielmente en las declaraciones hechas con motivo de los sucesos que relata Treutler. (N. del T.).

agudos dolores reumáticos. A todo eso hay que agregar que, día tras día y mes tras mes, la alimentación consistía sólo en pan, café, higos secos y fréjoles, pues la carne fresca era muy rara, y, cuando la había, no era, por lo general, fresca, y sólo se la podía conseguir a precios exorbitantes; también el agua era, a menudo, de mala calidad y no potable.

Deben tenerse en cuenta, además, los esfuerzos que exigía la dirección personal de todas las minas. Tenía que señalar y controlar, tanto de día como de noche, todos los laboreos y, para entrar o salir de ellos tenía que bajar o subir por escaleras de patilla, consistentes en toscos troncos incrustados en las paredes de los piques y provistos de entalladuras, y tenía que equilibrarme sobre vertiginosos abismos, a lo largo de estrechos senderos manchados con el sebo de las velas, que se llevaban afirmadas en un bastón. A todo esto deben agregarse las pesadas y peligrosas cabalgatas a través del desierto que tenía que realizar todos los meses. Y, finalmente, ¡qué escenas tenía que presenciar entre esa gente embravecida y brutal, y cuántas veces veía en peligro mi propiedad e incluso mi vida!

Sólo el amor a mi profesión y el cariño a mis minas me permitieron soportar estos padecimientos y sentirlos menos duros.

Y, sin embargo, ¡qué contento solía hallarme, a pesar de todo, en mi sencilla choza, cuando descansaba de noche en mi cama y escuchaba alrededor y debajo de mí, en las profundidades de la tierra, una incesante actividad, cuando llegaba hasta mi oido el golpe acompasado del combo de los barreteros y se alternaban los tiros de las explosiones!

¡Cuántas veces me apresuraba desde mi cama al pique, a fin de ver qué resultado había tenido el último tiro, que podía haber puesto en descubierto una veta rica!

El cariño que un auténtico minero tiene por su mina es similar al de una madre por su criatura, y la excitación que lo acompaña puede ser comparada, sin duda, a la de un jugador que se encuentra sentado a una mesa cubierta de oro y juega toda su fortuna, o quizás la existencia misma.

Debido a esta actividad tan dura, mi salud se encontraba tan resentida, que me vi en la necesidad de encomendar la administración a otras manos, por mucho que lo sintiera. Con-

traté, por consiguiente, los servicios del ingeniero Louis Schnakenberg, de Cassel, y más tarde los del ingeniero Friedrich Krause, de Sajonia, como administradores, y entregué la administración general a la importante casa comercial Louis Osthaus, de Valparaíso, que había participado sobre todo en mis minas, y ésta envió a Copiapó, como apoderado, a don Hugo Jenquel, de Hamburgo. En cuanto a mí, me dirigí con el próximo vapor a Valparaíso.

Capítulo XXIV

1854. VIAJE A LAS MINAS DE PLATA DE CHAÑARCILLO

Todos los meses descubrían nuevas y ricas vetas metaliferas en el Desierto de Atacama y se iniciaba así la explotación de infinitas nuevas minas.

Los magníficos resultados que se lograban en los diversos distritos mineros habían despertado el mayor entusiasmo, no sólo en Copiapó, sino también en Valparaíso y Santiago, cuya población participaba con varios millones de pesos en las minas. Más que nunca, los cateadores recorrían las quebradas andinas y el desierto, y se organizaron compañías mayores, que equiparon costosas expediciones, a fin de reconocer esas comarcas en todas direcciones. Una consecuencia natural fue que mientras antes se descubrían sólo una vez al mes nuevos yacimientos de oro, plata o cobre, ahora se hablaba casi diariamente de tales hallazgos. Así no sólo se manifestaba un gran movimiento en los negocios, sino que reinaba una verdadera fiebre minera, y todos trataban de enriquecerse rápidamente.

Este auge de la minería, hizo florecer naturalmente el comercio. Mientras los dueños de las minas hacían en ellas grandes inversiones, lo que les permitía adquirir o también perder, a veces en corto tiempo, grandes fortunas, se embarcaban

en Valparaíso ingentes cantidades de mercaderías para Copiapó, las que proporcionaban a sus despachadores y revendedores, utilidades no tan rápidas pero mucho más seguras que las de las minas y, en todo caso, apreciables.

Los principales distritos mineros, es decir, el de *Chañarcillo,* descubierto en 1832, y el de *Tres Puntas,* en 1848, se encuentran a una distancia de diez y de dieciséis leguas, respectivamente, de Copiapó. Así, la de comunicar a esos dos centros con Copiapó por ferrocarril era una empresa importante y que podría rendir muy buenas utilidades. De tal manera sería posible, por una parte, abastecer a las minas en forma rápida y barata de obreros, agua, víveres y todos los materiales necesarios; por otra parte, los minerales podrían ser despachados a mucho menor costo no sólo a Copiapó, sino directamente a Caldera, que era el puerto de embarque.

Estos proyectos ferroviarios no interesaban, sin embargo, sólo a los centros mineros de *Chañarcillo* y *Tres Puntas,* sino también a todo el terreno que cruzarían las nuevas líneas, pues en él existían innumerables vetas metalíferas nobles y había también laboreos ya iniciados. Pronto se trazaron los recorridos a ambos puntos, y como el terreno en el que se dirige a Chañarcillo no ofrece dificultades y los costos fueron estimados muy bajos, la misma compañía a que pertenecía el ferrocarril de Caldera a Copiapó, acordó prolongarlo al interior del valle de Copiapó, en dirección a Chañarcillo.

Vivía ya dos años en esta provincia, y no había tenido tiempo para visitar este rico e interesante mineral. Como su importancia aumentó mucho con el ferrocarril proyectado y se ofrecía para realizar nuevas especulaciones, como ser, el denuncio de antiguas minas abandonadas o la compra de desmontes, para despachar los minerales por ferrocarril al puerto, me apresuré a viajar allá, a fin de participar en las minas.

A fines de enero, acompañado sólo por un mozo, me dirigí a caballo desde Copiapó hacia el Norte. Tenía que recorrer primero el mismo camino que va a Tres Puntas, aguas arriba del valle, por el barrio de San Fernando al Pueblo de Indios, hasta el punto en que un amplio valle se dirige de Norte a Sur. Para ir a Tres Puntas tenía que seguir desde ahí hacia el

Norte, pero ahora cabalgué hacia el Sur, siguiendo a orillas del río, que transformaba el valle en un vergel hasta donde alcanzaba su humedad. Los elevados faldeos a ambos lados se presentaban pelados, sin vegetación alguna, pero la roca obscura estaba cruzada por infinitas vetas cupríferas, de bellísimos colores azules y verdes, que daban a todo el paisaje un aspecto interesante.

Tierra Amarilla, aldea adonde llegué poco después, contaba unos cuatrocientos habitantes, los que vivían, en parte, de la agricultura, o en minas cupríferas situadas ahí mismo, la más importante de las cuales tenía el nombre de *Alcaparrosa*.

Siguiendo por el valle hacia su origen, llegué pronto a un lugar denominado Punta del Cobre, en cuya vecindad se encontraban las ricas minas cupríferas de *Ojancos*, que eran explotadas. Desde ahí se llegaba al caserío de Mal Paso, luego a Nantoco, en cuyos alrededores estaban situadas las importantes minas cupríferas de *Checo*, cuya explotación se estaba preparando, luego a Cerrillos, Totoralillo y, finalmente, a Potrero Seco, donde pernocté en casa de un amigo, administrador de una importante planta de amalgamación, movida por fuerza hidráulica obtenida del riacho.

A la mañana siguiente abandoné Potrero Seco y, dirigiéndome desde allí hacia el Sur, me despedí de este valle y comencé a transmontar la cordillera, donde terminaba toda la vegetación. Pasé primero por una quebrada larga y muy estrecha, para llegar en seguida a un cerro abrupto y alto, al que sube el camino dando vueltas y revueltas; volví a bajar a un valle profundo y estéril, y después de avanzar una hora a caballo, alcancé el pueblo de Chañarcillo, llamado también Placilla de Juan Godoy, donde me hospedé en un pequeño hotel.

Este pueblo, que cuenta unos cuatro mil habitantes, está situado a unas diez leguas de Copiapó y a una altitud de 4.473 pies, casi al pie del abrupto cerro de Chañarcillo. Este es un estéril contrafuerte de la cordillera andina, horadado desde el pie hasta la cima por centenares de minas de plata en explotación. Pero las minas no se encontraban solamente en este cerro, sino también en las llanuras alrededor del pueblo e in-

cluso en las calles mismas. Además, hay otros distritos mineros en un radio de algunas leguas, como Bandurrias, Cerro Blanco y otros, que suministraban grandes cantidades de plata.

El distrito minero de *Chañarcillo* fue descubierto en 1832 por un pobre cateador, Juan Godoy, quien encontró en la falda del cerro, grandes bolones de plata maciza e hizo de inmediato el pedimento. Pero Godoy vendió poco después sus derechos a la familia Gallo, de Copiapó, por una pequeña suma, que derrochó en seguida. El minero descubridor murió más tarde en la pobreza y la familia Gallo obtuvo una utilidad de varios millones de pesos sólo de aquella mina, *La Descubridora,* que siguió proporcionando grandes cantidades de plata.

Al conocerse ese importante descubrimiento, los mineros afluyeron en gran número para reconocer los terrenos vecinos, donde encontraron innumerables vetas argentíferas, cuya explotación fue iniciada. Pronto se establecieron aquí tiendas, cantinas, restaurantes, chinganas, garitos, y de toda la República afluyeron prostitutas al nuevo Eldorado, naciendo así esta placilla. Como este yacimiento suministraba desde 1832 una producción de varios millones de pesos al año, se había erigido, en 1851, a su descubridor Juan Godoy, el monumento ya mencionado, en la plaza principal de Copiapó.

El pueblo de Chañarcillo era muy similar al de Tres Puntas. La plaza en que se encontraba el hotel estaba cubierta por una gruesa capa de arena. Por todas partes había en las calles tanta basura, especialmente ropa sucia, cráneos de vacunos, botellas quebradas, perros muertos, etc., que producía asco. También aquí los mineros vivían en las minas, y sólo desde el sábado en la tarde hasta el lunes en la mañana el pueblo era invadido por millares de ellos. Entonces había música y canto en casi todas las viviendas, y se tomaba y jugaba en exceso, hasta que se derrochaba todo el dinero ganado con tanto esfuerzo.

Cerca del pueblo había agua, las cercanas quebradas de la Cordillera suministraban leña y llegaban pescado y otros productos del mar por el valle que había recorrido. Desde el puerto de Huasco, que no queda muy lejos, se enviaban también

esos suministros, y los pueblos de Freirina y Vallenar despachaban hortalizas y frutas. Así, los alimentos en Chañarcillo eran más baratos que en Tres Puntas, por consiguiente, los jornales resultaban más bajos y la minería, en general, de costos más reducidos.

Era interesante observar desde este lugar el abrupto cerro de Chañarcillo, pelado y sin vegetación, y cubierto por más de cien casas aisladas, cada una perteneciente a una mina de plata. Frente a cada edificio se acumulaban grandes desmontes de rocas, y por todas partes se trabajaba febrilmente. Sólo pocas de estas minas poseían piques perpendiculares, a través de los cuales se extraía el mineral con la ayuda de malacates a caballo. De las restantes el mineral era sacado a la superficie, desde una profundidad de mil a dos mil pies, en capachos sobre las espaldas de los apires, que subían por chiflones en espiral.

De todas partes del cerro estos apires salían repentinamente de las bocaminas con su carga, para depositar el mineral sobre la cancha situada frente al edificio, o echar la roca estéril al desmonte y desaparecían luego como gnomos en sus cuevas. Frente a los edificios estaban sentados operarios que desmenuzaban el mineral argentífero y en muchos lugares había gente ocupada en poner a luz vetas recién descubiertas y construir chozas. Trepaban el cerro tropillas de asnos, cargados de agua y acompañadas por sus arrieros, a fin de abastecer a las minas, como también largas tropas de mulas, que transportaban materiales de minas y víveres. En dirección contraria bajaban del cerro, lentamente, tropas de sesenta a cien mulas, cargadas de minerales argentíferos, seguidas por un buen número de cuidadores armados y encabezados por una madrina, adornada festivamente con cintas y campanas y campanillas colgantes. De vez en cuando, aparecían guanacos en los faldeos de los otros cerros, mientras un cóndor, en compañía de jotes, giraba a grandes alturas sobre el pueblo y se precipitaba a menudo ansiosamente sobre una víctima, para llevársela a su nido.

* * *

Al atardecer se reunían en el hotel numerosos administradores de minas; se jugaba y bebía; al caer la noche, aparecían prostitutas con arpas y guitarras, brotaba la música, se cantaba y bailaba, el champaña corría a raudales y se celebraban orgías hasta el amanecer.

Al día siguiente visité temprano a un comerciante alemán de apellido Piderit, instalado allí y pariente de mi médico de Valparaíso. Otro alemán, herr Lübren, de Bremen, que acompañaba a Piderit, me proporcionó interesantes informaciones sobre las minas, la plaza, sus condiciones y sus habitantes. Conocí allí también a siete mineros alemanes, provenientes, la mayoría, del Harz. Su trabajo consistía, sobre todo, en construir los piques perpendiculares, o se les ocupaba, debido a su honradez, en los laboreos donde la plata se presentaba en forma pura; ganaban mensualmente cien pesos, casa y comida libres.

Cerca del mediodía subí al cerro, acompañado por varios de estos mineros, para informarme de las condiciones geológicas y mineralógicas de este distrito y de la forma en que se presentaban la plata, los trabajos mineros, etc. Después de haber dedicado no sólo uno, sino varios días a ello y haber solicitado nuevas minas, regresé por el mismo camino a Copiapó.

Capítulo XXV

INTENTAN ASESINARME EN TRES PUNTAS

Poco después de mi regreso de Chañarcillo, se volvieron a descubrir nuevas y ricas vetas argentíferas en Tres Puntas. Me dirigí de inmediato allá y no pude resistir a la tentación de adquirir algunas barras más, entre las que autorizaban para cifrar grandes esperanzas, sobre todo las de *La Cobriza*, de la que compré varias, pagando 4.000 pesos por cada una.

No fue pequeña mi sorpresa cuando supe que durante mi ausencia y con falsos pretextos, un argentino de apellido Ro-

mán había alejado a mis obreros de mi mina *La Presidenta*, para apoderarse de ella. En la madrugada siguiente —era el 1º de mayo— me dirigí de inmediato, sin acompañamiento, a aquella mina, donde el intruso contestó mi pregunta acerca del derecho que tenía para apoderarse de mi propiedad, expresando que me asesinaría si no me alejaba de inmediato. Pero, como estaba en mi derecho, no me dejé intimidar y no me moví de donde estaba. Román me hirió con una gran piedra en la cabeza, en tal forma que caí sangrando y sin conocimiento. No contento con ello, y redoblando su furia como un tigre que ha olido sangre, me ocasionó otras heridas más y me arrojó en seguida unos cincuenta pies hacia abajo, por el desmonte pedregoso, a cuyo pie quedé como muerto.

Como mis otras minas se encontraban en la vecindad, concurrieron pronto mis empleados y obreros con sus herramientas y cuchillos para auxiliarme. Tras breve lucha, lograron desarmar al furioso individuo, y pronto apareció también el juez del pueblo, acompañado por algunos soldados. A Román lo condujeron a la prisión, donde se le colocó en el cepo, mientras a mí me transportaban como muerto a mi mina *Consuelo*.

Después de lavarme y examinar mis heridas, declaró un médico que había sido llamado, que aun cuando todavía tenía vida, las heridas eran tan graves que pronto moriría. Tenía cuatro heridas en la cabeza, el hueso nasal destrozado y, debido a lesiones interiores, la sangre corría por la garganta; tenía también numerosas heridas menores, de modo que el médico tuvo muchas dificultades para evitar que me desangrara.

Mi administrador de minas, Krause, había despachado inmediatamente un mensajero a Copiapó, a pedir un coche que me llevara, vivo o muerto, a esa ciudad. El coche llegó al día siguiente, me pusieron en él, a pesar de encontrarme todavía en pleno letargo, y acompañado por el médico, andando al paso, llegué al otro día a Copiapó.

Al día siguiente a mi llegada afluyó gran parte de la población de la ciudad a mi casa, parte por simpatía, parte por curiosidad, pues el diario *El Copiapino* había informado sobre el atentado de que fui víctima, con la noticia de que ha-

bía muerto y dedicándome una honrosa necrología. Así, la sorpresa no fue pequeña cuando se supo que había despertado de mi prolongado letargo.

Mi estado fue grave durante cuatro semanas, y sólo al cabo de ellas comencé a convalecer.

Capítulo XXVI

LA MINERÍA DE PLATA DESPIERTA GRAN ENTUSIASMO EN VALPARAÍSO

Después de haberme restablecido medianamente, me dirigí en el vapor *Lima* a Valparaíso.

Por este tiempo se habían vuelto a descubrir vetas argentíferas muy ricas, y debido a ello, la población de la ciudad, en especial las casas mayoristas extranjeras, que participaban fuertemente en las minas de plata, se encontraba en una tensión realmente febril. Apenas se había dado en la Bolsa la señal de que nuestro vapor se encontraba a la vista, una gran parte de la población se precipitó al desembarcadero. El comerciante cerró su negocio, el médico abandonó a sus enfermos, el maestro terminó sus clases en la escuela, el oficial abandonó a sus soldados, el marinero, el buque, el herrero, su yunque, los sastres, zapateros y otros artesanos sus talleres, los albañiles y carpinteros sus andamios, a fin de dirigirse al puerto y esperar el buque que estaba por llegar.

Como antes de jugarse una lotería, se vendían aquí, antes de conocerse las últimas informaciones, minas completas o sus barras, y ocurría que algunas, que se acababan de traspasar a precios exorbitantes, resultaban casi sin valor cuando llegaba el correo; pero, frecuentemente, pasaba también que otras, vendidas a precio muy bajo, demostraban ser muy ricas y les correspondía un elevado precio, de modo que el comprador hacía fortuna en pocos instantes.

Cuando entramos al puerto, se nos acercaban ya innumerables personas en botes, a fin de conocer las últimas noticias con algunos minutos de anticipación. Cada cual anhelaba recibir buenas nuevas con el vapor y la información de haber adquirido, quizás, una fortuna. Muchos sabían que yo había estado poco antes en Chañarcillo, y en Tres Puntas, por lo cual todos se aglomeraron precisamente en torno a mi persona cuando desembarqué y me hicieron simultáneamente centenares de consultas. Un inglés me tomó del brazo, interrogándome sobre las minas *Queen Victoria, Nelson* y *Wellington;* más allá, un francés preguntaba acaloradamente acerca de las minas *Napoleón, Mariscal Ney* y *Conde Chambord;* luego, algunos alemanes querían saber algo de las pertenencias *Germania, Alemania, Silesia,* etc.; y, finalmente, me hablaron otros sobre minas que decían ser riquísimas y muy famosas, pero que yo jamás había oído nombrar, a pesar de los buenos conocimientos que tenía de los distritos mineros, y que, seguramente, ni siquiera existían.

El entusiasmo por las minas y las estafas con minas habían alcanzado su culminación. Se vendían diariamente minas o barras por sumas importantes, y casi todos los comerciantes, médicos, empleados, sacerdotes, oficiales, profesionales e, incluso, prostitutas, poseían barras. Personas que llevaban una vida muy apacible y tranquila se contagiaban en tal forma con esta fiebre minera, que compraban frecuentemente a precios exorbitantes barras de minas que ni conocían. También personas de probada avaricia, que no se concedían jamás el menor placer, abrían sus cajas de fondo y cambiaban sus bolsas de oro por barras de minas que sólo les aportaban gastos y pérdidas.

Se me presentaban a veces situaciones muy difíciles cuando me pedían consejo en las compras de minas y cuando un negocio, a menudo importante, dependía de mi opinión. Ocurría, como se sabe, con bastante frecuencia, que minas que prometían poco o nada, resultaran repentinamente muy ricas, pero también que se agotaran de súbito minas que habían sido muy

ricas y cuyas barras tenían elevados precios. Evité dar consejos, hasta donde me era posible, pues no recibía ventaja alguna sino enemistades y perjuicios. En dos ocasiones, sin embargo, en que se trataba de operaciones por 50.000 y por 120.000 pesos, de las cuales el vendedor me había ofrecido el 10% de comisión si se hacía el negocio, no pude dejar de informar negativamente a los interesados, porque sabía que se trataba de estafas. La consecuencia fue que los vendedores, que tenían mucha influencia en Chile, se transformaron en mis eternos enemigos y me perjudicaron en todo sentido hasta el último instante que estuve en aquella República. Pero las casas comerciales a las que evité la pérdida de esas sumas con mi consejo, apenas tuvieron algunas palabras de agradecimiento. Si me hubiera pronunciado a favor de la compra, aquellos caballeros habrían sido mis amigos y habrían podido serme de mucha utilidad por su situación e influencia; y, adicionalmente me habría enriquecido con una comisión de 17.000 pesos.

No especulé jamás con la venta de barras, y si lo hubiera querido hacer, me habría sido fácil desprenderme de las mías por la suma de 200.000 pesos, para retirarme con ese capital a Europa. Pero, como era un apasionado minero y tenía confianza en mis minas, empleé incluso dineros recibidos desde Europa en recuperar barras vendidas, teniendo que pagar a menudo por ellas dos o tres veces lo que había recibido.

Con cada nuevo vapor llegaban numerosas personas desde Copiapó para vender barras, y si no les era posible lograr el precio en efectivo, admitían en pago toda clase de mercaderías. Esto era mucho más conveniente para los comerciantes, pues ganaban así también en los productos, y muchos, que hasta ahora se habían resistido a la tentación de adquirir minas, comenzaron a participar fuertemente en ellas, logrando así colocar mercaderías que habían resultado invendibles. Después de breve estada, vendidas sus barras, los copiapinos regresaban en seguida, dueños de partidas de productos de toda índole, para establecer negocios en Copiapó y obtener a veces grandes utilidades adicionales con su venta.

Durante el año anterior se habían hecho también en Valparaíso grandes progresos locales. Sobre todo, había sido volado el promontorio de la Cordillera de la Costa denominado Cabo de Hornos, cuyas abruptas masas rocosas caían directamente al mar. Con el material precipitado a la bahía, se había formado un terreno donde se construyó a lo largo del mar una galería cubierta de vidrio y con ancho de veinte y largo de ochocientos pies, que recibió el nombre de "Pasaje Waddington". Arrendé en ella dos piezas contiguas, hermosas y altas, y como el edificio todavía no estaba terminado, las arreglé a mi gusto, como mansión particular agradable y elegante. No habría podido elegir, en realidad, una habitación más acertada, pues se encontraba en medio de la parte más importante de la ciudad y reunía dos condiciones muy agradables: ambas piezas tenían frente al pasaje, donde se encontraban las más afamadas tiendas de lujo, las cafeterías y el paseo principal de la buena sociedad, y a su parte de atrás tenían un balcón, desde donde se disfrutaba de una magnífica vista sobre toda la bahía y desde el cual conducía una escalera a un establecimiento de baño situado debajo de mis ventanas.

¡Qué interesante era para mí observar el puerto desde ese balcón en la madrugada de un caluroso día de estío, tomando una buena taza de café y fumando un puro habano! Y si ese panorama era pintoresco y atrayente de día, la permanencia en el balcón no era menos interesante al atardecer, cuando el sol se ponía lentamente, cual una inmensa bola de fuego, en las olas del Océano Pacífico, y la luna, elevándose sobre los Andes, iluminaba el puerto con su mágica luz.

¡Cuántas veces se reunían en tardes como ésa las damas de la mejor sociedad en ese balcón, a fin de escuchar los sonidos magníficamente melodiosos que sabíamos arrebatar, el que esto escribe y el ya mencionado pianista W. Deichert, a mi excelente instrumento: un piano con órgano, que había adquirido al precio de mil pesos!

Capítulo XXVII

DESCUBRIMIENTOS DE RICOS MINERALES ARGENTÍFEROS EN VALPARAÍSO

Permanecía ya quince días en Valparaíso y robustecía mi salud con baños de mar, cuando un buen día me visitó un hombre de la calle, para manifestarme que en una de las quebradas que se extienden desde el puerto en dirección a la serranía, había encontrado unas riquísimas muestras de plata, pero que, como no entendía nada de minas, me proponía que solicitáramos juntos una pertenencia sobre esa veta. Al mismo tiempo, me mostró diversas muestras muy ricas, y me fue posible verificar de inmediato por la índole de la ganga y de la roca encajadora, que provenían realmente de esta montaña y que no se trataba de minerales procedentes de algún yacimiento en el distrito de Santiago o de las provincias septentrionales. Me dirigí sin pérdida de tiempo con él al lugar del hallazgo, donde encontré yo mismo pequeños trozos que demostraban claramente que correspondían al extremo de una veta y no a una mina ya trabajada. Por consiguiente, acepté la proposición que me hizo aquel hombre, presenté el pedimento y recibí mis títulos el 11 de diciembre *.

Para asegurarme el terreno había solicitado una veta de cuarzo que se encontraba cerca del lugar del hallazgo de la plata, y disponía ahora de tiempo para buscar la veta rica con toda calma. A la mañana siguiente comencé a reconocer la quebrada con algunos mineros habilidosos. Pero apenas se había difundido la noticia de este descubrimiento en Valparaíso, cuando afluyeron centenares de individuos a la quebrada y las colinas vecinas, a fin de descubrir por su cuenta vetas argentíferas o la prolongación de la mía.

Durante quince días reconocí la quebrada desde el mar hasta su origen, muy arriba en la Cordillera de la Costa, pero sin encontrar la veta rica. Renuncié luego a seguir explorándola, pues afloraba debajo de una de numerosas casas situadas en

* De 1854. (N. del T.).

ese lugar y era muy difícil su reconocimiento. Estoy, sin embargo, convencido hasta el día de hoy de que existe en la quebrada una rica veta argentífera, que quizás será redescubierta más tarde por casualidad.

Este hallazgo había alertado a la población de Valparaíso, y se buscaban ahora vetas con minerales nobles en todas las quebradas y faldeos. Cerca de fines del mes se me presentó otro individuo con muestras de minerales argentíferos y me comunicó haberlos encontrado en El Almendral, en la calle del Retamo, donde existiría una veta de ese metal en medio de la calle, entre las casas. Me dirigí de inmediato hacia allá y, como observara el afloramiento de minerales al pasar por el sitio, solicité de inmediato la propiedad minera. En posesión del título, me dirigí allá con algunos obreros, a fin de poner en descubierto la veta, y quedé no poco asombrado al ver que si bien los minerales eran muy ricos, sólo yacían sueltos sobre la superficie, y no se encontraba ni veta ni manto alguno. Una investigación más precisa comprobó que en la casa frente a la cual se encontraban estos minerales, había vivido antes el dueño de una rica mina de plata de San Felipe, quien había guardado algunos quintales de minerales en un galpón, y cuando falleció, el nuevo inquilino de la casa, ignorante del valor de los minerales, los había empleado para arreglar la calle no pavimentada.

Capítulo XXVIII

1855. NAUFRAGIO DEL VAPOR "QUITO"

El 29 de junio, me embarqué en el mayor y más hermoso de los vapores de la Pacific Steam Navigation Co., el *Quito*, para dirigirme a Copiapó. Era una hermosa mañana de invierno y el barco se encontraba ya repleto de pasajeros, entre los que encontré muchas familias conocidas, que se dirigían a la parte septentrional de la República, a los países vecinos o a Eu-

ropa. Entre las primeras se encontraba una dama perteneciente a las mejores familias de Valparaíso, con dos hijas, en cuya casa había pasado días muy agradables, y como su esposo sólo la había podido acompañar hasta a bordo, la recomendó a mi protección.

Levamos el ancla a la una del día, y el orgulloso *Quito* voló al mar abierto, favorecido por el tiempo más hermoso y viento en popa.

Todos los pasajeros de primera clase, excepto los jugadores, sentados —como de costumbre— en el salón, durante todo el viaje, alrededor de la mesa cubierta de oro, habían concurrido a la cubierta, donde reinaban mucha sociabilidad y gran alegría. Las hermosas hijas de mi amigo, que tenían sólo dieciséis y diecisiete primaveras, se contaban por su patrimonio y belleza entre las más celebradas damas de Valparaíso, y con su amable trato y elegantes trajes de viaje lograron captarse en grado sumo las simpatías de todos los pasajeros, de modo que yo, como protector de ellas, era objeto de la envidia de los demás varones del barco.

La noche pasó tranquila; el mar estaba en calma, y a la mañana siguiente se volvió a reunir nuestro alegre grupo en la cubierta. Entre chistes, juegos y música llegamos cerca del mediodía al puerto de Coquimbo, que abandonamos después de una estada de una hora. Por hermosa que hubiera sido la mañana, el cielo comenzó luego a llenarse de nubes negras y pesadas, que cubrieron poco a poco todo el horizonte. Pronto cayeron algunas gotas de gran tamaño, a las que siguió una lluvia persistente, que obligó a todos los pasajeros a recogerse en el salón. Comenzó a soplar también con violencia el viento, las olas crecían de hora en hora, y pronto el buque comenzó a balancearse, de modo que todos los pasajeros se dirigieron a sus camarotes. Las aves marinas, que nos rodeaban angustiosamente, revelaron al marino experimentado que se estaba acercando un temporal. En efecto, a medida que caía la tarde, el viento se transformaba progresivamente en tempestad. Se levantaban olas del tamaño de una casa, bramando roncamente, y el balanceo y tambaleo del vapor aumentaron en tal forma que los pasajeros y los objetos no bien

afirmados, eran arrojados de un lado a otro, mientras el aguacero caía furiosamente. Se escucharon pronto las más sensibles lamentaciones desde todos los camarotes, como testimonios irredargüibles de que los pasajeros ofrecían pródigamente a Neptuno los sacrificios que les reclamaba, aunque muchas veces sólo después de terrible resistencia y lucha. Como también mis protegidas fueron afectadas de una manera espantosa, ofrecí a los camareros repetidas propinas para que les prestaran su ayuda y cooperación. Pero, desgraciadamente, había esta vez tantos pasajeros y, sobre todo, tantas señoras a bordo, que los mozos, solicitados simultáneamente desde todos los camarotes, tenían que limitarse a prestar sólo la ayuda más indispensable.

Entre tanto, había caído por completo la noche. Las olas aumentaban en altura, el buque daba balanceos y cabezadas cada vez más fuertes, el huracán bramaba espantosamente, y llovía a cántaros. Con todo ello se agravaron de tal manera los padecimientos de los pasajeros, que muchos ya rodaban en sus camarotes, semiinconscientes, de un lado a otro, mientras los demás, desesperados, deseaban morir o eran víctimas de ataques de furia, gritando y llorando y prometiendo a los camareros montañas de oro por cualquiera ayuda.

También la señora que me fuera encomendada, en su triste y desesperada situación, dejó a un lado toda etiqueta y me mandó llamar a fin de que la ayudara a ella y a sus hijas. Me dirigí de inmediato a su camarote, donde me encontré con un terrible espectáculo. La señora, que sufría sensiblemente, se encontraba en la cama inferior del pequeño recinto, gimiendo e implorándome que me preocupara de sus pobres hijas, pues ella ya no era capaz de socorrerlas y creía que iba a morirse. Las muchachas yacían, vestidas con sus camisas de dormir, casi inconscientes, en medio del camarote, sobre el suelo, y eran arrojadas de un lado a otro con cada movimiento del buque. ¿Quién habría reconocido en tales encarnaciones de la miseria y las lamentaciones a las lumbreras de a bordo, alrededor de las cuales, hasta este mismo día, todos se habían apretujado, sólo para ser favorecidos con una mirada?

Con gran esfuerzo, en medio del terrible balanceo del bar-

co, conduje a un sofá a las pobres muchachas, y abrí la pequeña ventana, para que entrara aire puro. Luego, mientras el mozo limpiaba el camarote, le dediqué toda mi atención a la pobre madre, que sufría tan espantosamente, y logré, gracias a la aplicación de diversos remedios, procurarle algún alivio, después de lo cual cayó en un profundísimo sueño. Como no fue posible llevar a las hijas a sus camas, que se encontraban encima de la de su madre, saqué sus frazadas y las extendí sobre el suelo, preparándoles en la mejor forma que pude un lecho, en el que las puse casi desmayadas. Afirmando mi espalda en la pared me senté entre las muchachas, colocando sus cabecitas sobre mi pecho, y las sostuve con mis brazos, a fin de que no fueran arrojadas contra las paredes por el balanceo del vapor. Cuando el movimiento era menos fuerte, las reanimaba por medio de diversos confortativos.

Estuve sentado así más de tres horas, cuidando y admirando a esas bellísimas criaturas. Yacían en mis brazos con sus rostros angelicales, inocentes y muy pálidos, afirmándose más enérgicamente en mí con sus manecitas, cuando las olas rompían con mayor furor. Sólo de vez en cuando abrían sus ojos opacos, sombreados por largas y sedosas pestañas, para mirarme agradecidas, hasta que finalmente se quedaron dormidas.

La tranquilidad que reinaba en este camarote, para mi gran satisfacción, contrastaba con las terribles e incesantes lamentaciones, lágrimas y quejas, a las que se agregaban a veces espantosos gritos de enfermos graves, provenientes del dormitorio inferior común. En él se encontraban cerca de cien personas, sometidas a la miseria de la naturaleza en forma de que su atmósfera era tal que el más sano tenía que marearse. ¡Cuán feliz era yo, al no estar obligado a permanecer en ese espantoso recinto y de encontrarme, en cambio, en mi pequeño paraíso! Pero, ignoraba que pronto sería expulsado de la manera más cruel.

La tempestad bramaba con creciente furor; las olas, cada vez más grandes, levantaban el buque con increíble violencia a vertiginosas alturas, desde donde, crujiendo y tronando, se precipitaba en un instante, hacia el abismo. A veces, las olas se arrojaban con tal violencia sobre uno de los costados del

barco que éste se inclinaba sobre el otro; o bien una inmensa ola rompía sobre cubierta y nos sepultaba haciendo estremecerse hasta el último madero. Todas las velas habían sido, por supuesto, arriadas; la máquina trabajaba con toda su fuerza contra el elemento desencadenado, y de las chimeneas salía una densa masa de humo y, a veces, llamas que iluminaban las gigantescas montañas y los abismos del agua agitada. El capitán sólo podía transmitir sus órdenes por medio de la bocina, y los oficiales y marineros tenían muchas dificultades para cumplirlas, pues estaban expuestos a ser expulsados o barridos en cualquier momento desde la cubierta por una ola traicionera. Todas las escotillas estaban cuidadosamente cerradas, y ningún pasajero podía subir a cubierta.

Durante la lucha con la tempestad no había sido posible mantener el rumbo preciso, y como las masas de agua impulsaban al buque con violencia hacia la costa, podía temerse que nos varáramos en cualquier momento.

La noche era obscura, y sólo por instantes brillaba la luz opaca de la luna entre las negras masas de las nubes que volaban con la velocidad del rayo, impulsadas por el huracán. A pesar de que el capitán y los oficiales aprovechaban esas momentáneas claridades para tratar de ver la costa, nada habían podido advertir. Pero, repentinamente, se escuchó como un trueno la voz del capitán a través de la bocina: "¡Virar!", pues muy cerca, ante la proa, había visto, con inmensa consternación, una elevada y negra pared de roca, que surgía del agua.

La orden fue cumplida instantáneamente, pero antes que el pesado vapor pudiera tomar el nuevo rumbo, se apoderó de él una ola del tamaño de una casa, que primero lo levantó hasta muy arriba y luego lo hizo caer con terrible estrépito, en espantoso golpe. Todos los pasajeros fuimos arrojados de nuestros sitios con tal violencia que nos dimos cuenta de que habíamos chocado con una roca y naufragado. Se escuchó un común grito de espanto y de inmediato otro golpe, casi tan fuerte como el primero. Luego, bruscamente, se abrió la escotilla de acceso a cubierta y se pudo escuchar la potente voz

del capitán a través de la bocina: —"Sálvese quien pueda, el buque ha chocado y se está hundiendo!"

No es posible describir la impresión que estas terribles palabras produjeron en todos los pasajeros y qué escenas les siguieron. Primero se escuchó un grito de la mayor angustia y desesperación desde todos los camarotes, contestado en seguida por el eco de más de cien voces en los recintos inferiores. Muchos pasajeros, ya debilitados por el mareo, se desmayaron; los restantes, sin distinción de sexo ni edad, vestidos sólo con sus camisas de dormir, se precipitaron a la puerta. Cada cual procuraba ser el primero, pues dentro del próximo minuto el vapor se podía hundir, y de ese modo, la aglomeración fue tan grande que, en un instante, la salida quedó tapada. Siguieron una espantosa apretura y una terrible lucha, pero sólo algunos lograban separarse, poco a poco y heridos, de semejante enjambre.

En estas terribles circunstancias, el buque volvió a elevarse, y fue precipitado de nuevo, con gran violencia, contra las rocas. Entonces se quebró en dos partes, de tal manera que el fuego de las calderas alcanzó una parte de la cubierta, donde la voraz llama, avivada por el temporal, comenzó a prender en la madera alquitranada.

Si hasta entonces habíamos tenido que luchar con el viento y las olas, tuvimos que enfrentarnos ahora con otros dos elementos que nos amenazaban espantosamente: las rocas y el fuego. A pesar de este terrible peligro, todavía no lográbamos salir de los camarotes y las partes inferiores del buque a la cubierta, de modo que todos preveíamos una muerte segura en el agua o en el fuego. Todos los pasajeros que habían alcanzado a llegar a cubierta antes de producirse la aglomeración en la salida y que observaron cómo se acercaban las llamas, espantados, se lanzaron inmediatamente al mar, a fin de llegar a la costa a nado. Se hicieron bajar los botes para que los intrépidos marineros transportaran a las mujeres y los niños, a fin de ponerlos a salvo, con peligro de sus propias vidas.

Por terrible que fuera el incendio, que se propagaba con rapidez creciente, su intensa luz ofreció al menos la ventaja de

permitir observar no sólo el escenario de nuestra desgracia, sino también la misma orilla. Así el capitán pudo enterarse de que el barco estaba quebrado en dos partes, cogido entre dos rocas aisladas, pero que la cercana playa era completamente plana y arenosa.

De inmediato se escuchó otra voz de mando por la bocina: "¡Calma, calma! ¡Estamos salvados!" Todo fue obra de un instante. Los oficiales comenzaron a despejar, en primer lugar, la escalera hacia el interior, lo que lograron finalmente con gran esfuerzo. Entonces los pasajeros se precipitaron con orden a cubierta y desde allí a los botes, a fin de eludir a la brevedad posible el peligro amenazante, sin que nadie pensara en llevar consigo siquiera una prenda de vestir.

Tan pronto pude, saqué en brazos a cubierta, envueltas en frazadas, primero a una y después a la segunda de mis encomendadas, a las que logré conducir felizmente a la playa con la ayuda de dos marineros. En seguida regresé al vapor, a fin de salvar también a la madre y recoger más frazadas y las prendas más indispensables de vestir. Con gran esfuerzo y gracias a la ayuda de dos marineros logré eso también y luego preparé a mis protegidas un campamento en la arena de la playa, donde, después de los terribles padecimientos y esfuerzos de esa espantosa noche, cayeron en profundo sueño.

¡Qué interesante cuadro y qué conmovedoras escenas se ofrecían ahora en la playa! Allí se encontraban de nuevo reunidos los miembros de una familia, de rodillas en la arena para dirigir sus más fervorosas oraciones de agradecimiento al Altísimo; más allá había grupos ocupados en revivir a personas desmayadas, o en vendar a heridos. Mientras oraba una parte de los pasajeros, otros se quejaban y lloraban, o bien exteriorizaban vivamente su alegría, gritando y riendo y mirando el mar; se veía a los marineros precipitarse a las bodegas inferiores del buque, ya semihundido, y regresar luego a sus botes con aire de triunfadores, por el botín que habían arrebatado a la tempestad y al incendio, el que conducían en sus embarcaciones a la playa, sin preocuparse de las olas que se arrojaban sobre ellas y podían destrozarlas en cualquier momento contra las rocas.

Hasta el postrer momento, el capitán, cumpliendo con su deber, se mantuvo en su puesto, impartiendo intrépida y tranquilamente sus últimas órdenes; sólo cuando ya no podía mantenerse más a bordo, abandonó para siempre y entristecido el vapor.

Ahí yacía ahora el magnífico *Quito*, el orgullo del Pacífico, privado de todos sus adornos y su brillo, y el *raque* sólo emergía cual un esqueleto de las aguas y de las rocas grises. Incesantemente se escuchaba el bramido del mar, que arrojaba sus montañas de agua contra las rocas, donde se destrozaban con el ruido de un trueno, cubriéndolas hasta muy arriba con su espuma. Se entremezclaban con este estrépido el aullido del viento y los angustiosos gritos de innumerables gaviotas, mientras las llamas del incendio se destacaban nítidamente de la obscurísima noche, alumbrando con su luz brillante los grupos de náufragos en la playa y el propio *Quito*, ahora destrozado.

* * *

Cuando pasó la terrible noche y comenzó a rayar el nuevo día, el temporal principió también a amainar, el cielo se aclaró y el mar dejó de agitarse. Luego, el sol, apareciendo detrás de los majestuosos Andes, iluminó el escenario de la catástrofe y mostró que no sólo habían sido salvados todos los pasajeros, sino también todas las mercaderías, y que la tripulación ya estaba ocupada en apagar el incendio, lo que finalmente logró. Sólo había que lamentar la pérdida de una vida humana: la de un conocido tahur, quien, después de apoderarse de muchos miles de pesos en oro, se había precipitado en el mar para alcanzar la costa a nado. El peso del oro lo había hecho hundirse y, de este modo, murió ahogado. Muchos pasajeros estaban heridos, lo que, por lo general, les había ocurrido en el momento en que todos se habían atropellado junto a la puerta para escapar.

Mientras que la noche pasada había ofrecido un cuadro de espanto y terror, la madrugada presentaba escenas más bien cómicas y divertidas. La mayoría de los pasajeros, hombres y

mujeres, envueltos en frazadas y cubrecamas, estaban sentados o tendidos en la playa, o se paseaban a lo largo con todo el aire de verdaderos espectros. Sólo cuando aclaró, se inició el reparto de los bienes de los pasajeros entre sus auténticos dueños.

Fue una suerte que se salvaran también el agua y los víveres. Pronto se vieron numerosas fogatas a lo largo de la playa, alrededor de las cuales, tiritando de frío, se aglomeraban los pasajeros, a quienes el cocinero del buque y sus ayudantes suministraban café, té, ron y pan.

Se despacharon de inmediato emisarios al puerto de Huasco, para comunicar el naufragio del *Quito* y pedir auxilio. Antes que llegara éste, sin embargo, se observó un vapor en la alta mar. A pesar de que seguía su rumbo a gran distancia de la costa, se hizo lo posible para atraer su atención. A este fin se amarraron juntas numerosas sábanas, que fueron colocadas en seguida en uno de los mástiles, plantado sobre una roca, de modo que tremolaban en el aire, mientras se disparaba incesantemente el cañón de señales, que también se había salvado.

Pero todos los empeños parecían inútiles. El vapor se alejaba cada vez más, de modo que abandonamos la esperanza de ser salvados por él. Pero, finalmente, observamos, para júbilo de todos, que nos habían visto, pues el barco viraba rápidamente y se dirigía en línea recta hacia donde nos encontrábamos. En breve lapso largó el ancla cerca de nosotros, bajó unos botes, y se acercó a nosotros el capitán. Al cabo de dos horas, todos estábamos ya a bordo, y sólo la tripulación del *Quito* permaneció en la playa. Se les dejaron los víveres y demás objetos necesarios.

En la tarde abandonamos el lugar, tan memorable para nosotros y que con tanta facilidad pudo convertirse en nuestra tumba; a la mañana siguiente tocamos Coquimbo, para regresar al día subsiguiente, 2 de julio, a Valparaíso.

Hubo gran conmoción cuando la noticia de este naufragio se propagó con la rapidez del rayo. Todos se precipitaron al desembarcadero, para informarse de sus deudos y amigos.

Dos días más tarde regresé de nuevo a Copiapó.

Capítulo XXIX
VALPARAÍSO EN 1855

La población de Valparaíso se había incrementado mucho en los últimos tiempos, crecía todos los días y alcanzaba ya a 80.000 almas. De la misma manera, la ciudad había recibido durante ese tiempo importantes mejoras y estaba embellecida.

Ya se había construido un ala de la nueva aduana, que era un edificio de tres pisos y doscientos pies de longitud, y una segunda ala, de igual magnitud, estaba por terminarse. Esta construcción que costaba más de un millón de pesos, era un adorno para la parte austral de la bahía. También, en la Plaza del Orden, donde antes sólo había chozas bajas, se levantaban ahora hermosos y sólidos edificios de tres pisos. Además, muchas de las colinas de Valparaíso se habían modificado considerablemente, y, sobre todo, se había levantado todo un barrio nuevo en el Cerro Alegre; como estaba poblado sólo por extranjeros, principalmente por británicos, se lo llamaba "el Cuartel Inglés".

Aparte de estas ampliaciones y nuevos edificios, que hermoseaban a Valparaíso, hubo también cambios en otros sentidos.

Así, se dirigían ahora, todos los meses, varios vapores desde Valparaíso a las provincias australes de la República, hasta Puerto Montt. Este viaje se realizaba en ocho días. Después de una estada de dos días en el puerto de término, los vapores efectuaban el mismo viaje de regreso, de modo que las provincias australes, tan importantes, podían entrar en relaciones comerciales más estrechas con Valparaíso. Esto tenía sobre todo gran interés para la emigración alemana a Valdivia y Puerto Montt; antes se necesitaba casi un mes para llegar desde allá a Valparaíso, navegando a vela.

Además, fue de gran importancia para este puerto, afectado por frecuentes incendios, que se organizara un servicio de bomberos, compuesto por seis compañías: una chilena, una alemana, una británica, una española, una francesa y una italiana. Disponía de buenas bombas a vapor, y todos sus miembros eran voluntarios. Cada compañía tenía su uniforme es-

pecial y contaba con un comandante, oficiales y voluntarios. Había también vigilantes de incendios, que estaban unidos por medio del telégrafo, para poder dar a todas las compañías, simultáneamente, la señal, tan pronto estallara un incendio. La dotación total era de unos mil hombres. El comandante en jefe de todas las compañías era el Cónsul General de Prusia, J. G. Fehrmann, quien, junto con su reemplazante, el médico alemán Dr. Aquinas Ried, se había empeñado principalmente en fundar estas instituciones.

* * *

Como últimamente llegaran muchos alemanes desde Europa, el local del Club Alemán, en la Plaza de la Municipalidad, había resultado demasiado estrecho. Se había arrendado por tal motivo otro más grande en la Calle del Cabo, cuyas habitaciones daban, algunas, a la calle indicada, y otras, a un hermoso balcón que dominaba el puerto. Se había instalado allá un excelente anteojo, por medio del cual se podía observar toda la bahía y hasta los buques que cruzaban por el mar abierto. Además de un magnífico comedor, donde se podían conseguir los mejores guisos, vinos y refrescos de toda índole, el club, cuyos miembros sumaban algunas centenas de alemanes, poseía dos excelentes billares, una sala de música con un magnífico piano de cola y una gran selección de música impresa, varias salas de juegos y una gran biblioteca, en la que se encontraban muchos clásicos alemanes, las obras más modernas referentes a las más diversas disciplinas, en alemán, inglés, francés y castellano, como también unos diez diarios.

Por este tiempo los profesionales habían organizado un segundo club alemán, que poseía igualmente un hermoso local y disponía, como el primero, de una buena biblioteca, un billar, un piano de cola y diarios.

Los numerosos alemanes eran casi todos jóvenes comerciantes. Una parte de ellos eran hebreos, y muchos, masones, por lo cual también se organizó pronto una logia. Los alemanes fundaron diversas fábricas y nuevos negocios, pues la vida comercial experimentaba un auge de mes a mes, y tanto en las

calles del puerto como en los cafés, se escuchaba mucho la lengua alemana.

En marzo de ese año 1855, llegó a Valparaíso una compañía francesa de óperas y ballets, consistente de unas cincuenta personas, que fue acogida con gran interés y dio funciones a precios aumentados y sala llena. Pero, por desgracia, Valparaíso pudo disfrutar de este espectáculo sólo durante un corto tiempo. Las jóvenes y graciosas bailarinas gustaron tanto, que sus adoradores les ofrecieron pronto millares de pesos si abandonaban el teatro. No pudieron resistir estas ofertas, y tres ricos dueños de minas se llevaron sendas hijas de Terpsícore en triunfo a Copiapó. Deslumbradas por las brillantes condiciones en que vivían las ex bailarinas, varias otras damas de la compañía tampoco pudieron resistir a la seducción, y así la ópera y el ballet se disolvieron pronto por completo, lo que lamentó todo Valparaíso.

Capítulo XXX

DÍAS ACIAGOS EN VALPARAÍSO

Una noche de otoño muy tempestuosa y obscura, fui despertado de súbito por un insistente y estrepitoso golpeteo y pronto comprendí que se trataba de un copioso aguacero. Era un auténtico diluvio que cesó sólo al rayar el día. El agua se había escurrido con rapidez, acarreando en varias calles tales cantidades de arena y piedras desde los cerros que, en algunas partes, las comunicaciones se encontraban totalmente interrumpidas. Pero, si la lluvia había cesado, el viento Norte se transformó pronto en un temporal, muy peligroso en esta bahía, que se encuentra completamente abierta hacia ese punto. Casi todos los buques trataron de asegurarse largando anclas auxiliares y, haciendo enormes esfuerzos, los fleteros procuraban alcanzar la playa con sus lanchas y botes cargados de mercaderías.

El temporal arreció progresivamente, aumentó el oleaje y cayeron enormes aguaceros, ofreciéndose un espectáculo por cierto muy interesante, pero, al mismo tiempo, terrible. Casi todos los buques surtos en la bahía eran sacudidos violentamente por las olas y arrojados unos contra otros. El bauprés de algunos se enredaba en los cables de sus vecinos y en los encontronazos se quebraban mástiles y vergas, se destruían las barandas y destrozaban las velas o eran arrojados los barriles u otros objetos por sobre la borda, mientras un gran número de lanchas y botes zozobraba. Para completar los destrozos y aumentar la desgracia, muchos buques cortaron sus cadenas y, sin que nadie pudiera detenerlos, fueron arrastrados a la orilla, sobre todo hacia las temidas rocas del Cabo de Hornos, situadas frente a mis ventanas.

Era, por cierto, un espectáculo excitante el de los buques que, a pesar de los esfuerzos casi sobrehumanos de sus tripulantes para darles otro rumbo, se acercaban cada vez más a la playa y, al mismo tiempo, conmovía ver en sus cubiertas a mujeres y niños que tendían sus brazos desesperadamente, implorando un auxilio que ni el más valiente hubiera podido prestarles.

La mayor parte de la población de Valparaíso se encontraba en los cerros vecinos, para observar desde ellos el terrible espectáculo, la lucha de los hombres con los elementos desencadenados. Pero miles se encontraban también en la playa, para prestar alguna ayuda, si fuera posible, y con peligro de sus vidas, en botes o a nado, se aventuraban a cada momento algunos hombres por las encumbradas olas. Se les aplaudía frenéticamente desde la playa y los cerros, cuando lograban arrebatar una víctima al mar, pero, desgraciadamente, algunos de estos bravos tuvieron que pagar también su valentía con la vida. Por fortuna, el temporal amainó poco a poco y se restableció la calma durante la noche.

La mañana siguiente ofreció un espectáculo de la mayor devastación. Siete buques se encontraban destrozados en la playa, más de cincuenta habían recibido daños mayores o menores, numerosos tripulantes estaban muertos, muchas mercaderías perdidas, había casas dañadas por el agua y bodegas

inundadas, la playa se veía cubierta de escombros de toda índole y, en toda su extensión, se extraían cadáveres del mar. Pero ocurrieron también curiosos actos de salvamento: buques que se creían irremediablemente perdidos, resistieron, e igualmente inesperada fue la salvación de mucha gente. En la noche que siguió se efectuaron los funerales de las desgraciadas víctimas, a las que acompañó un largo cortejo al cementerio, con participación de todas las autoridades y de delegaciones de los buques.

* * *

Algunos días después de este temporal ocurrió en Valparaíso una desgracia de otra índole, que llenó a todos de espanto y terror. El cementerio católico se encontraba, como ya se informó, sobre la cumbre del cerro del Panteón, a algunos centenares de pies sobre la ciudad. El terreno en esa parte fue tan ablandado por los formidables aguaceros, que un sector que comprendía más de cincuenta tumbas, en gran parte recientes, se deslizó y cayó sobre las casas de la calle Elías, situadas 150 pies más abajo. Cuando escuché el ruido del derrumbe, que parecía un trueno, me dirigí de inmediato al lugar del accidente. ¡Qué espectáculo más terrible! Varias casas se encontraban totalmente destrozadas, otras, enterradas, y sólo se debió a los esfuerzos casi sobrehumanos de los bomberos que muchos moradores de las viviendas sepultadas por los escombros fueran salvados, aunque la mayoría fueron extraidos muertos o gravemente heridos. Pero lo que producía la impresión más terrible, eran los numerosos ataúdes despedazados y los cadáveres en putrefacción, que se encontraban diseminados y difundían un espantoso olor.

De la misma manera se desprendió al día siguiente una parte del cerro de La Cordillera, también ablandado por los aguaceros, y que cayó con enorme estruendo en la calle de La Planchada. Afortunadamente, sólo se encontraban allí algunos patios y pequeñas casas interiores, que fueron también enterradas.

El ruido formidable producido por este derrumbe, con sus

masas de tierra y piedras, hizo acudir a muchos curiosos, yo entre ellos, por lo que pude ser testigo de un drama terrible e inolvidable.

En esta catástrofe no habían ocurrido pérdidas de vidas humanas, ni había enterrados o heridos, pero unas treinta personas se encontraban en una situación tan espantosa, que podían esperar la muerte.

En efecto, sobre el terreno que se había deslizado se hallaba un gran edificio de madera, de dos pisos, cuyos cimientos habían quedado al aire, de modo que se veían algunas gruesas vigas afirmadas perpendicularmente en el cerro, a 300 pies sobre la calle. Ese era el último apoyo de la casa y podía temerse que cediera y se precipitara en cualquier momento al abismo. Hombres, mujeres y niños nos extendían en la mayor desesperación y angustia sus brazos desde las ventanas de la casa implorando auxilio, pero los valientes bomberos y muchos intrépidos vecinos no habían logrado todavía establecer una comunicación con la casa aislada. Entretanto, se desprendía piedra tras piedra, crujían las vigas, y cada vez que caía algo, se escuchaba un grito de espanto de los desgraciados, que creían que había sonado la hora de su muerte, y a ese grito hacían eco los millares de espectadores aglomerados en la calle. Reconozco que transpiraba intensamente de miedo y fui testigo durante casi media hora de esa terrible escena, en cuyo lapso los desgraciados habitantes de la casa ya habían cerrado sus cuentas con la vida.

Repentinamente, se escuchó un nuevo estruendo, se precipitaron grandes masas de tierra y piedra, se quebraron vigas y se escuchó un angustioso grito, lanzado por toda la concurrencia, pues la casa se movió e inclinó. Afortunadamente, sin embargo, fue sostenida aún por algunas vigas y quedó inclinada.

Poco después se vio que dos valientes bomberos, arriesgando su vida, habían construido rápidamente un sendero y trepado hasta la casa, lo que aplaudieron con entusiasmo los millares de espectadores. Con la ayuda de sus camaradas, los bomberos sacaron a las mujeres sin conocimiento, a los niños y demás moradores de la casa a terreno firme, y mientras lo hacían, no terminaban las aclamaciones del gentío.

De este modo, todos los inquilinos fueron salvados. Pero la ayuda había llegado, efectivamente, en el último momento, pues apenas habían transcurrido diez minutos desde que los valientes bomberos abandonaran el edificio, cuando éste se precipitó a la profundidad con fantástico estruendo. Por fortuna, se habían tomado las providencias del caso para que ocasionara el menor daño posible.

Capítulo XXXI

1855. DECADENCIA DE LA MINERÍA DE PLATA EN EL DESIERTO DE ATACAMA. DESMORALIZACIÓN EN COPIAPÓ

Las minas argentíferas de las provincias septentrionales habían tenido una abundante producción hasta principios de año, permitiendo a muchas personas, entre ellas los comerciantes de Valparaíso, hacer grandes fortunas. Pero, en esa fecha, la producción de las minas comenzó a declinar sensiblemente. Tal retroceso afectó en especial a los yacimientos de Tres Puntas, que habían llamado tanto la atención por su riqueza en los últimos años. Las minas más ricas de ese distrito comenzaron entonces a rendir mucho menos, y algunas, conocidas como productivas, dejaron de suministrar minerales beneficiables; otras, que habían sido adquiridas por elevados precios, resultaron tan malas que no ofrecían expectativas, aun explotándolas con gran economía y empleando el capital necesario. Se desvanecieron todas las ilusiones; la verdad desnuda, los hechos imperturbables ocuparon el lugar de las exageraciones y engaños, y la consecuencia natural fue que bajara el valor de todas las minas, siendo víctimas del descrédito hasta las mejores.

Antes, la población de Valparaíso y, sobre todo, las grandes casas comerciales, que se habían entregado a la fiebre minera y a la especulación infundada, habían pagado sumas fantásticas por las minas y barras, pero ahora cada cual se apresura-

ba a deshacerse cuanto antes de sus participaciones, debido a la desconfianza general. Es necesario considerar que no sólo corría peligro el capital ya invertido en la compra de las minas, sino que seguía pendiente la obligación de contribuir con nuevas cuotas a los gastos de explotación, las que requerían, por lo general, más capital que la compra de las barras. Muchas minas y barras se vendían al principio a la mitad del precio anterior y más tarde a la cuarta parte. Algunos regalaban sus participaciones o las abandonaban sencillamente, sólo para no tener que pagar las cuotas adicionales correspondientes a los gastos de explotación. Las consecuencias naturales de todo esto fueron el abandono de numerosas minas argentíferas; el que muchos dueños de minas, cuyo único capital eran éstas, tuvieran que declararse en quiebra, debido a que sus socios ya no pagaban las cuotas necesarias para mantener la explotación; el que muchos comerciantes de Copiapó, acreedores de esos mineros, también tuvieran que declararse en quiebra; el que se arruinaran también muchas de las grandes casas mayoristas de Valparaíso; y que, finalmente, los obreros, que ya no encontraban ocupación, abandonaran en masa las minas de plata. En una palabra, las minas argentíferas, sobre todo las de Tres Puntas, se encontraron desacreditadas. También todas mis minas corrieron la misma suerte, y si las hubiera podido vender antes por el precio de 200.000 pesos, ahora ni siquiera podía realizarlas por los fondos invertidos en ellas. Debe agregarse que su explotación se hacía más costosa a medida que avanzaban los laboreos en profundidad, y sólo para lograr las cuotas mensuales que era necesario invertir en ellos, me vi obligado a contratar a menudo préstamos a elevados intereses, ofreciendo barras en garantía.

En abril viajé a Copiapó, a fin de proponer a mis socios una reducción de los trabajos, que estimaba indispensable en las circunstancias prevalecientes. Pero aquellos caballeros, que poseían suficiente capital y pocas barras, acordaron que se siguiera trabajando con toda energía, a fin de alcanzar con mayor rapidez la hondura necesaria.

Hacía algunos meses que no visitaba Copiapó. Habían ocurrido, entre tanto, grandes cambios, no en cuanto a la edifi-

cación y el embellecimiento, pero sí en lo referente a los habitantes. Muchos de mis conocidos, que eran ricos cuando me había despedido de ellos la última vez, se encontraban ahora arruinados, por la decadencia de la minería de plata, y poseían apenas los recursos indispensables para mantenerse ellos mismos y sus familias; no pocos de ellos se encontraban en la cárcel por deudas, o habían huido del país. Varios dueños de minas habían perdido durante mi ausencia sus considerables fortunas en el juego, precipitándose ellos y los suyos en la miseria, por lo cual algunos se habían suicidado. Por su lado, no pocos comerciantes se habían declarado en quiebra, otros habían huido secretamente de Copiapó y varios estaban en la cárcel por deudas. Muchos de los que ya habían perdido su patrimonio, trataban de desquitarse jugando lo que les quedaba. Innumerables de ellos, que antes sólo jugaban por pasión o para divertirse, lo hacían ahora como negocio.

Los más conocidos tahures de la República de Chile, como también del Perú y la Argentina, se encontraban ahora en Copiapó, y dado que entendían a las mil maravillas el juego fullero, hacían un rico botín y se llevaban gruesas sumas de la plaza. En todos los hoteles y cantinas funcionaba la banca ininterrumpidamente día y noche, sin que hubiera un asiento disponible y con participación hasta de los menos pudientes. Muchas personas que desempeñaran antes un papel en la sociedad y que habían ganado y gastado fácilmente mucho dinero, pero que no reunían las condiciones para volver a trabajar como lo requerían los nuevos tiempos, ni estaban dispuestos a ello, discurrían tretas para ganar dinero.

Como casi siempre el jugador que pierde su plata sabe procurarse de cualquier manera nuevos recursos para satisfacer su pasión, se oía diariamente de estafas y engaños.

Quien sabía engañar en forma a sus congéneres, era llamado "vivo", es decir, inteligente; disfrutaba de buena reputación y de crédito, pues se suponía que una persona tan habilidosa siempre sabría procurarse dinero para cumplir sus compromisos. El honrado era calificado de "tonto"; no tenía crédito, pues los banqueros suponían que, debido a su honradez, tenía que arruinarse pronto entre tantos estafadores. Así, me de-

cían frecuentemente "tonto", porque no compraba minerales robados, que se me ofrecían en cantidades tan grandes, que bien podía haber ganado unos 20.000 pesos anuales con ellos, como lo hacían —efectivamente, con enormes utilidades— los dos banqueros de primera categoría y mi compatriota David Lewingston; también se me llamaba "tonto" por no haber informado favorablemente las compras de minas de plata a que ya me referí.

Durante este tiempo se habían vendido en Valparaíso, por grandes sumas, minas que no tenían ningún valor, o ni siquiera existían. Había gente que, mostrando sus títulos de dominio, vendían su mina primero en Copiapó, después en Valparaíso y finalmente en Santiago, es decir, tres veces, para huir en seguida al Perú con el precio tres veces recibido. Ocurría que el vendedor, al vender una mina, había disparado plata en la veta antes de la inspección, lo que inducía al comprador a pagar un buen precio, pues veía que la calcita estaba llena de plata. Por medio de zinc, níquel y otros metales fundidos, a los que se echaban piedras, se imitaban minerales de plata en forma tan perfecta que se lograba engañar incluso a banqueros y otros buenos conocedores de los metales, que perdían gruesas sumas.

Un químico, enviado acá por la casa Rothschild para que realizara compras de minerales, perdió una fuerte suma en el juego y se las arregló con el vendedor de los minerales para que éste le diera un certificado de entrega y embarque de minerales muy ricos. Pero éstos, en realidad, eran muy pobres, y comprador y vendedor se dividieron la ganancia ilegítima. Cuando el buque llegó a Europa, el valor de su cargamento no compensaba el flete, pero, entretanto, el químico había huido con 30.000 pesos a California.

Un caso que llamó mucho la atención fue el siguiente: Un dueño de minas que poseía una pertenencia muy rica, se había declarado en quiebra para no tener que pagar sus deudas y vendió la mina *pro forma* a un amigo, bajo la condición de devolvérsela, una vez liquidada la masa del concurso. Después de haber engañado este individuo a todos sus acreedores y ordenado legalmente su situación, de modo que nadie lo po-

día hacer ya responsable, solicitó la devolución de su rica mina. Su amigo, sin embargo, muy "vivo", sostuvo haberla adquirido por compraventa, presentando el documento notarial correspondiente, y aun cuando todo el mundo sabía que el comprador no había poseído mil, ni mucho menos 100.000 pesos de patrimonio —precio en que aparecía pagada la mina en el documento—, el antiguo dueño no pudo lograr nada. Si hubiera insistido judicialmente en sus derechos, habría quedado en evidencia que había ocultado bienes y hecho bancarrota fraudulenta, por la que habría sido castigado con prisión. De esta manera, la retuvo el pretendido comprador y adquirió una importante fortuna, mientras el verdadero dueño murió en la miseria.

También en otro sentido encontré que Copiapó había perdido muchos méritos: al juego fullero se agregó el uso de letras fulleras.

En una palabra, era difícil reconocer el antiguo Copiapó.

Capítulo XXXII

LA PRISIÓN POR DEUDAS EN COPIAPÓ

Después de unos días en Copiapó, me alcanzaron los rayos de la mala estrella que se había situado sobre la ciudad. En efecto, uno de los banqueros de primera categoría, que me había adelantado una fuerte suma, me la exigió repentinamente, a pesar de nuestro convenio, pues como sabía que no disponía de dinero para pagarle de inmediato, esperaba que le entregaría mi mejor barra a un precio ínfimo. Pero, como ya informé, había dado en prenda algunas de mis mejores barras, de modo que aunque hubiese querido, no me habría sido posible hacer ese sacrificio. Pero como quiso obligarme a cederle una barra, me hizo detener y llevar a la prisión por deudas.

Cuando se cerró detrás de mí, chirriando, la gran puerta de hierro de la cárcel, sufrí una terrible impresión que jamás

olvidaré. Me encontraba en medio de un patio y me rodeó de inmediato, demostrando mucha curiosidad, un gran número de criminales: ladrones, falsificadores de monedas, estafadores y asesinos, algunos con esposas, otros con pesadas cadenas. Sus horrorosas fisonomías exteriorizaban nítidamente todos los vicios y reflejaban su alegría por la llegada de una persona decente.

Lleno de vergüenza y furia, no sabía adónde dirigirme, pero luego entró el inspector de la prisión, me condujo por un pasillo a otro patio, donde sólo vi caballeros decentemente vestidos, y me señaló una pieza, a la que mi mozo llevó pronto mi cama y lo necesario para mi comodidad. Me hallaba feliz de haberme librado de aquella mala compañía; tenía una pieza para mí solo y estaba autorizado para conservar a mi mozo.

Las leyes sobre deudas eran muy severas en la República de Chile No sólo cuando había vencido una letra o un pagaré, sino, en general, cuando alguien debía alguna suma y el acreedor reclamaba infructuosamente su dinero, bastaba que citara al deudor ante el juez, a fin de que reconociera judicialmente la deuda. Si el deudor comparecía y reconocía la efectividad de lo que se le exigía, se le interrogaba si estaba en condiciones de pagar y quería hacerlo; si no podía o no quería, se le ejecutaba de inmediato, embargándosele sus bienes; y si éstos no eran suficientes para cubrir la deuda, el deudor era arrestado. No tenía a este respecto importancia el monto de la suma demandada. Si el deudor no comparecía a la primera citación, se le citaba de nuevo para el día siguiente, y si tampoco se presentaba entonces, se entendía que reconocía la deuda y se ordenaba de inmediato la ejecución y prisión del deudor, instruyéndose a la policía para que lo arrestara.

Para las condiciones del país, este procedimiento judicial era sin duda apropiado y práctico. A él se debía, sobre todo, la gran facilidad con que se podía lograr crédito en esta República. Pero se hacía también con mucha frecuencia mal uso de la ley, a veces por razones especulativas, pero más a menudo por venganza. Pues nada era más fácil que llevar a alguien

a la prisión por deudas, aunque fuese por algunos días o siquiera por horas.

De acuerdo con la ley, el arresto por cada deuda duraba seis meses. Si alguien pasaba ese tiempo en la prisión, se le ponía al cabo en libertad, pero el acreedor tenía el derecho de pedir de nuevo su detención por otros seis meses si no pagaba dentro de seis meses, contados desde el día de su libertad. Durante el tiempo de la prisión, el acreedor tenía la obligación de comparecer todos los sábados en la cárcel, personalmente o por medio de un representante, a fin de entregar al deudor, en presencia del inspector, siete reales como costo de su mantenimiento, o sea, un real por día. No podía pagar anticipadamente una suma mayor que la correspondiente a una semana, y si no comparecía el sábado, quedando el preso hasta las ocho de la noche sin el pago de esa pensión, se le ponía de inmediato en libertad.

Había un gran patio, al que daban numerosas piezas para los arrestados por deudas. En otros dos patios se encontraban las celdas para delincuentes; en un tercer patio estaba el cuartel de los vigilantes, como también una capilla, donde todos los domingos se celebraba misa. Los reos estaban autorizados para recibir visitas martes y viernes, desde las 11 de la mañana hasta las 4 de la tarde. Durante el día no estaban obligados a permanecer en su patio, sino que podían visitar también los demás, el cuartel, el campo para ejercicios, etc., pero no podían salir a la calle.

Cuando ya me había recuperado medianamente del primer susto por mi detención, y tenía arreglada mi pieza en la mejor forma posible, me visitaron muchos de los reos, para consolarme, ofrecerme sus servicios y distraerme. Tuve el agrado de encontrar varios conocidos entre ellos, dueños de minas y comerciantes, que también eran víctimas de la decadencia de la minería de plata. Además de ellos, se encontraban algunos jóvenes de buenas familias, que habían contraido deudas con ligereza y se dedicaban a jugar y beber incesantemente.

Una tarde fui invitado por mi vecino, que ofrecía una magnífica comida, en la que no faltaban los mejores vinos, champaña, dulces y frutas muy variadas, como tampoco los hela-

dos. Otro me invitó a una cena, y encontré en su pieza a más de catorce personas, sentadas jugando alrededor de una mesa cubierta de oro. Cuando regresé a mi pieza, la vida en la prisión ya no me parecía tan triste como había creido en un principio.

Después de algunos días, hice un paseo por todos los patios con algunos de mis compañeros de infortunio, muy al tanto de la localidad y de sus personajes y conocedores de la causa de la detención de casi cada preso.

Eramos, en total, unos cincuenta detenidos por deudas. Gran parte eran, como yo, víctimas del mismo banquero, que les había facilitado dinero a elevadísimo intereses y, como los tiempos tan desfavorables no les permitían devolver oportunamente las sumas adeudadas, habían tenido que venir a poblar la prisión.

Así, se encontraba aquí un caballero de alguna edad, dueño de una mina de plata que le producía anualmente más de 20.000 pesos. Debía a un banquero 10.000 pesos, que le había pedido en préstamo para pagar una deuda contraida en el juego. Después de breve plazo, aquel banquero le había exigido la cancelación de la suma prestada o la mitad de las barras de su mina, y como el deudor no poseía el dinero necesario, ni estaba dispuesto a sacrificar la mitad de su mina, había preferido aceptar la prisión por deudas.

Por estas causas u otras parecidas, habían llegado a parar muchos a la cárcel. Uno de ellos era un individuo que tenía la intención de realizar una buena especulación, que otro, que poseía más capital, también quería hacer. Este último adquirió rápidamente todos los créditos en contra del primero y los hizo efectivos, exigiendo el pago. Como no estaba en situación de cancelarlos todos de golpe, su adversario lo condujo a la prisión por deudas. Aunque el deudor pudo pagar a los pocos días, cuando salió en libertad ya había pasado el momento para realizar la especulación, la que había llevado a término la otra parte.

Otro caso era el de un joven marido, que yacía en la prisión consumido de pena y pálido como la muerte, pensando en su bella y joven esposa. Un vividor rico, que la pretendía

y al cual molestaba el marido, adquirió todos los créditos contra éste y lo hizo detener, sólo para poder visitar a su mujer sin ser vigilado y triunfar de su inocencia como precio de la libertad del marido. Había un joven que pretendía a una muchacha rica y otro, que trataba de lograr una ocupación. Con el fin de hacerlos encarcelar por deudas, los competidores de ambos adquirieron los créditos contra los dos jóvenes y los hicieron efectivos. Los dos deudores cayeron a la cárcel y mientras se encontraban aquí el acreedor del primero, contrajo matrimonio con la joven y el acreedor del segundo fue agraciado con la ocupación. Había algunos que habían insultado a algún adversario, quien había pagado en seguida, por venganza, sus deudas, sólo para ocupar el papel de acreedor y mandar detener a su insultante, teniendo así todos los sábados el placer de pagarle un real por día, sin importarle que jamás recuperaría ese dinero. Se me mostró también a un joven de muy buen aspecto, a quien había hecho encarcelar una viuda rica, para vengar el rechazo de su amor, y decidida a ponerlo en libertad solo si se casaba con ella.

Después de haberme orientado respecto de mis compañeros de desgracia, hice también averiguaciones sobre los prisioneros en los otros patios. Encontré en uno de ellos a un joven de buena educación que había tenido una fortuna de importancia, la que perdió en el juego, arruinándose totalmente. Pero encontró en seguida una rica mina de plata y se volvió loco por tanta dicha. Se le había dejado momentáneamente en la cárcel, mientras su mina, que le producía anualmente una renta de 30.000 pesos, era administrada en beneficio de él. Había individuos sometidos a proceso por falsificación de monedas, falsificación de letras, bigamia, estafas, falso testimonio y engaño, a quienes estaba prohibido visitar nuestro patio.

Anhelosos de conocer también a los demás criminales, nos dirigimos al tercer patio, donde había unos sesenta de ellos, que eran recluidos de noche en dos grandes celdas. Su exterior revelaba con suficiente claridad quiénes eran: reos de crímenes sangrientos. Era fácil reconocer a los asesinos por las esposas y pesadas cadenas que llevaban. Entre ellos se dis-

tinguía uno, confeso de siete asesinatos, que esperaba con la mayor tranquilidad su sentencia de muerte. En vez de dejarse preparar para la muerte por un sacerdote, prefirió comer y beber bien y fumar buenos cigarros en la víspera de su ejecución.

Casi no había salteadores y ladrones entre esos criminales, pero los demás crímenes estaban casi todos representados. Así, un sujeto contestó a la pregunta del juez acerca de su profesión, diciendo que era "jurero", y como el juez no conociera esa profesión, explicó que se le llevaba siempre como testigo a los procesos, a fin de que afirmara bajo juramento haber visto u oído cosas que ignoraba en absoluto.

Entre estos detenidos se encontraba también el verdugo. Era un asesino condenado a muerte, indultado bajo la condición de quedar detenido durante toda la vida, para desempeñar la función correspondiente en las ejecuciones. ¡Terrible indulto!

Por horroroso que en un comienzo me pareciera verme preso por deudas, ya me había convencido en el primer día de que no se trataba de algo tan grave y, sobre todo, que ello no era deshonroso. Creo que no vivían en Copiapó muchas personas que no hubieran pasado al menos algunas horas en la cárcel, sufriendo una venganza o por imposibilidad momentánea de cancelar sus compromisos.

En lo que respecta a nuestro edificio, no se le podía considerar en realidad como una prisión, pues disfrutábamos de cuanto ofrecía la vida, y si lo hubiera visitado alguien ignorante de su calidad, lo habría confundido probablemente con un hotel cuyo dueño hace lo humanamente posible para entretener bien a sus huéspedes. Esta habría sido seguramente la impresión de alguien que hubiera llegado un día de visitas, cuando las madres traían a sus hijos regalones sus platos predilectos, y permanecían en la casa, durante todas las horas permitidas un enjambre de bellísimas jóvenes, a fin de que sus padres, esposos, hermanos y amigos lo pasaran mejor y olvidaran que estaban presos. En esos días nos arreglábamos bien, recibíamos olorosos ramos de flores, las mejores frutas, helados y dulces, y pasábamos las horas de la manera más

agradable. Cuando estábamos solos, dedicábamos parte del día a leer, parte al juego, y no poco contribuía al entretenimiento el cambio de los personajes, pues caían diariamente nuevos compañeros y otros partían.

El día menos agradable era sin duda el sábado, pues teníamos que recibir de manos del acreedor un real diario como pensión para la semana siguiente. A este respecto, existía la costumbre de dar vuelta de inmediato la mano, de modo que el dinero caía a los pies del acreedor, de donde lo recogían los vigilantes, que de tal manera hacían siempre una magnífica cosecha.

Eran muy graciosas las tretas con que se solía engañar a los usureros, pues los deudores lograban a veces impedir que su acreedor les entregara el sábado los siete reales, de modo que tenían que ser puestos en libertad. Me recuerdo todavía de un caso ocurrido con gran júbilo un día sábado y compartido por toda la población de Copiapó. Un temido usurero, que mantenía simultáneamente a seis personas presas por deudas, entre ellas pobres y honrados padres de familia, recibió ese día un telegrama desde Caldera, invitándolo a ir al puerto sin perder un minuto, para un negocio que le produciría grandes utilidades.

Sorprendido agradablemente por esta noticia, y sin pensar en sus deudores, el usurero se dirigió de inmediato a Caldera, donde estuvo esperando hasta la noche, nerviosamente, al pretendido interesado. Su sorpresa no fue pequeña cuando no lo encontró, regresó al día siguiente en la mañana a Copiapó y fue de inmediato a la prisión, a fin de pagar a sus deudores la pensión. Pero los seis ya habían sido puestos en libertad, y en medio de estruendosas risas, el usurero engañado recibió los parabienes de todos los detenidos por el magnífico negocio que había hecho en Caldera.

Más alegría aún motivó, y, al mismo tiempo, la mayor admiración, el caso de uno de los más ricos banqueros de Copiapó, dueño de una fortuna de millones de pesos, justamente el mismo que me había hecho encarcelar. Ese señor fue acusado por un competidor no menos rico, de haber adquirido secreta-

mente una gran cantidad de minerales robados en las minas de este último, y el juez ordenó su detención. Así tuve el agrado de recibir a mi acreedor en la prisión. Y como el recién llegado acusó, por su parte, a su demandante de haber cometido el mismo delito, es decir, de haber adquirido secretamente grandes cantidades de minerales robados en sus minas, se procedió a detener también al segundo millonario. De tal manera, vi a la gente más rica de la provincia compartiendo mi suerte en la prisión. Por cierto, la detención de ambos caballeros duró sólo algunas horas; prefirieron arreglarse pacíficamente, en vez de permanecer por más tiempo en la cárcel, y después de haber pagado cada cual quinientos pesos al hospital, se les puso otra vez en libertad.

Si nuestra vida era animada, no faltaba movimiento en la prisión de los criminales. Casi diariamente ingresaban nuevos delincuentes, mientras otros eran puestos en libertad. Quienes habían sido condenados a más de un año de prisión, eran enviados a Valparaíso, desde donde se les despachaba a las islas de Juan Fernández, para que cumplieran allá la condena.

Llevaba ya una semana alojado en el *Hotel Universo*, como se llamaba en broma a la sección destinada a los presos por deudas, y tenía que esperar que llegara de Valparaíso el dinero para satisfacer a mi acreedor. Pero, llegaron tantos "pasajeros" a nuestro "hotel" que no hubo ya espacio para todos, por lo cual el Intendente debió ordenar que todos fuéramos puestos en libertad. Pues ésa era la costumbre en Copiapó: cuando se ocupaban todas las celdas y no había ya dónde colocar a más presos, se ordenaba la completa evacuación del edificio y se comenzaba a llenarlo de nuevo.

Es fácil imaginarse con qué alegría fue recibida esta noticia y qué movimiento reinaba frente al Palacio de Gobierno, en la plaza principal, cuando sesenta alojados en el *Hotel Universo* lo abandonaron con todas sus "pilchas".

Poco después de mi salida se conmemoró el aniversario de la independencia del país; participé en las fiestas como lo había hecho antes, y en seguida regresé a Valparaíso, a fin de celebrar allá, con mis amigos, la iniciación del nuevo año.

Capítulo XXXIII

1856. ACCIDENTES EN VALPARAÍSO

Si el año anterior había sido desafortunado y lleno de pérdidas para mí, ocurrió en éste una cadena casi ininterrumpida de desastres, que me afectaron directa o indirectamente.

Ya en los primeros días de enero hubo un gran incendio, en el que se quemó casi toda una calle, a pesar de la valentía y excelente preparación de los bomberos. A fines de ese mismo mes hubo otro incendio, cuyo origen y triste desenlace resumiré brevemente.

Un comerciante pudiente, soltero, que mantenía relaciones amorosas con una joven y bella muchacha, se dirigió un día domingo a la casa de ésta, donde se le informó que su amiga había salido de paseo al campo con otro caballero. Este hecho despertó en tal grado sus celos que, para vengarse, arrojó a un brasero un valioso vestido que le había regalado pocos días antes y abandonó la pieza.

Quiso la desgracia, que la llama que consumió el vestido alcanzara a otros objetos y, en corto tiempo, era presa del fuego la pieza y, antes que llegara auxilio, toda la casa de dos pisos estaba en llamas. Una hora después, el fuego se había propagado también a los edificios vecinos, y en la tarde se habían quemado ya tres casas, y varias personas habían perdido la vida. El desgraciado autor del incendio se había dirigido de inmediato al jefe de policía, ante quien se declaró autor del desastre y puso su patrimonio a disposición de los damnificados. Se le detuvo de inmediato y, a la madrugada siguiente, se le comunicó la sentencia que lo condenaba a ser fusilado al día próximo por haber producido un incendio.

Se dirigieron de inmediato innumerables solicitudes a Santiago, al Presidente Manuel Montt, no sólo de parte de los parientes del reo, sino también del comercio de Valparaíso, pidiendo se le rebajara la pena, y todos estaban convencidos de que se le concedería el indulto.

La ejecución estaba fijada para las doce del día, y temprano había ya un gran gentío en el lugar de la ejecución, y cuan-

do apareció el verdugo, para colocar un banquillo sobre el cual debía ser fusilado el infeliz, la multitud exteriorizó ruidosamente su descontento. A medida que se aproximaba la hora de la ejecución, aumentaba el gentío, y como todavía no llegaba ninguna noticia del indulto, se escucharon protestas en voz alta. Cuando dieron las doce, se abrieron las puertas de la prisión, un piquete de infantería hizo retroceder a la multitud, usando las culatas de sus fusiles; se formó una doble fila y el condenado apareció en compañía de un sacerdote. No fue posible reprimir por más tiempo la furia del populacho: se escuchó una terrible gritería, y las masas empujaron con tal fuerza que era de temer que intentaran libertar a la víctima, por lo cual se hizo intervenir a otra compañía más, que estaba de reserva, bajo cuya protección se condujo al pobre hombre al sitio de la ejecución.

Cuando debió procederse a ésta, el pueblo, armado de piedras, adoptó una actitud extremadamente amenazante. Alguien gritó en medio del gentío, que el indulto estaba concedido y que la noticia tenía que llegar en cualquier momento al gobernador, lo que indujo al juez y al comandante a ordenar a la tropa que se postergara por un cuarto de hora el cumplimiento de la sentencia.

Es fácil imaginar en qué tensión el pueblo vio transcurrir esos minutos, que fueron de absoluto silencio, y qué terrible debe de haber sido ese lapso para la víctima, cuyo destino pendía entre la vida y la muerte. En la firme esperanza de que el indulto llegaría oportunamente, se mantuvo al principio en pie, pero cuando habían transcurrido diez minutos, sin que llegara la salvación anhelada, se arrodilló, para implorar la protección divina. Antes que terminara su oración, se había cumplido el lapso fatal.

Se escuchó la orden de: "¡A formar!", después de la cual los sacerdotes recogieron al hombre, medio muerto, y lo condujeron al banquillo. Después de haber besado de nuevo el crucifijo, se retiraron y se lo entregaron al verdugo, que le vendó los ojos. Apenas éste se había retirado del alcance de las balas, se escuchó la orden de "¡Fuego!" Estalló una fuerte descarga, la plaza se llenó del humo de la pólvora, y cuando

éste se disipó, el desgraciado yacía en el suelo, acribillado de balas.

De nuevo el gentío gritó espantosamente, y muchos juraron en presencia del sangriento cadáver de su conciudadano que se vengarían y provocarían la caída del Presidente. Pero como pronto llegaran más tropas y la multitud fuera dispersada por ellas, no hubo mayores demostraciones. Yo me apresuré a regresar a mi casa, a fin de no ser tratado a culatazos, de los que repartían los soldados con gran liberalidad.

* * *

El mes de febrero comenzó con algunos fuertes temblores, y el día 4 volvió a ocurrir una terrible desgracia. Cuando estaba almorzando en la mesa común del *Hotel de Chile,* se propagó repentinamente la noticia de que había estallado un incendio en el buque de guerra *Cazador,* surto en la bahía. Esa misma mañana se había embarcado en él una compañía de soldados, con sus mujeres y niños, para dirigirse a una guarnición en una de las provincias australes. Todos nos precipitamos a la playa o a los cerros, para cerciorarnos de la veracidad del rumor.

Cuando llegué al Cerro Alegre, pude, en efecto, observar que una elevada y negra columna de humo salía del buque. Más tarde vi alzarse también algunas llamas desde las escotillas; pero los bomberos, que se habían acercado con sus bombas embarcadas en lanchas, lograron dominar el loco elemento, y como se tenía la seguridad de poder apagar por completo el fuego, no se pensó en desembarcar a las tropas. Pero tan pronto el humo permitió penetrar a la parte inferior del buque, se llegó a la convicción de que si bien el incendio había sido apagado arriba, seguía propagándose abajo y había alcanzado ya hasta cerca de la santabárbara.

Como se vio que no era posible alcanzar hasta allá con las mangueras, se dio pronto la voz de alarma: "¡Sálvese quien pueda, el buque está por estallar!", lo que indujo a todos los botes que se encontraban en los alrededores a alejarse con la mayor rapidez posible. Antes que una parte siquiera de la

tripulación hubiera podido utilizar los botes del buque, el incendio había llegado a la santabárbara donde había centenares de quintales de pólvora, y con un espantoso trueno el barco estalló, volando por los aires con las quinientas personas que se encontraban a bordo. Fueron arrojados hacia arriba cuerpos humanos, vigas, tablas y mástiles, para precipitarse al mar o sobre los restos del buque. Incontables víctimas cubrían la superficie del agua y pedían auxilio. Centenares de individuos no despedazados, descarnados o quemados por la explosión, encontraron entonces la muerte en el mar, a pesar de los esfuerzos que se hacían para salvarlos. Me dirigí en un bote al lugar de la desgracia y pude contemplar de cerca el horroroso aspecto del *raque*, que todavía humeaba. Se veían en él masas de carne inconocibles, torsos sin cabezas, piernas, brazos, etc., que formaban un enjambre desordenado, y se oían los gritos y lamentos de los mutilados y moribundos.

Me apresuré a regresar a tierra, pero también la playa ofrecía un terrible golpe de vista, pues estaba cubierta de cadáveres y heridos salvados del agua y cuyo número aumentaba constantemente. Había miembros humanos diseminados hasta una distancia apreciable de la orilla. El número de los muertos fue de 358, pero más tarde murieron todavía muchos heridos graves. Sin embargo, hubo también casos de salvamentos curiosos, como el de varias personas que fueron arrojadas al aire hasta considerable altura, cayeron al mar y, en seguida, nadaron a tierra, adonde llegaron sin novedad.

Al día siguiente se efectuaron los solemnes funerales, en los que no sólo participaron las autoridades civiles y militares y un inmenso cortejo de la población porteña, sino también todos los cónsules extranjeros y delegaciones de todos los buques surtos en la bahía.

El sacudimiento ocasionado por la explosión fue tan grande que en Valparaíso se quebraron millares de vidrios de puertas y ventanas, y en los edificios cercanos al puerto resultaron aplastados casi todos los marcos de las ventanas por la presión atmosférica.

* * *

El 29 de junio se celebró en Valparaíso la fiesta de San Pedro y San Pablo, el primero de los cuales es el patrono de los pescadores, que lo honraban con mucha pompa. En la mañana de ese día, el obispo se dirigió en compañía de numerosos sacerdotes de la Iglesia Matriz, a la Plaza de la Intendencia, en solemne procesión formada por un inmenso gentío. En aquella plaza se encontraba una gran embarcación, festivamente engalanada y con un palio, en la cual se embarcó el obispo con el Santísimo Sacramento y numerosos eclesiásticos. Hicieron salvas los cañones en el preciso momento en que subía a la embarcación, y ésta se puso en movimiento con acompañamiento de música y repique de todas las campanas. Le seguían centenares de botes pesqueros, también adornados por sus dueños.

De esta manera, la procesión recorrió durante casi una hora la extensa bahía, impartiendo el obispo sus bendiciones, después de lo cual regresó a tierra y a la Iglesia Matriz.

En la tarde continuó la celebración con una regata, en la que participaron más de doce botes. Incontables espectadores visitaron igualmente el puerto en botes, y millares de otros se encontraban en la orilla. En la noche se realizaron en el agua magníficos fuegos artificiales, con música, bailes y bebidas, terminando así la fiesta.

Capítulo XXXIV

PÉRDIDA DE MIS MINAS DE PLATA DE TRES PUNTAS

Después de algunos meses en Valparaíso y de haber aumentado a una suma importante los gastos de explotación de mis minas durante el último semestre, los que no pude cancelar obteniendo dinero en préstamo o de la venta de barras, recibí un duro golpe. La casa comercial Osthaus, ya mencionada, pidió la liquidación de mis participaciones en Tres Puntas,

por falta de pago de las cuotas que me correspondían en esos gastos, y fueron mis barras repartidas entre mis asociados *.

Es fácil comprender en qué desesperación me encontraba. Después de haber hecho inmensos sacrificios de tiempo, salud y dinero, soportando con paciencia los mayores padecimientos y peligros, me encontraba ahora totalmente arruinado: ¡Era, por cierto, un golpe por demás duro, pues el rico minero, presunto millonario, había llegado a ser un hombre pobre!

Volví resignadamente las espaldas a mi campo de acción, y me embarqué en el próximo vapor, el *Santiago,* a Copiapó. Pero también en este viaje me persiguió la desgracia, pues cerca de las rocas en que se encontraba sepultado el *Quito,* naufragamos también nosotros. Afortunadamente, no hubo que lamentar pérdidas de vidas, pero casi todos los pasajeros, y también yo, perdimos nuestros baúles. En seguida me dirigí por tierra a Copiapó.

Por difícil que fuera mi situación, había mejorado al menos el estado de mi salud y —esto era lo principal, después de las tristes experiencias que había hecho hasta entonces— mi energía y mi voluntad de volver a surgir se encontraban intactas.

* * *

Como ahora estaba terminado el ferrocarril de Copiapó al interior hasta Pabellón, acordé reconocer varias de las antiguas minas argentíferas abandonadas de Chañarcillo, a fin de ver si se podían exportar sus minerales menos ricos, gracias a los fletes más baratos hasta el puerto. Después de algún tiempo en Chañarcillo y haber visitado muchas minas, denuncié varias, de las que estaba convencido que darían buenas utilida-

* Del texto se desprende que en las minas pertenecientes a Treutler, como también en las habilitadas por él a un cateador pobre, no hubo jamás producción de minerales de plata, pues no se dio en ellas con la prolongación de alguna de las vetas ricas de las minas vecinas. De esto fluye que sus minas eran netamente especulativas, sin ninguna base real. De las minas por él mencionadas, la única que tuvo una producción efectiva fue *La Cobriza,* pero en ella sólo poseía pocas barras (N. del T).

des si se las explotaba en forma económica. Después, regresé otra vez a Copiapó.

Una vez conseguidos los títulos correspondientes, me embarqué de nuevo a Valparaíso, con el propósito de organizar una compañía para la explotación de esas minas. Desgraciadamente, reinaba en el puerto tal temor a invertir nuevos capitales en minas, que me fue imposible lograr algo positivo, por mucho que me empeñara, y me vi obligado a renunciar a esta empresa.

Como se habían descubierto en la provincia importantes vetas de cobre y la explotación de ellas adquiría gran auge, y como había recibido un pequeño capital desde Europa, acordé regresar a Copiapó en el vapor próximo, a fin de participar ahora en la minería cuprífera.

Llegado allá, arrendé una casa y comencé a visitar las minas de cobre más interesantes, y también un gran número de vetas cupríferas que me fueron ofrecidas en venta.

Empleé casi un mes en ello y, finalmente, compré una veta rica, solicité el terreno vecino e inicié la explotación. Al cabo de algunos meses, resultaron tan productivas que autorizaban para cifrar en ellas las mejores esperanzas y estaba seguro de que, por fin, ganaría pronto una pequeña fortuna.

Pero mi suerte había despertado la envidia de cierto individuo, y pronto me fueron arrebatadas mis minas en la forma más descarada. Aquel sujeto, amigo del Intendente, las solicitó inesperadamente, sosteniendo tener mejor derecho a ellas que el que me las había vendido. A pesar de probar mi derecho por medio de testigos y de seguir un juicio durante algunos meses, la sentencia me obligó a entregar mis minas, estableciendo al mismo tiempo que mi vendedor me debía pagar una indemnización, pero ese individuo había desaparecido.

Es fácil imaginar con qué sentimientos abandoné esas minas, que me pertenecían legalmente *. Me encontraba más pobre y abandonado que nunca, arruinado por completo, y me

---

* El propio Treutler escribe que fue obligado por medio de sentencia judicial a entregar sus minas. Si tal sentencia era realmente contraria a su derecho, debió haber apelado. (N. del T.).

fue realmente difícil mantener la calma y presencia de ánimo después de ese duro golpe.

No quería que mi familia conociera de ninguna manera la nueva desgracia que me había ocurrido, ni mucho menos deseaba pedirle nuevas remesas, por lo cual me resolví a correr mundo a la buena de Dios. La estada en Copiapó o Valparaíso, donde me había presentado antes como un hombre de fortuna y donde disfrutara de excelente acogida, habría sido terrible para mí, en la situación en que me encontraba ahora; por otro lado, no poseía los recursos necesarios para abandonar el país. Pero muchas cosas debían ocurrirme antes de que me alejara de Copiapó.

Capítulo XXXV

MI TUMBA EN EL DESIERTO DE ATACAMA

En la mañana siguiente ensillé de madrugada mi caballo y me dirigí al galope al desierto, sin meta fija. Necesitaba, sobre todo, soledad y tranquilidad, a fin de trazar nuevos planes para el futuro. Mi caballo, el mismo en que había hecho tantas veces el viaje entre Copiapó y Tres Puntas, galopó, como es natural, por el camino que le era conocido. ¿Pero qué tenía que hacer yo en Tres Puntas? ¿Iba a aumentar el gran dolor que había experimentado, abriendo viejas heridas al contemplar cómo mis minas de plata, por las que hiciera tan grandes sacrificios y que constituyeran todas mis esperanzas, habían pasado a manos ajenas? ¡Imposible! Me detuve a medio camino, en Cachiyuyo, y me dirigí al solitario restaurante situado en medio del desierto, donde había descansado tantas veces en mis viajes anteriores y a cuyo dueño conocía muy bien.

Conversé con él hasta avanzadas horas de la noche, y participó sinceramente en mi desgracia. A la vez, me dio, como testimonio de su decisión de ayudarme a rehabilitarme, infor-

maciones sobre una riquísima veta cuprífera, que él no trabajaba por falta de recursos. Convinimos que iría a visitarla al día siguiente, a fin de reconocerla. Si resultaba explotable, la solicitaríamos en común, para vender en seguida algunas barras y reunir así el capital de explotación necesario y yo me haría cargo en seguida de la administración.

Por tanto, mi única preocupación fue, al día siguiente, ensillar mi caballo y seguir el camino que mi anfitrión me había descrito, el que conducía a través de las áridas arenas del desierto hacia las abruptas quebradas de la cordillera.

En un principio, encontré todas las señales que me servían para orientarme, pero cuando penetré en las quebradas longitudinales y transversales de la precordillera, tuve que avanzar con la mayor atención, a fin de no dejar inadvertida alguna de ellas. Al mismo tiempo tuve que marcar nuevas señales, a fin de poder salir más tarde de ese laberinto, para cuyo efecto acumulaba algunas piedras, unas encima de otras.

Mi amigo me había proporcionado informaciones tan detalladas que no podía errar, y me era muy satisfactorio comprobar que alcanzaba, uno tras otro, todos los puntos descritos, acercándome a la meta.

Pero después de haber avanzado durante algunas horas por las quebradas, observé repentinamente que las señales que me había proporcionado ya no correspondían a la realidad. Creí primero haber pasado por alto alguna de ellas, por lo cual seguí avanzando. Mas, después de una media hora, reconocí que me había extraviado, sin ninguna duda, y me vi obligado a regresar.

Lo hice con la mayor precaución, fijándome muy bien en las señales que había dejado, pero, en un lugar que era de la mayor importancia, debido a que en él se cruzaban cuatro quebradas, no encontré mi propia señal, de modo que quedé perplejo en grado sumo. No sabía qué rumbo seguir, y tampoco pude encontrar el menor rastro de las pisadas de mi caballo en el sendero rocoso. En tales circunstancias, me pareció lo más acertado encomendar la elección al caballo, que seguramente conocía el camino por donde habíamos venido, y, efectivamente, pronto éste dobló por una de las quebradas.

Había caminado cerca de media hora por ella, cuando me sorprendió ver algo de vegetación frente a nosotros. Pronto llegamos a una pequeña vertiente, al lado de la cual descansaban tranquilamente dos guanacos, que emprendieron la fuga, asustados por visita tan inusitada, mientras mi caballo se empeñaba por alcanzar la fuente para beber.

Por grato que fuera el descubrimiento a mi caballo, era desagradable para mí, pues quedaba en claro que el animal se había dejado atraer instintivamente por el agua y que me encontraba en un camino equivocado. Esto era tanto más desconsolador, por cuanto el sol sólo alumbraba ya las cumbres más elevadas de los Andes y comenzaba a obscurecer en las quebradas.

Regresé a la brevedad posible y alcancé felizmente de nuevo el lugar donde se cruzaban las quebradas, pero tenía que decidirme de nuevo por una de dos quebradas. Seguí una al azar y para reconocer mejor las señales que había dejado en el camino, preferí andar a pie, conduciendo mi caballo de las riendas, pues era demasiado peligroso exponerme a un extravío en esos andurriales.

Después de recorrer de nuevo un buen trecho, me encontré en una hondonada circular, rodeada por abruptas paredes rocosas. Reconocí claramente que me había equivocado otra vez y que no era ése el camino por donde llegara desde Cachiyuyo. Como, entre tanto, había obscurecido y mi caballo estaba muy cansado, resolví pasar la noche ahí, para buscar en la madrugada siguiente el camino de regreso al restaurante, adonde tenía que volver, pues no disponía de provisiones ni de forraje para mi caballo. Lo desensillé y, como se enterara luego que no podía esperar alimento alguno en tal lugar, se tendió pronto en la arena.

A un día caluroso, siguió una noche heladísima. Preparé mi lecho con la montura chilena, que se presta muy bien para ello, y, empleando su armazón como almohada, los pellones como colchón blando y el poncho como cubierta, caí luego en un profundo sueño.

Había dormido algunas horas cuando escuché un ruido muy curioso, y aunque la noche era muy obscura, reconocí pron-

to que una bandada de chinchillas, con manchas negras y blancas, se me estaba acercando desde la quebrada. Asustado por los animalitos, mi caballo se levantó rápidamente, y, antes que me fuera posible detenerlo, corrió a galope tendido por la quebrada en dirección al valle, dejándome totalmente consternado. A pesar de que estaba descalzo, corrí por la noche obscura, siguiendo al ruido del galope, pero apenas había recorrido unos cincuenta pasos caí en un barranco. Si bien no era tan profundo como había temido, pues se trataba solamente de una grieta en la roca, honda de unos quince pies, un agudo dolor me indicó que me había lastimado gravemente. Encendí una velita de cera y pude enterarme, con no pequeño susto, que me había cortado como con un cuchillo casi todo el talón del pie derecho. Como habían sido afectadas varias venas, la sangre corría a chorro, y me desangraría si no vendaba la herida. Haciendo un gran esfuerzo, junté con inmenso dolor las dos partes separadas por el corte, unté con saliva algunas hojas para preparar cigarrillos, y las coloqué alrededor. Luego saqué algunas tiras de mi camisa, y me vendé el pie en la mejor forma que pude, con lo que logré finalmente detener la hemorragia. Aumentaron, en cambio, los dolores, y comenzó a hinchárseme primero el pie, luego también la pierna.

Así me encontré tendido sobre el suelo rocoso, en la heladísima y obscura noche, gravemente herido, con espantosos dolores, sin alimentos ni agua, metido en una lúgubre quebrada roqueña, sin caballo, incapaz de arrastrarme siquiera y sabedor de que en cinco leguas a la redonda no había camino trazado, ni vivienda alguna. Estaba expuesto irremediablemente a una espantosa muerte por hambre.

Reflexionando sobre la situación en que me encontraba, dudé en un principio si no sería mejor que soltara la venda y dejara correr la sangre, a fin de encontrar de esa manera una muerte más apacible. Pero, aunque supiera que no tenía una mínima posibilidad de salvarme, triunfó en mí el amor a la vida, y esperé en medio de los mayores padecimientos corporales y espirituales la llegada del día.

Cuando por fin el sol doró con sus primeros rayos las cum-

bres de los Andes, me encontraba entumecido de frío, e hice lo posible para arrastrarme hasta mi lecho. ¡Pero fue en vano!

Si en la noche casi me había congelado, ahora, tendido entre las rocas, y más y más a medida que el sol se acercaba al cenit, tuve que sufrir sus rayos quemantes y un insoportable calor de más de 30º R. Pronto comencé a sufrir de calenturas y me mortificó terriblemente la sed. Temiendo que la fiebre me arrebataría luego el sano juicio, escribí rápidamente algunas líneas de despedida a mi familia en Europa, que coloqué en mi cartera, como también algunas líneas al Cónsul General de Prusia en Valparaíso, Fehrmann, y un papel en que indicaba mi nombre y la fecha y rogaba al descubridor que entregara esos documentos al Intendente.

Lo hice en el momento preciso, pues apenas había terminado las cartas, la fiebre aumentó en tal forma que comencé a delirar y, al mismo tiempo, sentía los más espantosos dolores y una sed mortificante. Y de poder pensar tranquilamente en la situación en que me encontraba, sin duda se hubiese apoderado de mí la locura.

Por suerte, caí pronto en una especie de letargo, seguramente a causa del debilitamiento provocado por la sangría. Pero pronto este estado alternó con fantasías generadas por la fiebre, en las que me veía perseguido por horrendas figuras. Estas eran motivadas, sin duda por la extraña configuración de las rocas que se elevaban alrededor y parecían animales, iglesias, torrecillas, etc. Pero pronto lancé un fuerte grito, que me despertó incluso de mis sueños; había visto a la Muerte que me observaba con una sonrisa y luego estiraba hacia mí sus largos brazos para matarme con su guadaña. Entonces recuperé por completo la conciencia, miré miedosamente alrededor y advertí la causa de mi espanto. ¡Qué coincidencia más terrible! En efecto, me encontraba junto a los restos de un compañero en el infortunio: a mi costado estaba tendido un esqueleto humano, del que pendían todavía algunos harapos, se trataba, sin duda, del cadáver de un minero extraviado que había encontrado la muerte por hambre.

Cuando el sol se hundió en las olas del Océano Pacífico hacia Occidente y sus últimos rayos iluminaron los faldeos tan

pintorescos y los picos tan agudos de los Andes, el calor declinó poco a poco, y un viento refrescante bajó por la quebrada. Me abandonó la fiebre, recuperé la tranquilidad necesaria para reflexionar sobre mi situación y, como no podía esperar ninguna salvación, pude prepararme al menos para la muerte de una manera digna.

Al entregarme así a mis meditaciones en medio de espantosos dolores, lamentando tener que morir tan joven y de una manera tan terrible, me impresionó tétricamente el repentino aparecimiento de un gran cóndor, que había observado a su víctima desde las cumbres de la cordillera y descendía atraído instintivamente por la sangre derramada. Esa ave de rapiña se me apareció como un presagio seguro de mi muerte.

Después de girar sobre mí, primero en círculos amplios, y luego en otros que se fueron acortando, se posó muy cerca, sobre una roca, desde donde me observaba cuidadosamente. Parecía tener el propósito de esperar que me debilitara por completo, pues entonces le sería fácil iniciar la lucha conmigo, hincar sus garras en mi pecho, extraerme con su pico los ojos y luego destrozarme la barriga y consumir mis entrañas. ¡Había contemplado ya tantas veces el terrible espectáculo en mis viajes a través del desierto, cuando la voraz ave se comía vivos a caballos que se habían caído o mulas que ya no tenían fuerzas para defenderse!

Era absolutamente seguro que me esperaba también a mí ese terrible destino, pues, antes que hubiera pasado media hora, giraban sobre mí más de diez de esos espantosos animales, con un cortejo de jotes, y poco a poco se posaban todos en mis cercanías, a fin de participar en el festín.

Sí, totalmente rendido ya, había aceptado el destino de morir allí, era espantoso el pensamiento de pasar los últimos instantes de mi vida en lucha con esas aves, para ser destrozado y devorado por ellas. Me animó el instinto de sobrevivir, infundiéndome —a pesar de los espantosos dolores— las fuerzas necesarias para acumular grandes piedras planas cerca de una grieta en las rocas. Las ordené de tal manera que, si me colocaba bajo ellas, formarían una especie de tumba, donde pro-

tegido de las aves, podría entregarme tranquilamente al sueño eterno.

Cuando había terminado el triste trabajo de preparar mi propia sepultura, me quedé sentado durante largo tiempo frente al lugar donde habría de descansar para siempre en esta tierra, sin preocuparme ya de la noche que había cerrado y del heladísimo viento que bajaba con gran ímpetu por las quebradas. El cielo, que siempre había estado despejado, de modo que la Cruz del Sur y las demás constelaciones brillaban magníficamente en un hermosísimo azul, estaba cubierto ahora por pesadas nubes negras, como si participara de mi profundo dolor y estuviera triste como yo. Mi pensamiento revivió el pasado y desfilaron ante mí todos los cuadros de mi dicha. Recordé a mis seres queridos y fortalecido por una oración fervorosa, en la que imploraba al Hacedor la salvación o una rápida muerte, me acosté en mi lecho roqueño. Lo cerré por todas partes cuidadosamente con piedras, de modo que pudiera descansar en paz para siempre, y me quedé dulcemente dormido.

Alcancé a confortarme con unas horas de sueño, cuando me despertaron los remezones de un fuerte temblor. Mi lecho era muy duro y el hambre comenzó a mortificarme terriblemente, pues no había comido nada en 36 horas; abandoné mi refugio, me senté frente a él, y me entregué a mis pensamientos. Casi inmediatamente creí escuchar un ruido. Presté la mayor atención, pero todo permaneció en silencio. Supuse que una de las aves de rapiña habría sido la causa, y me perdí de nuevo en las fantasías de mis sueños. Pero el ruido se repitió, y me pareció que se acercaba. Creía soñar y, para cerciorarme de que estaba despierto, toqué los objetos que tenía en torno. Por lo menos, estaba en mi sano juicio y escuché de nuevo mientras mi corazón palpitaba como si hubiera de reventar. El ruido se acercaba más y más, y no se trataba del graznido de aves de rapiña, ni de una tropilla de guanacos que pasaran corriendo, ni del grito de algunas chinchillas, ni tampoco del galope de mi caballo que regresaba. Nada de eso: ahora podía distinguir claramente un rechinar de ruedas, bien característico y persistente. Seguí escuchando algunos segundos más,

y como el ruido se destacaba con una nitidez aún mayor, surgió en mí la esperanza de salvarme, e incapaz de dominar mi alegría, grité a todo pulmón: —¡Socorro, socorro! ¡Por el amor de Dios, me muero! —Y en seguida: —¡Socorro, por María Santísima, estoy herido mortalmente!— Al mismo tiempo, me incorporé y, arrastrándome sobre las rodillas o saltando en una pierna, logré avanzar mediante un esfuerzo sobrehumano hacia el punto de donde provenían los ruidos.

Había recorrido un trecho en medio de la obscura noche, lo que parecía imposible en mi situación, cuando me detuve y escuché. ¡Qué suerte! Oía ahora claramente, cerca de mí, el ruido de un carretón. Pero advertí también, con verdadero pavor, que el cochero apuraba a los caballos y se distanciaba cada vez más, en vez de contestarme.

¡Ruego al lector que se coloque en mi situación, para comprender mis sentimientos! Pocos minutos antes había creido que mi existencia llegaba a su fin y, resignado a la espantosa muerte que se me acercaba, había implorado a Dios que me salvara o me permitiera morir rápidamente. Entonces, cual un emisario del cielo, había llegado el carretón, pero cuando apenas había tenido tiempo para comprender mi suerte y abrigar nuevas esperanzas de salvarme de morir de hambre, ese rayo de esperanza se alejaba con la misma rapidez con que se había acercado.

En la mayor desesperación y con mortal angustia, no sintiendo ni los dolores ni la debilidad, corrí con ímpetu hacia el punto desde donde provenía el ruido. Imploré, grité, rugí, pero todo fue en vano: el vehículo no se detuvo.

Redoblé la velocidad de mis pasos, haciendo un esfuerzo sobrehumano, me caí repetidas veces al suelo, me herí a cada instante en las agudas piedras, pero el instinto de conservación había afirmado mi ánimo contra todo dolor. Por más que me cayera, me volvía a levantar y corría tras el carretón, hasta que finalmente casi lo alcancé, debido a que estaba pesadamente cargado y por suerte no podía avanzar ligero. Entonces llamé de nuevo con toda energía, a través de la noche negra, y por fin escuché la voz del cochero, quien me imploró,

del modo más lastimero, que le perdonara la vida, pues su carga no era de plata, sino solamente de leña.

Se comprenderá mi admiración al ver que me imploraban, a mí, tan necesitado de auxilio, que fuera misericordioso. Pero el cochero, junto con pedir clemencia, siguió apurando a sus caballos para escapar, y yo sentí un espantoso dolor, que hizo desvanecerse mis últimas energías. Mi salvación sólo podía lograrla ya actuando con gran presencia de ánimo y cambiando de táctica. Por eso, asumiendo rápidamente el papel de un salteador de camino, por lo que el cochero, sin duda, me tomaba, le grité: —¡Para, o te mato!—Intimidado por estas palabras, el hombre detuvo su vehículo. Empleando mis últimas fuerzas, logré arrastrarme con terribles dolores, hasta el carretón, pero en ese momento desfallecí debido a la pérdida de sangre, pues no sólo se me había abierto de nuevo la herida del pie, sino que me había lastimado gravemente la cabeza.

¡Qué sorpresa tuvo el cochero, que tiritaba de miedo de pies a cabeza, tomándome por un salteador, cuando me vio por el suelo, en estado tan lamentable, implorándole ayuda! Me repuse un poco y le informé brevemente de mi desgracia, con lo que se apresuró a encender una fogata, a lavar mis heridas y a vendarme. ¡En seguida, me dio un poco de aguardiente y pan, me enrolló en sus frazadas, me ayudó a subir al carretón y animó a sus caballos, a fin de llevarme a la brevedad posible a Copiapó, donde podía encontrar auxilio.

Teníamos que recorrer hasta allá doce leguas españolas. Casi no son para descritos los dolores que experimenté en el viaje, acostado en el duro carretón que atravesaba un terreno muy poco parejo, sobre grandes piedras. Además, mientras duró el viaje, sopló un viento heladísimo desde la Cordillera, que estaba cubierta de nieve, de modo que me sacaron más muerto que vivo del carretón, al llegar a Copiapó.

Inmediatamente se apoderó de mí una violenta fiebre, y sólo gracias a la diligencia de mi amigo médico, el Dr. Wilhelm Gottschalk, pude conservar la vida y la pierna.

Durante mi enfermedad, mi salvador me había visitado frecuentemente, y como recibiera una pequeña suma desde Valparaíso, consideré mi deber gratificarle de la mejor manera

que podía; pero me dejó realmente confundido, cuando me declaró que, por pobre que él fuera, no aceptaba la menor retribución por los servicios que me había prestado.

Mi salvación –agregó– había sido realmente tan milagrosa, que no era posible pagarla con oro: en un radio de varias leguas desde el punto en que me había accidentado, no pasa ningún camino, ni mucho menos existe mina o vivienda. El mismo visitaba sólo una vez al año una quebrada de donde extraía un cargamento de raíces. Esa quebrada sólo era conocida por él, su único visitante, de modo que si no hubiera hecho el viaje justamente ese día, me habría tenido que morir de hambre.

¿No habría tenido razón, después de esta milagrosa salvación, para compartir la creencia propagada entre los vecinos de Copiapó, de que la Divina Providencia me tenía reservado para un fin especial?

Capítulo XXXVI

1857. LAS RICAS MINAS DE ORO Y COBRE DE CACHIYUYO

Después de recuperar la salud, volví a Cachiyuyo en el mismo caballo que me abandonara tan miserablemente en el desierto, pero que había encontrado el camino a su establo en Copiapó. Mi deseo era llegar a la veta cuprífera en compañía del dueño del restaurante, pero, durante mi enfermedad, éste no sólo había vendido la veta, sino también el restaurante, por lo cual me encontré con un nuevo propietario.

Pero como durante mi última estada el dueño anterior me había hablado no solamente de su mina, sino también de ricas vetas en la sierra de Cachiyuyo, resolví quedarme durante un tiempo en este lugar. Quería reconocer las minas auríferas cercanas, que habían explotado los indios y habían sido las más ricas del país, y también algunas vetas cupríferas, que me ofrecían en venta a un precio muy conveniente.

La sierra de Cachiyuyo se extiende hacia Occidente, en dirección al mar, a lo largo de casi media legua, con una altura de 600 pies. Se halla completamente aislada en medio de un mar de arena con ancho de varias leguas, el cual se extiende hacia el Este hasta los Andes, por el Norte hasta las sierras de Puquios, limita al Oeste con el Océano Pacífico, y por el Sur rodea un cerro de unos 500 pies, donde, de acuerdo con antiguas tradiciones, se encontrarían enormes riquezas de oro.

En la mañana siguiente recorrí a caballo la falda austral de la sierra de Cachiyuyo, visitando primero una mina de cobre llamada *Cuatro Amigos*, en la que se trabajaba una potente veta de minerales de cobre negro, y tras algunas centenas de pasos por la falda, más hacia el Oeste, llegué a las antiguas minas de los indígenas, tan famosas por su riquezas, pero que ahora se encontraban abandonadas.

A pesar de que en pocas partes del mundo hay tanto fierro como en el Desierto de Atacama, los indios no conocían su uso. Empleaban, en cambio, como ya se dijo, el cobre para fabricar martillos, cinceles, etc. Gracias a estas herramientas, habían seguido superficialmente la rica veta por más de mil pasos, hasta que se encontraron con agua, que les había impedido profundizar más las labores. Los grandes desmontes revelaban la profundidad de esta grieta, que tenía sólo cinco pies de ancho y más de mil pasos de largo. Las numerosas viviendas antiguas, construídas por los indígenas con pircas (piedras superpuestas), que todavía se podían ver a ambos lados de la mina, revelaban que el número de los operarios ocupados había sido muy grande. En esas antiguas viviendas se encontraba diseminado un sinnúmero de antiguas fuentes de greda, algunas bien conservadas y provistas de adornos, pero en su mayor parte destrozadas, y había también puntas de flecha de topacio, bolas de ágata, etc. Casi en cada vivienda había una gran piedra, bastante gastada, con que los indios trituraban el cuarzo, para poder obtener el oro.

En una de esas antiguas viviendas, tuve la suerte de encontrar un cincel y dos martillos, de diez libras cada uno, de co-

bre macizo. Pero lo que me interesó especialmente, fue una piedra de color gris y tres pies de diámetro, que hallé en la mayor de estas viviendas, situada sobre otra piedra. Si se la tocaba levemente, expedía un sonido, y si se la golpeaba con una piedra, el sonido era tan fuerte que se le podía escuchar hasta una distancia de algunas leguas y dejaba casi sordas a las personas que se encontraban cerca. Esta fonolita había sido la campana de los antiguos indígenas.

La gran riqueza de esas minas no era una fábula, sino que se había comprobado, antes de que se inundaran y las abandonaran los indígenas, que la veta tenía en algunas partes una potencia de varias pulgadas de oro macizo. En otras también se encontraba diseminado mucho oro, y así me pareció interesante reconocer esas antiguas minas y toda la sierra, a fin de verificar si era posible secar los laboreos por medio de un socavón y hacerlas accesibles. Por eso permanecí varios días en el lugar; dormía en la fonda de Cachiyuyo y salía de madrugada con algunas provisiones, para pasar el día inspeccionando la sierra y regresar en la noche.

Desgraciadamente, mis averiguaciones y reconocimientos no dieron un resultado favorable, pues para desaguar la mina, habría sido necesario construir un socavón desde una distancia muy grande, lo que resultaba muy costoso y quizás sin provecho, pues no es posible conocer la hondura de los antiguos laboreos. Era fácil, en cambio, calcular el costo de la instalación de una máquina a vapor, pues se pagaba 3 pesos por el quintal de leña, y en Caldera la tonelada de carbón de piedra costaba 40 pesos, y era necesario transportarla por ferrocarril a Copiapó y desde ahí en mulas a la mina.

Tenía que renunciar, pues, a adquirir una nueva e importante fortuna en esa mina y limitarme a buscar una veta cuprífera.

Había empleado varios días en reconocer todos los faldeos y quebradas de la parte austral de la sierra, donde encontré diversas y potentes vetas cupríferas, tanto de cobre negro como oxidado, y después me dirigí a la parte septentrional. Además de la esperanza de encontrar allá otras vetas cupríferas, me interesó esa región por un antiquísimo derrotero que po-

seía, relativo a un gran tesoro en oro que los indígenas habrían enterrado al ser sometidos por los españoles. Ese tesoro, probablemente, lo habían dedicado a sus dioses y nadie podía tocarlo o revelarlo, so pena de muerte.

Durante algunos días exploré vanamente esa parte de la sierra. Una tarde regresé al valle muy agotado por el esfuerzo y los candentes rayos solares, para tomar mi mula, que había dejado amarrada, y regresar a la fonda. Pero, desgraciadamente, sólo encontré las riendas alrededor de la roca. La mula había desaparecido. Creí que se habría escapado hacia la fonda, que quedaba a una hora de camino, y ya me encaminaba hacia allá, cuando observé que las huellas de la mula indicaban la dirección contraria. Decidí seguirlas.

Las perdí varias veces, para volver a encontrarlas y, finalmente, el camino me condujo a una estrecha quebrada que corría entre abruptas murallas rocosas. Cuando penetré en ella, ví que se estrechaba cada vez más, y que las laderas aumentaban en altura; observé un poco de vegetación, que aumentaba hacia el interior, hasta que llegué a una vertiente, sombreada por un algarrobo, bajo el cual se había tendido cómodamente mi mula.

Cuando también me había sentado y repuesto con un trago de agua, observé que la quebrada continuaba al interior y se estrechaba aún más. Por ello reconocí con gran placer que se trataba de una que ya muchos habían buscado y cerca de la cual debía encontrarse el tesoro, pues observé en una de las paredes, tal como lo indicaba el derrotero, numerosos signos y jeroglifos. Entre muchos dibujos y figuras ininteligibles de color rojo, reconocí varias humanas, como también las de algunos guanacos y cóndores, pero lo que más me interesaba era una mano que indicaba hacia la angostura de la quebrada, lo que me hizo creer que el tesoro se encontraba allá.

Por cansado que estuviera, en presencia de estos signos me sentí otra vez fresco y reanimado y corrí de roca en roca, con la esperanza de descubrir otra señal que aclarara la situación del tesoro. Pero, como cerró la noche, me ví obligado a regresar a la posta, y sólo pude continuar mis investigaciones al día siguiente.

A pesar de que con el mayor empeño y esfuerzo reconocí la quebrada de un extremo al otro, no me fue posible descubrir nada. Puede que con los siglos transcurridos desde que enterraron el tesoro y con los frecuentes terremotos, la superficie de la tierra haya cambiado substancialmente, o que el tesoro ya no se encontrara allí o nunca hubiese existido.

Hallé, sí, una colina muy interesante, cercana a ese lugar, de unos cien pies de altura y aislada en medio de la planicie arenosa. Sobre ella se elevaban unas sesenta viviendas de los antiguos indígenas, con muros de pircas y en las que encontré muchas muestras de cerámica, puntas de flechas y grandes piedras de las que empleaban para moler el cuarzo y obtener oro. Pero no pude comprender por qué habían elegido esa colina aislada en la candente arena del desierto para sitio del poblado. La única explicación es que antiguamente corría cerca de allí un arroyo o existía una vertiente, cegada después por algún terremoto.

No lejos descubrí una veta de topacio, con potencia de cinco pies. que los indígenas habían trabajado sólo hasta pocos pies de profundidad, para fabricar puntar de flechas, con la piedra que extraían.

Capítulo XXXVII

SALTEO EN LA QUEBRADA DE LLAMPOS

Había reconocido esa sierra durante varias semanas, encontrando buenas vetas cupríferas. Por tal motivo, monté una mañana mi caballo para regresar a Copiapó y hacer los pedimentos correspondientes.

Después de cruzar una parte del desierto en medio de un espantoso calor, alcancé la quebrada de Llampos, donde, medianamente protegido contra los quemantes rayos solares, dejé andar mi caballo al paso. Repentinamente, ví que corría hacia mí una mula ensillada, sin jinete, y como la quebrada

era muy angosta, la hice detenerse y la enlacé, a fin de conducirla a la próxima posta. Pero apenas había avanzado unos centenares de pasos, escuché un grito de auxilio. A pesar de provenir de muy cerca, no pude distinguir si había sido lanzado delante o detrás de mí, o en lo alto de la quebrada. Detuve de inmediato mi caballo y saqué el revólver de la funda, pero todo permaneció tranquilo. Seguí avanzando despacio con mucha precaución, mirando a todos lados, hasta un lugar en que la quebrada da una vuelta y desde donde es posible reconocer gran parte de ella, pero tampoco allí oí o vi nada, salvo algunos cóndores y jotes, que despedazaban terriblemente a una mula caída y que aún no había muerto.

Hubiese querido disparar mi revólver contra esas voraces aves, pero habría revelado así mi presencia, por lo cual me limité a matar a la pobre mula con un cuchillo.

Creí ya haberme equivocado y confundido el grito de un buitre con uno de auxilio, cuando volví a oir claramente no sólo quejidos, sino también las voces de varios hombres. Advertí entonces que las voces provenían de una grieta roqueña que se encontraba encima de mí. Tomé entonces rápidamente una resolución: salté de la montura, até las riendas del caballo alrededor de una piedra grande y trepé por el barranco, revólver en mano. Con el mayor sigilo y tan silencioso como pude, me acerqué a la grieta, donde se me presentó un golpe de vista sobrecogedor: un individuo de cierta edad, bien vestido, yacía en el suelo, acribillado a cuchilladas y nadando en sangre. Su cuerpo se agitaba en convulsiones y, de pronto, quedó rigido, demostrando que acababa de morir.

No podía, pues, prestar ninguna ayuda al desgraciado, y sólo me cabía perseguir a los asesinos, por mi propia seguridad. Regresé rápidamente adonde dejara mi caballo, para que no se apoderaran de él los asesinos. Pero apenas lo había montado, los bandidos me lanzaron una andanada de piedras. Era imposible atacarlos o defenderme y sólo podía salvar mi vida huyendo con la mayor rapidez posible. Hundí las grandes espuelas con tal violencia, que el caballo se encabritó y habría partido como una flecha si no se hubiera opuesto la mula, que no quería moverse. Pero no tenía un instante que

perder, si no quería ser destrozado por una de las grandes piedras que los salteadores arrojaban sobre mí con sus hercúleos brazos. Apenas tuve tiempo para cortar el lazo y volver a dar espuelas a mi caballo, cuando me alcanzó una piedra, que por fortuna me hirió sólo levemente, mientras que otra más grande derribaba de inmediato a la mula. Me dirigí a toda carrera a la salida de la quebrada, pero pude comprobar con espanto, que varios salteadores se habían colocado en una angostura y me esperaban tranquilamente, premunidos de piedras, para matarme a la segura.

Me encontraba, pues, en una verdadera trampa: a ambos lados se elevaban las paredes abruptas e infranqueables de la quebrada rocosa, y a mis espaldas y al frente se encontraban los salteadores, protegidos de tal manera por las grietas que mis balas no los podían alcanzar. La angostura tenía un ancho de sólo doce pies y era forzoso pasar por ella.

No disponía de mucho tiempo para reflexionar, pues ya se acercaban también los que me atacaban por la espalda y me empujaban hacia los que estaban apostados adelante. Me desmonté rápidamente, tomé el caballo por las riendas, animándolo que avanzara con rapidez, y, más o menos protegido por su cuerpo y disparando mi revólver, corrí hacia la angostura. Logré de esta manera cruzarla y salir felizmente de la quebrada.

Monté entonces rápidamente mi caballo, que sangraba por muchas partes, y cargando de nuevo mi revólver, me lancé a toda carrera a través del desierto hasta la estación de Chulo. Pero como en esta pequeña posta, situada muy aisladamente, no encontré arrieros ni carretoneros, sino sólo a la anciana dueña, y como los salteadores podían alcanzar el lugar dentro de una hora y ya estaba obscuro, le di de beber a mi caballo, le lavé un poco las heridas, y seguí la carrera a Copiapó.

Cuando le comuniqué el asesinato al Intendente, despachó de inmediato un piquete de caballería en persecución de los bandidos, y yo me dirigí a mi casa muy cansado y debilitado por la pérdida de sangre.

* * *

En la tarde del día siguiente regresaron los soldados, sin haber encontrado a los salteadores, que habían huído a la montaña, pero trajeron el cadáver de la desgraciada víctima, al que los cóndores y jotes ya habían sacado los ojos y devorado las entrañas.

Se supo pronto que el asesinado era un administrador de minas de Tres Puntas, que, con olvido de la más elemental prudencia, se había dirigido completamente solo y sin armas, desde Copiapó a Tres Puntas, con algunos miles de pesos para el pago de su gente.

Capítulo XXXVIII

1858. MIS MINAS DE COBRE DE CACHIYUYO

Como recibí en aquel tiempo otro pequeño capital desde Europa, contraté de inmediato algunos mineros, compré el material necesario para explotar una mina, como también los víveres necesarios, y me dirigí a Cachiyuyo, a fin de trabajar las vetas cupríferas descubiertas.

En pocos días estaban terminadas las construcciones indispensables y pronto reinaba gran movimiento en esa sierra, antes tan solitaria. Los tiros que hacían volar el mineral y retumbaban, día y noche, incesantemente, en las quebradas, revelaban que existía una empresa activa y bien organizada.

Como las vetas cupríferas que había descubierto eran muy potentes y de altas leyes, tenía interés en trabajarlas en muchas partes, por lo cual hice nuevos pedimentos e inicié más laboreos.

Los minerales principales que se encuentran allí contienen entre 30 y 50% de cobre, junto con plata y antimonio; tenían el color y el brillo del acero, por lo cual se les conocía con el nombre de cobre acerado. Pero también tenían un buen contenido de oro en forma de granos o diseminado como agujas, de modo que de un quintal de minerales se podía extraer a

menudo, con el martillo, oro por valor de treinta pesos. Pero a pesar de sus buenas leyes, los minerales eran brechosos, y las vetas formaban rosarios, cuya potencia disminuía sucesivamente desde cinco pies hasta pocas pulgadas.

Vivía ya varios meses en mi nuevo campo de acción, y sólo a fines de cada mes me dirigía a Copiapó, como antes, transportando los minerales producidos, para venderlos, y comprar los materiales y víveres necesarios para la explotación.

En una de estas ocasiones, cuando regresé a la capital, reinaba allá gran agitación. El Intendente de la provincia había sido atacado en un artículo de prensa, insultante para su honor, lo que le llevó a invadir la imprenta con la policía y detener a los redactores, a quienes mandó castigar por el verdugo, propinándoles a cada uno cincuenta azotes. De esa manera tomó venganza y deshonró a sus adversarios, pero la consecuencia lógica fue que se le destituyera por abuso de poder y se le condujera, detenido, a la capital del país *.

Hasta mediados de octubre administré personalmente mis nuevas minas cupríferas, que mejoraban día a día y permitían abrigar las mejores esperanzas. Pero entonces llegó de Europa la funesta noticia de que el precio del cobre había bajado a casi la mitad. Si se tiene en cuenta que en aquel tiempo, la provincia de Atacama vivía casi únicamente del cobre, se comprenderá qué consecuencias debía tener el que, en vez de cuatro pesos, se pagaran en adelante sólo 16 reales o dos pesos por el quintal de cobre con 25% de fino. El efecto inmediato fue que la mayor parte de las minas paralizaron sus actividades, pues los nuevos precios no permitían transportar siquiera los minerales producidos a Copiapó, ya que el flete era superior al precio, y mucho menos se podía pensar en trabajar las minas. Muchos dueños de éstas tuvieron que decla-

* El episodio relatado es auténtico. Trátase del Intendente Juan Vicente Mira, quien mandó flagelar a los periodistas Rafael Vial, Andrés Maluenda y José Nicolás Mugica, con quienes había mantenido una polémica. Fue destituido por Montt el 10 de marzo de 1858 y sometido a proceso, siendo desterrado por sentencia de la Corte Suprema, y vivió algunos años en Mendoza. (N. del T.).

rarse inmediatamente en quiebra, y les siguieron la mayoría de los comerciantes de Copiapó, de modo que toda la provincia estaba arruinada.

Este nuevo, duro e imprevisto golpe, ocurrió cuando todo se presentaba color de rosa, en momentos en que la minería cuprífera derramaba bendiciones y creaba riquezas. Todo el mundo cifraba las mejores esperanzas en el futuro y yo, como la mayoría de los habitantes de la provincia, quedé completamente arruinado. No sólo tuve que abandonar mis minas de cobre, sino que perdí también mis barras en minas de plata, las cuales me vi obligado a ceder a mis acreedores en pago de mis deudas. Como ocurriera a muchos de mis amigos que habían sido muy ricos y tenían invertido su patrimonio en minas cupríferas, yo también, apenas disponía ahora de lo más indispensable para vivir.

Era bien sabido que nadie había trabajado tanto como mi compatriota Jenckel y yo también. Jenckel, como tenía compromisos que cumplir y no los medios para esperar hasta que volviera a subir el precio del cobre, perdió sus minas, que valían cerca de cien mil pesos. Diariamente se declaraban en quiebra entre diez y veinte dueños de minas, y la consecuencia natural fue que los comerciantes de Copiapó no pudieron cumplir sus compromisos con las casas mayoristas de Valparaíso. Estas se encontraron igualmente en mora, lo que motivó, a su vez, la quiebra de varias de ellas y de otras de Hamburgo. El único dueño de minas entre mis compatriotas, capaz de resistir la crisis, fue herr Heinrich Paulsen, cuya mina de cobre de Ladrillos, cerca de Copiapó, le había dado ya una utilidad de doscientos mil pesos y que se siguió trabajando, con una producción mensual de quinientos quintales de mineral con 20% de fino, aunque la utilidad disminuyó en algunos miles de pesos al mes.

Esta ruina general también repercutió, como es natural, sobre las nuevas fundiciones de cobre, y mis amigos Engelhard y Gockel fueron a la quiebra con un pasivo de 137.000 pesos, siendo vendido su hermoso establecimiento en 6.000 pesos. El ya anteriormente mencionado David Lewingston, de Posen, cuyo patrimonio se había visto acrecentado de una

manera fantástica, y quien había establecido también magníficas fundiciones de cobre en Caldera, quebró con un pasivo de 600.000 pesos y huyó a Argentina, y de la misma manera fueron liquidadas varias otras fundiciones en Caldera.

Capítulo XXXIX

EL DERROTERO DE LOS CANDELABROS

Ya acostumbrado a la inconstancia de la suerte y a sufrir pérdidas, recibí con tranquilidad ese nuevo y duro golpe, totalmente inesperado, y, aunque me encontré sin recursos, no perdí el ánimo ni la voluntad de abrirme un nuevo campo de acción. Resolví, por consiguiente, hacerme cateador de minas antiguas y ricas que no habían sido redescubiertas. Lo que me indujo, sobre todo, a dedicarme a esta penosa y difícil actividad, fue la noticia que tenía de la existencia de una veta de plata maciza con potencia de algunos pies en las inmediaciones de Copiapó.

Era generalmente sabido en esta ciudad que, en tiempos antiguos, una cristiana de origen indígena, domiciliada en Pueblo de Indios, les había entregado a los franciscanos de San Francisco de la Selva, para la iglesia del convento, unas cargas de plata como estipendio de una corrida de misas en sufragio de su difunto marido. Cuando los frailes vieron los ricos minerales de plata en posesión de una pobre india, procuraron, naturalmente, y por todos los medios, averiguar de dónde procedían. Pero, como los indios, desde que fueron sometidos por los españoles, jamás descubren a los blancos sus tesoros, se ha perdido el derrotero de grandes riquezas, y los frailes sólo pudieron saber de esta mujer lo siguiente:

"Su marido poseía cerca de Copiapó una veta de plata maciza con potencia de varios pies; cuando necesitaba dinero, se dirigía a la mina, separaba unos trozos de plata con la barreta, llenaba sus alforjas, regresaba a casa y vendía los mi-

nerales. Un buen día estuvo de visita en la casa un amigo de su marido y, al ver la plata, le solicitó que le ayudara a salir de un apuro. Su marido y el amigo fueron con unas mulas a la mina y, al comprobar su inmensa riqueza, el amigo debió dar muerte al marido. Habría llenado las alforjas con la plata y desapareció para siempre, por temor a que se descubriera el asesinato cometido. En cuanto a ella, no tenía conocimiento de la situación de la mina, y entregaba a la iglesia todos los minerales que había encontrado en su casa".

Los frailes mandaron fabricar dos grandes candelabros macizos con la plata entregada —los cuales aún se encuentran en el claustro de San Francisco—, y desde entonces aquella noticia lleva el nombre del derrotero de Los Candelabros.

A pesar de haber puesto los frailes el mayor empeño en descubrir la rica veta, no tuvieron éxito y dieron la noticia a algunos cateadores de Copiapó. Estos se dedicaron con gran diligencia a reconocer los cerros vecinos a la ciudad, con el compromiso de dar al convento la mitad de la veta, si la descubrían.

Como Copiapó se encuentra en un valle profundo, que corre de Este a Oeste, y existen vetas de plata tanto en las sierras situadas al Norte, como en las de El Rosario, que quedan al Sur, era muy difícil descubrir la rica veta.

Después que los cateadores buscaron por largo tiempo sin tener éxito, los frailes divulgaron ampliamente la noticia. Centenares de cateadores exploraron entonces las sierras, frecuentando los faldeos durante muchos años, y miles y miles de hoyos demostraban con qué paciencia se había buscado la rica veta. Desgraciadamente, todos los empeños resultaron vanos.

Habían transcurrido muchos años, cuando llegó a Copiapó desde la Argentina, un sacerdote que se puso a reconocer en secreto, durante largo tiempo, las sierras y quebradas situadas al sur de la ciudad. Como tampoco lograra un resultado favorable, se dirigió a uno de los más reputados cateadores de Copiapó y, después de solicitarle su cooperación, bajo promesa de absoluto secreto le participó lo siguiente:

En una noche muy obscura y tempestuosa había sido lla-

mado por un moribundo, quien le confesó: "Yo nací en Pueblo de Indios, cerca de Copiapó. Un amigo mío poseía allá secretamente una riquísima veta de plata. Le rogué, una vez, que me facilitara una pequeña cantidad de mineral, me lo prometió, y nos dirigimos en mula a una sierra cerca de Copiapó, por la que subimos cierto trecho. En seguida nos detuvimos; me ordenó que esperara su regreso y se alejó un poco, hasta un lugar donde levantó una plancha de piedra y penetró en una angosta abertura. Escuché cómo trabajaba con una barreta que había llevado. Al subir un poco más al cerro, pude contemplar Copiapó directamente a mis pies y vi cómo se dirigía en ese momento una procesión con muchas velas a la iglesia de San Francisco. En seguida regresé y, como mi amigo todavía no llegara, me dirigí sigilosamente al lugar donde se encontraba, contemplando una cueva y una veta de plata maciza con potencia de algunos pies. Inducido por la envidia y la codicia, maté a mi amigo, llené mis alforjas con plata, cubrí la abertura y, temeroso que se descubriera el asesinato, huí hacia acá, donde he vivido muchos años. Como siento que se aproxima mi última hora, quisiera aliviar mi conciencia y le entrego aquí, señalado con toda precisión, el derrotero para encontrar esa riquísima veta. Le ruego pedirla para la Iglesia y hacer que, por su valor, se recen misas por mi pobre alma".

El derrotero era del siguiente tenor: "Cruza desde Copiapó el río hacia los algarrobos, donde el indio dejó su mula; penetra en la quebrada que queda frente al monasterio de San Francisco; llegarás a un portezuelo desde el cual verás el monasterio de San Francisco, quedando el portezuelo al lado Sur del cerro; una vez llegado ahí, verás al otro lado del portezuelo, hacia el Sur, que la tierra tiene un color amarillo obscuro y que se encuentra una veta en la mitad del faldeo; hay ahí muchos trozos de esa veta; sigue ahora la quebrada hasta donde da una vuelta brusca, y continúa subiendo, hasta que alcances una roca parada; retrocede un poco y pasa al lado de ella por la falda, siguiendo ahora la quebrada hasta que llegues a una sierra con picos muy agudos; dobla alrededor de ella, y a una distancia cerca de 225 pies se encuen-

tra la veta que buscas. Es muy potente, consta de plata maciza, hay dos pequeños cateos encima de ella, que la pusieron en descubierto, pero han vuelto a ser tapados. Parece como si una mula se hubiera revuelto encima de ella. Si sigues andando, encontrarás algunas matas de churqui, y debajo de la primera el indio tenía escondida su barreta, con la que separaba los minerales. A unos quinientos pies de estas matas corre otra veta, que cruza a la primera, donde también existen muchos trozos de la roca negra de la veta. La plata tiene el aspecto de la cinta de un barril".

El cateador hizo lo humanamente posible para descubrir esta veta, pero, como no tuviera éxito, el sacerdote regresó a la República Argentina, sin haber logrado nada.

Quiso la suerte que el cateador me informara del asunto y, después de haberle prometido que le entregaría una parte de la veta y otra a la Iglesia, en caso de descubrirla, me reveló todo el secreto. Recogí, en primer lugar, las mejores informaciones sobre el derrotero, para lo cual visité a los frailes de San Francisco, ví allá los candelabros, y me convencí de tal manera de la existencia de la rica veta, que inicié mis exploraciones al día siguiente, y las continué por cerca de un mes, ininterrumpidamente.

De tal manera, el que esto escribe, antes presunto millonario, se dirigía diariamente, de alba, a pie, premunido de un pequeño azadón, una bolsa con pan y queso y un gran cuerno de agua sobre los hombros, a la sierra del Rosario, que se eleva abruptamente al Sur de Copiapó. Allí me pasaba todo el día, reconociendo las quebradas, faldeos y rocas y regresaba en la tarde, muy cansado, a la ciudad.

Es difícil describir en qué excitación me encontraba durante ese tiempo, pues por penosa y dura que fuese la tarea que me había propuesto, y de lo que tuve que padecer, sobre todo por el calor, me encontraba siempre feliz y contento. Es fácil comprender esto, si se tiene presente que estaba en posesión de las noticias exactas sobre la rica veta, en la que tenía la más absoluta confianza. Esta se transformaba en verdadero entusiasmo, cuando descubría poco a poco las señales indicadas en el derrotero y que me acercaban a la me-

ta. Debe tenerse también en cuenta que, si descubría realmente la rica veta, podía ser millonario de la noche a la mañana, pues aún cuando la mina sin trabajos previos no podía suministrar de inmediato una suma muy elevada en plata, era fácil vender barras a elevados precios a los banqueros y a los mineros ricos de Copiapó, una vez constituída la propiedad en la veta.

Por otra parte, la veta podía también prolongarse, como en Tres Puntas y Chañarcillo, y suministrar durante varios años una renta anual de un millón de pesos. Si el lector, después de todas estas reflexiones, se coloca en mi lugar y considera que antes poseía una gran fortuna, que había perdido, y que me encontraba ahora sin ninguna clase de recursos, podrá apreciar con qué tensión perseguía mi meta actual, sin dejarme intimidar ni por el excesivo calor, ni por los mayores padecimientos. Cateaba toda veta que encontraba, recogía cada piedra y la examinaba, siempre en la esperanza de que perteneciera a la rica veta. Frecuentemente, creía tener en mi mano una roca de plata maciza, y luego resultaba estéril. Mi excitada fantasía me presentaba espejismos, y el calor de esas quebradas peladas y roqueñas, donde no crecía ni la más insignificante plantita y no había seres vivos fuera de mí, contribuyó igualmente a perturbar mi sano juicio. Comprendí entonces con qué facilidad se podía perder la razón —como ocurría frecuentemente en Copiapó—, cuando se realizaba una labor tan excitante y, sobre todo, cuando se esperaba un hallazgo rico.

Por esta razón me explico también el gran número de leyendas que circulan en Copiapó acerca de ricas vetas, cuyos descubridores sostenían haber visto gigantes, enanos, monstruos. Por una parte, los nervios sufren una gran excitación en esos casos; y, por otra, los espejismos del desierto y la superstición reinante contribuían, seguramente, a darles origen.

Llevaba ya tres semanas reconociendo la sierra y había encontrado muchas de las señales a que se refería el derrotero. Pero, cerca del lugar donde debía hallarse la veta rica no pude descubrir nada. Era muy difícil dar con ella, debido a que, justamente esa parte de los faldeos estaba cubierta por

una gruesa capa de arena movediza; y, por lo demás, el asesino, que era un hombre iletrado, pudo haberse equivocado fácilmente en cuanto al rumbo y a la distancia.

De tal modo, comencé a perder poco a poco mi entusiasmo, hasta que, una tarde, me visitó un sacerdote. Impuesto de mis reconocimientos, me comunicó bajo promesa de secreto, que hacía poco había fallecido una anciana que conociera el lugar donde se encontraba la veta rica y le había revelado el secreto en confesión. El sacerdote se había dedicado de inmediato a buscar el sitio, empleando en ello varios días, pero no había podido dar con él. Por tal razón, hizo cargos a la moribunda, reprochándole no haber dicho la verdad en su hora suprema, a lo cual la mujer le había jurado nuevamente que la veta se encontraba en el lugar indicado por ella, y falleció en la madrugada siguiente. Una nueva y prolongada búsqueda no resultó, sin embargo, más feliz que la primera, y como tenía la absoluta seguridad de que la veta tenía que encontrarse cerca del lugar explorado, estaba resuelto a darme la información, a fin de que siguiera la huella.

Me participó en seguida lo siguiente: La fallecida había tenido como sirvienta a una india, que poseyó más tarde una choza y una majada en la quebrada del Rosario. Poco antes de morir, la india le había revelado, bajo promesa de guardar el secreto, que conocía en esa sierra una veta de plata maciza, de la que siempre había extraído trozos cuando necesitaba dinero, y cuya abertura ocultaba cuidadosamente después de cada operación. Le había señalado precisamente el lugar, bajo compromiso de no revelarlo jamás a nadie, a fin de que se pudiera procurar secretamente plata cuando la necesitara. La mujer había extraído siempre plata de la mina, en secreto, y tapando cada vez la entrada con acarreo de piedras y arena. Una gran cantidad de objetos de plata que poseía y dejaba a la iglesia, por carecer de parientes, era la mejor prueba del hecho.

La descripción de este derrotero era la siguiente: "Si se mira desde el punto en que se encontraba la antigua torre de San Francisco hacia el Sur, se verán tres puntas en los cerros. La más alta es la del indio; súbase a ella; y se verá que hacia

el Sur, a una distancia de cuarenta a sesenta pasos, prolongando la línea desde el claustro de San Francisco, corre una veta de plata en la caliza, con rumbo de Oeste a Este. El lugar en que se encuentra está cubierto con mucha arena. Antes existía ahí un algarrobo, pero seguramente ya no estaría. La veta ha sido cateada en dos partes, que han sido cubiertas de nuevo. Más hacia el Sur hay algunas antiguas minas auríferas abandonadas".

Después de haber prometido al sacerdote que le concedería la mitad de la veta si la encontraba, me dirigí al día siguiente al lugar indicado. Es fácil imaginar con qué redoblado entusiasmo me dediqué al trabajo, cuando me di cuenta que la nueva información me llevaba justamente al punto en que había perdido la huella del derrotero anterior, que se trataba, por consiguiente, de la misma mina y que la sirvienta a que se refería el sacerdote era seguramente la misma india que había obsequiado antiguamente la plata a la iglesia, con la que se habían fabricado los candelabros.

Continué la búsqueda durante quince días más, día por día, pero, desgraciadamente, sin éxito. El calor se hacía diariamente menos soportable, y como temía enfermar, dejé la continuación del reconocimiento para más tarde. Las circunstancias quisieron, sin embargo, que no tuviera oportunidad de volver a este lugar.

Estoy, sin embargo, convencido de la existencia de la rica veta, y entregó la información a la publicidad. Quizás alguno de mis lectores tenga más éxito que yo.

Capítulo XL

INCENDIO EN EL PASAJE WADDINGTON

Algunos días después ocurrió otro fuerte temblor. Llamó también la atención un gran cometa, que tuvimos oportunidad de observar detenidamente durante varios días gracias al cielo casi siempre totalmente despejado que ofrece Copia-

pó en todas las temporadas, y a su atmósfera tan transparente.

Como mi salud había sufrido en los pesados reconocimientos de la veta argentífera, me dirigí, a mediados de noviembre a Caldera, para embarcarme a Valparaíso, donde quería conseguir nuevos capitales y robustecerme por medio de baños de mar. Pero mi mala estrella quiso que allá recibiera un golpe de gracia, que me arruinaría por completo después de las grandes pérdidas que ya me habían afectado ese año.

Cuando nos acercamos al puerto de Valparaíso, pudimos comprobar que el cielo estaba teñido con un color de sangre; las grandes columnas de humo que se elevaban sobre la ciudad, no dejaban duda que se trataba de un gran incendio. Hubo, por supuesto, mucha nerviosidad por ello en nuestro buque, y se aceleró la velocidad de la máquina, a fin de alcanzar cuanto antes la bahía.

Consternado y con verdadero espanto, pude observar que estaba ardiendo toda la calle del Cabo, y ya había llegado a ser pasto de las llamas el hermoso Pasaje Waddington, donde se encontraba mi habitación, y también el Pasaje Cousiño, y como ambos estaban construídos de madera, formaban una inmensa hoguera que se elevaba al cielo.

Apenas desembarcado, me dirigí al sitio del incendio. ¡Qué triste golpe de vista se me ofrecía! Los pasajes Waddington y Cousiño ya no existían, y como el fuego se había propagado con increíble velocidad, no se había salvado absolutamente nada: lo había perdido todo. Dejando a un lado la pérdida en dinero, se habían quemado mi correspondencia, los documentos, los retratos y fotografías y los recuerdos de la patria, como también —lo que me era más doloroso— mi colección mineralógica, con sus valiosas muestras de menas de oro, plata y cobre.

Esta colección era el fruto de un trabajo de siete años, y no tenía solamente un gran valor pecuniario, sino también científico. ¡Cuántos viajes difíciles y penosos había emprendido al desierto y a las quebradas andinas, para lograr muestras interesantes y completar mi colección. ¡Qué magníficos y valiosos minerales había recibido como regalo de dueños ricos de minas; qué capital había gastado para adquirir las

colecciones que me había reservado, a pesar de las grandes penurias monetarias por que pasé a menudo! Eran mi único patrimonio al cabo de siete años de duro trabajo. ¡Y ahora, todo estaba perdido! Y todo cuanto poseía el ya tan duramente castigado era su presencia de ánimo y el placer de poder encender un cigarrillo en los tizones de su habitación.

Las pérdidas ocasionadas por ese incendio fueron estimadas en Valparaíso en 5.000.000 de pesos, y los seguros ascendían a sólo 2.000.000. Se habían quemado quince locales de negocios alemanes y algunos franceses, y muchas personas habían perdido su patrimonio. Como ya no tenía vivienda particular, pasé algunas semanas en el Hotel de Chile, durante las cuales tomé baños de mar, y regresé a fines de diciembre a Copiapó, para proseguir la búsqueda de la veta de plata.

Capítulo XLI

1859. REVOLUCIONES EN COPIAPÓ Y VALPARAÍSO

Había transcurrido el año 1858. Había hecho en él tan duras experiencias y sufrido tan gruesas pérdidas, sin lograr nada, a pesar de mis inmensos esfuerzos y padecimientos, que ahora me encontraba solo, pobre y abandonado. Adonde mirara, no veía la menor expectativa de que los tiempos mejoraran, y Copiapó iba a ser, sin ninguna duda, víctima de la miseria y de una ruina total. Si muchos mineros y comerciantes ya habían perdido su patrimonio por la decadencia de la minería de la plata, la espantosa crisis del cobre aniquilaba a los que habían podido sobrevivir. Había más de trescientas minas de cobre abandonadas, pues era imposible trabajarlas a los bajos precios reinantes y fueron liquidadas también todas las fundiciones. Una gran parte de los dueños de minas y comerciantes, que antes poseían grandes fortunas, apenas disponían ahora de lo necesario para vivir modesta-

mente con sus familias; muchos de ellos se encontraban en prisión por deudas, y los negocios estaban paralizados. Además, incontables mineros cesantes recorrían las calles de la ciudad en tumultuosos grupos, cometiendo toda clase de excesos y aumentaban los robos y asaltos. La mayor parte de la población era enemiga del gobierno y, sobre todo, los habitantes más acaudalados e influyentes de Copiapó, junto con la prensa, trabajaban con todas sus fuerzas para desencadenar una revolución.

En tales circunstancias era natural que Copiapó, sede principal de los enemigos del gobierno, no deseara quedarse atrás cuando el correo que llegó del Sur trajo la noticia de que en Santiago y Valparaíso, como también en Talca, había estallado una revolución, la cual habría sido reprimida en esas tres ciudades por el gobierno. Fue por eso que, apenas la noticia se propagó con la velocidad del rayo por la ciudad, millares de ciudadanos, bien o mal armados y encabezados por un rico minero, don Pedro León Gallo se dirigieron a la plaza principal gritando: "¡Abajo el Gobierno!". Allí se apoderaron por asalto de los edificios públicos, y los militares se plegaron a ellos. Se abrieron de inmediato las cárceles y quedaron en libertad todos los presos. La multitud fue armada en los arsenales, mientras repicaban las campanas, se disparaban salvas de alegría y millares de individuos recorrían las calles en estado de ebriedad, gritando ferozmente.

A la mañana siguiente, Pedro León Gallo se proclamó Intendente de la provincia e invitó, por medio de un fogoso discurso, a todos los patriotas a reunirse bajo sus banderas y a marchar bajo su mando a Santiago, para derrocar al Gobierno. Todos los jóvenes educados consideraron una vergüenza no participar en la empresa, y se presentaron, además, millares de combatientes del pueblo.

Pero, para emprender esta campaña, se necesitaban, por supuesto, grandes sumas y armamentos. Como las cajas del Gobierno que habían asaltado se encontraban vacías, Pedro León Gallo y algunos otros ricos mineros pusieron en la empresa gran parte de sus fortunas, y toda la plata de que se disponía en las minas y se beneficiaba en las plantas de amal-

gamación, fue fundida de inmediato para la acuñación de monedas.

En cuanto a las armas, ya se había reunido en secreto una buena cantidad, suficiente para un levantamiento en Copiapó, pero no para dotar a todas las tropas para una marcha a Santiago. Por eso se repararon durante día y noche, con gran rapidez, todas las viejas escopetas, fusiles y carabinas, se forjaron lanzas y estoques, se fabricaron balas y municiones y se fundieron cañones. Todos los sastres y zapateros fueron contratados para fabricar uniformes y calzado, y, entre tanto, las primeras damas de la ciudad se apresuraron a bordar valiosas banderas y escarapelas. Al mismo tiempo, todos los caballos, mulas y asnos de la provincia entera fueron requisados para la caballería, y artillería y para el transporte de los víveres, pertrechos de guerra, bagajes y agua, pues el ejército tendría que hacer la mayor parte de su camino por el desierto.

Habían transcurrido quince días en estos preparativos, y el ejército ya estaba bastante bien uniformado, armado y preparado, y adquiridos también los alimentos y el material de guerra necesarios, cuando llegó la noticia de que el Gobierno había despachado varios vapores con tropas desde Valparaíso, a fin de someter a Copiapó.

Ante esta noticia se ordenó de inmediato preparar la marcha; se efectuó una revista del ejército. Fueron bendecidas las banderas en la iglesia principal al son de las campanas y los disparos de los cañones y el ejército se alejó de Copiapó algunas leguas, hasta el lugar de Pichincha, donde se fortificó.

Reinaba un entusiasmo loco, y la afluencia de reclutas era tan grande, que centenares de ellos pudieron alistarse sólo armados de garrotes, con la esperanza de tomar las armas de los que cayeran.

Pedro León Gallo, jefe del ejército, y sus amigos, sacrificaron gran porción de su fortuna, parte por odio al gobierno, parte por ambición y en la creencia de que lograrían derrocar al Presidente Manuel Montt e indemnizarse debidamente por sus sacrificios. Tenían, por lo demás, las mejores

expectativas de lograr su objetivo si lograban avanzar con su ejército hasta Santiago, lo que habría constituído la señal para un nuevo levantamiento de toda la República, que el Gobierno ya no habría podido reprimir.

Cuando las tropas abandonaron Copiapó, los hurtos, robos y asesinatos llegaron a ser cada vez más frecuentes. Ya no había policía, ni juez, ni protección alguna, y todos los que poseían algo tenían que temer por su patrimonio. Ello valía sobre todo para los extranjeros, y éstos se organizaron y constituyeron varias compañías, destinadas a mantener el orden y hacer respetar la ley, y también yo participé en una de ellas. Nos armamos de la mejor manera que pudimos, con revólveres, e instalamos la guardia principal en el teatro. El servicio era atendido por una compañía durante el día, pero de noche, se reunían siempre cuatro compañías, dos de las cuales patrullaban las calles. Gracias a esta institución, una vez que castigamos ejemplarmente a varios maleantes, logramos restablecer la tranquilidad y el orden.

Cuando entré una noche con una compañía en una calle transversal, cerca de las 11 horas, escuchamos un gran bullicio y una gritería espantosa en una casa cercana. Para evitar excesos, habíamos ordenado que las cantinas fueran cerradas a las 10 de la noche, de modo que entré al local del desorden. Estaba repleto de gente de la peor ralea y de malas fisonomías, que bailaban, cantaban y bebían abundantemente, en una atmósfera realmente detestable. Ordené de inmediato que se guardara silencio y arresté a todos los presentes, ante lo cual varios hombres armados de cuchillos se precipitaron contra mí. Pero, cuando vieron entrar a mi compañía revólver en mano, todos, hombres y mujeres, emprendieron de inmediato la fuga por una puerta falsa y por las ventanas. Inspeccioné en seguida el local con más detenimiento y me encontré con que, al fondo del mismo, estaba expuesto el cadáver de un niño, adornado con muchas flores y cintas y que apestaba el aire de tal manera que retrocedí rápidamente.

Conocía, por cierto, la costumbre chilena de acuerdo con la cual, al morir un niño, la familia adornaba su cadáver con

flores y cintas e invita en seguida a los parientes y amigos, para celebrar que un angelito se haya ido al cielo. Con este motivo se canta, baila y bebe profusamente, como se había hecho aquí; pero también conocía la ley según la cual los cadáveres tienen que ser enterrados dentro de las 24 horas, lo que no se había hecho, a pesar del gran calor reinante. Desgraciadamente, esta curiosa costumbre conducía a abusos, pues los dueños de cantinas alquilaban a la gente pobre los cadáveres de sus niños para hacer una fiesta de "angelito" y pagaban a los padres una cantidad proporcional a las entradas que obtenían. Era lo que también había ocurrido en este caso, con la sola diferencia de que los desnaturalizados padres llevaban cuatro noches arrendando el cadáver de su niño, que se encontraba en avanzada descomposición. Por lo cual mandé arrestar a los padres y al dueño del local y los mantuve varios días detenidos.

Algunos días más tarde, cuando Pedro León Gallo se había fortificado con sus tropas en Pichincha, las tropas del Gobierno llegaron al puerto de Caldera en un buque de guerra a vapor. Habían esperado que los revolucionarios les disputarían el desembarque, y se admiraron al encontrar el lugar casi completamente abandonado: Pero, poco después, al desembarcar las tropas, el comandante reconoció que Gallo había operado bien, levantando trincheras en Pichincha y retirando todas las locomotoras, caballos, mulas, asnos y carretones a Copiapó. Para llegar a Pichincha, las tropas del Gobierno habrían tenido que marchar 50 millas inglesas por las arenas del desierto, con los terribles calores de enero, transportando todo el material y los víveres sobre sus hombros. Así hubieran llegado exhaustos al campamento fortificado de las tropas revolucionarias y Gallo las habría aniquilado, sin ninguna duda. Por eso, el comandante gobiernista despachó de inmediato a uno de sus vapores a Valparaíso, solicitando nuevas instrucciones y recibió la orden de abandonar inmediatamente Caldera y desembarcar en el puerto de Coquimbo.

Es fácil comprender el júbilo del campo revolucionario y de Copiapó, con la noticia de que las tropas del Gobierno se habían retirado, lo que fue considerado como la primera derrota de éstas.

* * *

Era ahora de la mayor importancia para los revolucionarios apoderarse de la suma de 8.000.000 de pesos en oro, producto de un empréstito contratado por el Gobierno en Gran Bretaña. Esta suma debía remitirse con el próximo vapor desde Panamá a Valparaíso, y se esperaba que ese vapor, si no había recibido ninguna noticia del estallido de la revolución, tocaría Caldera.

Para este fin se envió una compañía al puerto, bajo el mando de un mayor. Noche a noche, durante quince días, me había dedicado a los servicios de seguridad y patrullaje y tenía el vehemente anhelo de irme a Valparaíso. Aproveché la oportunidad de que el mayor comandado a Caldera era mi amigo, para irme con él, en la esperanza de poder seguir viaje a Valparaíso, en el mismo vapor que se esperaba o en un velero. De ese modo abandoné Copiapó, donde viví 7 años, pasando buenos y malos tiempos. Durante un lapso había sido mirado como un millonario, pero ahora sólo tenía los pesos indispensables para pagar mi pasaje hasta Valparaíso. Esa fue mi despedida de Copiapó para no volver más.

Llevaba un día en Caldera, cuando llegó el vapor que, ignorante de la revolución, atracó al muelle como de costumbre. Me dirigí de inmediato a bordo, e hice bien en apresurarme, pues ya se acercaba el mayor con su compañía, visto lo cual el vapor trató de zarpar de nuevo, lo que logró sólo con mucha dificultad, pues el populacho que había concurrido al muelle trató de impedirlo y, apenas nos habíamos alejado, llegó también el mayor con su compañía.

Ese momento puede considerarse como el final de la revolución, pues hubiera sido suficiente sustraer al Gobierno aquella suma para derrocarlo, aún sin considerar lo que habría

significado que los revolucionarios hubieran podido emplear esa suma contra el Gobierno.

La satisfacción del partido gobiernista y la rabia de la oposición por la llegada a Valparaíso de los 8.000.000 de pesos fueron extraordinarios. Como tenía tantos amigos en un partido como en el otro y había observado absoluta neutralidad, fui objeto de miles de preguntas al llegar a Valparaíso como único pasajero embarcado en Caldera. Para librarme de tanta curiosidad y reponerme un poco, me dirigí al nuevo café de Guinodie, situado en el desembarcadero. ¡Mejor no lo hubiera hecho!, pues apenas se había propagado la noticia de la existencia del poderoso ejército de Gallo y de su proyectada marcha contra la capital, como también que las tropas del Gobierno no habían tenido el valor o el poder de atacar Copiapó, sino, por el contrario, habían emprendido la retirada, volvió a estallar aquí la revolución.

Todos los que estábamos en el café nos vimos obligados a permanecer en él, pues los revolucionarios avanzaron de inmediato por la plaza contra la Intendencia, defendida por la guardia, y si hubiéramos salido, nos habríamos encontrado entre dos fuegos. Desde el café tuvimos oportunidad de observar cómo se vaciaron e incendiaron varios barriles de trementina, alquitrán, etc. en las puertas del palacio, en forma de que pronto las llamas prendieron en él.

Hasta entonces no nos habíamos encontrado en mucho peligro, pero cuando se acercaron las tropas desde varias direcciones, a fin de despejar la plaza y defender la Intendencia, hicieron continuas descargas justamente hacia donde nos encontrábamos. Como las paredes sólo eran de tabique, revestido con corteza de palmera y recubierta de cal, las balas de rebote no sólo pasaban por la pared de la fachada, sino también por las dos piezas traseras. Sólo tendiéndonos en el suelo, nos fue posible salvarnos del peligro de ser alcanzados. Centenares de balas pasaron por encima de nosotros, después de haber perforado la pared.

Afortunadamente, los militares se apoderaron luego de la plaza, y los revolucionarios se retiraron por la calle de La Planchada y a las alturas. Allá fueron atacados desde varias

partes y hechos prisioneros o dispersados, de modo que en pocas horas todo el levantamiento había sido dominado, y luego se logró también extinguir el incendio en la Intendencia.

A pesar de la gran excitación que reinaba en Valparaíso, la tarde y la noche pasaron en relativa calma, pues todas las tropas militares y policiales de guarnición en la ciudad acamparon en las plazas, y fuertes patrullas recorrían las calles. Se podía reconocer que no había peligro de otro levantamiento y que el Gobierno dominaba en absoluto la situación, por el hecho de que al día siguiente, a las nueve horas, todos los prisioneros, entre ellos muchos hijos de las primeras familias, fueron conducidos con gran ostentación, de dos en dos, escoltados por tropas y policías, por las calles de Valparaíso a las cárceles situadas en los cerros. Un joven de diecinueve años, perteneciente a las clases decentes, que había ocasionado el incendio en la puerta de la Intendencia, fue fusilado públicamente esa misma mañana.

* * *

Pedro León Gallo marchó pronto con sus tropas por el desierto a Vallenar y Freirina y avanzó hasta La Serena, donde atacó a las tropas del Gobierno el 14 de marzo y las venció totalmente *. En seguida fijó su residencia en La Serena, donde aumentó apreciablemente sus fuerzas y encontró una gran cantidad de armas, municiones y víveres.

Pasó más de un mes hasta que el Gobierno reunió una División Pacificadora, formada por dos a tres mil hombres. Esa fuerza atacó a los revolucionarios el 29 de abril cerca de La Serena y los derrotó en forma completa **, después de lo cual su jefe, Pedro León Gallo, huyó con sus oficiales a través de la Cordillera de los Andes a la República Argentina.

De esta manera terminó la revolución, y Copiapó fue ocupado de nuevo por las tropas del Gobierno.

---

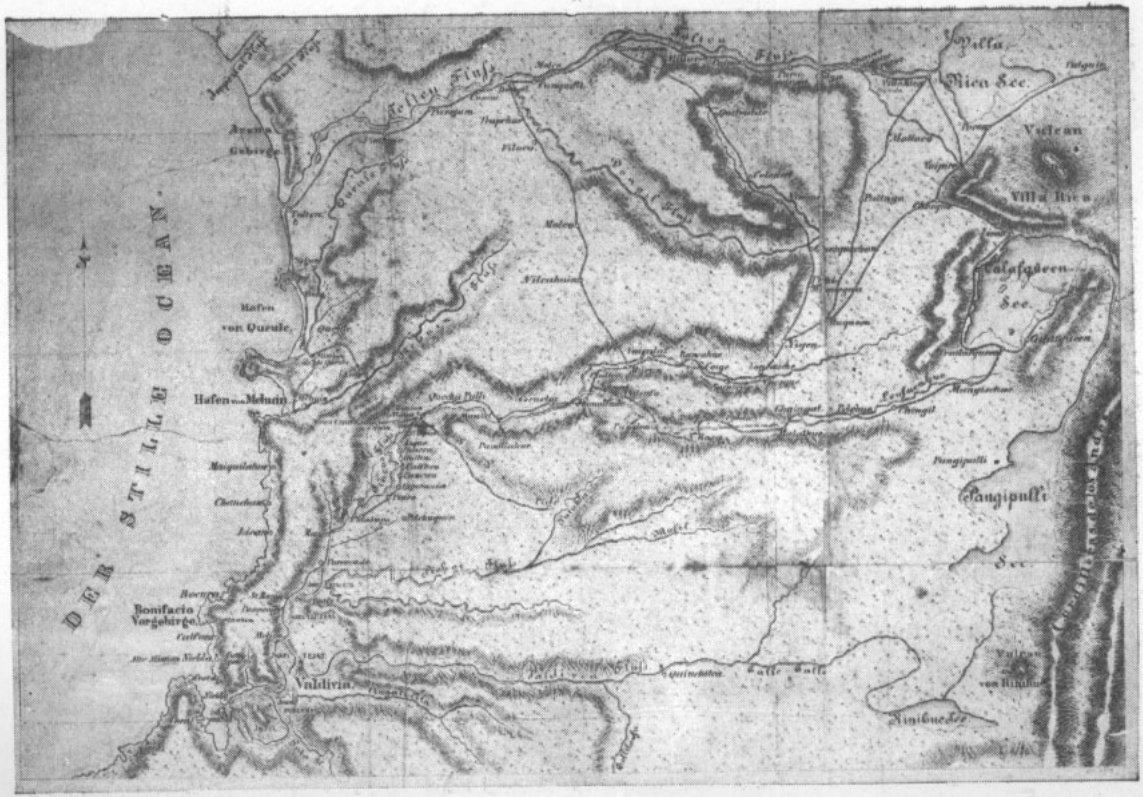
* En la batalla de Los Loros (N. del T.).
**En Cerro Grande (N. del T.).

Segunda Parte

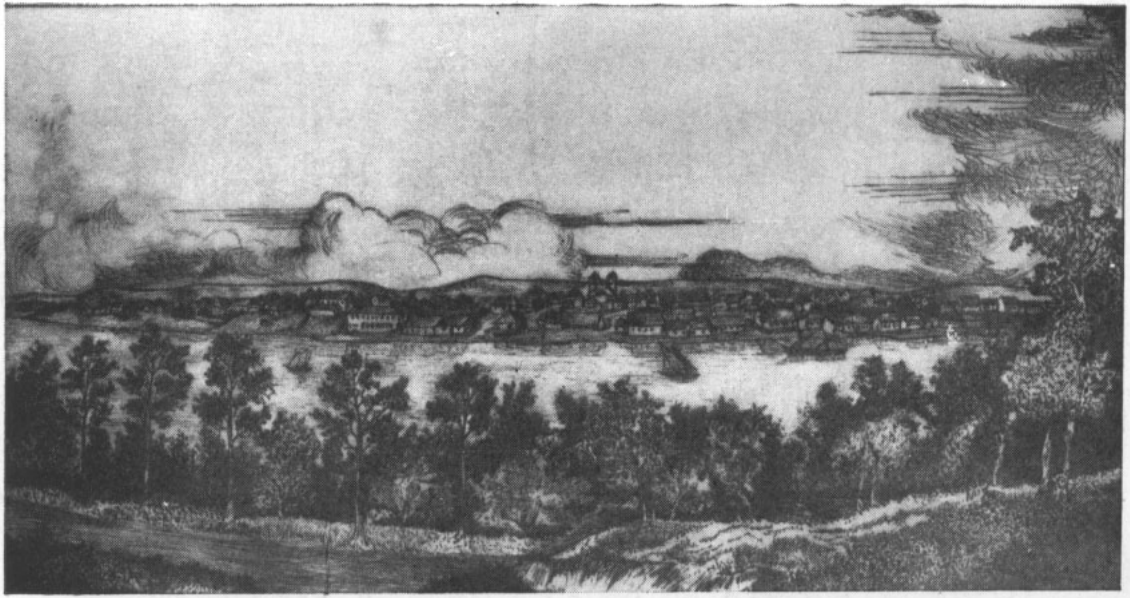
ANDANZAS POR LA ARAUCANÍA Y LA REGIÓN DE LOS LAGOS

PUERTO MONTT, EN LA EPOCA EN QUE TREUTLER VISITO EL SUR DE CHILE

INDIOS HUILLICHES



MAPA DE LA ARAUCANIA LEVANTADO POR TREUTLER



VISTA DE VALDIVIA DESDE LA ISLA TEJA, ALREDEDOR DE 1860

Durante siete años me había dedicado en la provincia más septentrional de Chile, Atacama, a la minería de oro, plata y cobre. Había perdido el apreciable patrimonio adquirido durante los primeros años y me vi finalmente obligado a dejar mis actividades en la minería, debido a que, como consecuencia de la revolución, la mayor parte de las minas fueron abandonadas por los mineros.

Me dirigí, por consiguiente, a Valparaíso, para regresar a Europa en el próximo vapor.

Pero ya me encontraba dos meses en ese puerto, y no podía resolverme a regresar a la patria, pues no me abandonaba la esperanza de crearme un nuevo campo de acción en Chile.

No sé si fui inducido a proceder así por el doloroso sentimiento de regresar sin fortuna a Europa, después de tan larga ausencia, o si me impulsó a ello mi afán de viajar y experimentar aventuras, o si anhelaba hacerme rico o famoso: pero es posible que fueran todas estas aspiraciones en conjunto las que me hicieron dirigirme en el próximo vapor a la provincia austral de Valdivia, a fin de explorar desde allá el territorio todavía poco conocido de los araucanos independientes.

Reconocí, sin duda, las dificultades de la tarea que me había propuesto; sabía qué dificultades, esfuerzos y padecimientos me esperaban y qué peligros me rodearían en cada momento. Pero, justamente, estas condiciones y el deseo de explorar algo desconocido, fueron para mí un hechizo tan poderoso que me atraían, en vez de hacerme retroceder. Además del interés científico, que me indujo a reconocer esas provincias, mi determinación fue favorecida también por la

convicción que me había formado, sobre la base de informaciones de personas fidedignas o contenidas en antiguos documentos, de que en ese territorio se encontraban vetas auríferas muy ricas y mantos de gran potencia de ese metal. Algunos habían sido explotados ya en tiempos antiguos por los españoles, los cuales, por otra parte enterraron grandes cantidades de oro cuando fueron sitiados en sus ciudades por los indígenas.

Habían fracasado hasta entonces todas las tentativas de volver a explotar estas minas o desenterrar los tesoros, pues los araucanos, conscientes de que antes habían sido subyugados por los españoles y mantenidos durante largo tiempo en la esclavitud a causa del oro, habían cegado todas las minas después de la expulsión de sus opresores y prohibido, so pena de muerte, que se las volviera a explotar. Para no atraer en el futuro la atención de los buscadores de oro hacia su territorio, se prohibió el uso de adornos de ese metal y las monedas del mismo no tenían el menor valor entre ellos. Como existía, reconocidamente, una riqueza tan considerable de oro, inaprovechada en las selvas impenetrables de esas tribus indígenas, esperaba encontrar allá la fortuna.

Pero antes de relatar mi viaje a la provincia de Valdivia, al territorio de los araucanos independientes y a las zonas colonizadas por alemanes, me parece importante adelantar algunas noticias sobre la situación y la historia de ese territorio, de sus pobladores y de las grandes riquezas de oro que había antiguamente en él. Las encontrará el lector en los dos primeros capítulos de esta parte.

Capítulo I

NOTICIAS HISTÓRICAS SOBRE LOS ARAUCANOS Y SU TERRITORIO

En 1540, el gobernador del Perú en aquel tiempo, don Francisco Pizarro, despachó a su capitán, don Pedro de Valdivia, con un ejército compuesto por españoles y peruanos, a través del desierto de Atacama, para someter las tribus indígenas que poblaban el territorio llamado ahora República de Chile.

Después de haber sometido las tribus de Copiapó, Coquimbo, Quillota y Melipilla, continuó sus conquistas hacia el Sur, fundó el 5 de octubre de 1550 la ciudad de Concepción, en la bahía de Penco, cruzó desde allí el Bío-Bío y batió en seguida a los araucanos que vivían al Sur de este río.

El origen de los araucanos está envuelto en densas nieblas, al igual que el de todos los aborígenes de la costa occidental de la América del Sur. Ocupaban el territorio que se extiende desde el Bío-Bío hacia el Sur, hasta el Archipiélago de Chiloé, y que está limitado al Oeste por el Océano Pacífico y al Este por la Cordillera de los Andes. Se dividían en varias naciones, que eran los *picunches* (entre los ríos Bío-Bío y Valdivia), los *cuncos* (entre este último y el Río Bueno), los *huilliches* (desde este río hasta el Archipiélago) y los *pehuenches* (en los valles andinos). *Huilliche* significa pueblo del Sur, de *huilli*, sur y *che*, gente, pueblo, en la lengua araucana; y *pehuenche*, pueblo que vive donde crece el pino araucaria, o *pehuen*. Sus vecinos al Oriente eran los *puelches* o indios pampas, pues *puel* significa Este; y al Sur, los *tehuelches*, o pueblo que vive donde se encuentra el avestruz, cuyo nombre es *tehuel*.

Los araucanos habían dividido su territorio en cuatro fajas longitudinales, que llamaban *butalmapus*, que eran: 1º *lavquenmapu*, el territorio de la costa; 2º *lelbunmapu*, el de los llanos; 3º *inapiremapu*, el de los contrafuertes de la cordillera; y 4º *piremapu*, el de los Andes.

Cada uno de estos *butalmapus* estaba dividido en cinco *aillarehues* o provincias; y cada provincia, en nueve *rehues* o subdelegaciones. A la cabeza de cada *butalmapu* se encontra-

ba un *toqui*, que llevaba un hacha de piedra como símbolo de su dignidad; los *aillarehues* estaban a cargo de un *apoülmen*, que tenía como distintivo de su cargo un bastón con pomo de plata y un anillo; y los *rehues* eran dirigidos por un *ülmen* o cacique, con el mismo distintivo del *apoülmen*, pero sin el anillo. Todos estos cargos eran hereditarios conforme al régimen del mayorazgo; si faltaba un heredero masculino, se elegía en el mapu, provincia o subdelegación, otro *toqui*, *apoülmen o ülmen* *.

En caso de hostilidades se realizaba un consejo de guerra, al que concurrían todos estos dignatarios, los ancianos y muchos otros individuos destacados, a fin de elegir un toqui como jefe militar, a quien todos prestaban juramento de fidelidad. Si ninguno de los toquis presentes era considerado idóneo, el cargo podía ser ocupado también por un apoülmen, ülmen u otro individuo que no tuviera ningún cargo. Cada cual tenía el derecho de expresar libremente su opinión en ese consejo. Si se acordaba la guerra y elegía un toqui general, cada uno de los toquis proporcionaba cierto número de guerreros, y como cada araucano que no estaba enfermo o era débil representaba un soldado, se formaba luego un ejército, cuyos jefes eran designados por el toqui general. En un principio, se luchaba de acuerdo con la antigua tradición, usando

---

* Esta división, en realidad, no existía en la forma detallada por Treutler. Los *mapus* eran denominaciones un tanto vagas, que carecían de autoridades. Tampoco se conocían las agrupaciones de los *rehues* en nueve, ni las de cinco *aillarehues*. Los araucanos reconocían únicamente las reducciones (*cavi*, *cahuin*, *rehue*), a cargo de un *ülmen*, llamado cacique por los españoles. Había también, al parecer, alianzas entre reducciones, por ejemplo, para fines matrimoniales. Los *ülmenes* eran cargos hereditarios por mayorazgo. Los *toquis* eran únicamente jefes militares, siempre elegidos, y podían estar a cargo de los guerreros de numerosas reducciones. Eran, por lo general, *ülmenes*, pero no siempre. En todo caso, sus funciones se limitaban a los asuntos de la guerra. El nombre araucano para la reducción es variable: *cavi* o *cahuin* expresa el lugar de la reunión de los vecinos, o esta misma; *rehue* es un tronco provisto de escalones, en que se coloca la *machi* para ponerse en contacto con *Pillán*. Se daba este nombre a la reducción, por haber, por lo general, una *machi* en cada una (a veces eran también varias). Los bastones y anillos eran distintivos introducidos por los españoles (N. del T.).

como armas arcos, mazas y, sobre todo, lanzas envenenadas, pero después de los primeros encuentros con los españoles prefirieron la guerrilla, en las que estaban siempre muy preocupados de apoderarse de caballos, que criaban con el mayor esmero, a fin de lograr su propagación, estando así en situación de formar una caballería. El botín era distribuído por iguales partes, y los prisioneros, sometidos a la esclavitud. En homenaje a los caídos, después de una gran victoria se practicaba a menudo una costumbre bárbara. En efecto, se elegía a uno de los prisioneros para sacrificarlo. Después de pasearlo por el campamento sobre un caballo al que se habían cortado las orejas y la cola y gritando ferozmente, los jefes formaban un círculo, al centro del cual plantaban en el suelo el hacha de guerra del toqui, colocando a cierta distancia de ella lanzas en cada uno de los cuatro puntos cardinales. Después de diversas otras formalidades, el desgraciado prisionero era conducido entre esas lanzas, el toqui general se le acercaba con una maza y le propinaba con ella un golpe tan fuerte, que caía de inmediato, muerto, al suelo. Dos de los caciques le extraían en seguida el corazón, todavía palpitante. El toqui general consumía un trozo y luego lo hacían también los demás dignatarios y, en seguida, se soplaba humo desde una pipa a los cuatro puntos cardinales. Los guerreros se preparaban en seguida la carne de los huesos, que eran empleados para fabricar flautas, cortaban a la desgraciada víctima la cabeza, colocaban en su lugar la de una oveja y corrían después en torno, chivateando furiosamente, con acompañamiento de los instrumentos recién preparados. Finalmente consumían la carne de la víctima, empleando el cráneo como copa, de la que bebía primero el toqui general, seguido por todos los demás jefes.

En aquel tiempo, los araucanos ya no eran nómades que vivieran sólo de la caza y pesca, sino se dedicaban a la agricultura y ganadería; tenían domicilios fijos en parajes fértiles a orillas de los ríos; y no moraban en cavernas, sino en casas espaciosas, cuyas paredes construían de troncos y tabiques y cubrían con juncos. Cultivaban papas, maíz y frejo-

les, y habían domesticado guanacos y avestruces *, que les servían como animales de tiro.

Como arma e instrumento de caza fabricaban lanzas, que alcanzaban a menudo una longitud de dieciocho pies, hechas de cañas de colihue. Las mazas eran confeccionadas de una madera muy dura. Conocían también hondas, laques y arcos, como también redes para pescar, que se hacían de ciertas enredaderas. Sus canoas eran construídas de un tronco ahuecado; tenían balsas de cueros de lobos marinos inflados y unidos por medio de amarras, que les permitían salir al mar abierto. Usaban también algunos metales: el oro, la plata y el cobre, empleando los dos primeros para confeccionar adornos, y el cobre, para preparar puntas de flechas y de lanzas, hachas y martillos. Usaban también hachas de combate de mármol y pórfido, y fabricaban con arcilla toda clase de vajilla y artículos de cocina.

Valdivia penetró en 1552 más hacia el Sur, sometiendo todo el territorio hasta el Cautín, a cuyas orillas fundó la ciudad de La Imperial.

Desde aquí despachó a uno de sus oficiales al lago Lavquen, situado al pie de los Andes, a cuyas orillas se fundó la ciudad de Villarrica, avanzando en seguida hasta el río Calle-Calle, en cuyas márgenes volvió a fundar una ciudad, a la que dio como nombre su propio apellido, Valdivia. Con tropas de refuerzo llegadas del Perú retrocedió luego en dirección al Norte, fundando sucesivamente los fuertes de Arauco, Purén, Tucapel y Angol y dirigiéndose a continuación a Concepción. Pero pronto los araucanos, dirigidos por Caupolicán, atacaron a Arauco con fuerzas tan poderosas, que los españoles tuvieron que retirarse a Purén, y Tucapel fue ocupado y destruído por los indígenas.

En 1553, Valdivia se dirigió a prestar ayuda a estos fortines, pero los araucanos lo hicieron prisionero, junto con un

* El guanaco no ha sido jamás domesticado, sino la llama y la alpaca. El animal doméstico por excelencia de los araucanos era la llama, pero es posible que conocieran también la alpaca. Ninguno de estos animales fue empleado para el tiro. Tampoco hubo avestruces domesticados. (N. del T.).

sacerdote, un fiel mozo y algunos españoles, y todos fueron asesinados del modo más cruel. De acuerdo con antiguos relatos, se cortaron en su presencia, sucesivamente, al sacerdote y al mozo los brazos y las piernas, que fueron cocidas y consumidas, después de lo cual se cumplió la misma terrible suerte en su persona. Poco después, los españoles se vieron obligados a abandonar los fortines de Purén y Angol o Los Confines, retirándose a La Imperial; la población de Villarrica tuvo que huir a Valdivia.

El general Villagrán, sucesor de Valdivia, marchó en 1554 de nuevo contra los araucanos, pero fue batido totalmente por éstos bajo el comando de Lautaro, y como ahora también la ciudad de Concepción temiera un asalto, su población huyó a Santiago, después de lo cual el jefe araucano saqueó a Concepción y la incendió, para sitiar en seguida a Valdivia y La Imperial.

Llegaron del Perú nuevos refuerzos bajo el general García Hurtado de Mendoza. Este general fundó la ciudad de Cañete, derrotó al jefe principal de los araucanos, Caupolicán, cruzó en 1558 el río Calle-Calle y, al avanzar hasta el Archipiélago de Chiloé, fundó en el territorio de los cuncos la ciudad de Osorno y derrotó de nuevo a los araucanos, haciendo prisionero al toqui general, Caupolicán, a quien mandó ejecutar cruelmente. En 1566 llegaron de nuevo tropas del Perú y se procedió a reedificar los fortines destruídos.

En 1598 se sublevaron, sin embargo, simultáneamente, todos los araucanos, pusieron sitio a Osorno, Valdivia, Villarrica, La Imperial, Cañete, Angol y Arauco y se apoderaron de estas tres últimas ciudades. El 24 de noviembre de 1599, el toqui Paillamachü conquistó la ciudad de Valdivia, dio muerte a todos los varones, se llevó como prisioneras a las mujeres y muchachas, y se retiró con un rico botín hacia el Norte, una vez entregada la ciudad a las llamas. En 1602 cayó también, después de un cerco de dos años y once meses, el fuerte de Villarrica, en cuya vecindad se habían encontrado riquísimas minas de oro. De nuevo se procedió a asesinar a todos los varones y a conducir a la esclavitud a las mujeres y muchachas. La ciudad fue incendiada y sus edificios arra-

sados hasta el nivel del suelo, y el mismo destino tuvieron La Imperial y Osorno. De este modo, fueron totalmente destruídas y abandonadas, en un lapso de casi tres años, todas las ciudades y fuertes que Pedro de Valdivia había fundado entre el Bío-Bío y el Archipiélago, y a los españoles se les expulsó del territorio.

En 1643 llegaron los holandeses al puerto de Valdivia, donde construyeron tres fortificaciones, pero fueron expulsados por el marqués de Mancera, quien fortificó una isla situada en medio del puerto, a la que dio su nombre. En 1645, el virrey del Perú, Pedro de Toledo, envió al general Leiva a las antiguas ruinas de Valdivia, con la orden de reconstruir la ciudad. *

Desde ese tiempo, la guerra entre los españoles y araucanos prosiguió con resultados cambiantes, hasta que se pactó la paz en 1665. Pero en 1722 se desencadenó de nuevo la guerra y no se logró una paz duradera hasta 1726 en Negrete, con cuyo motivo los españoles reconocieron la independencia del territorio araucano entre el Bío-Bío y el Archipiélago de Chiloé.

Los indios cuncos y huilliches, que ocupaban la región entre el río Valdivia y aquel archipiélago, eran tribus tranquilas y pacíficas, lo que permitió al gobierno español comprarles terrenos y conseguir por medio de obsequios y por la influencia de misioneros enviados a su territorio, que se les permitiera vivir tranquilamente en la ciudad de Valdivia, como

* La expedición holandesa no fue expulsada de Valdivia por los españoles. A su llegada, los araucanos mantuvieron relaciones amistosas con ella y la abastecieron de alimentos, pero exigieron se les entregaran armas en trueque, negándose terminantemente a permitir que se reanudaran las faenas en los antiguos lavaderos y minas de oro. Finalmente, cuando los holandeses ya no quisieron seguir armando a los araucanos, éstos les declararon que se les habían terminado sus alimentos. Como los abastecimientos de los holandeses se habían agotado, éstos prefirieron retirarse de Valdivia a fines de octubre de 1643. La expedición española, despachada a Corral efectivamente con el propósito de desalojar a los holandeses, sólo llegó allá en febrero de 1645 y estaba al mando del hijo del virrey del Perú, Antonio de Toledo y Leiva, siendo Pedro de Toledo y Leiva su padre (N. del T.).

también, reconstruir 32 años más tarde Osorno y Río Bueno *.

Los esfuerzos de los misioneros lograron cristianizar poco a poco estas tribus, y en 1826 el gobierno chileno creó la provincia de Valdivia, con la capital del mismo nombre. En el decreto se señalan como límites de esta nueva provincia: al Norte, el río Toltén; al Este, los Andes; al Oeste, el Océano Pacífico; y al Sur, una línea hasta cerca del golfo de Reloncaví. Los límites quedaron así, a pesar de que la verdadera frontera por el Norte era el río Valdivia, pues entre éste y el Toltén vivían los indios picunches, que eran independientes. Pero a poco logró el gobierno chileno establecer también buenas relaciones con los indios picunches que viven a orillas del Bío-Bío, lo que consiguió por medio de obsequios, adquiriendo de ellos grandes territorios, que destinó a la colonización y donde fundó varias ciudades, y así la provincia de Concepción se extendió hacia el Sur, más allá del Bío-Bío, hasta cierta línea convenida. Esta se dirigía desde la desembocadura del río Laja (que nace al pie del volcán Antuco) en el Bío-Bío hacia el SO. y después hacia NO, hasta la desembocadura del río Laraquete en el Océano Pacífico. Pero como los indígenas realizaban frecuentemente asaltos en territorio cristiano, y el gobierno había adquirido nuevos territorios, que estaban situados más al Sur, se trazó en 1852 una nueva frontera, provista de fortines, y se fundó la provincia de Arauco. De acuerdo con lo convenido, ésta limita al Norte con la de Concepción y al Sur, con la de Valdivia, de modo que se extiende hasta el río Toltén, siendo su anchura de treinta leguas y su longitud de veinte leguas a lo largo de la costa, de modo que la superficie es de unas 600 leguas cuadradas. Los verdaderos límites eran, sin embargo, al Norte, la provincia de Concepción; al Este, la Cordillera de los Andes; al Oeste, el mar; y al Sur, una línea de Oeste a Este, desde la desembocadura del río Lebu (a 37°35'45" de Lat. S. y 73°32' de Longitud. O.), por Mulchén (a 37°34'45" de Lat. S. y 71°54' de Long. O.), el fuerte de Angol (a 38°10') y el

* Esto se efectuó en 1795 (N. del T.).

de Santa Bárbara (a 37°30′ de Lat. S. y 71°02′ de Long. O.) a Antuco.

Durante este tiempo, el gobierno había logrado adquirir tierras de los indígenas desde Valdivia en dirección al Norte, a lo largo de los ríos Cruces y Pichoi, para fundar a orillas del primero la misión de San José, de modo que entonces el territorio araucano independiente, que antiguamente se extendía entre el Bío-Bío y el golfo de Reloncaví, sólo alcanzaba desde la línea ya indicada (que comienza en la costa a 37°36′ de Lat. S.) hasta otra que se extendía desde la misión de San José hacia el Oeste al Océano Pacífico y hacia el Este a la Cordillera de los Andes, a lo largo del paralelo de 39°33′ de Lat. S.

La población de la Araucanía debe de haber sido apreciable en la época de la Conquista, según se desprende de informaciones antiguas concordantes, y haber alcanzado a algunas centenas de miles de almas. Ha quedado reducida, sin embargo, a un número muy pequeño, debido a la prolongada guerra con los españoles y, sobre todo, a las viruelas. En lo referente a la población del territorio situado entre las línea de Angol y el río Toltén, era muy difícil determinarla, pues no se podía penetrar al interior de él, pero es posible que vivan unos 10.000 indígenas en esa parte. De acuerdo con apuntes existentes, habrían vivido allí cerca de 150.000 en 1750; d'Orbigny indica, en tiempo más reciente, la cifra de 30.000; según datos de 1843 serían sólo 15.000. Yo, personalmente, estimo el número de habitantes indígenas en la parte que queda al Sur del Toltén, hasta la línea de San José, que conozco por mis viajes, en 5.000 almas.

El territorio que los araucanos siguen ocupando es la parte más ancha de la República de Chile y, al mismo tiempo, la más sana, agradable y fértil. Se extienden en él las más hermosas llanuras, que antiguamente estaban densamente pobladas, como lo comprueba un gran número de manzanos y los restos de viviendas, que ahora yacen abandonadas y desiertas. Existen en esta parte magníficas selvas, compuestas por maderas de bellísima textura y gran valor práctico, y la riegan los dos grandes ríos de La Imperial y Toltén, que nacen

en la cordillera andina. No hay ningún territorio más apropiado para la crianza de vacunos y caballares que éste, donde fecundas vegas y bellísimas praderas se extienden a lo largo de muchas leguas. De acuerdo con informaciones fidedignas, hay en su seno grandes tesoros de oro. Al mismo tiempo, el clima es el más agradable, y excepto algunas epidemias de viruelas, que se propagaban a veces debido a la ignorancia e imprudencia de los habitantes, esta región tiene buen estado sanitario, y la población alcanza, por lo general, una edad muy avanzada. Es un territorio donde no existen animales feroces, con la única excepción del puma, el cual no es peligroso para el hombre, ni hay serpientes o insectos venenosos *.

Capítulo II

ALGUNAS NOTICIAS SOBRE LA RIQUEZA AURÍFERA DE LA ARAUCANÍA

El abate Juan Ignacio Molina, que vivía en Chile como misionero en el siglo pasado, y publicó mucha información histórica y geográfica acerca de este país, dice en una de sus obras lo siguiente acerca de la riqueza aurífera de la Araucanía:

En el territorio austral, situado entre el Bío-Bío y el Archipiélago de Chiloé, fueron descubiertas algunas de las más ricas minas auríferas, que produjeron a los españoles inmensas utilidades y para cuya acuñación fundaron una casa de

* Podrían hacerse numerosas rectificaciones al presente capítulo, que es, además, muy incompleto, pero como el autor no ha pretendido estudiar a fondo la materia, sino dar solamente una introducción general a lo que relatará más adelante y que se basará en sus propias investigaciones, sería inoficioso insistir en la exposición que hace, que puede ser admitida como basada en los conocimientos que el propio Treutler y sus contemporáneos tenían de los puntos por él tratados (N. del T.).

moneda en Valdivia y otra en Osorno; pero cuando los araucanos expulsaron a los españoles, aterraron estas minas y prohibieron su reapertura bajo pena de muerte.

En este territorio hay minas de plata, cobre, mercurio y plomo, y el número de minas de oro es tan grande, y el oro se encuentra en tales cantidades en la arena de los torrentes de las montañas, que Chile puede ser comparado a una vara de oro. Fue también inmensa la cantidad de este metal que mandó extraer allá Pedro de Valdivia. Ordenó trabajar algunas minas de oro, que eran tan ricas, que cada indio le producía diariamente 30 ó 40 ducados, dato con el que concuerda también el famoso historiador peruano Garcilaso, quien informa que Pedro de Valdivia recibía anualmente 100.000 ducados en tributos de parte de los indígenas.

Además: Jerónimo de Alderete fue despachado en 1552 por Pedro de Valdivia con 60 españoles y fundó a orillas de un gran lago, denominado Lavquen, una ciudad, a la que dio el nombre de Villarrica, por la gran cantidad de oro que encontró en esa región. Esta fundación alcanzó a los pocos años un bienestar tan grande, gracias únicamente al oro que se explotaba en sus minas, que mereció el privilegio de disponer de una casa de moneda propia *. En este territorio, García Hurtado de Mendoza reconstruyó en 1558 Osorno, que prosperó pronto, debido al excelente oro que se obtenía en su región, hasta que fue destruído por el toqui Paillamachü. García Hurtado de Mendoza condujo, en 1560, de nuevo hasta Villarrica, a los españoles expulsados de allá, y mandó reanudar las faenas en las minas de oro abandonadas, como también reconocer nuevos yacimientos. Después de un sitio de dos años y once meses, cayó por fin Villarrica, que era una ciudad muy poblada y muy pudiente, en poder de los araucanos (1602), y pronto La Imperial y Osorno cayeron también.

* Las "casas de moneda" a que alude el autor en las ciudades australes, no acuñaban monedas, sino que eran fundiciones que suministraban tejos de oro, provistos de una marca, y cuya función consistía en cobrar los quintos reales a que estaba afecta la producción de metales nobles (N. del T.).

Además, copio a continuación la carta de un franciscano, que vivió en Chile en calidad de misionero:

"Antigua ciudad de Villa-Rica, marzo 4 de 1716.

En esta fecha se cumplen cuarenta días que me hallo empleado en el reconocimiento de estos terrenos, movido de las noticias que, por diferentes personas y varios papeles, he tenido de sus ricas minas, su amenidad y demás proporciones para la humana existencia, y, a la verdad, que después de conocer por tan verosímiles aquellas relaciones, que nunca por mi concepto habían merecido cultivo en el campo del país, no me queda escrúpulo para escribir que mereció mi pluma la nota de pequeña cuando, con rasgo de cosmógrafo, tomó el empleo de relacionar las particularidades de esta arruinada ciudad: pero no obstante que estas noticias tuvieron la suerte de no ser a óleo, como merecían y merecen, siempre se deben estimar, porque sirven de nota al humano entendimiento que las quiera examinar, para dar a conocer al público ser este arruinado pueblo, el tesoro mayor de este reino; pues por todo su distrito se encuentran minas abundantísimas de oro, plata, cobre, plomo y estaño, y lo mejor es de diamantes. Se halla esta citada Villa-Rica en 38° y minutos de latitud, situada a la parte del Sur de una grandísima laguna, y sobre riberas de ella, tres leguas distante de un volcán. En lo poco que me parece tengo andado, a distancia de cuatro leguas, en el potrero del cacique Pucón, en una quebrada, he visto un mineral de cobre tan abundante, que muchos peñascos muy grandes son la mitad de este metal, y otras se cubren con venas tan gruesas como brazos de hombres, de modo que para un beneficio sólo tendría la industria el corte del cincel. A su inmediación se halla un riquísimo laboreo en la falda de un risco, de cuyo arroyo llevé dos piedras que, aunque pequeñas, tendrán algo más de una onza de oro, y tan franco y limpio, que —pienso— darán de bajo al más copioso que se conoce. A poca distancia he visto varias boca-minas y labores. Aunque sólo he examinado los metales de una, conozco (su importancia). No quiso la Divina Providencia siguiese el provecho de

estas riquezas, por lo mucho que se destiende la codicia en la posesión de tan inconstante dicha.

"A las seis leguas de esta población he visto unos cerros nombrados Wehaipide (ahora Voipire), todos de pedernal y llenos de labores, en que se manifiestan las vetas del saque, por donde desentrañaban lo más firme, siguiendo la guía de los diamantes, y aunque éstos no son visibles, no le queda duda a mi experiencia abundan de diamantes estos dichos cerros.

"Deseoso de reconocer alguna parte del camino que corre al otro lado de la cordillera, tan ponderado por estos indios de bueno y trabajado por los antiguos pobladores, en lo poco que he logrado internarme, iba advirtiendo en la cordillera que se pasa la mayor parte sin subida, y sólo después de la laguna se sube un cerro bajo, algo montuoso, para salir a las campañas, a las que inmediatamente que se sube se encuentra una hermosa laguna, y al pie de ella un volcán nombrado Rucoleufu.

"No sé cómo se puede ponderar la hermosura de este lago y su volcán, planteado en la mitad de tan singular llanura, y siendo éste el camino para Buenos-Aires, que me aseguran está inmediato, y lo conozco por mi observación, puede este volcán servir de guía a cualquiera persona que intente dirigirse a aquella ciudad.

"Ultimamente, padre mío, el diario y sus figuras, que llevo trabajado con tanta eficacia, darán más que admirar que cuanto yo pueda decir, estando muy despacio, que ahora no es decir nada, por escribir tan de priesa.

FRAY FRANCISCO IMONS.

Capítulo III

1859. DE VALPARAÍSO A CORRAL Y VALDIVIA

En la madrugada del 10 de marzo de 1859 reinaba mucho movimiento en la bahía de Valparaíso, pues debía iniciar su

viaje a las provincias australes de esta República, hasta Puerto Montt, el gran vapor *Príncipe de Gales*.

Yo viajaría hasta Corral, el puerto de Valdivia, para iniciar desde allí mi proyectada expedición al territorio de los araucanos bravos; me dirigí temprano a bordo, a fin de conseguir un buen camarote, acompañado por varios amigos que conocían los peligros de mi empresa y deseaban despedirme a bordo.

Era una hermosísima mañana otoñal. El sol, que acababa de salir en el cielo azul detrás de los majestuosos Andes, iluminaba con sus primeros rayos esta ciudad, tan pintorescamente situada, que se extiende en forma de terraza desde las orillas del Océano Pacífico por vistosas quebradas roqueñas hacia la elevada Cordillera de la Costa. De la misma manera, el magnífico puerto ofrecía un interesante golpe de vista, pues se encontraban al ancla en él centenares de buques, pequeños y grandes, de las más diversas naciones, formando un verdadero bosque de mástiles, cuyas abigarradas banderas tremolaban suavemente en el viento del Sur; algunas ostentaban las torres de Hamburgo, las llaves de Bremen o las águilas prusianas *.

Salían y entraban innumerables botes, conduciendo pasajeros y carga a algunos de los vapores; los vaporcitos cruzaban el mar tocando sus estridentes pitos; los veleros izaban las anclas con las usuales canciones alegres de los marineros, y, en varios buques de guerra tocaban música. Al mismo tiempo, gaviotas de diversas especies, alcatraces, albatros y palomas marinas volaban graznando alrededor de nuestro buque, y los colimbos se precipitaban verticalmente a las verdes aguas desde gran altura, para regresar con un pececillo en el pico; aparecían repentinamente pájaros niños en el espejo del mar, para volver a desaparecer de inmediato y reaparecer en otra parte.

La cubierta del vapor se había llenado pronto de tal manera con gente de los más variados coloridos, edades y sexos,

* Debe recordarse que, en aquel tiempo, Alemania no se encontraba unida, de modo que las ciudades hanseáticas y los diversos países que integraron más tarde el Reich tenían banderas propias (N. del T.).

que era difícil moverse en ella. Reinaba un verdadero caos, pues se gritaba simultáneamente en castellano, alemán, francés e inglés, y si bien el número de los pasajeros no era muy apreciable, habían sido acompañados —igual que yo— por parientes y amigos. Aumentaban el bullicio las vendedoras de loros, piñas, plátanos, naranjas y de otras frutas, de ramilletes de flores, dulces y confites, helados, cigarrillos, artículos de perfumería, etc., que ofrecían sus mercaderías.

Cuando el reloj del Palacio de Gobierno tocó las diez, se escuchó un estridente pitazo de la máquina y luego el primer disparo, que indicaba a los que no eran pasajeros, que abandonaran la cubierta. Siguieron abrazos, besos, apretones de manos, los marineros izaron las anclas, y cuando siguió poco después un segundo disparo, las ruedas comenzaron a girar con mucho crujido, y el vapor se puso en movimiento. Siguió un tercer disparo, se arrió e izó tres veces la bandera del buque, lo que contestaron los buques anclados, y luego el *Príncipe de Gales* avanzó orgullosa y seguramente sobre la superficie lisa de la bahía hacia el mar abierto.

El viaje a Valdivia estaba casi desprestigiado entre los vecinos de Valparaíso y Santiago, pues después de haber sido destruída aquella ciudad por los araucanos y reconstruída más tarde por los españoles, se la usaba ahora para enviar a ella a los relegados.

Además, su situación, en la vecindad inmediata de los araucanos, no carecía de peligros y, en cuanto al clima, esta provincia no figura, por cierto, entre las privilegiadas, sobre todo en comparación con el magnífico clima de la parte central de Chile, y se decía en broma que allá llueve trece meses al año.

Si Valdivia no era un lugar agradable para los chilenos, yo me atenía a otros factores, que no me hacían sentir tanto esas desventajas. No temía al mal tiempo; por el contrario, el cielo siempre azul del Norte me tenía aburrido. Tampoco temía los peligros, y estaba anheloso de conocer y explorar el territorio araucano. Además, en Valdivia había una importante colonización alemana, de modo que me interesaba vivamente por la suerte de tantos compatriotas que habían encontrado allí una segunda patria.

La noche se presentaba muy obscura, fría y tempestuosa, y me despertó cerca de la medianoche un ruido extraordinario y el estampido de un cañón. Subí a cubierta, donde reinaba mucho movimiento, y me informaron que habíamos llegado a la altura del río Maule, a 35°21′ de Lat. S., y nos encontrábamos frente al puerto de Constitución. Las nubes volaban veloces, la luna sólo salía por instantes, y la máquina trabajaba pesadamente contra las altas y encrespadas olas.

Como existía en la boca del río un gran banco de arena que sólo permitía la entrada a buques pequeños, el disparo había tenido por objeto indicar nuestra llegada al capitán del puerto, a fin de que despachara en un bote los pasajeros, la correspondencia y las mercaderías. El mar estaba muy agitado, el viento arreciaba por instantes y se transformó finalmente en temporal; éramos asaltados por olas cada vez mayores y más potentes, y aún cuando el capitán suponía que no sería posible despachar un bote a través de la peligrosa marejada, estaba obligado a esperar aquí media hora, pues desde tierra se había dado la señal de que nos habían observado. Casi había transcurrido ese lapso, y el capitán ya se estaba preparando para ordenar que se continuara el viaje, cuando se dio desde tierra la señal de que el bote del correo había salido. Entretanto, el temporal seguía en aumento, las olas se presentaban cada vez más elevadas, cayó un copioso aguacero, y la noche era tan obscura, que apenas se podía reconocer los objetos más cercanos. Mientras todos mirábamos con la mayor atención hacia donde debía aparecer el bote del correo, sin poder descubrir el menor rastro, se escuchó repentinamente desde el mar el llamado de auxilio de una poderosa voz masculina, y un instante después, aún más insistente, el grito conmovedor de una mujer joven. Luego se restableció el silencio, y sólo se oía el rugir del temporal y el crujido de la máquina. Todos los que nos encontrábamos sobre la cubierta, habíamos escuchado claramente, primero el grito de auxilio del hombre, después el de una mujer, tan cerca de nosotros, que no era posible una equivocación. El capitán y los marineros se alistaron para prestar inmediato socorro, pero después de haber iluminado todos los alrededo-

res con los reflectores, sin observar nada, y como tampoco se volvieron a escuchar gritos, podía suponerse que estos desgraciados habían sido devorados por las furiosas olas o cogidos por las ruedas de la máquina. Nos movimos en círculo durante cerca de media hora, en medio de la mayor angustia, esperando ver los cuerpos o el bote, pero como tampoco tuvimos éxito, hicimos señales a tierra de que nadie había llegado y continuábamos el viaje. Pronto vimos numerosas linternas moviéndose de un lado a otro en la playa, lo que nos hizo suponer que se estaban tomando providencias para salvar el bote.

La madrugada siguiente, aunque algo fría, era clara y despejada, y como la costa tenía un aspecto más atrayente, aproveché las horas de la mañana para observarla con mi anteojos.

Al mediodía llegamos a la magnífica bahía de Talcahuano. Anclamos en su costa septentrional, frente al pueblo de Tomé, y como el vapor se detuvo algún tiempo, para desembarcar y embarcar pasajeros, correspondencia y carga, me dirigí a tierra con algunos de mis compañeros de viaje. Tomé era un pueblo recién construído, de aspecto muy agradable, que tenía un hermoso porvenir, pues era el principal puerto exportador de trigo y vino de la República. Los vehículos que traían estos dos productos desde el interior eran muy primitivos, como también las vasijas que se usaban. Los primeros eran carretas de dos ruedas que se fabricaban cortando un grueso tronco en discos de seis pulgadas de grueso, en los que se hacía un agujero para insertar el eje. Esos vehículos eran tirados por dos, cuatro o seis bueyes y se les reconocía desde lejos por el estridente chirrido de las ruedas. Los carreteros usaban una vara de coligüe, de dieciocho a veinte pies de largo, con un clavo en la punta, y con la cual aguijaban a los bueyes cuando sus gritos ya no bastaban.

El trigo lo transportaban, no en sacos sino en cueros de vacunos, con los cuales hacían también odres para acarrear el vino. El espiche estaba en una de las piernas del cuero y, para sacar vino, el carretero se sentaba en el odre y el líquido salía a presión. En vez de vasos de vidrio para beber, se usa-

ban cuernos de vacunos recortados y con un tapón de madera de fondo.

Después de habernos detenido una breve hora en Tomé, proseguimos nuestro viaje y, al cruzar la magnífica bahía, vimos a nuestra izquierda cerca de la playa el pueblo de Penco, situado pintorescamente entre grupos de árboles frutales y jardines, y las ruinas de Concepción. Esta opulenta ciudad se encontraba antaño en este lugar, donde la fundara Pedro de Valdivia el 5 de octubre de 1550 y los indios la destruyeron e incendiaron en 1554 y 1555. A pesar de ello, fue reconstruída poco después (por García Hurtado de Mendoza), pero sufrió la triste suerte de ser derribada cuatro veces por terremotos, en 1570, el 15 de marzo de 1657, el 18 de julio de 1730 y el 24 de mayo de 1751, como consecuencia de lo cual fue trasladada el 24 de noviembre de 1764 a dos leguas al interior, a orillas del río Bío-Bío.

Justamente frente a nosotros se encontraba la próxima meta de nuestro viaje, la ciudad de Talcahuano, situada románticamente en un faldeo, con antiguas fortificaciones españolas, al sur de la bahía a la cual dio su nombre. A mano derecha, hacia el Oeste, surgía del mar la isla Quiriquina, resguardando el puerto propiamente tal y de cuyas serranías, cubiertas por selvas vírgenes, caen cristalinos arroyos, formando cascadas sobre las rocas. En las laderas saltaban grupos de cabros cimarrones, los lobos marinos se asoleaban en gran número sobre las rocas, bandadas de choroyes giraban con gran bullicio alrededor de las plantaciones de manzanos e incalculables cantidades de gaviotas y otras aves marinas, graznando fuertemente, volaban en torno al barco. Este escenario adquiría mayor movimiento aún con las blancas embarcaciones de los pescadores, que, en gran número, cruzaban el puerto y cuyas albas velas, iluminadas por el sol, se destacaban brillantemente del horizonte, y por una pareja de ballenas que se había aventurado hasta el puerto, donde lanzaban al aire grandes chorros de agua.

La navegación a través de la bahía duró sólo media hora, y llegamos a Talcahuano, situado a 36°42' de Lat. S. y 73°10' de Long O., donde el vapor se detuvo algunas horas, lo que nos

permitió ir a tierra. Talcahuano contaba unos 5.000 habitantes, era la principal estación de los cazadores norteamericanos de ballenas en la costa occidental de la América del Sur, y había por este motivo, a lo largo de la calle principal, que corre paralela a la playa, numerosos negocios norteamericanos de proveedores de buques, albergues de marineros, incontables bodegas de vino y cantinas y casas dedicadas a la prostitución. Antiguamente, Gran Bretaña enviaba también sus buques balleneros, y en 1830 había 91 surcando los mares vecinos, pero ahora eran principalmente de nacionalidad norteamericana. Cazaban a menudo animales de 20 metros de largo, que suministraban, además de otros productos, hasta 5 ó 6.000 galones de aceite.

Visitamos primero un restaurant, donde nos ofrecieron excelentes ostras, y luego salimos a recorrer la población. Llegados a la plaza principal, donde se encontraba una vetusta iglesia muy curiosa, pasamos a oir misa. ¡Pero quién hubiera podido describir nuestra extrañeza cuando escuchamos, mientras todos estaban arrodillados y oraban, que un organillo callejero tocaba una polka y otras de nuestras canciones profanas más conocidas, para aumentar el recogimiento! Como mis compañeros de viaje apenas pudieran contener la risa, procuramos salir a la brevedad posible, a fin de no molestar. Me propuse que si tenía suerte en mi expedición, regalaría a esa pequeña iglesia un organillo que tocara al menos hermosos corales.

Cerca de la playa afloraba un potente manto de carbón, que se prolongaba debajo de varias casas. Según Fitz-Roy, la costa se ha elevado en esta parte cerca de tres pies desde 1835.

Más o menos a las dos de la tarde abandonamos Talcahuano y, pasando frente a un promontorio en los 36°48'45" de Lat. S., vimos la desembocadura del Bío-Bío, al que no pueden entrar los buques, debido a un banco de arena, por lo cual Talcahuano es el puerto de la ciudad de Concepción, situada a orillas de ese río. Pronto tocamos Coronel, pequeño pueblo que tiene mucho porvenir, debido a los yacimientos carboníferos de gran potencia que se explotan en él desde 1852. Además, se ha instalado allí también una fundición de

cobre, que aprovecha el combustible barato; la excelente arcilla que hay en el mismo lugar ha permitido instalar también una gran fábrica de artículos de cerámica, que produce ladrillos refractarios de buena calidad, objetos de arte, floreros, estatuillas, etc. Dos leguas más al Sur llegamos al abrigado puerto de Lota, instalado igualmente sólo en 1850. Como aquí se encuentran los principales yacimientos de carbón y su explotación y exportación ya tenían importancia, se había construído un muelle de fierro de mucho costo, al cual atracamos y desde donde el carbón era vaciado directamente en las carboneras de nuestro vapor.

Los potentes mantos, que afloran con espesor de setenta pulgadas, habían sido reconocidos ya un buen trecho hacia el Norte, hasta el ya nombrado pueblo de Coronel, como también algunas leguas hacia el Sur, encontrándose en todas partes lignitos de buena calidad, muy semejantes a la hulla y que, por tal motivo, se empleaban, mezcladas con antracita británica, para calentar las calderas y como combustible de las fundiciones de cobre. Estas minas poseían ya poderosas máquinas de extracción y bombas para dominar el agua. Los mineros eran, en gran parte, de origen británico y habían sido contratados en Europa por el dueño. En la vecindad se encuentra Lotilla, donde también se producía carbón. En total, la provincia de Concepción producía entonces anualmente cerca de 15.000 toneladas (a 20 quintales), y se vendía la tonelada a 6 dólares (pesos).

Una vez abastecido de carbón, el vapor cruzó la hermosísima y espaciosa bahía de Arauco, pasando frente a la isla Santa María, que es baja, sin valor económico, y rodeada de peligrosas rocas. Se encuentra a 37°02'48" de Lat. S. y según Fitz-Roy, se elevó cerca de ocho pies en el terremoto de 1835.

En la noche pasamos frente a la isla Mocha, situada entre 38°19' y 38°26' de Lat. S. y en el meridiano 74°, con largo de 7 y ancho de 3 millas inglesas, 15 de circunferencia y altitud de 1.250 pies. Se encuentra cubierta de bosques, tiene buena agua y suelo fértil, pero estaba despoblada y alimentaba sólo vacunos salvajes y una gran cantidad de ratones. Antes había en ella grandes manadas de lobos marinos, pero han dismi-

nuído mucho últimamente. Por un cuero de ellos, con largo de cuatro a cinco pies, se pagaban entre cuatro reales y un peso o dólar. En promedio, estos animales suministraban tres galones de aceite. Leones marinos, con un largo de cuatro metros y circunferencia de dos, eran ya muy raros; éstos suministraban cien galones de aceite y vivían antiguamente en grandes manadas. En esta isla desembarcó el 29 de noviembre de 1578 el famoso navegante Francis Drake, y se dice que algunos pequeños regalos que hizo se los retribuyeron con papas, que habría sido el primero en llevar a Europa.

En la mañana alcanzamos la desembocadura del río Imperial, a 38°47'40", y en seguida la del Toltén, a 39°07'45". Cuando pasamos cerca de la Cordillera de la Costa, muy abrupta, alta de unos 1.000 pies, y cubierta desde la cima hasta el espejo del mar por densa selva virgen, o frente a vegas planas, que podían estar pobladas por araucanos independientes, el paisaje me atrajo con un mágico encanto, y puse la mayor atención en descubrir indígenas, o al menos viviendas de ellos, pero no tuve éxito. Cuando nos acercamos, más o menos a las diez horas a un barranco abrupto situado frente a nosotros, vimos que la Cordillera de la Costa se interrumpe en esta parte, y cuando penetramos en un canal con ancho de 450 pies, situado entre elevadas orillas, nos encontramos luego en Corral, el magnífico puerto de Valdivia, situado a 39° 52' 53" y 73° 29' de Long. O. Se disparó un cañonazo de señal, rechinaron las cadenas del ancla, y había alcanzado mi primera meta.

La mañana en que largamos el ancla era hermosísima, y el cielo claro y límpido permitía reconocer nítidamente las bellezas del paisaje que nos rodeaba. La bahía se extiende casi cuatro millas inglesas en longitud y tres en latitud, y está completamente rodeada por serranías abruptas, que se elevan hasta unos mil pies, cubiertas desde la cima hasta el río de selva virgen. A la entrada, a la izquierda, a bastante altura sobre un promontorio rocoso y boscoso, en un lugar pintoresco, se hallan las ruinas del antiguo fuerte de Niebla y, a la derecha, las del San Carlos; y en medio de la bahía se eleva

del agua una isla encantadora, con una colina rocosa en medio, rodeada por praderas y árboles frutales, en la que se encuentran las ruinas del castillo de Mancera, construído en 1643 por el marqués de Mancera. Su destrucción data de la expulsión de los españoles y sus restos están cubiertos de enredaderas. En la orilla austral de la bahía, en la falda de la serranía se hallan las ruinas del mayor de los antiguos fuertes españoles, el de Corral, a cuyos pies se encuentra, a lo largo de la playa, formando terrazas, el pueblo homónimo. Desde allí se extiende un amplio y hermoso valle, ocupado por praderas, hasta los cerros, desde los cuales desciende un torrente cristalino, que mueve la rueda de un molino románticamente situado. Hacia el Noreste, desemboca en esta bahía el hermoso y ancho río Valdivia, cuyas orillas están engastadas igualmente por gigantescos árboles de la selva virgen, cuyas ramas caen hasta el agua, y si se sigue con la vista el curso del río, se ve al fondo el cordón de la Cordillera de los Andes, cubierto de nieve, con el gigantesco volcán Villarrica, que emitía sus nubes de humo al cielo.

Había vivido siete años en América, pero, con muy pocas excepciones, siempre en las regiones más áridas y tristes. El lugar que veía me recordaba los alrededores de los bosques alemanes, y el recuerdo de la patria lejana adquiría mayor vivacidad si examinaba con algún detenimiento la población que se extendía al pie del fuerte de Corral. Las pequeñas casas de madera, amables y tan aseadas, rodeadas de pequeños jardines, revelaban de inmediato, por su arquitectura, que pertenecían a alemanes, lo que luego confirmaron sus pobladores, quienes llegaron hasta nosotros en sus botes y me saludaron como compatriota.

Pronto el capitán de puerto y los funcionarios de la aduana visitaron nuestro vapor, y después de haber terminado las formalidades de rigor, subieron a bordo también muchos alemanes de Valdivia, que venían a recoger la correspondencia. Como el vapor se detuvo aquí sólo dos horas, para luego continuar su viaje a Puerto Montt, hubo necesidad de apu-

rar el desembarque de los pasajeros, correo y carga y embarcar lo destinado al Sur. Estaba tan encantado del paisaje, que acordé pasar el día entre mis compatriotas de Corral, en vez de dirigirme en bote a la ciudad de Valdivia, que se encuentra a una distancia de tres leguas. Por tal motivo, acompañé al dueño del hotel, herr Frank, oriundo de Breslau, mandé colocar mis baúles en su bote, y me dirigí con él a tierra, donde alcanzamos luego el hotel, una construcción reciente, situada cerca de la playa. Me dio una pieza muy acogedora y agradable en el segundo piso, desde la cual podía disfrutar de un magnífico panorama de la bahía, con la isla Mancera y las antiguas fortificaciones situadas en los faldeos de la serranía. Si ya me sentía como en mi país, este sentimiento se acentuó al ser llamado a almorzar, pues me rodearon varios alemanes de Valdivia, que me saludaron en la forma más amable. Eran los comerciantes J. Fehland, de Hamburgo, Theodor Becker, de Westfalia, Hermann Schülk, de la Marca de Bradenburgo, y el Dr. Hantelmann, de la Prusia Oriental, este último, médico contratado por el gobierno.

Además de ellos, estuvo también presente el maestro de la escuela alemana de Corral, Hermann Krause, casado con una hija del país, y quien, como su sueldo era muy modesto, al igual que el de todos los profesores, se ocupaba en hacer colecciones de flores, helechos y musgos, con cuya venta mejoraba su renta. Gracias a sus excelentes conocimientos botánicos, que le habían permitido descubrir ya muchas plantas en las selvas vírgenes, recibió desde Inglaterra, adonde las había enviado, el título de doctor en ciencias, y fue contratado, además, por el gobierno británico para emprender viajes a través de Chile, el Perú y los países del Ecuador.

Después del almuerzo hice un paseo con el señor Krause, a fin de disfrutar del magnífico panorama, y me mostró las antiguas minas auríferas de los españoles, que se encuentran en los faldeos de las serranías que rodean a la bahía, y también un manto de carbón que aflora en esa parte.

Capítulo IV

VIAJE POR EL RÍO, DE CORRAL A VALDIVIA

Me despertaron temprano al día siguiente, a fin de que me preparara para el viaje, pues en el río Valdivia se hace sentir la influencia de las mareas hasta una distancia de treinta millas inglesas. Es tan fuerte, que es preciso aprovechar la creciente para remontarlo, pues, en caso contrario, se necesitan cuatro o más horas para llegar a Valdivia, en vez de dos. El río tiene su origen en los lagos de Riñihue, Hanehue e Hitahue *, situados al pie de la cordillera andina, que son desaguados por él; lleva el nombre de Calle-Calle frente a los lugares de Quinchilca, Arique y Quitacalzones, y recibe el nombre de Valdivia sólo donde aquél se junta con el ancho río Cruces, frente a la ciudad de Valdivia; tiene cerca de mil pies de anchura al desembocar en el puerto de Corral.

Acepté la invitación de los amigos valdivianos, de viajar con ellos y, después de haber arrendado un bote para mis baúles, el nuestro, tripulado por cuatro vigorosos bogadores y provisto de buenas velas, se dirigió velozmente a eso de las siete de la mañana, a través de la bahía, hacia la desembocadura del río Valdivia. El mar estaba un poco agitado más afuera, y la amplia superficie de la bahía se había cubierto de pequeñas olas, cuya altura aumentaba a medida que nos alejábamos de la orilla. El bote hizo agua en varias oportunidades, y para achicarla fue necesario un esfuerzo permanente. Cuando alcanzamos la mitad de la bahía, se levantó un viento tan fuerte y las olas crecieron de tal manera, que mis acompañantes se sintieron harto mal. Supe entonces que ha-

* El lago Hitahue se conoce ahora con el nombre de Calafquén; el de Hanehue, con el de Panguipulli. Treutler los hace figurar con estos últimos nombres también en su plano de la región, del que se desprende que en aquel tiempo no se conocía la región situada al Oriente de ellos, donde aparece en el plano el cordón de la Cordillera de los Andes. En realidad, siguen en esa parte otros lagos más, y el río Valdivia tiene su origen en territorio actualmente argentino, en el lago Lacar, que es el más oriental de ellos (N. del T.).

bía en la cercanía, precisamente frente a nosotros, una fuerte rompiente formada por dos rocas submarinas conocidas con el nombre de Las Dos Hermanas, paraje muy poco favorable, que ya había reclamado muchas víctimas. Cuando nos acercamos a esa rompiente, nos alcanzó la primera ola y entró tanta agua al bote que todos nos mojamos completamente, y apenas nos fue posible achicar lo suficiente para no hundirnos. De inmediato llegó la segunda ola, más fuerte y alta, que afectó el bote de tal manera que casi dio una vuelta de campana, de modo que uno de los bogadores se cayó al agua, y sólo por suerte lo salvaron. Pronto llegamos al río, donde avanzamos con rapidez, gracias a la marea creciente y a la vela que habíamos izado.

Las orillas de este hermosísimo río estaban cubiertas a ambos lados por tan densas selvas vírgenes, que las ramas de los árboles se extendían a menudo hasta muy adentro del río. Los exuberantes quilantos y colihuales formaban una muralla impenetrable y sólo se podía desembarcar en las pocas partes donde los colonos habían despejado el bosque, para formar algunos campos y establecerse. A nuestra izquierda, la Cordillera de la Costa se elevaba hasta una altitud de unos 1.000 pies, mientras a la derecha se extendía la Isla del Rey, formada por el río Futa, que desemboca en el Valdivia.

Después de haber navegado una hora entre los gigantescos árboles de la selva virgen, escuchando a nuestro alrededor los característicos gritos de los cuervos de mar (o patos yecos), que nos deleitaban al desaparecer repentinamente y volver a aparecer más allá, observé cerca de nosotros una bandada de cisnes chilenos, que emprendieron el vuelo cuando nos acercamos. Se distinguen de los europeos por tener un cuerpo completamente blanco, pero con cuello y cabeza negros.

En la desembocadura del Futa, el río Valdivia hace una aguda curva, formando un codo y se dirige al Norte. Hasta entonces había contemplado frente a nosotros en el horizonte el volcán Villarrica, cubierto de nieve casi eterna, y luego vimos las torres de la ciudad de Valdivia. Navegando más cerca de la orilla, observé sobre uno de los troncos salientes de

los árboles un hermoso pájaro del tamaño de un carpintero, que miraba tranquila e incesantemente al río, y me informaron que se llama pescador, pues vive primordialmente de peces.

Las orillas eran ahora más bajas a ambos lados, y se veían las primeras casas de colonos alemanes, rodeadas por pequeños campos y huertas, en torno a las cuales volaban bandadas de choroyes con formidable bullicio, y se habían aposentado torcazas en tan gran número que cubrían literalmente las ramas de los árboles.

Acercándonos cada vez más a la ciudad, alcanzamos la desembocadura del amplio río Cruces, que junta sus aguas con las del Valdivia al Sur de la isla Valenzuela *, poblada únicamente por alemanes. Después de haber proseguido la navegación otro trecho, las orillas se elevaron a ambos lados hasta una altitud de unos sesenta pies, y llegamos con toda felicidad al muelle de Valdivia.

Desde allí subí por una calle muy empinada a la ciudad y me dirigí al hotel alemán Saelzer, donde arrendé un agradable alojamiento, al que pronto pasaron a saludarme cariñosamente muchos compatriotas.

Capítulo V

LA CIUDAD DE VALDIVIA Y SUS POBLADORES. LA AGRICULTURA DE LA PROVINCIA

Aproveché la primera semana de mi estada para recoger informaciones precisas y completas acerca de la ciudad de Valdivia, situada a 39° 49′ 02″ de Lat. S. y 73° 10′ 30″ de Long. O., como también para recorrerla. Como ya se indicó, fue fundada en 1552 por el conquistador español Pedro de Valdivia sobre una colina de unos ochenta pies de altura, estra-

* Ahora llamada Teja (N. del T.).

tégicamente muy bien situada, pues está protegida al Oeste, Norte y Este por el río Valdivia, cuyo ancho es aquí de unos quinientos pies, en tanto que el terreno que queda al Sur es pantanoso y poco transitable.

Sobre la cima aplanada de la colina trazó, al igual que en todas las ciudades de origen español, una plaza de quinientos pies por lado, frente a la cual se encontraban la iglesia, el cabildo y la prisión, y rodeó a esta ciudad, construída totalmente de piedras y ladrillos, de murallas y puertas fortificadas. Gracias a los numerosos lavaderos de oro de los alrededores, y al comercio e industria, la ciudad alcanzó pronto un gran bienestar; se fundaron también en ella un convento y una casa de moneda *.

Por muy protegida que pareciera la ciudad contra los ataques de los indígenas, fue asaltada, saqueada e incendiada en la noche del 24 de noviembre de 1599 por un intrépido jefe araucano, el toqui Paillamachü, quien con su gente cruzó a nado el ancho río. Fueron arrasadas las fortificaciones, muertos los varones y sometidas a la esclavitud mujeres y muchachas.

En 1645 fue reconstruída parcialmente por el general Leiva, por orden del virrey del Perú, Pedro de Toledo, pero ya no con material sólido, como antes, sino que se levantaron sobre las ruinas sólo pequeñas casas de madera.

Cuando el gobierno chileno elevó este territorio en 1826 al rango de provincia, Valdivia quedó de capital, como sede de un intendente. La población aumentó un poco, pero la ciudad fue empleada por el gobierno principalmente como lugar de relegación, y sólo cuando se radicaron en ella los inmigrantes alemanes, cambió su miserable aspecto y se modificaron radicalmente las condiciones en que se encontraba.

Entre los años de 1830 y 1837, el emprendedor ingeniero y mayor Bernardo Eunom Philippi, oriundo de Cassel, visitó repetidas veces este pueblo y exploró la provincia. Después de haber vivido en ella más tarde, entre 1841 y 1847, recorriendo de nuevo su territorio, estimó que era conveniente

* Era, en realidad, una fundición de tejos de oro (N. del T.).

dirigir hacia allá una corriente de inmigración alemana y procurar a sus compatriotas una nueva patria, bajo condiciones que, aunque no fueran brillantes, les ofrecieran al menos algunas ventajas.

Para este fin confeccionó un mapa de este territorio, y se dirigió en 1848 a Europa, con el propósito de hacer una campaña a favor de la colonización, lo que logró fácilmente, en atención a las condiciones políticas reinantes entonces en Alemania, sobre todo en la región de que él mismo provenía: Hessen-Cassel.

Después de haberse domiciliado varios alemanes en la provincia de Valdivia mientras el mayor Philippi todavía se encontraba en Alemania, llegaron en 1849 y 1850 varios buques con emigrantes directamente desde Alemania al puerto de Corral *. Los comerciantes, médicos, artistas, etc., miembros de estos grupos, permanecieron algunos en Valdivia, o se dirigieron al interior, al pueblo de La Unión, que queda a una distancia de doce leguas, y al de Osorno, situado a dieciocho leguas. Los agricultores recibieron terrenos en la isla Teja o Valenzuela, situada frente a Valdivia, separada de la ciudad sólo por el río, los que fueron repartidos entre 95 alemanes; otros se radicaron a lo largo de los ríos, o bien más al interior.

En 1851 llegaron 600 alemanes a Corral. El pueblo de Valdivia tenía ya en aquel tiempo cerca de 2.000 habitantes, entre los que se contaban 600 alemanes, y su población continuó aumentando mucho hasta 1859, cuando yo llegué a la ciudad.

---

* Este relato de la inmigración alemana es muy abreviado y contiene algunos errores. Philippi, Kindermann y otros indujeron a los primeros inmigrantes alemanes a venir al país por su propia iniciativa, radicándolos en 1846 en la hacienda Bellavista, cerca de La Unión. Las excelentes experiencias hechas con ellos, motivaron que el Gobierno se interesara por una inmigración en mayor escala, siendo comisionado entonces Philippi oficialmente para dirigirse a Alemania, a fin de contratar colonos por cuenta del Gobierno. El primer grupo llegó a Corral en noviembre de 1850, en el buque *Herrmann*, siendo recibido por el encargado de llevar a efecto la colonización, Vicente Pérez Rosales, quien relata detalladamente la historia de la colonización en su obra *Recuerdos del Pasado* (N. del T.).

El creador de esta colonización alemana, el mayor Bernardo Philippi, regresó también desde Europa a Valdivia, publicó una pequeña obra sobre la provincia y no trepidó en sacrificios, trabajos y peligros, para seguir realizando sus planes de colonización. Continuó sus viajes de explorador, pero no tuvo la satisfacción de ver coronado por el éxito su proyecto favorito, como ha ocurrido ahora. En una de sus exploraciones al otro lado de los Andes fue asaltado por los patagones, asesinado y, como sostienen muchos, devorado por los indios *. Sin duda, se conservará para siempre un recuerdo honroso y agradecido a este valiente luchador por el progreso y la civilización, quien creó mediante un gran sacrificio de tiempo, dinero, salud y, finalmente, de su vida, una patria nueva y feliz a tantos alemanes.

Un hermoso día de otoño recorrí con algunos conocidos la ciudad y sus arrabales. La plaza principal no se hallaba pavimentada y el suelo estaba formado, al igual que el de las calles, por una tierra gredosa rojiza, que es aurífera, de modo que después de fuertes aguaceros se encuentran en ella trozos de oro con valor de 3 a 15 marcos. Las casas situadas en los costados de la plaza, antiguas, bajas e inaparentes, pertenecen en su mayoría a antiguos vecinos. Sobre el costado occidental se elevaba una iglesia construída por el ingeniero Frick, de Berlín, con dos torres altas, y al lado se encontraba un recuerdo de tiempos antiguos: el cabildo, construído de piedra y ladrillo, con la cárcel; en este edificio se reunía la Municipalidad.

Desde esta plaza salían calles rectilíneas hacia los cuatro puntos cardinales, las que eran cortadas en ángulo recto por otras. Excepción hecha de un antiguo cuartel, las dos calles

---

* Después de su regreso de Alemania, Philippi no volvió al territorio de colonización, sino que fue designado gobernador de Magallanes. Le correspondió actuar allá después del sangriento levantamiento de Cambiaso. En una excursión que realizó para retribuir una visita que había recibido de parte de un grupo de indios patagones, fue asesinado en noviembre de 1852. Los patagones no son antropófagos, de modo que no consumieron su cuerpo, el que no ha sido encontrado, aunque lo fuera el de un soldado que lo acompañaba (N. del T.).

que bajaban hacia el Oeste, al río, estaban ocupadas casi solamente por vistosas casas de inmigrantes alemanes, que se destacaban muy marcadamente por su aseo y hermosa arquitectura de las antiguas construcciones nacionales. Estas calles terminaban en el malecón, a lo largo del cual existía otra fila de casas de alemanes.

Desde la plaza principal hacia el Sur se extendía una calle larga, en cuyo comienzo quedaban los dos vistosos hoteles alemanes de Springmüller y Saelzer, el último de los cuales era mi alojamiento; al lado había varios otros edificios, también de dos pisos; al frente se encontraba la Intendencia y la casa comercial de primera categoría, de los señores Fehland y Becker. Un poco más allá existía un monasterio, pero construído sólo de madera, donde vivía el prior de las misiones de la provincia de Valdivia, padre Lorenzo de Verona, quien daba instrucción a varios niños indígenas. Más allá se veían las ruinas de la antigua muralla de la ciudad, sobre las cuales se elevaba una torre maciza bastante alta. Desde ahí la calle se seguía extendiendo mucho más allá, alternando casas y huertas, con muchos manzanos y canelos, dando estos últimos su nombre al barrio.

En sentido contrario a la plaza principal, es decir, hacia el Norte, corría una calle hasta la punta formada por el río, y como en esta parte había muchos manzanos y perales, ese barrio llevaba el nombre de Las Manzanas.

La calle más larga era la que se dirigía desde la plaza principal hacia el Este; bajaba bastante abruptamente y también en esta parte se elevaba una antigua torre sobre las ruinas de las murallas de la ciudad. Comenzaba en seguida un camino bastante bueno, construído por los ingenieros alemanes Frick, Lagrèze y Harnecker, que conducía hasta el caserío de Futa, situado a cuatro leguas al interior. A lo largo de él había una fila de casas y posesiones rurales, como también los cementerios católico y protestante, que eran muy bonitos, y, finalmente, una gran quinta, donde se encontraba un salón de cerveza, con billar y cancha de palitroque, muy frecuentado.

Después de haber conocido la ciudad de Valdivia, tomé

un bote y me dirigí a la isla Teja o Valenzuela, separada por el río Valdivia, que tenía en esta parte un ancho de unos quinientos pies. Está comprendida entre los ríos Valdivia y Cruces y por el pequeño brazo que los une, el Cau-Cau, y tiene 350 cuadras (una cuadra son 15.730 metros cuadrados). La parte occidental era un poco pantanosa, la oriental, en cambio, algo montañosa, de modo que se podía estimar que cien cuadras no eran cultivables.

La isla estaba poblada únicamente por colonos alemanes, que pagaban al Gobierno una renta vitalicia de 500 pesos al año. Era muy fértil, se encontraba en muy buen estado para ser cultivada, y había en ella tantos manzanos, que se podían preparar 1.000 barriles de chicha. Mirada desde el desembarcadero de Valdivia, ofrecía un bellísimo golpe de vista. Frente a él, sobre la orilla del río, a una altura de más o menos 40 pies, se encontraba la magnífica cervecería de herr C. Anwandter, procedente de Calau. Consistía en un gran edificio principal, de dos pisos, y otros secundarios muy amplios, rodeados por cuidados jardines, que ostentaban los más hermosos árboles frutales y flores.

Deslindaba con esta propiedad, separada de ella por jardines, una gran curtiduría, perteneciente a herr Schülke, de Brandenburgo y que también era un establecimiento de gran importancia. Comprendía un gran edificio en la playa, detrás del cual se encontraban varios patios con los talleres. Contiguo a esta fábrica había un predio perteneciente a herr Teichelmann, de Potsdam, sobre el cual se había construído un edificio muy elegante, a orillas del río; los huertos correspondientes se extendían hasta el Cau-Cau.

El clima de esta ciudad y de sus alrededores no es agradable, y si bien no se tiene que sufrir tanto por el calor como en las provincias septentrionales de la República, ni por un exceso de frío, como en Alemania, llueve a menudo y muy fuerte. ¡Qué diferencia entre esta región y la del Desierto de Atacama, donde había vivido casi siete años y donde normalmente sólo llueve una vez al año, y eso durante algunas horas! Nieva muy raras veces, y si ocurre, la nieve se derrite de inmediato. El viento del Noroeste trae siempre lluvia y pre-

domina en el invierno; el viento del Sur provoca, en cambio, casi siempre buen tiempo y predomina en verano.

Hallé que era interesante el cambio de régimen en el clima que ocurre a la altura de la Isla Mocha, frente a la cual pasamos en el viaje de Valparaíso a Corral, pues al Norte de ella se presenta muy a menudo excelente tiempo, con cielo azul, y hacia el Sur el cielo está normalmente cubierto y predominando tiempo lluvioso. Como este marcado límite se presenta en el lugar en que comienzan las densas selvas vírgenes australes, uno estaría autorizado para deducir que las copiosas lluvias de Valdivia provienen de las selvas vírgenes *. Las tempestades eléctricas y el granizo son muy raros, y hay muy pocos temblores, lo que seguramente se debe al volcán Villarrica, que se mantiene en actividad en esta región **.

A pesar de las grandes precipitaciones y de la atmósfera húmeda, el estado sanitario de Valdivia —como el de toda la provincia— era excelente; no se presentaban jamás las viruelas, las fiebres y otras enfermedades epidémicas; para protegerse los pies de la humedad, todos los habitantes, chilenos y alemanes, usan siempre zuecos cuando salen. Había aquí también un buen lazareto, donde estaba ocupado con un sueldo anual de 800 pesos el Dr. Hantelmann, de Posen, quien tenía su consulta principal en Valdivia. Además, trabajaba ahí también el Dr. Volpert, de Wurtemberg.

A pesar de ser protestantes casi todos los alemanes emigrados a esta ciudad y de haberse establecido también un pastor con su familia en las cercanías, junto al río Cruces, no disponían de una iglesia u oratorio, sino sólo de un cementerio

---

* La deducción contraria es la exacta: hay selvas densas debido a la cuantía y distribución de las precipitaciones. El fenómeno del cambio de régimen climático fue observado acertadamente por Treutler, revelando su admirable espíritu de observación, que se expresa a lo largo de toda su obra. La causa consiste en que hasta la altura de la isla Mocha existe una temporada seca, la que desaparece al Sur de esa isla, favoreciendo así el crecimiento de una vegetación mucho más densa (N. del T.).

** Ya se expresó que en tiempos de Treutler se creía que la sismicidad estaba relacionada con el volcanismo, lo que actualmente ya no se admite. Falta, sin embargo, una explicación para la diferente sismicidad en las diversas regiones del país. (N. del T.).

muy hermoso. Como los alemanes tenían que bautizar a sus hijos, se procedía a hacerlo según el rito católico, y cuando un alemán contraía matrimonio con una chilena, el alemán tenía que hacerse católico. Por lo general, los protestantes trataban los asuntos religiosos con poco entusiasmo y superficialmente, mientras que de parte de los sacerdotes católicos se hacía todo lo posible para conseguir prosélitos.

En lo referente a escuelas, había una primaria fiscal para niños y otra para niñas y también un colegio, una especie de liceo, cuyo director era el profesor Boeck. Además de estos establecimientos nacionales, existía también un colegio alemán, con cerca de 40 alumnos, donde enseñaban herr Schmär, de Oppeln, y herr Sander, de Breslau.

Valdivia era la capital de la provincia, dividida en los departamentos de Valdivia y La Unión, y sede del intendente. La fuerza armada de guarnición en la ciudad era una batería de artillería.

En toda la provincia había, en 1855, sólo 18.227 habitantes, de los cuales correspondían 8.935 al departamento de Valdivia y 9.292 al de La Unión. En 1859, en cambio, la inmigración había hecho aumentar la población a más de 22.000.

Considerando su escasa población, el comercio de Valdivia era importante, lo que tenía su causa en que todas las mercaderías procedentes desde afuera y destinadas a la ciudad y al interior, ingresaban por los puertos de Corral y de Valdivia; y, a la inversa, la exportación también pasaba por estas plazas.

La importación fue de 362.799 pesos, entre el 1º de mayo de 1859 y el 31 de abril de 1860.

Gracias a las inmensas selvas que había en la provincia de Valdivia y que se encontraban inmediatas a la orilla del mar o junto a los ríos navegables, uno de los principales artículos de exportación eran las maderas, las cuales tenían excelente calidad, lo que favorecía su comercio. Se exportaba, en primer lugar, alerce. El árbol que suministra esta madera tiene una altura de 125 a 140 pies, y su tronco alcanza a veces la enorme circunferencia de 25 pies. Pero no se lo exporta como tronco, sino cortado en forma de vigas, postes y, so-

bre todo, en tablas. La madera es rojiza y tan fácil de rajar que antes se fabricaban las tablas únicamente con la ayuda de un hacha y cuñas, sin usar sierras. Es muy resistente al calor, frío y humedad, y se han visto vigas que parecían nuevas al cabo de centenares de años. Uno de estos árboles da a menudo cerca de 1.000 tablas cortadas con longitud de nueve pies y nueve pulgadas de ancho; la docena vale, por lo general, tres pesos.

Debido a la apreciable exportación, no se encuentra ya alerce cerca de los ríos, y como siempre crece en las cimas de las serranías, el transporte es un trabajo difícil. Mucha gente se ocupa durante todo el año en la búsqueda de tales selvas, y las gratifican pródigamente, de acuerdo con la cuantía de sus hallazgos.

Otro árbol importante para la exportación es el roble, una especie de haya, que tiene madera resistente y muy usada en construcciones, sobre todo para durmientes de ferrocarriles. También este árbol crece muy alto y alcanza a menudo una circunferencia de veinte pies.

Debe enumerarse también el coigüe, que alcanza igualmente enormes dimensiones; de él se fabrican sobre todo las canoas, con capacidad de carga, a veces, de cien quintales. Como maderas de construcción y ebanistería tienen importancia también el pellín, el lingue, el laurel, el ulmo, el temú, el ciprés, el pino* y la luma; el maitén se usa como leña.

Se construían también buques en Valdivia y varios alemanes se ocupaban de esta actividad, pero sólo se hacían embarcaciones menores. Muy importante para las comunicaciones era la línea de vapores que se había establecido desde Valparaíso a lo largo de la costa, hasta la otra zona de colonización situada más al Sur, en Puerto Montt. El día 10 de cada mes se dirigía un vapor grande y elegante, perteneciente a la *Pacific Steam Navigation Co.*, desde Valparaíso a ese puerto, adonde llegaba en ocho días, para regresar a Valparaíso des-

* Mañío, lleuque (N. del T.).

pués de dos días de estada, volviendo a tocar todos los puertos.

Los sueldos y salarios eran, por supuesto, muy bajos, de acuerdo con la vida barata, aunque no tan pequeños como en las provincias de Maule y Concepción. El peón ganaba en Valdivia cuatro reales al día (dos marcos), pero como la mayoría de ellos son madereros y trabajan a trato, ganaban, por lo general seis reales. El pago se hacía semanalmente, pero no en Valdivia, sino en los bosques donde estaban ocupados, y no en dinero, sino en tablas de alerce. De este modo, se veía todos los sábados a centenares de hombres, mujeres y niños, que salían de los bosques con tablas sobre la cabeza, para dirigirse a Valdivia y pagar con ellas sus compras en el comercio. Todos los comerciantes, como los carniceros, panaderos, etc. disponían de depósitos de tablas en sus patios, y cuando juntaban una cantidad apreciable, la vendían a las barracas de maderas. Circulaban muy pocas monedas de oro y plata, y sólo desde hacía pocos años se acuñaban monedas de cobre, piezas de un centavo, de las que correspondían cien al peso. Estas monedas no eran aceptadas por nadie en las ricas provincias septentrionales, por lo cual se habían desplazado a Valdivia. Así podía ocurrir, por ejemplo, que se pagara un precio de centenas e incluso miles de pesos en monedas de esta índole, siempre que no se hubiera convenido otra cosa. De la misma manera se cancelaban las letras, y no olvidaré el caso de una casa comercial de Valdivia, que pagó una de 500 pesos en monedas de cobre, que me ví obligado a retirar en un carretón. Aún cuando estos centavos eran embalados casi siempre en rollos de 50 ó 100 unidades, era muy molesto llevar sencillo equivalente a un peso, para comprar algo, y mucho más cuando se trataba de una suma mayor.

A pesar de que procedían de diversos países de Alemania, los germanos se comportaban muy solidarios en la vida pública y en la sociedad, y jamás tuve oportunidad de conocer en la América del Sur una ciudad donde predominara la concordia como en Valdivia. Como todos los inmigrantes habían

adquirido nacionalidad chilena, procedieron solidariamente también en asuntos políticos, y la Municipalidad estaba constituída en su mayoría por alemanes. El Club Alemán se encontraba en el hotel Saelzer y sus miembros eran muy numerosos; existía un estricto control de éstos, no admitiéndose a individuos que hubieran cometido actos deshonrosos, o expulsándose a los miembros que incurrían en ellos.

Además de un comedor y de salones de billares, este club poseía una hermosa sala de baile con un buen piano de cola, y una sala de lectura con buena biblioteca para la que se adquirían siempre las obras más novedosas y se mantenían subscripciones a varios diarios.

Había también un club alemán de tiro al blanco y una compañía alemana de bomberos, con buenas bombas.

La agricultura de la provincia se encontraba, en 1859, en un nivel muy bajo, pues los chilenos y los indios, poco empeñosos, sembraban solamente la cantidad de maíz, trigo, papas y habas que necesitaban para su sustento, sin preocuparse de cultivar una mayor cantidad de productos para la exportación *.

El arado que usaban era muy primitivo, pues consistía en un tronco que se afirmaba en el yugo de los bueyes y en cuya extremidad se sujetaba un gancho de tres cantos, de madera de luma muy dura; la rastra consistía en un montón de ramas espinosas; segaban los cereales con echona y los trillaban con yeguas, que giraban a toda carrera en una cancha redonda, con el suelo endurecido. No había molinos para hacer harina, sino que las mujeres trituraban los granos sobre una piedra plana de cierta dimensión, con la ayuda de otra piedra redonda y aplanada.

Los pobladores de la provincia se dedicaban muy poco a los cultivos antes que llegaran los colonos alemanes, pero te-

---

* La causa de esta falta de interés por los cultivos no era la flojera, sino la imposibilidad de transportar los productos a los mercados, por falta de caminos, como también la imposibilidad de exportación a Europa antes de iniciarse la navegación a vapor a aquel continente, por ser los fletes demasiado elevados. (N. del T.).

nían, en cambio, un interés mayor por la ganadería, que les exigía poco o ningún trabajo y que no requería mucho esfuerzo. Los rebaños de caballos, vacunos, asnos y ovejunos permanecían durante todo el año en los pastizales al aire libre y pasaban el invierno en los bosques, donde se alimentaban de la quila y del colihue, y como apenas la octava parte de los árboles pierde el follaje, estaban protegidos contra los temporales y la lluvia.

Los vacunos, introducidos en 1548 por los españoles, eran de excelente raza y se habían propagado enormemente.

La actividad principal de los campesinos consistía en realizar de vez en cuando un rodeo de esos rebaños y lacear los animales que debían ser beneficiados u ordeñados. Las vacas eran amarradas en seguida en la vivienda, a fin de ordeñarlas y preparar algo de mantequilla y, sobre todo, queso, que disfrutaba de excelente reputación en toda la República y se embarcaba hacia el Norte en cantidad. En estos rebaños había una curiosa variedad de vacunos, la de los "ñatos", más pequeños que los restantes y con la nariz y el labio superior muy cortos, de modo que se les veían los dientes y se asemejaban a un *bulldog*, a lo que contribuía también la circunstancia de que perdían a menudo las orejas en sus luchas con los pumas.

Los caballos de esta provincia son de origen andaluz, no muy grandes, pero vivos, robustos, resistentes y muy hábiles. Aprenden a bailar, se detienen en medio de la carrera a una señal, como clavados en el suelo, realizan fácilmente los mayores esfuerzos y son poco sensibles al hambre y la sed. Su pezuña es fuerte y sólo en las ciudades se los hierra. También ellos pasan el verano e invierno al aire libre. Su precio es muy variable: se los podía adquirir desde diez pesos para arriba, siendo buenos los que valían entre veinte y veinticinco pesos. Había también una raza muy pequeña, una especie de ponies o "chilotes", muy resistentes y fogosos, que se obsequiaban a los niños.

Para hacer viajes eran muy solicitados los de paso caste-

llano, que eran mejor pagados que otros. También en esta provincia, todos montaban a caballo, y aun el más pobre poseía uno de estos animales, sin excluir a los mendigos y ciegos, y era costumbre no andar a pie ni siquiera algunas centenas de pasos.

La crianza de ovejunos se encontraba todavía en un estado muy poco satisfactorio y se mantenía a estos animales más bien por la carne y los cueros que por la lana. La vigilancia de los rebaños estaba a cargo de perros extraordinariamente habilidosos, que llegaban a ser excelentes vigilantes, gracias a que inmediatamente después de su nacimiento se les entregaba a una oveja que los amamantaba.

Además, encontré aquí mulas, porcinos, cabríos, pavos, pollos y gallinas, gansos, patos y palomas.

La caza suministraba lobos marinos, huillines, una especie pequeña del ciervo *, guanacos, zorros, torcazas, becasinas, chorlos y choroyes, pumas, gatos monteses y también vacunos cimarrones o baguales.

Los ríos abundaban en buena pesca y había, sobre todo, pejerreyes, truchas, angulas y peladillos. El mar suministraba, en cuanto a peces, sobre todo el preferido róbalo y la corvina, conociéndose también un pez, el peje-sapo, que producía sonidos debajo del agua; además, había mariscos comestibles, ostras, choros y piures. Había muy pocos reptiles e insectos. Plantas marinas comestibles eran el cochayuyo y el luche.

Frutas silvestres eran las nueces del avellano, el maqui, que es una baya negra y muy dulce, y la murta, una fruta muy aromática, de color rojo y semejante a la baya de arándano, que crece en arbustos con altura de cinco pies. Además se consumía mucho el tallo del pangue, que es una mata de unos cuatro pies de altura y hojas muy grandes, con diámetro de dos a tres pies, que contiene un jugo muy refrescante y agradable.

---

* El pudú (N. del T.).

Capítulo VI

PRIMERA EXPEDICIÓN AL TERRITORIO DE LOS ARAUCANOS INDEPENDIENTES POR SAN JOSÉ, MEHUIN Y QUEULE, HASTA TOLTÉN

A pesar de haberme propuesto permanecer sólo algunas semanas en Valdivia, a fin de reunir informaciones fidedignas y precisas acerca del territorio de los araucanos independientes, y realizar en seguida mis expediciones a su territorio, llevaba ya dos meses en la ciudad. Me obligaron a ello, por una parte, aguaceros ininterrumpidos y, por otra, ciertas noticias que supe. De acuerdo con ellas, los senderos que llevaban a aquel territorio eran casi intransitables en esa temporada, pues los ríos, vadeables en otros meses, tenían ahora mucho caudal y eran correntosos. En muchas partes habían inundado también los terrenos vecinos y, al tener que cruzarlos a nado, se ahogaban frecuentemente los caballos y mulas. Cuando se alcanzaba el territorio indígena por fin de tantos esfuerzos, dificultades y hasta peligros de muerte, se presentaban nuevos obstáculos para obtener la hospitalidad de una tribu. En efecto, en ese tiempo se hacía la cosecha de las manzanas, a cuya terminación los indios preparaban su bebida preferida: la chicha de esa fruta. Le tenían tal afición que pasaban todo el otoño en borracheras, tanto en sus propias casas como en la vecindad y se encontraban siempre ebrios.

Como alemán, estaba expuesto, además, a un peligro especial: los revolucionarios del Norte habían invitado a los araucanos a plegarse a ellos y derrocar al Presidente Montt. Para lograr su propósito, habían propagado la noticia de que el Gobierno tenía el propósito de obsequiar todas las tierras de los indígenas a los colonos alemanes. Estos invadirían pronto su territorio, con una gran fuerza, a fin de someterlos y, una vez dueños de las tierras, explotarían de nuevo las antiguas minas auríferas, en las cuales los indios tendrían que trabajar como esclavos, igual que sus antepasados.

Prestando oído a tales rumores, el poderoso cacique Manil ya se había plegado con varias reducciones a los revolucionarios, invitando a las tribus vecinas a hacer lo mismo. Pro-

yectaban iniciar la campaña con un ataque a la ciudad de Valdivia, donde debía darse muerte a todos los varones, reducir a la esclavitud a las mujeres e incendiar y destruir totalmente la ciudad después de haberla saqueado.

Con estas noticias y como es fácil comprender, reinaba en Valdivia gran consternación, sobre todo porque había escasas fuerzas militares disponibles y se tenía que esperar poca ayuda militar del Gobierno, dada la situación en que se encontraba el país. Por este motivo, todos los alemanes se armaron en la mejor forma que pudieron, realizaban diariamente ejercicios militares y practicaban el tiro al blanco, a fin de presentar la mayor resistencia posible a los indígenas.

En estas críticas condiciones, el Intendente de la provincia, don Ruperto Solar, ordenó que los "capitanes de amigos", señores Adriano Mera y Jaramillo, se dirigieran inmediatamente al territorio araucano, a fin de tranquilizar a los indígenas y convencerlos de que no participaran en el levantamiento, ni alentaran proyectos contra Valdivia y los alemanes.

Estos "capitanes de amigos" eran individuos pagados por el Gobierno, que dominaban completamente la lengua araucana y eran respetados por los indígenas, actuando como intermediarios entre éstos y los chilenos.

Sí —como se desprende de lo dicho en las líneas precedentes— era penoso y peligroso para estos "capitanes de amigos", penetrar al territorio de los indios sublevados, mucho más lo era para mí como alemán, el iniciar mi expedición en tal momento. Sin embargo, mi deseo de llegar a conocer ese interesante territorio y sus pobladores era tan vehemente, que acordé no dejar pasar la oportunidad que se me ofrecía de viajar bajo la protección de uno de estos "capitanes de amigos". De tal manera participé al Intendente que deseaba acompañar al capitán Jaramillo, quien iba a avanzar a lo largo de la costa hasta el río Toltén.

Si mi plan primitivo había consistido en permanecer cerca de un año en territorio araucano, a fin de lograr los objetivos que me había propuesto, las condiciones me obligaron a regresar en pocas semanas, lo que me obligó, a su vez, a modificar mi plan.

Mi programa principal comprendía los siguientes puntos:

1º Explorar en lo posible el territorio araucano situado entre los ríos Toltén y Calle-Calle y levantar un mapa de él;

2º Estudiar las condiciones geológicas y mineralógicas del territorio y obtener una información precisa acerca de su riqueza aurífera;

3º Buscar terrenos cultivables, apropiados para ser adquiridos y colonizados;

4º Reconocer las comunicaciones por agua y tierra desde esos terrenos hasta el territorio cristiano;

5º Visitar los boquetes que conducen desde ese territorio a la República Argentina y estudiar si se prestan para construir un ferrocarril entre los océanos Pacífico y Atlántico;

6º Visitar las antiguas y ricas minas auríferas de los españoles;

7º Reconocer las ruinas de la antigua y próspera ciudad de Villarica, donde los españoles habían enterrado grandes tesoros antes de que los expulsaran, los que todavía no habían sido encontrados;

8º Hacer, si fuera posible, la ascensión del volcán Villarrica, explorarlo y medirlo;

9º Estudiar las costumbres y la lengua de los araucanos;

10º Inducirlos por medio de la persuasión y de obsequios a vender terrenos a los cristianos;

11º Obtener que permitan el establecimiento de misiones en su territorio y que se propague la religión cristiana; y

12º Lograr que devuelvan, mediante rescate, las mujeres y jóvenes cristianas que mantenían como esclavas.

Bajo las condiciones reinantes, naturalmente, me tenía que limitar a los primeros puntos, es decir, a adquirir un conocimiento general del territorio, su población y sus condiciones, sin que los indígenas se enteraran de mis verdaderos propósitos. Debido a los sufrimientos, e incluso los desastres, que los antiguos españoles habían infligido a las tribus indígenas de la parte occidental de la América del Sur, por su codicia del oro, los indios consideraban a todo extranjero como enemigo y lo designaban con la palabra *huinca*. En todo caso, mi empresa era muy temeraria, pues los araucanos son desconfiados por naturaleza, y si tienen la menor sospecha de que se pretende molestarlos en sus pasiones y costumbres, o en la posesión de su territorio, es de esperar siempre una reacción violentísima, que puede llegar hasta el asesinato del intruso. Como con todos los pueblos primitivos, no hay otro recurso para mantener relaciones con ellos en su territorio, que el de dedicarse al comercio de ciertas mercaderías que no se encuentran en su país, y que les permiten satisfacer su vanidad, su afán de adornarse y embriagarse. Así, me decidí a desempeñar papel de un mercader dedicado al trueque de tales productos por ganado, esperando lograr mejor mis propósitos con este disfraz, sin suscitar desconfianza.

El capitán Jaramillo quería iniciar su viaje dentro de dos días, por lo cual me apresuré a adquirir todos los objetos que necesitaba para mi persona en una expedición de esta índole, como también todas las mercaderías apropiadas para el cambalache. Contraté los servicios de un lenguaraz, un indio bautizado que dominaba tan bien el araucano como el castellano, de dos mineros y de algunos arrieros. Adquirí, además, los caballos necesarios para mí, para mi mozo, el lenguaraz y los mineros, con sus respectivas monturas y frenos completos, como también las armas necesarias y seis mulas para el transporte de las mercaderías. Yo mismo llevaba un sable y un revólver, y entregué a mi mozo una carabina de dos cañones, y todo el personal restante recibió sables, pistolas y machetes (que eran cuchillos grandes, de medio pie de largo y cuatro pulgadas de ancho).

Durante largos días, el tiempo había estado nublado y llu-

vioso, pero, por fin, se disiparon las obscuras masas de nubes y neblinas, y el sol comenzó a calentar amablemente la tierra, lo que me permitió salir de Valdivia el 19 de mayo.

La meta del primer día era la misión de San José, situada en la frontera del territorio indígena, a orillas del río Cruces, donde me iba a juntar con el capitán Jaramillo, que poseía un predio agrícola en la vecindad. Había arrendado un bote grande, con capacidad para conducirnos por el río Cruces hasta el lugar denominado Chunimpa a mí, a toda mi gente, como también a todas las mercaderías y útiles de viaje; los arrieros se habían dirigido el día anterior con los caballos y mulas por tierra a ese mismo punto.

Era un día precioso; la naturaleza ostentaba en los alrededores todo su magnífico brillo, y reinaba mucha animación en la población de Valdivia y sus contornos, como si despertara de un prolongado letargo. Incontables botes y canoas desembarcaban sus productos en el muelle, y el movimiento se hizo mucho mayor cuando llegó el pequeño vapor "Fósforo" desde Valparaíso, con muchos pasajeros y carga. Mi bote se encontraba también cerca del vapor, y me esperaban en él el lenguaraz, los mineros y el mozo; estaba rodeado por una multitud que observaba novedosamente los preparativos. Después de haberme despedido del Intendente, me dirigí en compañía de muchos conocidos, que creían que no me volverían a ver más, al bote, cuya tripulación consistía en seis vigorosos bogadores. Abandonamos Valdivia con los parabienes de todos los reunidos, disparando mi gente todas las pistolas y carabinas, y avanzamos rápidamente hacia el Noroeste, a lo largo de la isla Valenzuela.

Navegamos sólo algunas cuadras aguas arriba por el magnífico río, que tiene aquí un ancho de más de quinientos pies, pues nos dirigimos en seguida al brazo llamado Cau-Cau, que une a ese río con el Cruces, en la parte Norte de la isla Valenzuela, y cuya anchura es de unos sesenta pies. Su longitud es de media legua, más o menos, y sus orillas, bajas, se veían pobladas de manzanos, entre los cuales, aparecían, de trecho en trecho, pequeñas casas. Después de breve navegación, llegamos al río Cruces, que tiene en esta parte un ancho

de varios miles de pies. El Cruces nace en territorio indígena, se junta con el río Leufucahue, que proviene del Noroeste, alcanza la misión de San José, desde donde comienza a ser navegable en la época de la crecida, y desemboca finalmente, como ya se explicó, en el Valdivia, al Sur de la isla Valenzuela.

La orilla occidental del Cruces se encuentra al pie de la Cordillera de la Costa, cuya altitud es de 500 a 1.000 pies y se halla densamente poblada de bosques. La montaña forma, a trechos, barrancos junto al río, o bien da margen para la formación de terrenos planos, en que hay habitaciones y tierras bien cultivadas, que se extienden hasta cerca de San José. La orilla oriental, en cambio, es completamente llana, con sólo unas escasas colinas bajas, y se hallaba cubierta por selva virgen impenetrable, en la que sólo se habían descampado algunos paños de terreno para cultivarlos.

En este río se hacían sentir las mareas hasta más allá de la misión de San José, y como mi salida se había atrasado algunas horas, la creciente ya había pasado cuando lo alcanzamos, y comenzaba la vaciante. Por tal motivo, el agua corría con mucha violencia y se formaban olas tan altas, que podíamos creer que nos hallábamos en el mar abierto y no en un río. Por mucho que se empeñaron, los bogadores no fueron capaces de luchar contra la corriente, pero tuvimos la suerte de que se levantara un poco de viento, y nos fue posible izar la vela y avanzar de esta manera contra las olas encrespadas. Cuando habíamos navegado cerca de media legua por este río, dejando atrás dos pequeñas posesiones situadas a la derecha, llamadas El Almuerzo y Cabo Blanco, llegamos a la isla de Las Culebras. Esta tiene una longitud de media legua, pero es muy angosta y no se la cultiva porque se inunda frecuentemente. Tomamos el brazo que queda a la izquierda y desembarcamos en el caserío de Punucapa, que consistía en unas ocho viviendas situadas en una pequeña y fértil llanura, con campos cultivados y bosquecillos de manzanos.

Tenía noticias de que los españoles trabajaron antiguamente una rica mina de oro en los faldeos de la Cordillera de la Costa, cerca de este caserío, como también de que se

encontraba aquí la Cueva de los Brujos. Estaba, así, interesado en explorar este terreno, pues suponía que aquella caverna, donde, según rumoreaban, se aparecían los espíritus, era, seguramente, una antigua galería minera de los españoles.

Visité, en primer lugar, al juez del caserío, quien me recibió en la forma más amable y se entusiasmó mucho cuando le expresé que era minero y había llegado con el propósito de reconocer el terreno. Mandó ensillar de inmediato unos caballos, a fin de conducirme él mismo a las antiguas minas españolas. Acompañados por mis mineros, que disponían de las herramientos necesarias, de los bogadores y de casi todos los vecinos, de ambos sexos, que se plegaron por curiosidad, alcanzamos luego el lugar principal de las minas, en la falda oriental de la Cordillera de la Costa, donde los españoles habrían logrado una importante producción de oro. La montaña estaba constituída en ese lugar por micacitas, cruzadas por numerosas vetas de cuarzo, y cubiertas por una capa de tierra roja arcillosa, en la que se encontraba el oro en forma de granos, pajas y arena fina.

Descubrí pronto varios fosos, con longitud de unas tres cuadras, que tenían todavía, después de dos o tres siglos, un ancho de veinte y una profundidad de diez pies y que antes, seguramente, eran mucho más hondos. Todos estos fosos se dirigían desde la falda en dirección al valle, hacia donde corría también un arroyo, y encontré numerosos indicios de haberse lavado en él la tierra excavada, para obtener el oro. Con la ayuda de un lavatorio de lata, examiné diversas muestras, y aún cuando lavé un poco de oro, no era de esperar un resultado favorable en la superficie. Hubiera debido excavar las capas más profundas y como el tiempo de que disponía era muy breve, tuve que renunciar al propósito de seguir explorando la zona. Me propuse, más tarde, al regresar de mi expedición, instalar una faena exploradora y reconocer con más detenimiento toda la serranía.

En cuanto a la Cueva de los Brujos, me informó el juez que se había hundido y el sitio estaba cubierto por un quilanto tan espeso, que era muy difícil llegar hasta él, pero me prometió mandar descamparlo. Yo tenía que llegar ese mismo

día hasta San José, por lo cual tuve que regresar pronto, a fin de proseguir el viaje.

Cuando habíamos dejado atrás la isla de Las Culebras, navegando siempre hacia el Norte, vimos que el terreno a la derecha se elevaba y formaba una planicie. En ella, un agricultor alemán muy emprendedor, herr Exss, había construido una casa muy vistosa. Como lo conocía desde Valdivia y me había invitado amablemente a visitarlo, ordené atracar al pie de la colina y salté a tierra en un lugar donde una gran cantidad de vigas y tablas encastilladas me demostraban que se dedicaba también al comercio de maderas. Subí unas treinta gradas y llegué a la casa, donde fui recibido de la manera más amable; me condujeron a un pequeño balcón, donde se me ofreció algo de comer y una buena chicha de manzanas. El lugar se llama Tres Bocas, debido a que el río Cruces se divide en dos brazos a una media hora de camino más arriba, de modo que el brazo principal corre directamente hacia el Sur y otro, llamado río de Las Garzas, se dirige hacia el Este y vuelve a juntarse con el brazo principal frente a esta posesión. En el camino recibe las aguas de los ríos Pichoi y Cayupamu, formando la isla del Realejo o Corcovado, cuya superficie es de casi una legua cuadrada. El panorama de que disfrutaba desde la casa, a unos sesenta pies sobre el nivel del río, era interesantísimo y me impresionó de tal manera que no lo olvidaré jamás. No me atrajo tanto la belleza, lo pintoresco o la variedad morfológica, sino que se apoderó de mí un sentimiento similar al que uno tiene cuando contempla por primera vez el mar y observa la inmensa e ilimitada lejanía. Hasta donde alcanzaba mi vista, se extendía la selva virgen e impenetrable. Hacia el Oeste llegaba hasta la cima de la Cordillera de la Costa y, de Norte a Sur, cubría un valle de unas veinte leguas de largo, que limitaba al Este la Cordillera de los Andes. En ésta se erguía el volcán Villarrica, cuya cima cubierta de nieve y coronada de humo y fuego dominaba la verde masa de los árboles.

La espantosa uniformidad de la región sólo era alterada un poco por los grandes ríos que se unían en esta parte, los cuales serpenteaban en forma de anchas fajas plateadas a través

de la inmensa selva virgen, describiendo numerosos meandros. Quedé unos instantes profundamente meditabundo ante esa magnífica naturaleza, en la que parecía reinar un silencio sepulcral. Desde el sitio en que me encontraba no se descubría ciudad, aldea, choza o ser viviente alguno. El bosque era mudo y muerto; sólo se advertía la acción de las fuerzas subterráneas en el lejano horizonte, por la erupción del volcán, y en la cercanía se deslizaban las grandes masas de agua de los ríos.

Herr Exss había transformado un buen trecho de selva virgen en magníficos campos cultivados, gracias a su empeño y perseverancia, dignas de un alemán, y obtenía buenas cosechas; poseía también un rebaño de vacunos, y despachaba diariamente mantequilla, leche y queso a Valdivia.

Después de media hora, proseguí mi navegación con rumbo al Noroeste, a lo largo de la isla del Realejo, que está ocupada casi totalmente por bosques, con muy pocos campos de cultivo. Frente a su punta septentrional, a la izquierda, había un campo abierto, sembrado con papas y trigo, con dos chozas, donde se obtenían buenas maderas; este caserío se llamaba Corcovado.

Continuando la navegación hacia el Norte, pasé frente a otro embarcadero de maderas, llamado Mono, y después de una hora de navegación a lo largo de la orilla oriental, llegamos a Chunimpa, adonde había ordenado a los arrieros que llegaran con los caballos y mulas, pues sólo hasta ese lugar era navegable el río; los arrieros me estaban esperando cuando arribamos.

Chunimpa era el primer lugar desde Valdivia, donde el suelo fértil permitía arrebatar mayores superficies a la selva virgen, a fin de destinarlas a la agricultura; pero también aquí sólo se encontraban algunas miserables chozas.

La noche que se aproximaba me obligó a solicitar la hospitalidad del juez del villorrio, que la concedió en la forma más amable. Pero mi esperanza de ser atendido con una buena cazuela de ave se desvaneció: mi anfitrión declaró que había tantos zorros que era muy difícil mantener aves de corral.

Con esta información, salí de caza, y luego logré un precioso ejemplar.

Una vez cargadas las mulas con las mercaderías y los útiles de viaje, despaché al día siguiente a los bogadores, que regresaron a Valdivia con el bote, montamos a caballo y nos dirigimos, siguiendo la orilla del río, a San José, hasta donde nos escoltaron los arrieros con las mulas cargadas.

El terreno se presentaba desde allí cada vez más fértil, y encontré también que iban en aumento las tierras cultivadas. Pasamos frente a los caseríos de Paico, Esperanza, Cuncún, Calfuco, Huillín, La Chacra, Asque, Calchatué y Tapia, que comprenden sólo algunas chozas, y llegamos, después de una cabalgata de unas tres horas, frente a la misión de San José.

Apenas se nos observó desde allí, se despachó una canoa, en la que pasamos primero nosotros, luego las mercaderías y las monturas y, finalmente, los arrieros, que tiraban de las bestias, haciéndolas pasar a nado. Las canoas eran troncos ahuecados de diversos tamaños, que se empleaban comúnmente como embarcaciones. Por lo general se las fabricaba de coigües, y tenían a menudo una capacidad de 100 quintales, con espacio para unas doce personas o más, pero había también muchas de tamaño chico, apropiadas para sólo una persona.

Había allí un capitán en retiro, don Pedro Moreno, que desempeñaba la función de juez y para quien tenía una carta de recomendación del Intendente de Valdivia. Me acogió de inmediato con la mayor amabilidad, junto con toda mi gente, y nos atendió de la mejor manera. Pronto nos saludaron también los misioneros que vivían en el lugar, y pertenecían a la orden de los capuchinos; uno de ellos, don Adeodato, era un italiano de Boloña, pero el otro, don Tadeo Pfatter, era alemán de Munich, lo que me alegró sobremanera. Estuvimos reunidos hasta altas horas de la noche, y como la casa del capitán Moreno era muy estrecha, el padre Tadeo me invitó a alojar con él en la misión, lo que acepté agradecido.

El día siguiente era domingo, y desperté temprano con el solemne sonido de las campanas de la misión, que llamaban a misa a los fieles; me levanté rápidamente, y salí al aire libre.

El pueblo de San José queda a siete leguas de Valdivia, en

un llano o pampa que se extiende hacia el Norte, a unos veinte pies sobre el río. Como ocurre en todas las poblaciones de origen español, se había trazado también aquí, ante todo, una gran plaza, pero ella ofrecía un aspecto desierto y triste, debido a que la población no había aumentado mucho. En el costado sur se encontraban la misión y la iglesia; en el del poniente, la escuela; en el del levante, la casa del juez Moreno, la cárcel y una gran bodega; y en el septentrional, dos pequeñas chozas. El edificio de la misión, la iglesia y todas las demás casas estaban construídas de madera y la plaza se hallaba cubierta de pasto, el que era consumido por caballos, vacunos y ovejunos. Por el Occidente y el Sur, el lugar estaba rodeado de bosques; al Oriente lo limitaba el río, en cuya orilla opuesta había varias pequeñas casas, rodeadas por campos cultivados y bosquecillos de manzanos; y, hacia el Norte, los terrenos se encontraban limpios y cultivados a lo largo de un buen trecho.

Por tranquila y monótona que fuese normalmente la vida en el lugar, reinaba ese día un extraordinario movimiento. El buen tiempo después de tantos días de lluvia, había inducido a la población de los alrededores a dirigirse desde todas partes a la iglesia misional.

Además, esa misma mañana habían llegado unos cuarenta hombres de la Guardia Nacional, despachados al capitán Moreno como guarnición, con el fin de atacar enérgicamente a los araucanos si éstos invadían el territorio cristiano, y para mantener las comunicaciones defendiendo los caminos, poco numerosos, por cierto.

Se acercaban con mucho orgullo corpulentos campesinos, sobre buenos caballos, con sus ponchos colorados y sus grandes y pesadas espuelas de plata maciza, llevando a la grupa a la mujer o a una hija, y también corrían a través de la plaza caballos montados por dos muchachas, que deseaban mostrar sus condiciones de amazonas. En un rincón se encontraba un grupo de soldados; más allá, otro de familias indígenas bautizadas, que habían conservado sus trajes. De este modo se animó pronto la plaza, en la que pacían o se habían acostado,

caballos y mulas, para descansar del largo viaje por malos caminos.

Al iniciarse la misa, me dirigí, como todos, a la iglesia, pero era tan estrecha que sólo una parte de la concurrencia podía entrar. Muchas familias indígenas bautizadas que habían concurrido, pero no entendían el sermón en castellano, se reunieron después alrededor del altar, donde se arrodillaron y repitieron de viva voz varias oraciones en araucano que rezó el padre Tadeo.

Terminada la misa, reinaba mucha animación en la plaza, cuando llegó repentinamente un araucano a caballo que se dirigió a la Misión para anunciar a los padres que el cacique Carrimán, de Marilef, vendría a hacerles una visita. Poco después, efectivamente, se acercó el cacique a todo galope, a la cabeza de unos veinte mocetones con las melenas sueltas al viento; detuvieron sus caballos de golpe, con extraordinaria precisión, frente a la casa misional y desmontaron con el saludo de ¡Mari-mari!

Los padres ofrecieron un sillón al cacique, mientras los indios jóvenes se sentaban en el pasto, o reposaban acostados sobre la barriga. La impresión que recibí de este cacique y de su gente no era la que esperaba, a lo que contribuyó mucho la circunstancia de que, como estos indígenas viven en la vecindad inmediata de los cristianos, han adoptado muchas costumbres de ellos y hablan también un poco el castellano.

El cacique había rechazado siempre las insinuaciones y ruegos de los misioneros de hacerse cristiano, a pesar de lo cual había mandado bautizar y educar en la Misión a tres de sus hijos, uno de los cuales, incluso, se había ordenado sacerdote en Ancud. La causa principal de su negativa a convertirse era la poligamia que reinaba entre los araucanos. A pesar de sus 73 años, el cacique tenía ocho mujeres, con la última de las cuales, de sólo diecisiete años, se había casado pocos días antes. Era un hombre pequeño y corpulento, con largo cabello gris y rostro expresivo y enérgico. Su vestido era el mismo de su gente y consistía en dos prendas: el chamal y el poncho. El primero era un género cuadrado, tejido de lana gruesa por las mujeres y teñido con añil. Se lo colocaban alrededor de

las piernas, y lo sujetaban con una faja de las caderas. El segundo era un pedazo de género de la misma índole, que llevaban sobre la parte superior del cuerpo, haciendo pasar la cabeza por una abertura situada al centro. No se cubrían la cabeza, pero se la ceñían con una faja, llamada *trarilonco*, con la cual se amarraban los cabellos, a fin de que no les cayeran en el rostro. Les gustaba también colocarse alrededor de la cabeza un pañuelo rojo de algodón, de fabricación europea. El cacique llevaba en los pies, como sus acompañantes, espuelas pesadas y macizas, de plata. Montaba un magnífico potro negro, cuyas riendas y estribos de cuero, como también la montura, estaban ricamente ornamentados con plata.

Cuando llegaron el capitán Moreno y los capitanes de amigos Mera y Jaramillo a saludarlo, declaró solemnemente que él y su reducción no participarían en el levantamiento; por el contrario, si llegara a sus oídos la noticia de que se proyectaba invadir territorio cristiano, lo impedirían en cuanto de él dependiera y avisaría al Gobierno de cualquier peligro. En virtud de esta declaración, el cacique y sus acompañantes fueron obsequiados por el capitán Moreno, en nombre del Gobierno.

En seguida le fuí presentado, y se levantó, para abrazarme y besarme tres veces. Como era el cacique de una parcialidad importante, tenía yo, por supuesto, interés en ser su amigo, y le regalé una hermosa espada y un barrilito de aguardiente, después de lo cual me invitó a que fuera a visitarlo pronto.

El cacique permaneció algunas horas con nosotros y, finalmente, partió, pero como le había agradado mucho el ron, fue necesario que se le subiera a su caballo. Con un espantoso chivateo de sus acompañantes, que también habían consumido mucho aguardiente y chicha, se dirigió muy contento y ebrio a su hogar.

Había convenido con el capitán Jaramillo que, en la madrugada del 22 de mayo y siempre que lo permitiera el tiempo, iniciaría mi primera expedición al territorio araucano, dirigiéndome a los caseríos de Queule y Toltén, situados en la costa. Pero como había llovido muy fuerte en la noche ante-

rior y los aguaceros continuaron hasta el 1º de junio, permanecí durante ese tiempo en la Misión y procuré obtener entre tanto las noticias más precisas posibles sobre el territorio araucano y sus pobladores.

Los misioneros llevaban una vida sin preocupaciones, pues, en primer lugar, se encontraban en territorio cristiano chileno; luego, disponían de campos, vacunos y caballares, y en cualquiera temporada podían llegar en algunas horas a Valdivia y adquirir allí todo lo que necesitaran; además, recibían regularmente sus diarios y correspondencia y sólo estaban expuestos a algunos peligros de parte de los indígenas, si los había. Tenían en la Misión catorce muchachos araucanos de ocho a catorce años, que habían sido bautizados. Les impartían educación religiosa y les proporcionaban pensión completa y vestuario, todo esto pagado con una subvención del Gobierno chileno, hasta que cumplían dieciséis años. Había también un maestro pagado por el Gobierno, que enseñaba castellano, caligrafía, lectura y matemáticas. Por cada docena de niños de su reducción que los caciques enviaban a la Misión para ser bautizados y educados, se les pagaba la suma de cuarenta pesos.

Se habían logrado buenos resultados en la Misión por medio del bautismo y la educación de una docena de niños indígenas. Pero estos resultados eran insignificantes con relación a la gran superficie del territorio araucano, y deberán pasar muchos años antes que el cristianismo se propague en forma general. No es, por cierto, culpa de los misioneros que no se logren mejores resultados, pues han hecho todo lo humanamente posible con los escasos medios de que han podido disponer, educando a cuantos niños permite el espacio de la Misión. Tampoco les ha faltado el valor necesario para penetrar más al interior del territorio araucano. A pesar de los grandes peligros que se presentaban, habían fundado ya una Misión en el lugar de Toltén y otra en Manguisehue, acerca de las cuales informaré con detalles más tarde. Pero ambas fueron incendiadas por los indígenas, y sólo con gran esfuerzo lograron salvar la vida los misioneros, que regresaron a terri-

torio cristiano en estado lamentable, después de errar durante varios días por la selva virgen, sin víveres.

El gran odio de los araucanos a la religión cristiana y la resistencia que le ofrecen, tienen su razón principal en su aversión a todos los forasteros, en el amor que profesan a su libertad y en el apego a sus costumbres inveteradas, sobre todo a la poligamia. Muchos se dejarían bautizar de inmediato, si se les permitiera conservar sus mujeres. Aun en los casos en que los misioneros lograron, tras grandes empeños, bautizar a algunos adultos, éstos se casaron casi siempre, más tarde, con varias mujeres. Los misioneros experimentaron, incluso, el dolor de que niños bautizados y educados por ellos en la Misión siguieran el mismo camino. Sus creencias paganas les enseñan que después de la muerte se volverán a reunir todos y que gozarán eternos placeres; pero, como los misioneros les hablan siempre del purgatorio, a donde pararán si no pertenecen a la Iglesia verdadera, única que les puede proporcionar la felicidad perdurable, no quieren separarse de sus hermanos.

Los araucanos son de estatura mediana, de cutis cobrizo, cuyo tono es variable, y aterciopelado al tacto; el pecho es alto; los brazos y piernas, musculosos y bien formados; los pies y las manos, pequeños; el cuello, corto; la cara, redonda y algo ancha, con los pómulos salientes; baja, la frente; los ojos, pequeños, café-negruzcos, son muy vivos y expresivos, aunque muestran un iris coloreado biliosamente; la nariz es ancha, con grandes ventanas; las cejas, rectilíneas; la boca, proporcionada, con dientes muy blancos, parejos y duraderos; tienen el cabello muy denso, negro, grueso y lo llevan largo. La barba es rala, y consideran como una falta de cuidado corporal tener pelos en la cara o en el cuerpo, y así los eliminan cuidadosamente, hombres y mujeres, con la ayuda de una pequeña pinza de madera. Alcanzan, por lo general, una edad avanzada, a menudo de más de cien años, conservando todos sus sentidos. No desfiguran su cuerpo, como otros indígenas de América, para aparecer —de acuerdo con sus conceptos— más bellos o más terribles, mediante tatuajes, ampliación de las

orejas, anillos nasales, tembetás, etc., pero en la guerra y con motivo de fiestas se pintan todos con colores chillones.

Desde hace siglos, los araucanos han realizado malocas e invasiones en las colonias españolas, y las continúan en territorio de las repúblicas de Chile y Argentina. Buscan robar caballos y vacunos, y, sobre todo, capturar mujeres y muchachas, que toman como esposas y usan, al mismo tiempo, como esclavas. Así, la raza araucana está mezclada de tal manera con la española que se puede confundir a muchos indígenas con españoles, y hay muchas mujeres y muchachas de gran belleza entre ellos.

Además, existe una tribu que vive un poco al Norte del río Toltén, la de Boroa, que es de cutis blanco, ojos azules, cabello rubio y largo, talla delgada, buena configuración del cuerpo y noble fisonomía, con lo que se parecen mucho a los alemanes. En cambio, su carácter, costumbres y cultura son muy semejantes a las de las tribus araucanas, con la única diferencia de que son, precisamente, de los indígenas más salvajes y crueles y menos accesibles a la civilización; además, mantienen escasas relaciones con otras tribus y sólo contraen matrimonio entre ellos mismos. Existen opiniones contradictorias acerca de su origen, pero predomina una que los considera como descendientes de la tripulación de un buque europeo, que naufragó en la costa vecina, pues Boroa no queda muy lejos del mar.

Muy interesante es la lengua tan rica y expresiva de los araucanos, que no tiene ninguna semejanza con otras americanas. Se escuchan a veces palabras que son idénticas a las de la lengua quechua, pero no se trata de términos chilenos, sino de voces adaptadas en la época en que los españoles subyugaron a los araucanos con la ayuda de indios peruanos. Se emplean también desde tiempos recientes algunas palabras españolas, pero son pocas, pues, por su orgullo y el odio tan grande que tienen los araucanos a todo lo que sea español, jamás usarían una voz castellana en un discurso público. La lengua araucana tiene los mismos sonidos que la latina, con excepción de la x. Tienen también una o muda, que se señala colocando una cremilla encima, y una u que se pro-

nuncia como una ü alemana. Los diptongos au, ai, ei, eu, se pronuncian como contracciones, igual que en el idioma alemán.

Los araucanos reconocen un Ser Supremo, que designan con los términos de Espíritu del Cielo, Creador, Omnipotente, etc. y al cual llaman Pillán. Pero esta divinidad tiene diversos subdioses, que son el de la guerra, el Meulén, el del Bien y el Huecubu o del Mal, causa de todas las desgracias *. Debajo de éstos había, a su vez, ninfas (ameimalhuen) y espíritus protectores (guen), y cada indígena tiene el suyo propio, con la misión de impedir o mitigar el mal que le podría ocasionar Huecubu. No tienen sacerdotes, ni templos, ni ídolos, invocando los nombres de Pillán o Meulén, al encontrarse en peligro o dificultades, de quienes creían que vivían en el volcán Villarrica, el que se eleva a tal altura, que se le observa desde todas partes en su territorio. Con motivo de casos especialmente importantes, le sacrificaban ovejas y encendían tabaco en su honor.

---

* Por lo general, esta breve descripción de las creencias religiosas de los araucanos es exacta, con las siguientes correcciones:

1º La concepción de Pillán (ahora generalmente llamado Nguenechen, Dueño de los Hombres, o Nguenemapun, Dueño de la Tierra), es compleja, pues es simultáneamente hombre y mujer y viejo y joven. Una de sus cualidades es la de un dios de la guerra, a que se refiere Treutler, de modo que éste no es un dios aparte.

2º Maulén es el espíritu de la tormenta, del torbellino.

3º No hay un dios separado del Bien, pues esa condición corresponde a Pillán.

4º Huecubu es un espíritu del mal, concebido como el diablo cristiano.

5º Los espíritus protectores se confunden igualmente con Pillán, sin constituir seres independientes de él.

6º No había sacerdotes en el sentido cristiano, pero existía en los nguillatunes o rogativas, que eran y son el acto religioso por excelencia de los araucanos, el nguenpin ("dueño de la palabra"), quien dirige las ceremonias, pronuncia las oraciones y desempeña, por consiguiente, funciones de sacerdote.

Véase más detalles sobre el particular en el trabajo del Traductor sobre *La idea de Dios de los araucanos*, en la revista Finis Terrae, Nº 7, tercer trim. de 1955, Santiago de Chile (N. del T.).

En la vida común, los araucanos no consumían jamás bebidas embriagantes, como aguardiente o chicha, sin hacer una ofrenda a los dioses y derramar algunas gotas en dirección al volcán. Así como veneraban a estos dioses *, temían al Huecubu, y a fin de propiciarlo, le ofrendaban igualmente diversos guisos o bebidas, que llevaban a la cueva en que se decía que vivía. Si se les volvía manco un caballo, su superstición les hacía creer que el Huecubu estaba montado detrás del jinete en el caballo; si ocurría un temblor, el Huecubu había dado un golpe a la tierra; si moría alguien, el Huecubu tenía la culpa, pues lo habría asfixiado violentamente, etc. Así, a pesar de ser valientes y hasta heroicos en la guerra, eran tan supersticiosos y tímidos, que si veían volar de noche un buho o un murciélago, consideraban a éstos como encarnaciones del espíritu del mal.

En todo asunto de importancia, consultaban a adivinos e intérpretes de los sueños, que explotaban fácilmente su credulidad. Todos creían, sin embargo, que el hombre consiste en dos elementos, es decir, el cuerpo (anca) y el alma (pulli). Consideraban a ésta inmortal y que después de la muerte vivía, allende el Océano, en un lugar de Occidente, llamado Gulcheman, donde disfrutarían de eternos placeres. Creían que las tempestades eléctricas eran combates en el cielo de las almas de los muertos, y cuando una de esas tormentas se dirigía de su territorio hacia el chileno, estimaban que las almas de sus antepasados estaban expulsando a las de los españoles y les inspiraban valor por medio de aclamaciones, para que los persiguieran y aniquilaran.

En cuanto a sus orígenes, conocían una leyenda, de acuerdo con la cual el mar se habría elevado tanto, después de un terrible terremoto, que habría inundado toda la tierra, con excepción de un cerro, al que dan el nombre de Ten-Ten. Sobre ese cerro se refugiaron algunos individuos, de los cuales serían descendientes. Son muy valientes, patriotas, resis-

* En realidad, a uno solo (N. del T.).

tentes, intrépidos, hospitalarios, honrados y bien inspirados, pero también, desconfiados, iracundos, celosos, crueles, vengativos, indolentes y grandes adoradores de Baco y de Venus.

* * *

Después de ocho días de lluvia se disolvieron, por fin, las densas y obscuras masas de nubes, y el sol volvió a brillar amablemente en el cielo azul. El capitán Jaramillo llegó temprano, el 1º de junio, para ayudarme en los preparativos del viaje y yo había despachado ya a los arrieros con las mulas cargadas, de modo que a las nueve de la mañana pude por fin despedirme de los hospitalarios misioneros de San José, que me habían llegado a ser tan gratos. Me acompañaban el capitán, el lenguaraz, el mozo y los mineros, todos a caballo.

Cabalgamos primero hacia Poniente por un sendero plano y bien trazado a través del bosque, en dirección a la Cordillera de la Costa. Después de dos horas llegamos a un estrecho valle, desde el cual tuvimos que ascender por la falda descampada de un cerro bastante abrupto, de ochocientos pies de altitud, donde se encontraban algunas chozas y campos cultivados. Como los caballos resbalaban a menudo en el suelo arcilloso, retrocediendo un buen trecho, alcanzamos la cima con gran pérdida de tiempo y después de mucho esfuerzo, pero el panorama nos indemnizó pródigamente. El cerro y el caserío situado en él llevan el nombre de Tres Cruces. Descansamos un poco, a fin de que se repusieran los caballos, y admiramos el magnífico panorama. Se extendía ante nuestros ojos una selva virgen de más de veinte leguas de ancho, limitada al Este por los majestuosos Andes, cuya gigantesca mole, con los volcanes Llaima, Villarrica, Descabezado, Osorno, etc., todos cubiertos de nieve, era visible a lo largo de unas cuarenta leguas de Norte a Sur.

Proseguimos nuestro viaje por la cresta de la Cordillera de la Costa, y aún cuando habíamos alcanzado con toda felicidad esas alturas, nuestro camino fue, en adelante, desagradable y penoso en grado sumo, lo que me permitió tener una impresión anticipada de los senderos indígenas. El que, por

el momento, seguíamos era, en primer lugar, tan estrecho, que lo podía usar sólo un caballo, pues a ambos lados se elevaba la selva virgen, impenetrable cual una muralla. Luego, la vegetación era tan exuberante, que si nadie transitaba el sendero durante algunos días, se juntaban de tal manera una infinidad de enredaderas y plantas parásitas que, para pasar, era preciso despejar con el machete la red que formaban. Los indígenas eran demasiado indolentes para hacerlo, pues sólo usaban el machete cuando era indispensable y, debido a su gran maestría como jinetes, se ajustaban en caso necesario al cuello del caballo y daban a éste las espuelas para que se abriese paso quebrando las ramas.

Teníamos grandes estribos de madera, ahuecados y redondos, que nos protegían los pies de las ramas, también vestíamos unos pantalones amplios, confeccionados de cueros de lobos marinos y pumas, llamados rodilleras, que se colocaban encima de los pantalones de tela. Sobre la espalda llevábamos un poncho, confeccionado de un género burdo y grueso, en el que no penetraban los ganchos. Había mandado alguna gente adelante a despejar el sendero, pero cortaban sólo lo indispensable para pasar ellos, lo que no les era difícil, pues estaban acostumbrados a tales caminos, pero a mí, novicio, no me resultaba fácil seguirlos. Una cabalgata de esta índole es muy molesta e incluso muy peligrosa, pues la vegetación subarbórea de estos bosques consistía, por lo general, en quilantos y colihuales cuyas cañas cortadas sobresalen como puntas de lanzas, de modo que era fácil perder un ojo, lo que ocurría a veces hasta a los indígenas más acostumbrados. Además, el corte se hacía, por lo general, en forma de que era necesario ajustarse al cuello del caballo, para no quedar aprisionado entre las enredaderas. Esto ocurría fácilmente, de modo que solía quedar colgado en la trampa como un pájaro, mientras el caballo continuaba su camino, lo que podía suceder sobre todo cuando se tenía una cabalgadura un poco viva.

A estos aspectos desagradables del viaje se agregaba la circunstancia ya mencionada de que la superficie de la Cordillera de la Costa está cubierta por una espesa capa de arci-

lla, de manera que los caballos y mulas habían formado profundos surcos en los senderos. Instintivamente, cada animal colocaba el pie donde lo había hecho el animal anterior, por lo cual el camino estaba ahoyado de tal manera que siempre se encontraba, alternativamente a la derecha y a la izquierda, una cavidad en que las bestias pisaban. Estos hoyos, que tenían uno o dos pies de profundidad, se llenaban de agua con la lluvia. Si se podía avanzar lentamente por un sendero de esta índole en un caballo tranquilo, la marcha no sólo era cansadora, sino muy peligrosa, en un caballo intranquilo y valeroso. Estos colocaban el pie sobre la tierra entre los hoyos y se deslizaban y caían, exponiéndose así fácilmente a quebrarse los huesos. En resumen, si se juntan todos estos aspectos desagradables: las cañas puntiagudas de las quilas y colihues, la necesidad de agacharse constantemente y de sacarle el cuerpo a las ramas, el sendero infame, interrumpido frecuentemente, además, por grandes troncos de árboles derribados, sobre los cuales había que pasar, se tendrá una imagen de lo que es un sendero de indios. Así también se reconocerá que sólo era posible avanzar penosa y lentamente, sin contar con que, si se cruzaba a alguien, había necesidad de abrir con el machete un espacio para dejarlo pasar.

Habíamos avanzado ya cuatro horas por ese mal camino, cuando llegamos, por fin, a un valle donde corrían, con un ruido de trueno, las aguas de un furioso torrente. A su orilla, en medio de un bosquecillo de grandes manzanos, se encontraba una choza. Desde allí debíamos navegar por el río, denominado Lingue, hasta el caserío de Mehuín. La choza llevaba el nombre de "La Centinela", y su habitante era un balsero contratado por el Gobierno para trasbordar a los viajeros por el río Lingue, que forma el límite entre el territorio cristiano y el araucano.

Como el río había aumentado mucho sus aguas, debido a las fuertes lluvias, y yo estaba muy cansado, con la cara y las manos lastimadas por las quilas y colihues, preferí pasar allí la noche y continuar el viaje al día siguiente. Me alojé, por consiguiente, en casa del señor Mera, cuya familia nos pre-

paró pronto una buena comida, después de la cual, acampados alrededor de una fogata, nos quedamos pronto dormidos.

Al día siguiente, a pesar de que el río Lingue todavía estaba muy lleno y era muy correntoso, acordé seguir viaje, pues no quería perder un día de buen tiempo de la temporada. Encomendé mis caballos al anfitrión y, en una gran canoa que éste puso a mi disposición, con expertos bogadores, mandé cargar las mercaderías, las monturas y las armas, y cerca de las ocho de la mañana salimos de "La Centinela".

Apenas nos habíamos separado de la orilla, cuando la corriente nos arrastró con tal fuerza, que nos fuimos con la velocidad de un rayo río abajo. Después de media hora de viaje, se amplió el valle y llegamos a una llanura con campos cultivados, bosques de manzanos y algunas viviendas, cerca de las cuales tocamos tierra: era el caserío de Mehuín.

Despaché a mi lenguaraz a la mayor de las viviendas, para que me anunciara, y cuando se anunció, exclamando "marimari", como es la costumbre, apareció el dueño, nos hizo señal de que nos acercáramos y envió a dos de sus hijos, para que ayudaran a sacar el bote a tierra, hecho lo cual me dirigí, con el capitán Jaramillo y mi gente, a la ruca. Era ésta un edificio de unos sesenta pies de largo y treinta de ancho, cuyas paredes eran de troncos sin labrar, de unos diez pies de altura, plantados en tierra, uno al lado del otro. Sobre ellos se afirmaba un alto techo abovedado, formado por una gran cantidad de cañas de colihue, de cien pies de largo, arqueadas desde una pared a la de enfrente y cubiertas de juncos y musgos, con sólo una abertura para la salida del humo. Había una puerta en la angosta fachada y otra en la pared opuesta. El interior estaba dividido por un tabique transversal de seis pies de alto, hecho de cañas de colihue puestas horizontalmente unas sobre otras. Una de las mitades se empleaba como bodega, pero las dos puertas estaban unidas por un pasillo, a cuyos costados existían divisiones hechas también con colihues. Sólo al centro de la casa había un espacio libre, de quince pies de ancho y veinte de largo. Ardía en medio una gran fogata y alrededor de ella, extendidas por el suelo, había pieles de pumas, guanacos y lobos marinos, sobre los cuales estaban insta-

lados el dueño de casa, su padre y sus dos mujeres. Aquél era un indio de unos cincuenta años, llamado Martín, y su padre, que contaba 103 años, era el cacique del lugar. Todos estaban sentados con las piernas cruzadas, al estilo oriental.

Fuimos invitados en seguida a sentarnos igualmente sobre las pieles y entonces se inició la curiosa ceremonia de la salutación. Esta consistía en que Jaramillo preguntara por el estado de salud de su anfitrión y de cada uno de los suyos, como también de los animales, felicitándolo por su buen estado. La arenga debía pronunciarse lo más ligero posible, sin interrumpir la frase, pero cantando o gritando la última palabra. Un buen orador era un personaje muy apreciado. Tal salutación comenzaba así: ¿Cómo te va a tí, a tu mujer, a tus hijos, a tu padre, a tu madre, a tu hermana, a tu hermano, a tus caballos, a tus vacas, a tus bueyes, etc., a tus campos, a tus cereales, a tus manzanos?, etc., y eso seguía a menudo durante un cuarto de hora: mientras más, mejor. El indígena contestaba en seguida cada cosa preguntada, y cuando había terminado, ambos se abrazaban y se besaban mutuamente la mano, con lo cual la formalidad estaba cumplida; en este caso, se comenzó a conversar sobre mi viaje.

Uno de los hijos del dueño de casa trajo en seguida un carnero vivo y mientras su mujer mezclaba sal y ají en una cuchara de palo, colgó al animal por las piernas traseras, le abrió el gaznate e introdujo por él un puñado de sal y ají en el estómago. La sangre saliente que manaba le fue ofrecida en un cuerno de vacuno al anfitrión, y éste, después de asperjar ritualmente unas gotas en dirección al volcán Villarrica como ofrenda al Pillán, bebió del cuerno y lo hizo circular en señal de bienvenida. El beber la sangre me costó algún esfuerzo y más de una náusea, pero tuve que hacerlo porque Jaramillo me dio a entender que tenía que tomarme todo el cuerno; hecho lo cual abracé al indio y nos besamos, con lo que quedé bajo su protección.

La mezcla de sal y ají había producido en el ovejuno, que todavía se meneaba, el efecto de hincharle el estómago. Le extrajeron esa víscera, la cortaron en trozos y nos los ofrecieron, calientes y crudos, y tuvimos que comerlos, a pesar

de la repugnancia que sentíamos. Para mostrarme agradecido, obsequié al indígena un poco de aguardiente, añil y tabaco, y dí a sus hijos cuchillos, y a sus mujeres, perlas de vidrio, agujas para coser, dedales y pequeños espejos. En seguida, hicimos un paseo por los campos y praderas de mi anfitrión, y después de una media hora de camino a orillas del río, escuché, al doblar un barranco roqueño, un ruido tan fuerte como un trueno. Poco más allá se nos presentó un magnífico panorama: nos encontrábamos a orillas del Océano Pacífico, nombre que no merecía, empero, en ese momento. Estábamos en una angosta pradera cubierta de manzanos, a través de la cual corría bulliciosamente el río Lingue, por el cual habíamos llegado y que desembocaba allí mismo en el mar. A ambos lados de la pradera se alzaban casi perpendicularmente hasta unos mil pies las masas rocosas de la Cordillera de la Costa, y, frente a nosotros, en un radio de un cuarto de legua surgían sobre el mar agitado y movido, altas como torreones o fortines, más de una docena de rocas contra las cuales las grandes olas se quebraban constantemente con gran estrépito y alzando nubes de espuma. Centenares de lobos marinos lloraban y gritaban esparcidos sobre las numerosas rocas menores y millares de albatros, gaviotas, patos yecos y palomas del Cabo revoloteaban graznando estridentemente y apoderándose con gran presteza de los crustáceos y peces arrojados a la playa por las olas, antes de que otra ola los arrastrara de nuevo al mar.

Descansando en una roca, contemplamos tranquilamente ese magnífico espectáculo, y habríamos permanecido por más tiempo si el indígena no me hubiera tomado repentinamente del brazo, señalando con un expresivo gesto hacia un promontorio de la serranía que se encontraba sobre nosotros y pronunciando las palabras "pangui, pangui". Siguiendo exactamente la dirección, observé un animal, reconociendo que se trataba de un puma. Tomé de inmediato mi fusil y disparé. En la certeza de que había dado en el blanco, todos corrimos al cerro, pero no encontramos el menor indicio del león, y después de haberlo buscado durante un buen rato, regresamos a casa.

En ella ardían, además de la fogata grande, otras dos menores, donde las mujeres preparaban la comida. Cuando expresé mi admiración por ello, se me explicó que existe la costumbre de encender en una casa tantas fogatas como mujeres tenga el marido, por lo cual un indio, cuando quiere saber cuántas mujeres tiene otro, sólo pregunta por el número de fogatas.

Nos sentamos sobre unos ponchos, y las mujeres colocaron frente al dueño de casa y de cada uno de nosotros sendas fuentes de madera con papas y carne de carnero cocida, cada una con una cuchara de madera y nos invitaron a comer. El guiso nos pareció exquisito, pero era tan abundante que nadie alcanzó a comerlo, mas, como es una ofensa dejar algo en la fuente, nos vimos obligados a guardar algunas presas. En seguida entregamos personalmente nuestras fuentes vacías a la mujer que nos las había dado y le agradecimos. Yo estaba ampliamente satisfecho y quería ordenar, precisamente, a mi mozo que me preparara una taza de café, cuando apareció la otra mujer, con sus respectivas fuentes en las que nos ofreció a cada cual un guiso de su cocina. El sabor de éste era detestable, pero tuvimos que comerlo, a pesar de la repugnancia que nos daba. Tratábase de algas marinas cocidas, cochayuyo y luche, que crecen debajo del nivel del agua entre las rocas.

Pasamos la noche acampados alrededor de una fogata, conversando sobre todo de la revolución que había estallado en el Norte. A este respecto me prometió mi huésped hacer valer toda su influencia para inducir a los indígenas que vivían en la costa, un poco más al Sur, en Maiquilahue y Chanchán, a que no participaran en un levantamiento. Por su lado, el padre de mi huésped, que contaba 103 años de edad, antaño cacique de una reducción numerosa, disminuída ahora a pocas rucas, contó mucho de sus tiempos. Se había conservado muy bien, pero era un poco sordo; tenía todo su cabello, su dentadura completa y poseía una excelente vista.

A la mañana siguiente, Martín, mi anfitrión, me prestó caballos y mulas para proseguir el viaje y encomendó a su hijo mayor que me acompañara hasta dónde el cacique de

Queule a quien me dejó recomendado. Partimos y alcanzamos el lugar de la playa donde habíamos estado el día anterior. Desde allí debíamos cruzar la Cordillera de la Costa, que tenía unos 1.000 pies de altitud, subiendo, lo que me pareció imposible, por una grieta abrupta que apenas permitía el paso a un caballo y por la cual se precipitaba un pequeño arroyo.

Pero el joven araucano aseguró que el paso era practicable y que él se adelantaría. Me recomendó que estirara las piernas hacia atrás, sobre el caballo, me sujetara al cuello de éste y lo dejase manejarse solo. El mismo hizo entonces lo que me recomendaba y vi algo que no olvidaré en mi vida y que me dejó los pelos de punta, pues yo debía imitarlo. Mi joven guía se acostó sobre su caballo, que se lanzó hacia arriba por la ladera casi vertical, por lo que parecía que de un instante a otro iba a caer de espaldas. Luego, lanzó un estridente silbido y, sin que yo pudiera impedirlo, mi caballo siguió al del guía. Apenas alcancé a tomar la posición que me había indicado, lo que me libró de caer hacia atrás y de quebrarme el cuello o romperme el cráneo en las rocas. Con gran esfuerzo, mi excelente caballo llegó también a la meta, pero, aunque soy buen jinete, nunca he realizado una proeza semejante ni he tenido más miedo. Mi gente me consideró perdido al ver la arrancada del caballo y quedó con muy pocas ganas de imitar la prueba. Dejaron, pues, que los caballos subieran solos y ellos lo hicieron a pie, para llegar arriba empapados.

Arriba nos esperaban nuevos peligros y penurias, pues el camino que teníamos que seguir no sólo era tan malo como el del día anterior, sino que estaba limitado, a la derecha, por una ladera a pique, alta de unos cien pies, y, a la izquierda, por un precipicio casi vertical, en cuyo fondo, quinientos pies más abajo, estaba el mar. Así, los caballos sólo podían avanzar con muchas dificultades apretándose contra la pared del cerro. El precipicio aparecía más terrorífico porque el mar estaba sembrado de numerosas rocas, contra las cuales, al pie mismo del barranco, las olas del mar, acrecidas por el temporal, rompían estruendosamente, levantando nubes de espu-

ma. Para completar el cuadro oíamos el griterío de los lobos marinos y veíamos revolotear en torno nuestro bandadas de gaviotas y otras aves marinas que parecían querer advertirnos que no debíamos continuar por ese camino.

El día anterior había recorrido con la mayor paciencia el pésimo sendero del bosque, lastimado por las puntas de quilas y colihues; momentos antes, aunque involuntariamente, había realizado una magnífica hazaña ecuestre, pero, cuando llegamos al boquete, me pareció que hasta los más temerarios renunciarían a pasar por él. Reconozco que gustosamente habría retrocedido, pero ya era demasiado tarde para pensar en ello, pues habíamos avanzado demasiado a lo largo del barranco. El araucano me aseguró que si echaba la rienda sobre el cuello del caballo, colocando encima la pierna del lado del barranco y me agarraba de la montura, inclinando al mismo tiempo el cuerpo hacia el barranco, el caballo me haría atravesar sin mayor dificultad el paso peligroso, y como no me quedaba otra opción tuve que seguir el consejo.

Después de habernos persignado todos y de haber encomendado nuestras almas a Dios, seguimos avanzando a caballo. Adelante iba el araucano; le seguía Jaramillo, luego iba yo y más atrás los otros, con los arrieros al final; éstos habían amarrado las cargas medio a medio sobre las espaldas de las mulas, pues sólo así podían pasar. El araucano salvó el obstáculo sin novedad, pero, cuando quiso hacerlo, el caballo de Jaramillo se deslizó en la roca. Yo estaba como paralizado de susto, pues ya lo veía destrozado y fui víctima de un espantoso vértigo en el preciso momento en que necesitaba presencia de ánimo y calma. Pero en el instante crítico, el caballo de Jaramillo realizó un salto tan formidable como si hubiera querido demostrar que estaba perfectamente al tanto de su responsabilidad por la vida de su jinete, gracias a lo cual logró salvar el obstáculo con el capitán, siempre valiente, pero ahora más que asustado.

En seguida se acercó mi caballo al boquete, pero me hallaba de tal manera intimidado por el incidente, que no me atreví a colocar la pierna derecha sobre el caballo, como lo hacían los indios, para pasar, casi suspendidos sobre el pre-

cipicio, sino que preferí lastimarme la rodilla o la pierna en el barranco. Solté las riendas sobre el cuello del caballo y me agarré de la montura; inclinando en lo posible el cuerpo hacia el barranco, logré pasar lastimándome sólo un poco la rodilla. Ese paso comprobaba claramente la indolencia de los araucanos, pues con el trabajo de un solo día habría sido posible rebajar la roca de tal manera que se pudiera transitar sin ningún peligro.

Avanzamos otras dos horas por el miserable sendero de la selva, hasta que llegamos a un promontorio rocoso, desde donde disfrutamos de una preciosa vista. Hacia el Poniente se extendía el océano; hacia el Norte, la costa, que se podía reconocer a simple vista hasta el río Toltén, mientras que hacia el Oriente la elevada serranía en que nos encontrábamos describía una media luna, para volver a salir al mar más al Norte, en un promontorio formado por el cerro de Nihue. Se podía reconocer claramente que antes había existido aquí una bahía, que ahora ocupaban magníficos campos de cultivos y praderas, gracias a un solevantamiento de la costa chilena, que se puede comprobar históricamente. En medio de esta bellísima ensenada se encontraba la población de Queule, rodeada por potreros y huertos, y a nuestros pies, tras una abrupta bajada, se veía la Misión. Esta serranía se encontraba interrumpida por el río Queule, que, corriendo desde el Norte, separaba la ensenada en dos partes y desembocaba en el mar cerca de la Misión, a 39° 40′ de Lat. S. A lo largo de la playa había dunas, en las que se encontraban algunas rucas y el cementerio de los indios.

Después de breve descanso, bajamos al valle por un sendero tan parado, malo y angosto como aquél por el cual habíamos subido a esta serranía desde Mehuín, y nos dirigimos a la ruca del cacique Voiquepán, a quien debía recomendarme el hijo de Martín. Nos recibió el hijo con la noticia de que el padre había fallecido y nos invitó a entrar. Varios indios, muchachas y niños estaban sentados alrededor de la fogata, situada, como de costumbre, al centro del recinto, y todos nosotros también descansamos, sentados en torno, sobre cueros, después de lo cual se verificó la salutación ceremonial

del hijo de Martín, a la que siguió la del capitán Jaramillo, y contestó a los saludos el hijo de Voiquepán.

Ya a la entrada, mi olfato había sido afectado en forma muy sensible por un olor muy característico y penetrante, y cuando observé la ruca durante la prolongada ceremonia de la salutación, pude comprobar con no pequeña admiración y repugnancia que el cadáver del cacique Voiquepán estaba colgado a unos diez pies sobre la fogata, y se encontraba parcialmente en descomposición y, en parte, desecado por el calor. Supe después que existía la costumbre de guardar el cadáver durante algún tiempo en esa forma, tanto para mostrar lo que costaba a los deudos tener que separarse de él, como, sobre todo, para ganar tiempo a fin de preparar pomposas ceremonias funerarias. A ellas eran invitados los caciques con sus séquitos y había que reunir vacunos, caballares y ovejunos para matarlos y conseguir chicha y aguardiente en grandes cantidades.

Terminada la salutación, trajeron el inevitable carnero, cuya sangre caliente nos ofrecieron, como en Mehuín y cuya carne asada fue servida luego con maíz. Nos apresuramos a consumirlo todo a la brevedad posible, a fin de poder salir de esa terrible atmósfera cadavérica al aire fresco.

Después de haber entregado diversos pequeños obsequios al joven Voiquepán, como también a las mujeres y niños, obteniendo del heredero la promesa de no participar con su reducción en un levantamiento, me dirigí con mi gente a la Misión. Allí me recibieron con la mayor amabilidad los misioneros capuchinos italianos Pedro de Reggio y Agustín de Boloña, para quienes traía cartas de la Misión de San José. A igual que la de San José, la Misión estaba adaptada sólo a las necesidades más simples. Sus construcciones eran de madera y consistían en una capilla, una casa de cinco piezas para los misioneros, una escuela y un galpón, con pesebreras y bodegas. Como los padres estaban muy interesados en tener noticias de afuera y en informarse sobre la región y sus pobladores, permanecimos conversando hasta avanzadas horas de la noche.

La vida de aquellos misioneros era mucho más triste que

la de los de San José. Estos vivían en territorio cristiano, rodeados por vecinos cristianos y podían llegar en pocas horas a Valdivia, donde podían abastecerse de cuanto necesitaran; disponían, además, de un maestro de escuela y del trato del capitán Moreno, recibían siempre noticias desde afuera, poseían fértiles potreros, huertos de mazanos, ganado y buenos caballos y no se encontraban expuestos a peligros. En cambio, la situación de los misioneros de Queule era muy precaria, debido a que la Misión se encontraba en territorio indígena independiente y sólo estaba rodeada por unos pocos indígenas bautizados.

El único sendero de comunicación con cristianos, pasaba por la serranía que se acaba de describir, y era San José la población más cercana. Durante el invierno dicho sendero era a menudo intransitable, de modo que los misioneros permanecían durante meses sin noticias, y carecían frecuentemente de lo más indispensable. Agréguese que los indígenas abusaban a menudo de su bondad, exigiéndoles tabaco, añil y otros productos, que se veían obligados a entregarles, por temor de que incendiaran la Misión y ellos mismos fueran expulsados o asesinados. El padre Pedro era el hijo mayor de un conde italiano, de estirpe muy antigua, y había renunciado a todo en beneficio de su hermano menor, inducido por la fe y el celo misionero, y ahora tenía que vivir en Queule. Era un personaje extraordinariamente ilustrado y de fino trato y, al igual que el padre Agustín, un verdadero modelo de bondad y amor cristianos.

En la madrugada me despertaron las campanas que llamaban a misa, me levanté rápidamente y fui a la iglesia. Después del desayuno visité la escuela, y quedé admirado de los progresos que habían hecho los quince indiecitos que se encontraban allí; casi todos hablaban castellano, varios tenían una excelente caligrafía, y un pequeño examen que hizo el padre Pedro, me comprobó que habían recibido buena instrucción también en otros ramos. Todos estaban muy bien vestidos, y no se habría creído que poco tiempo antes eran todavía hijos no bautizados de indios salvajes.

Para no provocar sospechas, tuve que iniciar aquí mi pa-

pel de comerciante dedicado al cambalache, por lo cual mandé desempaquetar mis mercaderías, y pronto apareció el hijo de Voiquepán, al que siguieron varios otros indios, con caballos y vacunos, para hacer negocios. Había comprado en Valdivia tres barrilitos de aguardiente, a doce pesos cada uno, pero como los indígenas no beben jamás un aguardiente muy fuerte, los mercaderes tenían la costumbre de agregarle agua, de modo que de un barril resultaran dos, y así disponía de seis. El hijo de Voiquepán adquirió tres de ellos, que me habían costado dieciocho pesos, pagándolos con cuatro bueyes gordos, por los que obtuve en Valdivia, de regreso, cincuenta pesos. También cambié añil, sables, cuchillos, etc., y obtuve, en total, seis bueyes y cuatro caballos.

En la tarde, junto con los misioneros, hice secretamente un paseo al bosque, donde los españoles habían lavado oro en un pequeño arroyo. El metal todavía existía, pues los padres encontraban a menudo granos de oro en el buche de las aves de corral que consumían. Para no ocasionarles dificultades, tuve que proceder, sin embargo, con mucha prudencia, por lo cual sólo pude reconocer superficialmente el arroyo, donde encontré algo de oro fino.

Al otro lado del río Queule, frente a la Misión, se encontraban, como ya lo dije, algunas rucas en las dunas, donde vivía también un cacique, llamado Eumin, a quien visité y entregué algunos obsequios. No lejos de su ruca se encontraba el cementerio, pero los muertos no eran sepultados en la tierra, sino sólo colocados en el suelo y tapados con piedras. Curiosamente, casi todos los montículos estaban adornados con cruces, una costumbre que advertí más tarde en el interior, entre tribus completamente salvajes.

Los fuertes aguaceros me obligaron a permanecer varios días en la Misión, y así tuve oportunidad para recoger de los Padres informaciones acerca de las costumbres de los indígenas y sobre los progresos en la propagación de la fe.

En forma general, los araucanos creían que el hombre sólo podía morir por consunción en la ancianidad y que toda muerte prematura era ocasionada por una causa violenta, de modo que las enfermedades eran miradas como envenena-

mientos intencionales. Para averiguar quién los había producido, se dirigían a un adivino que vivía en Boroa, un poco al Norte del río Toltén, llevándole obsequios. El adivino se informaba primero de las condiciones en que vivía el fallecido y las de su familia y realizaba en seguida sus actos mágicos. Bailaba primero como loco, describiendo círculos, caía en seguida, agotado, al suelo y se hacía el muerto; despertaba luego, entraba en éxtasis y, con el rostro horrorosamente desfigurado, pronunciaba el nombre de una persona que vivía en los alrededores del difunto; ella era considerada la causante de la muerte. Los deudos se dirigían en seguida al cacique del lugar y exigían su castigo.

El cacique convocaba entonces a todos los que vivían en el lugar, invitaba también a los caciques más cercanos con sus mocetones, a fin de presenciar tan importante acto. Se reunían entonces centenares o millares de indígenas, formando un círculo alrededor del cacique, en su calidad de jefe de la reunión. Después que los deudos habían inculpado a la persona indicada por el oráculo, se detenía a esta víctima inocente, se la desvestía y se la amarraba con lazos a un palo, que se colocaba horizontalmente entre dos árboles. Allí se procedía luego a quemar viva a la víctima, con acompañamiento de música y terrible chivateo. A fin de prolongar sus padecimientos y la fiesta organizada para ese efecto, se retiraba el fuego cuando un costado de la víctima estaba ya medio tostado, y luego lo avivaban de nuevo, mientras se bebía mucha chicha y aguardiente, dando vuelta el palo, a fin de tostar también el otro costado. Se consideraba como un arte especial hacer de manera que la víctima quedara con vida el mayor tiempo posible, lo que a menudo se conseguía por una hora.

Los misioneros ya habían hecho todo lo posible para inducir a los caciques a suprimir esa costumbre bárbara y supersticiosa, pero sus intentos no habían tenido éxito debido a un incidente que relataré aquí y que contribuyó a confirmar su superstición.

Las exhortaciones de un misionero habían logrado antaño inducir al cacique de La Imperial a prometer que no permitiría más esas ejecuciones, y cuando se quiso realizar una de

una joven de dieciséis años, intentó aprovechar esa oportunidad para prohibir ese abuso.

El pueblo estaba reunido, formando como de costumbre un círculo, en el que se encontraban el cacique, acompañado por varios otros, el misionero, la acusadora y la víctima. Se hizo la acusación de que la muchacha había envenenado a un joven y se pidió la ejecución. En el supuesto de que la muchacha juraría desesperadamente entre lágrimas y llantos su inocencia, el cacique la invitó a defenderse, pero su sorpresa fue grande cuando la acusada declaró con voz resuelta que el oráculo había establecido la verdad y que ella había cometido el hecho en venganza por haber sido desdeñado su amor. El cacique se dirigió entonces con severidad al misionero, preguntándole si continuaba insistiendo en que las declaraciones del oráculo eran falsas y que él y sus hermanos sacrificaban a inocentes, a lo que el misionero no pudo replicar nada. La muchacha fue quemada, y desde entonces se ha robustecido la confianza en la veracidad del oráculo.

Había también varios ejemplos del engaño de que eran víctimas los misioneros cuando, con grandes esfuerzos y sacrificios de tiempo y dinero, lograban bautizar a adultos. Así, el misionero Palavicino, establecido en el límite septentrional del territorio araucano, tras muchos empeños, llegó a bautizar al cacique Pichunmanqui, quien poco después contrajo matrimonio con dos mujeres, y cuando más tarde se enfermó gravemente, no permitió que el misionero lo preparara para la muerte. En cambio, envió recortes de sus uñas y cabellos y una muestra de su saliva, al oráculo de Boroa, quien declaró que el cacique había sido envenenado por su hermana, el hijo de catorce años y las dos hijas de ésta, por lo cual dichas cuatro personas inocentes fueron ejecutadas; pocos días después, cuando había enviado ricos obsequios al oráculo, falleció el mismo cacique. Cuando al acaudalado cacique Colipí, que había prometido a los misioneros que se haría cristiano, enfermó gravemente, se negó a cumplir su promesa porque supo que tendría que despedir a veintitrés de sus veinticuatro mujeres. Murió sólo después de haber mandado quemar a cinco personas que, según el oráculo, le habían su-

ministrado veneno. Más tarde, el hijo del mismo Colipí enfermó, a su vez, gravemente y prometió dejarse bautizar, si recuperaba la salud. Sanó por completo, pero en vez de hacerse bautizar agregó tres mujeres a otras tantas que ya tenía.

* * *

Las nubes estaban disipadas y la lluvia había terminado, de modo que resolví seguir hasta la meta final de mi expedición: a Toltén. Mandé ensillar los caballos y cargar las mulas y abandoné la Misión, acompañado por el capitán Jaramillo y mi gente.

Nos dejamos balsear, en primer lugar, sobre el río Queule, y, cabalgando a través de las profundas arenas de las dunas, a lo largo de la playa, hacia el Norte, alcanzamos el cerro Nihue, el cual debimos escalar y no rodear, pues avanza mucho hacia el océano. Estaba tan poblado de bosques como el resto de la Cordillera de la Costa, y el camino, aunque no tan peligroso como el de Mehuín, era muy pantanoso, de modo que los caballos y mulas quedaban a veces detenidos. Sufrimos tanto como en los otros senderos de las serranías y estábamos contentos de poder descender por la empinada falda del Norte, para alcanzar de nuevo una playa plana. Llegados a ella, nos apeamos de las bestias para descansar, y como había oído que en este cerro los españoles habían explotado antiguamente una mina de oro, reconocí la falda con los mineros. Allí encontré una veta de cobre, potente y de buena ley, que se extendía desde la cima del cerro hacia el mar. Observamos, sin embargo, que unos indígenas se dirigían hacia nosotros a toda carrera desde lejos, armados de lanzas y con el cabello al aire, de modo que cabalgando por la playa nos alejamos rápidamente de la mina para no infundirles sospechas. Pronto nos encontramos con los indígenas, cuya aguda mirada les había permitido descubrirnos en la falda, y fuimos sometidos a un severo interrogatorio, teniendo que indicar quiénes éramos, qué queríamos y adónde nos dirigíamos.

El capitán los informó, y después que les obsequié algunos cigarrillos, se mostraron más amables y se alejaron a toda carrera, para anunciar nuestra visita al cacique Huilcafiel en Toltén, adonde llegamos media hora más tarde.

Aunque el cacique principal de este lugar era Millapí, me dirigí al segundo, Huilcafiel, que, tiempo atrás, había estado en Santiago, como delegado de los indígenas. Hablaba castellano y a él me habían recomendado los Padres de Queule. Era un hombre de cuarenta años, con dos mujeres y varios niños. Una vez cumplida la molesta ceremonia de la salutación, y luego de haber sacrificado el inefable carnero y consumido su sangre cruda, hice diversos regalos a mi anfitrión y a sus mujeres, y les comuniqué que había traído mercaderías para cambiarlas por caballos y vacunos, rogándoles que dieran a conocer eso en el lugar.

Para formarme una idea de éste y de sus alrededores, hice al día siguiente un paseo con Huilcafiel. Toltén era uno de los centros más importantes de los araucanos, pues se extendía casi media legua a lo largo del río homónimo y lo habitaban más de 200 familias. El terreno era plano y extraordinariamente fértil. Crecían muy bien el trigo, las habas y el maíz, y llamaba sobre todo la atención una papa alargada, conocida en todo Chile como la mejor bajo el nombre de papa tolteña. Magníficas praderas, pobladas por grandes rebaños de caballos, vacunos y ovejunos, se extendían hasta el pie de la cordillera andina. Pero la mayor parte de los campos se encontraban desiertos y abandonados, pues los indígenas sólo cultivan las superficies indispensables a su propio sustento, o mejor dicho, las hacen cultivar por sus mujeres.

El río Toltén proviene del lago Villarrica, que está situado al pie del volcán de ese nombre y tiene algunas leguas cuadradas de superficie. Después de correr dieciséis leguas en curso bastante recto de Este a Oeste, entrega su caudal al Océano Pacífico, por un cauce de 3.000 pies de ancho. Desgraciadamente, encontré también aquí, como en la desembocadura de casi todos los ríos chilenos, una barra de arena, de modo que los buques grandes no pueden entrar, a pesar de ser el río muy hondo y ancho. En el invierno era muy correntoso y di-

fícil de cruzar. Cerca de la orilla se encontraba la ruca de un indio que pasaba las personas, el ganado y las mercaderías en una balsa al otro lado y cobraba un derecho.

Tuve aquí oportunidad de hacer algunos estudios sobre las costumbres de los indígenas. Ya muy de madrugada encontré a muchos de ellos acostados sobre cueros extendidos frente a sus rucas y dejándose calentar por el agradable sol de la mañana, mientras que todas las mujeres y muchachas estaban en sus quehaceres. Algunas limpiaban los potreros, otras cosechaban maíz, tejían ponchos, cocinaban, limpiaban los caballos y las monturas o fabricaban chicha. Pero lo que más me admiró fue que las mujeres que tenían que cuidar niños chicos, los amarraban sobre una tabla, así les daban de mamar, y los transportaban de una parte a otra, fuese a pie o a caballo, los que montaban las mujeres de la misma manera que los hombres.

El vestuario de todas las indias consistía en dos paños cuadrados de lana: el *chamal* y la *iculla*. Con el chamal se envolvían todo el cuerpo hasta los pies. Se lo sujetaban encima de las caderas con una faja y el borde superior lo hacían pasar por debajo del brazo izquierdo; a la espalda se lo prendían con una gran aguja, de modo que el brazo y el pecho izquierdos quedaban libres. Como a ese lado el chamal no alcanzaba a cruzar, las mujeres, al andar, mostraban la pierna desde la cadera hasta el pie, lo que permitía hacer variados estudios del natural. La iculla la llevaban las mujeres a la espalda, cerrada bajo el cuello.

Las indígenas resistían excelentemente a las inclemencias del tiempo, y así, cuando nacía un niño, se dirigían de inmediato al río con la criatura, para lavarla y bañarse con ella. Si el parto ocurría mientras trabajaban en el campo, se bañaban con la criatura, se lo amarraban en seguida al pecho y continuaban su trabajo.

Como ya se explicó, los araucanos practicaban la poligamia, de modo que cada cual tomaba cuantas mujeres quería y le permitían sus recursos. Pero se llevaba los honores la mujer con la cual se habían desposado primero. Había a menudo caciques con veinte mujeres, mientras los indios pobres no tenían

más de dos. Como era grande su afición por las mujeres, sobre todo por las muchachas bellas y blancas, realizaban frecuentes malocas a territorio chileno o argentino, para robar jóvenes cristianas e incorporarlas a sus harenes. Las mujeres de los caciques vivían, por lo general, en pequeñas rucas, levantadas en semicírculo alrededor del edificio principal.

Se ha observado siempre que los pueblos que practican la poligamia tienen un crecimiento vegetativo pequeño, y así ocurría también con los araucanos. Caciques con diez y hasta veinte mujeres, tenían sólo cinco o seis hijos, y a veces ninguno. Tan pronto una muchacha llegaba a la edad púber, la familia daba una fiesta, y, por lo general, la joven contraía matrimonio poco después. Pero, desgraciadamente, esas pobres criaturas no tenían voluntad propia, ni les estaba permitido el amor. Si alguien pretendía a una muchacha, ésta no era informada de ello; el futuro esposo la adquiría de sus padres pagando cierto número de caballos, vacunos, porcinos, etc., según fuese la calidad que se atribuía a la desposada y a su familia. El novio la sustraía en seguida por fuerza, de la casa paterna, y, en realidad la hacía, más que su esposa, su esclava. Mas de una vez, una muchacha joven y hermosa, comprada y raptada por un hombre de edad, envilecido por los vicios y la bebida, ponía término a su triste vida ahorcándose en un sitio escondido de la selva. La mujer era una obediente esclava, que todo lo tenía que soportar, y por grande que fuera el número de mujeres de un hombre, siempre se comportaban ellas pacíficamente, desconociéndose del todo los celos y peleas.

A pesar de que la mujer se adquiría como una mercadería o un animal, su moral era muy firme. El adulterio o la seducción de una muchacha se castigaban de inmediato con la muerte de ambos culpables; y los hombres eran tan celosos, que había que solicitar primero el permiso del marido para hablar con una mujer o darle la mano. Aún cuando ví a menudo bellísimas muchachas en mis viajes, tuve que manifestar siempre el mayor recato en el trato con ellas y, a ese respecto, había impartido instrucciones estrictas a mis acompañantes. Era, en todo caso, curioso que entre esos indios, tan salvajes y

crueles en otros sentidos, reinara una virtud y moralidad, que no se encontraban de ninguna manera en tan alto grado entre sus vecinos chilenos. De la misma manera, los hombres y las mujeres araucanos eran mucho más aseados que los chilenos, pues se bañaban todos los días en la madrugada y, cuando hacía calor, lo hacían varias veces al día. Cambiaban a menudo sus ponchos, chamales e icullas, que siempre se encontraban limpios.

En lugar de jabón usaban la corteza del quillay, que produce jabón cuando se la mezcla con agua y que empleaban tanto para el aseo del cuerpo como para lavar la ropa. Para conservar el cabello lo lavaban una vez a la semana con orina, y en seguida se bañan en el río y se lavaban de nuevo la cabeza; afirmaban que así evitaban totalmente la caspa y la caída del pelo. También a mí me pareció muy eficiente el remedio, pues no vi jamás a un indio que no tuviera la cabellera bien desarrollada, ni mucho menos a uno que fuera calvo.

Las indígenas eran también mucho más pudorosas que las cristianas chilenas y se bañaban sólo en lugares ocultos. ¡Cuántas veces, en cambio, vi bañarse en Valparaíso a mujeres y muchachas, aun de las clases superiores, en presencia de los hombres y sólo con un pañuelo alrededor de las caderas! De la misma manera, los araucanos jamás se sacaban el chamal, por pesado que fuera el trabajo que hacían, mientras que los fleteros de Valparaíso y sobre todo, los negros, que eran todos cristianos, cubrían su vergüenza sólo con un trapito.

Los indígenas no usaban otro adorno que las grandes espuelas macizas de plata, pero de acuerdo con su fortuna empleaban mucha plata en los frenos, monturas y estribos de sus caballos. Las mujeres, en cambio, como las de todo el mundo, tenían gran afición a las nuevas modas y a las alhajas de nuevo diseño. Había plateros chilenos que vivían a veces durante meses entre los indígenas, pues todos los caciques ricos mandaban fundir anualmente todas esas alhajas de plata, para cambiar sus diseños. El adorno principal de las mujeres consistía, generalmente, en una aguja de un pie de largo y del espesor de un lápiz, rematada en un botón del mismo metal, del tamaño de una manzana, con la cual sujetaban la túnica;

además, llevaban anchos brazaletes en los brazos y los tobillos, y un gran número de objetos pequeños, como anillos, cruces, campanitas en las orejas o entretejidos en el cabello. Todos estos adornos eran de plata maciza; jamás usaban alhajas falsas o de oro.

Nos acercamos a un grupo de indias ocupadas en preparar chicha, en forma primitiva. Las manzanas maduras eran exprimidas por medio de dos troncos pesados y gruesos, superpuestos y accionados por medio de una palanca. El jugo, espeso como una papilla, amarillo obscuro y muy dulce, era recogido en un recipiente hecho de un tronco ahuecado, desde el cual se lo repartía en pequeñas fuentes de madera, a fin de que fermentara, y así se conservaba muchos meses. El cacique Millapí había contratado incluso los servicios de un tonelero cristiano, que le fabricaba pipas: después de unos meses de trabajo entre los indígenas, el tonelero volvió a Valdivia con un rebaño de unos veinte vacunos y caballares, que había recibido por su trabajo.

Cuando regresamos de nuestro paseo, se habían reunido frente a la casa de Huilcafiel numerosos indios con sus mujeres para hacer el trueque de mercaderías conmigo, para lo cual traían caballos, vacunos, ovejunos y productos. Mandé desempaquetar de inmediato mis mercaderías e inicié el cambalache. Al cabo de una hora había colocado casi todos mis artículos, recibiendo en pago, caballos, vacunos, cubiertas de cueros de guanacos, lazos, cueros de lobos marinos, cueros de vacunos, ponchos, etc. En realidad, al hacer este negocio, me preocupaba más dejar contenta a la gente y hacerme amigo de ella, que obtener una utilidad, considerando, además, que los malos caminos hacían muy incómodo y lento el arreo de mucho ganado. Lo único que podía considerar como dinero o producto a precio fijo era el añil, con que los indios teñían todos sus géneros. La libra me costaba en Valdivia dos y medio pesos, y obtenía por dos libras un buen caballo o un buey gordo. Me entregaban también un caballo por un sable; y por cada chaqueta galoneada colorada, que me costaba 10 pesos, obtenía dos bueyes gordos.

Mientras realizaba mis negocios de cambalache, las mujeres

de Huilcafiel habían aplicado todas sus dotes culinarias, a la preparación de un buen almuerzo. Me ofrecieron pescado con papas y pollo con habas, pero mezclados, desgraciadamente, con cochayuyo y luche. Después de la comida, Huilcafiel me llevó aparte para comunicarme que me quería ofrecer una prueba de su gran amistad, permitiéndome que bautizara a sus tres hijos. Como soy protestante, tal petición me dejó un tanto confundido, y traté de excusarme, explicándole que correspondía hacer eso al misionero católico, por lo que le prometí informar a los Padres de Queule de su decisión. Pero Huilcafiel, que pretendía demostrarme su sincera amistad, tomó muy a mal mi negativa y expresó con bastante ira que no dejaría bautizar sus niños si no lo hacía yo.

Como estaba muy interesado en la amistad del cacique, tuve que cumplir su deseo, a fin de reconciliarlo. En seguida trajeron a los niños; invitamos al capitán, a mi lenguaraz y a mi mozo como testigos; y realicé el sacramento de acuerdo con el rito católico, después de lo cual el cacique me abrazó, me besó y me llamó su compadre, que es el grado supremo de confianza, y permitió que abrazara también a sus mujeres.

En mi calidad de compadre del cacique, pude hablarle también sinceramente acerca de los propósitos de mi viaje, y así le participé que lo había emprendido sólo para cerciorarme de la gran riqueza de oro, plata y cobre que había en su territorio, pero agregué para su tranquilidad que no era español ni chileno, sino alemán, totalmente ajeno al Gobierno. Le advertí que si hacía un buen descubrimiento, lo compartiría con él, o que arrendaría el lugar a la tribu, pagando las correspondientes regalías, y le rogué que me consiguiera permiso del cacique principal, Millapí, y de los habitantes de Toltén. Como esa misma tarde se iba a realizar una gran reunión de índole judicial, Huilcafiel me prometió comunicar mi petición a la asamblea, y apoyarla en lo que dependiera de él.

* * *

A las tres de la tarde se habían reunido en una pradera todos los pobladores de Toltén, y algunos caciques de la vecindad.

Anunciado por una señal de trompeta, llegó el primer cacique, Millapí, a quien Huilcafiel me presentó de inmediato. Pero Millapí se mostró muy sentido conmigo porque no le había hecho una visita, y se manifestó más amable sólo cuando le dije que me había propuesto hacerlo esa tarde, y no había podido hacerlo antes, porque el regalo que le tenía destinado llegaría solamente ese día. Estaban reunidos más de quinientos indios, hombres y mujeres. A una señal de Millapí, formaron un gran círculo, sentándose con las piernas cruzadas. Para Millapí y Huilcafiel, como también para mí, el capitán Jaramillo y los más ancianos de la tribu extendieron unos cueros de guanacos, para que nos sentáramos.

El primer caso y el más importante de los que debía resolver la asamblea judicial, era uno de envenenamiento. Una india anciana acusaba a una muchacha joven de haber envenenado a su marido, y Millapí invitó a la inculpada a comparecer, pero en vez de ella se presentó su padre, manifestando que su hija había desaparecido el día anterior y, seguramente, había huído a territorio cristiano. En tales circunstancias, la acusación carecía de objeto, pues parecía difícil que la muchacha abandonara su refugio.

El segundo caso era el hurto de una vaca. Estaban presentes el acusador y el inculpado, y después de haber presentado el primero su acusación, haberse defendido el segundo, comprobándose el hurto, el ladrón fue condenado a entregar al acusador, de inmediato, veinte vacunos.

Admirado de tal veredicto, se me informó lo siguiente acerca de la legislación que aplicaban los araucanos en casos de hurtos:

Si un araucano roba una vaca y se comprueba el delito, debe restituir dos; si no lo hace, el cacique le envía un emisario, quien le recuerda la sentencia y al que se debe pagar también una vaca por su diligencia, más las dos que corresponden al acusador. Si todavía no obedece, el cacique se dirige él mismo a casa del ladrón, acompañado por cinco indígenas, y aquél tiene la obligación de entregar entonces dos vacas al acusador, una al emisario, dos al cacique, y una a cada uno de sus acompañantes, lo que hace diez en total. Si

el ladrón todavía no cumple, el caso es presentado a la asamblea judicial, donde se le condena a entregar veinte o más animales, pues se envían diez indígenas para apoderarse de las diez vacas debidas, y los enviados reciben sendas vacas por la diligencia. Si el ladrón no dispone de suficientes animales para hacer el pago, el perjudicado se mantiene callado hasta que el ladrón mejore de situación, aunque pasen años. Entonces el ladrón no sólo deberá entregarle un número de animales igual al doble de lo robado, sino también las crías que, entre tanto, hubieran podido nacer.

En seguida, algunas mujeres acusaron a sus maridos de haberlas golpeado, y fueron condenados éstos a entregar algunos animales a los padres de sus mujeres.

Después de haberse pronunciado éstos y otros veredictos, Millapí presentó a la asamblea seis indígenas de siniestro aspecto, que venían del Norte, como emisarios de sus caciques, a fin de invitar a los araucanos que vivían al Sur del Toltén a participar en un levantamiento. Uno de ellos, procedente de Boroa, pronunció un largo discurso, muy apasionado y habilidoso, describiendo con vivos colores el peligro que amenazaba por haber regalado el Gobierno el territorio indígena hasta el Toltén a los alemanes de Valdivia, quienes se estaban aprestando para apoderarse de él por la fuerza, de modo que sólo se podían salvar adhiriendo al levantamiento.

A continuación hizo uso de la palabra el capitán de amigos, Jaramillo, que dominaba muy bien el araucano, y desvirtuó con argumentos claros y convincentes las inculpaciones que se habían formulado al Gobierno y a los alemanes, exhortando a los indios a conservar la paz.

Siguió una viva discusión, se gritó y hubo peleas entre la concurrencia, pero cuando Millapí ordenó guardar silencio y proceder a la votación, la mayor parte acordó no participar en el levantamiento.

En seguida pidió Huilcafiel la palabra y comunicó, en medio del más absoluto silencio, que me había hecho su compadre, por lo que pedía que se me distinguiera con la misma confianza que le tenían a él y que no se me considerase como extranjero y enemigo, sino como amigo y consejero. Este mi

compadre —así continuó— es un hombre muy viajado y muy sabio, que ha visto todo el mundo, y así me ha participado en toda confianza que existen grandes riquezas en el suelo de nuestro territorio. Sabe perfectamente que nuestros antepasados cayeron en la esclavitud por el oro y que los españoles los trataron cruelmente, por lo cual aterraron las minas después de la expulsión de los españoles. Sin embargo, han pasado siglos desde aquel tiempo; los españoles ya no dominan en América, y en Chile gobiernan los descendientes de la raza araucana, quienes no tenían el propósito de quitarles sus tierras a los indios, ni de esclavizarlos, sino que eran buenos vecinos, a igual que los alemanes, y querían comprarles las tierras a quienes estuviesen dispuestos a venderlas. Aún cuando mi compadre no tiene conocimiento del sitio en que se encuentran esas riquezas, no desea buscarlas de noche como un ladrón, sino que solicita a la parcialidad de Toltén que le conceda el permiso para buscarlas. Cuanto encuentre lo compartirá con nosotros, o arrendará o comprará los terrenos necesarios. Agregó que no se trataba de oro, sino, sobre todo, de plata y cobre, y seguramente la reducción estaría muy contenta si encontrara plata, pues podrían entonces adornar sus caballos con más plata, entregar más alhajas de plata a sus mujeres, comprar las muchachas más bonitas contra pago en monedas de plata y llegar a ser así la parcialidad más rica y poderosa del territorio araucano.

Al discurso siguió un enorme bullicio; la mayoría de los concurrentes ya se encontraban deslumbrados por el brillo de la plata, y en su fuero interno estaban felices de poder adornar a gusto a sus mujeres y caballos. Sin duda, fue por esta circunstancia que se me autorizó para la búsqueda de minas en el territorio de la parcialidad.

Para demostrar mis agradecimientos, repartí de inmediato las mercaderías que me quedaban, entre ellas cien pañuelos rojos, que se colocaron de inmediato en la cabeza; entregué a Millapí un barrilito de aguardiente, algo de tabaco y un bonito sable y a los demás caciques, tabaco, cuchillos, etc.

Estaba logrado lo más difícil, y había conseguido lo que me había propuesto, es decir, en primer lugar, que la tribu no

participara en el levantamiento; y luego, el permiso para dedicarme a la búsqueda de minas. Aprovechando el buen ánimo, hice también la proposición de que se permitiera fundar de nuevo una Misión en el lugar. Había muchos adversarios de tal idea, sobre todo entre los que habían incendiado la Misión que existiera antiguamente y expulsado a los misioneros. Pero el lenguaraz les explicó muy bien las ventajas de la medida, refiriéndose a los misioneros de Queule y al padre Constancio Trisobio, que vivía algunas leguas más al Norte, en la desembocadura del río de La Imperial, a 38°34′ de Lat. S., y destacando los beneficios de su actuación y sus buenas relaciones con los indígenas. Después de un animado debate, se aprobó también esa proposición.

Me excusé de la borrachera que siguió y habría de durar hasta el completo agotamiento de la chicha y el aguardiente, y me recogí en seguida a mi campamento, muy satisfecho de los éxitos que había tenido en el día.

Mandé ensillar muy de madrugada, y después de haberme despedido de la familia de Huilcafiel y del cacique Millapí, me dirigí a reconocer el cerro Nihue, donde había descubierto una veta de cobre.

Llegado allá, acampé con mi gente en una gran cueva, excavada por el mar, que ya no era alcanzada por las olas, gracias al solevantamiento de la costa. Había creído no encontrar a nadie allí, pero una caverna vecina estaba ocupada desde hacía una semana por varios chilenos que cazaban lobos marinos, y había también unas treinta mujeres y muchachas de Toltén, dedicadas a recolectar ostras, conchas, cochayuyo, luche y otros productos del mar.

Era entretenido observar cómo los extraían. Vestidas sólo con el chamal, las mujeres y muchachas formaban una fila en el agua, y cuando se retiraba la ola, la seguían hasta el punto en que volvía a avanzar. Corrían entonces hacia la playa lo más ligero que podían y lanzando estridentes gritos, pero ocurría casi siempre que algunas quedaban rezagadas y eran alcanzadas y arrolladas por la ola, lo que no las ponía, sin embargo, en peligro, pues eran excelentes nadadoras.

Después de haber observado la escena durante algún tiem-

po y de haber canjeado mariscos para nuestro almuerzo, por algunas bagatelas, como dedales, agujas y chaquiras, me dirigí con los mineros al cerro, pero estaba cubierto en tal forma con selva virgen impenetrable, que era imposible pasar, y me fue imprescindible prenderle fuego. Pero el fuerte viento lo avivó de tal manera, que en corto tiempo se incendió toda la parte septentrional del cerro, y había tanto calor y humo que nos fue necesario refugiarnos profundamente en las cuevas, en las que se guarecieron también las mujeres y muchachas.

Yo no había querido provocar un incendio de tales proporciones, que tenía que llamar la atención en todos los alrededores. El fuego habría aumentado si no hubiera caído, afortunadamente, una fuerte lluvia, que lo hizo extinguirse poco a poco. Sólo en la tarde fue posible acercarse al lugar rozado, y aun entonces sólo con mucha precaución, pues las rocas estaban todavía muy calientes, lo que nos indujo a regresar de nuevo a la cueva. Durante la noche dormí poco, pues debido a la marea de sicigias, las olas golpeaban con tal furor contra las rocas que el cerro temblaba a veces.

Cuando salí de la cueva en el alba, descubrí que las olas habían subido tanto en la noche, que faltaba sólo un pie para que nos alcanzaran.

Durante la madrugada hice un reconocimiento más detallado del cerro, y encontré buen oro en el arroyo que baja de él, lo que me determinó a trabajar allí más tarde.

Al mediodía abandonamos el lugar y alcanzamos en algunas horas la ruca del pequeño cacique Eumin en Queule, quien nos hizo llevar al otro lado del río mediante algunos obsequios.

Llegado a la Misión, comuniqué a los padres los buenos resultados de mi visita a Toltén, y estuvieron muy satisfechos cuando supieron que había logrado el consentimiento para restablecer allá la Misión, como también de que hubiese ganado para la religión cristiana a los hijos de Huilcafiel. Estos fueron llevados más tarde a la Misión, donde se les educó hasta la edad de 14 años.

Había llegado al tiempo justo para poder participar en los funerales del cacique Voiquepán. Era el 13 de junio, y desde

muy temprano comenzaron a llegar al valle, desde todas partes, grupos de indios. Se reunían en una pradera situada frente a la casa del cacique, cuya familia se había preocupado generosamente por reunir comidas y bebidas, matando muchos bueyes y ovejas y acopiando barriles y botijas de chicha y aguardiente.

Poco después se exhibió el cadáver medio descompuesto y medio desecado del cacique sobre una especie de catafalco, alrededor del cual lloraban y se lamentaban numerosas mujeres, alabando las buenas cualidades y actos heroicos del difunto. En seguida, los indios montaron a caballo, y mientras los deudos más cercanos transportaban al cementerio el catafalco, rodeado por las mujeres, los jinetes se adelantaban a toda carrera y con terrible gritería, blandiendo sus sables y apuntando sus lanzas, a fin de espantar a los malos espíritus. Ayudé con mi gente en esa tarea, pero en vez de agitar sables y lanzas, disparamos incesantemente nuestros revólveres, carabinas y pistolas. Una anciana desparramaba ceniza detrás del cadáver, a fin de que el alma del difunto no regresara.

Como el cementerio estaba situado cerca del mar, al otro lado del río Queule, se nos pasó primero a nosotros al otro lado en canoas. Los caballos atravesaron nadando a remolque, lo que exigió mucho tiempo en algunos casos. En seguida se pasó el cadáver con las mujeres, y en seguida comenzó de nuevo la loca cabalgata hasta el cementerio, con chivateo, juegos de sables y espadas y disparos. En el cementerio, el cadáver fue depositado sobre el suelo, se le colocaron al lado sus armas, algunos choclos y varios cántaros de chicha y aguardiente. Luego, cada uno de los presentes le hizo un saludo de despedida, deseándole buen viaje, y se cubrió el cuerpo con piedras, hasta formar una pirámide, sobre la cual se puso una sencilla cruz de madera. Después de haber regado el montículo con chicha, todos regresamos a casa del difunto, donde comenzó una solemne borrachera. En agradecimiento por haber disparado tanto, lo que había impresionado a todos, se brindó tan abundantemente por mí, que tuve que recogerme pronto, a fin de no quedar tendido completamente ebrio, co-

mo ocurrió con gran parte de la concurrencia, y sólo así pude volver sin tropiezos a la Misión.

A las 10 de la mañana siguiente me despedí de los Padres, tan hospitalarios y respetables, pero les tuve que prometer que volvería en la primavera.

Con temporal y lluvia subimos primero a la elevada Cordillera de la Costa que se extiende entre ese lugar y Mehuín, y cabalgamos durante algunas horas a lo largo de su cresta. Debido a la fuerte lluvia, al regreso encontramos el sendero en mucho peor estado que cuando nos dirigimos a Queule; nuestros caballos se empantanaron repetidas veces en el suelo arcilloso, y nos costó trabajo zafarlos. Después de algunas horas, alcanzamos el boquete peligroso a que me he referido ya, y lo salvamos felizmente. También bajamos en buenas condiciones por la estrecha grieta al otro lado de la serranía; los caballos casi se sentaron y se dejaron deslizar a gran velocidad. Mojados totalmente y cubiertos de lodo, alcanzamos, en la tarde la casa del indio Martín en Mehuín, donde, ante todo, nos sacamos toda la ropa para secarla y, cubriendo nuestras vergüenzas sólo con pañuelos, nos agrupamos alrededor de la benéfica fogata. Nos confortamos luego con una taza de café cargado y una copita de buen ron, y en seguida nos acostamos.

Como los persistentes aguaceros amenazaban inundar y cortar el camino a Valdivia, mandé transportar temprano nuestras cosas a la canoa. Me puse de acuerdo con Martín sobre lo que le debía por el arriendo de los caballos, obtuve que me facilitara a sus hijos como bogadores, y luego nos despedimos. Había calculado que navegando río arriba necesitaríamos sólo de seis a ocho horas para llegar a La Centinela, por lo cual no había llevado víveres, pero tuve que lamentar amargamente mi error.

El río estaba más crecido y correntoso que a la ida y, además, llovía con tanta fuerza, que había dos de nosotros constantemente ocupados en achicar la canoa. Así, después de haber remado todo el día contra la fuerte corriente, al caer la noche estábamos agotados y ni a mitad del camino a La Centinela. Como no estaba acostumbrado a bogar, mis manos

se habían cubierto de tal manera con ampollas que ya no podía más que ayudar a achicar la embarcación. Aunque mis hombres fuesen remeros experimentados, pronto estuvieron en estado de resistir sólo un poco más.

En situación tan sumamente difícil y peligrosa, nos consultamos para tomar un acuerdo. Era imposible llegar a La Centinela en menos de ocho horas; era también imposible desembarcar, pues lo impedían los impenetrables colihuales y quilantos de las orillas, y era peligroso regresar a Mehuín, pues la canoa se volcaría, con seguridad en la primera vuelta del río, aguas abajo. Finalmente, acordamos acercarnos a una orilla, amarrar la canoa con lazos a los colihues y pasar así la noche. En el preciso momento en que íbamos a realizar ese propósito, llegamos a un lugar en que el río describe una curva en ángulo recto; allí la corriente, se apoderó de la canoa con tal furia que, aun cuando pudimos mantenernos con el esfuerzo de todos, se quebraron luego los remos de mi mozo y del lenguaraz, y el primero cayó de cabeza al río, mientras que la embarcación era arrastrada río abajo, velozmente. Todos lanzamos un grito, pero nos fue imposible prestar la menor ayuda al desgraciado, pues, de un instante a otro el bote iba a volcarse o ser lanzado contra la orilla. Salimos disparados, sin saber qué sucedería, cuando, de repente, cayó del cielo un rayo, seguido de un espantoso trueno. Quedamos cegados y completamente aturdidos, pero pudimos ver cómo ante nosotros se precipitaba al río, con gran estruendo un gigantesco arbol herido por el rayo. El arbol cayó transversalmente en el cauce del río y chocamos contra él con tal violencia, que el lenguaraz y yo fuimos arrojados al río. En mis mortales angustias, agarré de inmediato las ramas y, sujetándome de ellas y con la ayuda de los indígenas, logré volver a la canoa. Pasado el susto, pude comprobar con gran satisfacción que, gracias al arbol, no sólo se había salvado el lenguaraz, sino también el mozo, a quien considerábamos perdido. Amarramos de inmediato la canoa con lazos a las ramas, mientras los rayos, que caían incesantemente, iluminaban los objetos a nuestros alrededor, y cuando di-

mos fin a ese trabajo, nos turnamos en el de achicar el agua, a fin de no hundirnos.

Durante ocho horas, hasta que amaneció, tuvimos que aguantarnos bajo el aguacero ininterrumpido, agotados hasta la extenuación y entumecidos de frío. Sólo al rayar el día, pudimos llegar a la orilla arrastrándonos por el tronco, con muchas dificultades. En seguida, proseguimos camino hacia La Centinela, abriéndonos paso por la orilla con el machete y remolcando la canoa con un lazo.

Trabajamos así durante todo el día, con grandes padecimientos, y ya cerraba la noche por segunda vez y temíamos tener que pasarla de la misma manera que la anterior cuando, al doblar un promontorio, vimos, con gran alegría, una luz. Empleando nuestras últimas fuerzas, llegamos, por fin, a La Centinela, en un estado por demás miserable, con las manos hinchadas, los pies lastimados, destrozada la ropa y sin haber comido bocado durante dos días y una noche. Nos desvestimos inmediatamente y, en traje de Adán, hicimos corro en torno a la fogata para calentar nuestros cuerpos ateridos, comer algo y tomar aguardiente. Se encontraban en la choza algunas mujeres y muchachas que tuvieron la caridad de quitarse sus icullas para que cubriéramos nuestras vergüenzas, quedando ellas con el busto medio descubierto mientras nos preparaban rápidamente un guiso de maíz cocido.

Al día siguiente, 17 de junio, en la mañana, con las fuerzas reparadas ya por el sueño, mandé buscar al potrero los caballos y mulas que había dejado allí en el viaje de ida. Hice varios regalos a mi anfitrión para agradecerle su hospitalidad y abandonamos La Centinela.

Esa misma tarde, después de ocho horas de esforzada cabalgata a través de la montaña, por el mismo sendero que ya habíamos recorrido, llegamos felizmente a la Misión de San José. Los venerables Padres, muy preocupados ya por la suerte que pudiéramos haber corrido, nos recibieron con la mayor amabilidad y escucharon con gran interés el relato de nuestra expedición. A la mañana siguiente, despaché por tie-

rra a Valdivia, con los arrieros, los caballos y vacunos que había obtenido en trueque de los indios *. Me despedí de los Padres, le recompensé sus servicios al capitán Jaramillo y partí con mi gente por la orilla occidental del río Cruces hacia la población homónima, que es la mayor de las que existen a lo largo del río, cuya orilla se encuentra poblada en el trayecto. Ese lugar queda a cinco leguas de Valdivia y tenía entonces una diez casas. En su vecindad existen las ruinas de un antiguo fuerte español, con restos de trincheras, puentes levadizos y algunos viejos cañones enmohecidos, sobre cureñas quebradas.

Solicité la hospitalidad de una familia chilena, donde fuí recibido y atendido muy amablemente, y como la hija de los dueños, Claudina García, era bellísima y en extremo atenta, pasé allí algunas horas muy agradables.

Cuando bajó la marea, me tuve que despedir, y después de haber arrendado un bote al padre de la bella chilena, me embarqué con mi gente en el amplio río Cruces, que he descrito ya en el viaje de ida, para llegar en la tarde a Valdivia. Mi llegada causó mucha admiración a los vecinos y gran alegría a mis conocidos, quienes me consideraban asesinado, de acuerdo con las noticias que tenían. Una vez en el hotel Saelzer, me visitó de inmediato el Intendente, Ruperto Solar, y fuí virtualmente sitiado por los alemanes, que deseaban conocer mis experiencias.

A pesar de lo desfavorable de la estación, que hacía peores los espantosos senderos y tenía a los indios excitados, pues era la del mayor consumo de la chicha de manzanas, había logrado realizar mi viaje, recogiendo informaciones exactas de los indígenas y del país. Además, había obtenido resultados de la mayor importancia para los planes que pretendía realizar más adelante: tenía ganada la amistad de los caciques Carriman, Martín, Voiquepán, Huilcafiel y Millapí, a quienes ha-

* No menciona el autor cómo llegó a Cruc s ese ganado. El arreo se hacía por un sendero que seguía la orilla septentrional del río Lingue y que comunicaba la región de Toltén con la de San José de la Mariquina, sin necesidad de usar el río (N. del T.).

bía podido inducir a no participar en el levantamiento que se temía, a concederme permiso para buscar minas y a permitir el establecimiento de una Misión en Toltén. Todo ello constituía, sin lugar a dudas, un excelente resultado.

Capítulo VII

SEGUNDA EXPEDICIÓN A LA ARAUCANÍA, POR SAN JOSÉ Y TRAILAFQUÉN HASTA LAS RUINAS DE VILLARRICA

Después de mi regreso a Valdivia empleé los meses de octubre y noviembre en realizar excursiones a los alrededores. Como había comenzado el verano y había caminos practicables hasta las ruinas de la antigua ciudad de Villarrica, destruida por los indios, tenía una gran impaciencia por hacer el viaje. Pero el objeto principal de la expedición que proyectaba no consistía en examinar las ruinas, donde, según fuentes que merecen absoluta fe, los españoles habrían enterrado millones en oro cuando la ciudad fue sitiada por los indígenas, sino en reconocer las ricas minas auríferas de los alrededores, que habían quedado enterradas desde entonces. Además, quería explorar el paso andino principal que se dirige desde allí a la República Argentina, para ver si se prestaba a la comunicación por ferrocarril entre los océanos Pacífico y Atlántico.

Emprendí el viaje el 4 de diciembre. El sol brillaba en toda su hermosura y amabilidad desde el cielo azul, reflejándose en el bellísimo y amplio río Valdivia, que corría majestuosamente al pie de las antiguas fortificaciones de la ciudad y se retorcía como serpiente de plata entre el obscuro verdor de la selva virgen. Una inmensa cantidad de botes y canoas subían y bajaban por el río, tripuladas por los pobladores de las cercanías, que llevaban sus productos a la ciudad o transportaban mercaderías al puerto de Corral. Aprovechando la temporada favorable, grupos de indígenas, llegaban al embar-

cadero con vacunos y caballos, para ofrecerlos en trueque por las mercaderías que necesitaban.

A las primeras horas de la madrugada ya se encontraba mi bote en el puerto, cargado con los artículos, instrumentos y herramientas mineras y los víveres necesarios para la expedición. Cuando subió la marea, me despedí de los numerosos amigos que me habían acompañado, me embarqué con mi mozo Antonio y dos mineros que tenía contratados. Pronto la embarcación avanzó velozmente por el transparente espejo del agua, hacia el Norte, impulsada por las paladas regulares de cuatro vigorosos bogadores.

Si las inmensas y silenciosas selvas vírgenes por las que corre el río Cruces, me habían parecido impresionantes en mi primer viaje, ahora, en el verano, presentaban un aspecto magnífico y realmente encantador. Los antiquísimos árboles, de troncos enormemente gruesos y altos, se veían festoneados de variadas enredaderas con flores de hermosísimo color y que formaban guirnaldas de un árbol a otro.

Después de un viaje de seis horas por el río, desembarqué en el caserío de Cruces, donde quería arrendar a mi conocido, José García, los caballos y mulas necesarias para continuar el viaje a San José. Pero como no fue posible conseguir las bestias el mismo día, me vi obligado a aceptar la hospitalidad de García hasta el día siguiente, y pude pasar una velada muy agradable con su bellísima hija Claudina.

Al rayar el día, trajeron los caballos y animales de carga, y una vez que me hube despedido de la amable familia, cabalgamos siguiendo la orilla occidental del río Cruces, a través de bosques y campos de cultivo. Así, al cabo de cinco horas llegamos a la Misión de San José, donde volví a disfrutar de la amable hospitalidad de los Padres.

En el curso de la mañana del 6 de diciembre terminamos los preparativos de la expedición. Por última vez almorzamos con los Padres y los capitanes Moreno y Mera —este último me acompañó con sus dos hijos—; ordené montar a caballo y, a la cabeza de mi pequeño y valeroso grupo partí hacia la frontera indígena. Me acompañaban once hombres, todos en buenas cabalgaduras y armados de sables y revólveres. Los

once eran don Adriano Mera y sus dos hijos, el lenguaraz Soto, los dos mineros, mi mozo Antonio y cuatro arrieros, que estaban a cargo de los caballos y cinco mulas.

En mi primera expedición a la Araucanía me había dirigido desde Cruces hacia el Occidente, en dirección al mar, pero ahora avancé hacia el Noreste, hacia la cordillera andina. El camino seguía primero por la orilla occidental del río Cruces, en terreno plano, parte por bosques, parte por pastizales, y después de una hora de avance al paso, a fin de que pudieran seguir las bestias de carga, pasamos por los caseríos indígenas de *Chonqui* y *Quechupulli*, para llegar luego al de Marilef. Esta parcialidad, que contaba con unas 300 almas, estaba al mando del cacique Carriman, a quien ya había conocido en San José y cuya personalidad describí en su oportunidad. Había unas treinta viviendas dispersas a lo largo del río, algunas de madera, al estilo corriente en el Sur; otras, simples rucas indígenas, todas con sendos campos cultivados y bosquecillos de manzanos.

De acuerdo con la costumbre nacional, nos dirigimos a la vivienda del cacique Carriman, quien vivía en medio de la reducción, y, frente a ella, gritamos ¡Mari-mari!, a lo cual el cacique apareció y nos invitó a entrar a su casa. Los caballos y mulas fueron desensillados y llevados al potrero y dejé mis mercaderías encomendadas a los arrieros. Entre tanto, algunas muchachas cubrían el suelo frente a la casa con pellejos de pumas, guanacos y avestruces, y —para mi gente— de ovejas y vacunos, en los que luego todos tomamos asiento con las piernas cruzadas, a la manera turca, rodeando al cacique. Durante el molesto y fastidioso discurso de salutación, se había traído también el desgraciado e inevitable carnero, y tuve que beber de nuevo su sangre caliente con el cacique, como homenaje de llegada, después de lo cual se nos ofreció la carne, asada al palo.

Después de la comida entregué a Carriman algunos regalos, consistentes en un barrilito de ron, algunas libras de tabaco y un hermoso sable. En seguida, como el cacique, que contaba unos sesenta años, me presentara a sus ocho esposas, la más joven de las cuales tenía sólo diecisiete abriles, tuve

que regalarles también algunas chaquiras, dedales, tijeras, espejos y algo de ají, que disfrutaba de gran popularidad. Encantado por tan pródigas dádivas, el cacique me cambió de inmediato algunos caballos y vacunos por dos barriles de aguardiente, y despachó emisarios con invitaciones a los miembros de su parcialidad a una borrachera que quería realizar en mi honor. Acudieron luego, desde todas partes, y pronto había unos cincuenta sentados en los pellejos alrededor de nosotros, después de haber saludado con el ritual *mari-mari*.

A pesar de que estos indígenas fronterizos habían adoptado muchas cosas de los extranjeros y de que varios de ellos hablaban castellano, había algunos de figura francamente salvaje, que no lograban ocultar su odio innato a los forasteros. Una vez reunidos todos los invitados, Carrimán, con su sable a la cintura, tomó asiento entre el capitán Mera y yo. Hizo colocar un barril de aguardiente al centro y escanció un cuerno de vaca, lleno, al cacique. Este mojó sus dedos en el aguardiente, asperjó algunas gotas en dirección al volcán Villarrica y se bebió el cuerno de un solo sorbo, a mi salud. Me ofrecieron a mí el segundo cuerno y, desgraciadamente, tuve que bebérmelo a la salud del cacique hasta el fondo. Si para mi estómago no era fácil cumplir tal obligación, el de Mera la enfrentó con mucho gusto. En seguida comenzaron a brindarse mutuamente los indios, y como luego los más nobles de la tribu comenzaron a trincar con el cacique, con Mera y conmigo, no me cupo la menor duda de que si continuaba bebiendo, pronto me encontraría ebrio en el suelo.

A fin de eludir ese destino, pretextando que tenía que ocuparme de mi equipaje, salí de la ruca, y me siguió un indio de aspecto sospechoso y salvaje. Me pidió diversos objetos y, como se los negara, me hizo terribles amenazas, y quizás me habría agredido con su largo cuchillo si la más joven de las mujeres del cacique no hubiera comunicado a éste lo que ocurría. Carriman se precipitó sobre el indio con la furia de un tigre y lo arrastró de su larga cabellera hasta el centro de la concurrencia. Luego, desenvainando su sable nuevo, declaró que no podía tolerar que un forastero acogido a su hospitalidad, fuera insultado y amenazado en su propia casa y mucho

menos por uno de sus súbditos, por lo cual castigaría de inmediato al agresor con la pena de muerte. Pero, en el preciso momento en que se aprestaba a ejecutar la sentencia, el capitán lo tomó del brazo, y yo también le rogué que empleara su sable sólo contra sus enemigos, pero que no lo tiñera con la sangre de un súbdito. Logramos apaciguar su enojo solamente después de gran esfuerzo y lo persuadimos de que pusiera en libertad al indígena, una vez que éste me pidió perdón. Después de tal escena, que fácilmente pudo haberle costado la vida a mi agresor, se reinició la borrachera con mayor entusiasmo, pero como comenzara a sentir los efectos del alcohol, me fui a la cama que me había preparado mi mozo debajo de un manzanar.

El anciano cacique ya estaba en pie al rayar el día, y se dirigió con sus mujeres predilectas al río, para bañarse. De regreso, empleó toda su oratoria en inducirme a permanecer algunos días en su casa y me prometió que, en tal caso, me compraría otros dos barriles de aguardiente, para seguir celebrando la fiesta. Esto me determinó, por el contrario, a proseguir mi viaje a la brevedad posible, pues necesitaba el aguardiente también para los caciques que vivían más al interior, y me convenía evitar, en lo posible, toda borrachera. Le prometí que pronto volvería a visitarlo y, junto con darme permiso para partir, ordenó a uno de sus hijos que me acompañara con un mocetón hasta el caserío de Pelehue, donde me recomendarían al cacique Naipán.

La próxima meta de mi viaje eran las antiguas minas auríferas de Pumillahue, conocidas antes como muy ricas y situadas no muy lejos al otro lado del río Cruces. Vadeamos primero el río, cabalgamos una hora entre cerros cubiertos de espeso bosque virgen, y llegamos a un altiplano donde se encontraba una choza a la sombra de grandes manzanos, en medio de campos cultivados. Al llegar, gritamos nuestro "marimari" como saludo y nos contestó el ladrido de los perros, a lo que salieron dos bellas muchachas de dieciséis y dicisiete años de edad. Estaban desnudas de cintura arriba, vestidas sólo con el chamal alrededor de las caderas, y huyeron espantadas al

interior de la casa, al ver que tantos "huincas" invadían su soledad.

De acuerdo con la costumbre araucana, no se debe entrar a una vivienda sin ser recibido por los pobladores masculinos, de modo que acampamos a la sombra del manzanar hasta que regresara el dueño de casa. Cuando éste llegó, el hijo de Carriman le comunicó el encargo de su padre, de alojarme en su casa y mostrarme las antiguas minas auríferas sin llamar la atención. Yo le hice algunos regalos y el cacique ordenó que condujeran mis animales al potrero, me obsequió una oveja para la comida e instruyó a su hijo para que me acompañara al cerro Pumillahue. Como si fuéramos de caza, a pie, con la escopeta al hombro, junto con mi mozo y el indio nos internamos en el bosque. Después de una hora de camino por un sendero muy angosto, abriéndonos a menudo paso con el machete, llegamos, por fin, al lugar que buscábamos en la ladera del cerro. Pero me conformé con sólo una impresión superficial, a cuyo fin lavé y examiné las arenas de un pequeño arroyo vecino y algunas tierras de las orillas, encontrando pronto que ambas contenían oro.

Cuando estábamos comiendo en la choza del cacique, escuchamos repentinamente un gran bullicio en el patio. Tomé de inmediato mi carabina y corrí a la entrada, desde donde pude contemplar un curioso espectáculo. Un puma de gran tamaño había robado un cerdo y huído a la selva con su presa. Las dos muchachas, para poder correr mejor se habían desprendido del largo chamal que llevaban alrededor de las caderas y lo perseguían completamente desnudas. Yo también me uní a la cacería. Espantado por sus perseguidores y los perros, el león dejó caer pronto su pesada presa y trepó a uno de los árboles más altos. Las muchachas se hicieron cargo de su chanchito, aunque muerto, y regresaron llenas de vergüenza cuando me vieron a mí y a mi gente, pues no nos habían advertido durante la agitada persecución. Despaché una bala al puma, que cayó con un fuerte golpe a nuestros pies. Se le despojó de su piel y con ese trofeo regresamos jubilosamente a la choza.

En la madrugada del 8 de diciembre abandoné Pumillahue

con mi caravana, y después de breve cabalgata vadeamos de nuevo el río Cruces. Si los antiguos caminos de los españoles hubieran sido transitables, habría tenido que cruzar ese río una sola vez, para llegar directamente a las ruinas de Villarrica en pocas horas por un camino ancho y plano. Tuvimos que dirigirnos hacia el Noreste, avanzando algunas horas por la orilla occidental del río, hasta pasar por el caserío de Ciruelos y cruzar de nuevo el río. Pronto llegamos a la confluencia del Cruces con el Leufucahue y luego al caserío de Imulfudi, situado más al Sur. Lo formaban algunas chozas, sombreadas por enormes manzanos; debido al gran calor, hicimos allí un descanso, a la sombra de los árboles. Aproveché la oportunidad para cazar choroyes y torcazas, de las que había miles en los manzanares; éstas nos proporcionaron provisiones para el viaje. Los choroyes eran de color verde, tanto los grandes como los chicos; las torcazas tenía color gris-azul, como las europeas, pero eran más grandes y tenían una carne muy sabrosa.

Proseguimos el viaje en la tarde. Primero atravesamos a nado el río Leufucahue, para continuar por su orilla septentrional hacia el Este. Pasamos por el villorrio de Puleufu y, después de algunas horas, volvimos a cruzar el río, por cuya orilla austral llegamos, media legua más allá, al caserío de La Rosa, que constaba de sólo dos chozas abandonadas, donde alojamos esa noche.

A la primera hora de la madrugada estábamos de nuevo en marcha. Cruzamos el río Leufucahue por tercera vez; pasamos, en la orilla norte, después de algunas horas de camino muy accidentado y boscoso por el caserío de Quilche, donde tuvimos que cruzar otra vez a la orilla austral, para subir en seguida a una serranía bastante elevada. En la cima existían antiguas fortificaciones de los españoles, que las habían construído para protegerse de los indígenas. Se habían explotado allí dos ricas minas auríferas, pero se podía ver poco de ellas, pues los antiguos laboreos estaban cubiertos por selva impenetrable. Bajando desde ahí por la abrupta falda septentrional, llegamos al caserío de Malalhue, donde descansamos una hora, deleitándonos con exquisitas frutillas, para cruzar en

seguida, por cuarta vez, el Leufucahue, pasar por Chaingal y llegar, finalmente, a Pelehue. Allí mi acompañante Mera poseía un predio, administrado por su hijo mayor, donde alojamos.

En un caserío como Pelehue, mi llegada con tanta gente y tantas mercaderías era un acontecimiento, y la noticia se propagó con gran rapidez de choza en choza, y luego por los alrededores. No era, por consiguiente, de extrañar que los indios se presentaran al día siguiente en tropillas, trayendo caballos y vacunos, a fin de ofrecerlos en trueque por lo que necesitaban. Cerca del mediodía apareció también el cacique del lugar, Naipán, acompañado de unos treinta mocetones de su reducción, como también por sus propias mujeres y las de otros. Terminada la ceremonia usual de la salutación, beneficiado el carnero y consumida su sangre, y después de haberle hecho yo varios regalos, a él y a sus mujeres, adquirió dos barriles de aguardiente en trueque por caballos y vacunos. Se hizo también de una chaqueta colorada con galones de oro, de un gorro y un sable, y luego me invitó, junto con mi gente, a las bodas de un indio joven que me presentó y que se casaría ese mismo día.

Nos reunimos en la casa del cacique, quien, cuando cerró la noche, ordenó que montáramos a caballo. Nos dirigimos a todo galope a una choza solitaria, la rodeamos y, con un terrible chivateo, el novio penetró violentamente en la vivienda, a fin de raptar a su pretendida. Pronto se escucharon grandes gritos de auxilio de voces femeninas, y después de luchar largo rato con su novia, que se defendía valientemente, logró el novio sacarla de la casa y montó a caballo, llevándola en sus brazos. Seguido de todos nosotros, partió de carrera, siempre gritando ferozmente, hacia su vivienda, adonde llegamos para comenzar la borrachera, mientras el novio se retiraba con su presa detrás del tabique divisorio.

Cuando el pretendiente es de edad, la muchacha se defiende, por supuesto, con todas sus fuerzas, pero también se resiste cuando se trata de un joven de su agrado. La costumbre exige que le pegue, lo pellizque, rasguñe y muerda, pues mientras más señales de lucha ostente el novio, tanto más

honrada será la pareja. En la mañana siguiente, el joven desposado tenía que entregar al suegro el valor asignado a su mujer y, para que demostrara su humildad se le obligaba a esperar algunas horas frente a la choza, aunque lloviera fuertemente. Además, era costumbre que pagara de nuevo el precio de su mujer si ésta fallecía, en caso que sus padres todavía se encontraran vivos. Los varones y mujeres que no se casaban eran objeto de menosprecio. Las mujeres y muchachas capturadas en un asalto, eran consideradas como esclavas; si agradaban a su dueño, éste las hacía sus mujeres, pero a menudo eran vendidas o canjeadas por otras esclavas.

* * *

Para la jornada del día siguiente cambié de acompañantes, pues los emisarios de Carriman regresaron a Marilef, y el cacique Naipán ordenó que me acompañaran su hijo y varios indios, que debían encomendarme al cacique Curiñanco, de Trailafquén. Cruzamos por quinta vez el Leufucahue, y, cabalgando por su orilla austral entre praderas y manzanares, llegamos al caserío de Chinguil, situado al pie del cerro homónimo. Tras breve descanso, continuamos nuestro viaje por una selva virgen muy espesa. Después de una hora, el bosque se despejó y frente a nosotros vimos una pradera de más de una legua cuadrada, rodeada por el bosque y tras la cual se elevaba la pintoresca cordillera andina, con el majestuoso volcán Villarrica, que tiene más de 16.000 pies de altitud *. Con un terrible calor, cruzamos la pampa, que carecía de árboles o arbustos, hasta el otro borde de la selva, donde había una pequeña choza, ocupada por una india anciana, su hija, su yerno y muchos niños, que nos recibieron amablemente.

Ese lugar había sido, hace mucho tiempo, el escenario de un sangriento drama, presenciado por el padre Adeodato, de San José, y que relataré aquí brevemente.

En tiempos antiguos vivían allí el cacique Marinao y su

* Sólo 2.840 metros (N. del T.).

numerosa familia. El cacique poseía grandes rebaños de caballares, vacunos y ovejunos y cultivaba una parte importante de la fértil llanura —ahora yerma— que acabábamos de cruzar. Era un araucano inclinado a la civilización, y como había visitado frecuentemente a los misioneros en San José y Valdivia, éstos lograron bautizarlo, junto con su familia. Había obsequiado también un terreno a los Padres, a fin de que construyeran una Misión, y pronto llegó el padre Adeodato, a dirigir personalmente a los carpinteros chilenos que levantaban el edificio. En corto tiempo se estableció una modesta Misión, que se iba a inaugurar en presencia de varios sacerdotes, de Marinao y de indios amigos.

En la noche antes de la inauguración, los perros de la Misión comenzaron a ladrar repentinamente y los caballos se intranquilizaron. El padre Adeodato y los demás sacerdotes salieron de inmediato, creyendo que podía haber un puma en el patio o que el volcán Villarrica había entrado en erupción.

Desde afuera oyeron un ruido como el de un trueno que se acercaba y crecía; sintieron retumbar la tierra y vieron que centenares de indios brotaban al galope de la selva y se dirigían a la casa de Marinao gritando ¡Malón, malón! Los padres y los carpinteros chilenos huyeron de inmediato, pero Marinao y sus dos hijos hicieron frente a la horda, cuyo cabecilla los asesinó. Los asaltantes se dirigieron luego a la Misión, cuyos habitantes se salvaron por haberse escondido a tiempo en el bosque, pero el edificio fue incendiado y robados el aguardiente, la chicha y la carne destinados a la celebración del día siguiente. La borrachera se realizó al lado mismo de los cadáveres de Marinao y sus hijos.

El jefe de esa horda era un cacique pehuenche, y el caso permitió conocer claramente el odio que tenía a los extranjeros y al cristianismo, pues había venido con su tribu desdes las pampas argentinas a través de los Andes, con el único propósito de incendiar la Misión y de asesinar al cacique Marinao y a sus dos hijos —aquél era su hermano mayor y éstos sus sobrinos—, por haberse hecho cristianos.

El Padre Adeodato, sus hermanos de la misma orden y los

carpinteros chilenos habían tenido que huir a pie a través de la densa selva hasta San José, usando rodeos, y llegaron en estado lamentable, después de haber pasado varios días sin alimentarse. También la mujer y la hija de Marinao habían huído, esa terrible noche, a San José. Más tarde, la hija contrajo matrimonio con un herrero chileno, y regresó con éste y su madre a las tierras de su propiedad en Manguisehue, donde construyeron la pequeña choza en que acampamos. El gran edificio cercano, donde fueran asesinados Marinao y sus dos hijos, no lo ocupaban por superstición. El herrero tenía un pequeño taller y se ocupaba en fabricar espuelas y adornos para las riendas, como también alhajas para las mujeres, para lo cual empleaba pesos fuertes que los indios conseguían en territorio cristiano por la venta de sus caballos. Al herrero le pagaban en vacunos, y cuando reunía un pequeño rebaño, lo arreaba a Valdivia, para venderlo allá.

* * *

En la tarde seguimos nuestro viaje por terreno plano y despejado, y, al cabo de unas horas llegamos al caserío de Trailafquén, donde el cacique Curiñanco nos recibió con las formalidades ya conocidas.

Al alba, ya reinaba mucho movimiento en la choza del cacique. En su dormitorio habíamos pasado la noche, el cacique, sus ocho mujeres, un número indeterminado de sus hijos, de ambos sexos y edades varias, yo y mis acompañantes, y, además, cerca de una docena de perros, varios gatos y una gran cantidad de aves. Cuando me levanté, me apresuré a llegar al cercano lago Trailafquén *, con el lenguaraz Soto y el mozo, para darme un baño. Pero cuando lo iba a tomar, me asustaron unos sonidos muy agudos, que, seguramente, podían llegar hasta grandes distancias; mirando hacia arriba, descubrí sobre uno de los árboles más altos a un indígena que estaba dedicado a convocar a reunión a todos los miembros de la parcialidad de Curiñanco por medio de una pifülca, que

* Llamado ahora Calafquén (N. del T.).

es un pito de madera, de doce pulgadas de largo y dos de ancho.

Después del baño, que me ofreció la oportunidad de observar que las mujeres y muchachas del lugar eran más blancas y de mejor constitución física que las conocidas hasta entonces, teníamos la intención de regresar a la choza. Pero entonces resonó en el bosque un espantoso chivateo y un instante más tarde se dirigió hacia nosotros a toda carrera un grupo de unos treinta indios semidesnudos, montados en pelo, con las caras horrorosamente pintadas de azul, rojo y negro y los cabellos al viento. Apuntaban hacia nosotros sus lanzas gigantescas, de unos quince pies de largo, de modo que, creyéndolos de una tribu enemiga, estimamos que había sonado nuestra hora postrera. Se nos acercaron tanto, que sus lanzas casi nos tocaron, pero sofrenaron sus caballos con tal destreza, que se detuvieron cual una muralla frente a nosotros. Nos preguntaron con brusquedad quiénes éramos, y cuando mi lenguaraz les contestó que comerciantes alojados en casa de Curiñanco, la banda se alejó en dirección a la choza del cacique con igual rapidez y lanzando el mismo chivateo que al acercarse. Mi lenguaraz, que tiritaba entero, me comunicó que la tribu a que pertenecían esos indios vivía en Panguipulli y era muy salvaje y malvada, por lo cual había temido realmente que tuvieran la intención de atravesarnos con sus lanzas.

Nos apresuramos a regresar a la choza de Curiñanco, donde la banda ya estaba sentada formando un círculo, y se realizaban las ceremonias de salutación. Apenas terminaron, se acercó otro grupo semejante, y luego, muchos otros indígenas en pequeñas secciones, todos armados con lanzas, y cada vez que entre ellos había un cacique, se iniciaban de nuevo las ceremonias de salutación. La primera banda había llegado por casualidad, pero las demás habían concurrido obedeciendo al llamado con la pifülca, no para participar en una guerra desencadenada por Curiñanco, sino para la borrachera que se realizaría en mi honor.

Terminadas las salutaciones, mi acompañante, el capitán Mera, se presentó a la concurrencia y, alegando que había

pactado gran amistad con todos los caciques por cuyo territorio había pasado, les rogó que se hicieran también mis amigos y realizaran negocios conmigo.

Tuve entonces oportunidad de contemplar desde cerca a estos salvajes. Tenían, efectivamente, un aspecto infernal, pues la mayoría se habían teñido las narices con azul y las mejillas de color rojo ladrillo; otros, las narices con rojo y las mejillas con azul, y todos tenían una faja negra del ancho de un dedo alrededor de los ojos.

Pronto se inició la borrachera, a cuyo efecto se colocaron al centro barriles de chicha y aguardiente, alrededor de los cuales se agrupó un triple círculo de indígenas, todos con las piernas cruzadas. Apenas se habían sentado, cuando volvió a resonar en el bosque un espantoso chivateo, y se hicieron oír los estridentes sonidos de unas veinte pifulcas; se escuchaban churumbelas, algunas trompetas retumbaban, y pronto llegaron desde el bosque, a caballo, a toda carrera, numerosas mujeres y muchachas indígenas. Eran las esposas e hijas de los indígenas que Curiñanco había invitado a la fiesta y que debían encargarse de la parte musical de los bailes y cantos. Desmontaron, se sentaron como nosotros, formando una cuarta fila detrás de los varones.

Había mujeres y muchachas muy hermosas entre ellas, pero también se habían pintado. Si los hombres llevaban colores vivos en las narices y mejillas, el sexo femenino sólo usaba rayos azul-negruzcos alrededor de los ojos, pintados finamente, con gran habilidad, de modo que cada ojo parecía un sol, lo que sentaba muy bien a muchas de ellas, pues hacía más expresiva la mirada.

Curiñanco me había rogado que dispara mis revólveres tan pronto él iniciara el reparto del aguardiente, a fin de espantar al diablo y para que éste no se introdujera en nuestro grupo como murciélago o en otra forma. Para satisfacer esa petición, repartí sigilosamente a mi gente, en los alrededores inmediatos, algunos premunidos de revólveres y otros de acordeones, y cuando Curiñanco sacó el tapón del barril y llenó el primer cuerno, para vaciarlo en dirección al volcán Villarrica, di la orden de disparar. Hubo una fuerte detonación,

directamente sobre las cabezas de los indios, seguida por un terrible chivateo y gritería, y cuando se disipó el humo de la pólvora, hombres y mujeres se encontraban tendidos en el suelo. Sólo cuando escucharon la música de los acordeones y el canto, se reanimaron y palparon para verificar si no estaban heridos, y al ver que se encontraban sanos, estallaron en formidables carcajadas. Como los revólveres no les habían ocasionado ningún daño y, en cambio, según creían, habían espantado terriblemente al diablo, me rogaron con insistencia que continuara disparando, a fin de ahuyentar más lejos aún al demonio. Entonces hice disparar cuatro armas simultáneamente, lo que me agradeció Curiñanco con un abrazo. Se inició luego la borrachera, en el curso de la cual tuve que hacer otra vez el sacrificio de consumir varios cuernos de aguardiente.

Mientras bebíamos amistosamente con los salvajes, un cacique me tocó de improviso la espalda y pronunciando la palabra *trafquín*, tomó mi sombrero, se lo puso y regresó a su lugar. Me era, por cierto, muy desagradable perder mi sombrero, ¿pero qué podía hacer? Nada, sino poner buena cara. Después de un rato, se me acercó otro cacique, contempló largamente y con mucha atención mis botas, y pensé con espanto que iba a tener la ocurrencia de pedírmelas también. Por desgracia, no me había equivocado, pues luego me tocó también el hombro, dijo *trafquín*, y se sentó frente a mí, pidiendo que me las sacara. Esto ya no lo podía dejar pasar como simple broma, pues en un viaje tan importante y quizás todavía muy largo, las botas me eran indispensables. Me levanté y acudí con rapidez al capitán Mera, a fin de que me protegiera contra semejante exigencia, pues así como a uno le había gustado mi sombrero y a otro mis botas, los demás podían solicitar mi chaqueta, mi chaleco, mi pantalón y mi camisa, de modo que al final podía quedar en estado natural. Mera me conjuró a que entregara de inmediato mis botas al cacique, pues negárselas sería una gravísima ofensa y debería temer por mi vida en ese caso.

De muy malas ganas procedí a sacarme las botas y el cacique se las puso en seguida. Pero, como era muy pequeño y las

botas le quedaban, por consiguiente, demasiado grandes, ofrecía un aspecto tan ridículo que todos estallaron en carcajadas. Yo no figuraba entre los que se reían y preferí abandonar la casa, a fin de que no continuaran desvistiéndome. Mera me siguió pronto y me informó que la palabra *trafquin* era una demostración de gran amistad, y que después que los caciques habían elegido cosas mías como recuerdo, yo también tenía el derecho de elegir algo para mí. En tales circunstancias, no me era difícil escoger. El dueño de mi sombrero había llegado en un hermoso caballo negro: le grité *trafquin*, monté el caballo y se lo entregué a mi gente para que me lo guardaran. El dueño de mis botas, sin embargo, que tenía un hermoso caballo atabanado, con ricos adornos de plata, había observado mi proceder y, cuando contemplaba su corcel, se mostró tan intranquilo como yo cuando él examinaba bía llegado en un hermoso caballo negro: le gritÍ *trafquin*, y apoderarme de su caballo, con montura y riendas, y como mis botas le quedaban, además, demasiado grandes, a pesar de lo cual le apretaban mucho los pies, se dirigió repentinamente a mí para rogarme que le cambiara las botas por un sable. En retribución me entregó un hermoso caballo blanco, salvando de esa manera su caballo predilecto; yo, por mi parte, estaba feliz de recuperar mis botas.

Poco a poco, el aguardiente hizo sentir sus efectos. Todos se pusieron alegres, y aquellos hijos de una raza primitiva, que normalmente eran tan mal intencionados, se volvieron afables y accesibles. Muchos indígenas, sobre todo las mujeres y muchachas, me rodeaban y hacían miles de preguntas, que mi lenguaraz tenía que traducir. Lo que les llamaba sobre todo la atención era mi cabellera larga y rubia y mi gran barba cerrada, y me rogaron que me desvistiera, para ver si todo mi cuerpo estaba cubierto de pelos. A fin de acceder en algo, me desnudé el pecho, el que admiraron y palparon; me tomaron también la barba, y tocaron cada una de mis prendas de vestir, hasta el último botón. En verdad, me sentí harto ridículo en semejante situación.

Como los araucanos y los indios pampas son conocidos como los mejores jinetes, les rogué que me mostraran su arte,

lo que hicieron con gran placer. Unos veinte indios se alejaron del círculo, y poco después se presentó a orillas del bosque una tropilla de caballos, que se dirigió hacia nosotros al galope. Yo presumí, por supuesto, que se trataba de los caballos de los indios, que los arreaban, para apoderarse de ellos y montarlos, pero me admiré mucho cuando la tropilla se detuvo ante nosotros y pude ver que en cada caballo ya se encontraba un jinete. De esa manera asaltaban a las caravanas en la pampa, cuyos conductores también tomaban a tales tropillas por rebaños de caballos cimarrones, y eran asesinados o capturados antes de que advirtieran su error y pudiesen recurrir a sus armas. Amarraban a los caballos una correa muy delgada por la parte trasera del cuerpo, y aquellos excelentes jinetes afirmaban en esa correa el dedo gordo del pie y se sujetaban con las manos en las crines, de modo que pendían libremente al lado del caballo y se hacían totalmente invisibles. A continuación, los indios hicieron bailar cuatro caballos durante algún tiempo, al compás de la música, sobre las patas traseras. Uno de ellos, un hermoso caballo blanco, lo adquirí más tarde en trueque por mercaderías y lo hice bailar frecuentemente en Valdivia, para deleite de la población. Agasajé en seguida a los intrépidos jinetes con cigarrillos y otras fruslerías, y como Curiñanco me solicitó un puro habano, se lo entregué. Después de haber chupado algunas bocanadas de humo, se lo pasó a su vecino, y éste al siguiente, de modo que el puro hizo la ronda entre más de treinta indios, cada uno de los cuales lo chupó, sin embargo, una sola vez. Finalmente, volvió donde Curiñanco, quien fumó el resto.

Cuando usé fósforos para encender un cigarrillo, se me acercaron muchos indios para admirarme. Se entretuvieron sobre manera, haciéndome encender palitos, después de lo cual regalé la cajetilla a Curiñanco. Encendieron entonces una gran fogata, en la que asaron al palo pequeños cerdos, mitades de cordero, cuartos de bueyes y caballos, y no me cansaría de describir el interesante golpe de vista que se ofrecía, apropiado para un pintor. Acababa de salir la luna detrás de los Andes e iluminaba con luz mágica las obscuras selvas vírgenes,

reflejándose en las olas del lago; el volcán Villarrica, frente a nosotros, lanzaba enormes masas ígneas al cielo, que caían como una lluvia de fuego, iluminando los alrededores. En torno a la gran fogata estaban sentadas o reposaban pintorescamente las diabólicas figuras de los salvajes pintados de colores chillones, con las bellísimas mujeres y muchachas entre ellos, mientras mis hombres y yo tocábamos acordeones y cantábamos canciones populares. La fiesta se prolongó hasta la alta noche, hora en que los huéspedes se quedaron dormidos, uno tras otro, y yo me retiré con la cabeza bastante pesada. Debo, sin embargo, extender a los indios el certificado honroso y, al mismo tiempo muy revelador, de que, a pesar de encontrarse todos más o menos ebrios, no hubo entre ellos la menor pelea o desavenencia, ni cometieron el menor acto inmoral o chocante.

Si el escenario de la noche había sido interesante, no fue menos pintoresco el cuadro que vi al día siguiente. Gran parte de la concurrencia, varones, mujeres y muchachas, se encontraban tendidos sobre el pasto alrededor de la fogata apagada y durmiendo profundamente, mientras otros se refrescaban en las olas del lago, o laceaban sus caballos para regresar a sus viviendas. Muchos, sobre todo mujeres y muchachas, a quienes había caído mal el aguardiente, cuyo consumo no les era familiar, me imploraron con los gestos más lamentosos, cuando me presenté en el campamento, que les diera un remedio contra los dolores de cabeza y estómago. Tuve que desempaquetar mi botiquín de viaje para curarlos, y como mis remedios, aunque muy sencillos, resultaron eficaces, los enfermos me aplaudieron y agradecieron calurosamente, y me consideraron un gran médico.

Aun cuando Curiñanco, sus esposas y todos los asistentes, hicieron lo posible para inducirme a quedarme más tiempo, ordené hacer los preparativos para continuar el viaje. Como el camino desde allí a Villarrica, bordeando el lago, era muy angosto y estaba invadido por la vegetación, las mulas cargadas con los baúles y barriles podían pasar sólo con muchas dificultades. Por eso acordé transportar las mercaderías al

otro lado del lago en una canoa que me ofreció Curiñanco e hice arrear las bestias descargadas por el camino de tierra.

Los emisarios de Naipán regresaron a Pelehue, y Curiñanco me dio dos nuevos acompañantes, que debían encomendarme al próximo cacique, a Vointén, de Licán. El lago se presentaba liso como un espejo y yo tenía interés en visitar la isla mayor que hay en él, de modo que resolví usar la canoa, en la que me acompañarían Mera, mi mozo y los dos indios.

Mi esperanza de encontrar una canoa digna de tan rico cacique se vio pronto desvanecida, pues la que se había echado al agua era una medio podrida, que se empleaba para recoger el jugo de las manzanas al preparar la chicha. No había ninguna otra, ni en ese lugar, ni en el vecino de Calafquén. Si el lector tiene en cuenta que esa embarcación había sido amarrada con los tallos de una enredadera (*voqui*) a fin de que no se deshiciera, que una infinidad de perforaciones sólo estaban obstruídas con estopa y que los remos consistían en palos que llevaban amarrado un trozo cuadrado de fuerte corteza, tendrá que reconocer que era poco grata la perspectiva de un viaje de ocho horas por el lago. Pero como éste se hallaba muy tranquilo y uno de los indios me había comunicado que me mostraría en secreto algo muy interesante durante el viaje, me aventuré a hacerlo, y me embarqué en la frágil embarcación. El capitán Mera no pudo ser inducido por ningún precio a acompañarme, y se dirigió con la demás gente por tierra a Licán, de modo que sólo me acompañaron mi mozo y los dos indios. Después que los indios nos despidieron con un fuerte chivateo, la canoa avanzó, primero lentamente, cerca de la orilla, hacia el norte. Hicimos escala en una pequeña isla, donde mis acompañantes reunieron en breve tiempo numerosos huevos, y llegamos, finalmente, después de unas cuatro horas de navegación, a una roca saliente cerca del caserío de Futronhue.

De acuerdo con la tradición de los antepasados de los indios que me acompañaban, era ése el lugar donde los españoles huídos de Villarrica habían escondido antiguamente una gran cantidad de oro en el lago, con la esperanza de recuperarlo más tarde. Pero los españoles fueron asaltados por los

indígenas cuando trataron de rescatarlo, y todos murieron asesinados. Esta información era bastante verosímil, pues estaba históricamente comprobado que algunos españoles habían escapado en dirección a Valdivia poco antes del sitio, con una numerosa tropa de mulas cargadas de oro. En el viaje, los indios les cortaron el camino; los españoles alcanzaron a esconder el oro, y luego fueron todos asesinados, sin que nadie pudiera indicar el lugar donde habían sumergido el oro en el lago. Confirmaba la información el hecho de que los indios consideraban como deshonrado a quien mintiera, de modo que no podían tener interés en proporcionar una noticia falsa. Por el contrario, la comunicación del secreto hacía peligrar la vida del infidente. Hasta qué grado ellos mismos estaban convencidos de la existencia del tesoro, quedó demostrado por el hecho de que por más de media hora navegamos sobre un determinado lugar, procurando descubrir el oro en el fondo del lago. Me aseguraron que los tesoros eran visibles hasta una profundidad de quince pies. Desgraciadamente, se levantó un poco de viento, cuya intensidad aumentó de minuto en minuto, y como ya se formaban olas, nos vimos obligados a renunciar por el momento a la búsqueda, pero los indígenas me prometieron mostrarme el lugar preciso a mi regreso de Villarrica.

Las olas comenzaron a aumentar en altura, y el viento sopló con mayor intensidad, de modo que tratamos de llegar a la mayor de las islas. Pero teníamos el viento y las olas en contra, por lo cual entraba tanta agua en nuestra canoa, que mi mozo y yo nos ocupábamos incesantemente en achicarla, para no hundirnos. Habíamos luchado ya más de una hora con las olas, cuando —para aumentar la desgracia— se quebraron los dos remos. Nos vimos llevados de un lado a otro, sin poder evitarlo, y ya estábamos seguros de nuestra perdición, cuando, por suerte, cambió el viento; levantóse uno del Este, y así, nuestra embarcación, que bailaba en el agua agitada, fue vigorosamente impulsada hacia la isla grande. Poco después, una gran ola nos echó con tal fuerza sobre la orilla, que sólo la presteza de los indios hizo que se salvaran la canoa y las mercaderías dispersas. Totalmente mojados, bus-

qué un refugio y descubrí una cueva, adonde mandé transportar todas las mercaderías y encender de inmediato una fogata, a fin de secarnos nosotros mismos y el equipaje.

Reconfortados con alguna comida y bebidas, recorrimos la isla, que tenía una superficie aproximada de cuatro morgen (una hectárea) * y estaba cubierta de apretado bosque. El viento, que soplaba con violencia desde los Andes, cubiertos de nieve, era frío, y pronto se transformó en temporal; las olas crecían cada vez más, se quebraban formando crestas de espuma, bramaban y se rompían a nuestros pies, mojando hasta gran altura una enorme roca que se alzaba en la isla. Sin duda todos habríamos perdido la vida si nuestra frágil embarcación no hubiera naufragado en ese lugar. Agradecimos todos a Dios por nuestra salvación del gran peligro, y los indígenas hicieron el sacrificio de algunos víveres.

Desde esta roca se disfrutaba de un magnífico panorama, pues, hacia el Sur, se veían en la orilla las chozas que formaban las parcialidades de Calafquén y Trailafquén, diseminadas en medio de manzanares; hacia el Norte, aparecían en el borde obscuro de la selva algunas chozas de la de Licán; al Este, se elevaba la Cordillera de los Andes, con el volcán Villarrica, que brillaba iluminado por el sol de la tarde; y, a mis pies, se quebraban contra la roca las enormes olas del lago. Admiramos hasta que cayó la noche esa magnífica naturaleza y regresamos a nuestra cueva, donde nos quedamos dormidos, después de habernos preparado un lecho tan cómodo como lo permitían las circunstancias.

A la salida del sol se apaciguó la tormenta e íbamos a echar de nuevo al agua la canoa, debidamente reparada, cuando el capitán Mera, con algunos indios, llegó a buscarnos en una buena canoa que había conseguido en Licán. No fueron pequeñas su sorpresa y alegría cuando nos encontró a todos con vida. Transportamos rápidamente las mercaderías a la canoa y, con la vieja embarcación a remolque, llegamos, después de una hora de navegación, a Licán, sobre la orilla nor-

* Cuatro *morgen* equivalen a una hectárea, pero la superficie verdadera de la isla donde desembarcó Treutler es de unas quince hectáreas. (N. del T.).

te del lago. Allí, el cacique Vointén y sus mujeres nos recibieron cariñosamente.

Toda la zona que hasta entonces visitara había estado poblada antiguamente por numerosas reducciones indígenas, de las que sólo se conservaban algunos restos. También en Licán encontré nada más que ruinas de viviendas, indicios de antiguos cultivos, especialmente grandes manzanares, y sólo dos chozas habitadas por Vointén, el dueño de todos los terrenos vecinos. En otras partes la desolación había sido producida por los españoles y la viruela; aquí, el vecino peligroso era el volcán, que había cubierto todo el terreno entre las chozas y la orilla del lago con escorias, piedras calcinadas de todos tamaños, piedra pómez y cenizas volcánicas. Esa situación me pareció peligrosa, sobre todo al observar que el cráter había arrojado piedras de un pie cúbico de grueso, pero Vointén me explicó que desde hacía años ninguna había alcanzado hasta allí, gracias a que el cráter en actividad estaba situado en la falda sureste del cerro.

Vointén era un individuo muy alegre, amable, de buen ánimo, pequeño y obeso, de unos sesenta años de edad; tenía sólo dos mujeres y, además, grandes rebaños de caballos y vacunos especialmente hermosos. En la tarde apareció también su yerno, que vivía en Challupén, lugar situado en la falda del volcán. Como en Licán me había presentado también como mercader, me aconsejó Vointén que permaneciera algunos días en su choza, pues llegaría luego de allende la Cordillera un cacique muy rico de las pampas, quien sin duda, me cambiaría de inmediato todas las mercaderías por excelentes caballos. Pero el consejo me indujo a apresurar mi partida, por cuanto ese cacique era el ya nombrado, salvaje y sanguinario, que había asesinado a su hermano Marinao y sus hijos en Manguisehue, robándoles todo e incendiando la Misión.

Pronto tuvimos suficiente confianza con nuestro anfitrión, y una vez que el capitán Mera le hubo escanciado bastante aguardiente para ponerlo comunicativo, le dio a conocer el mismo Mera el verdadero motivo de mi viaje, y le solicitó ayuda. En un comienzo, y a pesar de su estado, Vointén se mani-

festó sorprendido por esos planes. Pero le hice saber por intermedio de Mera que todos los caciques que había visitado estaban secretamente de acuerdo conmigo y que tenía el propósito de compartir honradamente con él los tesoros que encontrara. Como sabía que él no podía aceptar oro, le prometí enviarle desde Valdivia mercaderías por el valor correspondiente y le aseguré que guardaría el más absoluto secreto acerca de cuanto me participara. Entonces acordó darme diversas informaciones y me prometió que, a la mañana siguiente me conduciría con todo sigilo al lugar donde se encontraba un gran tesoro y me acompañaría luego a Voipire, donde vivía el cacique más vecino a las ruinas de Villarrica, Antüilef, a fin de recomendarme a él. Acerca de los boquetes que conducen desde aquí a Argentina, supe por su yerno que el más cercano pasaba directamente desde allí, por sus terrenos en Challupén. Pero ocurría que el más corto era muy empinado y difícil y sólo transitable en verano, mientras que otro, que se dirige de las ruinas de Villarrica por Pucón y Pailín al pie del volcán Quetru *, es totalmente plano, cómodo y transitable en todo tiempo. Hay un tercer paso, al norte de Villarrica, que pasa al pie del volcán Llaima.

Al alba del día siguiente, me dirigí al lago, acompañado por Vointén y mi mozo. Cabalgamos cerca de una hora bordeando la orilla oriental, al pie del volcán, por un camino cubierto de lava, escoria, piedra pómez y ceniza. Cruzamos varios torrentes que alimentan al lago y llegamos al lugar en que nace un ancho canal que constituye el desagüe del lago Villarrica en el de Panguipulli, situado algunas leguas más al Sur. Desde allí nos dirigimos a la izquierda, hacia la falda del volcán, y después de haber recorrido un trecho en la selva, Vointén me señaló que me adelantara con mi mozo, debido a que el terreno donde estaba sepultado el tesoro se encontraba en un lugar adonde él no podía llegar sin provocar el enojo de los dioses, pero esperaría allí mismo para que nadie nos sorprendiera. Avancé un corto trecho aún, entre los arbustos, y aparecieron ante mi vista las antiguas fortificaciones

* Llamado ahora Quetrupillán (N. del T.).

con fosos dobles, todavía profundos después de siglos y que debieron de ser aún más hondos. Estaban ahora totalmente cubiertos por las quilas, y árboles seculares crecían dentro de las fortificaciones y sobre los fosos. Ya no existían murallas, en cuanto pude observar, pero descubrí los cimientos de una fila de casas, que deben de haber formado antiguamente una calle, que se prolongaba hacia arriba por la falda del cerro. Vointén me había indicado como lugar del tesoro, un gran montón de piedras, reunido por la mano del hombre. Busqué durante largo tiempo entre los numerosos escombros y las grandes piedras arrojadas por el volcán, hasta encontrar un montículo que correspondía a la descripción. Pero se hallaba tan cubierto de vegetación que las piedras estaban unidas al suelo, de modo que se necesitaba un chuzo para separarlas, por lo cual acordé volver luego con mis mineros y sus herramientas.

Me hice bajar al primer foso y, abriéndome paso con el machete a través de los densos arbustos, subí por el otro lado. Iba, precisamente, a descender al foso interior cuando Vointén dio la alarma, indicándome que regresara rápidamente. Como estaba deseoso de alcanzar la parte interior de la fortificación, me fue muy molesto volver, pero no había más remedio.

Encontré a Vointén tiritando de pies a cabeza y, sin decir palabra, nos internamos por lo más denso de la selva, para regresar a casa haciendo rodeos. Cuando llegamos, me comunicó Mera que varios indios pehuenches, que acababan de llegar a través de la cordillera, habían acampado cerca de nosotros y, si nos hubieran descubierto, la vida de todos habría corrido peligro, pues pertenecían, al parecer, al séquito del cacique que había asesinado a Marinao.

En tales circunstancias era imposible continuar el reconocimiento del lugar, y para no encontrarnos con aquellos salvajes, mandé preparar de inmediato la continuación del viaje. Así, poco después, me encontré, acompañado por Vointén, con mi gente y las mercadería en el camino a Voipire. Aún cuando este lugar quedaba hacia el norte, tuvimos que dirigirnos al Oeste, pues en ese rumbo se extendía, directamente

desde el volcán, un barranco de media legua de largo, muy profundo y de paredes verticales, que debíamos orillar. Después de recorrer durante algunas horas un camino muy angosto e invadido por la vegetación, que pasaba frente a las ruinas de antiguas fortificaciones, como en Malalhue, llegamos, por fin, al término del barranco. Allí se extendía un gran llano despejado, donde bajo un manzanar, se levantaban las chozas del caserío de Chesque Alto. El cacique del lugar había fallecido poco antes, de modo que, afortunadamente pudimos eludir las formalidades de la salutación y de una estada innecesaria. Acampamos un momento a la sombra y trocamos con los indios algunas mercaderías por caballos. Luego proseguimos viaje y caminando ahora por el lado Norte del barranco hacia el Este, llegamos poco después al caserío de Voipire. Sus chozas estaban diseminadas entre manzanos en una pradera de más o menos una legua cuadrada que se extendía al pie Noroeste del colcán y, a través de la cual, corría el riacho de Voipire, que tiene su origen en el volcán. Era el lugar descrito por el padre Imons, cuyo informe he dado a conocer en el capítulo II, es decir, se trataba del sitio en cuya vecindad inmediata debían encontrarse las ricas vetas de oro, plata y cobre y en el que el padre sospechó que podía haber diamantes.

Nos alojamos allí en la ruca del cacique Antülef, donde, una vez cumplidas las conocidas ceremonias de salutación, beneficiado el inevitable carnero y bebida su sangre, entregué obsequios al cacique y a sus mujeres. Les había reservado los regalos más importantes y valiosos, en atención a que este cacique era el más cercano a las ruinas de Villarrica. Como le obsequié también un barrilito de ron, Mera y Vointén le brindaron con insistencia, y cuando su ánimo estaba debidamente preparado, le participaron el verdadero objetivo de mi viaje con la promesa de una participación en las utilidades, y lograron también obtener la promesa de su cooperación.

Pretextando que iba de caza, me eché la escopeta al hombro y, acompañado de mi mozo, comencé a escalar las faldas del volcán. Pero en cuanto salí, me siguieron varios indios que observaban todos mis movimientos. Cuando recogí una

piedra, me exigieron de inmediato que la botara; cuando quise dibujar el volcán, tampoco lo permitieron, y, finalmente me obligaron a regresar a la casa del cacique Antülef. En ella me encontré con dos hermanos del cacique, que ya estaban en el secreto y a quienes también tuve que entregar valiosos regalos. Antes del mediodía llegaron otros cincuenta indios, invitados por mi anfitrión.

Con varios de ellos realicé diversas operaciones de trueque, les hice regalos y, en seguida, se inició la borrachera. Cuando la concurrencia estaba ya de buen ánimo, el capitán Mera les dirigió una arenga. Les comunicó que, si bien había venido para hacer negocios de cambalache con ellos, tenía conocimiento de la existencia de grandes tesoros en la zona y poseía los conocimientos necesarios para desenterrarlos, por lo cual solicitaba permiso para reconocer y explorar los alrededores. Agregó que yo era su amigo, que había trabado amistad con todos los caciques visitados, que me habían recomendado muy bien, por lo cual esperaba y solicitaba que se accediera a mi petición.

En seguida pronunciaron discursos a mi favor los caciques Vointén y Antülef y, finalmente, me dirigí yo mismo a la asamblea, traduciendo Mera mis palabras. Declaré que sabía perfectamente que existían ricas minas auríferas en la región, las cuales habían sido aterradas por sus antepasados cuando expulsaron a sus opresores, los españoles. Agregué que no ignoraba que había grandes cantidades de oro enterradas en Villarrica, durante el sitio, y que aún cuando me habría sido fácil desenterrarlos, no había querido, pues me proponía no hacer nada sin su consentimiento y deseaba compartir honradamente con ellos los tesoros que desenterraría una vez que me concedieran el permiso solicitado. Como sabía también que les estaba vedado aceptar oro en pago, les proponía pagarles su participación en forma de pesos fuertes nuevos o en mercaderías. De ese modo, la tribu de Voipire llegaría a ser la más rica y poderosa de toda la Araucanía y podría adquirir las más hermosas mujeres y muchachas y adornarlas con las alhajas más valiosas; llegarían además, a ser dueños de los mejores caballos, enjaezados con los más ricos adornos de pla-

ta, y les enviaría grandes barriles de aguardiente para que pudieran celebrar las más magníficas fiestas durante todo el año.

A mi discurso siguió un formidable chivateo y, a fin de lograr que todos me fueran benevolentes, mandé repartir cigarrillos y obsequié a cada cual un pañuelo rojo de algodón como faja para la cabellera.

Después de una discusión de cerca de media hora, se levantó un indio bastante anciano y declaró que si me mostraban aquellos tesoros, tan inteligentemente ocultos por los antepasados, que establecieron la pena capital por su descubrimiento e, incluso, por el solo hecho de pisar el sitio donde se encontraban, pronto el gobierno chileno enviaría soldados, les arrebataría todas sus tierras y mandaría redescubrir las minas, obligándolos a trabajar, de nuevo, en calidad de esclavos.

Contesté a ese discurso que yo era alemán, que nada tenía que ver con el gobierno chileno y que, al encontrar tesoros, sólo los compartiría con ellos. Después de otra gran gritería, volvió a levantarse el anciano y declaró que si era capaz de cazar el gran cóndor que volaba sobre ellos, creería en mi amistad y aceptaría mis proposiciones.

El cumplimiento de la ordalía que me fijaba no era fácil, pero tomé mi carabina, apunté con cuidado, disparé, y la enorme ave se precipitó con estruendo desde la altura. Curiosamente, pero tal como lo había calculado, cayó justo a los pies del anciano. La concurrencia quedó atónita y el orador se me acercó y me besó, después de lo cual se levantó un espantoso chivateo y yo obtuve, con asentimiento unánime, permiso para buscar tesoros y descubrir minas. En seguida, volvió a hablar el anciano para declarar que si bien todos estaban conformes con que yo me dirigiera a las ruinas de Villarrica, era imprescindible conseguir también el permiso de los caciques del otro lado del lago y del río Toltén, en Putuhué y Allipén, lo que fue aprobado en forma general. Pero, como estos caciques habían viajado a la República Argentina, se acordó que regresara dentro de algunos meses y que, entre tanto ellos me conseguirían el permiso correspondiente.

No pude sino aprobar esta medida de precaución, pero el

lector podrá imaginar lo desagradable que me resultó tener que regresar a Valdivia cuando estaba a una hora de la meta tan anhelada y después de tantos sacrificios en dinero y tiempo.

Desesperado ante el fracaso de mi expedición, me despedí de la concurrencia, prometiendo regresar dentro de algunos meses, y me retiré a mi campamento, que mi gente había levantado bajo los manzanos, al aire libre, ya que había una hermosa noche de verano. Cuando yacía con el peor humor imaginable, observando el cráter que se encontraba frente a mí, del cual salían alternativamente masas de humo negro y fuego, se me acercó Mera con un indio de unos veinticinco años de edad que me había agradado ya por su apariencia. Tenía el cutis muy blanco, una cara simpática, de nariz aguileña, auténticamente española, y montaba un hermoso caballo con adornos de plata por valor de varios centenares de pesos. Me admiré aún más cuando el indio me habló en castellano.

Se llamaba Quiltrulef, era hijo de un cacique y de una cristiana raptada, había hecho la guerra con su padre en las pampas argentinas y, en varias ocasiones había viajado a través de los Andes desde el Océano Pacífico hasta Buenos Aires y el Océano Atlántico. En esos viajes había aprendido algo de español y, ya que no era tan supersticioso como para creer que no debía pisar el terreno donde se encontraban los españoles caídos en la guerra, había construído su choza cerca de las ruinas de Villarrica, donde vivía con sus mujeres. Poseía los campos más fértiles, y las mejores praderas y grandes rebaños de caballos y vacunos.

Como yo no podía dirigirme públicamente a las ruinas de Villarrica, venía a invitarme para que lo acompañara esa misma noche a caballo a su ruca. Desde allí me acompañaría, el día siguiente, a las ruinas, al lago y, más tarde, también al paso que conduce a Argentina; pero —agregó— para eso, era necesario que me vistiera como un indio y me cortara la barba.

Muy agradecido por ese ofrecimiento, entregué ricos obsequios al joven y le rogué que me proporcionara algunas informaciones sobre aquella zona, lo que hizo gustosamente.

Me dijo que las ruinas de Villarrica se encontraban a sólo una hora de camino y que estaban situadas inmediatamente a orillas del lago de su nombre hacia el extremo suroccidental, donde tiene su origen el río Toltén. A pesar que todo un denso bosque cubría el lugar de la antigua ciudad y sus fortificaciones, restos de construcciones en pie permitían reconocer claramente las calles y plazas y a los grandes edificios, como iglesias, monasterios y fortificaciones. Había muchos tesoros enterrados, y se conocían algunos de los lugares donde se hallaban, pero ningún indígena podía pisarlos para no enojar a los dioses. Uno de los tesoros yacía debajo de una gran piedra plana, cubierta de inscripciones, que él conocía. En el lago, cerca del nacimiento del río Toltén, existía, además, una isla donde los españoles habían enterrado igualmente grandes sumas, pero también les estaba vedado a los indios visitarla, sin exponerse a la ira de los dioses. Cada vez que alguien se acercaba, se desencadenaba un temporal y se ahogaba el temerario. Agregó que la causa por la cual nadie desenterraba estos tesoros no era sólo el deseo de no atraer la atención de los chilenos, o el de no enemistarse con los dioses, sino también un sentimiento de rectitud que les inducía a reconocer que el oro no les pertenecía a ellos, sino a los españoles, de modo que si se apoderaban de él, serían castigados con el regreso de sus enemigos, quienes los esclavizarían. En la cercanía, sobre todo en Pucón y Pailín (Palguín), se encontraban ricas vetas de oro, de plata y cobre, y si bien las minas fueron tapadas y aterradas antiguamente, era posible reconocer los piques y las ricas vetas en los lugares en que el agua había llevado consigo la tierra. En cuanto al camino a la Argentina, era, sobre todo, recomendable el paso de Villarrica, pues era plano, con la única excepción de una pequeña colina, y transitable durante todo el año.

Entusiasmado en grado sumo por estas informaciones, que confirmaban todas las reunidas anteriormente, acordé de inmediato colocarme el traje indígena, cortarme la barba y dirigirme en la noche siguiente con todo sigilo, a la ruca de Quiltrulef. Rogué a Mera que me acompañara como intérprete,

pues Quiltrulef entendía muy poco el español y lo hablaba aún menos. Pero éste me contestó que no se atrevería a hacerlo a ningún precio, pues era seguro que ambos perderíamos la vida en esta aventura, y empleó toda su elocuencia en inducirme a emprender el viaje de regreso, para volver más tarde. Pedí solamente que me acompañara mi lenguaraz Soto, pero también éste tenía tanto miedo, que no era posible inducirlo a acompañarme, por mucho dinero que le ofreciera. Esto me desesperó, y resolví finalmente viajar solo con el indio, en la esperanza que mis compañeros no partirían durante mi ausencia. Desgraciadamente, tampoco me resultó ese arbitrio, pues todos me hablaron seriamente de la crueldad de los indios, rogándome insistemente que no aventurara mi vida en esa forma, por lo cual tuve que acceder al fin y someterme a mi suerte. Por tal motivo, mandé preparar de inmediato el regreso, y después de prometer a Quiltrulef que lo visitaría pronto, abandonamos Voipire y llegamos luego a Chesque Alto, donde pasamos la noche bajo los manzanos.

Apenas nos habíamos recogido, cuando nos alcanzó un indígena, hermano del cacique Antülef, con quien había trocado un hermoso trabuco por un caballo. El indio había cargado el arma con doble cantidad de pólvora y había recibido un golpe tan fuerte en la mejilla al disparar, que no se atrevió a volver a cargarla. Con la cara hinchada llegó a buscarme para que aceptara la devolución del trabuco y se lo cambiara por una camisa. Yo estaba muy de acuerdo, pues el trabuco me había costado diez pesos, de modo que le regalé, además, cuchillos, tabaco y diversos otros objetos. Por mucho que los indígenas se interesaran siempre por mis carabinas, revólveres, pistolas y sus aplicaciones, no era posible inducirlos a usar armas de fuego, al extremo de que no las aceptaban jamás como obsequios y, en cambio, un buen sable disfrutaba de aprecio general.

Dejamos Chesque Alto de madrugada y llegamos pronto a Licán. Desde allí quería dirigirme al día siguiente, con mis mineros, a las antiguas fortificaciones que me había mostrado Vointén, a fin de desenterrar el tesoro, y visitar en segui-

da, con los indios de Trailafquén, el lugar donde pretendían haber visto tesoros. Desgraciadamente, no pude realizar ninguno de estos dos proyectos, pues un gran número de indios de Panguipulli estaban apacentando su ganado en la cercanía de las ruinas, y tenían el propósito de permanecer allí algunas semanas.

En la tarde, Vointén realizó un rodeo de su ganado, que era tan numeroso y de tan buena calidad, como no había visto otro. Elegí algunos hermosos bueyes por las mercaderías entregadas en trueque y mandé juntarlos en yuntas.

Era sumamente curioso que los indios, que poseían tan magníficos rebaños de vacunos, no bebieran jamás leche, ni produjeran queso o mantequilla; tampoco los consumían, debido a que consideraban esa costumbre cristiana como algo impuro, sucio. Siempre se admiraban extraordinariamente cuando yo bebía leche en mis viajes, y era fácil advertir por la expresión de sus caras la repugnancia que sentían.

Como en las condiciones reinantes no me era posible realizar ninguno de mis planes y el cielo anunciaba vientos y aguaceros, acordé acelerar en todo lo posible el regreso a Valdivia.

Despaché, pues, a dos de los arrieros a Trailafquén, para que recogieran los caballos y vacunos que había adquirido allí por medio del cambalache, y me dirigí con Mera y los demás por la orilla occidental del lago hasta Manguisehue. Ahí descansamos en casa del ya mencionado herrero chileno, yerno del viejo Marinao y, proseguimos el viaje por Chinguil para llegar en la tarde a Pelehue, donde pernoctamos.

Yo partí al rayar el día, pero Mera se quedó para ocuparse de su explotación agrícola. Si ya estaba de mal humor por haber fracasado mis proyectos, en el camino llegué a un estado de verdadera desesperación. Mi caravana, que a la ida era de once personas a caballo y seis bestias de carga, había aumentado ahora en catorce caballos semicimarrones y doce bueyes, todos los cuales había obtenido en trueque. Los bueyes, a pesar de ir en yuntas, apenas avanzaban cien pasos sin escaparse al espeso bosque virgen que bordeaba la huella. Así, no sólo tenía que seguir paso a paso al rebaño sino que de-

bía detenerme, a menudo por media hora o más, mientras desenredaban de los quilantos y coliguales a los bueyes que se habían escapado. Era preciso sacarlos con la ayuda del machete e, incluso, hubo necesidad de derribar árboles para librarlos. Entre tanto, llovía a cántaros y el camino estaba tan pantanoso y trillado que nuestros caballos se caían o quedaban detenidos, todo lo cual podrá explicar mi estado de ánimo. En tales circunstancias llegamos a Chaingal, cruzamos por primera vez el Leufucahue, que ya había crecido mucho, subimos con muchas dificultades al cordón de Malalhue, pasamos por segunda vez el río, llegamos a Quilche, cambiamos por tercera vez de orilla y alcanzamos a La Rosa, donde descansamos una hora. Continuando desde allá nuestro pesado viaje, llegamos en la tarde a Pucalón, donde hubo muchas dificultades para que los bueyes pasaran al otro lado del río, y arribamos finalmente a Puleufu, donde pasamos la noche en la ruca de un indio.

En las primeras horas de la madrugada del 23 de diciembre salimos de nuevo. Cuando cruzamos por quinta vez el Leufucahue en Imulfudi, su caudal había aumentado tanto durante la noche, que nos fue necesario pasar a nado, ayudándonos los indios a arrear los bueyes a través del río. Después de breve descanso, continuamos el viaje que, si hasta entonces había sido muy pesado, se tornó difícil y hasta peligroso cuando tuvimos que cruzar el Cruces. Este río, ya unido con el Leufucahue, era mucho más profundo, ancho y correntoso, y sólo se podía pasar a nado, y, además, había que hacerlo por un lugar en medio de la selva virgen, donde no había vivienda alguna, ni canoa ni ayuda de ninguna especie.

Tratamos de pasar a la brevedad posible, a cuyo fin amarramos un lazo en los cuernos de una yunta de bueyes, y, amarrado a la otra punta, uno de mis arrieros y los mineros se arrojaron a la corriente y con mucho esfuerzo lograron llegar a la otra orilla. Mientras desde nuestra orilla incitábamos a la primera yunta a cruzar el río, mis hombres la tiraban desde el otro lado, hasta que la hicieron pasar. El arriero nadó de nuevo hacia nosotros trayendo el lazo y así, poco a poco, hicimos cruzar el río a todos los bueyes y caballos que llevá-

bamos, tras los cuales pasamos yo y mi gente. Esa operación nos tomó seis horas y luego continuamos viaje hasta Marilef, donde comimos algo en casa del cacique Carriman, para seguir rápidamente a San José, a cuya Misión llegamos esa misma tarde, sin nuevos contratiempos.

Llegaba triste, cansado y maltrecho y, para colmo de males, supe que el 17 de diciembre había estallado en Valdivia un gran incendio. Avivado por el viento, el fuego había reducido a cenizas la parte más hermosa de la ciudad, la construída y poblada por los alemanes. El hotel donde dejara todas mis pertenencias y colecciones había quedado totalmente destruído y muchos de mis amigos habían perdido cuanto poseían. Esa noticia me indujo a partir en cuanto aclaró el día siguiente. Dejé encargado a mi gente que arrearan a Valdivia los caballos y bueyes que había adquirido y, en compañía de mi mozo, me dirigí a Cruces. Allí, mi amigo García me facilitó un bote y en su compañía y la de la bella Claudina bajamos rápidamente por el correntoso Cruces para llegar esa misma tarde a Valdivia.

* * *

¡Qué triste golpe de vista se me ofreció al llegar! Las tres calles más hermosas habían quedado totalmente destruídas por el incendio y sólo encontré una extensión negra, cubierta de vigas carbonizadas. De mis cosas no se había salvado una. Como se habían quemado todos los hoteles, los particulares habían dado acogida en sus casas a los damnificados y me fue difícil encontrar hospedaje pero, al menos, pude pasar la noche a cubierto, envuelto en mis ponchos. A la mañana siguiente vendí de inmediato mis bueyes, que habían llegado entre tanto y, llevando los dieciséis caballos que había adquirido de los indios, continué viaje a la zona que los alemanes habían colonizado en La Unión y Osorno. Así pude pasar entre compatriotas la Navidad de ese año, según contaré más adelante.

Capítulo VIII

1860. TERCERA EXPEDICIÓN A LA ARAUCANÍA, POR SAN JOSÉ Y NIGUEN HASTA PITRUFQUÉN

Habían transcurrido tres meses desde mi expedición a la Araucanía, plazo dentro del cual el cacique Quiltrulef me había prometido conseguir el permiso de los caciques de Putuhue y Allipén para visitar las ruinas y las antiguas minas auríferas y para reconocer el paso de Villarrica. Así, apenas podía dominar mi deseo de partir, a pesar de lo avanzado de la temporada y de las dificultades previsibles, y mis preparativos para la expedición quedaron muy pronto terminados. Despaché mis caballos por tierra a Cruces y me embarqué en Valdivia el 14 de marzo, acompañado por mi mozo y los mineros. Después de cinco horas de viaje por el río Cruces, desembarqué en el lugar homónimo, donde encontré mis caballos y desde el cual continué mi viaje, después de haber descansado una hora en casa de la bella rosa de la selva, de Claudina, y de haber arrendado a su padre las mulas que necesitaba. Esa misma tarde llegamos a la Misión de San José.

Estaba absolutamente convencido de que, según lo convenido, el capitán Mora me esperaba y tenía contratados al lenguaraz y a los arrieros, en forma de que pudiéramos partir sin demora. Pero no fue poca mi sorpresa cuando los misioneros me comunicaron que ni Mera, ni el lenguaraz, ni los arrieros me querían acompañar y que nadie deseaba arrendarme mulas. Ese extraño comportamiento se debía al rumor generalizado de que el cacique Allapán, de Panguipulli, se había aliado con varios otros para asaltarme y asesinar a todos los miembros de mi expedición.

Para no perder tiempo, a la mañana siguiente, les ofrecí doble paga a todos mis antiguos acompañantes, pero ninguno quiso partir conmigo a ningún precio, pues estaban seguros de que perderían la vida.

* * *

Llevaba ya diez días en la Misión y no había podido inducir a nadie a que me acompañara. Todo ese tiempo había llovido fuertemente y los ríos estaban invadeables. Así, antes de regresar derrotado a Valdivia, resolví hacer una pequeña excursión al caserío de Pidei, situado a pocas leguas de distancia, dentro de territorio cristiano. Un chileno que vivía allí había comunicado a los misioneros, bajo promesa de guardar el secreto, que en un terreno vecino, perteneciente a un indio llamado Chepu, había encontrado la mina que le produjera enormes cantidades de oro al conquistador don Pedro de Valdivia.

Cuando terminaron, por fin, los aguaceros y el sol comenzó a brillar de nuevo con su acostumbrada amabilidad, me alejé de la Misión, acompañado solamente por mi mozo. Pasamos el río Cruces, que iba bastante lleno, y al cabo de unas horas de camino por senderos harto pantanosos llegamos al caserío de Pidei, que constaba sólo de pocas viviendas.

Gracias a las excelentes recomendaciones de los misioneros de San José, el chileno de marras me acogió con la mayor gentileza y me comunicó en confianza que no sólo creía haber descubierto la mina aurífera más rica de Valdivia, sino también diamantes.

Salimos muy de madrugada al día siguiente, y tuve ocasión de reconocer un gran yacimiento de fierro oxidado arcilífero, que poco antes habían descubierto cerca del lugar. Cabalgamos luego por la selva virgen y llegamos a un extenso claro sembrado de incontables agujeros de unos dos pies de profundidad. Antiguamente debieron de haber sido mucho más hondos y testimoniaban claramente que allí se había extraído oro. Una prueba de que el lugar tiene que haber sido muy rico, eran los grandes cántaros de greda, que estaban diseminados en el bosque, en los cuales los españoles transportaban el mercurio, que empleaban para el beneficio de la tierra aurífera. Desde allí nos dirigimos al terreno de Huichaco, perteneciente al indio Chepu.

Si el camino hasta entonces había sido tan malo que sólo podíamos avanzar con mucha lentitud y penuria, se transformó de allí para adelante en un peligro mortal. Durante

una hora no avanzamos más de un cuarto de legua por un trecho en que el agua de los ríos desbordados nos alcanzaba a menudo hasta la montura. Los caballos se quedaban pegados a cada rato en el suelo arcilloso o tropezaban en obstáculos ocultos bajo el agua. Así tuve la desgracia de caer con mi valeroso caballo, que me aplastó, de modo que si mi acompañante no me hubiera librado de inmediato, me habría ahogado. En tales condiciones, totalmente mojado y cubierto de fango, no me quedó más que dejar para la temporada más seca el reconocimiento de la región y las minas auríferas, y volvimos a Pidei, desde donde me apresuré a regresar a San José con mi mozo.

Ya que no tenía expectativas de viajar al territorio indígena, me había propuesto regresar al día siguiente a Valdivia, pero cambié repentinamente de resolución. A mi regreso me encontré en la Misión con un indio llamado Railef, hermano del poderoso cacique Paillalef, de Pitrufquén, que regresaba a su casa desde Valdivia, donde había realizado algunas operaciones de trueque. Era un hombre alto, vigoroso y bello, vestido de militar, con gorro galoneado y pesadas espuelas de plata. Había realizado frecuentes viajes a través de la cordillera andina hasta el Atlántico; había estado también en Santiago como emisario de su tribu, hablaba un poco el español y tenía simpatías por la civilización y el cristianismo. Mediante algunos valiosos regalos obtuve pronto su amistad y luego le comuniqué mis planes respecto de Villarrica, como también las causas del atraso de mi expedición. En una prolongada entrevista que tuve con él, me confirmó que cerca de Villarrica había vetas muy ricas de oro, plata y cobre, como también grandes cantidades de oro enterradas, en sitios que los indios no podían pisar sin que se enojaran sus dioses, los cuales, mucho menos, les permitían apoderarse del oro.

Me aconsejó en forma terminante que, por ahora al menos, no viajara directamente a Voipire y Villarrica, debido a que los indios estaban entregados a incesantes borracheras, los ríos eran difíciles de vadear y el cacique Allapán era enemigo tan declarado de los extranjeros que por una causa u otra podría morir con toda mi gente en una expedi-

ción. En cambio, me invitó a que lo visitara en Pitrufquén tan pronto los ríos y senderos permitieran el paso de mi pequeña caravana, prometiéndome que me apoyaría en la medida de sus fuerzas si le concedía una participación en las utilidades de mi empresa. Su plan consistía en conducirme desde Pitrufquén, cabalgando hacia arriba por las orillas del río Toltén, hasta Villarrica, donde vivían sus parientes de la familia Quiltrulef.

Por supuesto que acepté muy agradecido y complacido la invitación de Railef, a quien los misioneros hicieron también las mayores atenciones antes de que regresara a Pitrufquén.

* * *

Hacía algunos días que ya no llovía, el cielo estaba otra vez despejado, los ríos habían vuelto a bajar y los senderos se habían secado. Con la oferta de elevados salarios pude conseguir que me acompañaran, al menos hasta Pitrufquén, el lenguaraz Soto y algunos arrieros, de modo que, finalmente, me despedí de los buenos misioneros e inicié mi nuevo viaje.

Avanzamos primero por el mismo camino que habíamos seguido en la expedición a Villarrica, y así pasamos a hacer una breve visita al cacique Carriman, de Marilef. Luego, cerca del caserío de Ciruelos, atravesamos, con bastante dificultad, el río Cruces, que estaba muy crecido, y llegamos por fin a Imulfudi. Allí vadeamos el Leufucahue, también difícil de pasar, y en vez de dirigirnos al Este, como lo habíamos hecho antes, tomamos rumbo al Norte y llegamos al caserío de Cudico, consistente en unas pocas rucas. Allí descansamos sólo una hora y, prosiguiendo el viaje, llegamos primero a Mucún y luego a Vaicalaf, ambos villorrios de algunas miserables rucas. Pasamos la noche en ese mismo lugar.

Continuamos el viaje al rayar el día, atravesamos luego el río Cruces, para llegar primero a Rancahue, donde también había sólo unas pocas rucas, situadas en medio de hermosas plantaciones de manzanos, y luego a Coihue. Allí tuvimos que descansar una hora, pues el cacique Cheuquepán nos in-

vitó a probar su chicha nueva, la que, por supuesto, tuve que retribuir con algunos pequeños regalos.

Atravesamos por tercera vez el río Cruces, y después de haber pasado en su orilla oriental por los caseríos de Sapaco y Chesque Bajo, tuvimos que cambiar por cuarta vez de orilla y llegamos a Loncoche.

Hasta entonces habíamos avanzado por la ribera del Cruces en terreno completamente plano, pero ahora tuvimos que dirigirnos hacia el Norte, pasando por una región accidentada cuyas depresiones eran tan pantanosas que las bestias de carga se quedaban a menudo detenidas, y sólo después de tres horas de esfuerzos llegamos al lugar de Niguén. Se encontraba éste pintorescamente situado sobre varias colinas desprovistas de árboles y rodeado de campos cultivados y de manzanares. Como el cacique del lugar, Aburto, estaba ausente, acampamos al aire libre para descansar un poco.

Pronto la tribu entera se reunió, llena de curiosidad, alrededor de nosotros, y aproveché para preguntar por el camino a Pitrufquén. Me dijeron que tendríamos que caminar dos días por el bosque sin encontrar abastecimiento de ninguna especie, de modo que adquirí en trueque dos corderos que mandé matar de inmediato y cargar en mis mulas.

El camino, que era malo hasta Niguén, se convertía en intransitable más allá. Las mulas se empantanaban casi a cada paso y, con el barro a la rodilla, los arrieros tenían que descargarlas para que pudieran subir las pendientes. Mi mozo y yo también tuvimos que desmontar repetidas veces y caminar algunos trechos por el lodo.

Cuando cerró la noche, nos detuvimos en medio de la obscura selva, a fin de preparar un campamento y, precisamente, cuando queríamos encender una fogata para hacer la comida, comenzó a llover con tanta fuerza que era totalmente imposible encender nada. Así tras un día lleno de trabajos, tuvimos que pasar la noche sin poder dormir, sentados sobre un tronco y mojándonos hasta los huesos.

Apenas aclaró el día, reemprendimos la marcha y durante seis horas avanzamos en medio del denso bosque, por pésimos senderos, para llegar, por fin, al lugar de Pichi Maquehua y

luego, al de Quesquechán. Ambos eran sólo agrupaciones miserables de rucas semiderruídas, rodeadas de manzanos.

Para preparar nuestro almuerzo, estuvimos una hora en una de las rucas abandonadas. Proseguimos nuestro viaje por el bosque, cruzamos el río Dónguil, que era, por cierto, bastante ancho pero no profundo, de modo que se le podía vadear y, llegamos en la tarde a una ruca solitaria en medio del gran bosque. Ese lugar se llamaba Nimpúe, y fuimos acogidos muy amablemente por la única familia indígena que allí vivía. Como estábamos todos enteramente mojados, primero nos quitamos la ropa para secarla, y nos tendimos casi desnudos en torno de la fogata, donde asamos los restos de uno de los carneros.

Cuando encendí un cigarro con un fósforo, mi huésped quedó sorprendido en grado sumo y me rogó insistentemente que le obsequiara un instrumento de esa índole. Me contó que estaba obligado a mantener el fuego en su casa día y noche, durante todo el año, pues si se apagaba, como le había ocurrido la semana anterior, se veía obligado a cabalgar ocho horas hasta el lugar más cercano para conseguir algunas brazas. La última vez incluso, lo había sorprendido en el camino un aguacero tan fuerte que le había apagado el fuego que llevaba, de modo que tuvo que hacer el viaje dos veces. No sabía producir fuego frotando dos maderos duros el uno contra el otro, como los indígenas norteamericanos. Estuvo muy contento cuando le obsequié una cajetilla de fósforos.

A pesar de la lluvia torrencial, salimos a la madrugada siguiente y llegamos, después de una hora, a Celenal, donde había sólo algunas rucas abandonadas y semidestruídas. Allí comenzaba el camino más malo que jamás haya andado en toda mi vida. Pasaba por una selva espesísima y se encontraba trillado, como el de nuestra expedición por la Cordillera de la Costa; tenía sólo el ancho necesario para que pasara apenas un caballo y a los dos lados los quilantos y colihuales formaban una muralla elevada e impenetrable, de la que apuntaban los tallos cortados como puntas de lanzas, sin contar las infinitas enredaderas que, si formaban pintorescas guirnaldas, también constituían peligrosos lazos. Pero el ma-

yor obstáculo eran innumerables y gigantescos árboles, cuyos troncos, de cinco a seis pies de diámetro, estaban atravesados sobre el camino.

A un buen jinete con un caballo conocedor del camino le hubiera sido difícil saltar sobre esos troncos, y mucho más lo era para nosotros, que no teníamos caballos apropiados. Sólo a veces era posible tomar un poco de distancia para saltar y a menudo había dos, tres y hasta cuatro troncos seguidos. Así, después de saltar el primero, uno se encontraba inmediatamente ante el segundo. Otros árboles estaban derribados sólo a medias y no se podía saltar sobre ellos, sino que había que pasar por debajo, para lo cual teníamos que extendernos sobre el caballo o desmontar. Ante cada uno de estos troncos, los arrieros tenían que descargar las mulas y transportar las mercaderías al otro lado, para que las bestias pudiesen saltar o pasar por debajo. Al otro lado había que cargarlas de nuevo, para descargarlas otra vez, cinco minutos más tarde...

El lector podrá comprender fácilmente cuán desagradable y peligrosa era nuestra situación, montados, como íbamos, en caballos que nunca habían pasado por ese sendero. Se caían a cada rato o daban saltos verticales, de modo que estábamos siempre expuestos a quebrarnos el cuello, o a que la punta de una quila nos reventara un ojo o nos hiriera el rostro. Agréguese que llovía sin parar y, para colmo, nos cruzamos con varios indígenas, de modo que tuvimos que trabajar más de media hora con el hacha y el machete para despejar las quilas a fin de que pudieran pasar. Luego, una de las mulas se estrelló con tanta violencia contra un árbol, que uno de mis baúles se quebró, y su contenido se desparramó en el barro. Por fin, para llevarnos a la desesperación, otra mula se lastimó en tal forma al saltar por encima de un árbol, que fue necesario matarla y repartir la carga entre las restantes.

Fuera de leones, no encontramos otros seres vivientes en el sendero. Ya no teníamos víveres, estábamos todos agotados en grado sumo y caía la noche, por lo que hicimos todo lo posible para salir pronto del bosque.

Empleamos diez horas en salvar esas tres leguas, a lo largo

de las cuales saltamos más de cien troncos de todos tamaños. Por fin, pudimos salir del bosque y llegar a Quitratúe, donde solicitamos hospedaje al cacique Lemunao, que nos acogió amablemente.

Nos encontrábamos todos en un estado por demás lamentable, entumecidos y mojados, heridos en el cuerpo y la cara, sangrantes, con el vestuario roto y enlodado y con las cabalgaduras lastimadas. Nos sacamos de inmediato nuestras prendas, las colgamos para que se secaran, nos agrupamos en torno a la fogata y luego comimos algo y tomamos un buen café.

Había en la ruca mucha animación, pues el hijo mayor de Lemunao se estaba preparando para participar en una expedición guerrera a la Argentina, destinada a hacer botín. Se estaban confeccionando lanzas, torciendo lazos y triturando trigo entre dos piedras, para obtener harina, el alimento principal de los guerreros. Más tarde llegaron muchos otros indios, que deseaban acompañar al joven cacique, y se bebió hasta muy entrada la noche en una fiesta de despedida, pero mi gente y yo nos retiramos muy temprano a nuestros lechos.

Cuando nos levantamos a primera hora, para partir con el hijo de Lemunao a Pitrufquén, llovía más fuerte aún que el día anterior; además, varios de mis caballos y mulas estaban mancos debido a las penurias pasadas, y así me ví obligado a quedarme un día más en el lugar. Supe —con bastante sorpresa— que el joven cacique había renunciado totalmente a su viaje, debido a que su corcel había amanecido manco, lo que los indios consideran siempre como una señal de que caerán en la guerra, por lo cual se abstienen de salir a campaña bajo semejante auspicio.

Tuve la satisfacción de que al día subsiguiente cuando desperté, el sol brillara con esplendor, por lo cual nos preparamos rápidamente y abandonamos Quitratúe. Después de una hora de viaje por buen camino, llegamos al caserío de Cupe, donde existía un hermoso manzanar. Pero, como allí no vivía ningún cacique, proseguimos el viaje. Cabalgamos durante una hora por terreno plano y buen camino y nos encontramos con un indio viejo, que nos preguntó si habíamos visto

a una muchacha. Cuando le dijimos que no, estalló en lágrimas y nos contó lo siguiente:

El anciano cacique Paillalef, de Pitrufquén, quería que le diera su bella hija de sólo dieciséis años, y él, a cambio de regalos muy valiosos convino en dársela como esposa. El cacique tenía la intención de raptarla al día siguiente, según la costumbre india, pero ella amaba entrañablemente a un joven mapuche, con quien quería casarse, y se había fugado al bosque para ahorcarse colgándose de un árbol, como era costumbre en tales casos. El viejo llevaba unas horas buscándola, y la había llamado por todas partes en la selva, diciéndole que anularía el matrimonio con el cacique, pero no había recibido respuesta.

Durante cinco horas cabalgamos con el desgraciado padre por el bosque, siempre por caminos planos y buenos, y comimos la fresca y aromática murta, que se daba en grandes cantidades. Cuando se despejó el bosque, vimos ante nosotros una gran planicie, al fondo de la cual se levantaba el caserío de Pitrufquén. Pero antes que abandonáramos el bosque, el indio desapareció repentinamente hacia la izquierda en el matorral, donde su aguda mirada había descubierto una huella, en forma de algunos tallos doblados y de rastros en el suelo. Se internó un trecho en la selva y oimos un grito estridente, por el cual supusimos que había encontrado lo que buscaba. Seguimos al viejo y lo encontramos de rodillas al lado de su hija, a la que recién había librado de la soga y estaba tratando de volver a la vida. Saqué de mi baúl algunos remedios vivificantes y se los apliqué de inmediato, sin ningún efecto. Pero, cuando el anciano, desesperado, se precipitó sobre su hija y la besó, la vida comenzó a volver, poco a poco, al cuerpo de la joven. Al cabo de un rato, su padre, feliz, pudo hacerla montar a caballo y llevarla con nosotros a Pitrufquén.

Llegados allá, me dirigí de inmediato con mi gente a la ruca de Railef, que nos acogió con mucha amabilidad. Pronto estuvimos sentados en torno a la fogata, comiendo y bebiendo. Railef tenía una sola mujer, pero dos hijas muy hermosas, de quince y dieciséis años. Le obsequié, entre otras cosas, un barrilito de ron y a su mujer e hijas, una gran canti-

dad de pequeños regalos, como chaquiras, agujas, tijeras, dedales, espejos y ají, lo que dejó a todos muy contentos, y Railef probó el ron hasta que se cayó de borracho y hubo que llevarlo a la cama, tras lo cual nos recogimos también nosotros. Como la casa no era grande, mi anfitrión había mandado preparar mi lecho —como demostración de especial confianza— en el mismo apartamiento en que dormía con su mujer y sus hijas, y como ese recinto era muy estrecho, tuve que acostarme inmediatamente al lado de las hermosas muchachas. Pero ruego al lector que no vea algo inmoral en ello, pues es conocida la absoluta inocencia de esta raza, que castiga con la pena capital el adulterio y la seducción. En el recinto principal de la ruca se habían agrupado mis acompañantes alrededor de la fogata, junto con unos seis perros, algunos gatos y muchas aves de corral.

Desperté muy temprano debido al canto incesante y fuerte de un gran gallo que había pasado la noche cerca de mi lecho, y cuando se levantaron mis hermosas vecinas, para tomar —como de costumbre— su baño matinal en el río, salí también al aire libre. Era una hermosa mañana de otoño, límpida, pero algo fría, y en todo el lugar reinaba ya mucha animación.

Pitrufquén era una de las aldeas más importantes de la Araucanía, y contaba unas cuatrocientas almas. Se extendía por casi una legua española a lo largo de la orilla austral del río Toltén, en una llanura muy fértil, de varias cuadras de ancho, que había sido antiguamente el lecho del Toltén, como lo demostraba un barranco paralelo al río, de sesenta pies de alto, que antes había constituído la orilla.

El río Toltén, cuya desembocadura en el mar había conocido en mi primera expedición, tenía aquí una anchura de unos quinientos pies y estaba separado en dos correntosos brazos por una isla. Tenía su origen, como ya informé anteriormente, en el lago Villarrica, a once leguas de distancia, y desde Pitrufquén hasta la desembocadura había catorce leguas españolas. Desgraciadamente, este hermoso y ancho río, cuya longitud total es de veinticinco leguas, se puede navegar sólo

a lo largo de cuatro leguas *. Desde el mar hasta los Andes atraviesa terrenos agrícolas de los más fértiles, donde crecen muy bien el maíz, el trigo, las habas y, sobre todo, las papas, y en los cuales hay hermosísimos manzanares. Pero, por fecunda que fuera la comarca, se podía advertir muy bien cómo la población había disminuído, pues grandes trechos, antaño cultivados, se encontraban ahora yermos o estaban cubiertos en gran parte por arbustos, y hasta por árboles en los lugares abandonados más tiempo. Había también praderas extensas y hermosísimas y, por consiguiente, grandes rebaños de caballares, vacunos y ovejunos, y se cosechaban anualmente tales cantidades de manzanas, que los indios disponían de chicha durante todo el año.

La noticia de mi llegada con muchas mercaderías se había propagado de ruca en ruca con la rapidez del rayo, y pronto aparecieron indios con animales y otros objetos de trueque frente a mi vivienda, proponiéndome negocios. Yo mandé abrir mis baúles y me dediqué a ese molesto trabajo.

Sin duda, el lugar era muy ventajoso para el mercader, pues vivían allí muchos indios ricos, dueños de grandes rebaños, y, además, porque en Boroa, a sólo ocho leguas de distancia, había doscientos pobladores, que también tenían numerosos rebaños, y podían llegar fácilmente a Pitrufquén. Por otra parte, los indios de esas tribus pagaban precios mucho mejores que los demás, pues realizaban un activo comercio con los indios pampas a través del paso de Villarrica y hacían brillantes negocios con las mercaderías que adquirían a este lado. Finalmente, el cacique Paillalef velaba severamente por que todas las mercaderías compradas a los cristianos fueran pagadas puntualmente, de modo que se podía vender todo a crédito y a plazo, en la seguridad de recibir oportunamente el pago. Los plazos se fijaban en plenilunios, y en el día establecido se entregaban puntualmente los caballares y vacunos.

Algunos datos permitían apreciar los excelentes negocios

* Treutler calculó exactamente el largo del Toltén, que recorre 110 kilómetros. (N. del T.).

que podía hacer un mercader. Adquiría, por ejemplo, una vaca de dos años por 5 onzas de añil, y una de cuatro o cinco años por 10 onzas del mismo producto, cuyo precio era de 0,75 y 1,50 pesos, respectivamente. Esas vacas se vendían en Valdivia al precio de 3,75 y 7,50 pesos, respectivamente. El precio de un buen caballo, que podía revender a 22,50 pesos, era de dos libras de añil (que valían 5 pesos). Por cueros de vacunos pagaba media libra de chaquiras (precio: 37 centavos), y los revendía en 2,25 a 3 pesos. Por un cuero de guanaco o de avestruz pagaba dos libras de chaquiras, que me costaban 1,50 pesos y obtenía en la venta diez veces más.

La mayor utilidad se podía hacer, sin embargo, con el aguardiente, pues los demás productos representaban ventas secundarias. En Valdivia compraba la carga de una mula, que consistía en dos barriles, cada uno equivalente a cuarenta botellas, en 22,50 a 30 pesos. Debido a que los indios, como ya informé, no beben jamás aguardiente muy fuerte, tenía que agregarle agua y transformar las ochenta botellas en 160, pues sólo así no me enemistaba con otros comerciantes y no echaba a perder los precios. La carga de una mula me costaba 37,50 pesos, incluyendo el salario del arriero, y contenía 160 botellas, y como cada una la vendía en 0,75 pesos, ganaba más de 75 pesos en cada carga.

Reinaba en Pitrufquén una gran ignorancia acerca del valor del dinero. Así, un indio me ofreció una vaca en treinta pesos, tres veces más de lo que podía cobrar por ella en Valdivia. Pero como un indio es demasiado orgulloso para el regateo, le acepté el precio exigido y le entregué mercaderías por valor de sólo cuatro pesos, con lo que se quedó conforme.

Mientras estaba ocupado en tales negocios, se escucharon repentinamente señales de trompeta, y me informaron que el cacique principal de Pitrufquén, Paillalef, venía con su séquito a hacerme una visita y a negociar también algunas mercaderías, por lo cual ordené a mi gente que dispararan todas las carabinas y revólveres en su honor.

Pocos minutos después apareció frente a mi habitación la comitiva del cacique con una trompeta a la cabeza, tocando una marcha; venían también sus mujeres, su hijo y muchos

indios de prestigio. Paillalef era pequeño, muy obeso y de unos sesenta años de edad, vestía un uniforme militar conseguido en alguna incursión de saqueo, junto con el gorro engalonado, el sable con vaina de plata maciza, las botas altas y las pesadas espuelas también de plata maciza que completaban su atuendo; estaba montado en un hermoso potro negro, cubierto casi totalmente con adornos de plata. Cuando desmontó, me abrazó y besó tres veces, como saludo, ceremonia que yo debí repetir, mientras se disparaban todas las armas de fuego y el trompeta hacía sonar su instrumento. En seguida nos sentamos bajo los grandes manzanos sobre pieles de guanacos y pumas, y entregué al cacique y a sus mujeres algunos regalos. El viejo se entusiasmó con el ron, de modo que pronto se le hizo pesada la lengua y aún más la cabeza, y fue necesario que se le ayudara a subir al caballo, en el cual se dirigió —a pesar de su edad— a toda carrera a su ruca, acompañado por sus mujeres y el resto del séquito, con gran gritería y toques de trompeta.

* * *

Me había propuesto devolver su visita a Paillalef, pero tuve que aplazar el cumplimiento de mi propósito, pues el cacique había sido invitado, junto con los más considerados de su tribu, a una borrachera en Boroa, al otro lado del río Toltén. Presencié el interesante espectáculo del paso del río por el grupo de más de cincuenta indios pintados que hicieron entrar sus caballos a la corriente, y luego se lanzaron tras ellos con gran gritería, para sujetarse de sus colas y nadar hasta la isla situada en medio del cauce. Después de haber descansado un poco, cruzaron el otro brazo de la misma manera y en la otra orilla volvieron a subir a sus caballos, para galopar por las praderas hacia Boroa.

Para distraerme, hice con el lenguaraz Soto un paseo a caballo por Pitrufquén y adquirí varios hermosos cueros de guanacos y pumas, como también una gran avestruz domesticada, bajo la condición de que me fuera entregada en Valdivia. Como era el tiempo de la cosecha del maíz, grano que se

sembraba mucho allí y prosperaba muy bien, las mujeres y muchachas estaban en los campos ocupadas en su recolección.

Ya estaba familiarizado con las costumbres indígenas y sabía que el araucano es demasiado orgulloso para trabajar, por lo cual las mujeres tenían que realizar todas las faenas, sin excepción; pero fue con verdadera indignación que vi a muchachos grandes y vigorosos pasar todo el día jugando, mientras sus madres y hermanas apenas eran capaces de llevar las cargas que traían del campo. Esas mujeres después de haber trabajado pesadamente todo el día y encontrarse cansadas en la noche, tenían que tolerar los caprichos de sus maridos o padres que llegaban ebrios a casa. A pesar de todo, no se les oía jamás la menor queja, mucho menos reproches, ni se conocían peleas; la mujer era una verdadera imagen de la sumisión, de la esclavitud.

* * *

En la tarde se reunieron en casa del cacique numerosas mujeres y muchachas, viejas y jóvenes, bonitas y feas, y, una vez que se hubieron sentado sobre pieles de animales, con las piernas cruzadas, alrededor de una gran fuente de madera, la mujer de Railef les distribuyó mazorcas. Desgranaban el maíz, masticaban los granos revolviéndolos con saliva y en seguida los escupían en el recipiente que tenían ante sí. Así se formaba una sopa amarillenta, que, fermentada y decantada, era la bebida predilecta de los indios y no faltaba jamás en sus festividades. Como sabía que pronto tendría que beber esa chicha, como también la sangre de las salutaciones, lamenté solamente haber sido testigo de su preparación. Railef apareció tarde en la noche, pero se encontraba tan ebrio que hubo necesidad de transportarlo de inmediato a su lecho.

Pasé la mañana siguiente cazando con mi mozo a orillas del río, donde había muchos patos, cisnes, garzas y flamencos de bello plumaje. Cerca del mediodía mandé ensillar los caballos y junto con mi gente me dirigí a una colina situada en la parte occidental de la aldea, para retribuirle su visita al cacique Paillalef. Pero éste no estaba y como regresaría pron-

to, desmonté y me quedé esperándolo, sentado en un cuero de guanaco que se había extendido frente a la casa. El golpe de vista de que se disfrutaba desde la altura era encantador. En el primer plano se extendía la aldea de Pitrufquén, cuyas rucas se encontraban diseminadas pintorescamente entre campos cultivados y potreros, a la sombra de grandes manzanos. Pasaba junto a la población el ancho y caudaloso río Toltén, formando numerosas islas, y era posible seguir su curso a lo largo de muchas leguas. Al fondo se elevaba la Cordillera de los Andes, con los volcanes activos de Villarrica y Llaima. Hacia el Norte, al otro lado del Toltén, se veían praderas completamente llanas y fértiles, que llegaban hasta el río de La Imperial, con las poblaciones de Boroa y Allipén. Hacia el Sur se extendía la inmensa selva virgen, a través de la cual había llegado, y hacia el Oeste, siguiendo el curso del Toltén, se veían las montañas de Donguil.

Mientras contemplaba el paisaje, salió repentinamente una mujer joven y bella de una de las chozas vecinas. Miró cuidadosamente hacia todos lados y, al ver que nadie estaba cerca, se precipitó a mis pies, dirigiéndome las siguientes palabras en castellano: "¡Si eres cristiano, te conjuro a que me salves!" La conduje de inmediato a una esquina de la casa, donde me relató brevemente la historia de su desgracia.

Era una mujer de excelente figura, de diecinueve años de edad, llamada Natalia Mora, hija de un coronel portugués que vivía en Buenos Aires y casada con un joven comerciante argentino, de quien tenía un hijo. Cuando viajaba con su marido y su hijito por las pampas a Mendoza, el correo había sido asaltado por los indios; su marido e hijo habían sido asesinados ante sus ojos, y ella fue capturada por el jefe de la banda. Durante un mes fue esclava y esposa de ese cruel indígena, asesino de su esposo e hijo, que luego la vendió a otro cacique, el cual, algunos meses más tarde, la vendió, a su vez, a Paillalef en doscientos pesos.

Llevaba ya algunos meses en Pitrufquén como esclava, y tenía que atender a las mujeres indias del cacique. Pero como éste la prefería a sus demás mujeres e iba a tener un hijo de él, aquéllas pretendían asesinarla por celos.

Me habría interesado recibir una información más prolija de la infeliz mujer y haberme consultado con ella acerca de la mejor manera de lograr su rescate o de ayudarla a huir, pero se escuchó a lo lejos el toque de la trompeta. Era el anuncio de la llegada de Paillalef, y fue muy oportuno, pues, de otro modo hubiéramos sido sorprendidos, lo que le habría costado la vida a la desgraciada y puesto en peligro mi propia situación. Así, después de conjurarme de nuevo, invocando a todos los Santos, a que la salvara, se volvió rápidamente a su chòza.

Pronto apareció Paillalef, acompañado por sus mujeres, sus mocetones y varios parientes y caciques extraños, bajó del caballo, me besó la mano y abrazó tres veces, ceremonia que tuve que repetir a mi vez, y luego, me abrazaron también los demás caciques. Cuando toda la concurrencia tomó asiento sobre los cueros extendidos, Paillalef me presentó sus parientes.

Al igual que entre los indígenas norteamericanos, los nombres tienen también entre los araucanos un significado. Así, Paillalef pertenecía a la familia Lef, lo que significa *corrida*. Sus hermanos se llamaban Railef (*Corrida del Ciervo*), Panguilef (*Corrida del Puma*), Antülef (*Corrida del Sol*), Epulef (*Corrida Doble*); y sus primos, Catrilef (*Corrida Detenida*), Quetrulef (*Corrida del Pato*) y Quiltrulef (*Corrida del Perro*). Lamentó mucho no poder presentarme a sus demás hijos y parientes, que se encontraban en la República Argentina.

Mientras se preparaba la comida de honor, Paillalef (*Corrida Tranquila*) me condujo a su gran ruca, construída a la manera indígena. Me mostró también algunas chozas más pequeñas que se encontraban al lado, donde vivían sus mujeres, a quienes entregué algunos regalos; pero Paillalef se cuidó mucho de mostrarme la esclava blanca.

Para rendirme una prueba de su interés por el progreso, me mostró una pequeña casa, que había construído poco antes, enteramente a la manera europea, con puertas y ventanas. La habían hecho dos carpinteros y un herrero chilenos, que todavía se encontraban a su servicio, al igual que el trompeta y un vaquero. Estos cinco chilenos eran criminales

perseguidos por el gobierno chileno, que habían encontrado refugio y trabajo entre los indios. El trompeta era un desertor del regimiento de artillería de Valdivia.

Paillalef vivía en su antigua casa y empleaba la nueva solamente como bodega, para guardar en ella sus tesoros. Abrió, lleno de orgullo, una de las piezas y me mostró un gran número de uniformes chilenos y argentinos, que había adquirido de los desertores, o saqueado en sus correrías. Poseía, además, seis pares de espuelas pesadas, de plata maciza, algunas fuentes de este metal, monturas, estribos y riendas adornadas con plata, varios sables, carabinas y pistolas, como, igualmente, un saco lleno de algunas centenas de pesos fuertes brillantes, que había conseguido sólo poco tiempo antes por un rebaño de vacunos. Por supuesto que también tenía muchas hermosas pieles de guanacos, pumas y lobos marinos, y ponchos y chamales artísticamente tejidos por las indias.

A lo que hubimos examinado y admirado todos esos tesoros, se inició la comida, debidamente regada. Estábamos en lo mejor, cuando se escuchó una señal de trompeta, y comunicaron a Paillalef que una tropa de indígenas acababa de cruzar el río a nado y subía la colina a toda carrera. Pocos minutos más tarde aparecieron frente a nosotros, se les invitó a apearse, y se iniciaron las ceremonias de mutua salutación. Tratábase de seis indios pintados, de aspecto muy salvaje, emisarios de un cacique de la parte septentrional de la Araucanía, que se encontraba en guerra con el gobierno chileno y había realizado poco antes una entrada a territorio cristiano, asesinando a los hombres y capturando a las mujeres y muchachas. Los emisarios venían para invitar a la tribu a participar en la guerra contra los chilenos.

Como esos indios tenían que visitar en la misma tarde a otras tribus más, Paillalef ordenó dar de inmediato la señal de alarma, de acuerdo con la cual todo varón de la tribu capaz de conducir armas tenía la obligación de presentarse de inmediato en casa del cacique. En efecto, al cabo de una hora estaban todos reunidos y se inició la asamblea. Después de unas dos horas de discusión, Paillalef, que había escuchado secretamente el consejo de los varones más destacados de su

parcialidad y pidiéndome también a mí mi parecer, declaró que su reducción mantenía relaciones amistosas con el gobierno chileno y no deseaba declarar la guerra. Indignados por ese resultado, los emisarios nos abandonaron de inmediato, profiriendo amenazas y volvieron a cruzar el río a nado.

La borrachera duró hasta avanzadas horas de la noche; Paillalef fue transportado a su lecho y yo regresé con Railef y mi gente a la vivienda que nos habían dado, sin que hubiéramos visto siquiera un instante a la pobre prisionera.

El herrero chileno me fue a buscar temprano al día siguiente, a fin de mostrarme en secreto una veta que había descubierto. Cabalgamos un buen trecho aguas arriba, a lo largo del río, y de improviso vi muy cerca de nosotros un caballo relleno con paja, que se balanceaba en el aire. Era el corcel de un poderoso cacique fallecido y, de acuerdo con la costumbre, habían muerto al caballo para el entierro de su dueño. Habían puesto la carne en la tumba y el cuero sobre el túmulo erigido encima del cadáver del cacique. En cuadro, alrededor del túmulo, clavados en tierra, había cuatro postes tallados burdamente, que representaban guerreros que montaban guardia. Más allá encontré varios caballos más rellenos también con paja que pendían sobre otros túmulos y parecían galopar en el aire, cuando el viento los movía, en la penumbra.

Luego llegamos a un lugar donde la montaña, describiendo un semicírculo, avanza hasta la orilla del río. Allí nos internamos en el bosque, y encontramos el sitio que buscábamos. Tratábase de una veta real, que contenía varias substancias metálicas. Yo tomé algunas muestras, y un examen superficial dio algo de plata.

En la noche, Railef regresó otra vez bastante ebrio. Vio a mi mozo, que era un joven de buen aspecto, sentado al lado de su hija en la fogata y creyó que se habían besado. Tuvo un acceso de furia tan terrible, que sacó su largo cuchillo y se precipitó sobre el muchacho, que habría muerto asesinado si no hubiera huído rápidamente de la casa. Después de muchos empeños, logré tranquilizar al furioso indígena, a quien tuve que prometer que mi mozo no volvería a pisar su ruca,

por lo que el pobre muchacho tuvo que pasar la noche a la intemperie.

Railef despertó temprano y me comunicó que habían tenido una reunión el día anterior y acordado que él se dirigiría ese mismo día a la República Argentina; por tal razón me pedía que me trasladara con toda mi gente a su casa, para alojarme en la nueva construcción.

Entonces le recordé a Railef su promesa y le pedí que me dejara acompañarlo hasta Villarrica, donde podía permanecer algún tiempo en casa de su pariente Quiltrulef. Pero tampoco podría acercarme a mi meta por este lado , pues Railef me dijo que Quiltrulef lo acompañaría en el viaje y, antes de llevarme a Villarrica, era imprescindible informarse acerca de la opinión de las parcialidades de Putuhue y Allipén, pues podíamos exponer nuestras vidas si tratábamos de llegar allá sin el permiso correspondiente.

En la tarde me trasladé con mi gente donde Paillalef, lo que me era muy grato, pues así tenía una expectativa segura de encontrar a la prisionera y de ponerme al habla con ella.

Como me interesaba explorar la veta descubierta, mostré a Paillalef mis muestras, y le prometí una participación en las utilidades. Entonces, él hizo invitar a los más caracterizados miembros de su reducción a una borrachera, a fin de conseguirme el permiso necesario para trabajar la mina. Primeramente, Paillalef habló a mi favor y luego yo les expliqué a los asistentes por intermedio de mi lenguaraz, las ventajas que resultarían para ellos. Al mismo tiempo les regalé cigarrillos y pañuelos de colores para la cabeza, con todo lo cual y tras larga discusión, se declararon conformes. Excitados por mi promesa, exigieron, sin embargo, que iniciara los trabajos al día siguiente y les suministrara plata, y me costó trabajo hacerles comprender que, primero, tenía que viajar a Valdivia para conseguirme las herramientas necesarias. Se siguió bebiendo hasta tarde en la noche y, a pesar de los esfuerzos que hice para descubrir a la prisionera, tampoco me fue posible lograrlo ese día.

* * *

El día siguiente ostentó toda la belleza del otoño, y cuando había vuelto con mi mozo de un paseo matinal y estaba despellejando un flamenco que había cazado, escuché de nuevo la conocida señal de la trompeta, anunciando una visita. Luego llegó un cacique con algunos mocetones y se sentó a nuestro lado después del inevitable ceremonial de salutación.

En mis viajes por la Araucanía ya había visto, por cierto, fisonomías muy salvajes y desfiguradas por pinturas, pero nunca había conocido a un indio de aspecto tan desagradable como éste. Supe pronto que era un cacique poderoso y cruel de Allipén, cuyo hermano había fallecido poco antes. Entre estos primitivos reina —como ya he informado— la superstición de que un hombre sólo puede morir debido a la edad avanzada o por violencia y que una persona fallecida por causa de enfermedad tiene que haber sido envenenada. Así, aquel cacique había consultado al oráculo de Boroa, y éste había señalado a dos muchachas jóvenes de su reducción como causantes de la muerte del hermano. Como consecuencia de ese incontrovertible veredicto, el cacique había mandado quemar viva, pocos días antes, a una de las jóvenes, y venía para que se le entregara la otra, que había huído a Pitrufquén, a fin de darle también muerte en las llamas.

Paillalef, demasiado ilustrado para creer en el oráculo, pero temeroso al mismo tiempo de la enemistad y venganza de este cacique, despachó de inmediato a algunos de sus hombres, para que buscaran a la fugitiva, a fin de satisfacer a su huésped. Pero les dio secretamente el encargo de que dijeran a la muchacha que huyese inmediatamente, para señalar luego al cacique un rumbo contrario al que tomara la acusada. Así era posible que ésta se salvase y yo tuve la gran satisfacción de comprobar el espíritu humanitario de Paillalef. Pero, desgraciadamente, el salvaje cacique sospechó algo y ordenó a uno de sus hombres, que conocía bien a la fugitiva, que acompañara a los emisarios de Paillalef. De tal manera se disipó mi esperanza y aguardé, temeroso e intranquilo, el momento en que habrían de traer a la desgraciada muchacha, cuya cruel ejecución tendría que presenciar sin poder prestarle ayuda.

Mientras esperábamos, Paillalef brindaba con gran frecuencia a su huésped, quien no me había saludado amablemente como los demás caciques, sino que me observaba todo el tiempo con una mirada penetrante y siniestra. Era de Allipén, y los indios de Voipire y Quiltrulef me habían prometido conseguir el permiso para reconocer las ruinas y el paso de Villarrica y trabajar las minas auríferas de esa temida tribu. Así, yo estaba, muy interesado en lograr su amistad, pues sólo bajo su protección podría llegar a ese territorio. Le hice algunos regalos valiosos y, acostumbrado a que siempre me los aceptaran con muchas demostraciones de agradecimiento, no quedé poco sorprendido cuando este salvaje los rechazó con gran desprecio. Me gritó ásperamente que era bastante poderoso y rico como para tomar por la fuerza lo que le agradaba, o para comprármelo. Después de esta escena, Paillalef quedó temeroso de que si el cacique seguía bebiendo aguardiente y no capturaba a la fugitiva, habría de volverse contra mí. Por eso me dijo que sería mejor que me retirara con mi gente a mi vivienda, lo que hice, por supuesto, de inmediato.

Ya había caído la noche y estaba acostado, cuando regresaron los indios despachados a buscar a la muchacha. Estaba muy agitado y temeroso por la suerte de la pobre criatura, pero me tranquilicé cuando supe que la infeliz ya había huído, en la madrugada, a territorio cristiano.

El cacique no se puso furioso, sino que recibió la noticia con tranquilidad y se quedó un largo rato junto a Paillalef, sin pronunciar palabra y con la mirada clavada en el suelo. Pero repentinamente, le pidió que me llamara, pues deseaba beber conmigo. Seriamente preocupado por mí, Paillalef hizo todo lo posible para disuadirlo de ese propósito, pero el otro insistió en que se me llamara.

En tales circunstancias, una invitación a beber no era como para inspirar confianza, pero me dirigí a casa de Paillalef sin más compañía que mi lenguaraz. El cacique de Allipén me recibió en forma aún más intranquilizadora, pues apenas me acerqué a él, saltó de su asiento como un gato rabioso, sacó su largo cuchillo de la faja, y se precipitó sobre mí. Luego me

observó un momento con mirada penetrante, para comprobar mi valor, y como le impresionó mi sangre fría, que los indios aprecian por sobre todo, volvió a guardar su cuchillo, me abrazó y besó como saludo de bienvenida, lo que yo hice con él, a mi vez, y luego me brindó un cuerno lleno de aguardiente. ¡Por cierto que era un hombre curioso! Me rogó entonces que le cediera un puro habano que estaba fumando, que mi mozo tocara el acordeón y los mineros cantaran con su acompañamiento, peticiones a que accedí gustosamente.

La música produjo, como en los animales, una gran impresión en ese salvaje hijo de la tierra. La escuchó con mucha atención y luego se levantó de un salto, sacó su largo cuchillo y pidió a Paillalef que se lo guardara hasta el día siguiente, pues había derramado tanta sangre con él que ya no lo quería ver. Al término de cada canción pedía otra; había desaparecido la expresión salvaje de su rostro, y nos dijo que la costumbre del país y su deber lo habían obligado a vengar la muerte de su hermano, y como el oráculo le había señalado a las culpables, tuvo que perseguirlas para quemarlas. Una de ellas había sido ajusticiada, y la otra se encontraba ya fuera de su alcance; al perseguirla hasta este lugar, había cumplido con su obligación. Nos explicó que no lo había irritado la noticia de la fuga de la muchacha sino, por el contrario, la había recibido con alegría, pues la quería mucho y hasta tenía el propósito de solicitarla como mujer. Pero la obligación de vengar la muerte de su hermano había podido más que todos los sentimientos del amor.

Aprovechando el buen ánimo y amabilidad de ese hombre, le comuniqué mis planes respecto de Villarrica, haciéndole grandes promesas y pidiéndole su ayuda para llegar hasta allí. Me contó que había tenido noticias mías cuando yo había querido partir secretamente desde Voipire con Quiltrulef. Si hubiéramos puesto en ejecución ese proyecto, los dos habríamos sido, seguramente, asesinados, pues nuestro plan ya era conocido de los demás, y nos estaban esperando. Pero como ahora me conocía personalmente y era mi amigo y aceptaba mis ofrecimientos, podría alcanzar hasta Allipén bajo su protección, y allí trataríamos el asunto con su tribu y la de Putu-

hué. Muy satisfecho por esta respuesta, le pedí a mi lenguaraz que me acompañara y lo tenté con grandes sumas de dinero, pero éste declaró decididamente que no lo haría por ningún precio, pues estaba absolutamente seguro de que los dos seríamos asesinados. Como era totalmente imposible que hiciera el viaje sin su compañía, tuve que dejar pasar también esta oportunidad de llegar a Villarrica, lo que sentí mucho. Pero el cacique me prometió comunicarme a Valdivia si las tribus de Allipén y Putuhué me concederían el permiso necesario para atravesar su territorio.

El cacique nos abandonó temprano, en la madrugada del 16 de abril, y como habían fracasado todos mis planes para llegar a Villarrica, troqué por caballos casi todas mis mercaderías y conservé sólo algunas pocas para hacer obsequios en el viaje de regreso. Despaché a los arrieros y mineros con los vacunos y caballos a Valdivia, y me quedé sólo con mi mozo y el lenguaraz, para participar en una gran fiesta.

El motivo para ésta era la enfermedad de la mujer de Epulef, cuñada de Paillalef, pues existía la costumbre de invitar siempre a toda la tribu, y a algunos caciques vecinos con su gente, cuando se enfermaba una persona de importancia. Así todos podían reunirse a una hora determinada en casa del enfermo, para expulsar al diablo que se había introducido en él. Las invitaciones a una fiesta de esta naturaleza se hacían siempre con algunos días de anticipación, a fin de que todos pudieran prepararse para ella. Era costumbre que cada familia contribuyera con algo a la comida, como bueyes, caballos, ovejas, harina, trigo, pollos, aguardiente, chicha de manzanas o de maíz, etc.

Se dio la señal a las diez de la mañana, y el cortejo se puso en marcha. Precedía el trompeta, tocando una marcha; le seguía Paillalef, ricamente ataviado, jinete en su flamante caballo negro, que brillaba con sus adornos de plata; llevaba a la grupa, a una de sus mujeres, que, por supuesto, iba también sobrecargada de adornos de plata, de modo que cada uno de sus movimientos provocaba un gran cascabeleo. Seguían el hijo del cacique y su madre, sobre un bellísimo caballo blanco; luego yo, llevando a la grupa a la sobrina de

Paillalef, una muchacha muy hermosa de dieciséis años, que me quería dar como mujer si me quedaba en Pitrufquén a trabajar la mina; seguían mi lenguaraz, mi mozo, los chilenos al servicio del cacique y muchos indios. No sólo Paillalef, sus mujeres y su sobrina, sino también yo y todos los demás estábamos pintados. Cuando nos acercamos a la casa de la mujer de Epulef, se tocaron cuernos y batieron tambores para saludarnos. Nos apeamos y las mujeres se dirigieron a la casa de la enferma, mientras Paillalef, su hijo y yo entramos en un círculo formado por más de quinientos indios, donde Epulef nos señaló una especie de tarima en forma de trono, cubierta con hermosos choapinos, donde nos sentamos.

Apenas lo habíamos hecho, se acercaron los caciques presentes, a fin de saludarnos y tomar colocación a nuestro lado, y luego se aproximaron todos los indios, pero cada uno separadamente, para gritarnos su mari-mari.

Todos los hombres estaban pintados, pero, fuera de las espuelas de plata colocadas en los pies descalzos, no llevaban adorno alguno, mientras que sus caballos estaban cubiertos con mucha plata. Las mujeres y muchachas, que no tenían más pinturas que rayos muy finos y cuidadosamente dibujados alrededor de los ojos, estaban ricamente provistas de adornos de plata, que algunas llevaran en forma muy recargada. Casi todas llevaban una gran aguja de plata, del largo de un pie y rematada en un gran botón, una serie de sartas de perlas, cruces y campanillas de plata en el cabello y grandes planchas de plata y anillos en las orejas.

A menudo, en las reuniones de los indígenas había visto a mujeres y muchachas de gran belleza, pero en esta asamblea ellas predominaban. La causa era que la tribu había participado especialmente en las guerras y asaltos en la República Argentina y raptado a muchas mujeres y muchachas de origen español, cuya descendencia era la que yo veía. Había también varias chilenas entre ellas, capturadas o compradas poco antes, pero a las cuales les estaba prohibido dar a conocer su origen. Sólo una, como ya relaté, había tenido oportunidad de hablar conmigo para pedirme que la libertara. Muchas de ellas, que ya tenían hijos de su dueño, se habían resignado

definitivamente a su triste suerte, pero la mayoría esperaban, por supuesto, recuperar la libertad y regresar a su patria y sus familias. Pero no podían exteriorizar ese anhelo, pues ante la mera sospecha de una fuga, sus dueños cometían la crueldad de cortarles un tendón en el pie para impedirles andar con rapidez.

* * *

Repentinamente, oímos de nuevo el sonido de los cuernos, batir de tambores y señales con la trompeta, y un numeroso grupo de indios pintados llegó a toda carrera de sus caballos, ricamente adornados con mucha plata, casi todos con una mujer a la grupa. Hicieron parar magistralmente sus caballos ante los que habíamos llegado primero y se apearon para saludar con su mari-mari a Paillalef y a su séquito, del cual formaba parte mi persona.

A pesar de que todos estaban horrorosamente pintados de rojo y azul, los reconocí por su cutis blanco y fino, su talle delgado y cabello rubio: eran boroanos, o sea, —como ya informé— indígenas de los más salvajes y menos inclinados al cristianismo, en cuyo distrito se encontraba también aquel oráculo de triste fama.

Las numerosas bellas mujeres me interesaban no sólo por su semejanza con las alemanas, de quienes se dice que provienen, sino por otra razón más, por la cual apenas podía reprimir la risa. Poco antes se había varado en la costa araucana un buque francés, que transportaba muchos artículos de moda de París destinados a Valparaíso, y los boroanos habían salvado muchos cajones, de cuyo contenido se habían apoderado. Es difícil concebir de qué manera esos seres primitivos empleaban tales objetos para destacarse en la fiesta, presentándose con un aspecto impresionante y hermoso.

No sólo las mujeres, sino también los hombres se habían colocado crinolinas, y unos y otros llevaban sombreros de mujeres y birretes, y algunos indios andaban, incluso, con corsés que, posiblemente, tomaban por corazas.

Pero el aspecto más cómico lo presentaban los que habían

tenido la suerte de apoderarse de algunos fracs negros, que se habían colocado al revés, en la creencia de que los faldones estaban destinados a cubrir las vergüenzas.

Ese grupo fue saludado con el mayor júbilo y gran gritería, y mientras la asamblea los admiraba y contemplaba atónita y envidiosa, yo no pude dejar de pensar en una banda de monos que hubiera saqueado una tienda de artículos de moda.

Poco después del naufragio del barco francés se habían dirigido a Boroa varios mercaderes de Valdivia y sus alrededores quienes adquirieron de los indios, a precios irrisorios, muchos cajones de esas mercaderías, entregando a cambio de algunos que valían miles de pesos, aguardiente y añil por valor de veinticinco pesos.

Alrededor de nosotros había más de veinte fogatas en que las mujeres y muchachas cocían o tostaban algo. Muchas de estas mujeres habían traído también sus criaturas, y quedé admirado de la forma práctica como las trataban. Cada uno de esos seres diminutos estaba envuelto en pieles y amarrado con correas a una tabla liviana, de su propio tamaño. Si la madre quería amamantar a su hijo, se colgaba la tabla con el niño del cuello, mediante una fuerte cinta; si el niño debía dormir, ponía la tabla en el suelo o la colgaba con un lazo de un árbol, haciéndola mecerse. Cuando la criatura estaba despierta, la colocaba verticalmente, apoyada en un árbol o una piedra. Finalmente, cuando andaba o cabalgaba, llevaba la tabla con el niño a la espalda. Así llegó, por ejemplo, una mujer de sólo dieciséis años de edad, madre de dos mellizos, a todo galope, con una de esas tablas sobre la espalda y la otra en el pecho. Después del violento galope, las pequeñas criaturas nos miraban muy contentas, en tanto su joven madre, que, como todas las indias, montaba a la jineta, saltó del caballo desembarazadamente.

Una vez terminadas las ceremonias de salutación, las mujeres y muchachas comenzaron a agasajarnos con lo que habían preparado. Algunas nos ofrecían carne de buey, de caballo o de carnero, cocida o asada; otras, papas, maíz (preparado de múltiples maneras), pollos asados, chicha de manzana y también la bebida predilecta, de maíz, cuya preparación ha-

bía, desgraciadamente, yo presenciado y no podía beber sin profunda repugnancia. De todo lo ofrecido había que consumir algo, si no se quería insultar gravemente a la obsequiante, y aunque probé sólo un pequeño bocado de cada fuente que se me pasó, para entregársela en seguida a mi lenguaraz o a mi mozo, me encontré pronto tan atiborrado, que no podía comer absolutamente nada más. Fue, por cierto, una prueba muy difícil para mi estómago y, además, tuve que beber con cada cacique y muchos otros indios de importancia gran cantidad de aguardiente y chicha de maíz.

Por suerte, de pronto se escucharon los cuernos, largos de 15 pies, cuyo sonido es parecido al del caramillo, y redoblaron los tambores. Luego, más de cien indios, cada cual provisto de un pito llamado pifulca, comenzaron a bailar, dando grandes saltos, al son estridente de sus instrumentos, alrededor de cuatro canelos que habían sido plantados en cuadro frente a nosotros. Los árboles habían sido unidos por medio de guirnaldas de hojas, y en el centro se hallaba la "meica" o machi, en un traje abigarrado, recargada de chaquiras y adornos de plata. Cuando ese loco baile ya había durado algún tiempo, se levantó también ella, y se puso a saltar como fuera de sí alrededor de los árboles y de ahí pasó a la pieza donde se encontraba la enferma, bailando, cantando, gritando y estallando en risa alrededor de ella, después de lo cual volvió otra vez a su asiento bajo los árboles. Seguida por todos los indios que tocaban la pifulca y con sonoro acompañamiento de cuernos y tambores y de la gritería de los presentes, bailó tres vueltas en torno a la casa y regresó a su lugar bajo los canelos. Se hizo entonces un silencio absoluto, y se le acercó un grupo de muchachas, cantando al son de un tambor muy atenuado una canción triste. Luego, la machi sopló humo de tabaco a los árboles, y a algunos carneros que pusieron a su lado y a los cuales mató en seguida con un cuchillo, para sacarles el corazón y derramar la sangre, la cual bebió o asperjó hacia el volcán Villarrica. A continuación, acompañada de las muchachas y al son del tambor atenuado, se acercó de nuevo a la enferma e hizo como que le abría el vientre, mientras se escuchaba la canción triste, acompañada por el tambor en

sordina. En seguida, debajo de los canelos, cayó al suelo presa de convulsiones. Todos regresaron entonces a sus lugares y se comenzó de nuevo a comer y, sobre todo, a beber.

A intervalos de media hora, más o menos, se repitieron las mismas ceremonias, siempre con acompañamiento de música, baile, gritería y sacrificio de nuevos carneros, pero cada vez con alguna alteración. Así, en una oportunidad, cada varón tuvo que invitar a dos muchachas, lo que me correspondió hacer también a mi y mi gente, para saltar a compás alrededor de la machi, tomados de la mano y cantando al son de la música. Inconscientemente, pensé en lo que diría mi familia en Europa al verme así, pintado abigarradamente y en traje indio, saltando como loco tomado de la mano de dos indias en una ronda, y tuve que reirme. La reunión duró hasta la noche, y si bien se bebió mucho, no hubo ninguna clase de disgustos; tampoco ocurrieron actos inmorales o groseros, a pesar de que participaban tantas mujeres y muchachas, que se encontraban un poco mareadas con la chicha de manzanas *.

Cerca de las 11 de la noche, Paillalef dio orden de partir. Pero antes de emprender el camino de regreso, me rogó que hiciera disparar los revólveres, a fin de ahuyentar al diablo. Me fue grato acceder y tuve que ordenar la repetición de la salva, a insistente pedido de todos.

A Paillalef hubo que ayudarle a subir a su caballo, y su mujer, que iba sentada a la grupa, debió luego sujetarlo. Yo monté en el mío, llevando a la bella sobrina del cacique, y al son de la trompeta galopamos de regreso a nuestras casas, tal como habíamos venido.

Apenas me había acostado, se escuchó un terrible bullicio frente a nuestra casa. En la creencia de que se trataba de un asalto, tomé rápidamente mi revólver y salí corriendo, junto con mi gente, que también estaba armada. Pero en vez de indios enemigos, nos encontramos con Paillalef, semidesnudo

---

* Aún cuando no lo deja expresamente establecido el autor, la intervención de la machi en el machitún se realizó después de la puesta del sol, pues según la creencia araucana, los actos mágicos ocurren bajo el patrocinio de la luna (N. del T.).

y armado de un gran cuchillo, que corría furioso de un lado para otro, gritando en busca de su pobre prisionera, para matarla. Sus mujeres, celosas en grado sumo de la hermosa cautiva, le habían contado que ésta había pasado el tiempo de su ausencia con un chileno, de quien esperaba familia.

Pusimos gran empeño en tranquilizarlo y hacerlo volver a su lecho, lo que sólo logramos después que inspeccionó todo, sin encontrar ni a la prisionera ni al chileno. Pero como el adulterio es considerado por los araucanos un gran crimen, juró por su Dios que los mandaría quemar vivos, a los dos, al día siguiente.

A pesar de que tenía la cabeza bastante pesada con la chicha de manzana y el aguardiente que había debido beber en la fiesta, el incidente me despejó por completo. Todos quedamos convencidos de que Paillalef realizaría su cruel propósito y de que era necesario actuar para salvar a la desgraciada.

¡Medite el lector en lo que esta infeliz mujer ya había sufrido y en la triste suerte que la esperaba! ¿Quién no hubiera hecho lo humanamente posible, aún exponiendo su propia vida, para salvar a esa pobre criatura, que, desesperada y temerosa, se había ocultado en el bosque en la fría noche de invierno? Discutí largamente con mi lenguaraz sobre la mejor manera de salvarla, pero todo lo que discurrimos me pareció extraordinariamente difícil y peligroso.

Como Paillalef estaba tan furioso con ella por su presunta infidelidad, daba yo por sentado que no me la vendería, ni siquiera a un precio muy elevado, sino que preferiría perder el dinero, a fin de poder ejecutar su venganza. Por consiguiente, sólo me quedaba el camino de ayudarla a huir, o hacerlo yo mismo con ella. Ambas cosas eran muy difíciles y peligrosas, y si no tenía éxito, el cacique iba a suponer probablemente, que entre nosotros existía alguna relación amorosa y a ordenar que se me quemara también a mí, y mis acompañantes se encontrarían finalmente en gran peligro. Si huía, sola o conmigo, por el mismo camino por el cual había venido yo, los indios nos alcanzarían inmediatamente, debido a las grandes dificultades y obstáculos que ese trayecto presentaba. Si huíamos a la densa selva, o moriríamos de hambre

sin poder salir, o la aguda mirada de un indio reconocería en una planta doblada o en cualquier detalle la pista para perseguirnos. De todo esto se desprendía que el único camino para huir y salvar a la cautiva era el río Toltén, que corría frente a la colina hacia el mar.

Como lo más importante era encontrar a la infeliz, despaché a mi lenguaraz, a observar si Paillalef y sus mujeres se habían quedado dormidos. Me aseguró que sí y los dejé a él y a mi mozo como vigías, para que me transmitieran cualquiera novedad, y bajé rápidamente hacia el río, en la esperanza de encontrarla en los alrededores, pero temiendo que, desesperada, se hubiera ahogado o huído en una canoa.

Era una noche de otoño, fría y desagradable; negras masas de nubes corrían con vertiginosa velocidad, impulsadas por el temporal. Con su luz pálida, la luna iluminaba sólo durante segundos el río, y desaparecía detrás de las nubes. El viento aullaba a través de la selva, derribando a los gigantes seculares que aplastaban a todos los árboles menores que quedaban a su alcance. El rugido y llorar del puma resonaban siniestramente, y desde el río venía el grito característico de las aves acuáticas. En el lejano horizonte se elevaban las columnas de humo y fuego de los volcanes Villarrica y Llaima.

Por la orilla del Toltén, me dirigí al desembarcadero, que ya conocía, donde se encontraban generalmente las canoas. Como no encontrara ninguna, ni recibiera contestación a mis llamados en castellano, supuse que la infeliz cautiva se había embarcado en una de las canoas, para dejarse llevar hasta el mar, en la esperanza de salvarse o de encontrar en las olas una muerte más rápida y piadosa que la que le esperaba entre los indios.

Tenía ya la intención de regresar sigilosamente a mi vivienda cuando la pobre mujer surgió de la espesura y se dejó caer a mis pies, casi extenuada, conjurándome con desesperación, por todos los santos del cielo, a que la salvara.

La tranquilicé y le dije que la única posibilidad era que, con víveres para varios días, que yo podía conseguirle, se escondiera en lo más profundo del bosque hasta obtener que Paillalef me la vendiera. Si el cacique no aceptaba, ella po-

dría bajar por el Toltén, navegando sólo de noche y ocultándose durante el día en el bosque, hasta legar a la Misión de Queule. Con el pretexto de que el otro camino era demasiado malo, yo bajaría igualmente por el Toltén hacia Queule. También este proyecto era de difícil realización, pues no había duda de que Paillalef mandaría vigilar especialmente ese camino.

Entre tanto, pues, conduje a la mujer a un sitio en medio del bosque, donde podría encontrarla de nuevo fácilmente, le dejé mi poncho para que se abrigara y volví a mi vivienda para conseguirle alimentos, los cuales le llevé luego. Alenté como pude a la infeliz y finalmente pude acostarme tranquilo.

Cuando despertó Paillalef, me hice anunciar de inmediato, a fin de despedirme, pues deseaba regresar a Valdivia. El cacique vino a verme de inmediato e hice salir al mozo, para estar solo con él y el lenguaraz. Paillalef parecía muy conturbado, pero no dio a conocer si estaba o no dispuesto a realizar su determinación. A fin de conocer sus propósitos, le pregunté si quería venderme su esclava, por la que estaría dispuesto a pagar el doble de lo que le había costado, es decir, cuatrocientos pesos. A esta proposición, clavó largo rato la mirada en el suelo, sin contestar, y parecía que luchaba consigo mismo. Le aconsejé entonces, como amigo, que lo mejor que podía hacer era venderme la mujer, pues si la ejecutaba, perdería el dinero que había pagado por ella y el gobierno chileno no permitiría que se matara a una cristiana sin castigar este hecho. Permaneció sentado, en lúgubre meditación, sin contestarme. Pero, cuando le pedí que fuese indulgente con la pobre prisionera, y reflexionara si tenía realmente pruebas de su infidelidad, pues sus demás mujeres quizás sólo la habían calumniado para alejarla, por celos, saltó de su asiento sin contestarme, y cuando le ofrecí quinientos pesos, declaró que no la vendía ni por mil.

Iba a hacerle nuevas proposiciones, pero me pidió que si quería seguir siendo su amigo, no mencionara más a la prisionera. Me callé, y pensaba dar a la infeliz el aviso convenido, es decir, dos disparos seguidos, como señal de que no

había logrado nada y ella debía huir en la forma convenida, cuando Paillalef me tomó del brazo y me dio la más solemne promesa de que si la fugitiva regresaba, no le haría absolutamente nada, pues estaba convencido de su inocencia y de que sus mujeres la habían calumniado por celos. Agregó que la quería mucho, muchísimo más que a todas las demás, y que no se quería separar de ella.

Como un indio cumple siempre su promesa, despaché secretamente el lenguaraz adonde la prisionera, para que le comunicara la noticia y la hiciera regresar tranquila; yo me preocuparía en Valdivia de que el gobierno exigiera su devolución.

Almorcé con Paillalef y le prometí que regresaría tan pronto como pudiera, a fin de iniciar la explotación de la veta. Luego abandoné Pitrufquén con mi mozo y el lenguaraz y nunca volví a ver a la prisionera. Más tarde, el gobierno la rescató, de acuerdo con lo que yo le había prometido, y fue devuelta a su familia.

En la tarde llegamos a Quitratúe, donde pernoctamos en casa del cacique Lemunao. Al día siguiente cruzamos el río Dónguil y alojamos en nuestro antiguo campamento de Nimpúe, y al día siguiente pasamos por Quesquechán, Pichi Maquehua y Niguén, para llegar al fin del día a Loncoche, donde pernoctamos en casa de un indígena.

Como había sabido en Pitrufquén que el cacique Aburto, de Niguén, que se encontraba allí con motivo de la cosecha de manzanas, se había aliado con el cacique Nequelveque, de Muquén, a fin de asaltarme en su territorio en mi viaje de regreso, traté, naturalmente, de evitarme ese contratiempo. Me levanté, por tanto, en cuanto rayó el día y cabalgué con mi lenguaraz y mi mozo hasta la ruca de Aburto, frente a la cual grité el consabido *mari-mari* como saludo. Luego salió el cacique Aburto, y le dije por intermedio de mi lenguaraz que había sabido de sus intenciones inamistosas en mi contra, pero que como no le había hecho ningún mal, ni a él ni a nadie en toda la Araucanía y había sido recibido amistosamente por todos los caciques, deseaba saber qué cargos tenía contra mí.

Los indios reconocen el valor personal como la mayor de

todas las virtudes. Aunque tenía noticias de que me quería asaltar, no procuraba yo pasar furtivamente por su territorio, ni me acercaba a él para implorar su benevolencia, sino que le exigía una explicación de su comportamiento. Mi repentina aparición y presencia de ánimo lo impresionaron de tal manera que, en vez de atacarme, teniéndome en su poder, o de ordenar que se me expulsara violentamente de su territorio, me rogó que desmontara y me abrazó y besó tres veces. Nos sentamos en seguida frente a su casa, y reconoció que no me habían informado mal, pues él y el cacique Nequelveque tenían realmente el propósito de asaltarme, en virtud de que varios chilenos le habían informado que yo era un espía del gobierno. Mi misión era –según esos informes– reconocer el territorio, regresar a Santiago, y volver con tropas a la Araucanía para quitarles sus tierras. Pero, si había tenido la valentía de visitarlo, a pesar de ser mi enemigo, debía ser porque tenía la conciencia tranquila; y él no me podía considerar tan malvado como para retribuir villanamente la hospitalidad de que había disfrutado en la Araucanía.

Pronto supe que eran mercaderes chilenos los que, interesados en quitarme de en medio por la competencia que les hacía, habían incitado a los caciques por medio de calumnias y mentiras a que me eliminaran.

Le hice a Aburto algunos regalos y él me entregó dos lechones y un barril de chicha de manzanas, rogándome que me quedara ese día con él. Acepté la invitación y, entonces, hizo convocar de inmediato a su gente y a la del cacique Nequelveque y su reducción de Muquén, a una borrachera.

Pronto aparecieron los invitados, y el cacique Nequelveque quedó no poco admirado de encontrarme tan amigo de Aburto, pero después que conversaron un rato, se acercó también Nequelveque a abrazarme y besarme. A los lechones los mataron de una manera que nunca había visto, lanceándolos por el hocico, de modo que el palo salía por el trasero. La misma lanza se empleaba para asarlos. Aburto contribuyó con algunos barriles de chicha de manzanas y la fiesta se prolongó hasta la noche.

El 21 de abril era un hermoso día de otoño y partimos

muy de madrugada. Después de pasar como en el viaje de ida, por Coihue, Rancahue, Sapaco, Mucún, Voicalaf, Cudico, Imulfudi, Ciruelos y Marilef, y atravesar cuatro veces el Cruces y una vez el Leufucahue, llegamos en la tarde a la Misión de San José, donde pernoctamos.

Aún cuando me hubiera gustado quedarme un día más con los misioneros, me despedí de ellos al día siguiente, pues el viento anunciaba lluvia. Llegué con mi mozo a Cruces, donde almorcé con la bella Claudina, y ahí me embarqué en una canoa para arribar en la tarde a Valdivia. Al día siguiente llegaron los arrieros, con los caballos y vacunos obtenidos en trueque, y también los indígenas con el avestruz vivo, que había adquirido en Pitrufquén.

Este avestruz eran tan manso que entraba a menudo a mi pieza, para sacar su alimento de mis bolsillos, pero tenía que tomar algunas precauciones, pues tenía una preferencia especial por los pequeños objetos brillantes y a menudo se tragaba botones, dinero, etc. Me acompañaba frecuentemente por las calles de Valdivia y recordaba muy bien los negocios donde le habían dado algo; cuando pasaba frente a ellos, entraba de inmediato. Tenía una altura de casi cinco pies y su color era gris obscuro.

Estas aves, llamadas *cheuque* en la lengua indígena, son raras ahora en la República de Chile, pero se las halla frecuentemente formando manadas, tan pronto se cruza la cordillera andina, sobre todo en las cercanías del lago de Nahuelhuapi, en las pampas de la Argentina.

Por lo general, el macho anda acompañado por cinco o seis hembras. Curiosamente, es el macho el que incuba los huevos y sale a pasear con las crias. A menudo se encuentran cuarenta a sesenta huevos en un montón, cubiertos en lo posible con un poco de arena, y el sol facilita la incubación. Se dice que los avestruces separan y abren algunos de ellos, de modo que cuando salen las crias, éstas se alimentan de los gusanos que han nacido en esos huevos pútridos. La carne y los huevos de los avestruces son muy sabrosos y constituyen un alimento principal de los indios pampas. Sus plumas representan el principal objeto del comercio en esas regiones.

Como he informado algo sobre el avestruz, quisiera agregar algunas palabras sobre los pollos y perros de los araucanos. Los primeros son siempre de color gris, y muchos tienen las plumas erizadas. Los gallos no cantan, cuando raya el día, como en Europa, sino a media noche.

Encontré siempre varios perros en cada ruca, por lo general tantos cuantas personas vivían en ella. Entre todos los que ví, no observé jamás uno de buen aspecto, pues todos eran de patas muy largas, de color gris sucio, tímidos y esqueléticos. Como los perros no pueden vivir de los huesos que les entregan los indios, sin carne y despojados de la médula, su existencia es muy precaria y se alimentan de excrementos humanos.

Cada indio tiene su perro predilecto, y existe tal espíritu de cuerpo entre éstos, que ninguno osa apoderarse de la propiedad de su compañero en el infortunio. El hecho de encontrarse a menudo perros mancos y con cicatrices de quemaduras, provenía de que en los numerosos días de lluvia se acostaban en las cenizas de la fogata, encendida siempre en medio de la ruca, y por lo general, las dueñas de casa, los expulsaban tizón en mano.

Capítulo IX

CUARTA EXPEDICIÓN A LA ARAUCANÍA, POR PELEHUE HASTA VOIPIRE

En los años 1859 y 1860 había realizado tres expediciones al territorio araucano y regresé en agosto de 1860 a Santiago, para dar al Presidente de la República, don Manuel Montt, algunas informaciones sobre la Araucanía. Al mismo tiempo, le solicité que me concediera una subvención para poder continuar mis exploraciones, pues había invertido en ellos todos los fondos de que disponía por entonces.

Como el Presidente me había prometido su ayuda, esperaba poder regresar en septiembre a Valdivia.

Sin embargo, fui "tramitado", con promesas, de una semana a otra, de un mes al siguiente, hasta que en septiembre de 1861 el Presidente José Joaquín Pérez asumió el mando.

Como estaba recomendado por su antecesor, también este Presidente me prometió su ayuda, pero nuevamente fui "tramitado" de un mes a otro, y volví a perder un año.

Durante ese tiempo había obtenido, sin embargo, una pequeña utilidad con mis minas de oro. Luego, Enrique Meiggs me entregó algunos fondos para que reconociera si el paso de Villarrica se prestaba para construir un ferrocarril entre los océanos Pacífico y Atlántico, y eso me indujo a regresar de inmediato a Valdivia.

Me dirigí para este fin a Valparaíso, contraté allá a un fotógrafo para que me acompañara, a fin de tomar algunas vistas panorámicas y de grupos indígenas, y el 15 de marzo nos embarcamos los dos en el vapor *Cloda*.

Después de un viaje de cinco días, en que tocamos, como en el anterior, los puertos de Constitución, Tomé, Talcahuano, Lota y Coronel, llegamos al puerto de Corral, y nos dirigimos el mismo día en bote a Valdivia. Permanecimos allá sólo algunos días, a fin de adquirir las mercaderías necesarias para el trueque, hacer confeccionar una carpa y contratar de nuevo al mozo y a los mineros que me habían acompañado en mis expediciones anteriores. A todos ellos se agregó un alemán apellidado Heufemann.

* * *

Abandonamos Valdivia el 26 de marzo. Después de una navegación de seis horas por el río Cruces llegamos a casa del padre de la bella Claudina, donde descansamos un poco y arrendamos caballos y mulas. Prosiguiendo luego nuestro viaje, llegamos en la tarde a San José, donde fuimos acogidos nuevamente en la forma más hospitalaria por los misioneros.

Allí me estaban esperando el capitán de amigos Mera y el lenguaraz Soto, con caballos y mulas comprados o arrendados

por mi cuenta, pero no pudimos continuar el viaje al día siguiente, pues en la noche comenzó una fuerte lluvia, que se prolongó durante varios días; crecieron todos los ríos y tuve que permanecer otra vez diez días en la misión, bastante desesperado por el atraso.

Por fin cesó la lluvia y aclaró el cielo, y pude abandonar la misión de San José en la madrugada del 6 de abril, a la cabeza de mi pequeña caravana. Mi acompañamiento era esta vez de once personas; el capitán Mera, el lenguaraz Soto, el fotógrafo, el alemán Heufemann, mi mozo, los dos mineros y cuatro arrieros, todos con buenos caballos y armados con revólveres y sables. Nos seguían cuatro mulas, cargadas con las mercaderías de trueque, herramientas mineras, la carpa y la máquina fotográfica.

Después de una cabalgata de dos horas, llegamos a Marilef, y aunque me habría agradado aprovechar el buen tiempo para seguir adelante, primero tuve que pedirle permiso al cacique Carriman para continuar el viaje. Como lo había previsto, el cacique estuvo tan contento con nuestra visita, que invitó de inmediato a toda la parcialidad a una borrachera, lo que nos obligó a permanecer ese día con él.

Cuando casi toda la reducción –hombres y mujeres, viejos y jóvenes– estuvo reunida donde Carriman, y todos alrededor de los barriles en una pradera, bajo los manzanos, tuve que hacer los consabidos obsequios al cacique y a sus mujeres y ofrecer cigarrillos a la concurrencia. Para no perder del todo el tiempo, mandé colocar la máquina, a fin de tomar fotografías de algunos grupos interesantes. Esta máquina era del todo desconocida a los indígenas, y cuando estuvo enfocada hacia ellos, se asustaron y dispersaron, pues la tomaron por un cañón. Los tranquilicé, juntándome con ellos y colocándome en el grupo. Cuando mostré las fotografías a los indios y cada cual se reconoció, se mostraron primero muy sorprendidos, pero luego se apoderó de ellos una gran agitación y exigieron con amenazas que les entregara las fotografías, que yo quería guardar.

Sabía perfectamente que es siempre peligroso mostrar a los indios, que son tan supersticiosos, cosas que no pueden com-

prender y consideran como brujería u obra del diablo, pero había creído que esa tribu, gracias a su contacto con los cristianos, era un poco más ilustrada. La causa de la agitación general consistía en la curiosa superstición de que si me llevaba las fotografías, que representaban a sus cuerpos, sólo quedarían en el lugar sus almas, de modo que tendrían que morirse de inmediato. Así, por más que tratáramos de persuadirlos de su error Mera y yo, no fue posible quitarles esa creencia *.

Por suerte ya había tomado cierto número de placas, lo que me permitió ocultar varias, aunque muy deficientes **.

Como de costumbre, se bebió a continuación hasta la noche.

Con el tiempo más esplendoroso continuamos, a la madrugada siguiente, nuestro viaje, y después de haber pasado, como en la segunda expedición, por Ciruelos, Imulfudi, Puleufu, Pucalón, La Rosa, Quilche, Malalhue y Chaingal, y de haber atravesado otras seis veces los ríos Cruces y Leufucahue, llegamos en la tarde al lugar de Pelehue, donde pernoctamos en casa del hijo de Mera.

Al rayar el día salimos de Pelehue y pasamos, como en el viaje anterior, por Chinguil y Manguisehue, pero en vez de dirigirnos desde allí a la reducción del cacique Curiñanco, avanzamos directamente hacia la orilla occidental del gran lago de Trailafquén *** y acampamos allí, bajo los árboles de la selva.

Primero me ocupé con el fotógrafo en tomar algunas vistas de ese lago tan pintoresco y de la cordillera con el volcán Villarrica, que se erguía ante nosotros, y luego me dediqué con Heufemann a cazar patos silvestres, de los que había mu-

---

* Siempre los primitivos creen que por medio de un dibujo o fotografía una persona extraña se apodera de su persona. Los actos mágicos se realizan con un cabello, un pedazo de uña, etc., de la persona a quien se quiere hacer un mal, cuya voluntad se trata de captar, etc., suponiendo que lo que se hace con esas partes de su cuerpo, ocurrirá también con el afectado en persona. De ahí que quien posea una imagen de otro, tiene dominio sobre su persona (N. del T.).

** De estas fotografías sólo hemos podido reproducir algunas en la presente edición (N. del E.).

*** El actualmente llamado Calafquén (N. del T.).

chos en el lugar. Como no se les molestaba jamás, era tan fácil cazarlos que apenas pudimos transportar nuestro botín, el cual nos suministró varias sabrosas comidas.

Como el sendero desde allí a Licán estaba muy obstruído por la vegetación, era angosto y malo, y, además, ya era tarde, pasamos la noche en el bosque. Partimos temprano a Licán, adonde llegamos después de dos horas de viaje muy pesado a través de la selva.

Para anunciar mi llegada, mandé disparar los revólveres frente a la casa del cacique Vointén, y mi gente gritó *marimari*. Pero, con gran admiración nuestra, no contestó ni apareció nadie, y una inspección nos hizo ver que la ruca se encontraba totalmente abandonada; varias cruces colocadas en el interior, señalaban que el lugar había sido asolado por las viruelas. En tales circunstancias, preferimos acampar de nuevo en el bosque, pero apenas habíamos enviado los caballos y mulas al potrero, cuando comenzó a llover con tal fuerza que debimos refugiarnos en la casa apestada, en la que encendí un gran fogata y cuyo interior mandé asear cuidadosamente.

Al día siguiente siguió el aguacero y estuve obligado a esperar en esa ruca tan poco hospitalaria que se presentara un tiempo más favorable para mis exploraciones y vistas fotográficas.

Cuando estábamos preparando nuestro almuerzo, se escuchó repentinamente un grito en la puerta y tuve el agrado de saludar al cacique Vointén; pero, ni mis ruegos ni la fuerte lluvia pudieron inducir a Vointén a entrar a la casa. Me comunicó que sus mujeres habían muerto de las viruelas y que había construído una ruca nueva, cerca de los mejores potreros, donde estaban sus grandes rebaños de caballos y vacunos. Como no teníamos alimentos, se dirigió luego a su casa, a fin de conseguirnos lo más indispensable y regresó en la tarde, acompañado por sus nuevas mujeres, sus hijas, yernos y varios otros indios con sus mujeres, quienes nos obsequiaron ovejas, pollos, huevos, harina y chicha de manzana. El tiempo había mejorado, lo que nos permitió acampar al aire

libre y luego encendimos varias fogatas, para que las indias nos prepararan una comida.

Por supuesto, retribuí debidamente los regalos de Vointén y de su familia, entregándole, entre otras cosas, un barrilito de ron. Apenas lo habíamos probado, llegó a todo galope un grupo de unos doce pehuenches y seis indios de Panguipulli, para visitar a Vointén, todos los cuales se sentaron con nosotros y a quienes, por supuesto, también tuve que hacer regalos y suministrar aguardiente.

La llegada de los indios, que querían permanecer varios días en el lugar, me resultó extraordinariamente desagradable, pues tuve que renunciar por el momento a mi proyecto de desenterrar los tesoros de las ruinas situadas en el lago; además, Vointén no pudo, en tales condiciones, acompañarme a las ruinas de Villarrica, como lo habíamos convenido.

Para resarcirme, mandé colocar la máquina fotográfica, a fin de retratar algunos grupos de esos hijos salvajes de las pampas, lo que era bastante difícil y peligroso. Tuve que usar, pues, una estratagema, y fue que cuando la concurrencia se encontraba de buen ánimo, gracias al aguardiente, Mera les explicó que yo era un gran médico y había traído una máquina que me permitía reconocer de inmediato cualquiera enfermedad y sanarla con mis remedios.

Los indios insistieron en que los examinara cuanto antes, y aunque también se asustaron con la máquina, cuyo objetivo creyeron un cañón, logré formar con ellos un grupo y tomar varias fotografías muy buenas. Tuve, sin embargo, especial cuidado de no mostrarlas esta vez, sino que dí a cada cual algún consejo y les obsequié también algunos medicamentos. Los indios de Panguipulli se dirigieron en la tarde a Voipire, mientras que los pehuenches salvajes continuaron bebiendo hasta la noche.

Vointén ya había empleado, la noche anterior, todas sus dotes oratorias, para inducirme a desistir de mi viaje, pues aseguró que en Voipire, Villarrica y Allipén los ánimos estaban muy excitados en contra mía. Pero, como yo me había negado a venderle dos barriles de aguardiente, que necesitaba para la segunda etapa de mi viaje, supuse que su actitud

se basaba únicamente en el interés que tenía por esos barriles, de modo que, a la mañana siguiente, ordené ensillar y cargar las mulas, y partimos de Licán.

Habíamos cabalgado cerca de una hora a través de la obscura selva, por pésimos senderos, cuando pasamos frente a una ruca solitaria, donde vimos a una hermosa muchacha, a la que había hecho valiosos regalos en una expedición anterior. Nos aconsejó que regresáramos de inmediato y con la mayor rapidez, pues los indios al otro lado del Toltén habían tenido noticias de nuestra llegada y estaban dispuestos a asaltarnos y asesinarnos.

Mis acompañantes ya se encontraban algo intimidados por las noticias de Vointén y tenían pocas ganas de seguir, y se asustaron visiblemente con esta nueva advertencia, pero pude inducirlos a que me acompañaran hasta Voipire, ofreciéndoles una mejor retribución. Así, en la tarde, muy cansados por los malos caminos, después de pasar por Chesque, llegamos a Voipire.

Nos dirigimos de inmediato a casa del cacique Antülef, que nos había acogido tan bien en el viaje anterior y solicitamos su hospitalidad. ¡Pero qué inmensa fue mi preocupación y el susto de mis acompañantes, cuando el cacique ni siquiera apareció para saludarnos y se negó a acogernos!

En esas circunstancias, deliberamos sobre lo que más convenía hacer. Algunos querían regresar de inmediato, a pesar de la noche cerrada, los malos senderos y los animales cansados, pero la mayoría se pronunció por acampar en la gran pradera que se extiende hasta el pie del volcán, para pasar ahí la noche y emprender el regreso al día siguiente.

Apenas habíamos colocado la carpa, desensillado los caballos y mulas y encendido una fogata para preparar la comida, cuando surgió de la selva que rodeaba a la pradera, un terrible chivateo. En el mismo instante siguiente se precipitaron hacia nosotros, desde todos lados, numerosos indios pintados y armados de lanzas, del más salvaje aspecto. Formaron un estrecho y compacto círculo alrededor de nosotros y uno de los jefes de la horda nos declaró sus prisioneros y

ordenó a su gente que nos atravesaran de inmediato con sus lanzas si hacíamos la menor tentativa de resistir o de huir.

Teníamos que habérnoslas con más de trescientos indios bien armados, jinetes en excelentes caballos y conocedores de todos los senderos y quebradas, y nos encontrábamos sin ninguna defensa en medio de una amplia pradera, desprovista de árboles. En semejantes condiciones no podíamos luchar, ni era posible emprender la fuga, y tuvimos que someternos a nuestra situación.

El capitán Mera, que era un hombre hercúleo y conocido como intrépido y valiente, estaba consternado en grado sumo por el repentino asalto. Esos indios de allende el Toltén eran conocidos como los más salvajes, y nos conjuró a no recurrir a las armas de fuego. La lucha sería demasiado desigual, pues si bien podíamos matar o herir a algunos de los indios, en un instante sucumbiríamos a la superioridad numérica, para sufrir en seguida, con toda seguridad, una muerte dolorosa.

Después de hacernos prisioneros, los caciques se dirigieron en corporación a la ruca del cacique Antülef, situada no lejos de nuestra carpa, para decidir de nuestra suerte, y poco después el capitán Mera y yo fuimos conducidos ante la asamblea. Estaba constituída ella por unos diez caciques sentados en círculo con las piernas cruzadas y unos cien indios se hallaban alrededor de ellos.

Nos encontrábamos tranquilos y serenos, aunque sabíamos perfectamente el gran peligro en que estábamos. En el círculo se alzó un cacique anciano de cabellera gris y me preguntó con brusquedad qué fin me había guiado a ese territorio, a lo que contesté que era comerciante en ganado y que Mera me acompañaba en calidad de intérprete.

A mi declaración siguió un espantoso chivateo, y el orador tuvo mucha dificultad para restablecer la calma. Cuando lo logró, me dijo el anciano cacique que se me acusaba de los siguientes crímenes:

1º De no ser mercader, sino espía del gobierno chileno, enviado con el fin de reconocer el territorio y los caminos;

2º De tratar de despojar de sus tesoros a las tumbas de sus antepasados;

3º De querer reiniciar la explotación de las antiguas minas auríferas; y

4º De querer ocupar el país con las tropas chilenas, a fin de volver a someterlos a trabajos de esclavos.

La prueba de que realmente yo había cometido esos crímenes era un libro sobre los araucanos que había publicado en Santiago en lengua española, al cual dio lectura el hijo del cacique Aburto de Niguén, quien había aprendido el castellano en la misión de San José. En ese libro yo mismo había declarado que empleaba el disfraz de mercader para poder llegar a conocer el territorio, desenterrar sus tesoros y explotar las minas auríferas, y decía también que el gobierno chileno me había prometido recursos y tropas para ocupar el país.

Nuevamente, la asamblea estalló en un furioso chivateo, y cuando el cacique volvió a ordenar silencio, declaró que cada uno de los crímenes que se me habían comprobado merecía la pena de muerte y que la misma sanción debía ser aplicada a mis acompañantes. Un nuevo chivateo demostró que la asamblea aprobaba esa sentencia.

En seguida se me invitó a que me defendiera de la acusación, y me costó mucho inducir al capitán Mera, que se encontraba sencillamente abrumado, a que tradujera mi defensa ante la asamblea. Si bien no tenía esperanza alguna de salvar mi vida, esperaba lograr, al menos, la absolución de mis compañeros y una muerte más piadosa para mí, pues la gravedad de los cargos era como para que me quemaran vivo.

Expliqué con toda franqueza que era absolutamente efectivo que había entrado a territorio araucano bajo el disfraz de mercader con el objeto de explorar sus tesoros y minas auríferas. Pero nunca había sido espía del gobierno chileno, sino que deseaba trabajar yo mismo las minas y desenterrar para mí los tesoros de los españoles. Lo hice saber así a todos los caciques que visitara, a quienes prometí una participación en las utilidades y de quienes obtuve permiso para realizar las exploraciones. El cacique Quiltrulef y uno de los caciques principales de Allipén me habían prometido conse-

guir un acuerdo semejante con sus parcialidades. Me había dirigido, pues, a dicha región para saber la resolución que habían tomado para iniciar mis trabajos en caso de que me hubieran otorgado el permiso que pedía o regresar a Valdivia en caso contrario. Si eso constituía un delito, podían condenarme, pero, en todo caso, solicitaba la libertad de mis compañeros, que eran totalmente inocentes.

Ese discurso produjo, sin duda, una buena impresión en mis jueces, pero de nada sirvió porque era efectivo que había solicitado tropas al gobierno chileno. Esas estaban, precisamente, destinadas a defender a los caciques amigos míos y a mí mismo contra las incursiones de las parcialidades del otro lado del Toltén, que ahora eran mis jueces, y no me fue posible defenderme contra esa acusación. Con un espantoso chivateo me condujeron fuertemente escoltado, a mi carpa, y en ausencia nuestra, se inició la votación que decidiría de la suerte de todos nosotros.

Poco después cayó la noche, una de las más espantosas que haya conocido, en la que pienso con verdadero pavor aún en el momento en que escribo estas líneas.

El cielo se había cubierto de nubes negras y pesadas, el temporal bramaba terriblemente en la selva que nos rodeaba, y arrancaba de raíz, con espantoso estrépito, a los árboles gigantes. Se escuchaba, lúgubre, el rugido de los pumas, que pasaron repetidas veces cerca de nosotros, mientras el cercano volcán de Villarrica, lanzaba sus columnas de humo y fuego al cielo, con truenos y bramidos y arrojando piedras candentes. No lejos, se encontraban agrupados los bárbaros caciques alrededor de una gran fogata, a cuya viva luz veíamos sus rostros espantosamentes pintados y excitados por el aguardiente y las pasiones; discutían a gritos sobre nuestra suerte.

En la carpa reinaban la angustia, el miedo y la desesperación. Mis compañeros chilenos en el infortunio se habían arrodillado, pálidos como la muerte y, esperando a cada momento un terrible fin, rezaban sin cesar el Ave María y se golpeaban el pecho implorando a Dios que les perdonara sus pecados.

Sólo uno de mis acompañantes, el alemán Heufemann,

acostumbrado a los peligros como yo, y que también se había encontrado ya muchas veces frente a frente con la muerte, pudo mantener su presencia de ánimo. Ambos esperábamos tranquilamente el desenlace y, escondido el revólver en el pecho, habíamos acordado suicidarnos si no teníamos otra posibilidad de evitar el cruel sacrificio a que se nos destinaba.

Mientras mis acompañantes rezaban, yo pensaba en los seres queridos que había dejado en la lejana patria. Los indígenas que nos vigilaban nos espantaban de vez en cuando, abriendo repentinamente la carpa y asomando sus horribles rostros; algunos nos daban pinchazos con sus lanzas o nos arrojaban piedras.

Para empeorar nuestra situación, se presentó un grupo de indios que se llevaron, a más de mis barriles de aguardiente, al capitán Mera y el lenguaraz Soto, de modo que no quedó nadie entre nosotros que hablara el mapuche. Supimos, al mismo tiempo, que a ambos les habían perdonado la vida, como resultado de la votación, mientras que nosotros teníamos que esperar una muerte segura.

La obscura noche rodeaba nuestra carpa, donde manteníamos una pequeña fogata, a fin de calentarnos un poco y poder orientarnos en caso de peligro, pero, desgraciadamente, así también ofrecíamos un blanco seguro a nuestros vigilantes. Una vez que quise salirme de la carpa, me hirieron de inmediato en la pierna con una lanza, de modo que me precipité de nuevo al interior.

Como sabía que estos indios untan a menudo sus lanzas con un veneno muy violento, que ocasiona una muerte rápida, consideré que mi única salvación consistía en calentar el atacador de fierro de la escopeta en la fogata y cauterizar la herida con ese instrumento. Normalmente, ese remedio me habría ocasionado las mayores dolores, pero, en la espantosa tensión en que nos encontrábamos, apenas lo sentí. Heufemann había amartillado ya su revólver para matar al indio que me había herido, el cual entró luego con un largo cuchillo y se dirigió contra el fotógrafo. Nos costó evitar que le disparara, lo que habría significado la muerte para todos nosotros.

Estaba ocupado en vendar mi herida, cuando se escuchó repentinamente una terrible gritería de los indios en la ruca de Antüleí. Los gritos se acercaban cada vez más, y observamos con verdadero espanto que los caciques, rodeados por muchos indios que iluminaban el camino con antorchas, se aproximaban a nuestra tienda.

La horda, excitada por el aguardiente y las pasiones, se detuvo frente a nuestra carpa y el que hacía de cabecilla nos ordenó que saliéramos. Heufemann y yo obedecimos llevando los revólveres escondidos bajo el poncho, pero mi gente, que rezaba arrodillada, salió sólo cuando los indios los amenazaron con sus lanzas y cuchillos.

Después de haber ordenado silencio, el jefe nos inspeccionó, conversó luego con los demás caciques y nos hizo varias preguntas, las que no pudimos contestar, pues no las entendíamos. En seguida, hubo un horrendo chivateo, y algunos indios ebrios se precipitaron con cuchillos sobre nosotros, pero nos salvó Antüleí, deteniendo a los atacantes con la promesa de un nuevo barril de aguardiente, el cual fueron los indios a buscar a su ruca. Gracias a él, nuestra vida estaba salvada por el momento, y pudimos entrar de nuevo a la carpa. El temporal bramaba afuera con mayor violencia, el volcán tronaba más fuerte y se descargó un copiosísimo aguacero.

Apenas nos habíamos agrupado alrededor de la pequeña fogata para calentar un poco nuestros cuerpos entumecidos por el frío y el susto, volvimos a estremecernos. Se abrió re-repentinamente la entrada de la tienda y, con grata sorpresa, vimos frente a nosotros, no a nuestros verdugos de espantosa apariencia, sino a la bella hija de Antüleí.

Tenía por ella el mayor afecto desde mi primer viaje a esa región y le había hecho algunos valiosos regalos. Agradecida, se había deslizado furtivamente hasta nosotros, para traerme una fuente de frejoles y un papel de Mera que me entregó antes de desaparecer con la misma rapidez con que había llegado.

El papel contenía las siguientes palabras:

"Condena sólo mañana, pues esperan al cacique de Boroa. Estén tranquilos. Paciencia y esperanza de ser salvados".

Esta noticia consoló un poco a mis compañeros en el infortunio, y pasamos dos horas intranquilos en espera de los acontecimientos, escuchando los truenos del volcán, el bramido del temporal, el rugido de los pumas y el chivateo de los indios que bebían y las señales de los numerosos vigilantes colocados alrededor de nosotros en el borde de la selva.

Ya había pasado la media noche, cuando escuchamos otras señales, éstas de pifulca, y luego muchos indígenas corrieron desde todas partes hacia la ruca de Antülef, pasando frente a nosotros. Nos asustamos, sin embargo, cuando un grupo se detuvo repentinamente ante nuestra carpa, pero nuestra alegría y felicidad fueron inmensas cuando se acercaron el cacique Antülef y mi amigo Vointén y nos hicieron señas de que huyéramos con la mayor rapidez posible en los caballos que habían traído.

No entendí todo lo que dijeron, pero comprendimos perfectamente que deseaban salvarnos, y con una presteza realmente febril, fustigados por el miedo, montamos a caballo y partimos a toda carrera detrás de Vointén hacia la selva.

Bajo los árboles reinaba una obscuridad completa, de modo que pudimos seguir a nuestro salvador solo por el ruido de su caballo, chocando a menudo con los troncos y lastimándonos con las cañas de colihue. Llovía a cántaros, el temporal bramaba espantosamente y en torno nuestro se precipitaban al suelo los gigantes de la selva, arrancados de raíz, amenazando aplastarnos en cualquier momento; rugían de modo siniestro los pumas espantados y me dolía bastante la herida cauterizada. Pero todas estas incomodidades y penurias no guardaban relación con la situación terrible y desesperada a que acabábamos de escapar. Clavando profundamente las espuelas a los caballos, procuramos cabalgar en la noche aunque reventaran los caballos.

Cuando habíamos avanzado cerca de media hora, encontramos a Mera y al leguaraz Soto, que también huían, y por ellos me enteré de quiénes eran nuestros salvadores. Mi amigo Vointén había oído de mi desgracia y se había dirigido de inmediato a Voipire, a fin de salvarnos, si ello todavía era posible. El y Antülef brindaron tales cantidades de mi aguar-

diente a los caciques forasteros, que éstos cayeron al suelo, borrachos perdidos. Entonces, nuestros amigos hicieron abandonar sus puestos a los centinelas y los llevaron a la ruca de Antülef, quien les entregó otro barril de aguardiente, cuyo contenido se pusieron a beber con gran avidez.

Al llegar a Chesque nos separamos. Vointén, a quien le agradecí cordialmente su ayuda, partió a todo galope con el capitán Mera hacia Licán, y los demás tomamos el camino más corto a Valdivia, que pasaba por Muquén.

Cerca de la madrugada pasamos frente a algunas rucas aisladas en el bosque, y como mi herida me dolía mucho, quise detenerme un momento, a fin de vendarla de nuevo. No fue pequeña nuestra sorpresa, al advertir que los indios ya tenían conocimiento de lo que había ocurrido, pues nos recibieron a pedradas y trataron de lacearnos, de modo que sólo pudimos salvarnos disparando nuestros revólveres y huyendo rápidamente.

Como esos indios podían revelar la dirección en que huíamos, nos vimos obligados a fustigar a los caballos cansados, para ir más rápido, sin hacer caso de la fuerte lluvia ni de mis dolores, pues sólo así podíamos escapar. Después de dos horas de marcha, el bosque se abrió y llegamos a un alegre valle ocupado por praderas, donde había algunas rucas. Como mis dolores habían aumentado mucho, debido a que la pierna se estaba hinchando rápidamente, solicitamos hospedaje para descansar un poco y un indio anciano nos recibió muy amablemente.

Cuando estaba todavía ocupado con el vendaje de mi herida, vimos con verdadero espanto que se acercaban a toda carrera tres indios, a los que tomamos por nuestros perseguidores. Como no podíamos pensar en huir, recurrimos a nuestras armas para defendernos.

Pero, afortunadamente, se trataba del hijo y de dos nietos del anciano que nos había concedido hospitalidad, quienes venían para ayudarnos, pues habían oído de nuestra fuga y de la mala recepción que nos habían hecho sus vecinos.

Su llegada y la ayuda que ofrecían nos tranquilizaron y, además, nos dieron la buena noticia que no se nos persegui-

ría. Antüleí había entregado a los dos caciques enemigos todas mis mercaderías y, sobre todo, mi aguardiente, que los había inducido a quedarse bebiendo hasta darle fin. También les advirtió que no debían perseguirnos a través del territorio de caciques que eran amigos míos. En tales circunstancias resolví, en parte por mi herida, en parte para tener tiempo de secar mis ropas y comer algo, descansar algunas horas en donde estábamos.

Mis acompañantes se hallaban todavía tan afectados por el miedo y el espanto de la noche anterior, que no hubiera podido inducirlos a permanecer siquiera una hora en ese lugar. Pero el anciano indio nos dio la seguridad de que tenía tanta influencia sobre sus conciudadanos, que nadie osaría entrar en su ruca sin su permiso, ni mucho menos atacar a sus huéspedes. La razón por la cual nuestro anciano anfitrión procedía tan amistosamente con nosotros, era que en sus diversos viajes a Valdivia, los misioneros siempre lo habían recibido y obsequiado en la forma más amable y ellos mismos habían bautizado y educado a sus nietos, que acababan de llegar con su hijo. Desgraciadamente, no recuerdo el nombre del anciano, ni del lugar en que vive, pues me encontraba entonces demasiado agitado y cansado y padecía mucho por mi herida.

Cuando le conté al anciano que había tenido la intención de descubrir y trabajar las minas auríferas de Villarrica, me comunicó que, de acuerdo con noticias auténticas, ellas no se encontraban en las vecindades inmediatas de la ciudad, destruída, sino cerca de su ruca, en terrenos de su reducción. Desde allí el oro habría sido llevado a la fundición de Villarrica por un corto camino perfectamente recto que ya no era transitable, por encontrarse cubierto por la vegetación. Como me interesaba vivamente conocer esa antigua mina aurífera, encomendó a su hijo que me la mostrara, invitación que acepté muy agradecido, de modo que mandé ensillar de inmediato el caballo, a pesar de mis dolores.

Avanzamos sólo un corto trecho con mi acompañante por el vallecito y llegamos a la meta. Con sorpresa, encontré en la falda de la montaña varios túneles todavía accesibles, y

también un gran número de piques, algunos intactos aún; otros, aterrados o semiaterrados, y muchos antiguos desmontes que, aunque cubiertos ya por la vegetación, podían ser fácilmente despejados por un práctico en minas. Todo revelaba claramente que esa falda debió haber sido muy rica y que aún lo era, pues los españoles habían sido expulsados cuando sus minas auríferas se encontraban en el apogeo.

Lavé sólo algunas fuentes de arena de muestra y encontré un buen contenido de oro, por lo que creo que ese valle debe de ser uno de los más ricos de la Araucanía y la provincia de Valdivia.

Desgraciadamente, mis dolores no me permitían efectuar reconocimientos muy exactos, y mis acompañantes, temerosos de que pudiéramos caer de nuevo en manos de nuestros enemigos, me mandaron decir que se pondrían solos en marcha si no los acompañaba inmediatamente, y así me ví obligado a regresar cuanto antes a la ruca.

El indio anciano me proporcionó otras informaciones acerca de la antigua riqueza aurífera, sobre las ruinas de Villarrica y sobre antiguas minas. Pero me declaró, al mismo tiempo, que me expondría al mayor peligro si procuraba reconocer y trabajar esas minas, y que él mismo no estaría en situación de protegerme en tal caso.

Mientras conversábamos, se acercaron de nuevo a toda carrera desde la selva varios indios que se detuvieron frente a nuestra ruca. Mis acompañantes volvieron a atemorizarse, pero afortunadamente tampoco eran perseguidores, sino amigos: el yerno de Vointén con su gente, que traían las mulas, cargadas con la carpa, la máquina fotográfica, y uno de los baúles, el que contenía las fotografías. Desgraciadamente, la mayor parte de las placas estaban rotas, y sólo de fragmentos logré reconstruir algunas fotografías.

Mi herida requería un pronto tratamiento médico, por lo cual ordené ensillar, a fin de llegar en el mismo día a territorio cristiano, pero, antes de abandonar la ruca e iniciar el viaje, tuvimos que experimentar un nuevo retardo.

En efecto, el anciano me declaró que enviaría a todos sus nietos a la Misión de San José, para que se les bautizara y edu-

cara allá, pero que, como no admitían muchachas, quería que bautizara rápidamente a sus tres nietas antes de partir. No aceptó ninguna clase de excusas, y para satisfacer al buen viejo, celebré el sacramento según el rito católico, que conocía muy bien el hermano de las jóvenes, quien había sido educado en la Misión, como ya dije. Resultó bastante cómico el espectáculo de las tres muchachas, de once, doce y catorce años , en brazos de mis hombres, que actuaban de padrinos y las tenían como a criaturas recién nacidas.

Terminado el bautizo, montamos por fin nuestros caballos, y seguimos viaje en compañía del hijo y de uno de los nietos del anciano. Llegamos a la ruca abandonada de La Rosa cuando cerraba la noche y acampamos allí, como en la expedición anterior. Después de las terribles excitaciones de la noche anterior y de la fuga, quedamos luego profundamente dormidos.

Continuamos viaje muy temprano al día siguiente, pasamos por Pucalón, Puleufu, Imulfudi y Ciruelos, llegamos a Marilef, donde descansamos algo en casa del cacique Carriman, y, en la tarde, alcanzamos sin novedad la misión de San José.

Los padres ya habían recibido noticias de nuestra desgracia y nos creían muertos, por lo cual habían despachado de inmediato un propio al intendente de la provincia, a fin de que nos enviara alguna ayuda, si todavía era posible. Quedaron, pues, muy sorprendidos cuando nos vieron llegar sanos y salvos y demostraron gran alegría.

Después de haberles pagado sus servicios al lenguaraz Soto y a los arrieros y de hacer algunos obsequios a mis acompañantes indígenas, me despedí de los misioneros, esta vez, seguramente, para siempre. Acompañado por el fotógrafo, por Heufemann, los mineros y mi mozo, me dirigí a Cruces, donde Claudina me vendó la herida; en seguida me embarqué en un bote y en la tarde llegué a Valdivia.

La noticia de mi arribo se propagó en la ciudad con la rapidez del rayo y la población concurrió en gran número a mi hotel, para felicitarme. Entre las visitas se encontraba también el Intendente, que ya había tomado diversas providen-

cias e impartido órdenes para que se nos salvara, si era posible.

Teníamos, por cierto, más que suficiente motivo para agradecer a Dios, pero ya no podía volver a territorio araucano sin acompañamiento de fuerza armada. A pesar de mis sacrificios de tiempo, dinero y salud, la meta anhelada se había alejado quizás para siempre y tenía que conformarme con haber salvado mi vida y la de mis compañeros de un fin terrible y doloroso.

Capítulo X

VIAJE A LAS ZONAS DE COLONIZACIÓN ALEMANA EN LAS PROVINCIAS DE VALDIVIA Y LLANQUIHUE, PASANDO POR ARIQUE, QUINCHILCA, CORRAL, FUTA, LA UNIÓN, RÍO BUENO, TRUMAO Y OSORNO, Y ALGUNAS NOTICIAS SOBRE PUERTO MONTT.

A principios de este Libro Segundo tuve oportunidad de decir algo sobre los alemanes de Valdivia, y después de haber descrito a los araucanos, su territorio y sus costumbres, me parece de utilidad dar a conocer también algunos detalles de otras zonas donde viven alemanes en las provincias de Valdivia y Llanquihue. El lector alemán lo agradecerá especialmente, por cuanto se trata de compatriotas que viven en el lejano Occidente, al otro lado del mar.

* * *

Después de haber permanecido en Valdivia durante una quincena, al regreso de mi primera expedición a la Araucanía, acordé, un buen día, visitar el lago Ranco, que está situado al pie de los Andes. Arrendé un caballo y abandoné Valdivia en la sola compañía de mi mozo.

Primero, pasamos frente a las poblaciones alemanas, situadas directamente a lo largo del hermoso río Valdivia, en me-

dio de románticos jardines y manzanares, de praderas y campos de cultivos; después de media hora de viaje, llegamos a una serranía que el río cortaba en dos. Llevaba el nombre poco poético de Quitacalzón y se elevaba tan abruptamente hasta unos quinientos pies de altura que sólo dejaba un angosto sendero para el paso.

Esa serranía estaba cubierta hasta la cima por un bosque realmente impenetrable. Los bosques de Chile se distinguen de los europeos por las dimensiones colosales de sus árboles y porque se componen, no de una o pocas especies, sino de muchas variedades. Las ramas de todos esos árboles se entrelazaban y los troncos se veían cubiertos de espesas enredaderas. Apenas la octava parte de tales gigantes vegetales pierden su follaje en el otoño y los demás son de un verdor perenne.

Los enormes troncos difícilmente permiten el paso, pero éste se hace imposible por la vegetación subarbórea, sobre todo por la exuberancia de las bambúceas: quila y colihue. Las cañas de esta especie alcanzan a menudo cuarenta pies de altura y se elevan rectas, sin ramas, formando a veces, tan tupidas crecen, verdaderas murallas. La quila, en cambio, es una planta más bien arbustiva y de una sola raíz; suelen crecer centenares de vástagos hasta una altura de diez a quince pies, formando espesuras imposibles de penetrar sin machete y hacha. Ambas especies de cañas son muy difíciles de quebrar o cortar, y sólo arden cuando están muy secas, afirmándose que ello ocurre cada siete años *. De esto ya se desprende lo difícil que es transformar estas selvas en campos de cultivo.

Ambas bambúceas son también muy útiles, pues los largos tallos del colihue son empleados por los indígenas en la construcción de sus rucas y para confeccionar su arma principal, la lanza. La quila, por su parte, es de la mayor importancia, pues sus hojas, siempre verdes, suministran un buen talaje al ganado en el invierno.

El bosque de Quitacalzón, estaba constituído principalmente de ulmos, maitenes, guayacanes, litres, lingues, peumos,

* Después de la florescencia (N. del T.).

avellanos, laureles, robles, coihues y cipreses, casi todos ellos árboles que suministran valiosas maderas.

Las serranías que acompañan al río están formadas de micacitas, las que, cruzadas por muchas vetas de cuarzo, se hallan cubiertas por una tierra roja arcillosa, y varios de los grandiosos excavamientos de tierra hechos por los españoles revelan que debe haberse encontrado oro allí.

Las serranías encajonan el río por largo trecho y, al apartarse, por ambas riberas dan lugar a llanuras que se veían bien cultivadas, a praderas y grandes plantaciones de manzanos. Entre ellos había casas de madera de buen aspecto y rodeadas de jardines, que revelaban de inmediato pertenecer a alemanes. Tratábase de la colonia de Arique, situada a cinco leguas de Valdivia. Esta población contaba algunos centenares de habitantes, tanto chilenos como alemanes, cuyas viviendas se encontraban a ambos lados del río; contrastaba la construcción primitiva de las casas de los primeros con el agradable aspecto de las moradas de los alemanes.

Cuando me detuve frente a una de las mayores de las casas alemanas, apareció una mujer joven y hermosa, que me invitó a apearme y a entrar con las acogedoras palabras Na, grüss di Gott (Bien, Dios te salve).

Como los cultivos no dejaban cuenta, mi anfitrión se dedicaba más bien a la crianza, pero producía sobre todo chicha de manzanas, a cuyo efecto había adquirido o arrendado una gran parte de los manzanares del valle e instalado una gran prensa.

Alrededor de los manzanos volaban grandes bandadas de choroyes, gritando ensordecedoramente, y donde se posaban, las manzanas se veían muy pronto partidas en el suelo, pues estos pájaros sólo se comían las pepas. Les disparé, y como se encontraban apretujados uno al lado del otro, partiendo manzanas, cayeron cuatro. Cuando la bandada se elevó con gran gritería, observé que había también muchas torcazas y cacé varias. Rogué a mi amable anfitriona que me las asara, lo que comenzó a hacer de inmediato, pero me admiré de que desplumara también a los choroyes. Me declaró, sin embargo,

que esta ave suministraba una excelente cazuela, aún cuando su carne fuera muy dura y desabrida, y pronto tuve oportunidad de cerciorarme de ambas cosas.

Después del almuerzo proseguí el viaje, avanzando siempre a lo largo del río. La serranía se allanaba poco a poco, y al cabo de unas horas de camino vi que desaparecía. Aunque mucho más angosto y menos profundo, el río corría en medio del llano con apreciable pendiente y sonando con bastante fuerza.

Al atardecer alcancé la meta de mi jornada; el caserío de Quinchilca, consistente en sólo unas pocas chozas, en cuyo centro se elevaba un gran edificio de madera. Pertenecía éste a un alemán apellidado Káiser, y era una destilería. Me habían dado en Valdivia una recomendación para este compatriota, que me concedió gustosamente alojamiento para la noche.

Si el compatriota suabo de Arique preparaba chicha de manzanas, herr Káiser la destilaba y producía aguardiente, que empleaba para hacer buenos negocios con los indios de Panguipulli, que no vivían lejos y le entregaban en trueque, vacunos, caballares y cueros. El caserío de Panguipulli deriva su nombre de los numerosos pumas que existen en los alrededores, pues *pangue* es, en mapuche, puma, y *pulli*, región *. El puma sudamericano es más pequeño que el león africano y no posee melena.

Panguipulli se encuentra próximo a la cordillera, a orillas del gran lago homónimo, que recibe su tributario principal del lago Trailafquén (Calafquén), que queda al norte, y desagua en el lago Reñihue, en el cual tiene su origen el río Valdivia (Calle-Calle).

A pesar de vivir la tribu de Panguipulli, cuyo cacique era Allapán, tan cerca de los cristianos, y de viajar sus miembros frecuentemente a Valdivia, para hacer sus compras, era de las más salvajes y temidas. Por ello se aventuraban raras veces

* En realidad, *pulli* significa cerro (N. del T.).

los chilenos y alemanes hasta esa región y, a pesar de que había misiones mucho más al interior del territorio indígena, esa tribu no había permitido que se fundaran en el suyo.

* * *

En la madrugada siguiente abandoné temprano Quinchilca, y dejé la orilla del río para dirigirme hacia el sur. Durante varias horas avancé por un sendero estrecho a través de la selva obscura y solitaria, cuyo silencio sólo era roto, a veces, por el rugido de un puma, el grito de un ave de rapiña o el golpeteo de un pájaro carpintero. Cerca del mediodía llegué a unas pobres chozas, habitadas por pastores, que se levantaban en medio de grandes praderas, donde pastaban caballares, vacunos y ovejunos.

Volviendo a cabalgar a través de bosques y praderas, llegué al atardecer a la orilla occidental del lago Ranco.

El panorama era magnífico. Este bellísimo lago se extiende diez leguas españolas de norte a sur y cinco de oeste a este * y está rodeado en su mayor parte por selva virgen. En su parte oriental los Andes se elevan directamente desde la orilla y sus pintorescas cúpulas roqueñas y sus cumbres parcialmente nevadas, brillaban con los bellísimos colores del sol Poniente. Diversas islas mayores o menores, cubiertas de bosques, se encontraban diseminadas en el lago y contribuían a la belleza del paisaje.

En el bosque reinaban la tristeza y el silencio; aquí en cambio, había mucha más vida. Un grupo de cisnes de cuello negro se mecía en las aguas suavemente agitadas; nadaban o se elevaban del espejo del lago grandes bandadas de patos silvestres; los choroyes gritaban en los manzanares; hermosos flamencos y garzas blancas se paseaban orgullosamente a lo largo de la orilla; los "frailes" lanzaban estridentes gritos, volando recelosamente en torno a mi persona, intruso en su reino; las torcazas se alineaban en las ramas de un hermoso

* Estos datos no corresponden a la realidad: son 20 kms. de N. a S. y 25 de W a E. (N. del T.).

y gigantesco árbol, y se acercó un pequeño rebaño de ciervos (pudús), para beber por última vez antes de la noche.

Tras breve descanso comencé a cabalgar primero hacia el Sur, en seguida hacia el Este y, finalmente, con rumbo al Norte. La meta de mi jornada era la pequeña reducción indígena de Maihue, en la orilla oriental, y tuve que vadear el Río Bueno, que nace en el lago.

Después de haber cruzado al pie de los Andes el Pillanleufu (Río del Diablo) *, que no es muy profundo, pero muy ancho y sembrado de muchas piedras y rocas destrozadas, y atravesar luego el Pichileufu, llegué al anochecer al caserío de Maihué, donde el indio Cajuante nos acogió amablemente a mí y a mi mozo.

El que hice es el mismo viaje y el cacique de Maihue el mismo que Gerstäcker ** describe en su libro "Dieciocho Meses en la América del Sur". En casa de Cajuante pernoctó también Gerstäcker cuando tuvo el propósito de viajar desde Maihue a las pampas argentinas, a través de los Andes, a lo que se opusieron los indígenas, por lo cual tuvo que renunciar a su plan y regresar a Valdivia. Así me informó uno de los caciques que visité, y el cual, si hubiera tenido conocimiento del propósito de Gerstäcker, le habría conseguido permiso para cruzar la cordillera con la ayuda de un cacique amigo.

Desde allí se puede llegar, en la temporada favorable, por el boquete de Llifén a las pampas de la República Argentina. El paso queda sólo a 594 pies de altitud, y los hermanos Muhm, comerciantes alemanes de Valdivia, atravesaron por él la cordillera.

Yo había recibido informaciones de que en una quebrada secundaria de los Andes existían ricas vetas de cobre y oro, por lo cual me dirigí muy de madrugada, al otro día, hacia allá, pero, desgraciadamente, sólo encontré piritas, que habían sido tomadas por oro. Como el cielo se estaba cubriendo

* La traducción exacta es Río de Dios (N. del T.).

** Célebre escritor alemán de cuentos y relatos novelescos sobre los indios (N. del T.).

y el fuerte viento del Norte anunciaba lluvia, regresé pronto a Maihue; pues si llovía fuerte, podía quedar aislado y obligado a permanecer una semana y quizás un mes en el lugar. Desde Maihue, inicié de inmediato el regreso.

No me había equivocado. Apenas llevaba dos horas de viaje, comenzó una lluvia muy fuerte, que duró todo el día, y llegué en la tarde a casa de herr Kaiser, en Quinchilca, completamente mojado y muy fatigado por los malos caminos.

Temprano al día siguiente, continué el viaje a Valdivia, adonde llegué en la tarde, completamente mojado otra vez, después de haber cruzado con grandes dificultades el río crecido y diversos riachuelos.

* * *

Algunos días después de mi regreso del lago Ranco, mejoró el tiempo, lo que me permitió dedicarme a reconocer las serranías que rodean la bahía de Corral y las antiguas minas auríferas de los españoles que hay en ellas.

Arrendé para ese fin un buen bote velero, y pronto nos deslizamos como una flecha, aguas abajo por el hermoso y ancho río Valdivia, a impulsos de cuatro vigorosos bogadores, del viento y la vaciante. En hora y media llegamos al hermoso puerto de Corral y me dirigí al hotel alemán. Visité al botánico, herr Krause, para invitarlo a un viaje por la bahía, lo que aceptó gustosamente.

Cruzamos transversalmente la bahía en el bote, desembarcamos en la parte septentrional de la Cordillera de la Costa y ascendimos por su falda hasta las ruinas del antiguo fuerte de Niebla, que queda a unos ochenta pies de altura.

Una parte del fuerte estaba todavía bien conservado, y había allí un puesto militar, ocupado por algunos artilleros, cuyo trabajo consistía, sobre todo, en vigilar los antiguos cañones y en avisar por señales al capitán del puerto en Corral la entrada de los buques a la bahía.

El paisaje era desde allí realmente encantador. Hacia el Occidente se extendía el inmenso Océano Pacífico, cruzado por buques que navegaban hacia el Norte o el Sur a mayor

o menor distancia de la costa. Hacia el Norte se extendía la abrupta Cordillera de la Costa, cubierta desde la base hasta la cima por una densa selva virgen y cuyo desarrollo era visible a lo largo de muchas leguas, con sus bahías y promontorios. Hacia el Sur, abruptamente debajo de mi mirador, las olas golpeaban contra las rocas de la pintoresca entrada del puerto. Al frente, se elevaban las ruinas del fuerte de San Carlos, y más allá quedaba Corral, con sus antiguas fortificaciones en ruinas, cuyos alrededores habían colonizado los alemanes. Si se miraba hacia el Oriente, se veía el magnífico puerto, rodeado por serranías de mil pies de altitud, también cubiertas de bosque virgen desde la cima hasta el espejo del agua, en cuyo centro se elevaba la pequeña y romántica isla Mancera, con su antiguo castillo; y, en dirección al Norte, desembocaba en el puerto mismo el ancho y hermoso río Valdivia.

Después de haber permanecido una hora en las vetustas murallas, deleitando nuestros ojos con el precioso panorama, volvimos a la playa, nos embarcamos en el bote y remamos a la mencionada isla de Mancera, en medio de la bahía. Su superficie es de unos cinco morgen *; las orillas son bajas, pero al centro, en una colina, se elevan las ruinas muy bien conservadas de un antiguo palacio. Este fue edificado, como se dijo al principio de este Segundo Libro, en 1645 por el hijo del marqués de Mancera.

Desde el desembarcadero nos dirigimos por un sendero algo empinado al palacio, y en el trayecto encontramos casas de chilenos y alemanes. Las elevadas murallas y los arcos de las ventanas del palacio se veían cubiertos de hiedra y diversas enredaderas. En las antiguas habitaciones y en el gran patio florecían matas de magníficas chilcas, entre las cuales se elevaban cipreses y mirtáceas, y en el antiguo jardín del palacio, que bajaba en terrazas hasta la orilla, había las más diversas especies de árboles frutales y flores de Europa, pero ya en estado silvestre.

* El *morgen* es una medida alemana que equivale a un cuarto de hectárea, pero la isla Mancera tiene una superficie de cerca de 125 hás. (N. del T.).

Descansamos un rato y herr Krause, me condujo a la parte oriental de la isla, donde encontré un túnel construído por los españoles, que cruzaba toda la isla, y reconocí pronto que se había explotado allí una veta de cuarzo aurífero.

Nos dirigimos luego a la orilla austral del puerto y remontamos algunos centenares de metros un riacho que desemboca en la bahía, y desembarcamos en su ribera.

En ese lugar habían obtenido los españoles, sin duda, la mayor producción de oro de la Cordillera de la Costa, pues a lo largo de un buen trecho el terreno estaba surcado por zanjas profundas y prolongadas y sembrado de infinitos hoyos, que debieron de ser mucho más profundos. Reconocí el terreno y advertí que en ese lugar no se habían trabajado las vetas de cuarzo, sino las capas de tierra, que fueron lavadas en el riacho. Varios ensayes que realicé, demostraron un contenido de oro, pero no en cantidad suficiente para inducirme a iniciar una explotación.

Los reconocimientos que hice me tomaron unas dos horas, y luego regresé a Corral con herr Krause. Allí visitamos las fortificaciones, que estaban bien conservadas, pero en estado de abandono. Había un gran número de cañones, enmohecidos y con las cureñas podridas o quebradas. Los antiguos cuarteles eran empleados como bodegas y depósitos de mercaderías.

Desde Corral trepamos de nuevo a los cerros, en cuyas faldas volví a encontrar antiguas labores de los españoles, de las que habían obtenido oro, pero eran mucho menos importantes que las mencionadas anteriormente.

Al regresar, encontré entre las casas de Corral, cerca del camino, un manto de carbón bastante potente, pero que no era explotado, a pesar de su situación tan favorable.

En la tarde examiné diversas colecciones de herr Krause, consistentes en flores secas, musgos, mariposas, coleópteros, minerales, etc., y pasé la noche en compañía del capitán del puerto y de varios colonos alemanes.

* * *

A la mañana siguiente, muy temprano, abandoné Corral, favorecido por el viento y la corriente, crucé la bahía hacia la desembocadura del río Valdivia. Después de breve trecho, me dirigí, sin embargo, hacia el Oeste y penetré en el riacho de Cutipay, por el cual llegué hasta el fundo del mismo nombre perteneciente a mi amigo Schülke.

Desde allí ascendí la empinada Cordillera de la Costa y bajé al otro lado, que daba al mar, donde se extendían angostos trechos de tierras planas, emergidas por el solevantamiento de la costa, según ya lo mencioné. Estos terrenos habían sido descampados y se les cultivaba, encontrándose en ellos las aldeas de Curiñanco y Niebla, pobladas, sobre todo, por indios bautizados. En Niebla había antiguamente una Misión a orillas del mar, pero ya sólo se veían sus ruinas.

Herr Schülke había adquirido terrenos de apreciable extensión a lo largo de la playa, y un día el mar en su propiedad arrojó una enorme ballena muerta a consecuencia de las heridas que le habían inferido unos cazadores. Como, de acuerdo con la ley, era el dueño legítimo, la vendió y recibió cerca de 1.250 pesos como precio.

Desde la playa del Océano Pacífico regresé por el mismo camino a Cutipay, me embarqué en mi bote, remonté el río Valdivia, y casi a la mitad del trayecto a la ciudad de Valdivia, me dirigí hacia el Oriente, por el río Guacamayo hasta Las Casitas. Este caserío estaba constituído únicamente por unas pocas chozas miserables, donde vivían algunos madereros.

Allí desembarqué para ascender un cerro muy parado, por cuyo lado contrario descendí para llegar a un valle roqueño y angosto. Allí había una veta cuprífera cerca de una pequeña caída de agua pintorescamente situada y que habían comenzado a trabajar algunos alemanes. Pero como en esa quebrada había también oro, en trozos mayores, con valor de cuatro, ocho o más pesos, realicé también los reconocimientos del caso, pero sin resultado favorable.

Desde allí regresé de nuevo a mi bote y en éste a Valdivia, adonde llegué tarde en la noche.

En la obscuridad, mientras navegaba, podía ver un imponente incendio en la Cordillera de la Costa, que iluminaba el valle hasta muy lejos tiñendo el cielo de rojo sangre.

* * *

Mi próxima meta eran algunas colonias agrícolas fundadas por los alemanes en el interior, al sur del río Valdivia. Hacia allá me dirigí el 23 de agosto, cuando el viento del Sur anunciaba tiempo despejado.

Para llegar a Futa, tenía dos caminos: en primer lugar, uno bastante bueno, construído por los ingenieros alemanes Frick, Lagrèze y Harnecker, y luego, la vía fluvial. Preferí esta última y, despachados mis caballos por tierra, me embarqué en compañía de mi mozo en un bote tripulado por cuatro vigorosos bogadores.

Navegando río abajo, nos dirigimos hacia el Sur y torcimos por el río Guacamayo, pasando frente a la isla del mismo nombre, que se encuentra bien cultivada y cubierta de manzanares, hasta llegar a Tres Bocas. El caserío constaba de pocas chozas, donde vivían unos leñadores, y debe su nombre a la confluencia de los ríos Futa, Pococomer y Angachilla. Desde allí remontamos el correntoso río Futa, entre altas y abruptas serranías cubiertas de bosque virgen, que contrastaban con las riberas bajas y pantanosas entre las cuales habíamos navegado hasta entonces.

Después de una hora de viaje, llegamos otra vez al caserío de Las Casitas, ya nombrado. Desde allí el lecho del río se estrechaba de tal manera que las ramas de los grandes árboles se entrecruzaban de una orilla a otra, formando una ramada. Debido a la estrechez del lecho, la corriente aumentaba mucho, y nuestro viaje se hizo más lento, sobre todo por la circunstancia de que había árboles viejos, derribados por los temporales, atravesados en el agua. Nuestros machetes no siempre eran suficientes para abrirnos paso y tuvimos que recurrir una vez a las hachas para cortar los troncos en dos partes. Además, muchos de éstos, semipodridos, estaban bajo

el nivel del agua, y constituían un peligro para el bote, que podía zozobrar.

Después de ocho horas de navegación desde Valdivia, el valle se amplió y llegamos a Futa, un villorrio de una docena de casas, situado en una llanura descampada, de unos diez *morgen* de extensión, y rodeada de altos cerros cubiertos de bosque virgen. Antes que pudiéramos desembarcar, tuvimos que cruzar todava dos peligrosos rápidos, donde la corriente era tan grande que los bogadores tuvieron que hacer pasar el bote a la sirga, tirándolo con lazos desde la orilla.

Cabe mencionar a este caserío únicamente porque el río es navegable sólo hasta allí. Todas las mercaderías llegadas desde Valdivia o Corral para ser llevadas al interior del país, tienen que ser desembarcadas en Futa y seguir el viaje en mulas; en cambio, los productos del país que provienen del interior, son embarcados aquí en los botes.

Pasé la primera noche de mi viaje en un hotel, donde encontré las cabalgaduras que había despachado por tierra.

Mandé ensillar los caballos al rayar el día, abandoné Futa y junto con mi mozo me interné en la selva por un pésimo camino, muy lavado por la lluvia, para llegar una hora más tarde a un hotel alemán, pequeño y acogedor, en el caserío de Los Ulmos.

Desde allí, el camino subía y bajaba entre la selva, y encontramos a menudo en las quebradas de las montañas enormes rocas del más puro cuarzo blanco, que se destacaban nítidamente en el obscuro verdor del bosque. El camino está cubierto de fragmentos agudos de ese cuarzo y los caballos sin herraduras se lastiman frecuentemente y quedan mancos.

En las cumbres, la selva se abría siempre un poco, y en la primera llegué a la pequeña colonia chilena de Tregua; en la segunda estaba la de Huequecura; y en la tercera, la de Catamutún. Cerca de esta última había potentes capas carboníferas de muy buena calidad, pero que no eran explotadas, por encontrarse demasiado alejadas de la costa.

Cabalgamos siete horas por el obscuro bosque, descampado solamente en la vecindad de los caseríos ya mencionados. Los gigantescos árboles abrazados por miles de en-

redaderas y plantas parasitarias de las formas más bizarras, ofrecían un aspecto impresionante, y era realmente encantador el golpe de vista de los magníficos arbustos de mirtáceas y chilcas y de las fantásticas guirnaldas de flores que atravesaban el camino; pero, al cabo de meses y meses de viajes por esos bosques me había hecho insensible a esas bellezas.

A mi llegada a Valdivia, después de ocho años en los desiertos de arena, había saludado extasiado los magníficos bosques y la exuberante vegetación del Sur, pero ahora tenía nostalgia del cielo siempre azul de la región septentrional, donde el sol lucía con invariable amabilidad. Los persistentes aguaceros y el cielo casi siempre turbio habían aumentado mi nostalgia, y mientras caminaba por el bosque ni siquiera escuchaba el canto de algún pájaro, salvo, a ratos, el acompasado golpeteo de un pájaro carpintero o el melancólico arrullo de las torcazas.

Por fin comenzó a despejarse el bosque, a ambos lados del camino aparecieron campos cultivados, viviendas dispersas, praderas donde pastaban rebaños de ganado, y llegamos a La Centinela, que, en tiempos de los españoles, era un puesto militar, lo que le valió su nombre. Este caserío está en la cima de un cordón que se extiende desde el mar casi hasta la cordillera andina, y como desde allí se veía un magnífico panorama, me detuve un poco, con lo que, además, pude conceder a los fatigados caballos un momento de descanso.

Ante mi mirada se extendía hacia el Sur la inmensa planicie que alcanza desde el pie de la serranía hasta el golfo de Reloncaví.

En primer plano había un gran número de chozas a la sombra de grandes manzanos y en medio de campos cultivados y praderas, donde pastaban numerosos rebaños. Una legua más allá se encontraban las casas dispersas del pequeño pueblo de La Unión y más allá, en el borde de la selva, se elevaban las torres de la antigua ciudad de Osorno *. Hacia el Oeste, la planicie estaba limitada por la Cordillera de la Costa, que tenía una altitud de más de 1.000 pies, y al Este por el molo

* Esta no podía verla Treutler desde La Centinela (N. del T.).

gigantesco de la Cordillera de los Andes. Esta última podía abarcar la vista a lo largo de 30 leguas, de Norte a Sur, y, en ese momento, cubierta de nieve hasta muy abajo e iluminada por el sol poniente, ofrecía un aspecto realmente impresionante y magnífico.

La cordillera se elevaba en enormes cúpulas roqueñas, infinitos picos y torreones de forma pintoresca, y se destacaban los conos blancos de los volcanes Llaima, Villarrica, Descabezado, Osorno y Calbuco, que emitían columnas de fuego y humo. Sus moles surgían vistosamente del obscuro verdor del bosque, de sus laderas y del verde claro de la llanura.

Cuando los caballos habían descansado algo, bajamos lentamente a la llanura y llegamos en una hora al pueblo de La Unión, donde había colonos alemanes, y me alojé en un hotel alemán situado frente a la plaza.

Queda este pueblo a unas doce leguas de Valdivia y estaba construído a la manera española, es decir, tenía una plaza principal de quinientos pies por lado, desde la cual salían calles rectilíneas a los cuatro puntos cardinales. Pero aún había poca edificación. Las casas eran de madera y tenían un solo piso. Contaba entonces unos 400 habitantes, cincuenta de ellos alemanes.

En la plaza, frente al hotel, se encontraban la gobernación, el cuartel, la cárcel, la iglesia y la escuela.

Poco después de mi llegada, hice una visita al gobernador, para quien tenía recomendaciones del intendente de Valdivia, don Ruperto Solar. Al regresar a mi hotel, me saludaron de la manera más cordial casi todos los compatriotas que vivían en La Unión, pues la noticia de la llegada de un alemán forastero se había propagado rápidamente por el pueblo. Entre ellos se hicieron presente mi anfitrión Erdmann Schmitt, el boticario Lewy y el profesor Carl Schmitt, todos oriundos de Breslau. Quedamos conversando hasta avanzadas horas de la noche, y tuve que contar mucho de mis viajes y de las últimas noticias de la madre patria.

* * *

El día siguiente era domingo, y todos concurrieron a la iglesia, donde fue muy interesante para mí conocer a los pobladores del lugar, que eran en su mayoría de origen indígena.

Como ya lo expresé, este territorio también pertenecía antiguamente a la Araucanía, pero mientras al Norte del río Valdivia vivían los picunches, los indígenas al sur de ese río pertenecían a la tribu de los cuncos o huilliches. Eran diferentes, en carácter y traje, de los primeros, y con muy pocas excepciones, habían sido todos bautizados y educados en la religión cristiana. Todos estos indios se denominaban a sí mismos *mapuches*, lo que significa autóctonos, pues *mapu* es la tierra y *che* la gente, en la lengua araucana.

Físicamente, eran más pequeños que los picunches, su frente era más baja, y muchos de ellos la tenían apenas de un dedo de alto.

Si los picunches eran excelentes jinetes, los huilliches eran grandes caminantes, capaces de recorrer en un día la misma distancia que un jinete, por los peores senderos de la selva, atravesando ríos y serranías.

Al revés de los picunches, que se caracterizaban por su carácter orgulloso, dominante y cruel y por su aversión a la civilización y al cristianismo, los huilliches eran, en grado eminente, de buen genio, sumisos y pacíficos. A esta circunstancia se debía el que antiguamente hubiesen permitido la reconstrucción de las ciudades de Valdivia y Osorno, que el gobierno chileno hubiera ocupado su territorio y ellos mismos se hubieran hecho cristianos.

Me dejaron la impresión de ser los últimos representantes de un pueblo en decadencia, y de las conversaciones que tuve con ellos se desprendía claramente su tristeza por la desintegración de su tribu.

Antiguamente vivían en este territorio centenares de miles de pobladores, pero lo habían desolado las crueldades de los españoles y, sobre todo, las viruelas, de modo que ahora se podía caminar muchas leguas sin encontrar una ruca o un indio, donde antes vivían millares.

Estos indios, que eran llamados mansos, para distinguirlos de los otros, los bravos, habían aceptado la religión cristiana,

pero tenían una gran preferencia por sus antiguas costumbres.

En materia de vestuario, no usaban el chamal y el trarilonco, como los picunches, sino pantalones y sombrero. Los primeros los confeccionaban de un género grueso de lana, que tejían sus mujeres, y les alcanzaban hasta los tobillos. En lugar del trarilonco llevaban, por lo general, un sombrero de fieltro, puntiagudo y sin alas, y en vez de un poncho teñido de azul con añil, uno negro. El traje de las mujeres consistía, como entre los picunches, sólo de dos paños: el chamal y la iculla, que los picunches confeccionaban del tan estimado género azul de lana, pero estas indias lo hacían, por lo general, de frazadas de frisa, rojas o azules, de fabricación europea.

La lengua de los huilliches es un dialecto de la araucana, con algunas diferencias; así, la *v* de los picunches la pronuncian los huilliches como una *f*.

* * *

Después de misa llegaron algunos caciques de estos indios mansos con su gente a la casa del gobernador, llevando —como el lector podrá ver en la fotografía que se publica en esta obra—, algunos distintivos de su calidad: un sombrero de copa alta con una cinta, o un bastón con botón de plata. Los caciques deben preocuparse, sobre todo, del cumplimiento de las leyes, de actuar como árbitros en los litigios, etc., por lo cual el gobierno los remunera anualmente con obsequios.

Después de haberme retribuído el gobernador mi visita, me dirigí a caballo con algunos compatriotas a Daglipulli, distante una hora de La Unión, donde los hermanos Fehrenberg, oriundos de Cassel, habían construído un gran molino americano. Estuvimos un rato allí y visitamos en seguida la misión del lugar, donde nos recibió cordialísimamente el padre Rumaldo de Civitavechia, a quien transmití los saludos de sus hermanos en religión de Valdivia, San José y Queule.

Había, además de las tres misiones indicadas, una en Quinchilca, otra más al Norte, sobre el río Imperial, a 38° de Lat. S., y otras seis más en territorio cristiano, que eran las de Da-

glipulli, Trumao, Río Bueno, Cudico, Quilacahuín y Pilmaiquén.

Todas estaban construídas en la misma forma, de madera, y consistían en una capilla, una casa habitación, una bodega y una escuela. Así era también la de Daglipulli, románticamente situada entre grandes manzanos y rodeada de hermosos jardines, campos de cultivo y praderas, sobre una colina desde la cual se podía contemplar la llanura hasta la lejanía.

En la escuela, los niños recibían instrucción religiosa y aprendían a leer, a escribir y la lengua castellana. Pero muchos olvidaban pronto los mandamientos y oraciones y sus conocimientos de lectura y escritura. Cuando una pareja quería contraer matrimonio se les exigía, sin embargo, que conocieran con precisión las enseñanzas de la Iglesia, y tenían que quedarse en la misión aprendiendo hasta cumplir con esa exigencia. Durante ese tiempo el misionero los ocupaba en los trabajos del campo, etc. A pesar de esa enseñanza, se mantenían tan apegados a sus antiguas costumbres, que no se les hubiera creído cristianos; eran también extraordinariamente supersticiosos.

Esa misma tarde abandoné la Misión con mis compatriotas y regresamos a caballo a La Unión, donde nos quedamos hasta avanzadas horas de la noche en el hotel, bebiendo chicha de manzana.

* * °

Acompañado por varios compatriotas, partí del pueblo de La Unión en la mañana del 26 de agosto, y después de una hora de viaje entre campos cultivados y praderas llegamos a la Misión de Trumao, muy románticamente situada en la cima de un elevado barranco, junto al Río Bueno, que tiene allí unos quinientos pies de ancho.

Le transmití los saludos de sus hermanos en religión al padre Constantio de Ponzone, que atendía la Misión y nos invitó a descansar un poco y a refrescarnos con una buena chicha, mientras disfrutábamos del magnífico golpe de vista sobre el río. Luego bajamos la ladera, cruzamos el río en una

balsa, para llegar, en la otra orilla, al caserío de Trumao, donde nos dirigimos a un pequeño hotel que arrendaba herr Mangold, oriundo de Cassel.

Al lado del hotel y a orillas del río se elevaba un edificio sólido de tres pisos, que era la bodega para las mercaderías que traía el vapor *Fósforo* desde Valparaíso por el río, como también los productos del país que el mismo buque llevaba como carga de retorno. Pertenecía a la casa comercial Larraín y Errázuriz, de Valparaíso, cuyo jefe en Trumao era herr Carl Seidler, nacido en Cassel. Además de estos edificios, había en el lugar sólo seis pequeñas chozas de chilenos.

Muy de madrugada me visitó herr Seidler para invitarme a alojar en su casa, lo que acepté muy agradecido, y como había comenzado a llover fuerte, lo que duró varios días, permanecí durante ese tiempo con mis amables anfitriones. Varias veces fui a caballo, en compañía de herr Seidler, al fundo "Roble", a sólo una hora de viaje y perteneciente al barón von Bischoffshausen. Este había abandonado Hessen-Cassel con una familia muy numerosa para radicarse aquí. También en su casa fui acogido muy cariñosamente.

Continué mi viaje rumbo al Sur el 1º de septiembre, avanzando por un camino pantanoso, muy ablandado por las lluvias, que pasa entre campos cultivados, praderas y bosques, con varias pequeñas aldeas de chilenos en su trayecto, para llegar tras una cabalgata de ocho horas a Osorno, donde me alojé en un hotel alemán.

Como ya informé a principios de este Libro Segundo, Osorno fue fundado en 1558 por el general español García (Hurtado) de Mendoza en el mismo lugar en que se encuentra. La ciudad está bien situada desde el punto de vista estratégico, pues queda en una planicie roqueña de unos doscientos pies de altura que se yergue abruptamente en la confluencia de los ríos Rahue y Damas. Debido al mucho oro producido en tiempos antiguos por los españoles en los alrededores de la ciudad, ésta llegó a ser pronto una de las más pobladas y ricas, se construyeron en ella varios conventos, y la minería, el comercio y las industrias —sobre todo, grandes tejedurías— comenzaron a florecer.

Destruídas Villarrica, Valdivia, La Imperial y las demás ciudades españolas al Sur del Bío-Bío a raíz del alzamiento general de los araucanos, Osorno no pudo escapar a esa triste suerte. En 1602 la incendió el toqui general Paillamachü, el mismo que había destruído Valdivia.

Sólo en 1792, don Ambrosio O'Higgins reconstruyó el pueblo, pero tuvo escasa importancia hasta 1850, cuando comenzaron a establecerse en él los inmigrantes alemanes.

Al día siguiente a mi llegada me visitó temprano el antiguo librero August Schulz, de Breslau, que llevaba ya diez años establecido en Osorno con su familia. Aprovechando el espléndido tiempo, emprendimos un paseo por la ciudad. Como todas las de origen español, estaba construída regularmente, hasta donde lo permitían las condiciones topográficas, con calles que se cruzan en ángulo recto y varias grandes plazas.

Las largas calles pavimentadas, a cuyos costados se levantaban, a unos pies del suelo, restos y bases de murallas, y los grandes espacios cubiertos de escombros, permitían reconocer claramente la importancia que tenía antaño la ciudad, que había ocupado toda la planicie situada entre los dos ríos.

Al centro de la actual se encontraba la Plaza de Armas, con la iglesia, la casa de gobierno y la cárcel, construídas con material sólido, mientras los demás edificios, que pertenecían a indígenas, eran de madera y de un solo piso. A un costado de una plaza situada más al Sur, se encontraba un gran monasterio franciscano, con varios patios y rodeado de hermosos jardines, donde vivían unos treinta frailes. Los otros costados de la plaza estaban todavía sin edificar, y sólo se veían en ellos los cimientos de las antiguas construcciones.

En la parte septentrional de la ciudad existía una tercera plaza, que se extendía hasta una punta saliente, desde donde, mirando por encima de las murallas de la antigua fortificación, se disfrutaba de un magnífico panorama. Casi doscientos pies más abajo de las murallas se juntaban los ríos Rahue y Damas, cuyas aguas corrían con gran velocidad y mucho ruido sobre los numerosos trozos de los antiguos muros demolidos al ser destruída la ciudad. Hacia el Norte, por unas

diez leguas, se extendía, hasta La Centinela, la llanura que yo había cruzado a mi venida. En ella se encontraba el pueblo de La Unión y, más acá, los barrancos del río Bueno, que corría en línea casi recta de Este a Oeste y en el cual, después de muchas vueltas, desembocaba el río formado por los dos que se unían donde yo me encontraba. Hacia el Poniente, otra llanura de muchas leguas de extensión llegaba hasta la Cordillera de la Costa, que tiene en esa parte unos mil pies de altura *. En esa llanura los españoles habían explotado antiguamente ricos yacimientos de oro, lo que se reconocía por los centenares de miles de pequeños hoyos y desmontes que aún eran visibles. Hacia el Sur y hasta el Golfo de Reloncaví, se extendía una selva lúgubre casi impenetrable que comenzaba en las mismas goteras de Osorno. La Cordillera de los Andes con sus volcanes cerraba el horizonte por el Oriente.

La población de origen español había construído sus viviendas principalmente alrededor de las tres plazas de Osorno, y el aspecto de la ciudad cambió después de 1850, cuando llegaron los alemanes. Primero los colonos elevaron sobre las ruinas, a lo largo de las calles, casas aisladas, amables y limpias, las cuales pronto aumentaron de tal manera que varias calles, sobre todo una muy larga, por la que entré al venir de Trumao, estaban pobladas casi únicamente por alemanes. Frente a estas vistosas viviendas, construídas sólo de madera, no faltaba jamás un jardincito, con flores y árboles frutales, y estas habitaciones contrastaban ventajosamente con las rucas desordenadas de los indígenas.

Osorno contaba en este tiempo más de dos mil habitantes, entre ellos más de seiscientos alemanes. El comercio se encontraba totalmente en manos de estos últimos, y la firma más importante era la de Schwarzenberg y Geisse, cuyos socios eran oriundos de Cassel. Había en la ciudad, curtiembres, destilerías, una cervecería, un molino de aceite y otro de trigo, una botica y varios hoteles fundados por alemanes, médicos de la misma nacionalidad y, por supuesto, también un club alemán.

* En realidad son mil metros (N. del T.).

La policía estaba muy mal organizada, de lo que me pude convencer ya en la primera noche, pues se robaron mis dos caballos de la pesebrera del hotel. Si la policía procediera en Osorno con más energía y castigara a los ladrones con azotes, como se hace en la parte septentrional del país, estos inconvenientes desaparecerían, seguramente, muy pronto.

Los productos alimenticios, como todo lo necesario para la subsistencia, eran muy baratos en Osorno.

Permanecí allí diez días, y pasaba muchas horas con el gobernador, a quien había sido recomendado por el intendente de Valdivia, o en el claustro de los frailes franciscanos, y las tardes en el Club Alemán o con el librero Schulz, ya mencionado.

También en esta ciudad, los alemanes se distinguían por la gran unidad y concordia reinante entre ellos, aunque procedían de distintos países de Alemania.

Para mí eran de especial interés las informaciones que me proporcionaron los frailes en su convento sobre los tesoros enterrados en la ciudad. De acuerdo con todas las noticias, no puede dudarse que se encontraban en ella grandes riquezas cuando fue asediada y conquistada por los araucanos. Había sobre todo, mucho oro en la fundición de ese metal, parte en forma de polvo, pajas o granos auríferos, es decir, tal como se encuentra en la naturaleza; parte ya fundido en forma de barras y sellado. Como los españoles fueron encerrados sorpresivamente en la ciudad y, sólo unos pocos lograron huir, enterraron en las murallas o en el suelo los tesoros, o bien los arrojaron a los pozos, varios de los cuales habían sido excavados en la roca hasta el nivel de los ríos. Una gran parte de esos tesoros se encuentran seguramente perdidos para siempre, pues en los puntos donde se podían esperar los mejores resultados, se habían edificado, precisamente, las viviendas de los alemanes.

Por desgracia, no pude visitar y reconocer las ricas minas auríferas de los alrededores de Osorno, donde los españoles habían obtenido tan grandes cantidades de este noble metal: era imposible por el estado de los caminos, que se encontraban anegados e intransitables. Todo lo que pude averiguar al

respecto, coincidía con mi propia opinión de que había ricas vetas de cuarzo aurífero en la falda oriental de la Cordillera de la Costa, trabajadas antiguamente, y que, sobre todo, estaba cubierta con una capa aurífera la llanura completa cerca de Osorno, donde el oro aparecía en forma de polvo, paja y granos, a veces en trozos mayores. Millares de hoyos revelan que la tierra ha sido excavada, para ser en seguida lavada.

De acuerdo con esto, podría pensarse que los alemanes se dedicaran muy especialmente a las minas y lavaderos de oro, pero no es así, y esto se explica si se considera que el oro aparece tan finamente diseminado en la arena o la tierra, que su lavado no compensa los gastos. Agréguese que no hay quien sepa elegir los mejores yacimientos y explotarlos convenientemente, pues para ello no bastan los conocimientos teóricos de minería. Quien desee hacer fortuna en esos yacimientos, debe haber trabajado personalmente durante un tiempo prolongado en los *diggins* de California, Australia o Nueva Zelandia, estudiando los afloramientos y explotándolos prácticamente. Que los españoles hayan ganado sumas tan enormes, se debe a que en aquel tiempo la zona se encontraba extraordinariamente poblada y a que los indios fueron obligados a trabajar sin remuneración en los lavaderos.

En cuanto a mí , había llegado a Chile en 1852 como minero teórica y prácticamente idóneo y, durante siete años en la provincia de Atacama, había trabajado no sólo minas de plata y cobre, sino también de oro, y en 1859 llegué a Valdivia.

Más tarde, el año de 1864 estuve en la República de Nueva Granada, donde trabajé en las ricas minas auríferas de Barbacoa con compañías de California, y, sobre todo en los lavaderos. Primero laboré personalmente y luego pasé a dirigir trabajos de importancia, en los que ocupaba a cerca de cincuenta negros y chinos. Así debo reconocer con franqueza que poseía conocimientos insuficientes en esa clase de labores cuando llegué a Valdivia, pero aun ahora tengo la convicción que también en esa provincia es posible explotar el oro en grande escala, explotación que se vería favorecida allí

por la abundancia de agua, elemento indispensable en los lavaderos.

La República de Chile ha sido con razón comparada por un historiador con una larga vara de oro, pues encontramos en la provincia más septentrional, de Atacama, las ricas minas de Copiapó; en la que sigue, de Coquimbo, una antigua mina cerca de La Serena; en la tercera provincia, de Santiago, la fabulosamente rica y antigua mina de Peldehue, cerca de Colina, donde se obtenía oro durante algún tiempo a razón de un quintal por día; en la cuarta provincia, de Talca, la mina de alta ley del Chivato, sobre el río Maule; en la quinta provincia, de Maule, las ricas minas de Palhuén; en la sexta provincia, de Concepción, las de Rere; en la séptima provincia de Arauco, las de Villarrica; en la octava provincia de Valdivia, las de Pumillahue y otras; y, finalmente, en la novena provincia de Llanquihue, las minas de Osorno.

Así como corren en Alemania infinitas leyendas referentes a riquezas enterradas, las hay también acá, y quizás con más razón. Estaba muy difundida la creencia de que desde el tiempo de los españoles, es decir, desde hace siglos existe en medio de la selva, casi impenetrable que se extiende hacia el Sureste de Osorno, un lugar poblado por gente de origen español. Sus habitantes poseerían grandes tesoros en oro y plata, enormes rebaños y todo lo necesario para la vida, pero nadie llegaba jamás hasta allá, por falta de un camino.

Se habían realizado ya varias expediciones para descubrir este Eldorado, pero ninguna tentativa había tenido éxito, por lo cual los vecinos, que son muy supersticiosos, estimaban que esta ciudad había sido hechizada y la llamaban La Ciudad Encantada. También los frailes de Osorno me hablaron de ella, y opinaban, que tal vez, habría existido por ahí una antigua ciudad española, de la que sólo se conservaban las ruinas en medio de la selva virgen y en cuyos contornos se habría producido oro; estimaban también que podía haber todavía rebaños de caballares y vacunos cimarrones, pero no pobladores.

Esta opinión se encuentra abonada, en primer lugar, por el hecho de que antiguas fuentes mencionan una población

española que todavía no ha sido encontrada y donde existían minas auríferas muy ricas; y luego por el hecho de que unos madereros que buscaban alerces, descubrieron, en medio de la selva, los restos de un camino bien construído, al parecer por españoles, en una comarca donde no había rastros de viviendas, ni mucho menos de una población. Como ese camino llevaba siglos sin uso, lo que se podía calcular por los árboles gigantes que crecían en él, sólo habría sido posible seguirlo si se hubiera quemado la selva a lo largo de su curso.

De Osorno al Sur había un camino abierto en la selva que, en diez horas de viaje, llevaba a la orilla septentrional del lago Llanquihue, donde existía también una importante colonia de alemanes. Este camino era, sin embargo, tan pantanoso —excepto un trecho de unas tres leguas donde un incendio gigantesco había destruído la selva—, que había sido necesario colocar planchadas a lo largo de muchas leguas, a fin de que no se hundieran los jinetes con sus bestias. Se había iniciado la construcción de un caminocarril hasta allá.

Los frailes de Osorno me habían dicho, igualmente, que existía una gran caverna en la misión de Pilmaiquén, a dos leguas de distancia, que los indios creían firmemente morada del diablo (Huecubú). Un buen día decidí visitarla, a pesar de que el tiempo estaba un tanto lluvioso. Me interesaba mucho por cuanto creía que podía ser el túnel de una mina aurífera, construído por los españoles, o bien una cueva natural en la que podría haber tesoros escondidos. Me indujo a esta suposición la circunstancia de que los indios, muy astutamente, habían prohibido también a los suyos que visitaran las ruinas de Villarrica, contándoles que el diablo las vigilaba. Además, había cerca de esa misión un bellísimo salto del río Pilmaiquén, que también deseaba conocer.

Salí temprano de Osorno, en compañía de mi mozo, y en ocho horas a caballo llegué a la misión de Pilmaiquén, donde me recibió y hospedó en la forma más amable el padre Pablo de Royo. El camino por donde había llegado era casi intransitable y atravesaba una selva obscurísima.

En la mañana siguiente me dirigí junto con mi mozo y algunos indios cristianos a la Cueva del Diablo, que quedaba cer-

ca, en medio del bosque y a orillas de un furioso torrente de la montaña. Los indios me siguieron temblorosos y con alguna resistencia, y no osaron acercarse a la entrada, pues temían que pudiera salir Huecubú.

La superstición y el temor al espíritu del mal estaban tan arraigados en ellos, que el misionero no había logrado disiparlos y, a pesar de su fe cristiana, estaban tan convencidos los indios de la presencia del diablo en la cueva, que siempre le hacían sacrificios de huevos, maíz, chicha de manzanas, etc. en ocasión del plenilunio. Colocaban estas dádivas en la entrada a la caverna, y quedaban satisfechos cuando desaparecían, pues creían que el diablo las había tomado. Pero esta desaparición ocurría de una manera natural, pues los niños de la Misión robaban regularmente las ofrendas y se las comían con el mejor apetito.

A la sola vista de la caverna, reconocí de inmediato que no se trataba de un túnel construído por los antiguos españoles. Así, ya no podía seguir abrigando la esperanza de descubrir allí una rica veta aurífera, y sólo me quedaba averiguar si en la cueva había tesoros de los antiguos indígenas, o siquiera observar algo interesante desde el punto de vista geológico.

Dejé a mi mozo a la entrada, a fin de poder darle aviso en caso de alguna desgracia, y penetré en la cueva, que tenía diez pies de ancho y sólo tres y medio de altura. Con una vela en una mano y el revólver preparado en la otra, avancé lentamente y con todo cuidado, examinando bien el suelo, las paredes y el techo.

Cuando apenas había avanzado diez pasos, ví que la cueva se ampliaba hasta unos quince pies de ancho y otros tantos de altura. El suelo estaba seco, pero sembrado de muchos trozos de roca caídos del techo, lo que me indujo a mayor precaución.

Al cabo de un trecho, la caverna doblaba hacia la derecha, de modo que ya no pude ver la luz del día. Me senté en una gran piedra y oí, a escasa distancia sobre mi cabeza, un ruido característico. Una fuerte corriente de aire apagó mi vela y quedé en completa obscuridad. Rápidamente volví a encen-

der la vela y reconocí que había espantado a un buho, que voló tímida y recelosamente hacia la salida.

Avanzando siempre con cuidado, advertí que la caverna se ampliaba y estrechaba alternativamente, pero su disposición general no variaba. De súbito, creí escuchar un ruido muy cerca, a mis espaldas y, al darme vuelta rápidamente, tropecé con algo y mi vela volvió a apagarse.

Busqué mis fósforos, pero no los pude encontrar y, suponiendo que la cajetilla se me habría caído en este lugar, la busqué en el suelo durante algún tiempo. Cuando llevaba algunos instantes palpando en vano el suelo, en la más completa obscuridad, sentí claramente que algo se movía cerca de mí. Escuché, asustado, y no se trataba de una alucinación. Sentí incluso un leve respirar y comprendí que algún ser se me acercaba. Sabía que se trataba de algo vivo, pero ignoraba su índole; no sabía, si se trataba de un hombre o de una bestia. No contestó a mi voz, y se me acercaba cada vez más.

Sin duda, es una de las sensaciones más desagradables que se puede tener es la de que un ser desconocido y mudo se acerca a uno lentamente en un lugar peligroso y en medio de una absoluta oscuridad. Debo reconocer con toda franqueza que transpiré y un frío sudor corrió sobre mi frente, a pesar de que no soy de naturaleza miedosa.

A mi nueva llamada no recibí tampoco respuesta, por lo cual disparé mi revólver hacia donde se oía el ruido. Sonó el gatillo, pero no salió el disparo, y cuando sentí ese ser tan cerca de mí que lo podía tocar, pude haber creído, como los indios, que tenía que vérmelas realmente con el diablo. A gatas y a ciegas, traté de alcanzar la salida, pero lancé un grito involuntario al tropezar con algo vivo. En la mayor confusión, busqué otra bala para volver a cargar el revólver, lo que desgraciadamente, había olvidado hacer en casa, pero, en vez de bala, encontré por fortuna la cajetilla de fósforos. Encender uno, mirar despavorido alrededor y... reirme a carcajadas, todo fue obra de un solo instante. El gran perro de la Misión, al que diera de comer en la mañana, me había seguido

sigilosamente y estaba frente a mí mirándome y moviendo alegremente el rabo.

A pesar de que este curioso *intermezzo* me había asustado realmente, no quise desistir de mi plan de reconocer la caverna hasta donde pudiera, por lo cual seguí avanzando en compañía del perro. Pero, repentinamente, éste se detuvo, husmeó con la nariz levantada y comenzó a gruñir. Entonces oí a alguna distancia el inconfundible roncar del león, por lo que renuncié de inmediato a más exploraciones y procuré salir a la brevedad posible de la cueva. La contienda habría resultado desigual, pues podía suponer, además, que el puma no tenía sólo su lecho en ese lugar, sino también a su hembra y sus cachorros.

Si las dos bestias me hubieran atacado con la furia consiguiente a la defensa de sus crías, es seguro que hubiera caído pronto en la obscuridad entre las rocas que cubrían el suelo, para ser despedazado y devorado; el perro no me habría servido de gran cosa, pues habría sufrido la misma suerte. Esto parecía presentirlo instintivamente el can, que al aire libre hubiera emprendido de inmediato la persecución del puma hasta obligarlo a refugiarse en un árbol, y que, en la caverna, me siguió de inmediato, con el rabo entre las piernas y sin ganas de atacar.

Si los pobladores de la caverna me obligaron a una acelerada fuga, otra circunstancia me hizo apurarme aún más: repentinamente se desprendió del techo un trozo de roca y cayó al suelo con gran estrépito, sólo pocos pasos detrás de mí, desde unos veinte pies de altura y debido al remezón cayeron también rocas en varias otras partes.

Por fin salí felizmente al aire libre, donde los chilenos y el misionero me recibieron con gran júbilo, pues habían escuchado el ruido de la caída de las rocas y me creían perdido. Por su lado, los indios me contemplaban con temor y recelo.

Supe entonces que éstos, cuando yo había penetrado en la caverna, se habían aventurado, a instancias de los chilenos, hasta la entrada y mirado al interior en el preciso momento en que el gran buho salía volando entre sus cabezas, lo que les había producido un gran espanto. Suponían, con seguridad,

que se trataba del diablo, que había tomado esa forma, y temían ahora que éste vengaría en ellos mi penetración insólita.

En mi opinión, la caverna es un antiguo lecho de río, que ahora se encuentra seco.

Luego visité el grandioso salto formado por el río Pilmaiquén, y después de haber permanecido algunas horas allá, regresé a la Misión.

* * *

Me apresuré a dirigirme a Trumao en la mañana siguiente, pues había comenzado a llover fuertemente y existía el peligro de inundaciones que podrían obligarme a permanecer algunos días en Pilmaiquén. El padre Pablo me acompañó hasta Trumao, adonde llegamos en la tarde, totalmente mojados. Me había resfriado de tal manera en el viaje, que tuve que guardar cama, con fuertes dolores reumáticos, hasta el 18 de septiembre en casa de herr Seidler. El 18 de septiembre se celebra con toda solemnidad la fiesta de la Independencia de Chile. Hasta entonces yo había tenido ocasión de participar en esa celebración en Copiapó, en Valparaíso y en Santiago y ahora podía conocer cómo se hacía en el Sur.

Era un hermoso día de primavera y en la mañana fueron llegando a casa de herr Seidler la familia del barón Bischoffshausen, los hermanos Fehrenberg y varias otras familias alemanas en sus cabalgaduras, y nos dirigimos todos, en total, quince personas, caballeros y señoras, al fundo del profesor don RodulfoAmando Philippi, donde fuimos recibidos muy amablemente por su esposa y familia.

Herr Philippi era profesor en la Universidad de Santiago y pasaba aquí solamente sus vacaciones, pero, desgraciadamente, no estaba en casa.

Era hermano del mayor Bernardo Eunom Philippi, asesinado en la Patagonia, y el fundador de la colonización alemana en Chile. Se caracterizaba tanto por su inteligencia como por sus sólidos conocimientos, sobre todo en el campo de las ciencias naturales, y la República de Chile debe a sus infatigables viajes de exploración y estudios un gran número de

descubrimientos y experiencias, por supuesto, que favorecen también a las ciencias en general. Por todo ello ha logrado la mayor estimación, no sólo en su nueva patria, sino también en la antigua.

Como herr Philippi no vivía aquí, el fundo era administrado por herr von Stillfried, oriundo de Reichenbach, en Silesia.

Después de un día muy alegre, en el que bailamos hasta avanzadas horas de la noche, volvimos a Trumao a la luz de la luna, que iluminaba magníficamente el camino.

Trumao no estaba lejos de la zona de colonización alemana de Río Bueno, que resolví visitar al día siguiente.

Cerca del mediodía me despedí de mi hospitalario huésped de Trumao y me dirigí, en compañía de mi mozo, por la orilla austral del Río Bueno hacia el Este. Por varias horas cabalgamos entre campos cultivados, praderas y matorrales, cruzamos el Pilmaiquén en una canoa y, al atardecer, llegamos a Río Bueno. El pueblo, situado en la margen sur del río homónino, contaba entonces unos 600 habitantes, y me alojé en casa del Padre de la Misión.

Me visitó temprano un comerciante alemán, herr Machmar, dueño del negocio principal del pueblo, que trocaba toda clase de mercaderías por queso. Con este caballero hice un paseo, para conocer el lugar.

Este era pobre, pero muy agradable, situado sobre un barranco de unos 200 pies de altura sobre el río. Estaba defendido en tiempos de los españoles por un fortín, que se había conservado muy bien y desde el cual se tenía un magnífico golpe de vista sobre el río. Al otro lado de éste se extiende una llanura, "la pampa de Negrón", donde las primeras familias alemanas que se radicaron en el departamento obtuvieron del gobierno 443 cuadras de terrenos. Se las dividió en forma de que cada varón recibió diez, cada mujer cinco y cada niño de más de diez años de edad, otras cinco cuadras de tierra. Por cada cuadra, los colonos tuvieron que pagar cinco pesos, después de dos años. Las 443 cuadras fueron repartidas entre cincuenta alemanes, y otros doce recibieron otras seten-

ta cuadras de terrenos en la Misión de Cudico, a dos leguas al Occidente de La Unión.

Como volvió a llover muy fuertemente el 21 de septiembre, estuve obligado a permanecer ese día en Río Bueno, en la compañía del misionero y de herr Machmar. En la tarde aclaró el cielo, lo que nos permitió hacer un paseo al antiguo fuerte.

En la madrugada del 22 de septiembre regresé a Trumao, adonde llegué, sin embargo, sólo en la tarde, pues el río Pilmaiquén había crecido de tal manera con la fuerte lluvia del día anterior, que sólo pude cruzarlo a nado, con mucha pérdida de tiempo y hasta peligro de la vida.

El día siguiente amaneció con buen tiempo, y como convenía aprovecharlo, arrendé temprano un bote con buenos bogadores y salí de Trumao río abajo. Me acompañaba un indio bautizado que me quería mostrar unas vetas mineralizadas, y yo deseaba conocer el Río Bueno y sus orillas hasta su desembocadura en el mar.

El río, que lleva también el nombre de Trumao, es el desagüe del lago Ranco, de cuyo extremo suroccidental sale con un ancho de más de 120 pies. Después de correr más de diez leguas al Oeste, por una llanura en la que ha excavado su lecho a una profundidad de más de cien pies, recibe desde el Sur las aguas del río Pilmaiquén, que es el desagüe del lago Puyehue, situado al pie de la cordillera andina. Desde ese punto, hasta el cual se hacen sentir las mareas, tiene un ancho de más de trescientos pies y más al Oeste, en Trumao, ésta ya es de quinientos pies. A lo largo de las primeras aguas, hasta la desembocadura del río Rahue, que tiene su origen en el lago Llanquihue *, situado al Sur de Puyehue, a 40°50′ de Lat. S., el río corre entre colinas, en gran parte descampadas y, parcialmente, cultivadas. Pero más abajo el río se estrecha, para cortar la Cordillera de la Costa, que tiene allí más de mil pies de altura ** y está cubierta de tupido bosque.

Navegamos durante varias horas por ese hermoso, ancho y

* En realidad, nace del lago Rupanco. El Llanquihue desagua por el río Maullín directamente al mar (N. del T.).

** Exactamente, son más de mil metros (N. del T.).

caudaloso río, entre altas quebradas, y llegamos al mediodía a un rápido, donde los bogadores tuvieron que emplear muchas precauciones, pues allí habían naufragado ya muchas canoas, por lo cual el paraje era conocido con el nombre de "El Peligro".

Dejamos atrás ese rápido y desembocamos frente a la choza de un maderero, y como quería reconocer en ese lugar algunas antiguas minas auríferas, le solicité hospedaje.

Examiné las orillas y encontré que, efectivamente, había oro en diversas capas de tierra, pero la ley no era mayor que la que había establecido ya en infinitas otras partes de la República. Para la comida compré a mi anfitrión algunos pescados, que se encuentran allí en gran abundancia y que tenían, asados, un excelente sabor.

Proseguimos el viaje fluvial muy de madrugada y, en la tarde, llegamos a la desembocadura del río en el mar, a 40°11′ de Lat. S. y 73°44′ de Long. W. En todo el trayecto, las orillas eran altas y abruptas y se veían cubiertas de bosque espeso. La anchura del río era allí de dos mil pies, pero una isla lo dividía en dos brazos.

Este hermoso río tiene desde su desembocadura hasta la confluencia del Pilmaiquén, un curso de ocho leguas *, y una profundidad de 18 a 45 pies, de modo que es navegable por embarcaciones mayores. Pero, desgraciadamente, al igual que el Maule y el Toltén, tenía un gran banco de arena en la boca, sólo franqueable con la ayuda de un piloto muy conocedor, pues el paso es un canal de no más de quince pies de hondura. Tanto el pequeño vapor *Fósforo*, como muchos veleros, habían quedado varados en ese lugar, y varios de éstos habían naufragado.

Desembarcamos en la orilla septentrional de la desembocadura del río, donde —se dice— existe mucho oro, y no quedé poco desengañado cuando el indio bautizado que me acompañaba me mostró rocas graníticas, de las que está compuesta en esa parte la Cordillera de la Costa y que aparecían cruzadas por vetas de pirita y un poco de cobre sulfuroso. Examiné los faldeos hasta la tarde, pero, desafortunadamente, no

* En realidad, 55 kms. (N. del T.).

encontré nada, y cuando habíamos encendido una fogata para preparar nuestra comida, apareció repentinamente un alemán, apellidado Kiesling, que explotaba maderas en las vecinas caletas de Lamehuapi y Milagro.

Estuvimos juntos hasta avanzadas horas de la noche, después de lo cual se dirigió en bote a su casa y nosotros preparamos nuestro campamento en una amplia cueva que había entre las rocas.

Al rayar el día, iniciamos el regreso con la esperanza de llegar a nuestro campamento de la noche anterior, pero el río resultó tan correntoso que nos vimos obligados a desembarcar cuando cayó la noche, y pasarla en la selva, a la intemperie.

Apenas nos habíamos dormido, nos despertó de la manera más desagradable una repentina y violentísima lluvia que duró toda la noche y a la que no pudimos escapar.

Totalmente mojados y ateridos, nos apresuramos a embarcarnos en cuanto aclaró y, después de luchar de nuevo todo el día contra la corriente, bajo la lluvia, llegamos felizmente a Trumao.

Pasé el día siguiente en la Misión de Quilacahuín, cerca de Trumao, donde visité al padre Feliciano de Strevari, y abandoné el 28 de septiembre la hospitalaria casa de Trumao para regresar a Valdivia. Herr Seidler me acompañó hasta el pueblo de La Unión, desde donde regresó en la tarde, y donde yo me quedé hasta la noche con mis nuevos conocidos.

Acompañado por algunos compatriotas, proseguí el viaje al rayar el día, pasando por los lugares de La Centinela, Catamutún, Huequecura, Tregua, Los Ulmos y Futa, y, bajando por el río de este nombre, llegué en la tarde, sin novedad, a Valdivia.

* * *

Desgraciadamente, no me fue posible visitar las colonias alemanas de Llanquihue y Puerto Montt, pero me parece útil agregar algunas noticias sobre ellas que logré reunir.

Cuando los emigrantes alemanes desembarcaron en los años 1850-52 en el puerto de Valdivia, algunos campesinos y agricultores de los que venían no encontraron terrenos apropiados para la agricultura. Entonces muchos, se dirigieron hacia el interior, para radicarse en La Unión y Osorno. Otros viajaron durante diez horas a través de la selva virgen que se extiende desde allí hacia el Sur. Así llegaron a la orilla septentrional del lago Llanquihue y encontraron ahí grandes extensiones de terrenos que antiguamente se encontraban también cubiertos de bosque, pero que habían sido rozados y se prestaban para el cultivo. Se establecieron, pues, en ellos e indujeron a muchos otros alemanes a hacer lo mismo.

Como el gobierno chileno favorecía la colonización con alemanes, el Presidente Montt fundó en 1853 una población en el pequeño desembarcadero de Melipulli, sobre el golfo de Reloncaví, que fue bautizado con su propio apellido y se llamó Puerto Montt. La nueva ciudad quedó situada a 41°30′ de Lat. S. y 72°55′ de Long. W. Todos los buques con inmigrantes que llegaron en seguida fueron enviados hacia allá, desde donde sus pasajeros tenían que recorrer un trayecto de sólo cuatro o cinco horas para llegar al lado Llanquihue, mientras que desde Valdivia tenían que realizar antes un viaje de tres días para alcanzarlo.

Los campesinos se dirigieron al interior y los profesionales e industriales se establecieron en el puerto, y así comenzó a florecer el pueblo de Puerto Montt, que disponía de una excelente rada, muy segura, y llegó a contar en breve tiempo unos 3.000 habitantes, la mitad de los cuales eran alemanes. Como aumentara también la población alrededor del lago Llanquihue, se instituyó en 1861 la provincia de Llanquihue, cuya capital llegó a ser Puerto Montt.

Esta nueva provincia fue formada uniendo el departamento de Osorno, que antes pertenecía a Valdivia, con el de Carelmapu, que se halla en el continente, más al Sur del golfo de Reloncaví, y pertenecía a la provincia de Chiloé. La provincia

tenía unos 30.000 habitantes, entre los que se contaban algunos millares de colonos alemanes *.

Una parte de los colonos agrícolas alemanes llegaron al país a expensas del gobierno chileno. Cuando desembarcaban en Puerto Montt, se les concedía hospedaje por cuenta del Fisco durante algunas semanas y a veces por un lapso mayor, hasta que hubieran elegido los terrenos y se dirigieran a ocuparlos. Se repartieron 4.000 cuadras, entre noventa familias. Sólo gente casada y de honradez reconocida recibía tierras del Estado. El precio de éstas se fijó en un peso la cuadra, y se entregaron a cada padre de familia 24 cuadras y 12 más por cada hijo mayor de diez años.

Al establecerse, los colonos recibieron víveres para un año, una yunta de bueyes, una vaca parida, un quintal de cereales y un quintal de papas para la siembra. Todos estos anticipos, como también los gastos de viaje, debían pagarse en cinco cuotas anuales, a contar del quinto año de estada en la hijuela, de modo que una familia que debía, por ejemplo, quinientos dólares, pagaba después de cinco años, cien dólares anuales, sin intereses por el tiempo transcurrido. Si el colono no estaba en situación de amortizar su deuda, por justa

---

* Del texto de Treutler se podría deducir que gran parte de la población de las actuales provincias de Valdivia, Osorno y Llanquihue es de origen alemán. Existen al respecto, sin embargo, informaciones fidedignas que establecen las verdaderas proporciones. Antes de la llegada de los alemanes, el censo de 1843 arrojó para las tres provincias, que constituyen la región de los Lagos, una población de 32.557 habitantes. Esta aumentó en el censo de 1854 a 44.320 y en el de 1865 a 61.030 habitantes. Rodulfo Amando Philippi, por su parte, realizó en 1858 un censo completo de todos los alemanes que vivían en ellas, resultando que su número era de 2.754. Con posterioridad a ese año llegaron muy pocos inmigrantes alemanes a ellas, pudiendo estimarse que su total no excedió de 3.000. Como se ve, esta cifra no alcanza al 5% de la población de la región en 1865. Por otra parte, es indudable que ésta recibió un aspecto exterior que es, en gran parte, inconfundiblemente germánico. Se debe ello a que los alemanes llegados eran en su gran mayoría personas de fortuna, pertenecientes a las clases medias elevadas, que organizaron toda clase de empresas, tanto agrícolas, como industriales y comerciales. Son esas empresas las que produjeron la fachada germana de la región, pero no debe olvidarse que en un fundo perteneciente a un descendiente de alemanes todo el personal es de origen no-germano y que lo mismo ocurre con las industrias y los negocios urbanos. (N. del T.).

causa, se le concedía una prórroga. De la misma manera, los colonos estaban liberados durante quince años, a contar de la fundación de la colonia, del pago de contribuciones; disfrutaban de hospital, servicio médico y medicamentos libres, de escuela gratuita, y no estaban sujetos a servicio militar.

Los terrenos que se les concedieron son planos y aptos para los cultivos, y donde el roce había limpiado la selva virgen, abundaba la papa silvestre, cuyo país de origen es especialmente esta provincia, y crecía también la quila nueva, que suministraba el forraje para el ganado en el invierno. Al mismo tiempo, la región tiene panoramas muy románticos. El lago Llanquihue, situado al pie de los Andes, se extiende seis leguas de Oeste a Este y media de Norte a Sur *; queda a 175 pies sobre el nivel del mar y, en varias partes, su profundidad es de 60 brazas. Su desagüe es el río Maullín, que desemboca al mar a 41°30′ de Lat. S. y 72°55′ de Long. W. Sobre la orilla oriental se eleva el volcán Osorno a 7.500 pies, casi siempre cubierto de nieve hasta la mitad; en la parte austral del lago queda el volcán Calbuco, cuya altura es de 6.490 pies **.

Todavía el lago está rodeado, en parte, de selva virgen, pero la orilla septentrional ya ha sido despejada y allí existen varias zonas colonizadas por los alemanes. En algunos sectores, las orillas son muy abruptas, pero en otros son planas. Surcan el lago numerosas pequeñas embarcaciones y canoas, como también un vaporcito, que establecen las comunicaciones entre las colonias.

---

* Treutler confunde nuevamente el lago Llanquihue con el Rupanco, cuyas dimensiones son las que atribuye a aquél. El Llanquihue tiene, en realidad, 41 Kms. de Este a Oeste y 40 de Norte a Sur (N. del T.).

** Las alturas respectivas de los volcanes Osorno y Calbuco son 2.660 y 2.015 metros (N. del T.).